D. Félix Sardá y Salvany

PROPAGANDA CATOLICA

TOMO II

Contiene opúsculos varios



PROPAGANDA CATÓLICA,

POR

D. FÉLIX SARDÁ Y SALVANY,

PRESBÍTERO,

DIRECTOR DE LA REVISTA POPULAR.

TOMO II.

CONTIENE OPÚSCULOS VARIOS.

CON LICENCIA ECLESIÁSTICA.



BARCELONA.

LIBRERÍA Y TIPOGRAFÍA CATÓLICA, calle del Pino, 5.

1884.

PROPAGANDA CATÓLICA.

ÍNDICE.

Págs.

A MIS AMIGOS

DE LA

JUVENTUD CATÓLICA DE SABADELL.

Estas breves páginas, que escribí pensando muchas veces en vosotros, os las dedico, amigos míos, porque sois todos firmes católicos y la mayor parte laboriosos industriales. Vivís, pues, á la sombra de la chimenea y del campanario. Y el noble objeto de vuestra Sociedad es fomentar la estrecha union de estos dos símbolos de nuestra comun patria. Que este opúsculo os recuerde á todas horas la obligacion que teneis de haceros dignos de tan hermoso programa.

FÉLIX SARDÁ Y SALVANY, Pbro.

LA CHIMENEA Y EL CAMPANARIO.

I.



PASEÁBAME dias atrás por la amena campiña que rodea una de nuestras mejores poblaciones industriales. Ante mis ojos veia como recostado en el centro de una vasta llanura su numeroso caserío: ningun recuerdo traia allí graves pensamientos al alma; ninguna ruina infundia al espectador aquella dulce tristeza, delicia de los corazones elevados: todo lo que allí se veia era de hoy; gran parte todavía en construccion; doquier el sello de la juventud, de la actividad y de la vida moderna.

Como el zumbido de las abejas en la colmena, tal se oia allí el rumor de sus máquinas en incesante movimiento: el primer rayo del sol veia ya engalanadas con densos penachos de humo sus altísimas chimeneas: las últimas sombras del crepúsculo vespertino sorprendian aún al pié de ellas á sus atareados moradores en su noble afan, en su laboriosidad asombrosa.

Era aquel un pueblo trabajador en toda la extension de la palabra. Su voz, su fisonomía, sus hábitos no parecian decirle al viajero otra cosa que estas sencillas palabras: «Aqui

se trabaja.» Esta sencilla leyenda parecíame contemplar en el pedestal de cada una de aquellas soberbias chimeneas que un poeta del país ha llamado con razon los obeliscos de la industria.

Pero entre el grupo de apiñadas fábricas, y como dominándolas con señoril y majestuoso ademan, alzábase tambien, enrojecido por el sol de los siglos, cubierta la frente de noble musgo como un anciano de venerables canas, severo, tranquilo, reposado, el viejo campanario de la parroquia, personificacion de muy distintas ideas, de muy otra vida, de más altos intereses.

Tambien él tenia su voz: al teñirle de rojo los primeros resplandores de la aurora era él quien despertaba á los dormidos con una oracion y un saludo á la Madre de Dios, y al rodearle con su capuz las tinieblas de la noche, despedíase él del dia repitiendo la misma oracion y la misma plegaria.

Era para todos la voz de sus alegrías y de sus tristezas: cantaba como una madre el nacimiento de sus hijos; lloraba como un anciano sobre sus tristes sepulturas; encendia los ánimos en santo regocijo en las grandes festividades; era de todos comprendido; cada acento suyo hallaba eco gratísimo en mil corazones.

Y de noche y de dia, en los de labor y en los de gran fiesto, su mole robusta y gigantesca señalaba á los moradores de la alegre villa y á los de toda la comarca el edificio sagrado de anchas naves, de altos estribos y de morena faz que á sus piés descansaba, y parecia decirles: «Aquí se ora.»

Hé aquí resuelto el misterioso problema de la vida, decíame á mí mismo, mientras mis ojos devoraban con avidez aquel hermoso panorama. Trabajar para sostener el cuerpo, y orar para sostener el alma.

Cuerpo y alma componen todo el hombre: de ahí nacen para éste dos clases de necesidades que deben imprescindiblemente satisfacerse, y que no podrán jamás confundirse. Eternamente el cuerpo necesitará en su vida mortal de alimento y de vestidos; eternamente el alma necesitará en este su destierro de verdad y de oracion.

Y ni el pan, ni el vino, ni el oro, ni la seda hartarán el hambre ni cubrirán la desnudez de esta noble alma; tan su-

perior á ellos, ni ella será jamás tan vil que encuentre en tan poca cosa el glorioso ideal por el que suspira.

Trabajar y orar; hé aquí la fórmula completa.

¡Ay del que en este mundo no trabaje, siquiera se llame rico ó poderoso!

¡Ay del que en este mundo no ore, siquiera se llame sabio ó ilustrado!

¡Ay de los ociosos del cuerpo! ¡Ay de los ociosos del alma!

¡Ay del que en esta vida fije su corazon y sus ojos tan sólo en la ennegrecida chimenea!

¡Ay de aquel á quien por culpa suya ha llegado á hacerse enojosa ó siquiera indiferente la voz de la campana!

Y si en lugar de ser un individuo solo ó algunos individuos, quienes se contentasen con el trabajo del cuerpo y con el humo de la chimenea, fuese todo un pueblo el que cayese en la degradacion y en la miseria de creerse únicamente para ellos destinado, ¡ay de ese pueblo! ¿cuál habria más infeliz?

Pues bien. El secreto del público bienestar, y de lo que tan á boca llena se llama hoy civilizacion del pueblo, está todo en la armonía, en el concierto, en el compañerismo de estas que vienen á ser como dos piezas de un mismo resorte: la chimenea y el campanario.

La chimenea, símbolo del trabajo humano; el campanario, símbolo de una Religion divina.

La chimenea que humee constantemente, y que presida al movimiento, al ardor industrial de la poblacion que á sus piés se agrupa.

El campanario que cante sin cesar la gloria de Dios, la nobleza de nuestras almas y los inefables consuelos de la fe.

La chimenea que diga en buen hora á todo el que quiera oirla: «Aquí se trabaja de firme.»

Pero el campanario que recuerde tambien á los distraidos y á los olvidados: «Aquí tambien se piensa en Dios y en la otra vida. Aquí tambien se ora.»

Y así por este estilo fueron tantas las reflexiones que me fué inspirando lo que veia, que me resolví á extenderlas y ampliarlas en esta série de párrafos que, despues de haber

servido de artículos en la modestísima *Revista popular*, doy ahora otra vez al público con vueltas y ribetes nuevos, á guisa de capote remendado.

Tú, pueblo amigo mio, exprímelos, estrújalos, y mira de sacar de ellos lo que te parezca de más sustancia, si alguna tienen.

II.

Primera pregunta. ¿Qué relacion tiene la oracion del alma con el trabajo del cuerpo para que así encargueis su mútua union? O de otro modo. ¿Qué más da la chimenea alzándose sola en nuestras poblaciones, ó alzándose en compañía y como á la sombra del campanario?

Voy á responder breve y sumariamente. El trabajo debe andar unido con la oracion; la chimenea no debe separarse del campanario, porque la Religion divina es lo único que puede ennoblecer el trabajo humano, y no sólo ennoblecerlo, sino santificarlo, y no sólo esto, sino fomentarlo y favorecerlo para su mismo interés.

Póngote, pues, la cuestion en dos terrenos: primero, en el de la dignidad; segundo, en el de la utilidad.

La union de la chimenea con el campanario es, en primer lugar, cuestion de dignidad. ¿Sabes qué es el trabajo sin la idea religiosa que debe ennoblecerlo? Es pura y sencillamente la obligacion de un burro de carga. Exactamente. Si el hombre no ha venido á este mundo más que á trabajar para comer, y á seguir comiendo para seguir trabajando hasta dar con su cuerpo podrido en el hoyo; si no tiene en su trabajo un fin más elevado, un ideal más glorioso que comer más ó comer mejor, ¿en qué se diferencia, dime, del miserable borriquillo condenado á dar vueltas á la noria por un puñado de cebada?

Y sin embargo, cuando se estudian á fondo ciertas obras *sublimes* de economía política, se encuentra que sus sabion-

dos autores no han tenido presente para el hombre, imágen de Dios, otro ideal que el muy miserable que te acabo de indicar. Y cuando se pasa por delante de un edificio religioso que la mano usurpadora de la revolucion ha arrebatado en Barcelona (1868) á sus únicos legítimos poseedores, se ve que la mano misma que consumó la iniquidad ha escrito sobre aquella santa portada, sin duda para deshonrarla, este lema desdichado: *Labor prima virtus:* El trabajo es la primera virtud. ¡Qué miseria! ¡Qué degradacion! Pues si esto fuese verdad, que no es sino grosera mentira, tentado me sintiera de envidiarle su *virtud* al mulo de mi vecino, que trabaja catorce horas al dia y aguanta, sin vacilar, algunos quintales de carga sobre sus *virtuosas* costillas. ¡Valdria más que yo! ¡Y por de pronto vale más que el filósofo autor de la tal máxima!

No, lo más importante del hombre no es el trabajo, como enseña la ciencia atea y materialista, por la sencilla y convincente razon de que lo más importante del hombre no es su cuerpo, sino su alma. Si lo principal del hombre es trabajar, el hombre no pasa de ser un bruto con dos piés.

¿Cómo quitarle, pues, al trabajo del hombre ese carácter rudo, grosero, bestial que ciertos economistas se complacen en atribuirle con sus teorías insensatas? ¿Cómo? Sencillísimo. ¿Sabes de qué modo ha ennoblecido Dios la materia de nuestro cuerpo, que de suyo es tambien grosera y bestial? Uniéndole un alma espiritual y en cierto modo divina. ¿Quieres, pues, ennoblecer tu trabajo material y grosero, cuya necesidad te asemeja tambien en cierta manera á las bestias? Dale tambien á ese trabajo material un alma en cierto modo espiritual, anímalo con la fe en Dios, con la intencion de cumplir en él su voluntad santísima, de procurar el bien de tus hermanos y la mayor perfeccion de tu espíritu; espera por él, además del salario y de la renta de que comes, otro mejor salario y otra mejor renta de que disfrutarás en la otra vida. El alma unida al cuerpo hace de él un hombre; la oracion y la fe unidas al trabajo harán de él la única ocupacion digna del hombre. Hé aquí de qué modo el campanario ennoblece la chimenea, y la Religion divina el trabajo humano.

Y no sólo lo ennoblece porque lo santifica y en cierta manera lo espiritualiza, sino que le ayuda y lo fomenta porque lo protege.

Hablemos claro de una vez. Si fuese yo dueño de campos ó talleres preferiria ocupar en ellos á trabajadores que lo hiciesen por santo deber de conciencia, más bien que á trabajadores que lo hiciesen por pura necesidad ó por ambicion de fortuna. Y si fuese yo pobre trabajador quisiera más tener un amo que con miras de conciencia emprendiese sus obras, que no otro que sólo pensase en ellas por motivos de codicia. Las razones están muy á la vista de todos. El trabajador que mirare sólo á su dinero, y muy poco ó nada á su deber de ganarlo cristianamente, no será muy escrupuloso ni muy exacto en que su amo salga perjudicado por su negligencia. Y al amo que atienda únicamente á la renta que ha de sacar de sus manufacturas, y no mire más allá, poco ha de dársele que giman sus operarios, con tal que pueda convertir en ganancia propia sus lágrimas y sudores. ¿No es verdad, amos? ¿No es verdad, trabajadores? Si, pobres trabajadores; os interesa más de lo que podeis figuraros tener amos que trabajen mucho, pero que oren mucho tambien. Si, amos distraidos; os interesa muchisimo tener trabajadores que no sólo piensen en vuestro salario, sino tambien en el salario que ha de darles Dios. A todos, pues, importa, á amos y á obreros, por motivos de dignidad y por motivos de interés, animar el trabajo de vuestros cuerpos con la fe de vuestras almas, y que para este fin el viejo campanario de la parroquia no se separe jamás de la moderna chimenea de la fábrica. Que es lo que queria demostrar.

III.

La miserable condicion de los tiempos presentes ha venido á dar tanta importancia á la precedente reflexion, que ella por sí sola merece párrafo á parte. Menudean los conflictos entre amos y obreros; y la mano secreta que se goza

en promoverlos para sus fines, tiene buen cuidado de apartar tambien á unos y otros de la Religion que pudiera evitarlos, y que hasta ahora los habia evitado. Por esto la Religion debiera reinar siempre en todas partes, pero hoy por hoy en ninguna como en las fábricas y talleres. Y esto no sólo en bien de los amos, sino áun de los trabajadores. Permítaseme desenvolver con alguna amplitud esta idea.

El amo y el trabajador tienen á su lado un espíritu maligno que está azuzando al uno contra el otro, y que es para los dos el gérmen de las disensiones que á tal malestar nos han traido.

Al amo le dice á cada momento: «Mira, eres rico y debes serlo más. No importan los medios. Lo que importa, sí, es doblar tres ó cuatro veces el capital. El pobre es esclavo de tu jornal, y cuando está á tu servicio es ni más ni menos que una de tus máquinas. Que sude, pues, y que sirva. Cuando menos te cueste y más te produzca más seguro es el negocio.» Esto lo dice el infierno al dueño de numerosos trabajadores.

Y luego él mismo, que así habló al primero, va y se vuelve, y dice á los segundos: «Este vuestro amo, ya lo veis, es un tirano. Vuestros sudores, que él compra por cuatro cuartos, le dan á él una fortuna incalculable. Más que hombres, sois esclavos; menos aún, sois máquinas; menos aún, sois la rueda, el manubrio de una máquina. Alzaos, pues, en guerra contra el tirano. ¡Viva la emancipacion del obrero! ¡Abajo la propiedad y el capital!»

Amos y obreros, si me leen, me darán la razon. La voz del infierno que así habla á unos y á otros, todos la han oido; ¡pluguiese á Dios que no la hubiesen oido tanto! Esta es la voz que resuena en los clubs; esta la que inspira cien periódicos malditos de Dios; esta es la que ha puesto en fiera lucha á hombres que sólo habian nacido para amarse y ayudarse; esta la que en nuestros tiempos deplorables ha hecho del amo y del criado, del empresario y del trabajador, del propietario y del colono, del capital y del jornal, primero dos rivales que se miraron con recelo, luego dos enemigos que luchan á brazo partido, mañana dos verdugos condenados á mútuamente despedazarse. ¡Y no debieran ser si-

no dos hermanos! Y de esta inspiracion satánica que habló al corazon de los amos y de los obreros, lisonjeando la codicia de los unos y atizando la rebeldía de los otros, ha nacido el mónstruo feroz que en nuestros dias tiene en alarma al mundo, y que Dios permite tal vez para castigo así de ricos como de pobres: el socialismo.

¡Amos y obreros! ¿Sabeis lo que es al fin y al cabo el socialismo? ¿Quereis su explicacion en tres palabras? Es el trabajo sin la Religion. Es la ausencia de Dios de vuestras fábricas. A Dios le han arrojado de allí, ignominiosamente, porque Dios, se ha dicho, no hace falta para ganar dinero, antes estorba algunas veces. A Dios se le ha arrojado de allí y en su lugar se ha presentado á suplirle el infierno. No hay más remedio; hay que volver á llamar á Dios. Han procurado divorciar la fábrica de la parroquia, y en lugar de ésta ha aparecido de repente el club. Hay que desandar lo andado, hay que volver otra vez á la parroquia. A nuestros trabajadores ya no los amonesta ni los consuela el sacerdote; en cambio los atiza y los enfurece contra la sociedad y contra sí mismos el demagogo. Hay que llamar otra vez al sacerdote. Esta es la verdad. No hay más socialismo que ese. Ahí está la llaga. Reine otra vez el nombre de Dios en el trabajo; ore el amo y ore el obrero siquiera cinco minutos cada dia, y el socialismo dentro de pocos años será un nombre que conocerán únicamente los aficionados á la historia.

Resumamos. La tentacion constante del amo es la codicia. La tentacion permanente del obrero es la rebeldía. La Religion se coloca entre los dos, y les dice severamente: «Ni tú por ser rico dejas de ser hijo del hombre, ni tú por ser pobre dejas de ser hijo de Dios. El rico debe al pobre amor, liberalidad y buen ejemplo. El pobre debe al rico paciencia, resignacion y los servicios que aquel le paga. Ni tú, rico, tienes derecho á abusar del pobre; ni tú, pobre, tienes derecho á levantarte contra el rico. Hay un Dios que es juez tremendo de ricos y pobres. Hay una Religion que es madre y maestra de pobres y ricos. Y este Dios y esta Religion, para templar el enojo ó la vanidad que á cada uno respectivamente pudiera ocasionar la desigualdad de su condicion, han dicho en un lugar del Evangelio: ¡Ay de los ricos! y en otro lu-

gar: ¡Bienaventurados los pobres! Además de que la vida es un soplo, y los que hoy os quejais de la desigualdad de ciertas fortunas, en breve no tendréis ante Dios otra desigualdad que la de vuestras buenas ó malas obras.

Esto dice á todas horas la Religion; esto ha dicho siempre, y esto seguirá diciendo hasta la consumacion de los siglos. Y fuerza es reconocer que su lenguaje es más tranquilizador para los ricos y más consolador para los pobres que el lenguaje brutal del socialismo. Y sin embargo, aquel lenguaje divino no es comprendido, ni siquiera escuchado.

Hé aquí la razon por la cual pobres y ricos deben llamar á toda prisa á la Religion para que intervenga en sus relaciones, y proteja su trabajo, y lo endulce y lo santifique.

IV.

Entremos en cuentas de una vez. ¿Cuál es la realidad de las cosas en nuestra patria? ¿Es tan amiga como debiera la chimenea del campanario? O hablando en plata, ¿en qué relaciones corren la industria y la Religion en nuestro siglo? ¿Andan unidas ó lamentablemente divorciadas estas dos hermanas?

¡Qué série de preguntas, amigo lector! Bien quisiera yo dispensarme de contestarlas, dejando este encargo á tus luces y experiencia, que en esto como en tantas otras cosas la tienes mayor que yo. Contestaré, sí, pero será remitiéndome siempre á tu imparcial testimonio, á fin de que nadie diga que me dejo llevar de injustas prevenciones.

Los enemigos de la industria moderna andan diciendo por ahí que esta es por su naturaleza enemiga de la Religion y de las sanas costumbres. Se equivocan. Es una preocupacion como cualquier otra. Tanto valiera decir que Dios, que ha dado al cuerpo sus necesidades y los medios de satisfacerlas con el trabajo humano, es enemigo del mismo Dios, que ha criado las almas y fundado para ellas su divina Religion.

Uno mismo es el autor de los cuerpos y de las almas; uno mismo es el que dice á los hombres: *Trabajad*, y el que les dice: *Santificaos*. Dios ha dado al hombre el destino de alcanzar el cielo, pero pasando antes por la tierra, y aprovechándose de ella, y regándola con sus sudores. La industria es hija de Dios, como lo es la Religion; y la Iglesia, conforme con esto, bendice las fábricas y bendice los templos. La chimenea no es, pues, por su naturaleza enemiga del campanario.

Mas, pagado este debido tributo á la justicia y á la imparcialidad, éstas exigen que yo acabe de decir la verdad toda entera. Si muchos tienen contra la industria la preocupacion de creerla enemiga de la Religion, preciso es confesar que aquella ha dado más de un motivo para que así se la creyese y así se la condenase. Necesario es confesar que la industria no se porta con la Religion del modo que debiera, ni como súbdita, ni como hermana, ni siquiera como amiga.

¡Ah! ¡Triste es tener que decirlo, pero más triste aún que sea verdad! El espectáculo que ofrecen muchas poblaciones industriales es lamentable, es espantoso. Olvidada en gran parte de sus hijos la idea del Dios verdadero, un solo dios es el que allí parece reinar, el dios dinero; un solo culto es el que allí se practica, el del negocio. En vano alza su voz la campana desde la antigua torre; su voz no logra hacerse oir entre el ruido de las máquinas: el templo se ve á todas horas vacío; las pompas sagradas mezquinamente atendidas; y entre tanto que el oro rueda por todas partes proporcionando todos los placeres y hartando todas las concupiscencias del cuerpo, ni un solo real se destina á fomentar y á proteger los santos intereses del alma. Lo he visto y lo he llorado con mis propios ojos: tú, lector, no me negarás la razon que me sobra. En muchos de estos vastos centros de fabricacion que con tanto orgullo mostramos, está pujante y floreciente, y sin cesar prospera, todo lo que corrompe y degrada al pueblo: en cambio está decaido, olvidado, y quiera Dios que no se vea oprimido, todo lo que pudiera levantarlo y ennoblecerlo. Por esto se ve la corrupcion creciendo á par del desarrollo industrial; la vida fabril desenvolviéndose á expensas y en perjuicio de la vida moral y religiosa; los inte-

reses del espíritu perdiendo terreno á medida que lo van ganando los intereses de la materia. Por esto los más amenazados por el azote de Dios son hoy los grandes centros industriales, porque en ellos el pueblo es el más ateo, y de consiguiente el más corrompido, y de consiguiente el más socialista. El primer petróleo, llovido como del cielo, llovió sobre Paris, la ciudad que más rica ostentacion acababa de hacer de los productos de su industria. Es regular que se repitan aún alguna vez las lluvias de petróleo, y de fijo que las favorecidas con ellas serán poblaciones fabriles. Una vez desequilibrados el cuerpo y el alma, cuanto más adelantado esté y más poderoso sea el cuerpo, tanto estará más oprimida el alma; y una vez oprimido el vuelo generoso del alma, quedará rey el cuerpo con toda su grosera brutalidad y sus feroces instintos. El hombre será entonces, y empieza ya á ser ahora, lo que con tanta propiedad se ha llamado la fiera de la civilizacion.

—Pero, me diréis, ¿quién tiene la culpa de todo eso? ¿La industria tal vez?

—¡Ah! no, no es la industria, aunque yo la haya nombrado á ella; culpemos á los hombres, no á las cosas. Quien tiene la culpa no es la industria; quien la tiene, os lo diré aunque os ofenda, porque estoy tan lejos del miedo como de la adulacion... quien la tiene sois los industriales.

—¿Los industriales habeis dicho? ¿Los amos?

—Amos y obreros.

—¡La cosa es grave y merece una explicacion!

—Convenido: al buen pagador no le duelen prendas. Voy á darla.

V.

Seria locura querer negar que el tanto de culpa corresponde en primer lugar á los amos. Son los más ilustrados y los más ricos, y por consiguiente los más influyentes. Son por lo mismo ellos los más obligados. Nobleza obliga, deciase

antiguamente de la clase aristocrática. Hoy que la clase real y positivamente aristocrática ha venido á ser por su influencia la industrial, tenemos derecho á cambiar un poco la frase y á decir: Riqueza obliga.

Y sin embargo, si por lo que acontece debiera juzgarse, parece que no debe ser así. Nadie se cree más dispensado de sus deberes religiosos y morales que los poderosos. Aquellos á quienes Dios ha colocado más alto para que á los pequeñuelos sirviesen de guia y de ejemplo, no parecen haber recibido del cielo otra mision que la de apartar de él á los pobres hijos del pueblo. ¿Parecerá severo en demasía este lenguaje? Poco me importa con tal que se le encuentre verdadero. Sé que hay honrosas excepciones, más honrosas por lo mismo que son más escasas: sé que no falta en nuestras villas y ciudades el tipo del industrial piadoso; pero fuerza es confesar que escasea y va escaseando de cada dia más, precisamente á medida que su necesidad va haciéndose más apremiante. Sé que hay aún quien teme á Dios y acude á rendirle homenaje en su templo; pero sé tambien que abundan quienes no reconocen más templo que su fábrica, ni más Dios que su dinero. Sé que hay aún quien asiste con puntualidad á los oficios del domingo; pero sé tambien que son muchos más los que roban aquel santo dia á Dios y al pobre; á Dios que se lo reservó para su gloria, y al pobre que se lo concedió para su descanso. ¡Mis propios ojos han visto humear la chimenea y moverse las máquinas el dia cien veces bendito de la Natividad del Señor! ¡Cuando hasta la naturaleza parece tomar parte en las inefables alegrías de aquel dulcísimo aniversario, el pobre trabajador de aquel fabricante ni aquel dia pudo olvidar que era máquina, para acordarse de que era hombre redimido por la sangre del Dios Niño!!! Mis oidos han oido á otro negar á un chico el permiso para hacer su primera Comunion la mañana del dia solemne de la Pascua. La sublime razon que alegaba el desventurado era la de que el muchacho debia estar limpiando el taller aquella santa mañana! Entrego estos dos hechos á la execracion pública, á fin de que nadie se asombre del fuego del cielo el dia en que la ira de Dios lo llueva sobre nuestras cabezas.

Un minucioso exámen sobre este particular seria repug-

nante y odioso, pero seria sobremanera instructivo. No lo haré yo, entre otras razones por la muy sencilla de que puede hacerlo cada cual con sólo tender la vista sobre lo que á su rededor acontece. Únicamente me permitiria dirigirme, si tuviese autoridad para ello, á los amos á quienes estimo en el Señor, y con cuya suerte estoy íntimamente ligado.

«Señores, les diria, mil veces habeis convenido conmigo en que es preciso que el pueblo sea moral y religioso. Yo quiero que lo sea principalmente por su interés eterno. Vosotros, muchos, deseais que lo sea puramente por vuestro interés temporal. Sea, pues. Pero seamos francos. ¿Teneis derecho á exigir lo que vosotros no practicais? ¿Quereis al pueblo sumiso á la parroquia, cuando vosotros haceis gala de vivir alejados de ella? Decidme, amigos mios, ¿quereis al pueblo moderado en su ambicion y en sus antojos, cuando vosotros le estais abriendo el apetito con el espectáculo de vuestra frivolidad y de vuestros insensatos placeres? Mirad, amigos: la mayor parte salisteis ayer de las filas del pueblo; ¿con qué derecho insultais su pobreza con vuestra vanidad y con un lujo ridículo? ¿Por qué no sois los primeros en sostener con vuestro bolsillo la beneficencia pública, que por tantas causas, que nadie desconoce, anda hoy por los suelos? ¿Por qué no poneis en vuestro presupuesto, donde tantas partidas hay ociosas y otras funestas y otras quizás indignas, una partidita siquiera para contribuir al fomento de la Religion? ¿Por qué no sois los primeros y los más visibles en los actos del culto? ¿Por qué no frecuentais los Sacramentos? ¿Por qué no gastais un medio por ciento de vuestro capital en propaganda religiosa entre vuestros obreros, ya que el infierno gasta tanto en esparcir entre ellos la propaganda impía y socialista? ¿Por qué no convertís los domingos vuestro taller en escuela dominical para niños y niñas? ¿Por qué siquiera no ayudais con vuestro prestigio á los que se imponen el sacrificio de hacer lo que vosotros debiérais? ¿Por qué, amigos mios? ¿por qué? ¿Será justo que os quejeis cuando nada habeis hecho para contener el torrente que os amenaza, y sí mucho, mucho, sí, para desbordarlo? ¡Pobrecillos! ¿No oís el rugido de la fiera á quien sólo habeis exigido que trabajase y que trabajase mucho? ¿Sí? Pues

bien. Hé aquí que se ha acordado ahora de que tambien hay goces para ella ó debe haberlos, y en cambio no se ha acordado de Dios y de sus deberes, porque habeis puesto empeño al parecer en hacérselos olvidar. Y lo habeis conseguido.

«Pero mirad; aún tal vez sea tiempo. Aún no se ha perdido del todo en nuestro pueblo español la vieja levadura religiosa; aún es amado el campanario: poneos decididamente con palabras y con obras, con obras más que con palabras, de parte de él. El dia que así lo hiciéreis habréis salvado la chimenea. Para librar vuestros edificios de las tempestades naturales aplicais oportunamente los pararayos. No olvideis que el mejor pararayos en dia de temporal social es la cruz de la parroquia. Levantadla en alto, haced que á su sombra se cobijen vuestros trabajadores, y dejad que predique cuanto quiera la Internacional.»

VI.

He tocado incidentalmente la observancia de los dias festivos, y precisamente es punto ese que merece ser tocado algo más que por incidencia. Echemos un párrafo sobre esto.

Punto gravísimo es y de la mayor importancia. Tratar de si deben ó no deben observarse las fiestas es tratar de si debe ó no debe haber Religion en el mundo, pues en cierto modo toda la Religion para el pueblo viene casi á reducirse á la observancia de los dias festivos. No miro, pues, esta cuestion como una de tantas de segundo ó tercer órden que se agitan todos los dias. No: la cuestion de la observancia de las fiestas es fundamental; resuelta ella, todo queda resuelto; descuidada ella, debe resentirse por necesidad todo lo demás. Voy á tratarla aquí al alcance de las más humildes inteligencias, presentándola bajo dos aspectos importantísimos.

Bajo el aspecto religioso.

Bajo el aspecto social.

Las fiestas, segun las entiende y practica el Catolicismo, son ciertos dias de la semana destinados á descansar de los trabajos ordinarios y á dar culto más especial á Dios.

Entre las fiestas las hay de dos clases. Primero, la ordinaria del séptimo dia de cada semana, ordenada por Dios desde el principio del mundo en conmemoracion de haber concluido en él las obras de la creacion. Todos los pueblos han observado esta fiesta como una de las tradiciones primitivas. Los judíos la celebraron en el sábado; los cristianos, para distinguirnos de ellos y honrar el dia en que resucitó Cristo, la hemos trasladado al domingo. Pero de todos modos, sea sábado, sea domingo el dia que se señale como descanso de cada semana, es dia santo de reposo y de Religion.

Además de estas fiestas ha dispuesto la Iglesia la celebracion de algunas otras en conmemoracion ó recuerdo de ciertos sucesos grandiosos que en tal dia tuvieron lugar. Tales son las fiestas que llamamos de precepto entre semana, y que la Iglesia, en uso de la autoridad que ha recibido del mismo Dios, ha elevado á igual categoría que las del domingo. No tienen, pues, distinta importancia, ni traen distinta obligacion las fiestas de entre semana que las del domingo. Unas y otras están ordenadas por Dios, ó directamente por Él mismo, ó mediatamente por su representante la Iglesia. Esta puede reducir, variar ó suprimir las fiestas entre semana. Pero una vez decretadas, mientras no medie dispensa ó supresion, unas y otras obligan. Sépanlo ciertos católicos del dia, que, con motivo de la última reduccion de dias festivos, se creen autorizados para despreciarlos todos y para no observar ninguno.

¿A qué fin están ordenados los dias festivos?

Aquí tiene lugar la indicada division. Las fiestas tienen, en primer lugar, un nobilísimo fin religioso. Son un vasallaje que tributamos á Dios reconociendo su plena dominacion y señorío sobre los tiempos, sobre las cosas y sobre nosotros mismos. Dios ha criado para nosotros el mundo, y ha ordenado para que nos aprovechásemos de él la sucesion de los dias y de las estaciones. De todo nos ha dado plena posesion;

pero así como podia haber reservado para sí, en señal de su señorío absoluto, una porcion de tierra ó de frutos de los cuales debiésemos abstenernos, así se ha reservado una porcion de tiempo para que se lo dedicásemos todo á Él. ¿Has pensado alguna vez por qué razon Dios impuso á Adan y á Eva aquel extraño precepto de no comer la fruta de un solo árbol del paraíso? ¿Qué interés podia tener el Criador en privar á sus criaturas de una cosa que habia criado para ellas, y que les habia hecho tan agradable? ¿Fué deseo de mortificar? ¿Fué vano capricho? No, sino razon sublime y digna de Dios. Dueño el hombre de toda la creacion, señor de animales y plantas, sumiso todo á su voluntad, no como ahora que todo le está rebelde, ¿en qué hubiera conocido que habia en el universo una voluntad superior á la suya y á la cual debia acatamiento y obediencia?

Pues bien. Dios no necesitaba para nada sus frutos, pero tenia derecho á exigir de él una prueba de vasallaje. Y la prueba fué ésta. Privarle de una sola cosa entre tantas otras como habia puesto á su disposicion.

Pasa, pues, una cosa parecida con las fiestas. Dios, señor de los tiempos, ha puesto á disposicion de cada uno de nosotros el periodo de treinta, cuarenta ó sesenta años, de los cuales podemos hacer el uso legítimo que mejor nos acomodare. Podemos en ellos adquirir ciencia, procurarnos fortuna, ascender á brillante posicion, realizar tantos y tan variados ensueños como sabe forjarse nuestra fantasía, y no siempre ¡ay! para nuestra felicidad, y casi siempre para nuestro tormento. El tiempo es nuestro. Dueños somos de él, como que el mismo Dios nos lo está constantemente regalando con infinita bondad. Pero así como se prohibió á Adan comer de un árbol, así á todos nos prohibe hacer uso para nosotros de algunos pocos dias. Son dias de Dios, son el tributo, el censo que le pagamos por los muchos otros que nos concede su mano generosa.

Óyeme bien, amo ó trabajador: ¿Sabríate mal que quien te diese siete duros cada semana, francos, regalados, sin trabajo por parte tuya, te exigiese en cambio la obligacion de pagarle cuatro duros cada mes? No, y creo yo muy bien que cualquier hijo del pueblo se avendria á un contrato de esta

naturaleza. El caso es igual. Dios te da de balde siete dias cada semana: cuatro ó cinco (ó seis á lo más) te pide cada mes. ¿No eres injusto, no eres ingrato, no eres tacaño y mezquino y raquítico en negar cuatro á quien te da treinta? Dime si tiene ó no tiene razon la Iglesia al quejarse de la profanacion de los dias festivos.

El dia de fiesta es, pues, un tributo de Religion, un reconocimiento del señorío absoluto que tiene Dios sobre nosotros. Cuando alzamos á Dios un templo le dedicamos de un modo particular una parte de la tierra que pisamos y del espacio en que vivimos. Toda la tierra y todo el espacio son de Dios, pero nosotros le hacemos especial consagracion de aquel que encerramos entre santas paredes. Cuando celebramos una festividad hacemos una cosa análoga con el tiempo. Todos los tiempos son de Dios, que todos los ha criado, pero nosotros tomamos una partecita, un dia, y con ella alzamos como un templo inmaterial é invisible, un templo de tiempo que consagramos con especialidad á nuestro buen Señor y á su obsequio.

VII.

Decidme, hombres de negocios ó pobres trabajadores. Si no observais las fiestas habréis de confesar que no teneis Religion. Y eso es muy duro para que se os eche en cara á hombres honrados como vosotros. Pero no tiene remedio. No soy yo quien lo digo, sino la razon. Tener Religion no es sólo llamarse católico y tener inscrito el nombre en el registro parroquial; tener Religion es practicarla. ¿Llamaréis tejedor á quien nunca puso mano á la lanzadera? ¿Tendréis por comerciante á quien ni compra ni vende ni hace más que tomar el sol en invierno y el fresco en verano? ¿Podrá honrarse con el título de militar quien nunca empuñe espada? Tampoco será, pues, católico quien no haga obras católicas, como no será zapatero quien no fabrique zapatos, ó negociante quien no se dé al negocio y á la contratacion.

Pues bien: admitido esto, que no podeis dejar de admitirlo, vamos á ver, ¿cuándo haréis obras de católicos si no las haceis en los dias que para ellas ha destinado más especialmente la Religion que profesais? ¿Qué dia concurriréis al templo? ¿Cuándo oiréis la palabra de vuestro pastor? ¿En qué ocasion frecuentaréis los santos Sacramentos? ¿Qué sabréis de vuestra fe si no destinais un dia para provechosas lecturas? ¿Qué recuerdos conservaréis de sus dulcísimos Misterios si la fecha en que se celebran os pasa desapercibida? ¿Qué horas guardais para Dios?

¡Ah! ¡cuántas veces me lo habeis dicho con cierta tristeza! «No, no señor, no vivimos, eso no es vivir. El negocio, el trabajo nos abruman, ni tenemos tiempo para sentir que vivimos. La actividad exagerada de este siglo nos aturde y nos marea. Dormimos las horas contadas, interrumpidas tal vez por enojosas cavilaciones. Comemos al vapor, quizá ni entre los nuestros: afecciones de familia, comodidad propia, trato social, vida de inteligencia, todo, todo se sacrifica á esta palabra que parece reinar sola y señora en el mundo: el negocio. Todo por el negocio, hasta las fuerzas, hasta la salud, hasta la vida.»

Sí, amigos mios, es verdad, es verdad, y os sobra motivo para lamentaros, y por lo mismo pregunto ahora con más insistencia que antes: De esta vida tan agitada y tan calenturienta que vivís, ¿qué horas destinais para el alma y para Dios? Excusado es responder que los de labor no son para vosotros dias de alma ni de Dios. No se piensa en eso ni en el taller, ni en el bufete, ni en la Bolsa. No se le ofrece el corazon entre el ruido de las máquinas y la agitacion del mercado público. O habeis de resignaros, pues, á quedar sin Religion, ó habeis de tener destinado para esto un dia propio, especial, separado, dia cerrado entre paredes que le impidan mezclarse con los demás, del mismo modo que las paredes del templo impiden á este edificio confundirse con los demás edificios. Ha de haber dia señalado en que todo se suspenda, en que calle la máquina, y pare la rueda, y se ponga el alma en cierta tranquilidad propia para concebir elevados pensamientos. Un dia de espíritu y seis de materia. Un dia que nos distinga esencialmente de las bestias de car-

ga, cuyo único objeto en este mundo es comer para trabajar y trabajar para comer hasta dar con sus huesos en el cañaveral. Si la Religion no designase este dia deberia cada cual designarlo para sí y para los suyos: ahora que la Religion lo designó y lo ordenó con precepto tan formal y severo bajo pena de eterna condenacion, ¿por qué no se respeta? ¿Por qué se roba este dia á Dios y á los trabajadores? ¿Con qué derecho el dueño de vasta fábrica tiene atadas á su rueda centenares de almas á quienes impide el ejercicio de su fe para que sirvan á su ambicion y codicia? ¿Qué cuenta tan horrible dará á Dios el fabricante que robó con el trabajo del domingo la Religion á tantos corazones, y á la vez á tantas familias que de ellos dependen? Sí, porque el desórden doméstico producido por esta criminal conducta es espantoso. La casa del obrero sólo un dia ve reunidos bajo su techo á sus moradores. El obrero sólo un dia puede ejercer su deber amoroso de padre de familias. El consejo que sostiene y corrige, la caricia paternal que consuela y alienta, la máxima de bien vivir que se transmite como herencia en el hogar, sólo un dia tienen para derramarse en aquellos corazones moralmente asfixiados por la atmósfera corrompida de los grandes centros industriales. Y este dia es el domingo. Y si el domingo no se observa, si al romper el alba han de dejar la mujer y el marido y los hijos mayorcitos la casa paterna con los mismos vestidos grasientos de la semana; si aquel dia poco ó nada debe distinguirse de los demás dias, el fabricante podrá expender algunas piezas más, pero la Religion y la sociedad tendrán para el bien algunos corazones ménos, porque el dia destinado para la educacion del alma por medio de la Religion ha desaparecido. Dos crímenes inmensos se han cometido por un puñado de oro. A Dios se le ha defraudado el culto de aquellos corazones que no por ser pobres dejan de ser suyos; á éstos se les ha defraudado la participacion de los bienes del espíritu y de las esperanzas del cielo, á las que por ser pobres no dejan de tener derecho inviolable. ¡Asesinos de almas y salteadores de creencias llamaria yo á los infelices que en nombre de un progreso industrial ó mercantil mal entendido profanan el dia de la Religion, poniendo á esta hija del cielo, á esta obra de Dios en

un nivel más bajo que sus mezquinas avaricias! ¡Asesinos de almas, contra quienes permite Dios las tempestades sociales que todo el mundo prevé, y que seria tan fácil evitar si no fuésemos tan ciegos! Pero esta misma ceguera es el peor de los castigos de Dios. Terrible expiacion es que quien en los negocios de su vida no supo ver más allá de su libro de caja, sea tan miope que ni acierte á ver los medios más rutinarios de conservarla. En esto, como en otras cosas, llevamos en el mismo pecado la penitencia.

Mas la profanacion religiosa es además una perturbacion social, porque las fiestas no sólo tienen un nobilísimo fin religioso, que es el principal, sino tambien una incalculable trascendencia humana, por más que sea muy secundaria. Es la proteccion que da al trabajo por medio de la moralizacion que infunde al amo y al trabajador. En este sentido cabe decir que la Religion es eminentemente proteccionista. Y tambien me siento con tentaciones de asegurar que una vasta asociacion, que tuviese por único objeto promover la observancia cristiana de las fiestas, seria indudablemente la mejor sociedad de seguros contra la Internacional.

¡Ah! ¿cuándo comprenderán nuestros hombres de negocios que la única solucion del problema tan horriblemente planteado está en la cristianizacion del trabajo? A pesar de las ventajosas condiciones materiales en que se halla el obrero moderno, nunca fué más descontentadizo que hoy, y con razon, porque nunca en el fondo fué más infeliz, porque aunque cobre crecidos jornales, no tiene á Dios ni en su corazon, ni en su hogar, ni en su taller. La eterna queja del jornalero contra el capitalista la comprendo perfectamente. Sin la idea de Dios no se concibe por qué el uno debe tener un duro y el otro un millon. Sin la idea de Dios lo único lógico y verdadero es el programa del socialismo. Sin la idea de Dios ni el amo tiene freno alguno en sus avaricias y tiranías, ni el trabajador en sus exigencias ni rencores. Ni á uno ni á otro quiero adular. Sin la idea de Dios tan difícil es hallar un buen amo como un buen obrero. Sin Dios, amigo mio, todos somos peores. Pero esta idea de Dios que necesitamos no debe ser una idea vaga, abstracta, sin aplicaciones á la vida real. Debe ser la idea práctica que nos da el

Catolicismo; debe ser el reconocimiento de su existencia, pero al mismo tiempo de su justicia, de los deberes que nos impone y de los castigos con que nos obliga á cumplirlos.

Yo me empeño en que se crea y se obre en este sentido con tal que se observen cristianamente las fiestas. Yo me empeño con esto solo á apagar las teas y el petróleo de los reformistas á sangre y fuego. Que amos y obreros observen las fiestas como manda la Iglesia, y estamos salvados. Amos y obreros he dicho, los amos primero que los obreros. En la iglesia se nos enseñan siglos há verdades que únicamente allí podemos aprender. Lo que dice el Párroco en la Misa mayor parecerá á muchos gastado, vulgar y trivial; entiéndase empero que esto es lo que debe salvarnos, no lo nuevo y desconocido. Nada más viejo que la verdad. ¿Has visto cosa más sosa y más vulgar y más gastada que el pan que comes todos los dias? ¡Pues á ver como prescindes de esa vulgaridad de comer pan! Lo mismo hemos de decir de la verdad, único alimento de las almas.

Que haya mucho Dios, mucha Religion, mucha parroquia, y se salva el mundo. Y no habrá ni fe en Dios, ni práctica de Religion, ni amor á la parroquia si se profanan miserablemente los dias festivos. Grandes catástrofes nos amenazan. ¿Quién se atreverá á asegurar que no sea justo castigo de tantas y tan repetidas profanaciones?

VIII.

Tú tambien, pobre obrero mio, tú tambien, hablando por regla general, eres culpable, y muy culpable, del profundo olvido en que han caido el nombre de Dios y las prácticas religiosas en las fábricas. Tú tambien has contribuido con todas tus fuerzas á la separacion de la chimenea y del campanario, cuando por tu interés y por tu dignidad y por tu alma debias procurar que permaneciesen en union íntima é inseparable. Seducido por halagüeñas promesas, acariciando ca-

da dia y cada noche sueños de ambicion que te hacen más desgraciado, has ido echando en olvido que la felicidad, áun acá en la tierra, no está en poseer mucho, sino en desear poco, y que nadie es más rico que el que sabe ser dueño de su corazon para refrenarlo y contenerlo en sus límites convenientes. Pues bien; para alcanzar esta moderacion y esta templanza, en las cuales está la felicidad y la paz, era preciso que al mismo tiempo que el trabajo material tendia á rebajar las nobles inclinaciones de tu alma y á abatirte, hubiese algo que sin cesar te estuviese sosteniendo á mayor altura, y no permitiese olvidar ni un instante los verdaderos destinos de tu espíritu inmortal. Por eso te dió el cielo la Religion, para que su mano augusta te enseñase á levantar tus ojos hácia arriba, cuando los negocios humanos te hubiesen hecho cobrar demasiada aficion á lo de abajo. Para eso te puso tras cada seis dias de trabajo uno de reposo, para que aquellos fuesen los dias del cuerpo y éste fuese el dia del alma.

Mas tú no sigues muchas veces esta ordenacion divina establecida para tu bien, y por esto eres desgraciado. Aguardas tal vez el domingo, no para elevar tu espíritu á Dios, sino para embrutecerlo con goces sensuales, de donde resulta que el domingo, lejos de comunicarte, como debiera, nuevo aliento para emprender otra vez los trabajos de la semana, no sirve sino de hacértelos más enojosos é insoportables. Tu vida de la semana no puede ser vida de familia; el domingo deberia ser vida de familia. Tu vida ordinaria no puede ser vida de lectura y de instruccion; en eso deberias emplear parte del domingo. Apenas puedes pensar en Dios, ni oir la voz del sacerdote, ni tomar parte en los actos del culto, ni recibir el consuelo inefable de los santos Sacramentos: en todo eso deberias ocupar el dia de fiesta. En los demás dias te gobierna la campana del taller: ¿por qué no has de hacer que durante aquel dia te gobierne la campana de la parroquia? ¿Por qué se han de llevar el café y la taberna el tiempo y el dinero y la compañía que debes á tu pobre esposa y á tus dulces hijos? ¿Por qué has de agitar, si eres jóven ó muchacha, tu corazon en las groseras emociones de una sala de baile, en lugar de guardarlo puro y sin quiebra

para los santos amores que bendice la Religion? ¿No es triste ver como se aja allí la más hermosa juventud, se pervierten los más puros sentimientos, se acostumbra el alma á la fiebre maligna de las pasiones, se echan á rodar los celestiales atractivos del pudor, y se llenan de desasosiego y de precoz melancolía los que debieran ser los dias más lozanos de la vida porque son los de su primavera? Huid, huid del baile dominguero como del peor enemigo que tienen la Religion, las costumbres y la paz del alma. Cerrad vuestros oidos, oh jóvenes y doncellas, á su música tentadora: despues de aquellas horas de calentura, ¡yo lo sé, y no me lo negaréis! entran la postracion y el decaimiento, y el desencanto y el amargor de la inocencia perdida: el vacío sucede á la ilusion, la más negra tristeza viene en pos de aquellas locas alegrías. Mas dejemos este punto que en otra ocasion trataremos con mayor detenimiento. Vamos á otra cosa.

¿Por qué no podrias saludar á Cristo sacramentado entrándote cada dia cinco minutos en la parroquia antes de entrar en tu taller? Y no obstante no lo haces. ¿Por qué no podrias darle unos momentos de agradable visita al abandonar cansado tus pesadas tareas, antes de volver á tu casa para el descanso de la noche? Y tampoco te acuerdas de eso con ser cosa tan fácil. Y nada de eso te privaria un minuto de sueño ni un segundo de tu jornal. ¿Sabes que hay almas que lo practican y les va tan bien? ¿Sabes que el silencio y soledad y recogimiento del templo, despues del bullicio y ruido del taller, vuelven el alma á su centro, la tranquilizan si anda agitada, y la templan si experimenta la inquietud y el desasosiego del infortunio y de las pasiones? ¿Sabes que aquel rato de oracion que se dirige al cielo vuelve á caer de allí sobre el corazon, como rocío consolador que refresca sus ardores y ablanda sus durezas? ¿Sabes que entre el corazon de un pobre trabajador ó trabajadora como tú y el Corazon dulcísimo de nuestro Dios Jesucristo pueden mediar, al través de la cerrada puertecita del sagrario, dulces desahogos, suavísimas confidencias, conversaciones íntimas, capaces de hacer dichosa la vida más trabajada, y de elevar á la altura del trato de los Angeles el alma de condicion más humilde? ¿No conoces las dulzuras y sublimidades de la piedad cris-

tiana? ¿Quieres conocerlas y saborearlas? ¿Quieres ser dichoso con ellas? Trabaja como buen trabajador, pero ora al mismo tiempo como buen cristiano. Da á Dios lo que es de Dios, y al amo lo que es del amo. Cabalmente Dios se ha empeñado en exigir poquísimo de tí, á fin de que seas más culpable sino le correspondes. Veinte y cuatro horas tiene el dia; repártelas entre tu trabajo y tu descanso: sólo quisiera que reservases unos minutos para Dios. Siete dias tiene la semana: ocupa seis en ganar tu sustento ó en labrar tu fortuna: guarda uno siquiera para ganar aquel jornal que no ha de pagarte tu amo, sino que ha de pagártelo el supremo Juez.

IX.

Hora es ya de ponerles punto final á esa série de sueltas reflexiones, ligerísimo ensayo sobre una materia poco menos que inagotable.

Recapitulemos. De lo que sobre este asunto hemos venido discurriendo resulta claramente: primero, que la chimenea y el campanario, ó sea, la industria y la Religion, deben andar inseparablemente unidas. Segundo, y es lo más doloroso, que hoy por hoy no andan tan estrechamente unidas, sino lamentablemente divorciadas.

La consideracion que hace más y más sensible este mútuo alejamiento, ó mejor esta hostilidad permanente en que viven los intereses del alma y los del cuerpo, es la de que todo esto seria tan fácil, tan fácil de remediar. Con sólo un poquito de buena voluntad en los amos y otro poquito de docilidad en los trabajadores, quedarian zanjadas todas las dificultades. Sírvannos de ejemplo una série de suposiciones, que, con sólo quererlo quien debe, podrian convertirse en hermosas realidades.

Supongamos que un buen amo, comprendiendo bien y cristianamente sus intereses, conocedor de los deberes y de los derechos que como cristiano tiene sobre sus trabajadores,

quisiese que su fábrica así como es famosa por la finura de sus productos lo fuese por la moralidad y religiosidad de sus trabajadores. ¿Hay inconveniente en suponer un amo animado de tan buenos deseos? No por cierto; y yo conozco á muchísimos que los tienen, sólo que nada hacen por realizarlos.

Supongamos que ante todo se procura por mayordomos ó jefes de taller personas inteligentes y activas, pero tambien de intachable conducta, que puedan corregir á los demás, más bien que con palabras con el ejemplo de una vida completamente religiosa y morigerada. ¿Es imposible esto? No, ni siquiera difícil.

Supongamos que el tal amo ejerce por sí y por medio de sus subalternos una exquisita vigilancia sobre la conducta visible de sus operarios, que corrige y castiga como injurias hechas á su propia honra las blasfemias groseras con que se ultraja la de Dios; que reprime severamente todo lo que de parte de los mozos puede herir en lo más mínimo la inocencia y el pudor de las jóvenes trabajadoras; que vela por ellas y por su honor como por el de sus hijas y hermanas, entre las cuales no consentiria ni un gesto ni una chanza repugnantes. ¿Es esto pedir mucho? No; es pedir pura y simplemente á los amos el cumplimiento de su obligacion.

Supongamos que el amo es tan celoso de la honra de Dios y de la dignidad de sus operarios que no permite que en dia festivo se mueva una rueda de su taller, ni se toque un hilo de sus piezas, ni se limpie siquiera el local ni la máquina, ni se abra tan sólo la puerta de su establecimiento. Tampoco esto es exigir otra cosa que el cumplimiento del tercer precepto de la ley de Dios.

Supongamos que, deseando contrarestar en lo posible los funestísimos efectos de la propaganda impía, gasta un medio por ciento de sus cuantiosos capitales en distribuir entre sus obreros producciones de buena doctrina católica, hojas sueltas, libritos refutando los errores del dia, exhortaciones piadosas, y tantas y tantas obras de propaganda cristiana como han salido de la prensa en estos últimos años. ¿Qué perderia el industrial en emplear en esto el medio por ciento de sus capitales?

Supongamos más: supongamos que no contento con esto, el dueño de un vasto establecimiento, ya que los hay tan vastos como una pequeña poblacion, hiciese que entre las dependencias de él se encontrase una devota capilla, y que en ella se facilitase el cumplimiento de ciertas obligaciones á los obreros; que allí, por ejemplo, se les celebrase Misa ciertos dias del año, en otros se les dirigiese una breve exhortacion y en otros se les proporcionase un sencillo Mes de María... Una fábrica que reune á centenares ó tal vez á miles los jornaleros, ¿por qué no podria tener su capellan?...

—¡Santo Dios! ¿Está soñando V., señor mio de mis pecados?

—No, señor fabricante; hablo con mis tres potencias cabales y mis cinco sentidos muy despiertos.

—¿Quiere V. convertir mi fábrica en convento?

—No, amigo mio; sólo quiero que no se os convierta en club, que empieza ya á parecerlo. ¿Y creeis que perderian nada la industria y el industrial y el trabajador en que la fábrica tuviese la moralidad y el órden de un convento?

—No, cierto que no, pero... hay que vivir con el siglo... dar al tiempo lo que es suyo...

—Bien, muy bien; buen provecho. Vivid con el siglo... pero entre tanto recordad que es ese el siglo de la Internacional.

Sí, amigos mios, amos y obreros, las suposiciones que hice poco há pueden ser hermosas realidades, y lo fueron no há mucho tiempo. Seria obra facilísima, y sólo falta quien quiera emprenderla sin miedo á respetos humanos. El pueblo seguiria, porque da pruebas de seguir siempre al que le ama. Y la fábrica cristianamente montada eclipsaria en breve á todas las demás. ¿Qué dia habrá entre los industriales una santa liga que se titule *Apostolado de las fábricas*, y tenga por divisa un campanario al lado de una chimenea?

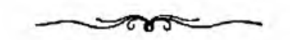
Quiero concluir, lector amigo, con una anécdota ciertísima, como que yo mismo conocí y traté muchos años al buen protagonista de ella. Construíase en un pueblo inmediato y

casi unido á Barcelona el campanario de la parroquia, que aún hoy llama la atencion por su elevacion, realmente desproporcionada á su anchura. Y construíase juntamente en una fábrica vecina una hermosa chimenea. Iban creciendo, creciendo cada dia ambas construcciones, y ni dejaba de elevarse cada dia más la chimenea, ni tenia trazas de querer rematarse tampoco el campanario. Habia al parecer verdadera competencia sobre quien subiria más alto. Era que intervenia en la costruccion de éste un sacerdote que habia sido trabajador muchos años, y habia dicho al arquitecto: «Prosiga V. por mi cuenta la obra del campanario hasta dejarlo á mayor altura que todas las chimeneas.» Y seguia el arquitecto elevando la obra. Pero la chimenea debia haberle calado la intencion, porque tampoco se daba por vencida. Ocurrióscle entonces al buen arquitecto del campanario aparentar que daba por parada la obra. Paró la suya el de la chimenea, y sin sospechar la jugarreta colocó la cornisa del remate, y se creyó vencedor. Pero entonces añadióle el otro al campanario algunos palmos más á su anterior estatura, y dejólo como habia deseado el celoso sacerdote, esto es, más alto que todas las chimeneas de la poblacion.

Hacedlo así, señores fabricantes y obreros amigos mios: hacedlo así, y no os ha de pesar ni por los intereses de vuestra alma ni por los de vuestro cuerpo. Haced que en vuestra estimacion y en el prestigio del público sea siempre el campanario superior á vuestras chimeneas: elevadlo, elevadlo, respetándolo, amándolo, haciendo por él cualquier linaje de sacrificios. No caerá una chimenea mientras fuere respetado el campanario. Mas ¡ay de vosotros si vacila el campanario! ¡Ni por un dia más quedarán en pié vuestras chimeneas!

¿QUÉ HAY SOBRE EL ESPIRITISMO?

AL QUE LEYERE.



Este opúsculo no tiene pretensiones de obra teológica ó filosófica, ni mucho menos. Es pura y sencillamente una breve instruccion familiar para uso del pueblo. Por esto, en el decurso de ella, y sobre todo en su primera parte, se apela al buen sentido católico del lector, más que á elevadas razones científicas. El espiritismo no necesita para ser despreciado más que ser conocido á la luz de las más triviales nociones de la fe cristiana y del sentido comun. Me he concretado, pues, á exponerlo bajo estos dos puntos de vista. El que desee estudios más profundos, vea la excelente obra del P. Pailloux: EL MAGNETISMO, EL ESPIRITISMO Y LA POSESION, *y tambien la série de magníficos artículos publicados en la* CIVILTÁ CATTOLICA, *y con el título:* EL ESPIRITISMO EN EL MUNDO MODERNO, *traducidos al español y dados á luz en Lugo, imprenta de Soto. De esta última obra publicó tambien una edicion económica la* ILUSTRACION POPULAR *de Valencia.*

PRELIMINARES.

¿Qué hay sobre el Espiritismo?



TODAS horas se anda repitiendo esta pregunta, hoy que por desgracia de nuestros miserables tiempos el Espiritismo es uno de los errores más en boga. Unos por pura curiosidad, otros con dañado intento, algunos por santo celo de defender la fe y las costumbres, quien con la sonrisa del despreocupado, quien con la justa alarma de una conciencia cristiana, todos piden explicaciones sobre este punto. Es preciso darlas. Veamos, pues, con claridad y llaneza lo que hay y lo que no hay en este oscuro misterio de abominacion, que tanto preocupa á las gentes en nuestros dias.

¿Qué se entiende por Espiritismo?

Se entiende por Espiritismo *un conjunto de doctrinas y de prácticas encaminadas á obtener la comunicacion del hombre con los Espíritus del otro mundo*.

El Espiritismo es, pues, *doctrina* y es *práctica*. La doctrina constituye á su modo un sistema teológico, filosófico y so-

cial con el cual se resuelven, tambien á su modo, las cuestiones todas pertenecientes á estos tres órdenes. Verémos más abajo los principales artículos de esta doctrina. La práctica se reduce á ciertos procedimientos empleados para obtener la comunicacion de los Espíritus con el hombre, bien sea para satisfacer la curiosidad con sutiles descubrimientos, ó como recurso para hallar remedio á ciertas enfermedades, ó como camino para la investigacion científica, revelacion del porvenir, éxito de un negocio dado, etc. Verémos más abajo estos procedimientos y sus resultados.

Esta breve indicacion señala ya la division natural de este opúsculo en dos partes: 1.ª relativa á las doctrinas, 2.ª relativa á las prácticas.

SECCION PRIMERA.

DOCTRINAS DEL ESPIRITISMO.

Resúmen de las doctrinas espiritistas.



o quiero se me tache en este punto de parcialidad ó de mala fe. Voy á extractar el resúmen de la doctrina espiritista, en sus puntos más esenciales, de la obra *El libro de los Espíritus*, por Allan Kardec, uno de los principales doctores de la secta. Dice así en su Introduccion, párrafo VI, pág. 14, edicion de Barcelona.

«Pasemos á resumir en pocas palabras los puntos más culminantes de la doctrina que nos han transmitido (los espíritus), para responder más fácilmente á ciertas objeciones.

«Dios es eterno, inmutable, inmaterial, único todopoderoso, soberanamente justo y bueno.

«Creó el universo que comprende todos los séres animados é inanimados, materiales é inmateriales.

«Los séres materiales constituyen el mundo visible y corporal, y los inmateriales el mundo invisible ó espiritista, es decir, el de los Espíritus.

«El mundo espiritista es el normal, primitivo, eterno, preexistente y sobreviviente á todo. El mundo corporal no pasa de ser secundario; podria dejar de existir ó no haber existido nunca, sin que se alterase la esencia del mundo espiritista.

«Los espíritus revisten temporalmente una envoltura material perecedera, cuya destruccion á consecuencia de la muerte los constituye nuevamente en estado de libertad.

«Entre las diferentes especies de seres corporales Dios ha escogido á la especie humana para la encarnacion de los Espíritus que han llegado á cierto grado de desarrollo, lo cual les da la superioridad moral é intelectual sobre todos los otros.

«El alma es un Espíritu encarnado, cuyo cuerpo no es más que la envoltura.

«Tres cosas existen en el hombre: 1.ª el cuerpo ó sér material análogo al de los animales y animado por el mismo principio vital; 2.ª el alma ó sér inmaterial, Espíritu encarnado en el cuerpo; y 3.ª el lazo que une al alma y al cuerpo, principio intermedio entre la materia y el Espíritu.

Así, pues, el hombre tiene dos naturalezas: por el cuerpo participa de la naturaleza de los animales, cuyos instintos tiene, y por el alma participa de la naturaleza de los espíritus.

«El lazo ó *perispíritu* que une el cuerpo y el Espíritu es una especie de envoltura semimaterial. La muerte es la destruccion de la envoltura más grosera; pero el Espíritu conserva la segunda, que le constituye un cuerpo etéreo, invisible para nosotros en estado normal; y que puede hacerse visible accidentalmente y hasta tangible, como sucede en el fenómeno de las apariciones.

«Así, pues, el Espíritu no es un sér abstracto ó indefinido que sólo puede concebir el pensamiento, sino un sér real y circunscrito, que es apreciable en ciertos casos por los sentidos de la vista, del oido y del tacto.

«Los Espíritus pertenecen á diferentes clases, y no son

iguales en poder, inteligencia, ciencia y moralidad. Los del primer órden son los Espíritus superiores, que se distinguen de los demás por su perfeccion, conocimientos, proximidad á Dios, pureza de sentimientos y amor al bien. Son los Angeles ó Espíritus puros. Las otras clases se alejan más y más de semejante perfeccion, estando los de los grados inferiores inclinados á la mayor parte de nuestras pasiones; al odio, la envidia, los celos, el orgullo, etc., y se complacen en el mal.

«Entre ellos los hay que no son ni muy buenos ni muy malos. Más embrollones y chismosos que malvados, parecen ser patrimonio suyo la malicia y la inconsecuencia. Estos tales son los duendes ó Espíritus ligeros.

«Los Espíritus no pertenecen perpétuamente al mismo órden, sino que todos se perfeccionan, pasando por los diferentes grados de la jerarquía espiritista. Este perfeccionamiento se realiza por medio de la encarnacion, impuesta como expiacion á unos y como mision á otros. La vida material es una prueba que deben sufrir repetidas veces, hasta que alcanzan la perfeccion absoluta; una especie de tamiz ó depuratorio del que salen más ó menos purificados.

«Al abandonar el cuerpo, el alma vuelve al mundo de los Espíritus de donde habia salido, para tomar una nueva existencia material, despues de un espacio de tiempo más ó menos prolongado, durante el cual se encuentra en estado de Espíritu errante.

«Debiendo pasar el Espíritu por varias encarnaciones, resulta que todos nosotros hemos tenido diversas existencias y que tendrémos otras, perfeccionados más ó menos, ora en la tierra, ora en otros mundos.

«Los Espiritus se encarnan siempre en la especie humana, y seria erróneo creer que el alma ó espíritu pueda encarnarse en el cuerpo de un animal.

«Las diferentes existencias corporales del Espíritu siempre son progresivas, nunca retrógradas; pero la rapidez del progreso depende de los esfuerzos que hagamos para llegar á la perfeccion.

«Las cualidades del alma son las mismas que las del Espíritu encarnado en nosotros, de modo que el hombre de

bien es encarnacion de un Espíritu bueno, y el hombre perverso lo es de un Espíritu impuro.

«El alma era individual antes de la encarnacion, y continúa siéndolo despues de separarse del cuerpo.

«A sú vuelta al mundo de los Espíritus, el alma encuentra en él á todos los que conoció en la tierra, y todas sus existencias anteriores se presentan á su memoria con el recuerdo de todo el bien y de todo el mal que ha hecho.

«El Espíritu encarnado está bajo la influencia de la materia, y el hombre que vence semejante influencia por medio de la elevacion y purificacion de su alma, se aproxima á los Espíritus buenos, á los cuales se unirá algun dia. El que se deja dominar por las malas pasiones, y cifra toda su ventura en la satisfaccion de los apetitos groseros, se aproxima á los espíritus impuros, dando el predominio á la naturaleza animal.

«Los Espíritus encarnados pueblan los diferentes globos del universo.

«Los Espíritus no encarnados ó errantes no ocupan una region determinada y circunscrita, sino que están por todas partes, en el espacio y á nuestro lado, viéndonos y codeándose incesantemente con nosotros. Forman una poblacion invisible que se agita á nuestro alrededor.

«Los Espíritus ejercen en el mundo moral y hasta en el físico una accion incesante; obran sobre la materia y el pensamiento, y constituyen uno de los poderes de la naturaleza, causa eficiente de una multitud de fenómenos inexplicados ó mal explicados hasta ahora, que sólo en el espiritismo encuentran solucion racional.

«Las relaciones de los Espíritus con los hombres son constantes. Los Espíritus buenos nos excitan al bien, nos fortalecen en las pruebas de la vida, y nos ayudan á sobrellevarlas con valor y resignacion. Los Espíritus malos nos excitan al mal, y les es placentero vernos sucumbir y equipararnos á ellos.

«Las comunicaciones de los espíritus con los hombres son ocultas ú ostensibles. Tienen lugar las comunicaciones ocultas por medio de la buena ó mala influencia que ejercen en nosotros sin que lo conozcamos. A nuestro juicio toca el

distinguir las buenas de las malas inspiraciones. Las comunicaciones ostensibles se verifican por medio de la escritura, de la palabra ó de otras manifestaciones materiales, y la mayor parte de las veces por mediacion de los *mediums* que sirven de instrumento á los Espíritus.

«Los espiritus se manifiestan espontáneamente ó cuando se les evoca.

«Puede evocárseles á todos, lo mismo á los que animaron hombres oscuros, que á los de los más ilustres personajes, cualquiera que sea la época en que hayan vivido; así á los de nuestros parientes y amigos, como á los de nuestros enemigos, y obtener en comunicaciones, verbales ó escritas, consejos y reseñas de su situacion de ultra-tumba, de su pensamiento respecto de nosotros, como tambien aquellas revelaciones que les es lícito hacernos.

«Los Espíritus son atraidos en razon de su simpatía hácia la naturaleza moral del centro que los evoca. Los Espíritus superiores se complacen en las reuniones graves en que prevalecen el amor del bien y el deseo sincero de instruirse y perfeccionarse. Su presencia ahuyenta á los Espíritus inferiores, que encuentran, por el contrario, franco acceso y pueden obrar con entera libertad, en personas frívolas y guiadas únicamente por la curiosidad, y en donde quiera que reinen malos instintos. Lejos de esperar de ellos buenas advertencias y reseñas útiles, no deben esperarse más que sutilezas, mentiras, bromas pesadas ó mistificaciones, porque á veces usurpan nombres venerables para mejor inducir en error.

«Es sumamente fácil distinguir los Espíritus buenos de los malos; porque el lenguaje de los Espíritus superiores es siempre digno, noble, inspirado por la más pura moralidad, desprovisto de toda pasion baja, y porque sus consejos respiran la más profunda sabiduría, teniendo siempre por objeto nuestro perfeccionamiento y el bien de la humanidad. El de los Espíritus inferiores es, por el contrario, inconsecuente, trivial con frecuencia, y hasta grosero. Si dicen cosas buenas y verdaderas, con más frecuencia aún las dicen falsas y absurdas por malicia ó por ignorancia, y abusan de la credulidad y se divierten á expensas de los que les consul-

tan, dando pábulo á su vanidad y alimentando sus deseos con mentidas esperanzas. En resúmen, solamente en las reuniones graves, en aquellos cuyos miembros están unidos con una comunidad íntima de pensamientos encaminados al bien, se obtienen comunicaciones graves en la verdadera acepcion de la palabra.

«La moral de los Espíritus superiores se resume, como la de Cristo, en esta máxima evangélica: Hacer con los otros lo que quisiéramos que con nosotros se hiciese, es decir, hacer bien y no mal. En este principio encuentra el hombre la regla universal de conducta por sus más insignificantes acciones.

«Nos enseñan que el egoismo, el orgullo y el sensualismo son pasiones que nos aproximan á la naturaleza animal, ligándonos á la materia; que el hombre que desde este mundo se desprende de la materia, despreciando las humanas futilidades y practicando el amor al prójimo, se aproxima á la naturaleza espiritual; que cada uno de nosotros debe ser útil con arreglo á las facultades y á los medios que Dios para probarle ha puesto á su disposicion; que el fuerte y poderoso debe apoyo y proteccion al débil; porque el que abusa de su fuerza y poderío para oprimir á su semejante, viola la ley de Dios. Nos enseñan, en fin, que en el mundo de los Espíritus, donde nada puede ocultarse, el hipócrita será descubierto y patentizadas todas sus torpezas; que la presencia inevitable y perenne de aquellos con quienes nos hemos portado mal, es uno de los castigos que nos están reservados, y que al estado de inferioridad y de superioridad de los Espíritus son inherentes penas y recompensas desconocidas en la tierra.

«Pero nos enseñan tambien que no hay faltas irremisibles y que no puedan ser borradas por la expiacion. El medio de conseguirlo lo encuentra el hombre en las diferentes existencias que le permiten avanzar, segun sus deseos y esfuerzos, en el camino del progreso y hácia la perfeccion, que es su objeto final.»

De esta suerte resume Allan Kardec las doctrinas que constituyen este monstruoso sistema. No voy á refutar cada uno de estos desatinos. Para hacerlo tendria que escribir un

libro voluminoso, y no un sencillo opúsculo de propaganda popular. Mi procedimiento será más breve y sencillo, sin perder por esto nada de su indispensable eficacia. Me limitaré á demostrar, con la lógica más rigurosa, la falsedad de aquellos puntos en que estriban todos los demás. Así, destruido el cimiento, ha de caer por precision todo el edificio. De mis lectores necesito únicamente atencion é imparcialidad.

La doctrina espiritista carece de base.

El primer defecto de la doctrina espiritista es carecer de base. Acabais de leer el compendio de sus dogmas. Yo me he tomado la penitencia de leer (con el debido permiso) toda la obra en que se explican más por extenso, y en ninguna parte he sabido hallar la prueba de ellos. Allan Kardec enseña estas doctrinas como emanadas de los Espíritus en diferentes comunicaciones, y Allan Kardec exige que le creamos bajo su palabra.

Pero, perdóneme su señoría el doctor espiritista, este no es el procedimiento filosófico y racional. Lo filosófico y lo racional es admitir el sistema, no por la mera palabra del fundador, sino por las pruebas que asiente en favor de él. En buena filosofía, lo que no se prueba, se considera como no dicho.

¿Y á V. quién le fia? preguntaba un buen alcalde de barrio á un vecino tarbernero que para el despacho de la cédula de vecindad se habia ofrecido por fiador de un su compinche. ¿Y á V. quién le fia, Sr. Allan Kardec? podrá preguntar cualquier hijo de vecino, aunque no sea alcalde de barrio. V. sale responsable de la doctrina, pero ¿quién sale responsable de V.? ¿Cómo nos consta que á V. no le engañaron, ni V. se engañó, ni V. trata de engañarnos? ¡Pruebas! ¡Pruebas!

—Alto ahí, señor católico, replica el espiritista; tambien la Iglesia obliga á creer sus dogmas sin probarlos; tambien la Iglesia exige actos de fe.

—Se equivoca V., señor espiritista, y está V. muy mal informado, por no decir muy ignorante, en lo que toca á nuestros asuntos. La Iglesia exige actos de fe, pero de fe racional y fundada; la Iglesia empieza por probarnos de un modo que no admite duda alguna, la divinidad de Jesucristo y la autoridad de su propio magisterio como representante de Él, y sobre estas dos bases funda todas sus enseñanzas, formando de ellas una verdadera *ciencia*, que es la teología. Ciencia que parte de principios fijos y llega á conclusiones fijas, ni más ni menos que las matemáticas. Si V. no conoce esta ciencia, peor para V.; entreténgase un ratito con cualquiera de nuestras obras, como yo me entretengo con las suyas, y lo verá. Creemos, pues; pero es por la autoridad divina de Cristo-Dios, no por la simple palabra de Allan Kardec. Y si este señor tiene para apoyar sus doctrinas algun argumento, que nos lo dé, y lo discutirémos. Mientras no lo dé, como no lo dá en sus obras, señal de que no lo tiene. Primer defecto del Espiritismo: es un sistema al aire.

Circulo vicioso.

Me dirá alguien. Las enseñanzas del Espiritismo no las dá Allan Kardec como cosa propia, las dá como revelaciones de los Espiritus. Los mismos Espíritus, pues, responden de la veracidad de esta doctrina.

Vuelta á mi contestacion y á mis preguntas. ¿Quién me asegura la existencia de estos Espíritus? Allan Kardec.

¿Quién me responde de que realmente tales Espíritus han revelado algo? Allan Kardec.

¿Quién me certifica que lo que dice Allan Kardec es lo mismo que revelaron los Espíritus, si algo revelaron? Allan Kardec.

¿Quién, finalmente, sale por fiador de la infalibilidad de dichos Espíritus? Allan Kardec.

De modo que nunca salimos de esta primera dificultad; los Espíritus y su doctrina tienen su editor responsable para

el público en Allan Kardec. Y de este buen sujeto ¿quién responde? Nadie, que sepamos. Gracias, señores mios. Es el *Magister dixit* de los antiguos pitagóricos, ó aquel otro del pueblo español: Lo dijo Blas, y punto redondo.

Hasta ahora, como se ve, no nos hemos movido del primer paso, ó sea del fundamento racional del Espiritismo. El autor no se toma el trabajo de indicárnoslo, ni sus adversarios hemos podido dar con él á pesar de habernos tomado el trabajo de buscarlo, página por página, en sus obras.

Testimonios sospechosos.

Sube de punto esta dificultad, si se atiende á una reflexion. Es la siguiente:

Segun la enseñanza espiritista, los Espíritus se dividen en superiores é inferiores. Aquellos son sérios, formales, amigos de la verdad y del bien, se complacen en manifestarla y en fomentarla. Éstos son traviesos, burlones, amigos de reirse del prójimo, de engañarle, de inducirle al error y al mal, valiéndose para esto de nombres supuestos.

Pues bien; entro yo y digo: aunque sea cierta la enseñanza de los Espíritus y esté asegurada por su testimonio, este testimonio es de ningun valor en buena filosofía, ó por lo menos es muy sospechoso. ¿Quién me asegura que tal ó cual revelacion es de un Espíritu sério y veraz y no de un Espíritu burlador y embustero? No vale preguntarle su nombre. El mismo Allan Kardec confiesa que los inferiores ó malos se presentan á veces con nombres supuestos para embaucar más fácilmente. No me queda, pues, medio alguno de asegurar la procedencia fiel ó infiel, veraz ó mentirosa, de una revelacion espiritista.

El bueno de Allan Kardec, por no decir el bobo, dice que es muy fácil distinguir á estos Espíritus por su lenguaje y por su aire formal. Pero si pueden fingirse un nombre, ¿no podrán tambien fingirse un lenguaje y una formalidad á su modo? Añade que se conoce tambien la clase buena ó mala

á que pertenece el Espíritu, por la clase de doctrinas que enseña; el bueno, buenas; el malo, malas. Se ve que el doctor espiritista no es fuerte en lógica. Si lo fuese, veria que cae en un círculo vicioso el más grosero. Dice que los Espíritus responden de la verdad de una doctrina, y luego quiere que por la verdad ó bondad de la doctrina conozcamos la bondad ó buena intencion del espíritu que la comunica. Seamos francos, Sr. Allan, ¿á quién engañamos aquí? ¿Responden los Espíritus de la doctrina, ó es la doctrina quien responde de los Espíritus? ¿Quién abona á quién? Yo creo que sois vos quien abonais á entrambos. Lo dicho. El sentido comun, la buena filosofía, el recto criterio exigen sólida fianza. ¿No la dais en vuestras obras? Vuelta á lo de siempre; luego no la teneis.

Contradicciones palpables.

No es este el solo inconveniente de la doctrina espiritista, aunque por sí solo bastara para desmentirla. La doctrina espiritista es además contradictoria. Y lo contradictorio no es verdadero.

Escuchad. Dios, dice, es justo y bueno. Tomad acta de esta declaracion.

Dios crió los Espíritus. Tomad tambien acta de esta segunda.

Los Espíritus unos son por su naturaleza buenos ó puros, otros son por su naturaleza impuros ó perversos. Apuntad esta tercera.

Tomemos ahora estos datos y raciocinemos.

Dios, dice, es bueno, y no obstante ha criado Espíritus por su naturaleza malos.

Consecuencia. Luego Dios es el autor de cosas por su naturaleza malas. Luego Dios es el orígen del mal. Luego Dios es el mal. Luego Dios es bueno y es malo. Luego la doctrina espiritista es contradictoria. Luego no es verdadera.

¿Qué tacha le encontrais á este raciocinio, sacado, como el hilo del ovillo, de vuestras propias declaraciones?

Ya sé lo que vais á responder: —Tambien el Catolicismo enseña la existencia de Espíritus malignos y enseña que fueron criados por Dios, que es sumo Bien.

Segun y conforme, amigo mio: fueron criados por Dios, pero no en estado de perversidad. Se hicieron malignos; no fueron criados tales. Lo son por culpa, no por naturaleza. La Iglesia enseña que una porcion de Angeles buenos se rebelaron contra Dios, presumiendo vanamente de sí, y fueron castigados por Él con tormentos eternos. Así la maldad de los demonios nada prueba contra la bondad de Dios, del mismo modo que la perversidad del ladron nada prueba contra la bondad de la justicia que le castiga, antes la acredita.

¿Lo admitis vos así? No ciertamente. Declarais que hay Espíritus por su naturaleza malos, y que éstos fueron criados tales por Dios bueno. Es decir, haceis responsable á ese Dios *bueno* de la *maldad* de su criatura mala. ¿No es esto contradiccion? No solamente necia contradiccion, sino brutal blasfemia.

Novedades muy viejas.

Pretende el Espiritismo realizar en la humanidad no sé cuántos progresos. Por de pronto, en órden al estado futuro de las almas, nos vuelve, como quien no dice nada, á los tiempos de Pitágoras, algunos siglos antes de Jesucristo. Enseñan los autores espiritistas, que el alma humana es un Espíritu encarnado en un cuerpo y que éste viene á formar como su envoltura. Hasta aquí muy bien. Pero no dicen con el Catolicismo que cada Espíritu tenga su cuerpo propio, para quien fué criado por Dios, siendo inseparable la existencia del uno de la existencia del otro, de suerte que tal cuerpo haya sido formado únicamente para tal alma, y tal alma únicamente para tal cuerpo. No enseñan que el alma y el cuerpo constituyan una personalidad individual propia y exclusiva. Dicen, sí, que las almas tienen una existencia independiente ante-

rior á los cuerpos, y otra existencia tambien independiente posterior á ellos. El cuerpo para el alma no viene á ser de este modo más que una como casa de alquiler que el alma pasa á ocupar por algun tiempo, mudándose despues á otro domicilio. De esta suerte, mi alma no es mi alma, propia y exclusivamente mia, sino un alma que ahora tengo yo, que cien años atrás tuvo otro, y que de aquí á dos siglos habrá habitado por lo menos media docena de cuerpos más. A esto llama el Espiritismo *reencarnacion*, y dice que tales *reencarnaciones* sucesivas son indefinidas. ¿Cuántas veces andará mudando de cuerpos, como de camisas, este desdichado espíritu? Nadie lo sabe, ni los espiritistas tampoco. Pero lo cierto es, segun ellos, y esto deben saberlo de buena tinta (aunque no lo prueben), lo cierto es que el Espíritu que hace quince siglos fué san Agustin, doce siglos despues fué quizá Lutero, y un siglo atrás fué tal vez Luis XVI, y hoy es quizá Bismark, ó Garibaldi, ó Pio IX. Tú que ahora me lees, desgraciado mortal, fuiste tal vez un dia Alejandro, santa Teresa de Jesús, y serás tal vez dentro cuarenta años bailarina del can-can por más que te pese. Nadie está seguro de lo que fué su Espíritu ni de lo que habrá de ser. Así lo enseña el Espiritismo (por supuesto, sin probarlo). ¿Puede refutarse en serio esta filosofía? ¿No es vergüenza que en nuestro siglo se presente como novedad la metempsicosis ó transmigracion de las almas, que cayó ya de puro vieja antes de Jesucristo, sin necesidad de que nadie la refutase?

La doctrina católica enseña que cada alma es criada por Dios para cada cuerpo al formarse éste en el seno de la madre. Vive unida con él formando una personalidad propia independiente y exclusiva. Al separarse de él por la muerte, no se separa moralmente; su ausencia es puramente temporal y material. El alma en el cielo, ó en el infierno, ó en el purgatorio, continúa siendo el alma de tal cuerpo, y espera reunirse á él en una universal resurreccion. Y despues de esta resurreccion, unidos ya inseparablemente el cuerpo y el alma, vivirán juntos eterna vida de felicidad ó de tormentos, para que juntos sean premiados ó castigados, ya que juntos fueron buenos ó criminales. Esta es la doctrina de la fe cristiana. ¿No es tambien la de la sana razon y del buen sentido?

Materialismo disfrazado.

Veréis á cada paso en las obras espiritistas jactanciosos alardes de guerra al materialismo, gloriándose el Espiritismo de ser él quien ha de acabar con este grosero enemigo de las buenas costumbres. «El Espiritismo, dicen, matará el materialismo, avivando la creencia en el alma y en su inmortalidad.» No os fieis. El Espiritismo es un materialismo disfrazado. Escuchad. Comparémoslos.

El materialismo niega la realidad de una vida futura para el hombre, enseñando la destruccion definitiva y completa de la personalidad humana en el sepulcro. Lo mismo viene á decir el Espiritismo. Admite, es cierto, una vida ulterior, pero no para la personalidad humana, sino para un espíritu que ha animado distintas personalidades. Segun la doctrina espiritista, la existencia del hombre, en cuanto es tal hombre Juan, Pedro, Antonio, termina aquí en la tierra; lo que sobrevive ya no es el individuo tal ó cual que vivió en este mundo y que contrajo en él su responsabilidad. No, para la personalidad humana, individual y concreta no hay más allá despues de la tumba; el espíritu desligado de todo lazo, dejará de ser el alma de tal hombre para pasar al estado de espíritu *errante*, así dicen ellos, ó reencarnarse en otro cuerpo para empezar una existencia enteramente nueva, distinta é independiente de la anterior. Si es verdad el Espiritismo, la existencia mia, la del hombre que se llama con mi nombre, la del sér que aquí ha obrado bien ó ha obrado mal, queda completa y absoluta y definitivamente concluida en el sepulcro. Vengo á parar, pues, en la misma mismísima consecuencia á que me conduce el materialismo. Es claro. Lo mismo da suponer que no tengo alma, que suponer que la que tengo no es propia y exclusiva é independientemente mia.

Absurdos degradantes.

El Espiritismo sienta además como doctrina formal otro absurdo que basta por sí solo para condenarle en el tribunal de todos los hombres honrados é imparciales. El Espiritismo niega la libertad moral del hombre, y de consiguiente la responsabilidad de sus acciones. Segun su teoría, «el hombre de bien es encarnacion de un Espíritu bueno, el hombre perverso es encarnacion de un Espíritu impuro.» ¡Magnífico! segun este principio, el hombre no es libre de elegir el bien ó el mal. Debe ser hombre de bien necesariamente, si le tocó en suerte un Espíritu bueno; necesariamente debe ser perverso, si le tocó en suerte un Espíritu malo. Atiéndase que hemos dicho necesariamente. ¡Y tan desatinada doctrina pretende restaurar la moral en el mundo! ¿Qué es moral? ¿qué es virtud? La práctica *libre* del bien. ¿Qué es vicio? La práctica *libre* del mal. El bien, si no es libre, no es bien; el mal, si no es libre, no es mal. Un hombre que obre el bien por fuerza, deja de ser bueno; el hombre que obre el mal por fuerza, deja de ser criminal. Segun la doctrina espiritista, no debe conocerse ya en el mundo la division de los hombres en inocentes y culpables. Habrá sólo felices y desgraciados. Felices los que alcanzaron espíritu bueno; desgraciados los que alcanzaron espíritu malo. Dios es el culpable de todo, pues crió espíritus inferiores dotados de malos instintos; el hombre es un infeliz que todo puede achacarlo al espíritu que le induce necesariamente al mal ó al bien. Es exactamente lo que decia Calvino: un caballo dócil montado por un buen ginete. Si lo monta Dios, anda bien; si lo monta el diablo, anda mal. Y así como el responsable no es el caballo, sino el ginete, resultará tambien que de sus acciones no será responsable el hombre, sino su espíritu perverso, ó Dios que se lo ha dado.

Es impía, pues, esta doctrina, porque achaca á Dios el orígen del mal; es irreligiosa, porque suprime la libertad

humana, que es dogma de toda religion; es antifilosófica, porque contradice los principios más evidentes de toda filosofía sobre el libre albedrío; es inmoral, porque negando la responsabilidad humana niega la moralidad intrínseca de las acciones.

Consecuencias antisociales.

Pero no sólo esto, sino que es tambien antisocial. Poco me costará demostrarlo de un modo concluyente. Son fundamentos esenciales de la sociedad la justicia y la autoridad. Y son atributos esenciales de la justicia y de la autoridad dictar leyes, obligar á los ciudadanos á su observancia, é imponer sancion penal á los infractores. Pregunto yo: admitida la teoría espiritista, ¿pueden darse leyes? ¿A qué legislar si el hombre, como hemos visto, no es libre para observarlas ó dejar de observarlas, sino que ha de seguir forzosamente la direccion que le imprime el Espíritu bueno ó malo que le anima? ¿A qué imponer castigos si el hombre no es culpable de la infraccion? ¿A qué castigar al pobre ladron? ¿Tiene él la culpa de que le haya cabido en suerte un Espíritu perverso que le induce á tomar lo ajeno? Dada la doctrina espiritista, la ley es un absurdo, porque no tiene razon de ser; el castigo es un crímen, porque no hay responsabilidad moral en lo que se castiga.

Los mismos espiritistas no pueden inducirnos á abrazar el espiritismo con el temor de los castigos de Dios. Porque si Dios me ha dado un Espíritu de órden inferior, enemigo de la verdad y aficionado á bellaquerías, no podrá castigarme por las travesuras de este Espíritu, que al fin se porta en mí como es él y como Dios le ha criado. ¡Castíguese Dios á sí mismo, que Él es el autor de mi culpa! ¡Horrible consecuencia! Horrible, pero lógica y necesaria. Sentados los principios espiritistas, es forzoso llegar hasta aquí. Véase si hay espiritista ó espíritu que nos saque de este atolladero.

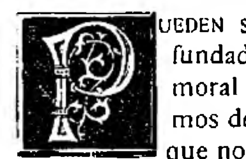
Resúmen.

Resulta de este breve exámen de la doctrina espiritista, considerada en sus bases fundamentales, lo antifilosófico de ella en el órden de la razon, y lo impío y blasfemo de ella en el órden de la fe. No he querido acudir á los argumentos que esta última podia proporcionarme; no quiero se diga de mí que opongo al Espiritismo por única objecion el no ser católico, cuando él empieza ya su campaña gloriándose de ser enemigo de la Iglesia. Por otra parte no necesitaba acudir á esta clase de reflexiones para convencer á los corazones adictos á la fe cristiana, y para los no adictos hubieran parecido de poca importancia. La razon, la razon sola basta para desvanecer todos los despropósitos de Allan Kardec y de sus prosélitos. Su sistema, si sistema puede llamarse, no resiste al más ligero análisis; y en esta parte no será muy lince el que se deje seducir por tan desatinada teoría. Esto por lo que toca á la primera parte, ó sea á la relativa á las doctrinas espiritistas. En cuanto á la segunda, ó sea á las operaciones ó prácticas espiritistas, ese es otro cantar.

SECCION SEGUNDA.

PRÁCTICAS ESPIRITISTAS.

Observacion preliminar.

UEDEN ser santas y saludables unas prácticas fundadas en una doctrina absurda, impía, inmoral y antisocial como lo es, segun acabamos de ver, la doctrina espiritista? Claro está que no. La práctica es un reflejo de la teoría, es la misma teoría en accion, aplicada, sensibilizada, por decirlo así. Si una doctrina es, pues, absurda, impía, inmoral y antisocial, la práctica que se funde en esta doctrina y que no es sino su aplicacion, debe por rigorosa consecuencia ser tambien absurda, impía, inmoral y antisocial.

Hé aquí un raciocinio claro y concluyente cuya fuerza innegable condena, por decirlo así, en primera instancia los procedimientos espiritistas, sean cuales fueren. No necesito todavía clasificarlos, ni investigar su orígen ni sus resulta-

dos. Bástame saber si son la aplicacion práctica de doctrinas ya juzgadas. Lo son, y lo confiesan los espiritistas. Luego perversas son sus operaciones, sean cuales fueren, como son perversas sus doctrinas. No se sale de este callejon cerrado, á no ser que se pruebe que las doctrinas son razonables y verdaderas, lo cual es imposible y hasta ahora no se ha intentado por Allan Kardec ni por sus discípulos.

Pero no, no me basta esta refutacion y condenacion en globo. Quiero examinar minuciosamente cada una de las piezas del proceso, á fin de que nunca pueda ponerse en duda mi buena fe. En esta segunda seccion debemos poner en claro las siguientes cuestiones: ¿Cuáles son las operaciones más comunes del Espiritismo? ¿Son realidad ó superchería? En el primer caso ¿qué juicio debe formar sobre su orígen y tendencias el hombre imparcial?

Fenómenos espiritistas.

¿Cuáles son las operaciones más comunes del Espiritismo? El Espiritismo no se contenta con dogmatizar; obra, y sus obras misteriosas, más que su absurdísima doctrina, son las que seducen á los incautos y amigos de novedades. El Espiritismo ofrece dos séries de fenómenos: una que llamarémos *manifestaciones* de los Espíritus; otra que llamarémos *comunicaciones,* ó mejor, *revelaciones*. Segun el Espiritismo, los Espíritus pueden dar simplemente pruebas de su presencia por medio de actos perceptibles á los sentidos, ó ponerse tambien en comunicacion con los hombres por medio de inspiraciones internas ó de revelaciones externas. Segun el Espiritismo, la presencia del Espíritu ó Espíritus en una reunion suele manifestarse por los fenómenos siguientes: 1.° Fuerza oculta que mueve, levanta y detiene los cuerpos pesados de un modo enteramente contrario á las leyes más ciertas de la naturaleza. 2.° Esplendores varios producidos en aposentos oscuros, sin que haya nada que los acasione. 3.° Rumores y sonidos de todas especies, desde el más té-

nue chasquido en el aire, hasta el profundo estampido del trueno, y á veces tambien sonidos armoniosos de instrumentos ó cantos de voces suavísimas, sin que nada pueda originarlos. 4.° Desórden de los actos orgánicos y espirituales, tales como la rigidez en los miembros, respiracion interrumpida, sensaciones puestas en suspenso, percepciones inciertas, libertad maniatada. Esto en cuanto á las simples *manifestaciones*.

En cuanto á las comunicaciones, se deben distinguir, segun los espiritistas, cuatro categorías de personas que son aptas para recibirlas. Porque hay que notar que para esto no sirve todo el mundo. Hay ciertas personas dotadas de este poder de servir de intérprete ó mediador entre los Espíritus invisibles y el hombre; tales mediadores se llaman *mediums*, y su calidad de tales se llama *mediumnidad*. Hay, despues, cuatro clases de *mediums*: 1.ª Los *audientes*, que oyen á los Espíritus y hablan con ellos en el lenguaje ordinario. Es la clase superior. 2.ª Los *videntes*, que los ven en forma humana, aérea y pavorosa, y alguna vez corporal. 3.ª Los *escribientes*, que trazan á impulso de los Espíritus caractéres involuntarios sobre el papel. 4.ª Los intérpretes de golpes y movimientos convencionales, que adivinan por ellos la revelacion del Espíritu.

Las operaciones espiritistas se reducen, pues, á dos: *Manifestaciones* y *revelaciones*. La curacion de ciertas enfermedades por medio del Espiritismo pertenece á la segunda clase de operaciones, pues se reduce á obtener por *revelacion* noticia cierta de la dolencia del paciente y del remedio oportuno.

Realidad de estos fenómenos.

—Pero bien, sed franco de una vez y hablad claro. ¿Pasa esto realmente en las reuniones espiritistas? ¿Es puro juego de manos con que se encanta á los bobos? ¿Hay tales *mani-*

festaciones y revelaciones? Decid, porque me teneis con el alma en un hilo.

—Sí, lector católico y honrado, sí; sí, repito, hay esto y mucho más. Casos pueden darse en que algun *medium* embrome á los circunstantes con revelaciones de su propio saco. Pero que en el fondo del Espiritismo haya realmente *manifestaciones* y *revelaciones* de un órden sobrenatural, no puedo ni debo negarlo, y quisiera que todos los católicos lo creyesen conmigo, como lo creen ya los más ilustrados y lo cree la misma Iglesia.

—Pues entonces; ¡ganado tiene el pleito el Espiritismo, si admitís la verdad de sus operaciones!

—Alto ahí. He admitido su *realidad*, no su *verdad*. He admitido que realmente existe algo y mucho de misterioso y sobrenatural en el Espiritismo; no he dicho empero que ese algo y ese mucho fuese verdaderamente lo que pretenden que sea los Espiritistas.

—Duro se me hace creeros en este punto. Creo que tomais por lo sério cosas que son pura broma y travesuras de hombres ingeniosos y de manos listas.

—Poquisima fuerza ha de haceros el que sea yo de esta ó de otra opinion tocante á este punto. Lo comprendo. No obstante, alguna impresion os hará el que os diga que los hombres más ilustrados y pensadores de Europa creen en la realidad, escuchad bien, en la realidad, no en la verdad, de las operaciones del Espiritismo.

Desde que hace próximamente un siglo empezaron á llamar la atencion los primeros fenómenos de esta naturaleza, han sido examinados detenidamente por los hombres más competentes en ciencias y religion. Las academias han sujetado al crisol de la crítica más severa las operaciones indicadas, y todas han convenido en que no es juego de manos ni funcion de títeres lo que ofrece á sus adeptos el Espiritismo. ¿Quereis oir las razones en que se funda el sabio autor de la obra *El Espiritismo en el mundo moderno?* Oidlas pues:

1.ª Larga fecha del Espiritismo. Noventa y tantos años há que vienen ejercitándose en Europa y América las prácticas espiritistas, al principio con alguna reserva, despues con la mayor publicidad. Una superchería de un enredador, una

ilusion del público sorprendido, no resisten hasta tal punto á la prueba del tiempo y á la controversia libre.

2.ª Exámen de los sabios. Más de dos mil obras se han dado á luz desde entonces, ya en pro, ya en contra del Espiritismo. En ellas se discute, no ya la realidad de los fenómenos, sino su orígen. ¿Es posible alucinacion ó candidez infantil en tan gran número de testigos? Oigamos al citado autor: «Lo que más importa considerar, dice, es la calidad de los escritores que con su asentimiento han confirmado la realidad de estos fenómenos. Hombres eminentes en ciencias, de las cuales son verdaderas glorias, acostumbrados á pasar por tamiz cada palabra, á discutir cada principio, á hacer, por decirlo así, la anatomía de cada hecho; hombres dotados de imaginacion reposada y de discretísimo ingenio, todos los que en tan largo espacio de tiempo se han dedicado á las ciencias físicas, racionales y morales, todos han querido darse cuenta de las maravillosas novedades que se les referian, y han formulado su parecer sobre los hechos y sus causas. Los Faraday, los Cuvier, los Laplace, los Hufeland, los Franklin, los Berzelius, los Orfila, los Browsais, los Arago, los Panizza, los Malfatti, los Orioli, los Recamier, los Gioffroy, los Claproth, los Hernostaedt, los Husson, los Babinet, los Lavater, los De Jussieu, los Gregory, los Elliotson, es decir, la flor y nata de los astrónomos, físicos, químicos y médicos de nuestros tiempos, y con ellos tantos otros que por lo que valen en ciencias pueden muy bien ir á la par con éstos, todos ellos, decimos, tras muchos exámenes, han reconocido solemnemente la realidad de los hechos más extraordinarios del Mesmerismo y Espiritismo.»

3.ª Exámen y juicio de la Iglesia. «Nombrarémos, dice el autor citado, al eminentísimo señor cardenal Gousset; á Mons. Sibour, arzobispo de París; al ilustre P. Ventura, de los clérigos Teatinos; al P. Cairoli, de los Menores conventuales; á los Padres Gury, Pianciani, Pailloux, de la Compañía de Jesús; al P. Tizzani, de los canónigos regulares lateranenses; á los abates Guillois, Maupied, Caupert, Sorignet, Monticelli y Alimonda. Todos ellos están de acuerdo en su crítica teológica con los sabios antes referidos; todos aceptan, y las más de las veces demuestran, á poder de ri-

gurosos raciocinios, la existencia efectiva é indudable de aquellos fenómenos. Esta armonía es muy digna de ser notada, dado que se trata de hombres cuyos sistemas, cuyas opiniones, cuyas sentencias, no sólo se diferencian, sino que muchas veces se combaten y hasta se excluyen.»

Y si yo quisiese añadir una sola palabra á cita de tanta importancia, diria sólo que defienden la *realidad* de los fenómenos espiritistas los ilustradísimos redactores de la *Civiltà cattolica*, la primera revista católica del mundo, fundada en Roma por iniciativa del Romano Pontífice, y por expreso encargo suyo, encomendada á los más insignes talentos de la Compañía de Jesús. ¿Quiérese autoridad de más peso?

Tengo, pues, por indudable la realidad de lo que los espiritistas ponderan como manifestaciones y revelaciones de los Espíritus. Habrá farsa alguna vez, pero hay á menudo y casi siempre horribles realidades.

¿Sois, pues, espiritista?

¿Sois, pues, espiritista? ¿Hemos de creer en el Espiritismo? Hé aquí las preguntas con que me interrumpirá al momento una gran parte de mis lectores. Si confesais la *realidad* de los fenómenos del Espiritismo, éste ha ganado el pleito.

No, lector querido, no; no soy espiritista, ni creo en el Espiritismo, ni juzgo que haya ganado el pleito esta inmunda secta, por más que se le conceda la realidad de sus operaciones. Antes pienso que lo que más debe retraerte del Espiritismo, y lo que más le condena, es esta misma espantosa realidad de sus misterios. Pero como observo que dudas y que no he podido llevar á tu ánimo la conviccion de que sean reales las manifestaciones espiritistas, voy á plantearte la cuestion de manera que salga siempre refutado de un modo concluyente el Espiritismo. Escúchame bien, y graba esta página en tu memoria; ella sola te bastará para cerrar la boca á cualquier espiritista.

O son farsa ó son realidad las manifestaciones y revelaciones espiritistas.

Si son farsa, ya no hay para qué entretenerse en refutarlas; serán juegos de manos como cualquier otro.

Si son realidad, como creo yo, ó son realidad que proviene de Dios, ó no.

No proviene de Dios, claro está; de Dios no pueden provenir las absurdas doctrinas que hemos citado; de Dios no puede provenir una doctrina que le hace orígen del mal; que destruye la libertad humana, la responsabilidad, y de consiguiente la moralidad de las acciones humanas; que mina por su base el órden social fundado en la ley y en la justicia. No puede ser de Dios lo que conduce directamente al fatalismo y á la negacion de la otra vida, bajo el pretexto de explicarla. No puede ser de Dios lo ridículo, y lo absurdo, y lo inmoral, y lo antisocial. Es así que la doctrina en que se fundan las operaciones espiritistas es todo esto; luego no proceden de Dios las operaciones espiritistas. Desafío á todos los adeptos á que me desaten ese nudo.

Luego las operaciones espiritistas no son obra de Dios. Luego son obra de algun otro sér que tiene poder bastante para producirlas. Es así que, segun el Cristianismo, no hay otro que tenga ese poder mas que el espíritu maligno; luego las operaciones espiritistas en lo que tienen de realidad son obra neta del espíritu maligno ó demonio. El raciocinio no puede ser más concluyente.

Compendiémoslo. Las operaciones espiritistas pertenecen á un órden sobrenatural, por confesion de sus sectarios y de los sabios que las han examinado.

Sólo dos pueden ser los autores de operaciones sobrenaturales: Dios con su poder absoluto, y el demonio con su poder limitado, pero siempre muy grande.

Las razones arriba aducidas demuestran que las operaciones espiritistas no pueden ser obra de Dios.

Consecuencia infalible: luego son obra del diablo.

El diablo y sus obras.

No serán pocos los despreocupados que suelten la carcajada al oirme pronunciar tan limpia y tan redonda esta palabra. Los incrédulos decididos me llamarán fanático; cierta clase de católicos á su modo se contentarán con tildarme de crédulo en demasía. No me dirigiré á los primeros; ridículo seria que me empeñase en que creyesen en el diablo los que rehusan creer en Jesucristo. Voy derechamente á los segundos, que los tengo por enemigos más peligrosos.

La existencia del diablo, ó sea de un espíritu superior que seguido de otros se rebeló contra Dios y fué condenado por ello al fuego eterno, donde se le permite continuar ejerciendo contra Dios y contra nosotros su rebeldía, es un dogma de fe católica. La doctrina católica enseña, además de la existencia del diablo, su intervencion constante en nuestros asuntos para inducirnos al error y al pecado en odio contra Dios y contra nuestras almas. Y de tal suerte enseña la Iglesia esta intervencion real, efectiva y cotidiana del demonio en nuestros asuntos, que tiene prevenidos en su ritual una porcion de exorcismos para conjurarlo en lances determinados. Hasta en muchos casos puramente naturales admite la Iglesia como posible la intervencion diabólica, como son tempestades, enfermedades, etc., etc. Esta creencia en el diablo y en su poder, permitido y limitado por Dios; esta creencia en su intervencion práctica y ordinaria en muchos de los lances de nuestra vida, pertenece á la doctrina católica, y sólo una ilustracion pedantesca ó un total desconocimiento de las ciencias teológicas, ó lo que es más frecuente, cierto principio de incredulidad, pueden inducir á muchos católicos á considerarlo como supersticion de mujeres.

Sucede con esto una cosa muy lamentable. Cierta clase de católicos (que no sé por qué se llaman tales) han dado en la flor de considerar al demonio como un personaje gracioso de comedia, dispuesto siempre á enredar entre basti-

dores, y á hacer desternillar de risa al público con sus chistes y bufonadas. Sé que esta tradicion dramática data de los albores de nuestro teatro nacional y se halla en todos nuestros autos sacramentales, pero no por esto la encuentro más justificada. No, por Dios: el espíritu maligno es cosa muy séria para que sirva de muñeco de diversion á los niños grandes, que necesitan divertirse con bufonadas; el desventurado que lanzó el primer grito de apostasía contra Dios, y que desde entonces capitanea la guerra eterna que se hace desde acá abajo contra Él y su representante la Iglesia, no debe ser el polichinela de nuestros dramas.

Resultado de esto es que el diablo y todo cuanto se refiere á sus operaciones no sea para dichos católicos á su modo más que una mitología de más ó menos buen gusto, un resorte épico ó dramático con que introducir lo maravilloso en un poema; no un hecho real, viviente en medio de nosotros, y, sobre todo, de una influencia eficaz y positiva, ni más ni menos que la del sol, de las estrellas y de las demás criaturas que pueblan el universo. Hay en muchas almas católicas un gran fondo de incredulidad. La maldita manía de aparentar luces y despreocupacion; el necio desden por las doctrinas antiguas, por el mero hecho de no ser nuevas; el afan de distinguirse de lo que se llama ranciedades del escolasticismo, han dado márgen á todo esto.

La creencia en el diablo y en sus operaciones áun en el órden natural, pertenece, pues, á la doctrina católica, y no puede negarse sin apartarse de ella. Pero si damos un paso más, verémos que pertenece tambien á la verdad histórica, en esto como en todo acorde con las enseñanzas de la teología.

Por despreocupados que seais, teneis que admitir un hecho en la historia que la llena toda: es la mágia. Otra vez volverán á soltar la carcajada algunos de mis lectores, lo sé; pero paso adelante. La mágia es un hecho histórico que aparece desde los primeros dias del género humano hasta hoy dia, en todos los puntos en que no reina el conocimiento del verdadero Dios. No hay pueblo alguno de la antigüedad sin *mágia*, fuera del pueblo del verdadero Dios: los filósofos más eminentes, los más brillantes poetas, los grandes

capitanes y hombres de Estado, en naciones tan sábias como el Egipto, tan cultas como Grecia ó tan positivistas como Roma, nos dan testimonio constante de la realidad de la mágia. La mágia constituye el fondo de todos los cultos idolátricos en el mundo antiguo. Y ahora hemos de añadir que las exploraciones de los misioneros la encuentran en todas las naciones modernas no alumbradas por el Evangelio. Sabida es la importancia que tenia la mágia en Méjico y en el Perú al descubrir estos países los españoles. Nuestros historiadores, y Solís en particular, que no será tildado de oscurantista, cuentan de aquellos misterios cosas maravillosas. En la China y en la India es aún frecuentísimo el uso de la mágia para los lances más ordinarios de la vida. Puede, en una palabra, fijarse como ley histórica que la mágia ha llenado el mundo en todas partes donde no lo ha llenado la verdadera Religion, del mismo modo que la oscuridad cubre los puntos donde no llega la influencia benéfica de los rayos solares. Y puede fijarse como corolario otra ley análoga. La mágia ha ido desapareciendo á proporcion que ha ido extendiéndose la verdadera fe, como se retira la oscuridad á proporcion que avanzan los rayos del sol.

A la luz de la filosofía católica tiene esta ley una explicacion clarísima. El mundo por el pecado original es patrimonio de Satanás, es altar suyo, y el hombre su esclavo y su víctima. La misericordia de Dios resolvió librar al linaje humano y reconquistar en cierto modo para sí lo que el infierno habia invadido. La historia del mundo es, pues, la historia de una gran lucha entre Dios y el demonio; ambos tienen en él un ejército, pueblos adictos, culto establecido, etc. Por esto delante del altar de Dios se levanta en todos tiempos el altar del ídolo, ante la cátedra de la verdad se levanta la cátedra del error. Por esto el demonio no cede sin resistencia sus conquistas á Dios, sino que lucha con Él, bien sea con la fuerza derramando la sangre de sus discípulos, bien con la astucia seduciéndolos y pervirtiéndolos. Por esto, segun la frase hermosa de san Agustin, el demonio se ha hecho como la mona de Dios, *simia Dei*, usurpando su culto, contrahaciendo sus milagros, falsificando sus miste-

rios, llegando hasta el punto de establecer en el mundo un órden sobrenatural satánico, á imitacion y en contraposicion del órden sobrenatural divino. Por esto si Moisés obra maravillas delante de Faraon en nombre de Dios, preséntanse los magos tambien á obrarlas en nombre de sus ídolos; por esto si Israel tiene profetas que alumbrados del Espíritu Santo anuncian el porvenir, las naciones gentílicas tienen arúspices, agoreros y pitonisas que ofrecen por inspiracion diabólica parecidos efectos. Por esto si los Apóstoles realizan prodigios en nombre de Cristo, Simon Mago tiene poder para elevarse por los aires valiéndose de sus hechicerias. Por esto la mágia se halla reinante y dominante siempre allí donde no reina el Cristianismo, y se halla en estado latente, disfrazada, cubierta, pero insidiosa siempre, allí donde la tiene como comprimida la influencia benéfica de la cruz. Por esto de donde se retira en cierto modo la influencia benéfica de la cruz á causa de los progresos de la incredulidad, allí cobra nuevamente sus brios y reaparece como dominante el arte diabólico. Es el dualismo de todos los siglos. No como lo imaginaron los maniqueos suponiendo dos principios absolutos ó independientes, uno principio del bien y otro del mal. Sino como lo enseña el Catolicismo dándonos á conocer un espíritu rebelde que aunque castigado tiene aún permiso de Dios para continuar hostilizando á los suyos, para darles ocasion de prueba y merecimiento. Es el dualismo que refleja sus resplandores, ora celestiales, ora siniestros en toda la historia; es la gran lucha empezada en el Paraiso terrenal y áun antes en los cielos, lucha que terminará al fin de los siglos con el Anticristo. Es el demonio revolviéndose contra Dios. Su religion, su órden sobrenatural, falsificacion del verdadero; su culto, sus misterios y sus prodigios son la mágia, atestiguada por las Escrituras, por la teología y por la historia en todos los pasados siglos; y en el presente son el Espiritismo. Por donde, resumiendo todo lo hasta aquí indicado, podemos sentar esta fórmula: El Espiritismo es la mágia del siglo décimonono.

Explicaciones históricas.

¡Hablar de mágia en el siglo décimonono! ¿No temeis poneros en ridículo con tales suposiciones?

No, lector, quien quiera que seas, no: el orgullo de nuestros adelantos materiales, buenos y útiles como son en sí, el ruido de nuestras máquinas, la velocidad de nuestros trenes, los portentos de la electricidad, la preponderancia, tal vez excesiva, dada en nuestra educacion á las ciencias físicas en detrimento alguna vez de los estudios morales, nos ha tornado á todos algo materialistas áun sin pensarlo. Nos hemos acostumbrado en demasía á las ciencias de lo que se ve y se toca y se huele; por esto se subleva nuestra mal habituada imaginacion al oir hablar de fenómenos de un órden superior á los sentidos. Lo repito, creo en el demonio y en sus operaciones porque soy católico; creo en la mágia y en su existencia porque soy católico y he hojeado la historia; creo sin vacilar que el Espiritismo actual es la mágia de frac y pantalon y sombrero redondo, como decia un mi amigo de buen humor.

La identidad entre el Espiritismo moderno y la mágia antigua no puede ser más visible. Es reconocida por varios autores espiritistas, que consideran la mágia antigua como un Espiritismo poco desarrollado ó en estado de atraso. Luego, segun su propio testimonio, el Espiritismo de hoy es la mágia perfeccionada, desarrollada, vestida con el traje de nuestro siglo.

Presentar un paralelo entre las operaciones mágicas de todos los siglos y los procedimientos espiritistas del nuestro sería tarea harto prolija para emprenderla en un opúsculo de esta naturaleza. El lector que quiera dedicarse á un estudio más extenso y profundo lo hallará admirablemente preparado en la obra de que hice mencion al principio y en la otra de Pailloux: *El Magnetismo, el Espiritismo y la Posesion*. Sólo bastará aquí indicar tres ideas que son, á mi modo de ver,

fundamentales para probar la identidad del Espiritismo moderno y de la mágia antigua.

1.ª Uno y otra se fundan en la creencia de un mundo de espíritus familiares al hombre, distintos de los que admite el Catolicismo.

2.ª Uno y otra tienen por objetos principales la curacion de ciertas enfermedades, el descubrimiento del porvenir y la evocacion de los muertos.

3.ª Uno y otra se valen de análogos procedimientos.

Podria suscitarse sobre este punto alguna duda; por lo mismo será bueno entrar aquí en nuevas explicaciones. Permítaseme otra vez sobre este punto una larga cita. Hablan de nuevo los ilustrados redactores de la *Civiltà cattolica*.

«No hay fenómeno, dicen, que el Espiritismo se atribuya como producto propio que no sea viejo en el mundo. Veámoslo discurriendo acerca algunos de los principales.

«La historia del Espiritismo moderno comienza por el sueño artificial del magnetismo. En este sueño el magnetizado descubre mil cosas nunca sabidas y contesta á preguntas áun las más difíciles. Cesando el sueño, el sonámbulo por lo comun nada recuerda de lo que vió, dijo ó hizo. Hé aquí ahora algunos hechos antiguos que comparar con esto. El simple sueño empleado como medio de adivinacion es cosa antiquísima: de este modo habla *Del Rio* en su libro de investigaciones mágicas: «Los paganos se valian de tal medio en los templos de Serapio ó Pluton para saber como habian de librarse de las enfermedades y para obtener la solucion de una duda, conforme lo hicieron Edesio y el rey Latino en Virgilio, y Apolonio en el templo de Esculapio, y los magistrados de Esparta en el de Pasife. El templo de Amfiaras y de Calias en el monte Gárgano servia para este fin, y tenia como los otros el nombre de *Psicomantico*. Y el apóstata Juliano calumnió las veladas de los cristianos en los sepulcros de los Mártires como si fuesen dormitaciones adivinatorias, pero lo refutó cumplidamente san Cirilo. Que los judíos cayeron tambien en tal supersticion nos lo atestigua el profeta Isaías...

«Otro fenómeno propio del Espiritismo son los variados golpes, los sonidos, los cantos que se oyen sin que aparezca

la causa que los produce. Estos sonidos fueron tenidos siempre por tan propios de la mágia, que desde tiempo antiguo y hasta desde el de los paganos se tenian como señales indudables de la presencia del demonio. Plinio los refiere del monte Atlas y los atribuye á los dioses infernales que habian establecido allí su mansion. Solino habla de ellos como de un hecho notorio á todos, y Saxon el Gramático coloca entre los indicios propios para conocer la presencia del demonio esos sonidos en el aire. Es inútil referir la opinion de los que tratan exprofeso de mágia, porque todos están concordes sobre este punto. Recordemos mejor entre sus particularidades algun caso que más se asemeje á los que presenta el Espiritismo. Refieren los misioneros que estuvieron ó están ahora en China, que allí es muy frecuente hallar las casas infestadas por el diablo. Uno de ellos cuenta de sí mismo que recibido huésped por una familia cristiana en Hian-Po, supo que no lejos de alli aquella poseia en deliciosa situacion una pequeña quinta, mas no era habitable muchos años hacia por la obstinada presencia de los malos espíritus, que no permitian á nadie permanecer en ella. Quiso el misionero trasladarse allí, y haciéndose preparar lo necesario para pasar la noche empleó el resto de aquel dia en visitarla toda de un lado á otro, á fin de asegurarse de que no habia arte ó fraude de algun mal intencionado. Nada vió ni oyó, con lo cual cobrando aún mejores ánimos que los que ya tenia, se fué á reposar tranquilamente cuando llegó la noche. En lo más profundo de ella le estremeció un fuerte rumor como de una viga que cruje y se quiebra de improviso bajo un gran peso. Salta en pié, y tomando una luz corre diligente al sitio de donde aquel estrépito procede, mas lo halla todo tranquilo y en su lugar. Se pone entonces á rezar el breviario; pero á los pocos minutos oye llamar repetidas veces en la pared que tiene en frente y que corresponden más distintos los golpes en la del lado; y por mucho que hacia, ya él mismo, ya un criado que le hacia compañía, no pudo descubrir ninguna causa visible de aquel golpear, que no obstante continuaba por ciertos intervalos, dejándose oir distintamente. Pónense entonces los dos á rezar devotamente la Letanía de la Virgen y á rociar con agua

bendita aquellas paredes infestadas, y los ruidos callaron. Pero el silencio duró poco. Empezaron á oir en las habitaciones bajas estrépito de armas como de quien cruza espada contra espada, y con tal ímpetu, que el brazo del hombre no hubiera podido resistir tan furiosa tempestad de golpes sino por algunos instantes. Aquel encontrarse de las armas despues de larga pelea se desvaneció, resolviéndose en tristes quejidos como de gente herida; y sin embargo ellos, que habian bajado á aquel sitio y que oian junto á sí tan grande estrépito, nada veian, antes bien, por mejor decir veian que todo estaba quieto y en su lugar. Así pasaron la noche, que les pareció larguísima y más que suficiente para que el misionero se cerciorase de la realidad de la infestacion diabólica; por lo cual, consiguiendo para ello facultad de su superior eclesiástico, empleó los exorcismos de la Iglesia, bajo cuyo imperio la casa quedó libre del espíritu maligno.

«Hay en el Espiritismo moderno una práctica especial que ha podido atraer por sí sola toda la atencion del mundo, y ser el punto culminante de todos estos nuevos fenómenos; es á saber, las mesas giratorias ó que se mueven por sí para dar las respuestas deseadas. ¿Es esto un hecho nuevo? No por cierto. Es la mesa *trapezomántica* de los antiguos paganos que Tertuliano echa en cara á los gentiles entre tantos otros encantamientos; es la *trípode* de los oráculos paganos desde la cual daban sus respuestas las pitonisas. Podríamos referir aquí, si tratásemos el punto más extensamente, un hecho especial que nos muestra el uso de aquellas mesas, conforme por muchos lados al que ahora se usa en el Espiritismo. El caso sucedió en tiempo del emperador Valentiniano, siglo IV, y nos lo cuenta minuciosamente Amiano Marcelino, conocido historiador. (*Rerum gestarum*, lib. XXIX, cap. 1).»

A estos rasgos de semejanza entre la mágia antigua y el Espiritismo moderno, rasgos que indican un parentesco muy estrecho entre ambas supersticiones, hay que añadir en cierto modo la confesion de los mismos espiritistas. Todo sectario aspira por lo comun á buscarse progenitores en la antigüedad, nadie quiere haber existido sin ascendientes. Pues bien, los modernos espiritistas se presentan varias ve-

ces como perfeccionadores de las antiguas creencias y operaciones mágicas. Oigamos á Mr. Cahagnet, citado por Pailloux en su obra sobre el *Espiritismo*. «¿Qué me importa, dice el autor espiritista, que tal ó cual nigromántico indio ó egipcio tenga el poder de evocar las sombras de los difuntos, de fascinar toda una reunion, de curar alguna enfermedad ó de hacerla sobrevenir sobre una persona? ¿No tengo yo el mismo poder de evocar los muertos? ¿No lo tengo yo de curar las enfermedades y producir en las personas efectos malos ó buenos á mi antojo? ¿No puedo rejuvenecer por medio del magnetismo los órganos debilitados?» Y en una série de preguntas se declara el espiritista moderno dotado de todos los poderes de la mágia antigua, incluso un gran poder sobre la naturaleza inanimada.

Mr. Potet es otro autor espiritista y habla aún más claro. «El magnetismo, dice (y sabido es que el moderno Espiritismo reconoce como una de sus ramas el magnetismo animal), el magnetismo es la mágia. La historia nos muestra generaciones antiguas dominadas por la mágia y el sortilegio. Los hechos son muy positivos, y dieron lugar á frecuentes abusos y á prácticas monstruosas. Mas ¿cómo acerté yo á encontrar este arte? ¿Dónde lo aprendí? ¿En mis ideas? No, en la naturaleza misma que me lo dió á conocer. ¿Cómo? presentando ante mis ojos, áun sin que yo directamente los buscase, hechos reales de mágia y de sortilegio. Si en mis primeras magnetizaciones no lo eché de ver, fué porque tenia una venda de ceguedad en los ojos, como la tienen aún muchos magnetizadores. ¿Qué es, en efecto, el sueño magnético? Nada más que un efecto del poder mágico...» Y acaba diciendo: «Todos los principales caractéres de la mágia se hallan impresos en los fenómenos actualmente producidos por el Espiritismo.»

No sé ciertamente qué declaracion más explícita pueden desear los despreocupados. La misma definicion que de la mágia antigua da Mr. Potet conviene en todo con la actual creencia espiritista. «La mágia, dice, estaba fundada en la existencia de un mundo de Espíritus mixtos (es decir, con cierta subsistencia semi-material), errantes en derredor de nosotros, con los cuales, segun ella, podemos comunicar-

nos por medio de ciertos procedimientos prácticos.» Es decir, exactamente lo mismo que enseña el Espiritismo. ¿Qué más? Hace algun tiempo que tuve en mis manos una hoja de propaganda espiritista publicada en Barcelona, y leí en ella el anuncio de una obra espiritista encaminada á «demostrar de una manera evidente, que el orígen de todas las religiones está en la mágia, *esto es, en la manifestacion de los Espíritus;* que la mágia no fué nunca ni debe considerársela hoy más que como una revelacion continuada, altamente favorable á la civilizacion, etc., etc. *(Roma y el demonio,* revelacion III, número IV, pág. 32.—Imprenta de Manero, Barcelona).» Es imposible hablar más claro y por autoridades más competentes en esta materia.

Tampoco la mágia era patrimonio de todas las personas. Tan sólo algunas tenian el privilegio de obtener los resultados apetecidos. El mago era el que comunicaba directamente con los Espíritus y transmitia á los demás el resultado. Lo mismo tenemos en el Espiritismo. El Espíritu no se comunica á todos; necesita lo que se llama un *medium,* un intermediario que no puede serlo cualquiera. Pues bien, llamad al *medium moderno* mago, ó llamad al *mago antiguo* medium, y veréis como concuerdan las funciones y el carácter de ambos.

Lo dicho. El Espiritismo es la mágia del siglo actual.

Aplicaciones prácticas.

Sentada esta conclusion, ancho campo se abre á las aplicaciones prácticas. Tratando con católicos que lo sean de veras, el problema queda resuelto.

¿Es una realidad el Espiritismo? Sí, no hay duda, es una realidad diabólica.

¿Son realidad sus fenómenos? Pueden serlo, sin género alguno de duda.

¿Puede evocar difuntos el Espiritismo? No, pero puede por influencia del demonio hacer como si los evocase y hacer oir

al consultante la voz de un sér que figurará muy fácilmente ser la persona evocada.

¿Puede vaticinar el porvenir el Espiritismo? Puede en muchos casos, es decir, en los casos que dependen de la ciencia diabólica, que es incomparablemente de mucha mayor extension y alcance que la de los hombres más sabios y sagaces. La conjetura de un sabio puede llegar á parecer verdadera profecía. La de Satanás, que posee mayores conocimientos en que apoyarla, puede serlo con mucha más razon. Es doctrina teológica.

¿Puede comunicar el Espiritismo lo que pasa en diferentes lugares muy distantes? Puede ciertamente. El demonio no conoce distancia en sus operaciones ni en su penetracion, porque es espíritu. Puede, pues, instantáneamente comunicar al *medium* lo que sucede á millones de leguas de éste.

¿Puede el Espiritismo dar cuenta exacta de enfermedades interiores? Puede muchísimas veces y en casos en que la medicina humana anda á oscuras. El demonio conoce el organismo humano y ve sus funciones interiores mejor que los más consumados anatómicos.

¿Puede prescribir remedios eficaces áun en casos en que la medicina humana es impotente? Puede por la razon indicada en la respuesta anterior.

¿Es, pues, muy grande el poder del Espiritismo? Es espantoso. Tiene todo el poder del infierno. Suyo sería el mundo otra vez como lo fué antes del Cristianismo, si no tuviese una barrera que puede morder, pero que no puede saltar... la Cruz de Cristo plantada en mitad de él.

¿Cómo se concibe, pues, la extension que toma el Espiritismo en ciertas naciones? Se explica lógicamente por el desvío en que se hallan ciertas naciones respecto de la Cruz. Lo que se aparta de Cristo, cae por su propia fuerza en poder de su enemigo. El Espiritismo se ceba con furor en las naciones incrédulas y heréticas. Por esto su trono está en Francia y en los Estados-Unidos. Por esto confío que no echará raíces en España, donde la fe católica las tiene todavía muy hondas.

SECCION TERCERA.

REFLEXIONES GENERALES.

Doctrina de la Iglesia sobre los Espíritus.

TAMBIEN la Iglesia cree en los Espíritus, pero no como el Espiritismo.

En primer lugar cree en Dios, Espíritu purísimo, perfectísimo, inmenso, eterno, principio y fin de todas las cosas, remunerador de los buenos y castigador de los malos. El Catolicismo enseña que podemos comunicarnos con este Espíritu supremo, Dios, por medio de la oracion y de los santos Sacramentos, y Él á su vez con nosotros, por medio de la revelacion de su Unigénito Jesucristo, por medio de la Iglesia representante suya, por la eficacia que ha dado á los Sacramentos por Él instituidos, y por las interiores inspiraciones de su gracia.

Tambien admite el Catolicismo, además de este Espíritu

increado, la existencia de otros Espíritus creados llamados *ángeles*. De estos unos se rebelaron contra Dios y fueron lanzados á castigos eternos, y se llaman demonios; otros le permanecieron fieles, y gozan de la gloria con su Criador, y se llaman Angeles buenos. La Iglesia enseña que los ángeles malos ó demonios tienen, por desgracia, harta comunicacion con el hombre, á quien procuran apartar del bien ó inducir al mal, lo cual se llama tentacion. El hombre á su vez puede entrar en comunicacion con el demonio, llamando en su ayuda á este espíritu maligno con determinadas condiciones, lo cual se llama pacto diabólico. Y no es católico ni conoce la historia el que se ria de esto. Además el demonio puede invadir el cuerpo humano y atormentarlo, y producir en él variados fenómenos, lo cual se llama *posesion* y *obsesion*. Y seria negar la fe que se debe á las santas Escrituras y á la misma historia profana, poner en duda la posibilidad de estas posesiones y obsesiones. Tocante á los Angeles buenos, enseña la Iglesia que sirven á Dios de mensajeros para con el hombre, y de intermediarios suyos, no á capricho del hombre como quieren los espiritistas, sino segun los designios de Dios. Así el ángel Gabriel fué enviado á María, como otro habia sido enviado antes á Abrahan, etc. Ademas enseña la fe que Dios ha destinado los santos Angeles para nuestra custodia, de suerte que cada alma humana está invisiblemente guardada por un Angel, que por esto se llama el Angel de la Guarda.

La Iglesia enseña, finalmente, la existencia del espíritu humano ó sea el alma, y ésta en cuatro estados distintos: 1.° En el de peregrinacion, ó sea en el de su union actual con el cuerpo, formando ambos el compuesto *hombre*. 2.° En el de *pena* eterna en el infierno, si lo mereció por sus culpas. 3.° En el de *pena* temporal en el purgatorio, si trajo de este mundo algo que debiese y pudiese purificarse ó satisfacerse. 4.° En el de *gloria* eterna en el seno de Dios, en la posesion de su bienaventuranza. La Iglesia enseña que las almas despues de la muerte están separadas de su cuerpo respectivo, aguardando, en uno de los tres últimos estados, la resurreccion del cuerpo su compañero, para hacerlo partícipe de su eterna felicidad ó de su eterna desventura. La Iglesia no ad-

mite otro estado alguno para las almas. Admitirlo es faltar á la fe católica.

La Iglesia enseña además que hay una comunicacion entre nosotros y las almas del purgatorio y las del cielo. A las primeras podemos ayudarlas á satisfacer con nuestras buenas obras, cuyo sufragio se les aplica; á las segundas podemos rogar que intercedan por nosotros ante el trono de Dios. Lo primero se conoce con el nombre de sufragios, lo segundo con el de invocacion é intercesion de los Santos. Enseña además que las almas condenadas ó bienaventuradas están en manos de Dios, y que no tiene poder el hombre de hacerlas aparecer á su antojo. La evocacion de los difuntos es, pues, una supersticion culpable, y cuando se obtiene por medio del Espiritismo, es puramente ficticia, es decir, es pura ilusion de Satanás, que puede tomar la apariencia y lenguaje de la persona evocada. Tales apariciones sólo puede Dios ordenarlas, nunca empero á voluntad del hombre, sino por secretas miras de su Providencia.

He creido deber presentar esta ligera explanacion de la doctrina católica sobre los verdaderos Espiritus, á fin de evitar funestas equivocaciones. El Espiritismo sabe hablar muchas veces á los cándidos el lenguaje de la Iglesia, haciendo ver que su doctrina no es más que un desarrollo de la cristiana. Esta sencilla exposicion bastará para conocer cuán opuesto le sea.

Observacion importante.

Todas las calamidades que Dios permite en el mundo, bien sean físicas, como la peste, la guerra, el hambre, etc.; bien sean morales, como la herejía, la supersticion, etc., tienen en los admirables designios de su Providencia su lado misericordioso. Respecto á las segundas, sobre todo, Dios se ve como forzado á permitirlas, desde el momento en que se ha propuesto no cohibir al hombre en el ejercicio de su libre albedrío; es, sin embargo, bastante sabio y bas-

tante poderoso para sacar del mismo mal grandes provechos. Confio sucederá esto con el Espiritismo.

Es sin duda grave mal esa falsificacion de lo sobrenatural, ese culto que se roba á Dios para darlo supersticiosamente á su enemigo, ese lazo tendido constantemente á la ignorancia y sencillez de los incautos; sin embargo, nuestro siglo positivista y material puede sacar de ahí una leccion de incalculable trascendencia. Los que niegan que haya un más allá fuera de lo que se ve, se oye y se toca, los que no quieren admitir otra existencia que la que se percibe por nuestros sentidos, en vista de los hechos del Espiritismo se verán obligados á creer que algo hay de un órden superior y extra-humano, algo invisible é impalpable, que vive con nosotros y como nosotros, por más que sea muy distinto de nosotros. Y una vez forzados por la evidencia de los hechos á admitir un mundo espiritual y un órden de fenómenos sobrenaturales, bien que sea de mal género y con graves sofisticaciones, no les será difícil convencerse de la verdad, no del Espiritismo inmundo y supersticioso, sino del verdadero *espiritualismo* católico, único que, partiendo de principios racionales, ofrece un encadenamiento de verdades sólidas, ni injuriosas para Dios ni degradantes para el hombre, como son las del Espiritismo. Del mismo modo el misticismo sombrío y ceñudo de los espiritistas, que á tantos ha conducido á la excentricidad y á la locura, les hará ver la necesidad que tiene el alma humana de comunicacion con Dios, pero con esa comunicacion dulce, serena, tranquila y regocijada que se llama *piedad cristiana*, y que en vez de hacer del hombre un imbécil ó un visionario, hace de él un tipo, ó deliciosamente angelical como Teresa de Jesús y Francisco de Sales, ó grandiosamente austero como Jerónimo, Bruno ó Rancé. Sí, el Espiritismo es para mí una prueba brillante de la verdad del Catolicismo, del mismo modo que la moneda falsa es por el contraste una prueba brillante de que hay otra moneda legítima. Los pretendidos descubrimientos del Espiritismo son errores mil años há refutados. Sus máximas de filosofía moral sobre la abnegacion, sobre la caridad, sobre el amor al prójimo, siglos há que las saben de memoria los niños de las escuelas cristianas. Nada hay allí

de verdad que no sea robado al Catolicismo; nada hay de mentira que no haya sido mil veces refutado por él.

¿Y á pesar de todo eso, se me dirá, creeis necesario combatir el Espiritismo? ¡Luego le dais mucha importancia! Sí se la doy, y creo que es un enemigo formidable á quien hay que hacer guerra sin tregua ni reposo. ¿Sabeis por qué? Por la situacion particular en que se encuentran las inteligencias y los corazones en este siglo.

Escuchadme un poco.

El mal sobre todos los males, el que produce mayores estragos en nuestra sociedad, más que todos los errores positivos, es la ignorancia religiosa. Gran parte de nuestra sociedad no sabe lo que es el Catolicismo, ni sus principios fundamentales, ni la razon de sus prácticas, ni el significado más vulgar de sus divinos misterios. Y no me refiero sólo á la clase inferior de la sociedad, á la que trabaja en las fábricas y en los campos, no; me refiero á la sociedad que pasa por culta, á la que maneja cuantiosos capitales, cursa en las universidades y puebla los salones. Hay una ignorancia espantosa, espantosísima. Aun entre los preciados de católicos, que rezan y van á Misa, hay personas decentes que saben tan poco de su religion como de la de Mahoma. He conocido á personas condecoradas con título académico, católicas en sus prácticas y en el concepto de todo el mundo, y que ignoraban, sin embargo, en qué consistia el misterio más popular y más español de todos, el de la Inmaculada Concepcion de María. Pues bien. Si esto pasa en hombres y mujeres de ilustracion científica y de prácticas católicas, ¿qué ha de pasar en la masa comun que no lee ni oye leer, que se ha desprendido poco á poco de todo roce con el sacerdote, que vive entregada á su negocio y á sus diversiones, sin que le ocurra siquiera que hay otra cosa en qué pensar? ¿Qué ha de suceder? Sucede lo que estamos presenciando: que se va formando en el corazon de la Europa católica una masa verdaderamente gentil. No es atea, porque el ateismo no puede ser enfermedad general del pueblo, ni de clase alguna, sino de alguno que otro de sus individuos corrompidos; pero tampoco es católica, porque nada sabe del Catolicismo. Este es el estado lamentable de las inteligencias.

Coincidiendo con él y por las mismas causas, es tambien dolorosísimo el estado de los corazones. El primero en experimentar los efectos de la ignorancia en la inteligencia es el pobre corazon. Seco como tierra resquebrajada sin lluvias ni rocíos, vacío y desolado como el desierto, tiene sed sin saber dónde apagarla, siéntese solo sin encontrar consuelo de amigo que le aliente. A la falta de verdad en la inteligencia acompaña la falta de consuelo en el corazon. De ahí el que tantos y tan hermosos corazones, desesperados de encontrar algo que les llene, se lanzan á la agitacion de la política devoradora, ó al cieno del sensualismo enervante, ó á las emociones del positivismo mercantil. Pero todo esto que puede halagar la vanidad, ó satisfacer los sentidos, ó lisongear la avaricia, no consigue llenar el corazon. El corazon necesita goces, emociones, consuelos de un órden muy superior; necesita lo sobrenatural, lo que no nace del polvo de la tierra, del mismo modo que el ave necesita el aire, la luz y los anchurosos espacios del firmamento. Y no teniendo esto el pobre corazon humano, siéntese herido, desolado, engañado.

Ahora bien: en este estado de ignorancia en las inteligencias y de vacío en los corazones, preséntase el Espiritismo y dice: «Yo ofrezco portentosas revelaciones y descubrimientos con que satisfacer la sed de vuestra inteligencia; yo ofrezco emociones, misterio, vida superior y sobrenatural con que satisfacer la sed de vuestro corazon. Como garantía de todo esto os ofrezco la prueba más concluyente en este siglo poco filosofador: hechos. Exijo únicamente que no me examineis sobre la procedencia de estos hechos.»

Y el infeliz cuya inteligencia necesita creer algo y cuyo corazon necesita apoyarse y llenarse con algo, abrázase á ese fantasma que se le presenta, y se goza con él como con una preciosa conquista. Espiritista conozco que, no habiendo creido cosa alguna en su vida, hállase ya á su parecer convertido en hombre de creencias y de religion, desde que empezó á creer en la supersticion espiritista. Suponed que ese hombre hubiese conocido bien las sólidas verdades del *credo católico*, y sentido bien los puros consuelos de la *piedad católica*; no se creeria tan rico con las miserables supersticiones con las cuales se cree ahora haber adelantado

tanto. Los pobres salvajes que no han visto nuestras piedras preciosas, se disputan nuestros vidrios pintados y se juzgan poseedores de tesoros cuando alcanzan una sarta de ellos.

Remedios.

Están á la vista de todos: más que refutaciones del Espiritismo, dad á las inteligencias ciegas luz verdadera, y á los corazones sedientos consuelo verdadero. Al mismo tiempo que haceis ver al pobre salvaje lo frágil de sus vidrios, hacedle ver la solidez y brillo inmarcesible de nuestros diamantes. Instruccion católica, y ésta á torrentes; explicaciones claras y sencillas de todos los puntos de nuestra Religion; conferencias en el templo, siempre al alcance de los rudos, porque en Religion los hombres y las mujeres lo son casi todos: escuelas dominicales y nocturnas, propaganda universal, á todas horas y bajo todas las formas. Y al mismo tiempo que se derrama esta luz sobre las inteligencias, infúndase calor á los corazones con la majestad del culto, con el atractivo de las grandes festividades, convidando á todos á saborear la paz inefable que ofrece el uso de los santos Sacramentos, y los consuelos de que colma la piedad cristiana en todas las situaciones de la vida. Mónstruos como el Espiritismo medran únicamente á favor de la oscuridad y de las tinieblas. Procúrese á todo trance la difusion de la luz, y el Espiritismo quedará reducido en breve ante la pública opinion á lo que realmente es en sí: una supersticion más añadida al catálogo de las groseras supersticiones que han manchado la historia del género humano.

Una palabra para concluir.

Para ciertos caletres tiene gran fuerza una argumentacion que no quisiera me opusiese como dificultad séria y formal cualquiera de mis lectores. Quiero anticiparme á ella.

—Señor, me dirá cualquier testigo de las maravillas del Espiritismo, yo admiro las buenas razones que me dais, pero *obras son amores*, dice el refran. Hechos son hechos. Y los hechos del Espiritismo nadie hay que me los niegue.

—Está muy bien. Y por esto yo no he combatido la existencia real de estos hechos. Sólo he querido probar que tales hechos son cosa muy perversa y nada limpia.

—Mas estos hechos proceden de los Espíritus.

—Tampoco lo niego, precisamente he querido probaros que proceden de los Espíritus malignos.

—¡Bah! Y que procedan de buenos ó malos Espíritus, ¿dejarán por esto de ser *hechos*? ¿dejarán de ser *realidad*? Si necesito *curacion*, curado quede yo, mal que me cure Satanás en persona. Si quiero saber del porvenir ó de mis difuntos, sepa yo lo que quiero, por más que en vez de mis difuntos sea el diablo quien tome su voz. Lo dicho: ¿hay ó no hay *realidad*?

—Bien, muy bien. Quedaos, pues, con tales *realidades*. Pero recordadlo, tambien es realidad el asesinato, y lo es el robo, y lo es el adulterio. El *hecho* no prueba más que la existencia de la cosa, pero no prueba su bondad, ni menos la verdad de sus doctrinas. Por esto el verdadero filósofo da más importancia á las *razones* que á los *hechos*, por más que tome á éstos muy en cuenta. La verdadera filosofía está en juntar al exámen de los *hechos* el exámen de las *razones* que los explican. Así obran los filósofos. Los que se fundan sólo en los hechos sin admitir las razones, no son filósofos; son pura y simplemente testarudos.

Última razon para el católico.

Pero supongo yo que tú, amigo mio, eres todavía católico, y que al aficionarte al Espiritismo no has querido con esto abjurar la Religion verdadera, sino acudir al cebo de la novedad. En este caso pesa bien esta última razon, que es la decisiva:

No es católico quien no admite en materias de fe y de costumbres lo que condena el Catolicismo ó la Iglesia católica. Es asi que la Iglesia católica ha condenado el Espiritismo, Luego no eres católico si eres espiritista.

—¿Es cierto que la Iglesia ha condenado el Espiritismo?

—Ciertísimo. Y como no quiero detenerme en citar pastorales de Obispos y declaraciones romanas que me ocuparian demasiado, quiero únicamente que me contestes á estas preguntas:

¿Es condenado *ipso facto* por la Iglesia el sistema que niega los principales dogmas de la fe cristiana?

Indudablemente que sí. Y en este caso más bien es el indicado sistema el que se aparta por sí mismo de la Iglesia, que no la Iglesia quien le condena.

Pues bien. En este caso se halla el Espiritismo.

En sus obras hallarás negada la divinidad de Jesucristo. Segun Allan Kardec, Jesucristo no fué más que un Espíritu de superior jerarquía, encarnado en un cuerpo perfectísimo, que sin necesidad de *medium* se manifestó á los hombres. No fué la segunda Persona de la santísima Trinidad, Hijo eterno de Dios y Redentor del género humano.

Tambien se niega en el Espiritismo la realidad de los milagros referidos por el Evangelio, inclusa la resurreccion gloriosa de Cristo, que es el fundamento de nuestra fe. Todos ellos, segun el citado autor, no fueron más que fenómenos espiritistas.

El Espiritismo niega el pecado original, niega los premios y penas eternas de la vida futura, niega el dogma consolador y altamente filosófico del purgatorio, niega la utilidad del culto externo, niega la autoridad suprema de la Iglesia como maestra de verdad, niega la eficacia de los santos Sacramentos. ¿Qué deja, pues, en pié el Espiritismo? Nadie lo sabe de fijo: los Espíritus, que son sus maestros, muéstranse protestantes en Alemania; deistas, frívolos y volterianos en Francia; positivistas atroces en los Estados-Unidos. Místicos y casi mogigatos entre personas piadosas; alegres y divertidos y lascivos entre los muchachos del trueno. En la *Revista espiritista* de Sevilla se ven de cuando en cuando manifestaciones de Espíritus de diferente humor. Uno de ellos

dado á la poesía, se desahoga en odas á la Divinidad; otro de Jerez de la Frontera debe ser de ideas muy republicanas y algo más, porque no habla sino de las ventajas de la Internacional y de la tiranía del capitalista sobre el jornalero. De suerte que el Espiritismo, como el diablo ó como la mentira, que son una misma cosa, es blando y acomodaticio, y se adapta con nunca vista facilidad al vario humor de sus discípulos, desde las aficiones supersticiosas de unos, hasta las mismas fronteras del ateismo en que viven otros. Sólo en una cosa convienen todos los espiritistas, y es éste un síntoma mortal. Todos convienen en odiar el Catolicismo y al Papa su cabeza. Con esto no pueden transigir. Sépaslo, pues, lector; no sólo el Catolicismo condena el Espiritismo, sino que el Espiritismo por si propio se adelanta á declararse en todas partes enemigo mortal del Catolicismo. Es que Satanás sabe perfectamente quien le estorba. Por esta seña le conocerás á pesar de sus abigarrados disfraces.

Recapitulacion.

¿Quieres, amigo lector, todo lo dicho en media página? Tómalo, pues.

El Espiritismo se divide en *doctrinal* y *práctico*.

El *doctrinal*, ya lo viste en el extracto de Allan Kardec. Es blasfemo contra Dios, degradante para el hombre, inmoral y antisocial. Hace á Dios origen del mal, quita al hombre su libre albedrío, á la voluntad su responsabilidad, á la justicia y á la ley su fundamento.

Sobre esta base de absurdos y necedades que constituyen el Espiritismo *doctrinal* se sienta el Espiritismo *práctico*. Consiste en una série de procedimientos para obtener la comunicacion con los Espíritus. Nosotros más francos decimos comunicacion con el espíritu maligno. ¿Es nuevo todo esto en la historia? No, sino viejísimo. Es la supersticion más antigua, es la mágia de los siglos paganos anteriores á Cristo, resucitada por los paganos de hoy. Una misma cau-

sa la produce ahora como la produjo entonces: la falta de fe. Una misma causa la fomenta ahora como entonces: la necesidad en que se encuentran de creer algo tantos y tantos pobres corazones que han rechazado la verdadera. El hombre más incrédulo, ha dicho un crítico, es siempre el más supersticioso. Abriendo la historia encontramos del mismo modo que los siglos más apartados de Jesucristo han sido los más dados á supersticiones. Hé aqui por qué razon histórica y teológica aparece en el siglo décimonono el Espiritismo.

RICOS Y POBRES.

RICOS Y POBRES.

I.



ntre el sinnúmero de cuestiones religiosas, políticas y sociales que traen revuelto y dividido al mundo, haciendo de nuestro siglo el más agitado y batallador de todos los siglos, una sobresale que, por las circunstancias especiales que ofrece, ha merecido llamar singularmente la atencion y ocupar en su estudio las más elevadas inteligencias. Es la que expresan las dos breves palabras, tema del presente opúsculo. Pobres y ricos. Esta es la gran cuestion, la única cuestion, por decirlo así, ya que todas las demás parecen tener apenas importancia al lado de ella. Cuestion religiosa, porque de ella se hace arma de guerra contra el Catolicismo. Cuestion política, porque si fuésemos á averiguar la secreta razon de las opiniones avanzadas de unos y de las moderadas de otros, tal vez no hallaríamos otra en muchas personas que la muy evidente de que las primeras favorecen al pobre, ó pretenden favorecerle, y las segundas tranquilizan al rico, ó pretenden tranquilizarle. Cuestion social, porque ¿cómo no ha de serlo la que pone en tela de juicio los mismos fundamentos de la sociedad, pretendiendo nada menos que destruir su actual organizacion por defectuosa y tiránica?

Es además cuestion universalísima: no pertenece á una clase ó profesion determinada, ni afecta sólo á un país; es humana en el más exacto sentido de la palabra; es la de todos los pobres contra todos los ricos, ó la de todos los ricos contra todos los pobres. Es cuestion práctica. Los que andan buscando la solucion del problema no se detienen en sutiles metafísicas, ni se dan á escribir profundas disertaciones sobre la opulencia y sobre el pauperismo. Al contrario: protestan de su aversion á las fórmulas científicas. *Valor, hierro y fuego*, esto pedia tiempo atrás un orador socialista para resolverlo en un instante.

Y sobre esto que llevamos expuesto, la temerosa cuestion que vamos á tratar tiene otro carácter que es necesario tener en cuenta. Es urgente. La generacion presente quiere resolverla por sí misma, y no dejar esta tarea á sus sucesores. Ahora mismo, hoy, mientras estoy escribiendo estas líneas, mientras las lees tú, descuidado lector, un volcan está ardiendo bajo tus piés, y conmoviendo el terreno que pisas, y agrietándolo, y dejando escapar por sus respiraderos horribles chispazos que auguran próxima conflagracion.

¡Y ante esta perspectiva, y en pié delante el terrible problema tan francamente planteado, duerme, y corre, y baila tranquila y descansadamente la mayoría de los mortales; y gracias si con sus excesos no atiza la llama! ¡Y gracias si con sus preocupaciones no paraliza la accion de los que aún llegarian á tiempo para apagarla! Mil veces lo he dicho, y no me cansaré de repetirlo. Ignoro quién está causando en el mundo peor estrago; si el furor de los que atacan, ó la indiferencia y ceguedad de los que debieran defender, y no sólo no defienden, sino que imposibilitan la defensa.

El propagandista católico no puede desatender este punto. Deber suyo es poner los pobres al abrigo de la seduccion y de las falaces promesas de mentirosos regeneradores, y dar al mismo tiempo á los ricos un grito de alerta que les haga conocer la verdadera causa del peligro y sus verdaderos remedios. Excusado es, sin embargo, advertir que por mil y mil razones me dirigiré en particular á los primeros, para quienes se escriben preferentemente nuestras publicaciones.

¡Pobres *pobres!* Dos veces pobres por la falta de recurso

material, y por la falta de verdad y de amigos leales que se la digan sin disfraces ni rodeos! ¡Pobres clases trabajadoras, siempre aduladas y nunca lealmente queridas por los que se llaman sus amigos! ¡Pobres *desheredados*, como han dado en apellidarlos los compasivos y humanitarios apóstoles que los arrastran á la barricada, robándoles de paso la más preciosa herencia suya, que es la fe en Dios, la esperanza en la otra vida y el amor á sus hermanos! ¡Pobre pueblo, en cuyo corazon sano y honrado se está sembrando á todas horas la infernal semilla de odios cuyos frutos más ó menos tardíos son el tedio de la vida, la desesperacion y el crimen! No sé que haya miseria comparable á esta miseria, ni horrores semejantes á estos horrores.

Oyeme, pues, tú en particular, pobre jornalero, pues á tí en particular voy á dirigirme. En los breves párrafos que vas á leer me propongo manifestarte sin aparato científico de ninguna clase, con sólo el buen sentido alumbrado por la Religion, el orígen de esta guerra siempre antigua y siempre nueva del pobre contra el rico; lo necesario de la desigualdad de condiciones, á la par que lo armonioso y concertado de ella; lo absurdo y falaz de las doctrinas que prometen un futuro nivelamiento; y finalmente los medios divinos y humanos que tiene el pobre á su disposicion para consolarse, remediarse y levantarse á la altura de los más potentados.

A los ricos recordaré verdades tal vez amargas, pero siempre saludables. ¿No seria mayor crueldad dejarlos que durmiesen su sueño venturoso exponiéndolos á un terrible despertar? ¿Seria buen amigo el que, mientras están minando los enemigos la casa, y poniendo la pólvora, y encendiendo la mecha, rehusase despertar al descuidado mortal que en ella descansa, bajo pretexto de no incomodarle? ¿No será, por ventura, mayor incomodidad la que padezca cuando la explosion le haga volar sin alas y á pesar suyo? ¿No es esto lo que quisieran los enemigos del órden social? ¿Y por qué habria yo de hacerme cómplice suyo con un indigno silencio?

II.

Al emprender esta espinosa cuestion hallamos al Catolicismo y al socialismo discordes ya en el modo de plantearla. El hecho de la desigualdad de fortunas está á los ojos de todos, es un hecho universal; no hay país en el mundo en el cual no se presente la riqueza desigualmente repartida: es un hecho constante; no ha habido siglo desde la cuna del mundo en que los hombres no hayan tenido que acomodarse á esta desigualdad. Admitido, pues, este hecho por todos, la divergencia de las escuelas empieza en cuanto se comienza á buscar el orígen de él. Examinémoslas.

El socialismo sostiene que la desigualdad entre los hombres, este repugnante y odioso desnivel que hace que unos naden en la opulencia mientras otros están abatidos en la última miseria, nace de una mala organizacion de la sociedad. Por esto dicen: Cambiemos el órden existente, arrasemos lo que sobre las bases antiguas se ha venido construyendo, y constituyamos sobre otras bases el edificio social. Esta es en compendio la doctrina socialista. En esto andan acordes todos sus autores, bien que no lo estén en determinar cuál deba ser el procedimiento ulterior positivo para reconstituir la sociedad. Pero en el primer paso, en lo negativo, convienen todos. Lo actual, dicen, está mal organizado; destruyámoslo, pues.

El Catolicismo ve la desigualdad de clases, deplora las aflicciones de la pobreza; pero, reparadlo, no las atribuye á imperfeccion ó mala organizacion de la sociedad, sino á imperfeccion de los hombres que componen esta sociedad. El Catolicismo enseña que el hombre fué creado por Dios en un estado dichoso, del cual cayó por una primera desobediencia. Desde entonces lo que hubiera sido para todos un paraíso terrestre ha venido á convertirse en valle de lágrimas; los que hubiéramos debido ser sin trabajo alguno señores de

todo, somos ahora esclavos de mil necesidades, y hemos de redimirnos en lo posible de esta esclavitud con nuestros esfuerzos y con nuestros sudores. Desde entonces la tierra no nos brinda espontáneamente sus productos, sino que hemos de arrancárselos á viva fuerza con nuestro ingenio ó con nuestro trabajo. Y como el ingenio y el trabajo no pueden ser iguales entre los hombres, porque éstos no lo son ni en fuerza ni en talento, de ahi que tampoco puedan ser iguales los productos, y de consiguiente, que tampoco pueda ser igual la riqueza. De esta suerte explica el Catolicismo el profundo misterio de las desigualdades sociales. Inútil es decir que en cuanto á los medios de remediarlas los tiene más prácticos, más racionales, y sobre todo más eficaces que el socialismo, como verémos en su lugar.

Resúmen. El socialismo atribuye la desigualdad de fortunas á una mala organizacion de la sociedad. El Catolicismo atribuye la desigualdad de fortunas á la desigualdad de los hombres, degenerados de su primer estado por el pecado original. El primero encuentra su origen en las leyes; el segundo lo encuentra en la misma naturaleza. Por esto el primero ve en la desigualdad social un defecto orgánico que puede desaparecer mediante nuevas combinaciones; el segunda ve en ella un inconveniente necesario que es preciso soportar, y que sólo indirectamente puede ser aliviado.

La discordancia en este punto nace tambien del distinto punto de vista desde el cual miran la cuestion del socialismo y el Catolicismo.

El socialismo, que es ateo y materialista, nada enseña á esperar para más allá de esta vida, ni conoce otro fin para el hombre que el muy mezquino y grosero y bestial de comer un poco más ó un poco mejor que sus semejantes. El socialista viene á ser como el irracional, que no alzando su mirada más arriba de lo que exige la satisfaccion de sus necesidades materiales, mide su felicidad por el grado mayor ó menor de satisfacciones físicas que ha podido proporcionarse. Para el socialista no hay más Dios que el *yo*, ni más destino supremo que engordar y cebarse en el charco, ni más porvenir que el de pudrirse en él despues de haber engordado, ni otro deber, cuando más, que el de no estorbar á los otros

en el goce, ni más derecho que el de no ser estorbado por ellos. Este es, en toda su desnudez y fealdad, el ideal del socialismo. Léanse sino sus arengas y periódicos. Por esto el socialismo no puede comprender la razon por la cual haya de haber pobres en este mundo.

El Catolicismo profesa en órden á la presente vida y á la felicidad ideas muy diferentes. Enseña que la existencia del hombre en este mundo no es más que un prólogo para otra existencia mejor. Vivimos aquí de paso; ser pobres ó ser ricos no es más que hacer el viaje con más ó menos comodidad, en vagon de primera ó en vagon de tercera; y así como para el viajero lo principal no es el modo de viajar, sino el término del viaje, así para el católico el fin definitivo no es poseer más aquí ó poseer menos, sino poseer en el cielo lo que no puede perderse por toda la eternidad.

Hay, pues, entre la doctrina socialista y la doctrina católica la diferencia radical de que ambas parten de principios diversos y tienden á fines diversos: para la primera lo presente es lo esencial, para la segunda lo presente es lo accesorio.

Estas consideraciones nos darán mucha luz para conocer la dignidad y la excelencia y los consuelos de la doctrina católica sobre la riqueza y la pobreza, y lo degradante y tiránico y desesperante de la doctrina socialista. Llevamos retratado á grandes rasgos el carácter de cada una, y consignada su opinion respectiva sobre el origen de la desigualdad social.

III.

El socialismo la atribuye á imperfeccion orgánica de la sociedad; el Catolicismo á imperfeccion original del individuo. ¿Cuál está en lo cierto? La fe nos dice que es el Catolicismo; pero prescindamos de ese criterio superior y más respetable, y en gracia de los anticatólicos pongamos la cuestion en el terreno más llano y más vulgar: el del sentido comun.

La desigualdad de fortunas ¿proviene de que esté mal organizada la sociedad actual, como quieren darnos á entender los socialistas? No.

Ante todo, no deja de ser ya un hecho muy singular que esta desigualdad de fortunas haya existido siempre, en todos los siglos, en todos los pueblos, bajo todos los climas, bajo todas las formas de gobierno. En las tiendas de los patriarcas primitivos hallamos la distincion de amos y criados: aquellos, dueños de grandes riquezas en tierras y ganados; éstos, dependientes del señor mediante un salario. Es decir, que en aquella infancia del mundo, cuando nada apenas se conoce en la sociedad de artificial, cuando en todo se descubre la vida pura de la naturaleza, el primer fenómeno que aparece es la distincion social entre pobres y ricos. Y no me refiero aquí solamente al testimonio de los Libros inspirados, por más que los incrédulos no puedan dejar de admitirlos como preciosos documentos históricos: ábranse los poemas de Homero; estúdiense allí los albores de la sociedad civilizada entre los griegos; tambien allí encontramos igual distincion. Y desde entonces en vano ha amontonado libro sobre libro la sábia historia, en vano han aparecido sobre la faz del globo asirios y persas, egipcios y griegos, romanos y bárbaros: unos han sido regidos por libérrimas formas democráticas, otros por despóticos emperadores, otros por poderosas aristocracias civiles ó militares; nunca, empero, han podido prescindir de esa division que se presenta inmediatamente en todas partes en donde se reunen media docena de hombres en sociedad: la de pobres y ricos. Y la geografía ha abierto modernamente nuevos horizontes á la investigacion de los curiosos; nuevas playas han sido abordadas, y despues de ellas el imperio mejicano nos ha mostrado una civilizacion antiquísima é independiente de la nuestra: los bosques del Nuevo Mundo nos han descubierto al hombre en su estado más libre de preocupaciones sociales: pues bien, tambien allí como en todas partes se han dividido en dos clases los hombres: en pobres y en ricos.

Esta universalidad y persistencia de un hecho ¿no basta y sobra para darnos á conocer que no es efecto de tal ó cual organizacion arbitraria, sino hijo de la misma naturaleza?

Apenas se encuentran dos pueblos constituidos políticamente del mismo modo. Cada nacion presenta en este punto distinto matiz. ¿Por qué? Porque las formas políticas son hijas de combinaciones arbitrarias que cada pueblo arregla á su antojo ó al tenor de sus necesidades. ¿Por qué, pues, todos los pueblos están uniformes y constantes en admitir como base social la desigualdad de fortuna? Porque ésta no depende de su voluntad, ni de la sabiduría de sus legisladores, ni del poder de sus gobernantes, sino que se halla encarnada en su propia naturaleza.

Seis mil años cuenta de existencia el linaje hunano, segun los cómputos más autorizados de la cronología; seis mil años ha tardado el mundo en reconocerse mal organizado. Seis mil años ha vivido, segun los socialistas, en un estado violento y antinatural. Seis mil años ha caminado la sociedad fuera de su órbita, y nadie lo habia advertido hasta el feliz advenimiento de los filósofos del socialismo. ¡Vean Vds.! ¡Seis mil años ha tardado en comprenderse que el haragan y perezoso deben tener derecho á iguales productos de la tierra que el más incansable y activo, y que el hombre de talento y de habilidad no puede ganar ni poseer en este mundo más que lo que poseen el zote y el necio! ¡Seis mil años ha tardado en saberse que el que ganó con sus sudores ó ingenio un caudal no puede hacer partícipe de él á sus hijos, que son carne de su carne y sangre de su sangre! ¡Seis mil años ha tardado en adivinarse que ofrecer trabajo á quien desea trabajar, á cambio de un jornal proporcionado y convenido, es una tiranía, es una explotacion, es un comercio de sangre humana! ¡Maravillosos descubrimientos á fe mia! ¡Y no obstante ésta es, descarnada y desnuda de sus pomposas palabrotadas, la doctrina socialista! ¡Y con tan ridículas patrañas se embauca y enardece al pobre trabajador! ¡Pobres trabajadores, víctimas explotadas por astutos charlatanes!

IV.

La division en pobres y ricos ha sido en todos tiempos la base de toda sociedad. En todo ha variado la sociedad, segun las épocas y segun los climas. En esto nunca ha variado. Luego esto es esencial, natural, y por consiguiente invariable de suyo. Luego los modernos apóstoles de la igualdad social, no sólo van contra la ley y el derecho, sino contra la naturaleza misma, por más que en la misma naturaleza pretendan fundar sus disparatadas teorías. Este es en resúmen mi último raciocinio sobre esta materia.

Desmentida por la historia la doctrina niveladora, ¿podrá el ingenio de algun reformador ó la violencia de algun dictador afortunado hacer de ella algun dia el verdadero modo de vivir de la sociedad? En más claras palabras. Nunca han sido los hombres iguales en fortuna. ¿Pueden llegar á serlo?

No es dudosa la respuesta para quien tenga ojos en la cara. La desigualdad de fortuna es un efecto de la desigualdad de fuerzas, talentos y habilidades entre los hombres. Luego no podrémos alcanzar jamás que sean iguales en riquezas, si antes no los hacemos iguales en fuerzas, saber ó destreza. Es así que esta igualdad en fuerza y en saber es imposible; luego tambien lo es la igualdad en la riqueza.

Aquí oigo exclamar de repente á un socialista enfurecido: «Falso lo que V. sostiene, falso mil veces. La distribucion de la riqueza no guarda en este mundo la proporcion que habeis establecido como ley filosófica. A mayor fuerza, y á mayor talento, y á mayor saber no corresponde mayor fortuna. Antes muchas veces el tonto y el perezoso son los más aventajados en ella. Vuestra argumentacion cae por su base.»

No me rindo, no, señor socialista, y sépase vuesa merced que soy yo quien tengo razon. Me fundo en la regla general, y no en excepciones. Ya sé que hay tontos y perezosos car-

gados de doblones; pero no es esto lo ordinario y usual. A los ojos de todo el mundo, para medrar y hacerse hombre, como se dice, es necesario ser muy listo y despabilado, y no dormirse en las pajas. La tierra no da frutos si no se la riega con sudor; la industria no ofrece productos si no hay actividad en el industrial; el comercio no produce ganancias si el comerciante no corre como un gamo en busca de la ocasion y si no sabe aprovecharla. Esta es la verdad; esto pasa. Nunca á cualquiera que desee prosperar se le ha aconsejado que se estuviese tranquilamente tomando el fresco en verano y al amor de la lumbre en invierno. Luego el órden general del mundo, y lo que comunmente sucede, es que la mayor riqueza sea de la mayor actividad física ó intelectual, y la mayor pobreza sea, al revés, de quien es más débil ó más descuidado. Quien más hace ó más puede, más gana.

Ahora bien, caballero socialista, de levita ó de chaqueta, de salon ó de callejuela, de perfumado guante ó de olor de ajo crudo. Decidme: ¿quereis á los hombres iguales en bienes? Está bien, pero mirad de hacerlos antes iguales en fuerzas, en ingenio, y áun en voluntad para ganarlos. El vecino de mi derecha que se levanta antes que el sol y se acuesta siempre el otro dia, que durante él no cesa de martillar, sudando hasta en tiempo de hielos, decidme vos, ¿merece ocupar en la sociedad la misma posicion que el vecino de mi izquierda, que pierde lastimosamente su jornal, ó en la cama envuelto en las sábanas, ó en la taberna envuelto en su manta, ó en el club perorando sobre los derechos del ciudadano? Y el jóven laborioso que se privó de diversiones y placeres en los más bellos años de su vida para dedicarse al estudio de una larga carrera, pasando en claro las noches enfrascado en sus libros, y los dias en turbio en los bancos de las clases, ¿no ha de tener derecho á que la sociedad le permita ocupar un puesto más lucrativo que el calavera truhan que no conoce más libros que los naipes, ni más clase que el garito, ni más carrera que el rondar dia y noche tras las mujerzuelas del arrabal? Y el que pinta mal ¿se ha de cobrar por sus cuadros lo mismo que Velazquez y Murillo? Y el que escribe como yo ¿ha de recibir por sus libros lo que por los suyos reciben los príncipes de las letras en Europa? Y el

orador callejero á quien pagaban poco há los revolucionarios para que desacreditase groseramente al pié de un guardacanton al Papa y los Curas, ¿habrá de cobrarse la misma dieta que el fecundísimo Castelar, que sabe hacer lo mismo desde el Congreso con frases de oro y azul? Pues bien: si áun entre vosotros los socialistas quien más hace más gana, y en consecuencia más posee, ¿por qué no habrán de regirse por la misma ley los diferentes oficios, industrias y profesiones en que puede desplegarse la fuerza, el talento ó la buena voluntad del hombre? ¿Qué significa la palabra *igualdad social*, palabra tan pomposa y tan seductora para los pobres incautos? ¿Qué significa esta palabra; si por desgracia nacemos y nos hacemos *desiguales*? Desiguales en fuerzas, desiguales en talento, desiguales en buena voluntad, ¿cómo podemos ser iguales en lo que dan únicamente la fuerza en los trabajos materiales, el talento en los intelectuales, y buena voluntad en todos?

V.

La desigualdad de fortunas, decíamos, es un hecho constante y universal, independiente de las leyes y de esta ó de aquella organizacion de la sociedad. Esta desigualdad radica en la naturaleza misma de las cosas. Son desiguales las fortunas, porque son desiguales los hombres; lo son éstos en fuerzas, en talentos, en salud y en buena voluntad. Es imposible igualar las fortunas, si no se igualan antes los hombres. Esto es imposible, luego lo es tambien la igualdad social. No creo que haya socialista alguno que pueda contestar á esta argumentacion tan clara, tan sencilla y tan popular.

Y no obstante, á pesar de esto, no faltan quienes crean arreglarlo todo tan fácilmente por medio de un dia de liquidacion general, en que, haciéndose tabla rasa de todas las fortunas, se repartan éstas equitativamente entre cada ciudadano á tanto por barba. La idea que del socialismo tiene

el pobre pueblo seducido es ésta. Y cree que, una vez realizada, no tardaria el mundo en verse convertido en paraiso terrenal, ó al menos en nueva tierra de Jauja. Y los que necesitan del pobre pueblo, para que les sirva de escalon ó peldaño para sus ambiciones, no cesan de predicarle esta reparticion como la cosa más hacedera y como remedio absoluto para todos sus males. Sabido es que la pasion no necesita grandes raciocinios para dejarse convencer en lo que la halaga, y de ahí el que sean muchos los que viven real y efectivamente persuadidos de que con un reparto por igual de todos los bienes habria salido de apuros la humanidad.

¡Honrado trabajador! Si por tu desgracia diste oidos un dia á estas predicaciones insensatas, si te llegaste á persuadir alguna vez de que esta reparticion, ya que fuese injusta, era á lo menos posible y favorable al pobre, escucha bien, y hazte cargo de la siguiente reflexion, que te hará caer muchas ilusiones y te descubrirá la mala fe de los apóstoles del error, que te embaucan para medrar á tu costa.

Supongamos que un dia, por especial permision de Dios, llegan a encaramarse en el poder algunos de estos amigos tuyos y de lo ajeno, y supongamos que sólo por el deseo de favorecerte á tí emprenden la nivelacion universal por medio de un reparto matemático de todos las bienes. Supongamos que se averigua escrupulosamente el número de ciudadanos que viven en una provincia, la de Barcelona por ejemplo, y el valor de los bienes muebles é inmuebles que radican en ella, sin excluir los valores representados en papel, alhajas, objetos artísticos, etc. Un orador de un club barcelonés se tomó la pena de echar sobre esto un cálculo, que supongo tendria únicamente pretensiones de aproximado, y halló que le tocarian á cada ciudadano barcelonés unos veinte mil duros como veinte mil soles, sonantes y contantes, redondos y limpios de polvo y paja. Supongamos que, resuelto de este modo el cálculo, empieza la distribucion, y recibe cada cual sus veinte mil duritos, y como por arte de encantamiento quedamos todos, y yo tambien, convertidos en respetables capitalistas. Escúchame bien por Dios, que ahí entra lo bueno. Quedamos todos iguales en aquel primer instante. Un momento despues empiezo á seguir la pista á cada uno de

aquellos lotes de veinte mil duros. No quiero seguírsela á todos, que fuera este como el cuento de las cabras de Sancho, que nunca acabó. Mi investigacion se fijará únicamente en cuatro de los afortunados propietarios, á quienes llamaré con los nombres de Pedro, Juan, Pablo y Antonio. Sígueme en este exámen de vidas ajenas, que será curioso.

Pedro es un avaro de los que recatan su dinero hasta de la luz del sol: solteron, sin vicios, no por virtud, sino porque cuestan cuartos; sin virtudes, porque éstas mandan soltarlos alguna vez; sin necesidades, porque el infeliz se priva de todo. Una mala buhardilla ó un oscuro entresuelo, un zoquete de pan y la última racion de una fonda, hé aquí sus gastos. El miserable recibe sus veinte mil duros, envuélvelos en su capa raida, busca ansioso el lugar más disimulado de su habitacion, sepúltalos allí, y séales la tierra ligera.

Juan es un infeliz, cuya casa parece un hospital. Padre de familia, tiénela á toda ella rendida bajo el peso de graves enfermedades. La esposa, mujer de bien, apoplética hace tres años; la hija mayor tísica en segundo grado; los demás cada uno con su calamidad á cuestas. Juan es el único sano en la familia. Recibe los veinte mil duros, paga sus deudas, que son muchas, al médico, á la botica, etc.; alquila nueva habitacion con mejores luces y aires más puros; sale en verano al campo y á los establecimientos balnearios; gasta y derrocha para devolver á fuerza de oro la salud á las prendas de sus entrañas. Los veinte mil duros disminuyen con una rapidez espantosa. ¿Qué será de ellos dentro de poco tiempo?

Pablo es un tronera de marca mayor. La historia de sus veinte mil duros es muy sencilla, y cabe en una hoja de papel de fumar. Recibiólos, entróse en el café de la esquina, púsolos en diferentes partidas sobre una carta, ganó muchas veces, y llegó á verlos triplicados. Su codicia le engañó. Aventura de una vez toda la suma en una apuesta, y la pierde. Sálese del café sin temor á que le roben ladrones, y duda entre dispararse un tiro, ó echarse al mar, ó colgarse de una viga.

Antonio es un honrado menestral que soñó siempre con tener veinte mil duros á su disposicion para emplearlos en buenos negocios. Es listo, y no se duerme en las pajas. Rea-

liza grandes compras, y algunos dias despues logra ventajosas ventas. Va agrandando cada dia el círculo de sus operaciones, economiza, medita sus planes, adquiere por su probidad la confianza pública, llega á ser rey del mercado, es millonario.

Basta de suposiciones, y vengamos á la moraleja. Igual cantidad entregada á cuatro individuos no ha podido hacerlos iguales. ¿Podrá hacer iguales á cuatro mil, ó á cuatrocientos mil, ó á cuatro millones? Antonio, Pablo, Juan y Pedro fueron iguales un solo momento, el de la distribucion. Un momento despues, Pedro, Juan, Pablo y Antonio quedaban desnivelados, el uno por su avaricia, el otro por sus desgracias, el otro por sus calaveradas, el último por su actividad. ¿Hay teoría alguna que pueda impedir este resultado? No, porque no hay teoría alguna que pueda hacer iguales á los hombres. Luego tampoco hay teoría alguna que pueda hacer iguales sus fortunas. Una liquidacion general, como se dice, un reparto exacto, como sueñan algunos, sólo lograrán que cambien de manos la riqueza y la pobreza. Serán otros los pobres y otros los ricos. Pero á despecho de todos los reformadores, el resultado será siempre como lo ha ordenado Dios. Habrá ricos y habrá pobres. Cualquiera nueva organizacion social seria impotente para borrar esta desigualdad indispensable. Es un mal necesario en el linaje humano despues del pecado de Adan. No hay remedio con que extirparlo. ¿Hay á lo menos alivio? Sí. ¿Quién lo da? Vamos á verlo.

VI.

No hay sistema político ni organizacion social capaces de igualar lo que Dios y la naturaleza han hecho desigual. Por eso es imposible pasar el rasero por la superficie de la sociedad y nivelar la riqueza. La existencia de pobres y de ricos es tan necesaria como la de los valles y montañas en la faz de

la tierra. Es un hecho natural y forzoso despues del pecado original, y hay que aceptarlo, como hay que aceptar la enfermedad y la muerte, que son hechos tambien necesarios, consecuencia del mismo pecado. No se nos prohibe valernos de toda suerte de medios lícitos para evitar sus rigores; mas todo el talento del hombre no logrará hacerlos desaparecer del linaje humano.

Cierto que es dolorosísimo este hecho de la desigualdad social; y si diésemos en exhalar sobre este tema quejumbrosas lamentaciones, no nos ganarian por mano á los católicos los declamadores socialistas. Es triste, es desconsolador ver á gran porcion del linaje humano privado de lo más indispensable, mientras otra gran porcion nada en la más fastuosa opulencia. Es cruel oir el quejido de la madre rodeada de hijos hambrientos, en tanto que rueda á su lado la carroza del magnate que derrocha el oro en locas prodigalidades. Son ¡ay Dios! acerbos siempre los misterios de la pobreza, asi como son escandalosos á veces los misterios de la opulencia. No hay necesidad de pintar cuadros, no; ¿quién no los ha visto al vivo, por poco que haya tenido que sondear las entrañas de esta nuestra sociedad, tan feliz en la apariencia, tan brillante, tan dorada?

Pero sed imparciales por Dios, y seais ricos ó seais pobres, sed desapasionados: no se trata de llorar ni de maldecir, sino de raciocinar. ¿Os habeis convencido de que la desigualdad de fortunas es un hecho necesario, consecuencia indispensable de la desigualdad de los hombres? ¿Podeis hacer iguales á los hombres á fuerza de revolver el mundo? ¿A qué, pues, las invectivas contra lo que no está en vuestra mano extirpar?

Os he dicho que la pobreza era como la enfermedad y la muerte, uno de los resultados funestos de la caida original del género humano. Así lo enseña con profunda filosofía nuestra santa Religion. ¿Por qué no os rebelais, pues, contra la enfermedad y la muerte? ¿No es muy dolorosa tambien esta desigualdad que hace á los unos débiles y achacosos, y á los otros vigorosos y robustos; que á unos sume años y años en el lecho del dolor, mientras permite á tantos otros disfrutar de la juventud y de los placeres de la vida?

¿No es tambien muy irritante esta otra desigualdad que arrebata á unos en su mejor edad, tronchando sus más hermosas esperanzas, mientras concede á otros una ancianidad dilatada? ¿Por qué le es robada la jóven dulce esposa á aquel amante esposo que idolatra en ella, mientras vive en paz y felicidad la pareja vecina sus cuarenta ó cincuenta años de dichoso matrimonio? ¿Por qué se le mata á aquella pobre madre su único pequeñuelo, mientras su amiga vive rodeada de cinco ó seis de ellos, que son la alegría de su alma? ¿No son éstas tambien crueles desigualdades? ¿Por qué no se alza, pues, contra ellas un nuevo socialismo? ¡Ah! me diréis: porque no son desigualdades sociales, sino naturales, y por consiguiente necesarias. Muy bien. Si os he probado, pues, que la desigualdad de fortunas es tambien natural más bien que social, y es por consiguiente necesaria; si os he dejado perfectamente resuelto que allí donde hay cuatro hombres ha de haber por precision cuatro fortunas distintas y desniveladas, ¿por qué no respetais esta desigualdad, hija de vuestra naturaleza, como respetais aquellas otras desigualdades? No os digo que os priveis de salir por medios honrados de vuestra pobreza, como nadie os dirá que os priveis de curar vuestras enfermedades y de ir aplazando el dia de vuestra muerte. Pero sabedlo; así como nadie logrará suprimir del mundo la enfermedad y la muerte, así nadie logrará suprimir la desigualdad social. El primer pecado ha hecho brotar en la tierra, que habia de ser un jardin, estas espinas que hacen de ella valle de lágrimas. Sentencia es de Dios, y es inapelable. Grabado la ha en nuestra frente como sello indeleble, y es ridículo luchar contra Dios.

Sabiendo esto, y teniendo en cuenta el verdadero carácter de interinidad que tiene nuestra existencia sobre la tierra, se puede dar contestacion fácil y decisiva á todas las peroratas del más ardiente socialista. He leido, no recuerdo dónde, una idea que me ha hecho gracia por su admirable exactitud. Tres estados tiene la existencia del hombre. Primer estado: nueve meses en el seno de su madre, con una vida muy imperfecta que apenas puede llamarse vida. En efecto, se dice que empieza á vivir el hombre cuando acaba este primer período y sale á la luz del mundo. Segundo estado:

algunos años, veinte, treinta, cincuenta ú ochenta con vida más perfecta, pero que tampoco es verdadero vivir. En rigor se empieza á vivir cuando se acaba de morir. Esto es nacer, hablando filosóficamente. Los treinta, cuarenta ó cincuenta años que preceden á la muerte vienen á ser como los nueve meses que preceden al nacimiento. Tercer estado: esta es nuestra verdadera vida, la vida que no acaba, no la que ahora vivimos en estado de embrion. Un dia hemos de salir á la luz en los vastos horizontes de la eternidad, que es la verdadera plenitud y perfeccion de la existencia. Pues bien. Esto me enseña la filosofía de acuerdo con la Religion. Lo de acá abajo es pura y sencillamente *una interinidad*.

—¿Y qué tiene que ver todo esto con la cuestion de las desigualdades sociales?

—Mucho y muchísimo. Empieza por quitarles casi toda su importancia. Es además lo más propio para humillar el orgullo de la riqueza y sostener la resignacion de la pobreza. La única nivelacion lícita y posible es ésta. Levantar con las ideas de la eternidad el decaido espíritu del pobre, y abatir con las mismas ideas de la etenidad la presuncion y altanería del rico. Promover, en una palabra, la verdadera dignidad cristiana en unos, y la verdadera humildad cristiana en otros. Esto sólo lo puede el Catolicismo. Esto ha realizado en todas partes donde ha podido ejercer de lleno su santa influencia. Este seria el único remedio de los profundos males que nos aquejan. Esta es la clave que resuelve el problema.

VII.

A propósito. Un internacionalista que en el Congreso español hizo la apología de su impía secta, al pintar la condicion de las clases trabajadoras, víctimas, segun él, de la tiranía explotadora de los dueños industriales, tuvo á bien lanzar contra el Catolicismo la siguiente invectiva:

«Se tiene por inmoral, dijo, que el obrero pida rebaja de horas de trabajo, pero ¿se conoce acaso la vida de lós talleres? Id, señores, id á las fábricas, id á las minas, y veréis trabajando con una fatiga superior á sus fuerzas niñas de seis, de siete y de nueve años; veréis jóvenes de ambos sexos mezclados en los talleres, que así se convierten en focos de prostitucion; veréis niñas débiles trabajando catorce y quince horas diarias, y veréis que el capitalista que así impide el desarrollo físico y moral de aquellos séres, robándoles su vida á cambio de un escaso jornal, se cree bueno porque cumple el precepto dominical y confiesa y comulga por Pascua florida.»

¡Bravo! ¡bien! ¡magnífico! Sr. Lostau; la puñalada quiere ir derecha al corazon del Catolicismo, pero habeis de saber que habeis errado el golpe y no le tocais de cien varas. Vuestro cuadro es espantoso, mas habeis retratado perfectamente en él la fábrica, no de un amo católico, mentira, sino la de un amo mal católico ó ateo como sois vos. Con las horribles pinceladas que habeis trazado habeis hecho, no el proceso de mi Religion sacrosanta, sino su más completa apología. De lo que habeis dicho se deduce que el amo que quiera ser católico y asistir de veras á la misa, y confesar y comulgar de veras por la Pascua, no debe ser el tirano de sus trabajadores. Esto habeis venido á decir, y no podeis negarlo. Luego habeis cantado claramente que el Catolicismo es la religion protectora del pobre trabajador, ya que sólo despreciándola y cumpliendo mal con ella se puede ser asesino de los infelices obreros. Bien, muy bien, Sr. Lostau, elocuente sombrerero, benéfico internacionalista; vuestra declaracion nos honra y os la agradecemos. Muy bien.

Porque, sabedlo, los que tratan á sus trabajadores, si algunos hay, del modo que acabais de pintar, no son católicos. El Catolicismo lanza sobre su frente los más terribles anatemas. El Catolicismo es un trueno constante contra los malos ricos. ¿No habeis asistido alguna vez al templo catóco, Sr. Lostau? ¿No habeis oido alguna vez en la misa mayor la plática dominical del Cura-párroco? ¿No le habeis oido explicar y exponer la parábola ó ejemplo del rico Epulon y del pobre Lázaro que Cristo nos refiere en el Evangelio? Pues

si eso no sabeis, ¿cómo os atreveis á insultar al Catolicismo, que nunca habeis comprendido?

¡Cuán infelices son, Sr. Lostau, los que de todo quieren sacar arma contra la Religion! Vos mismo sois un ejemplo. ¿Pensais que nos ha de ganar la Internacional en eso de decir duras verdades á los poderosos? No; pero nosotros somos más imparciales, porque cantamos sus deberes á los ricos y á los pobres. ¿Que el rico es un tirano y un asesino de sus hermanos? La religion católica le sale al paso con aquel *¡ay de los ricos!* del Evangelio. No disimulamos que hay para él un destino horrendo donde, segun frase sagrada, habrá *llanto y crugir de dientes.* Oid las siguientes palabras: *Con los pequeños se usará de compasion; mas los grandes, que fueren malvados, sufrirán grandes tormentos. No exceptuará Dios persona alguna, ni respetará la grandeza de nadie, pues al pequeño y al grande Él mismo les hizo y de todos cuida igualmente, si bien á los más grandes amenaza mayor suplicio!*

¿Sabíais estas palabras, Sr. Lostau? No son palabras de periódico alguno de vuestra secta, son palabras de nuestros Libros santos (*Sap.* VII, 7), son palabras del Catolicismo. ¿Y creeis aún que el Catolicismo es cómplice de las tiranías de los ricos? Pues mirad, otros tan mal informados como vos han dicho, al revés, que era cómplice de las rebeldías de los pobres. No; ni uno ni otro. Al rico su deber, y sino su infierno. Al pobre su deber, y sino la misma sentencia. Esto es el Catolicismo, esta es la verdad, así juzga Dios.

Conforme con esta doctrina ¿sabeis, Sr. Lostau, cuáles son los pecados gravísimos que el Catolicismo enseña que claman especialmente venganza delante de Dios? Abrid el Catecismo que aprenden en nuestra Religion pobres y ricos (los ricos tambien, Sr. Lostau); abrid ese Catecismo que sin duda habréis olvidado, y hallaréis que de dichos pecados el tercero *es oprimir á los pobres,* y el cuarto *defraudar su salario á los jornaleros.* ¿Veis, Sr. Lostau, qué indirectas tiene nuestro Catecismo para los malos ricos? Y esto que nuestro Catecismo no es el de la Internacional.

Sí, nadie como el Catolicismo ha hablado con tanta claridad á los malos ricos, nadie como el Catolicismo ha glorificado con tanta magnificencia á los buenos pobres. ¿Recor-

dais las ocho bienaventuranzas, Sr. Lostau? Os las enseñó un dia tal vez vuestro párroco ó vuestra madre. Yo os las traeré á la memoria. Son el compendio sublime de un sermon que Jesús predicó en un monte de Judea rodeado de ricos y de pobres. A estos de un modo singular ensalzó y glorificó. *Bienaventurados los pobres; bienaventurados los que lloran; bienaventurados los mansos y humildes; bienaventurados los perseguidos, etc., etc.* ¿Quién ha puesto en más alto pedestal la pobreza, vos con vuestras arengas de odio, ó el Catolicismo con sus enseñanzas de amor?

Seguid predicando, Sr. Lostau, seguid predicando, pero sea como esta vez contra los malos católicos, aunque habeis pensado dirigir la puñalada contra el Catolicismo y contra Dios. Seguid, seguid, y nosotros os apoyarémos en esta obra de apostolado, clamando aun más récio que vos, pero por distinto camino. Nosotros no abogarémos por el ateismo de los jóvenes, para impedir la prostitucion de las pobres doncellas. No, ese desatino lo habeis soltado vos en un momento de despecho. Nosotros clamarémos para que desaparezca esa inmoralidad vergonzosa que vuestro corazon reprueba, pero que vuestro ateismo no puede curar. Nosotros pedirémos que se la cure con la única medicina, que es la Religion. Religion para los ricos, Religion para los pobres. El Catolicismo en todas partes. Dios en todo lugar y principalmente en las fábricas.

Porque se ha olvidado todo esto, ha salido del infierno la Internacional. Vos y los vuestros sois, como Atila, el azote de Dios. Cumplid vuestra mision sobre el mundo para castigarle; el Catolicismo, si á él se acude, no olvidará la suya de protegerle.

VIII.

¿Se quiere un excelente resorte que ponga en equilibrio lo que la naturaleza ha puesto desequilibrado? ¿Se quiere un nivel que iguale hasta donde se pueda lo que en vano el socialismo intenta igualar? Pues bien. Si esto se desea de buena fe, ahí está el Catolicismo dispuesto á prestar este servicio. Pero entiéndase bien; el Catolicismo práctico, no el Catolicismo meramente especulativo. El Catolicismo de la Iglesia que obra, y no el Catolicismo de ciertas gentes que sólo saben perorar y disertar. El Catolicismo que dice la verdad á todos, que refrena las pasiones de todos; no el Catolicismo que algunos parecen haber ideado para su uso particular.

Si, porque hora es ya de decirlo sin rodeos, hay una raza de católicos á su modo, que así en el organismo político como en el social, quisieran á la Iglesia nada más que como un guarda-viñas que guardase la suya de la invasion de las turbas que llaman desheredadas; unos católicos de sólo nombre, que dicen sin vergüenza que la Religion es un excelente freno para el pueblo, lo mismo que la guardia civil ó la policía, pero nada más. Estos tales suelen invocar á la Religion en sus lances apurados, pero solamente como un dique contra el torrente que los amenaza: lamentan que el pueblo no la tenga ya como antes, á fin de poder vivir ellos á sus anchas y sin rivales ni envidiosos en el goce de su terrena felicidad... Pero ellos se creen dispensados de practicarla.

No, lectores, no: nunca me haré yo cómplice de tales miras interesadas; criminal me creyera ante Dios y ante la sociedad si autorizase una sola vez esta profanacion de las cosas más santas. Cuando he citado el Catolicismo como remedio contra el socialismo, he querido mostraros en él, no solamente un freno para el pobre, sino un freno para el rico principalmente, un regulador en las relaciones de entrambos,

una mano á la vez severa y amistosa: severa para reprimir al que intente extralimitarse; amistosa para acariciar y enjugarle las lágrimas al que necesite consuelos. Catolicismo, en una palabra, que contenga con una mano las impaciencias de la pobreza, y refrene con la otra los abusos de la riqueza.

Ahí á la suya tiene el mundo este remedio eficaz, y no obstante sigue dándole vueltas y más vueltas al angustioso problema de la desigualdad social, buscándole soluciones humanas, cuando su única solucion es divina. Bastar debiera, para que abriesen los ojos tantos ciegos, observar que en Europa sólo ha podido crecer el socialismo á proporcion que se ha ido entibiando la influencia de la Religion. En cuanto á España, es cierto que ni un paso habria dado si, gracias á nuestras impías revoluciones, no se hubiese empezado por descatolizarla. Aquí se ha atado las manos á la Religion y se ha entregado sin defensa la sociedad en poder de todas las malas pasiones. Aquí se ha dado en la manía de andar siempre predicando derechos al ciudadano, y ¿quién hubo en estos desdichados tiempos que se atreviese á hablar de deberes? ¡Y sobre todo de deberes cristianos! Hubiera sido motejado al punto con los dictados de neo y reaccionario, que para ciertos *ilustrados* que andan por ahí es peor que llamarle á uno perro, y ladron, y monedero falso.

Pues bien; deberes, sí, deberes es lo que falta predicar, y deberes cristianos. Y el Catolicismo los enseña todos. Y á nadie se los perdona. Su infierno y su paraíso para todos están abiertos, y en su juicio universal no reconocerá Dios más que dos clases, la de los buenos y la de los malos. Imparcial y sereno, lanza su anatema contra la testa coronada y coloca al mendigo en sus altares, si en la primera ve el sello de la iniquidad y en el segundo las virtudes cristianas. Si el poderoso oprime al pobre, es el escudo del pobre; pero si el pobre se levanta insolente contra el poderoso, es entonces escudo del poderoso. No ha dictado dos códigos, ni ha instituido dos clases de Sacramentos, ni ha distinguido dos géneros de almas. Un solo Dios de ricos y pobres, un solo tronco de la gran familia humana, una sola Redencion, una sola fe, un solo juicio, un solo cielo, un solo infierno. Preciso es confesar que si hay en el mundo verdadera igual-

dad democrática, es ésta, y que jamás el socialismo hablará de igualdad social de un modo más radical y absoluto.

Por esto se observa lo siguiente. A más Catolicismo, menos socialismo. A menos Catolicismo, más socialismo cada dia. Esta es la ley que á una demuestran la razon y la experiencia. Consecuencias prácticas. Ricos, sed buenos cristianos, y no se quejarán de vosotros los pobres; pobres, sed buenos cristianos, y no se quejarán de vosotros los ricos. Cuando habia en España más fe y más virtudes cristianas, habia mas tranquilidad y menos rencores, á pesar de haber menos policía y menos guardia civil. ¿No es verdad? Más iglesias, pues, y habrá menos necesidad de presidios. Más conventos, y menos cuarteles. Más misioneros, y menos tropa. Más sermon, y menos fusil. Si se hace al revés, ¿qué sucederá sino lo que años hace lamentamos? En lugar de cada iglesia demolida, se ha levantado un club demagógico. En vez de frailes que se expulsaron se ha tenido que pensar en voluntarios de la libertad. Se ha saqueado á la Iglesia y un momento despues el propietario ha tenido que defender su finca.

Más Religion y menos discursos. Obrar, obrar, que la palabra por sí sola es muy estéril. Grandes ejemplos cada dia, á todas horas. Grandes ejemplos, no sólo de heróicas virtudes, que éstas por ser tales están ya fuera del alcance comun, sino de las virtudes caseras y ordinarias, de la humildad cristiana, del cumplimiento de los preceptos eclesiásticos, de la generosidad con los necesitados, de aficion á las prácticas piadosas, de todo lo que constituye la vide de un buen cristiano. Unicamente el buen cristiano es un ciudadano completo.

Y una vez practicadas por ricos y pobres estas máximas, la cuestion social, tan tremenda hoy dia, se resolverá por sí misma, mejor dicho, ni llegará á plantearse; el pobre será feliz con su mendrugo como el rico con su millon, así como ahora son ambos desgraciados. Fuera de esto, sólo habrá para el rico el fantasma del socialismo siempre en pié turbando sus orgías; para el pobre siempre el palo sobre sus espaldas para acallar sus lamentos. Sí, porque tambien se ha visto que, donde Dios no reina, reina el garrote. Unicamente pue-

de éste cambiar de manos. Los que pegan hoy recibirán mañana; pero el resultado será siempre el mismo, el palo será el rey de la sociedad.

Más nobles somos que un rebaño de bestias, y más digno es por cierto vivir bajo la Cruz que bajo el palo. Pobres y ricos, ricos y pobres, agrupaos bajo la Cruz. Clavado en ella espiró por ricos y pobres un rico que lo fué más que todos, porque era Dios, y un pobre que lo fué más que todos porque no tuvo donde reclinar su cabeza. El rico orgulloso mírese aquí. El pobre desesperado, aquí consuélese. El uno recibirá de ese libro abierto lecciones que avergüencen su vanidad, el otro consuelos inefables que endulcen las amarguras de su vida. Con la Cruz se ha salvado mil veces el mundo. Todavía será ella su tabla de salvacion en la espantosa borrasca que hoy le amenaza.

¿QUÉ FALTA HACEN LOS FRAILES?

¿QUÉ FALTA HACEN LOS FRAILES?

I.

INOME hoy en gracia ocuparme de esta pregunta que sin ton ni son os hacen á cada paso hombres por otra parte al parecer sensatos, juiciosos y moderados. Dicho se está, pues, que no me dirijo en esta obrita á los enemigos rabiosos de las Ordenes religiosas. ¿Quién no conoce á tales infelices? Poseidos del odio contra el Catolicismo, les basta que sean los frailes institucion católica para hacerlos objeto de sus furores. Lo mismo se revuelven contra ellos que contra el Papa, clero secular, templos, imágenes, etc. Tales enemigos están ya juzgados. Otros hay empero, ó más diestros para disimular sus planes, ó más cándidos para no conocer su malicia, ó más preocupados quizá, que á pesar de llamarse católicos y de asistir á la iglesia y á los Sacramentos, y de respetar á Dios, al Papa y al clero, no sienten sin embargo por los Institutos religiosos toda la simpatía y el entrañable cariño que debe un corazon sincera y lealmente católico. Otros hay á quienes se les atraganta la palabra *fraile*, creyendo con cierta buena fe que los frailes, como los pelucones con coleta y los calzones con hebilla, fueron únicamente

propios de otros siglos y de otras naciones menos ilustradas que la nuestra, y sonrien como niños desconfiados cuando se les dice que, pese á quien pese, los frailes volverán á su antiguo esplendor. Ellos es verdad no hubieran alzado su mano armada del puñal contra los pacíficos moradores del claustro, ni hubieran arrimado á los conventos la tea incendiaria, ni atizaron á la plebe desenfrenada para que cometiese aquella sangrienta iniquidad, deshonra de nuestra patria y de nuestro siglo. No, no son culpables de eso, ni siquiera cómplices; ni lo desearon, ni lo aplaudieron. Viéronlo con dolor de sus entrañas, y aunque alguno tal vez cayó en la pícara tentacion de hacerse con alguna porcion de los despojos de las víctimas, ¡oh! ¡por Dios! ¡no hableis de eso! ¡no seais tan escrupuloso! hiciéronlo únicamente para no perder aquella buena ocasion de hacer un negocio. Ya se ve ¡se daba tan barato! otro lo hubiera tambien comprado. Esta razon última, sobre todo, satisface tanto como la de aquel hijo que se prestó á ahorcar á su padre condenado por la justicia, alegando la consoladora excusa de que uno ú otro habia de desempeñar el oficio.

A estos, pues, á estos me dirijo, y para estos escribo el presente librejo. Del público especial á quien hablo, una parte es ciega, y es nuestro deber alumbrar á los ciegos; otra parte es profundamente hipócrita, y es hoy muy conveniente hacer saltar algo de la careta á los hipócritas. Quien consiguiere hoy estos dos objetos habrá merecido bien de la sociedad, de la patria y de la Religion.

La materia se presta á una division sencillísima. ¿Qué es el fraile? ¿Qué vacío ha dejado su ausencia en el órden religioso? ¿en el órden social? ¿en el órden individual? ¿Qué se opone al total restablecimiento de los frailes? ¿Los frailes volverán?

Hé aquí un programa ciertamente curioso para los tiempos que atravesamos. Parecerá á algunos sobradamente inoportuno. ¿Quién ha de pensar en frailes hoy (1873) que los católicos harto harán con velar por la suerte de sus parroquias? Sin embargo, hoy es la ocasion de hablar de todo eso. Cuando se haya acabado la obra de demolicion social á que el ininfierno se dedica ahora con tanto encono, vendrá la época

de reedificacion, y el obrero á quien se llamará con preferencia para ayudar á ella, será el fraile. Su desaparicion fué la señal de la guerra contra el Catolicismo, su reaparicion será la garantía más firme de la nueva paz, y la generacion que viene aprenderá á amar otra vez lo que la generacion que se va nos enseñó á nosotros á maldecir. Volverán los frailes, y quisiéramos nosotros la alta honra de haber contribuido en algo á despejarles el camino, despreocupado algunas inteligencias todavía obcecadas en este punto.

¡Quiera Dios que podamos desvanecer tal cual prevencion infundada, ó siquiera levantar en ciertos corazones culpables un saludable remordimiento!

Todo ha parecido lícito contra ellos, y todo se ha empleado. Señal clara y elocuente de su verdadera importancia. El drama venenoso, la novela corrompida, el buril vendido á la impiedad, la perorata del diputado en el Parlamento, el chiste del calavera en el café, todo ha servido á las mil maravillas para desacreditar ese nombre glorioso que ha esmaltado con resplandores inmarcesibles todas las páginas de nuestra historia. No les valió á los frailes el haber dado á la literatura sus más preciados modelos, al Estado sus gobernantes más afamados, á la caridad sus víctimas más generosas, á la Religion sus santos más populares. Era preciso que la palabra *fraile* llegase á ser para muchos verdadero apodo de ignominia, y lo fué. ¡Maravilloso ejemplo de cuánto pueden para trastocar lo más palpable la falsificacion y la calumnia cuando son manejadas con habilidad y constancia!

Es innegable empero que de algunos años acá viene obrándose en favor de los frailes una reaccion sorprendente. La Revolucion que agotó un dia todas las promesas, empieza á agotar hoy todos los desengaños, y á la luz de estos desengaños van viéndose las cosas muy distintas de lo que las viera la generacion del año 35. Todo se andará.

II.

¿Qué es un fraile? Hé aquí lo primero que ocurre preguntar tratándose de un objeto que lo ha sido de tan distintas y áun contrarias apreciaciones. ¿Qué es un fraile? La generacion actual casi no lo sabe, ¡y cuidado si en estos tiempos se ha hablado de frailes! La generacion actual, amamantada en las perversas lecturas de la escuela revolucionaria, apenas si tiene del fraile otra idea que la muy grosera que ha recibido sobre este punto por el conducto de sus más resueltos enemigos.

Para algunos es el fraile un hombre indolente, gloton, perezoso, que se hizo del estado religioso un modo de vivir cómodo, fácil y barato á expensas de la caridad pública ó de las rentas de su convento. El fraile es ignorante, soez, trampista, de bajos pensamientos, sin otro ideal que vivir y holgar á costa del pueblo. Para los tales el fraile es simplemente un sér despreciable.

Para otros, al revés, es un sér temible. Astuto diplomático, conocedor profundo del mundo y del corazon humano, poseedor de la ciencia más que nadie, dueño de sí propio hasta la abnegacion, el fraile es algunas veces autor, otras veces instrumento de planes tenebrosos que tienden á apoderarse de la cosa pública y á monopolizar en provecho propio las más poderosas influencias del Estado. El fraile estudia, se mortifica, obedece para ponerlo todo, estudios, privaciones y obediencia al servicio de un poder oculto que en momentos dados puede llegar á hacerse incontrastable. Es elocuente en el consejo de los reyes, diestro en las antesalas diplomáticas, artero para urdir una intriga y seguir manejando todos los hilos de ella desde el sombrío recinto de su celda ó al través de la rejilla del confesonario.

¿Quién no ha leido ú oido estos dos retratos del fraile en el periódico, en la novela, en el drama ó en el club? Hé aquí

á la iniquidad desmintiéndose á sí propia. Es claro. Porque lo que del fraile se dice es tan contradictorio, que basta por sí solo para acreditar la perversa intencion de sus autores. ¿En qué quedamos? podria decírseles. ¿Son los conventos asilo de la ignorancia más grosera ó foco de la diplomacia más astuta? ¿Cuál es en ellos la oficina principal: la despensa ó la biblioteca? ¿Qué es en suma el fraile: un despreciable holgazan á quien basta escupir en el rostro y arrumbar á un lado á escobazos, ó un conspirador sagaz y diplomático contra quien es necesario armarse de armas de buen temple? ¿En qué quedamos?

De fijo que el adversario á quien se dirigiesen tales preguntas no sabria cómo componérselas para armonizar los distintos puntos de vista bajo los cuales la Revolucion se ha complacido en hacer odioso al fraile. A la Revolucion podemos decir en cierto modo lo que al protestantismo su padre decia en otros tiempos Bossuet: ¿Tú varias? Luego mientes. Sí, enemigos del fraile: vosotros os habeis forjado de vuestro rival retratos que más que retratos son caricaturas. Pero en el uno nos le pintais bajo, en el otro alto; en el uno nos le dais negro, blanco en el otro. A un mismo tiempo nos lo ofreceis como mónstruo de estupidez y como prodigio de traviesa diplomacia. Sólo andais acordes con vosotros mismos en la conclusion final que sacais de vuestros caprichosos precedentes: Es necesario exterminar al fraile. Sí, ya porque nada valga, como unas veces decís, ya porque valga demasiado, como ponderais otras veces, el resultado definitivo es que hay que quitarle de enmedio é impedir á todo trance su reaparicion en la sociedad moderna.

III.

¿Qué es, pues, el fraile? ¿Qué nos dicen de él la historia verdadera y el verdadero buen sentir de las gentes honradas? Veámoslo.

Un cristiano, en la flor de sus años, en la edad en que son más halagüeñas las ilusiones y más sonrosado el horizonte

de la vida, al tratar de emprender uno de los mil senderos que ante sus ojos se ofrecen, siéntese por cierto instinto superior, que el idioma cristiano llama *vocacion*, convidado á la *soledad*, cuando todos por regla general ansian el bullicio de las diversiones; á la *sujecion*, cuando en todos es más vivo el sentimiento de libertad é independencia; á la *castidad*, cuando las llamaradas de la voluptuosidad empiezan á encenderse con mayor fuerza; á la privacion y á la *pobreza*, cuando nadie de sus iguales tiene otro ideal que el de labrarse una buena posicion y hacer fortuna. Este hombre, este jóven que de tal suerte difiere de los sentimientos é ideas de la generalidad, hállase solo, perdido, extraviado en medio de aquel mundo que no le comprende y á quien él ha comprendido muy pronto. Sus deseos no son los deseos de aquellas muchedumbres que se agitan á su rededor; atorméntale una ambicion sublime de cosas que el mundo desprecia, y á la vez un hastío profundo por cosas que el mundo ambiciona. Sabe que hay asilos donde se da cumplida satisfaccion á esos deseos de su espíritu, y procura ya únicamente fijarse en la eleccion del que mejor se acomode á sus especiales necesidades. En todos es de rigor la sujecion más absoluta, la pobreza más completa, la castidad más delicada. Sabe, empero, que sobre estas condiciones esenciales y fundamentales en unos se da *especial* importancia á los grandes estudios eclesiásticos, en otros á las obras de beneficencia heróica, en otros á la maceracion del cuerpo por medio de espantosos rigores, en otros á la propaganda del bien entre los prójimos por medio del trato y de las maneras dulces é insinuantes. Ora, medita y consulta, y suficientemente ilustrado en el conocimiento propio, con las luces del cielo y con los consejos de la ancianidad experimentada, llama á la puerta de uno de estos asilos, donde no se le pregunta por su estirpe, ni por sus riquezas, ni por otra alguna de las vanidades á que el mundo da importancia. Una investigacion escrupulosa de su vida y costumbres le admite; una prueba más rigurosa le confirma en la admision y le perpetúa en ella. El jóven que ayer fué primogénito de noble familia, ó simple jornalero, ó aventajado estudiante, nada es ya de lo que en el mundo le distinguia como inferior ó como superior á sus conciudada-

nos. Unos años de noviciado, unos votos solemnes pronunciados al pié del altar han hecho de él lo que ¡oh pueblo mio embaucado y seducido! tanto y tanto te enoja y te irrita y te estremece: ¡un fraile!

Todo el mundo convendrá en que del modo que hemos indicado se han hecho frailes todos los que ha conocido como tales el mundo: sale el fraile de entre nosotros, de nuestros campos y ciudades; no es fiera traida allá de lejanos desiertos ó del fondo de subterráneas cavernas; es un jóven como los demás jóvenes, afiliado á una milicia análoga á las demás milicias; con modo de vivir público, legal y nada raro, con un objeto de todos conocido, y lícito y honrado como el que más, aunque no se le quiera considerar superior. ¿A qué, pues, las prevenciones? ¿A qué las desconfianzas? ¿A qué ese odio feroz y ridículo?

Óyeme, preocupado lector: si el muchacho en cuestion, en vez de sentir elevados impulsos á la soledad, á la abnegacion, al amor á sus hermanos, la hubiese dado por el extremo opuesto; si hubiese seguido del mundo todo lo lisonjero que él ofrece sin pararse en perfiles sobre lo más ó lo menos de licitud y honestidad; si ambicioso de dinero lo hubiese atropellado todo para hacerse con una fortuna, ó sediento de honores se hubiese encaramado sobre tus espaldas para hacerte pedestal de su elevacion; si afanoso de placeres se hubiese entregado á la crápula y á la liviandad sin respetar la honra propia ni la ajena; si hubiese obrado, en una palabra, como uno de los mil que á tu lado campan por esas calles y plazas, ¡oh! ¡pueblo necio! ¡pueblo insensato! todo entonces se lo hubieras perdonado, hubieras excusado con el ardor de la juventud sus desahogos, hubieras alternado buenamente con él sin reparos y sin escrúpulos, y te hubieras indignado si álguien hubiese tenido la ocurrencia de insinuar que el tal calavera ó petardista no merecia ser admitido entre las personas *decentes*. Ahora no. Ni juega, ni trampea, ni codicia, ni seduce, ni altera la paz de tu hogar, ni corrompe la inocencia de tus hijas, ni lleva á mal traer tus hijos inexpertos: sólo tiene la tontería de dedicarse á la perfeccion de su alma, la necedad de engolfarse en prolijos estudios, la perversa intencion de morir mañana á manos de los antropó-

fagos en una isla bárbara, ó víctima de la peste en un hospital; sólo tiene el mal gusto de no poseer jamás un cuarto de que pueda disponer á su antojo, ni un dia libre en que ser dueño de su voluntad: se cansa, suda, se marea en difundir buenas máximas, ilustrar inteligencias, mejorar corazones, consolar amarguras, desvanecer recelos, enjugar lágrimas; rara vez se le ve en los lugares de alegría, nunca en los de diversion, siempre en los cadalsos, cárceles, hospitales, y en aquella tristísima alcoba donde entre estertores exhalan su postrer aliento tu madre ó tu hijo ó tu hermano; para eso ha tenido la malhadada ocurrencia de reunirse con algunos amigos suyos de igual humor en un local que se llama *convento,* y la de vestirse con un traje áspero y de pocas conveniencias que se llama *hábito,* y de llamarse con un nombre que hoy dia suena para tí á cosa de asco ó de mala reputacion, el de *fraile!* Y por eso le maldices y persigues y asesinas, como por lo otro le hubieras adulado, aplaudido y rodeado de consideraciones. ¡Hé aqui tu justicia, tu iniquidad, pueblo alucinado! Este es el *fraile* á quien te enseñan á aborrecer y á quien ¡necio! caes en la boberia de aborrecer sin conocerle! Aqui te doy su retrato. *Ecce homo!* ¡Hé aquí el fraile!

Otras veces no es el fraile un jóven cristiano que al contemplar al borrascoso mar creyó más prudente para sí y más provechoso para sus hermanos quedarse en tan seguro puerto; es, sí, el hombre encanecido en las luchas de la vida, fatigado por el récio embate de las pasiones, herido cruelmente por el desengaño, agitado tal vez por devoradores remordimientos, quien pide al convento un asilo de paz tras los azares de una existencia tempestuosa. El claustro que abre sus puertas á la juventud inocente é intachable, no las cierra al hombre de edad madura cuando se presenta ésta acompañada de las lágrimas del arrepentimiento. La historia nos ofrece numerosos ejemplos de grandes criminales convertidos en amigos de Dios y bienhechores de la humanidad, desde que abandonaron el mundo por el convento, y las galas y las armas por el austero hábito de fraile. No sabemos si los enemigos de los frailes verán con malos ojos que un hermano suyo, devorado por los remordimientos ó

hastiado por el desengaño, encierre en un claustro los postreros dias de su vida para dedicarlos á la oracion, á la mortificacion y á la caridad, en vez de levantarse con un rewolver la tapa de los sesos, que es el único suavísimo remedio que para tales casos ha sabido encontrar la despreocupacion moderna. Rancé sepultándose en las asperezas de la Trapa y muriendo algunos años despues en la ceniza con un crucifijo en la mano, legando á los calaveras de su siglo un grandioso ejemplo, nos parece más digno, más elevado y más recomendable que Larra disparándose un pistoletazo en la primavera de su vida, despues de haberla manchado con todos los escándalos y liviandades. El célebre cortesano francés, reformador de la Trapa, halló en ella la paz de su vida, el consuelo en su muerte y la salvacion de su alma. Nuestro célebre escritor madrileño, enemigo jurado de los conventos que persiguió incansable con todo el poder de su espantosa sátira, hubiérase tenido por muy dichoso con que un hábito *de fraile* hubiese abrigado su desolado corazon en sus últimos tiempos, cuando amargado por los desengaños, por el tedio, por el escepticismo y por el grito de su conciencia, no supo hallar para su alma despedazada otro bálsamo que el suicidio.

IV.

Años há que la Revolucion persigue incansable las Órdenes religiosas y no desiste en su empeño satánico de extirparlas del suelo de Europa. En dia infausto desaparecieron de nuestra patria, y la muerte va robándonos con dolorosa frecuencia los gloriosos restos que sobrevivieron á aquella espantosa catástrofe. La generacion presente no ha alcanzado ya los conventos para apreciar de lleno su importancia; en cambio está palpando el inmenso vacío que entre nosotros ha dejado su desaparicion. Estudiemos este punto, que es interesante.

Al fraile (1) se le echa de menos principalmente en el órden religioso. El fraile era un obrero infatigable en el campo de Dios, obrero que no tiene reemplazo. Algunos trabajos del ministerio eclesiástico son de tal naturaleza que exigen para su desempeño la mano del religioso, sin que alcancen á suplirle más que con grandes desventajas el celo y actividad del clero secular. Nadie lo reconoce con mayor llaneza que este mismo clero; no será por lo mismo hacerle injuria proclamarlo aquí con toda libertad. No, no basta para el servicio de todas las atenciones eclesiásticas el clero secular. Por esfuerzos de abnegacion que se hagan, por actividad que se ponga en juego, por dotes de corazon y de inteligencia que se posean, una corporacion religiosa en igualdad de circunstancias estará siempre en mejores condiciones que los individuos aislados, así en órden á los grandes estudios, como á los trabajos para la propagacion de la fe en países gentiles y á la defensa de ella en países herejes, y á su fomento y conservacion en los países católicos. Aun humanamente hablando, el religioso tiene sobre el sacerdote seglar dos grandes ventajas que le dan en el ejercicio de su ministerio una superioridad incalculable: la de su completa independencia de toda traba de familia; la de no tener que proveer á su manutencion corporal y demás necesidades materiales. Por poco que se conozca en sus tristes realidades la vida humana, se comprenderá la importancia que tienen en esta materia las dos circunstancias que acabamos de indicar.

Así los profundos pensadores religiosos, los grandes controversistas, los más infatigables misioneros han florecido en todos tiempos entre los hijos del claustro y de la obediencia regular. Alguna excepcion que otra no destruye lo general de la regla. Sólo la vida claustral é independiente de todo cuidado de intereses humanos permite al estudioso enterrarse en el fondo de silenciosas bibliotecas y gastar allí diez, veinte, cuarenta años en el esclarecimiento de una cuestion histórica ó teológica. Sólo con la independencia que da el ca-

(1) Excusado es advertir que usamos la palabra *fraile* en el sentido que le da el pueblo vulgarmente, es decir, comprendiendo bajo esta denominacion á todos los Institutos de Regulares.

rácter monástico ó regular se puede romper con todas las condiciones de patria y de sangre, y hacerse ciudadano del universo, volando de una á otra region con la cruz en la mano y con la palabra evangélica en los labios, sosteniendo la ruda vida del misionero. El pobre Cura, atado á su parroquia ó á su prebenda, no puede volar con esa holgura; mártir de pequeños deberes, no por esto menos sublimes é imperiosos, grandes trabajos que para el religioso son tareas ordinarias, son para él empresas gigantescas, ante las cuales debe retroceder: apelamos á la experiencia de los párrocos más decididos. ¿Exigiréis que publique *Sumas teológicas* quien está sujeto todo el dia á satisfacer las menores necesidades de una vasta feligresía? ¿Dedicárase al estudio de la elocuencia y de sus clásicos quien puede apenas reflexionar quince minutos antes sobre lo que quince minutos despues ha de decir á su pueblo desde el pié del altar? ¿Podrá consagrarse al canto magnífico de las divinas alabanzas en el coro, en las grandes solemnidades, quien en ellas encuentra tiempo apenas para rezar precipitadamente y á deshora quizá su breviario? ¿Podrá pasar largas horas á la cabecera del moribundo quien tiene muchos en su parroquia que reclaman á un mismo tiempo sus consuelos, mientras atenciones no menos perentorias le llaman al depacho, ó á la junta, ó á cualquiera de las otras ocupaciones de la agitada y trabajosa carrera parroquial? Apenas queda á la Iglesia otro clero que esa clase parroquial, escasa, rodeada de necesidades y de persecucion. ¿Quién atenderá, pues, á la majestad del culto? ¿Quién á la importante y entretenida tarea de catequizar á los niños? ¿Quién á la publicacion de buenos libros?

V.

De buena gana compararíamos el ejército pacífico de la Iglesia al otro ejército de los reinos temporales, y no fuera tan mal traida la comparacion, como sacada de las mismas santas Escrituras. Pues bien. Lo que en los ejércitos huma-

nos acontece, acontece tambien en este ejército espiritual. El clero seglar viene á ser la tropa de línea, valerosa, aguerrida, pero insuficiente por sí sola para sostener las grandes batallas. Las Ordenes religiosas son los cuerpos facultativos, las armas especiales que le ayudan poderosamente, le preparan el camino, ábrenle brecha en los corazones y en las inteligencias, y deciden en su favor el éxito de los más empeñados combates. El Benedictino revolviendo códices antiguos y descifrando inscripciones; el Dominico y el Franciscano resolviendo en las escuelas las más árduas cuestiones teológicas; el Capuchino evangelizando con su elocuencia popular y con el espectáculo de una austeridad ejemplar las ciudades y aldeas; el Jesuita apoderándose de la juventud por medio de la educacion y con el aliciente de una cultura exquisita y de una instruccion sin rival; todos los *Institutos*, en fin, dedicándose cada uno á su especialidad, cuál á las Misiones, cuál á la beneficencia, cuál á la instruccion, cuál á rodear de magnificencia y de esplendores el culto, no son sino auxiliares poderosísimos del Cura, á cuya parroquia converge todo el fruto de aquellos trabajos y desvelos.

Hoy nos falta en nuestra patria todo eso; la Revolucion, muy conocedora de la importancia de las Ordenes religiosas, al destruirlas con saña implacable, ha quitado á nuestro ejército los cuerpos facultativos cuyo solo nombre le infundia terror. No le ha quedado á la Iglesia española más que su tropa de línea, la cual se bate, no hay duda, con el brío que todos vemos; pero ¡ay! faltan misioneros á nuestros campos y ciudades; faltan agonizantes á nuestros enfermos; faltan sabios á nuestras academias; faltan oradores elocuentes á nuestros púlpitos; falta majestad á nuestro culto; porque, aunque el clero seglar da individuos sobresalientes en cada uno de estos ramos, no da para todas las necesidades; han desaparecido los semilleros que estaban dotados para eso de especial fecundidad. El soldado de línea es de vez en cuando buen ginete, buen artillero ó buen zapador, es cierto: mayor gloria para él sobresalir en el manejo de armas cuyo uso acertado sólo se adquiere en escuelas especiales; pero ¡ay del ejército cuya caballería, artillería ó cuerpo de ingenieros estén servidos al azar, por carecer de personal expresamente

adiestrado en su escuela respectiva! Esta es, sin embargo, nuestra situacion años há; esta es la situacion de todo pais en el cual el clero secular no se ve secundado por los Institutos regulares. Buena infantería... pero nada más.

Queremos insistir todavía algo más en eso, ya que en ello sufren lamentables extravíos hasta personas que por su ilustracion deberian conocer más profundamente estas materias. Las Ordenes religiosas no son, en efecto, meros ornamentos del edificio religioso; son partes integrantes de él, y pertenecen, por decirlo así, á la armazon exterior de reparos y defensas con que Jesucristo, su divino fundador, ha querido robustecerlo. Vamos á invocar hoy en testimonio de esta verdad, no consideraciones propias, sino declaraciones auténticas de la misma impiedad, que en esto ha sido el mejor apologista de los Institutos religiosos.

En primer lugar harémos observar un hecho curioso. La Revolucion impía al invadir una nacion lo primero que intenta siempre es la ruina de los conventos. Esta es la primera etapa de la impiedad en todos sus planes de ataque. Mirad al protestantismo aleman é inglés en el siglo XVI. Mirad al filosofismo francés en el XVIII. Mirad á los revolucionarios españoles, portugueses é italianos en el XIX. La primera embestida de los enemigos de Dios la han sufrido en todas partes los Regulares. ¿Qué dato más elocuente podria citarse en su elogio? Son los privilegiados de la persecucion. Esta frase vale cien tomos de panegíricos.

Pero oigamos algunas revelaciones magníficas de sus propios perseguidores. La historia las ha recogido con cuidado.

Voltaire escribia á su gran amigote Federico de Prusia en 3 de Marzo de 1767 en estos términos: «Hércules combatió con los asesinos, y Belorofonte con las Quimeras. No sentiria yo ver Hércules y Belorofontes que purgasen la tierra de asesinos y de quimeras católicas.» Y Federico de Prusia le contesta así en 24 del mismo mes y año: «No está reservado á las armas destruir al *Infame* (así llamaban aquellos demonios á Nuestro Señor Jesucristo): él perecerá por el brazo de la verdad y por la seducion del interés. He reparado, y otros como yo, que en los lugares donde hay más conventos

está el pueblo más ciegamente adicto á la *supersticion*. Ello es cierto que si se logra destruir estos asilos del *fanatismo*, el pueblo se volverá indiferente y tibio por lo relativo á estos objetos, que en el dia son de su veneracion. Se debe tratar de destruir los conventos, ó á lo menos de disminuir su número. El cebo de los monasterios ricos y de los conventos de muchas rentas es un poderoso atractivo. Representando el daño que los cenobitas hacen á la poblacion de los Estados, el abuso del gran número de *capuchas* que llenan las provincias, y al mismo tiempo la facilidad de pagar las deudas del Estado con los bienes de las Comunidades, creo se logrará que los Gobiernos se decidan á empezar la reforma.»

¿Qué tal? ¿No parece esta carta el programa que ha venido guiando á todos los Gobiernos revolucionarios de un siglo acá? Pues, cuidado, que esto se escribia por los incrédulos muchos años antes de la revolucion francesa. Harto sabian aquellos señores dónde les apretaba el zapato y dónde estaba la primera barbacana que debian derribar antes de apoderarse del fuerte.

Pero, sigamos oyendo á Federico en su correspondencia con Voltaire: «Pero vos tal vez me diréis: ¿Qué se ha de hacer con los obispos? Respondo que no es hora aún de tocar este asunto. Es preciso empezar por la destruccion de los que atizan el fuego del fanatismo en el corazon del pueblo.» Y Voltaire le respondia en 5 de Abril del mismo año: «Vuestra idea de atacar por los Regulares la supersticion cristiana, es de un gran capitan; porque no hay duda que, destruidos los Regulares, *el error* está expuesto al desprecio universal.» Y Federico insistiendo en su misma idea, y como enamorado de ella, vuelve á la carga en 13 de Agosto del 1775, escribiendo otra vez á Voltaire: «Si se quiere disminuir el fanatismo, no se ha de empezar por los obispos; si se logra disminuir los Regulares, sobre todo las Órdenes mendicantes, el pueblo se entibiará, y luego menos *supersticioso* permitirá á los Gobiernos disponer de los obispos. Este es el camino que se ha de seguir: socavar sordamente el edificio, y esto le precisará á que se desplome (1).»

(1) Hemos tomado estas preciosas citas de la conocida obra *Memorias para servir á la historia del jacobinismo*, por Barruel.

¡Qué plan! ¡Si parece la historia escrita con anticipacion, tan exactamente se ha venido planteando este programa infernal! Con saber lo que entendian aquellos impíos por supersticion, fanatismo y demás palabrotas de su diccionario, se ve claramente la importancia que daban á los Institutos religiosos y lo mucho que les estorbaban para su diabólica campaña. Abran los ojos aquellos á quienes la ceguedad de las pasiones políticas más que un odio formal contra el Catolicismo mantiene todavía en sus añejas preocupaciones contra los claustros. La impiedad lo ha declarado en alta voz. Los frailes son su primer estorbo. El convento es el muro avanzado de la parroquia.

Una triste experiencia lo ha enseñado hoy mismo á la generacion presente. Hemos visto caer bajo la piqueta demoledora nuestras parroquias; ¿pero cuándo? cuando no ha habido ya conventos que demoler. *Luxit antemurale, et murus dissipatus est:* Cayó el muro, pero fué porque habia caido antes el antemural. ¿Habrá aún quien no saque todo el provecho de tan elocuentes lecciones?

VI.

¿Qué vacío ha dejado la falta de los Institutos religiosos en el órden social? Esta fué la segunda pregunta á que nos propusimos responder, y vamos á hacerlo con nuestra acostumbrada llaneza, ya que no con la extension á que se prestaria la importancia de la materia.

La desaparicion de los frailes ha dejado en la organizacion social de nuestra patria un hueco notabilísimo. El fraile, en virtud de sus especiales condiciones, era como un contrapeso, un regulador que facilitaba el equilibrio entre las diferentes clases sociales, hoy más que nunca desequilibradas y en guerra mortal entre sí. Examinemos ante todo este carácter providencial que han tenido siempre los Institutos religiosos.

Desde los principios de su existencia vemos en las Órde-

nes religiosas el desempeño de esta mision que al parecer á ellas solas tenia reservada la Providencia. Su preponderancia social empieza en aquellos siglos en que razas nuevas y bárbaras, lanzándose sobre el viejo mundo romano, iban á establecer en Europa la más odiosa de las desigualdades. En efecto. En aquellos terribles dias, y en los que siguieron mucho tiempo despues, los vencedores apenas reconocieron en los pueblos otra calidad que la de vencidos, ni éstos supieron ver en sus feroces dueños otra fisonomía moral que la de vencedores. Vencidos y vencedores: estas dos palabras resumian todos los derechos y deberes en aquella sociedad en la que una mitad gemia bajo el filo de la espada de la otra mitad. Ser bárbaro fué desde entonces título de orgulloso predominio; ser romano fué estigma de esclavitud y de oprobio. Todas la leyes de aquella época revelan esta dureza del vencedor, así como todos los escritos de los autores de ella manifiestan el hondo gemido en que vivia encadenado á ellas el mísero vencido. Necesario fué que la influencia de la Religion verdadera y el cultivo intelectual traido por la misma fuese humanizando paulatinamente á aquellas fieras del desierto, para convertirlas en lo que fueron más tarde, nobles caballeros, espejo de honor, escudo de la debilidad, modelo de hidalguía.

¡Qué campo para los trabajos del religioso en estos críticos períodos de la historia! Ved al monje abandonar precipitadamente sus amadas soledades, como antes habia abandonado el enojoso bullicio de los poblados. De éstos se habia separado huyendo de la corrupcion que más que otra causa alguna los iba desmoronando; á ellos vuelve cuando ya no hay escándalos que evitar, sino lágrimas y sollozos que enjugar con mano compasiva. El feroz hijo del Norte, acostumbrado á mirar con desprecio como huye delante de él ó cae rendido á sus piés al legionario del Imperio; el franco, el vándalo ó el germano, que se llaman á sí propios *azote de Dios*, y que miran á aquel inmenso pueblo de vencidos como rebaño despreciable hasta indigno de los honores de la esclavitud, contemplan por vez primera una figura mansa, pero impávida; desarmada, pero valerosa; pacífica, pero imponente; que interponiéndose entre ellos y las víctimas,

protege con una mano á éstas, mientras con la otra detiene el brazo terrible del conquistador. Y el bárbaro, ante cuya imaginacion jamás cruzó la idea de que sus iras pudiesen encontrarse detenidas por semejante barrera; el bárbaro, que en sueños de pujanza creyó no habia en los cielos ni en la tierra poder superior al de su hacha ó maza de guerra, siéntese dominado, vencido, desarmado por la mano inerme de aquel hombre que no viste cota, ni empuña lanza, ni lleva tras sí ejércitos poderosos, sino que alza por únicas armas un crucifijo y un libro. Y ved ahí cómo la devastacion y la matanza, que no se habian detenido ante las fortalezas y muros torreados, detiénense ante el monasterio, y los vencedores del soldado son á su vez vencidos y subyugados por el religioso. Y la influencia de éste, cada dia más creciente y avasalladora, llega al punto de que, doblegadas por fin todas las resistencias y sometidos todos los antojos, en nada se distinga ya el conquistado del conquistador, una sea la fe, una la ley, una la costumbre.

Hasta los adversarios más enconados de las Órdenes religiosas les reconocen hoy esta mision providencial, y al describir la devastacion de Europa por efecto de las invasiones septentrionales han de consignar, de grado ó por fuerza, que sólo en las Órdenes religiosas halló el mundo un alivio en tan inmensas catástrofes, y sólo en sus hoy despreciados monasterios un asilo contra la brutalidad del vencedor. Monje quiso decir entonces protector del débil, freno del poderoso, custodio celoso de la civilizacion, arca salvadora de las ciencias y artes. Monasterio fué entonces lo mismo que hospicio, escuela, biblioteca, museo de antigüedades, casa de consejo. Y esto no sólo por unos pocos años, sino en todo el vasto período que abraza la Edad media; que esta ventaja ofrecen las instituciones sobre los indivíduos, universalizarse, y en cierto modo perpetuarse. Porque aunque en los siglos posteriores al décimo fué en gran parte desapareciendo la rudeza y asperidad de costumbres, gracias al trabajo constante de estos incansables cultivadores del campo social, subsistia aún la distincion entre vasallos y señores feudales, y el pueblo necesitaba todavía de los buenos oficios de un intermediario entre ambos, y las letras y ciencias fiaban su conser-

vacion y desarrollo únicamente al culto ferviente que les tributaba el religioso. El monje y el fraile tocaban á las clases más altas por su ministerio, por su ilustracion y por su influencia, y vivian á la par entre las más bajas por su orígen y por la humildad de sus costumbres. Unicamente ellos visitaban la cabaña del siervo al salir del castillo del baron, y visitaban el castillo del baron al salir de la cabaña del pechero. Estas clases, de las cuales la una podia ejercer tan fácilmente sobre la otra los caprichos del despotismo, se encontraban unidas, hermanas, por mediacion del hombre religioso, cuyo hábito ni se rebajaba con el contacto de la una, ni se enorgullecia alternando con la otra.

¡Oh quién pudiese enumerar aquí precisa y detalladamente los beneficios de esta intervencion social tan poderosa! ¡Oh quién poseyese la maravillosa estadística de los favores otorgados por las Órdenes religiosas al pueblo en la oscuridad de aquellos siglos, en que la única luz consoladora que resplandeció fué la de las instituciones católicas! ¡Cuántas veces el pacífico báculo abacial dominó el rigor de la feroz maza de guerra! ¡Cuántas el humilde cordon de san Francisco supo enfrenar demasías ante las cuales toda otra autoridad hubiera sido pisoteada! ¡Cuántas en los claustros donde brilló la ciencia de los hijos de san Benito, de santo Domingo y de san Bernardo se amamantó con la leche del saber á los pobrecillos hijos del terruño, á quienes más tarde la ilustracion monacal encumbró á los más elevados destinos!

Así, guiada por tan celosos mentores, bajo la sombra del hábito claustral, fué conducida la Europa hasta los albores del Renacimiento. Ciega y olvidadiza, orgullosa con su mayor edad y con sus derechos de emancipada, empezó entonces á desviarse de los senderos por los cuales aquellos la habian dirigido. Pero en la nueva faz que iban á presentar las sociedades en los siglos modernos, iban á ser cabalmente más necesarios los buenos oficios de las Órdenes religiosas.

VII.

No acabó, en efecto, con la Edad media la mision providencial de los Institutos religiosos, relativa al mantenimiento de la concordia y union entre las diferentes clases sociales. La época moderna necesitaba más que otra alguna de ese intermediario sublime, y los acontecimientos que ante nuestros ojos van desplegándose ponen de manifiesto esta verdad con desconsoladora evidencia.

No; los hombres no han llegado aún, ni llegarán á la decantada igualdad social, que es el sueño de tantos utopistas. Todo el furor de las revoluciones, todos los progresos de la llamada filosofía, todos los adelantos de la legislacion no acertarán á borrar de la sociedad humana esta profunda y esencial desigualdad: la de ricos y pobres. Al contrario, los esfuerzos del moderno racionalismo, lejos de conseguir extirparla, harán de cada dia más y más desastrosos sus efectos. La falta de freno religioso arrojará siempre el rico á nuevos atropellos y brutalidades contra el pobre, y provocará á éste á nuevos rencores y rebeldías contra el rico. ¿Quién no empieza á verlo ya en nuestros tiempos? Ya no hay hermanos más que para el odio. Ya no hay más fraternidad que la de Cain. *Homo homini lupus*, dijo un filósofo; esto es hoy verdad, hablando por regla general de ricos y pobres. La fuerza pública contiene con sus rigores la explosion del volcan socialista que ruge atrevido, no ya bajo nuestros piés, sino en medio de nuestras plazas, bajo las ventanas de nuestras casas, entre el oropel y pompa de nuestra civilizacion.

Pues bien. ¿Cuándo fué más necesario un contrapeso entre estos dos elementos desequilibrados? ¿Cuándo fué más urgente un mediador entre estos rivales, ciegos, el uno de orgullo brutal, y el otro de hambrientos apetitos? ¡Ah! el fraile, el fraile, hé aquí el contrapeso y el mediador que la misericordia de Dios nos tenia dispuesto para esa hora su-

prema. El fraile con su poderosa influencia sobre el pobre y sobre el rico, el fraile con su austeridad y con su popular elocuencia, hubiera mantenido siempre á respetable distancia unos de otros á esos dos poderes, que sin él no pueden vivir sin hacerse cruelísima guerra. El fraile hubiera seguido inculcando á los unos la moderacion en el uso de las riquezas, y á los otros la moderacion en el ansia de ellas; el fraile hubiera seguida arrancando del rico para obras de caridad tesoros que ahora no se prodigan más que en placeres y en negocios. El fraile hubiera seguido siendo el catedrático del pueblo, porque el pueblo tenia para sí y para sus hijos una universidad en cada convento.

Ahora bien; decidme, hombres del siglo. ¿Por qué habeis destruido el convento y habeis enseñado al pobre pueblo á maldecir al fraile, que era tan su amigo? ¿Por qué la habeis privado á esa clase infeliz del fraile, que salia casi siempre de sus filas, y vivia y moria en ellas, y hablaba su lenguaje, y enjugaba su sudor, y enseñaba á sus hijos, y los asistia en sus enfermedades, y los consolaba en la agonía? ¿Por qué le habeis privado á nuestro pueblo del fraile, que caminaba á pié como él por el polvo de los caminos, que retozaba con él en el bullicio de los regocijos populares, que lloraba con él en las públicas calamidades, que desde la invasion de los árabes hasta la de Napoleon compartia con él los martirios y los laureles del combate por la independencia nacional? ¿Qué habeis hecho del fraile, que era el hombre más popular y era vuestro hermano? Cain, dónde está tu hermano Abel? ¡Ah! ¡Maldito serás, dijo el Señor, sobre la tierra que ha bebido la sangre de tu hermano! ¡Fecha infausta! ¡Cuán horriblemente eres vengada! ¡Hombres del siglo, el polvo de las sagradas ruinas, el vapor de la sangre derramada, el lloro de las víctimas que habeis arrojado de sus asilos, esa es la ira de Dios que os acosa, ese es el dogal del socialismo que os estruja! Satisfechós podeis estar. Se ha realizado puntualmente el programa que os dictaron las sectas secretas. Ya no hay convento. Es verdad, ya no hay convento, mas hay club; ya no hay fraile, mas hay tribuno demagogo; ya no hay santas Congregaciones por esas calles, mas hay huelgas amenazadoras; ya no hay misiones de amor, mas hay, en

cambio, infernal propaganda de odios. Contemplad y ved. Aquello es lo nuestro, lo de ayer: esto es lo vuestro, lo de hoy. Y aún ¿quién pudiese leer lo de mañana? ¡Sombrío porvenir!

Creo muy poco en las maldiciones de la historia con que pretende aterrarnos á todas horas un moderno declamador, pero creo muy mucho en la justicia de Dios, que es cosa más séria. Y creo que los ayes de la sociedad moderna y su malestar profundo y sus angustiosas convulsiones son merecida expiacion de grandes crímenes sociales, entre los que figura, tal vez en primer lugar, la destruccion de las Órdenes religiosas. La sociedad moderna al declararse á sí propia mayor de edad, y por consecuencia emancipada, ha echado lejos de sí la paternal tutela que sobre ella ejercieran desde remotos siglos el convento y el monasterio. El nuevo hijo pródigo ha derrochado alegremente esa herencia paterna *vivendo luxuriose*, es decir, en orgías y devaneos. Y á la hora de hoy, agotado el patrimonio, avivado más que nunca el hervor de su codicia y de sus insensatos deseos, harapiento, destrozado, empieza á ver claro ya á la luz de sus tristes desengaños, y germina ya en su corazon aquel pensamiento salvador: *Volveré á la casa de mi padre*. ¡Ah! sí. Los ojos de muchos ciegos se vuelven ya con amargura á esas ruinas que sus manos amontonaron, y el nombre de fraile empieza á ser de nuevo simpático á la generacion presente, á pesar de sus errores y preocupaciones. Rotos todos los lazos sociales, otra vez se vuelve á sentir la necesidad de ese poderoso intermediario social que nos reconcilie unos con otros, que nos estreche en su seno en mútuo fraternal abrazo.

VIII.

Propusímonos considerar el vacío que ha dejado entre nosotros la desaparicion de las Órdenes religiosas, bajo su triple aspecto religioso, social é individual. Hemos apuntado sobre los dos primeros algunas someras reflexiones, que ni

la centésima parte son de lo que pudiera sobre ellos decirse. Toquemos hoy el tercero, que no tiene menos importancia.

No es sólo la Religion y la sociedad quienes experimentan años há la dolorosa ausencia de los Institutos religiosos. Es muy principalmente el indivíduo. Preciso es desconocer completamente el corazon humano para negar la necesidad de las casas de retiro religioso. No todos hemos nacido para la agitacion tempestuosa del mundo; no todos nos sentimos con aliento para lanzarnos al través de ese borrascoso mar. Hay almas criadas para los dulces atractivos de la soledad y para desplegar su actividad únicamente lejos del bullicio de las vanidades humanas. Hay otras que á fuerza de costosos desengaños han adquirido la dolorosa evidencia de que en ninguna parte sino allí verán cicatrizadas sus heridas y sosegados sus combates. Hay en suma mil y mil séres para quienes el convento es una necesidad. ¿Y qué derecho nuevo ni antiguo, qué progreso ó civilizacion pueden lícitamente censurar en esas almas su amor á la soledad? ¿acaso censura en las otras su afan por el movimiento y los devaneos del mundo?

Pues bien. ¿Cuántos infelices naufragan hoy, que sintieron en su mocedad el deseo vivísimo de apartarse del mundo y no pudieron por falta de un religioso asilo que les diese acogida? ¿Cuántas inteligencias privilegiadas hubieran dado con sus obras gloria á Dios y lustre á su patria si hubiesen podido abrigarse bajo la sombra del claustro, tan favorable á los reposados estudios? Hoy pasa una cosa singular. Al apuntar la juventud, no son pocos los corazones que se sienten ya con ese tédio de la existencia que parece ser enfermedad característica de la generacion presente. Abundan los *René*, como el de Chateaubriand, á quienes un desengaño precoz hace odiosa la vida comun y obliga á mirar con hastío lo que á los demás trae sedientos y ansiosos. Sea que nuestro siglo y nuestros locas revoluciones han sido tan pródigos en prometer como escasos en cumplir; sea que nuestros mismos adelantos nos hayan anticipado en edad temprana la desilusion y el desencanto que parecen sólo propios de la edad madura; sea que las pasiones son hoy más corrosivas, por-

que la literatura, los espectáculos, el libertinaje general les dan mayores estímulos, lo cierto es que nunca fué tan comun como hoy la negrura del corazon en la más hermosa primavera de la vida. El hombre gasta, derrocha hoy su capital de sentimientos y afectos con una rapidez espantosa; á los veinte años aún no se ha arrugado la frente, pero el corazon está ya vacío y desolado. Las almas de bajo temple encuentran aún una felicidad á su modo embruteciéndose en los albañales de la corrupcion, ó enloqueciéndose en las devoradoras emociones de la política, ó metalizándose con el tres por ciento. Pero las almas elevadas, si no hallan á su lado la resignacion que da la fe y que no se puede tener sin ella, mústias y desesperanzadas alargan su mano á un rewolver fatal que ponga fin á sus amarguras. ¡Horrendo extravío! Hé aquí la historia secreta é íntima de los suicidios, tan frecuentes hoy dia.

Reflexionemos ahora. ¡A cuántos de esos desventurados hubiera salvado la hospitalidad del convento! ¿Por qué, decid, por qué no ha de haber hoy una orilla para estos náufragos de la borrasca del mundo? ¿Por qué no ha de poder un hombre matar allí y sepultar para siempre sus pasiones con el voto solemne que le separa perpétuamente del siglo y le hace superior á sus propias veleidades, en vez de matar su cuerpo y condenar su alma con la pistola ó el puñal? Hé aquí de qué modo la falta de las casas religiosas es para el indivíduo no menos que para la sociedad un vacío que nada puede llenar sino ellas. El dia en que por favor de la divina Providencia vuelvan á abrirse en España estas casas que en mal hora fueron cerradas, el dia en que de sus ruinas se levante otra vez en nuestras poblaciones y en nuestras campiñas el consolador monasterio, entonces se verá la necesidad que de estos asilos siente la generacion presente: entonces de mil lados distintos se verá correr desalada la juventud en busca de sosiego, recogimiento y solitaria actividad intelectual tras el vértigo espantoso en que le han traido calenturienta y agitada nuestras insensatas revoluciones. Los recintos claustrales serán estrechos para contener la multitud que se agolpará á sus puertas; entonces se verá, confiadamente creemos llegará este suspirado dia, entonces se verá la necesidad que

habia de esos tan calumniados conventos que se nos ha querido pintar únicamente como focos de verdadera ociosidad ó de maquiavélicas intrigas. Así ha sucedido en todas las épocas de la historia. Así se vió en Francia despues del primer furor revolucionario. Hoy la gran Trapa francesa encierra en su silencioso cercado á centenares de monjes que en el siglo brillaron por su noble cuna, por su saber, por sus hazañas militares ó tambien por la fama de sus escándalos. Inglaterra que hace pocos años castigaba con cárcel y multas el delito gravísimo de oir misa, cuenta hoy ochenta y seis monasterios de hombres y doscientos sesenta y ocho de mujeres, cifras capaces de hacer estremecer de ira en sus viejas tumbas á los huesos de Isabel y Enrique VIII, que creyeron haber acabado para siempre allí con el papismo. Los Estados-Unidos, en medio de su organizacion democrática, al menos allí practicada con cierta lealtad, ofrecen en este punto una progresion semejante. El fraile es tan libre allí como pudo serlo en España en los dias de Felipe II y de la Inquisicion.

De lo cual deducimos la seguridad de que los frailes volverán á ser una clase social querida y respetada en nuestra España, quizá en época no muy lejana. Pero este punto quiere para su desarrollo párrafo aparte, y será el último.

IX.

¿Qué se opone al restablecimiento de los frailes en nuestra patria? Una sola cosa. La preocupacion que contra ellos se ha hecho nacer en una parte de nuestro pueblo. ¿Durará siempre esta preocupacion? A nuestro pobre entender va desvaneciéndose cada dia, y me atreveria á decir que poco falta para que pueda dársela por completamente extinguida. Vamos á indicar sobre esto algunas reflexiones que no dudo parecerán convincentes á mis amados lectores, y servirán de epílogo y remate á este opúsculo.

Lo que arrancó los conventos de nuestro suelo, más que el extravío de las pasiones políticas y que el furor de la im-

piedad, fué la codicia. Los Institutos religiosos poseian en España vastas propiedades, debidas unas á la ocupacion de terrenos baldíos que por ellos fueron abiertos al cultivo en la época de su fundacion; debidas otras á donativos de los fieles, acumulados en tan largos siglos de existencia. Tenian bienes, este fué su crímen. La mirada del Estado, abrumado de deudas y de sanguijuelas, se fijó en aquellas fincas que representaban á sus ojos inmenso caudal; el agiotista vió en ellas la ocasion de fabulosos negocios; el simple aldeano pensó que la destruccion del convento le libraba del censo ó del diezmo que debia pagar á quien bajo estas condiciones le cediera en otros tiempos sus campos. Todos creyeron ganar en el asunto de la destruccion de los frailes; todos vieron en él, más que un acto político, un buen negocio. Ahora bien. Hoy empieza ya á verse palpablemente que aquello no fué buen negocio, sino verdadera bancarrota. El Estado ha visto aumentarse sus deudas, el colono ó censalista, que por esta inicua jugarreta creyeron hacerse propietarios, se ven hoy reducidos á servir á nuevos dueños con mil veces peores condiciones. La destruccion del convento no ha mejorado á nadie más que á unos pocos que insultan hoy con su orgullo y fastuosidad la pública miseria. El desengaño ha sido espantoso. Y este desengaño lo ve y lo palpa más que nadie el pueblo, que antes sacaba del convento, si era mendigo, la sopa; si era viajero, el hospedaje; si estaba enfermo, la medicina; si necesitado de recursos, préstamos á bajísimo interés; si tenia hijos, instruccion y carrera para ellos; si sufria vejaciones de poderosos, proteccion, asilo, consuelo. Y el pueblo, que no es tan corto de vista como muchos se figuran, ve y observa y recuerda y compara lo de hoy con lo de ayer, y el trato de los propietarios actuales con el de los antiguos legítimos, y acaba por convencerse de que ha realizado la fábula de los huevos de oro. Y es indudable que si existiesen ahora frailes y conventos, y se le azuzase al pobre pueblo contra ellos como en el 35, se volveria éste quizá contra los azuzadores. Hoy apenas aborrecen al fraile más que los que aborrecen al sacerdote en general. Una notable reaccion se ha verificado en este punto, y los pocos conventos que empezaban á restaurarse poco antes del 68 podrian

decirnos cómo fueron recibidos en sus respectivas comarcas. Si mañana un Gobierno de rectas intenciones autorizase la restauracion de los frailes en nuestra patria, aunque no fuese más que aplicándoles sencillamente el principio (falso siempre) de la libertad absoluta de asociacion, de que injustamente están exceptuados, nada deberian temer del pueblo español los conventos.

Tambien abona nuestra esperanza de que serán restaurados los conventos el ejemplo de otras naciones. No creemos haya de ser siempre España el país de las anomalías; tarde ó temprano iguales causas han de producir aquí iguales efectos. En Francia, donde fué más horrible el período revolucionario, el desengaño ha sido más rápido. En España tardamos más, por la sencilla razon de que en ella la revolucion ha querido siempre disfrazarse de católica. Basta decir que el primer acto revolucionario se pretendió aquí empezarlo *en nombre de la santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo,* que tales son las primeras palabras del Código *inmortal* de las Cortes de Cádiz. Resultado de esta mistificacion ha sido el alucinamiento de muchos católicos que aún hoy no han acabado de conocer al enemigo. Mucho empero se ha adelantado en este camino del desengaño, y mucho más se adelantará. Y el resultado será como en Francia la vuelta de los Institutos religiosos en mayor número que antes, con más rígida observancia que antes, con mayores simpatías del pueblo que antes. Tambien aquí paseará nuestras calles y ocupará nuestros púlpitos y lucirá en nuestras academias el hoy despreciado hábito del Capuchino, del Dominico, del Franciscano, del Carmelita ó del Mercedario, como lo ve hoy el viajero en todas las calles, púlpitos y academias de Francia. Años há que lo de España no es más que una parodia, y mala, de la vecina nacion. Aquí no nos ha dejado todavía la manía de ser traductores. De esperar es que tambien un dia adoptemos ese galicismo de la restauracion conventual y monástica, como un dia adoptamos inícuamente el de su destruccion.

Hágalo el cielo, y entre tanto ayuden á ello nuestros lectores con su oracion y propaganda. La nacion de los grandes fundadores no puede quedar mucho tiempo huérfana de

esos mismos hijos que ha proporcionado con tanta abundancia á los demás puntos del globo. Cuando en los momentos de un eclipse está como oscurecido el sol y fria y pálida la tierra sin sus acostumbrados resplandores, loco seria quien asegurase que han de durar perpétuamente aquella oscuridad y luto de la naturaleza. Lo que hoy atraviesa la Iglesia española no es más que un pasajero eclipse. El eclipse pasará, y volverán á resplandecer en todo su brillo la verdad y la inocencia oprimidas, purificadas con la tribulacion, simpáticas otra vez á los ojos ya desengañados por costosas experiencias; rejuvenecidas, como árbol á quien el agricultor ha sujetado desapiadadamente á la poda, no para matarlo, sino para que con nuevo vigor retoñe y florezca y fructifique. Nada hay eterno en el mundo; ¿y habia de ser eterno el triunfo de la iniquidad? Nada violento dura, dice un axioma, ¿y habia de durar esta estúpida violencia? Nadie lo cree, ni lo creen nuestros mismos enemigos. En Dios ponemos nuestra confianza, y al tiempo por testigo.

UNA SEÑORA... Y A MUCHAS.

A UNA SEÑORA... Y A MUCHAS.

I.



QUÉ no adivinan Vds., lectoras mias, en qué me entretenia yo unos dias atrás muy sériamente? Pues voy á decírselo en confianza para quitarles el trabajo de echarse á discurrir, y el chasco probable de no haber acertado. En la cosa en apariencia más frívola del mundo. En hojear y hasta en leer detenidamente unos periódicos de modas. Y héme aquí á mí, hombre sério y formal, llenándome la cabeza con el variado tecnicismo de bullones, ruches, pouf, faldas y contrafaldas, túnicas sueltas y ceñidas, colas, etc., etc., que ni las recuerdo ya, ni haré por recordarlas en lo que me resta de vida. De todo tiene la culpa una señora, para mí absolutamente desconocida, que me ha enviado un paquete de los susodichos periódicos de modas, pidiéndome pasase los ojos por ellos, y le dijese despues, en público ó en particular, qué es lo que se debe pensar *cristianamente* de la influencia de tales periódicos en la familia *cristiana*.

En público se lo diré á V., señora mia, pues no hay para qué andarse en secretos en cosa que por desgracia es de interés general. Y atienda V., si por ventura hallase rígidas y

austeras en demasía mis observaciones, que, segun su propio deseo, debo juzgar, no mundanamente, sino cristianamente; no con el criterio de los salones, sino con el del confesonario; no conforme á las máximas de los redactores y redactoras de tales periódicos, sino conforme á las de los Padres de la Iglesia y autores de moral aprobados por ella.

Y nadie me salga con que es cuestion frívola la presente, para que le dé tanta importancia un propagandista católico. Nada de lo que pertenece á la ley de Dios deja de ser grave, y lo son muy en particular aquellos puntos sobre los cuales el extravío de ideas y de costumbres se ha hecho general. El mismo Pio IX en un Breve que dirigió á una distinguida señora no vaciló en descender á ese terreno, y lo hizo con una severidad de lenguaje, que muestra ya por sí sola la trascendencia de la materia que nos ocupa.

Hecha, pues, esta aclaracion, voy, señora, directamente á la pregunta de V.: ¿Qué se debe pensar *cristianamente* de los periódicos de modas y de su influencia en la familia *cristiana?*

Respuesta categórica y decisiva. Tales periódicos me parecen nocivos en gran manera á la clase especial para quien se destinan; considero censurable á los ojos de la moral cristiana la tolerancia con que son admitidos en lo más íntimo de nuestras familias; tengo, finalmente, por obra meritoria la de todo aquel que trabaja para que obtengan en sociedad el único concepto que merecen: el del desprecio. Y como es V. dueña y muy dueña de pedirme pruebas en apoyo de mi opinion, voy á dárselas, señora mia; y á mi modo de ver tan convincentes, que nada dejan que desear.

Basta recordar las más superficiales nociones del Catecismo para saber que así como el exceso en el alimento del cuerpo se llama gula, así se llama lujo el inmoderado afan por el adorno del mismo. Análogas son la necesidad de alimentar nuestra carne y la de cubrirla; á ambas debemos proveer por los medios que á nuestro alcance ha puesto la mano misericordiosa de nuestro Dios. Por lo mismo que son necesidades, son humillantes; son hijas del pecado, recuerdo constante de nuestra degradacion, sello auténtico de nuestra condicion de desterrados en este valle de miserias. Re-

flexion que es tanto más poderosa tocante al vestido, cuanto con él atendemos, no sólo á proteger nuestro cuerpo contra la intemperie de los elementos, sino muy principalmente á defender nuestra alma de la seduccion de las pasiones, contra las cuales, sin este requisito y la gracia del cielo, apenas bastara á asegurarnos el natural pudor. De donde se sigue, que si vil y humillante es para el hombre la necesidad en que se halla de sostener diariamente su cuerpo con una cantidad dada de materia alimenticia que necesita asquerosamente consumir, doblemente lo es la en que nos hallamos de cubrir nuestras carnes, para el doble objeto de defensa material y moral que llevo indicada.

Mas así como, hablando de las profanidades de la poesía, decia allá el bueno de Fr. Luis de Leon, «que hacemos música de nuestros vicios, y no contentos con lo secreto dellos, cantamos con voces alegres nuestra confusion,» así podemos decir nosotros, tocante á las profanidades del vestir, que hacemos gala de nuestra ignominia, y convertimos en blason de nobleza lo que no es más en el fondo que testimonio vil de nuestro bastardeado orígen. Lo que Dios impuso como pena de la culpa y recuerdo perenne de ella, tornámoslo nosotros en objeto de vanidad y soberbio engreimiento.

Dejemos, empero, este órden de reflexiones, y bajando á terreno más llano, examinemos la cuestion propuesta desde un punto de vista más práctico.

II.

Tales periódicos de modas, sólo por ser tales, es decir, prescindiendo de la poca ó mucha inmoralidad de otra clase que lleven consigo, son una recomendacion constante de lo que la ley de Dios no considera como recomendable, sino al revés, como muy vituperable. De dos modos suele faltarse tocante al vestido: ó por la forma de él, si es contraria á lo que exigen el pudor y la decencia; ó por su coste, si es superior á lo que racionalmente debe ser, dadas las condicio-

nes de fortuna ó posicion social de la persona que los usa. Pues bien, tales periódicos de modas no son de ordinario más que atizador funesto de esta doble llama que arde ya de siempre en el corazon de las jóvenes, y áun tal vez de las que ya no lo son: la llama de la impureza y la llama de la vanidad.

Pues, en cuanto á lo primero, dígame V., señora mia, ¿no es cierto que la mayor parte de los trajes que como modelos ofrece en sus figurines el periódico que V. me envia (y tiene V. la precaucion de decirme que es el más honesto de todos), no puede en conciencia sacarlos en público la mujer cristiana?—¡Oh, señor, que son muy usuales en sociedad! —Pero, amiga mia, ¿me pregunta V. por lo que es usual, ó por lo que debiera serlo? Porque si á usos debemos atenernos, será lo más cómodo dar por derogada toda ley divina y humana, y establecer otra sencillísima y de nada difícil observancia que podria decir así: Artículo único: Será lícito todo lo que generalmente se use. ¿Se rie V., señora? Pues, vaya, que la cosa es más digna de ser llorada que de ser reida, porque deplorable es, en efecto, que tal proyecto de ley sea en realidad el que rige y está en pleno vigor á los ojos de muchas gentes. No les pida V. otra explicacion de ciertas extrañezas anticristianas, más que la de que *están en uso*; y ¿qué persona de seso, os dirán, es capaz de anatematizar una cosa que está en uso? Pues yo diria á los tales que la ley cristiana á tales usos llámalos sencillamente abusos, que es voz muy distinta, aunque parezca semejante; y que el Juez divino, en cuyo inapelable tribunal me parece no dejará de tratarse este capítulo de las modas, fallará nó conforme á lo que hubiese dictado en tales materias este señor uso, sino segun lo que enseña la autoridad de su santa Religion.

Una hoja de figurines regala á sus suscritores el periódico de modas que V. me envia y me recomienda como el más honesto de todos. En tal hoja, que lleva por epígrafe: *Peinados y cuerpos para teatro y sociedad*, cinco de las seis figuras que allí se ofrecen apenas puede mirarlas pintadas el hombre modesto; y sin embargo, allí se recomienda á las niñas, es decir, á las hijas de V., que se presenten de aquel modo, casi desnudas, no en el abrigado recinto del hogar

doméstico, no en una visita de confianza, que eso fuera asquerosa inmoralidad; ¡es claro! ¿en qué casa honrada se recibe á las gentes de este modo? El tal periódico no quiere eso, sólo si que se presenten con tales trajes, es decir, casi sin traje, en el teatro, donde sus formas harán parte del espectáculo, y ofrecerán repetida puntería al anteojo de todos los calaveras de la ciudad que gusten mirarlas; ó en el baile, donde en brazos de poco escrupulosos galanes, y al compás de una música voluptuosa, serán sus gracias corporales apetitosa salsa de aquel banquete de secretas (ó descaradas) concupiscencias. ¿Se alarma V., señora mia? Pues, á la verdad, no hay para qué alarmen las palabras, cuando tan poco alarman ya las cosas; y si una muchacha se ruboriza al leerlas, reflexione un poco sobre sí misma y sobre lo que la rodea, y tal vez se ruborice luego mucho más al pensar en el vergonzoso papel de estimulante impúdico que desempeñan las más de las veces nuestras niñas en sociedad.

Usted, amiga mia, que es cristiana y querrá lo sea de veras toda su familia, ¿permitiría que en tal traje, ó mejor, tan sin traje se presentasen á servir á la mesa sus muchachas de servicio, ó que tan ligeramente vestida anduviese su doncella á la vista de los hijos y criados? No, y estremécese su corazon sólo al pensar las consecuencias que para todos pudieran traer tales libertades. Dígame ahora, pues, en confianza. ¿Será lícito á sus hijas de V. vestidas de seda lo que no lo es á su doncella cubierta de humilde percal? ¿Podrá lucir inocentemente en el teatro ó baile la elegante señorita lo que en la cocina y en el comedor fuera desvergüenza mostrase la pobre criada? ¿Es que hay, por ventura, dos códigos de moral ó dos Cristianismos, uno para la hija del pueblo que trae cortado y cosido de sus manos el vestido, otro para la encopetada dama á quien viste, bajo la inspiracion del periódico consabido, la más acreditada modista de la ciudad?

Piénselo V., amiga mia, á solas con su conciencia, y dígame despues si es digno de entrar en la familia cristiana el periódico destinado á formar tan á las anchas el criterio moral de sus hijas en punto tan delicado. No, amiga mia; no, no puede V. leer, ni menos dar á leer, aquello que alaba y

recomienda y fomenta lo que V. en conciencia no puede tolerar. No puede V. poner en manos de sus hijas el papel que las familiariza con la libertad del escándalo, por más que lo autorice la sociedad, tan fácil y condescendiente en conceder ciertas autorizaciones. No ha de mirar si lo autoriza la sociedad, sino si lo autoriza Dios.

III.

Mas no se peca en materia de lujo, señora mia, sólo por impudor en el vestido, sino, y es lo más comun, por excesivo valor de él. Y esta es la acepcion más ordinaria de la palabra lujo, y este es el peligro mayor que tiene á mi ver para la familia cristiana la lectura del periódico de modas.

Es lícito y cristiano un moderado adorno del cuerpo. Lo reclama en cierto modo la diferencia de clases y estados, así como el deseo de honrar ciertos actos y de celebrar determinadas solemnidades. El arreo y pompa en el vestir son cosa natural en varias ocasiones, como medio de expresar regocijo, categoría ó rango social. Lo que condena la moral cristiana es el exceso en esto, como en todo; el desenfreno, la vanidad insensata que nos hace dar al adorno de nuestro cuerpo la importancia de un verdadero culto. Lo que maldice la moral cristiana es ese furor diabólico que invade las cabezas femeninas, y á veces tambien las masculinas, de ostentar riqueza y aparato exterior en desproporcion con los propios haberes, en detrimento de otras atenciones que el padre ó madre de familia deben siempre considerar como preferentes. Lo que anatematiza la moral cristiana es ese pueril orgullo que aspira á obtener por la forma del traje, ó por el coste de él, una alabanza pública, un aplauso, una importancia que sólo se debe á cualidades más sólidas. Eso censura la Religion, eso condena, eso prohibe.

Prohibicion contra la cual es una acechanza continua ese periódico de modas que V. me pregunta si puede poner en manos de sus hijas. Sí, porque el tal periódico, el más mo-

desto de todos, como vuelve V. á repetirme, no cesa de predicarles cuatro veces al mes, que el traje que se estrenó aún no hace quince dias, está ya anticuado; que no hay modo de salir de casa sin una porcion de accesorios y chirimbolos costosísimos todos y frecuentemente ridículos; que lo modesto, lo sencillo, lo que no llama extraordinariamente la atencion, es decir, todo lo que el Cristianismo alaba como virtud, es encogimiento de espíritu y sosa beatería; recetando en cada número á sus desdichadas lectoras tal copia de novedades en vestido, peinado, sombreritos, calzado y objetos de tocador, que es inconcebible cómo pueda darles alcance la frivolidad más exagerada, ni sostenerlos la más desahogada fortuna. De modo que asi como los paladares estragados necesitan estimularse de continuo con la variedad de las salsas, así diriase que en ciertas señoras la vanidad nunca satisfecha exige cebarse cada dia con nuevas locuras.

Y digame V. ahora, señora mia; ¿necesita el corazon femenil, de suyo inclinado á la exageracion y al culto de esas vanas frivolidades, necesita, digo, predicador constante que le aliente á ellas, que se las pinte, no sólo como lo usual y debido entre las de su clase, que esto ya fuera grave mal, sino como lo único que en sociedad granjea estimacion y alabanza, lo que ennoblece, lo que sublima, lo cual es ya un verdadero crímen? ¿No tiene bastante la niña con el apetito natural de ser vista y alabada, sin que se le añada cada semana tan peligroso consejero de nuevos desenfrenos? ¿Qué ha de parecerle el Evangelio y el librito de piedad á quien tenga el corazon adoctrinado en tan perniciosos incitativos, sino cosa impertinente y de ningun modo conforme á su edad y á su sexo? ¡Ah, señora! Poco conocimiento se necesita tener del corazon humano para adivinar los estragos que puede causar en el alma la contínua conversacion y trato familiar con un tan funesto amigo. Lamentará V. que sus pobres hijas sean ligeras y casquivanas; que den á frivolidades y naderías una importancia que no dan á las más graves atenciones domésticas; que una cinta ó una flor promuevan tal vez en la familia disgustos y llantos que sólo debieran conocerse en los dias de más grave tribulacion; deplora V.

la mísera condicion de los tiempos modernos, en que no bastan las rentas, ni áun los capitales, para atender al enojoso presupuesto de la modista, y se hará lenguas ponderando la sencillez y moderacion de los buenos tiempos antiguos, en que Isabel la Católica tejia lino con sus damas, y echaba por sus propias manos mangas nuevas á un jubon viejo de su marido el monarca de dos mundos. Y tras esto ¡ oh inconsecuencia ! pondrá en manos de sus hijas un papelucho semanal ó quincenal, en que con toda gravedad y en sendos artículos se discute la importantísima y trascendental cuestion de si el escote debe ser redondo ó cüadrado, ó de si el sombrerito *Ana María* es más esbelto que el sombrerito *Carlota*, ó de si el vestido de faya color *Antonelli* constituye verdadero traje de sociedad, mejor que el otro color *Bismark*, etc., etc. Y se le pasarán á la muchacha las horas muertas cavilando sobre tan profundos temas, así como en la contemplacion de la indecentísima portada del periódico que me ha mandado V. como el más modesto de todos. ¡ Válganos el cielo ! ¡ Y pensar que se debe dar cuenta séria de esa vida empleada toda en tales fruslerías, y que esta vida séria está erizada de espinosísimos deberes que no se podrán cumplir, sabiendo tan sólo vestir con riqueza y elegancia; y que, al fin, un corazon gravemente ocupado en discurrir sobre tan árduos problemas de tocador, anda tal vez atrasadillo (por falta de tiempo) hasta en el conocimiento de su Religion!

IV.

He citado esta palabra, y no quiero dejar pasar la ocasion de hacer sobre este particular algunas reflexiones. Los tales periódicos de modas ¿quién lo diria? suelen hablar tambien muy á menudo de Religion. En efecto. Entre los figurines impúdicos y la recomendacion de tal ó cual baile de sociedad, en que es de etiqueta el traje deshonesto; entre las revistas dramáticas y de toros, y los cuentos de salon, y las

magistrales disertaciones sobre el *pouf* y las túnicas y las colas, hállanse á veces poesías á la Cruz, á la Inmaculada Concepcion ó á las Flores de Mayo, etc., todo tan pulcro y tan almibarado y tan sentimental, que se le hace á uno agua la boca al leerlo, «guardando en esto, como dice allá Cervantes de los libros de caballería, un decoro tan ingenioso que en un renglon han pintado un enamorado distraido, y en otro hacen un sermoncico cristiano, que es un contento y un regalo oirle ó leerle.»

¡Ah! Desconfíe V., señora mia, de ese catolicismo de salon que pretende autorizar con la máscara hipócrita del sentimiento religioso deshonestidades y devaneos que la Religion condena. La literatura religiosa de tales periódicos es una verdadera profanacion; nadie aprenderá allí á amar su fe, sino á tenerla en poco viéndola al nivel de tan indigna compañía. Religion falsificada, á la cual sólo se piden *emociones* y no austeros consejos; de la cual sólo se apetece el efecto estético, como se pediria á la mitología clásica, si no hubiese pasado ya de moda; no, no es esta la Religion de Jesucristo, que doma las pasiones y severamente las castiga; que estriba toda en el desprecio del mundo y de sus vanidades, y llora y truena sobre los *amables* extravíos del corazon, en vez de lisonjearlos y fomentarlos. ¿Qué extraño se vean luego señoras cristianas de un temple tan particular, que les hiela la sangre el toque de la campana doblando á muerto, ó las aterra la austeridad del ayuno más mitigado, ó les da convulsiones la voz del predicador si pronuncia la palabra infierno, ó les ataca los nervios la vista de un cuadro del juicio final? ¿Cómo no ha de ser así, siendo hijas espirituales de aquel padre espiritual de nuevo cuño que les ha salido modernamente á las doncellas y madres cristianas en el periódico de modas?

La palabra *lujo*, que para la Religion ha expresado siempre la idea de un desórden, y de consiguiente de un vicio, se nos ha hecho hoy, amiga mia, familiar hasta parecernos de todo punto indiferente. Más aún. No es esto solo, sino que la ciencia económica ¡pásmese V.! ha tomado sobre sí la tarea de presentárnosla como virtud. La Economía, en efecto, á quien algunos han llamado la única teología del

siglo, lo cual no deja de ser verdad si el único dios del siglo es el dinero; la Economía, digo, ha contado el lujo entre sus elementos de produccion; y calculando las máquinas que por él se mueven, los barcos que por él surcan los mares, el dinero que por él adquiere un giro que no tuviera, le ha declarado otra de las fuentes de pública prosperidad y de bienestar social, compadeciendo de paso á los pobrecitos miopes que á la luz de la moral evangélica no sabemos ver en él más que la ruina de las almas y la desmoralizacion de los pueblos. Es verdad. La ciencia económica tiene razon... desde su punto de vista. Si el mundo al fin no es más que un vasto taller y un vasto mercado; si el fin único del hombre sobre la tierra se limita á fabricar, comprar y vender con las mejores condiciones posibles; si dejamos el alma arrinconada allá en el fondo de nuestro sér como otro de los cachivaches de antaño, que dijo un infeliz; y proscribimos la conciencia como huésped importuno, que cierto ninguna falta nos hace para gozar, antes frecuentemente incomoda; si el hombre es un puñado de materia que come y viste y nada más; si son ciertos todos esos principios fundamentales en que parece apoyarse todo el edificio de la moderna Economía, que para nada cuenta con Dios y con el alma, que nunca mira al cielo, que reduce todo su mecanismo á sumar, restar, multiplicar y dividir productos, cierto, la Economía tiene razon: cuanto más se derroche, aunque sea en inútiles locuras, tanto más se consume, y el mayor consumo favorece al productor, y crece con esto la industria nacional, y animase el comercio, y llegan hasta la última capa social más abundantes y baratos el pan y los placeres, que era lo que se debia demostrar. ¡Verdad que sí! Mas como el hombre *no vive sólo de pan,* axioma evangélico que lleva trazas de querer salir en todos tiempos verdadero, sucede que con esta preponderancia material que el lujo proporciona, crecen á par un sinnúmero de apremiantes necesidades que el lujo fomenta, y á la vez una porcion de asquerosos vicios que el lujo engendra, con lo cual la decantada ciencia económica, que no cesa de pregonar su propósito de convertir por medio de lujo la tierra en un paraíso, viene á parar en hacer de ella... lo que todos Vds. ven: una especie de anticipado infierno.

Usted, señora mia, ha oido mil veces en discursos y conversaciones, y otras cien ha leido en periódicos y tratados, esta idea de que el lujo es un elemento beneficioso, al cual debemos todos cooperar, y ha visto V. á Gobiernos organizando fastuosos bailes en los dias de gran crisis social, á fin de que con el movimiento del lujo se alivie la miseria pública. Es verdad, pero... ¿qué le va V. á hacer? son rarezas, y como si dijéramos genialidades de nuestro siglo. ¡Tiene tantas ese bendito hijo de su madre que es la Revolucion! Tambien tiene la de que el mejor medio de socorrer miserias es divertirse mucho por ellas, y sino ahí está el lema *caridad y diversion*, que de Carnaval habia de ser para parecer broma más que otra cosa. Y tiene tambien la otra no menos exquisita de convertirlo todo en materia de especulacion y de pasatiempo, ó sino échese V. á leer esos carteles que anuncian entre las diversiones públicas una *Misa de requiem* con su sublime *Dies iræ* y demás cantos litúrgicos, dados como apetitosa variedad á los gastados paladares, cansados ya de las emociones de la *Adriana Angot* y del *Barberillo de Lavapiés*, y que de consiguiente necesitan saborear de vez en cuando entre las bellezas del género bufo las del *género religioso*. ¿Quiere V. mania más singular? Pues lo mismo acontece en la materia que venimos tratando.

V.

A pesar de esto la sana filosofía, la filosofía católica, sostendrá siempre que el lujo es en los individuos un vicio, para los pueblos una calamidad. Y oiga V., que razones tendrá siempre en su abono este dictámen, guste ó no á los despreocupados, enemigos del Catolicismo á secas, ó á los condescendientes, amigos del catolicismo ambiguo.

El *lujo* es enemigo natural de la modestia cristiana. La Religion recomienda la modestia exterior como una virtud,

enseñando que toda vanidad y deseo de atraer las miradas, bien sea por el vestir, bien por otro cualquier incentivo, es contrario á aquella virtud, que forma el verdadero carácter típico de la persona cristiana.

El *lujo* es enemigo directo muchas veces é indirecto siempre de la santa pureza, ó por las impúdicas libertades que permite y de que hemos hablado ya, ó por la importancia exagerada que da á los atractivos corporales cuya seduccion es su único móvil realzar.

El *lujo* es enemigo jurado de la caridad. ¿Cómo puede darse á los pobres, cuando no bastan las más cuantiosas rentas para satisfacer los propios caprichos? Por donde el egoismo actual de las clases acomodadas es lógico, es natural; las exigencias del lujo les impiden mostrarse generosas. Apenas hay quien mande en su testamento para hospitales, dotes de huérfanas, ó cualquier otra obra de beneficencia, en que tan pródigos, más que caritativos, solian mostrarse nuestros abuelos. El lujo en el vestir, en el tren, en la casa, absorbe y traslada quizá á manos de usureros esos caudales que en otros siglos se consagraran á la caridad.

El *lujo* es esencialmente desmoralizador. Engendra el egoismo desde el momento en que todo se sacrifica al exagerado adorno de la propia persona, é impone muy á menudo, para satisfacer sus exigencias, costosos sacrificios, no sólo de la fortuna, sí que de la salud, y hasta de la honra. ¡Cuántas veces la historia de esas lamentables debilidades que cubren de vergüenza é ignominia á ciertas familias, no trae su orígen más que de una flor ó de un prendido! Pues, ¿no ha oido V. mil veces á los chismógrafos preguntarse con sorna: De dónde le sale á la fulanita, ó á la zutana, ese tren y ese boato que ni su dote ni las rentas de su marido pueden sostener?

El *lujo* es enemigo jurado de la paz del corazon. En efecto. El lujo lleva casi siempre consigo una competencia secreta de vanidad. Quien se entrega á esa pasion desea sobresalir; hasta la igualdad le es enojosa; el aplauso tributado á una rival esle un suplicio. Y ¿cuántos de esos secretos suplicios no destrozan el corazon de la infeliz que lo entregó todo á tan miserables vanidades? ¿Qué son mil veces las intrigas

de lo que se llama la alta sociedad, más que devoradoras luchas de vanidad en que todo el *casus belli* es la mayor ó menor novedad de un traje, ó el mayor ó menor acierto en la eleccion de un color?

El *lujo* es enemigo de la paz doméstica. ¿Qué autoridad puede tener para con sus hijos una mujer dada únicamente á la frivolidad y á los graves negocios del tocador? Y el pobre marido que ve hundírsele la hacienda en el mar sin fondo de tales devaneos, ¿qué confianza puede tener en su mujer? Tal es la historia secreta de muchas desavenencias conyugales, y el primer eslabon de la larga cadena de disgustos que acaban frecuentemente con el divorcio.

Y finalmente ¿querrá V. creerlo, señora? El *lujo* es enemigo hasta de la pública tranquilidad. Sí, amiga mia, y no se ria V. si me ve llevar á tan lejos las consecuencias de esta verdadera plaga. Sí, el lujo es un elemento esencialmente revolucionario. El lujo, con sus desórdenes é intemperancias, está atizando de continuo la llama de las envidias y rencores del pobre contra el rico, al paso que extingue las fuentes de la caridad, única que pudiera apagar el incendio. Con el mal ejemplo de las clases superiores, créanse tambien la media y la inferior mil ficticias necesidades que crecen y crecen tanto más cuanto son menores los medios de satisfacerlas. Los deseos no satisfechos, las concupiscencias no reprimidas, el ansia de gozar á toda costa, eso, eso es lo que lleva al pobre al club y á la barricada. Y ¿quién, ó ricos, hace más para encender en el corazon de los infelices aquellas funestas llamaradas, quién hace más que vuestra insensata ostentacion y vuestras locas prodigalidades? No necesita ciertamente la revolucion social que ruge bajo nuestros piés, no necesita fogosos tribunos, ni periódicos demagógicos, ni secretos propagandistas; no: vosotros, opulentos caballeros; vosotras, encopetadas damas; vosotros os habeis puesto á su servicio, vosotros haceis en favor de ella la más eficaz propaganda... ¡Menos lujo y más caridad! No esa caridad que sólo sabe enjugar lágrimas organizando espectáculos y conciertos, sino la caridad verdadera, la caridad cristiana, la caridad basada en las privaciones y en el sacrificio, la caridad del que para favorecer al indigente empieza por descontar algo de su pro-

pio regalo ó de su fastuoso tren. Esa es la caridad que merece las bendiciones de Dios, y moraliza á la vez al que la da y al que la recibe. ¡Señoras y caballeros! ¡Menos lujo, y más de esa caridad!

Basta, señora mia; creo haber contestado cumplidamente á su pregunta de V. No todas sus amigas de V. se hallarán conformes con estas mis apreciaciones. Medítelas V. en sus horas serenas, con calma, sin pasion, delante de Dios, y puede las encuentre muy verdaderas, y le sean muy provechosas.

EL CULTO DE MARÍA.

EL CULTO DE MARÍA.



I el protestantismo no tuviese la graciosa ocurrencia de presentársenos como la Religion de la razon y del buen sentido, extrañaría menos, lector querido, el odio feroz que muestra contra el culto de los Santos y de la Madre de Dios. De los primeros pienso hablarte en otra ocasion, que tiempo han de darnos para todo nuestros enemigos, si Dios no lo remedia. Por hoy quiero solamente ocuparme de la que es en los cielos y en la tierra Señora tuya y mia. Nada quiero hoy con la teología, que sé no es manjar para todos los paladares: razon, sola razon; corazon, mucho corazon, eso te pido.

¿En qué funda la Iglesia católica el culto de María Santísima?

Atiende bien. En el reconocimiento de dos verdades palmarias que no puede ponerse en duda quien tenga ojos en la cara. Y son:

1.ª La alta dignidad de la mujer á quien el Verbo de Dios escogió por Madre suya.

2.ª El poderoso valimiento de esta mujer ante Dios, á consecuencia de aquella dignidad.

—Pero, decidme por favor, ¿no dicen por ahí los protestantes que la Iglesia católica considera á María punto menos que como diosa, y que el culto que le tributan los católicos es pura, purísima idolatría?

—Óyeme, pueblo del alma, ¿y están por ventura dispensados los protestantes de soltar por aquella boca puras, purísimas majaderías? Pues yo te digo á mi vez que, ó no nos conocen, y entonces son necios; ó nos calumnian á sabiendas, y entonces son perversos.

—Sí; pero María es al fin una criatura, y esos honores, esos himnos, esos templos son obsequios que sólo se deberían al Criador, único que debe ser adorado.

—Está bien. ¿Y crees tú que se le haya ocurrido jamás á la Iglesia católica *adorar* á la Madre de Dios? Yo con mi teología á cuestas sólo he aprendido que se me manda *venerarla*.

—¡Ingeniosa salida! ¡Sutil distincion de escuela! ¿Qué más tiene una palabra que otra?

—Pues no es poca la diferencia. ¿*Adoras* tú á tu padre, al rey ó al sacerdote? No, sino que los *veneras*. Hé aquí como la misma lengua castellana establece diferencia esencial en las palabras, que no es sino reflejo de diferencia esencial en las ideas. Consulta á la Academia. Así que á Dios no le *veneramos,* sino que le *adoramos*. A María no la *adoramos,* sino que la *veneramos*. Porque *adoracion* es el culto supremo y absoluto. *Veneracion* es un culto de órden inferior, relativo y subordinado al primero.

—Y ¿tal explicacion es recurso para salir del apuro, ó es doctrina formal de la Iglesia romana?

—Es doctrina dogmática de la Iglesia, que manifiesta ella en mil lugares distintos. Y para no cansarte con citas de santos Padres, que las tengo á docenas en mi arsenal, ahí va un trocito del Prefacio de muchas festividades de la Virgen, porque has de saber que me chupo los dedos de gusto en eso de Prefacios: *Et te in veneratione beatæ Mariæ semper virginis collaudare, benedicere et prædicare: Digno y justo es á Ti, ó Dios, alabarte, bendecirte y glorificarte, con motivo de la veneracion de la bienaventurada Virgen María.*

Recuerdo además que en el *Introito* de dichas misas canta la Iglesia: *Alegrémonos todos en el Señor, celebrando esta fes-*

tividad en honor de la bienaventurada Virgen María, por cuya solemnidad se regocijan los Angeles y alaban al Hijo de Dios. ¿Oísteis? Nos alegramos, pero *en el Señor*, celebrando la festividad de María; y por ella se alegran los Angeles, pero es *alabando al Hijo de Dios.*

¿Quieres más? ¿Sabes á quién se dirigen las oraciones en las misas de la Madre de Dios? Pues no van á Ella sino á su Hijo. La Virgen sólo se menciona allí como intercesora ó medianera. ¿Sabes cómo concluyen los himnos del rezo de sus festividades? *Para Ti sea la gloria, ó Jesús, que has nacido de la Virgen.* Es decir que la Iglesia, recogiendo al fin del cántico todas las alabanzas que ha prodigado á la Madre, recogiéndolas, digo, como en hermoso ramillete, pónelas á los piés del Hijo, como diciendo: «Si he cantado á tu Madre es por Ti, que la honraste escogiéndola por tuya. Para Ti sea la gloria.» *Jesu, tibi sit gloria.*

—Y bien, ¿qué pretende sacar de ahí vuestra lógica peregrina?

—Muchas cosas. Primero, que las festividades de María no son sino un medio de alabar, bendecir y glorificar á Dios, en quien redundan todos los obsequios tributados á su Madre. Asi el término final de todos los homenajes que rendimos á esta criatura, es el Criador. Segundo, que á la festividad de la Virgen llama la Iglesia en su lenguaje oficial *veneracion* y no adoracion. Luego el protestante que anda por ahí cacareando que idolatramos, *adorando* como diosa á María, ó es un bolo que no sabe pizca de nuestro catecismo y liturgia, ó un villano que miente descaradamente. De ahí no sale: ó necio ó calumniador.

Esta es la idea genuina, verdadera que debes tener del culto que da la Iglesia romana á la Madre de Dios. ¿Te parece que hace demasiado con tributarle esa *veneracion?* Pues yo creo que está en lo justo y en lo racional, áun humanamente hablando. Recuerda los dos fundamentos que te he puesto por delante. Voy á explanarlos brevemente ante tus ojos.

Tenemos los católicos en los labios cada dia una breve oracion á la Virgen, que en buena lógica no puede rechazarla ningun protestante, porque la Iglesia la ha tomado tex-

tualmente casi toda de la Biblia. Es la oracion del *Ave María*. Acaba de ocurrírseme ahora mismo, que comentándola sencillamente puedo darte una idea completa y exacta de las razones que tenemos los católicos para *venerar* á nuestra Madre. Y sirva esto además para hacer más apreciable á los nuestros aquella tierna salutacion y plegaria.

Ave María. Es un simple saludo. El primero en usarlo para con María fué, no un papa ni un clérigo español, sino un Arcángel. (*Luc*. 1, 28). No es, pues, invencion nuestra, sino palabra del Espíritu Santo, que el protestante blasona tanto de respetar.

Llena de gracia. Primera razon de nuestro culto. A Dios le honramos por su perfeccion infinita y esencial. A la Madre de Dios y á los Santos por la perfeccion limitada que de Él han recibido, y que honra á ellos y á su supremo Autor. Se venera en los Santos la gracia de Dios, que resplandece en sus virtudes, según aquello de la Biblia (*Psalm*. CL): *Alabad al Señor en sus Santos*. Si María, pues, es *llena de gracia*, como dice, no yo ni el Papa, sino la Biblia, áun la protestante, síguese de aquí que en ella brilla de un modo más especial la gloria de Dios, y ofrece una razon más especial que todos los demás Santos para que sea reconocida esta gloria y para que sea venerada la criatura que la mereció por su elevado destino. Búsquele las vueltas el protestante más listo á esta argumentacion puramente bíblica.

El Señor es contigo. Con todos está Dios: ¿por qué el Arcángel lo cita aquí como privilegio de la Vírgen de Nazaret? ¿No significa esto una predileccion especial de Dios para con ella? ¿Por qué, pues, será absurdo distinguir con especial honor á quien el mismo Dios ha distinguido con tan extraordinario lenguaje, no usado con otra criatura alguna? Responda aquí el protestante de sentido comun.

Bendita tú eres entre todas las mujeres. Tambien estas son palabras del Arcángel en la Biblia (*Luc*. 1, 28), y no son sino eco de ellas las otras de la misma Vírgen en su cántico: *Bienaventurada me llamarán todas las generaciones, porque hizo en mí cosas grandes el que es poderoso*. (Luc. 1, 48). ¿Por qué no hemos de bendecir á quien el Angel bendice sobre todas las mujeres? ¿Es que se le acusará tambien á Gabriel

del feo crímen de idolatría? ¿O es que los protestantes saben mirar mejor que él por la gloria de Cristo? Escojan aquí nuestros adversarios.

Bendito es el fruto de tu vientre. Esta es la razon de las razones, y el resúmen de todas las demás. Porque el fruto de María Virgen es Cristo-Dios; fué Ella llena de gracia y bendita entre las mujeres. Tampoco estas palabras son de nuestra cosecha, sino de la Biblia, que las refiere en boca de santa Elisabet, al recibir atónita y confundida la visita de María. (*Luc.* I, 42). El fruto es Dios: ¿no venerarémos el árbol y la flor que nos dieron este fruto? El Hijo es Dios; ¿no será lícito venerar á la Madre por su respeto? ¿Desde cuándo los obsequios tributados á la madre redundan en perjuicio del honor del hijo? Pues aquí, oscurantistas y atrasados que somos, áun en lo civil creíamos y practicábamos lo contrario. Y lo peor es que en esto nos imitan los protestantes. ¿No merecen sus obsequios y veneracion en sociedad las madres de sus grandes caudillos y de sus célebres estadistas? Pues ¿por qué no ha de merecer en Religion iguales atenciones la Madre de su Dios? ¿O es tal vez que se usa de una lógica para la Religion y de otra distinta para los negocios humanos? Fuérzanme casi á sospecharlo tamañas inconsecuencias.

Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores ahora y en la hora de nuestra muerte. ¿Has visto los fundamentos del culto de *veneracion* que tributamos á la Madre de Cristo? Estas últimas palabras te están diciendo la naturaleza de este culto.

Ruega á Dios por nosotros. El que ruega es inferior á la persona á quien ruega. Luego los católicos no hacemos á María igual á Dios. No pedimos á María que nos dé otra cosa que *oraciones, ruegos,* pero oraciones, ruegos de Madre, que sólo Ella puede dirigir. ¿Negarán los protestantes á María el poder de suplicar que tienen ellos mismos? No. ¿Y negarán que su súplica sea algo más autorizada y respetable que la suya y que la nuestra? Tampoco. ¿Y negarán que podamos nosotros dirigirle á María esta súplica? Pues si esto niegan, reniego yo de su naturaleza racional.

Y no obstante, véase lo que son las preocupaciones; esto parece ser principalmente lo que á los protestantes escanda-

liza: la invocacion de la Madre de Dios. ¿A qué, os dirán, invocar á la Madre de Dios? ¿No basta invocar á Jesucristo? ¿No ha prometido Éste oirnos, y ser, ante el Padre, nuestro mediador? Por otra parte, María no tiene de sí poder alguno, añaden los impíos; es criatura como nosotros, y no puede por sí sola detener la caida de un cabello, ¡cuánto menos podrá librar de la enfermedad ó de la muerte, para lo cual la invocan tan á menudo los católicos!

Óyeme bien, pueblo mio, y verás como tales dificultades, á pesar de su aparente robustez, son nada más que bambolla que desaparece con un soplo. Supon por un momento que tenemos aquí entre tú y yo al doctor protestante enemigo de la Madre de Dios. Empecemos por concederle algo de lo que ha presentado con tanto énfasis. Así verá hasta dónde llega nuestra imparcialidad y buena fe. Sí, señor, basta invocar á Jesucristo, y en rigor ninguna otra invocacion es necesaria. Atiende que digo *necesaria*. Pero de que una cosa no sea absolutamente necesaria, ¿se sigue de ahí que no sea útil? ¿Se seguirá que sea reprensible? No por cierto. Mira, pues, de qué modo proceden en su raciocinio los enemigos de la verdad. Fingen en nosotros dogmas que no tenemos, y luego los combaten con gran furor. Lo mismo hacia don Quijote con sus imaginados paladines. ¿A qué combatir, pues, la necesidad de la invocacion de María, si la Iglesia no establece esta necesidad? La Iglesia predica, sí, la suma utilidad y conveniencia de ella: combatan esto si pueden, que de fijo no han de poder.

Pero, añaden, Jesucristo ha prometido escuchar por sí mismo nuestra oracion sin otras recomendaciones. Pero dígame mi hermano protestante, ¿no ha encargado mil veces Jesucristo que orásemos los unos por los otros? ¿No nos ha dicho el Espíritu Santo: *Orad el uno en favor del otro para que seais salvos*? ¿No ha ponderado la eficacia de la oracion de Moisés en favor de su pueblo, y la de Elías y la de otros Profetas? ¿No oran los mismos protestantes por las necesidades de su nacion y de sus familias? Ahora bien. ¿Pueden ó no pueden orar los Santos en el cielo por los que vivimos en la tierra? No podrán negarlo los que sepan que san Pablo en una de sus epístolas promete á sus discípulos

rogar por ellos despues de la muerte. Y ¿podemos nosotros rogar á estos Santos que oren por nosotros? No hay mandamiento de la ley de Dios que lo prohiba. Luego María puede rogar á Dios. Luego nosotros podemos rogar á María que ruegue por nosotros. Luego están muy en lo justo, y muy en lo racional, y muy conforme al espíritu de la Biblia los católicos invocando á la Madre de Dios.

El fundamento de las acusaciones protestantes contra la Iglesia en este punto, estriba únicamente en la mala interpretacion que se da por ellos á la palabra invocacion. Invocamos á Dios é invocamos á María. Pero á Dios le invocamos para que haga uso de su poder; á María para que haga uso de su valimiento. A Dios para que ordene y obre; á María para que interceda y suplique. Y no hay en todas las páginas de los santos Padres y de los oradores católicos, no hay en todas las oraciones aprobadas, no hay en todos los himnos litúrgicos ni en todos los cánticos populares una sílaba que indique otra cosa. Y desafío á los protestantes más eruditos á que me citen una sola frase de la Iglesia que me desmienta.

Vaya en gracia un ejemplo vulgar, que á la vez aclare y amenice la materia. ¿Quién es el dueño del poder en una nacion? Claro está que no le es sino la persona que representa en ella la primera autoridad, llámese rey, llámese emperador, llámese presidente de la república. Si este rey, emperador ó presidente tuviesen madre, ó hermana, ó mujer á quien mucho amasen, y á quien debiesen singulares atenciones, ¿pareceria absurdo que los vasallos deseosos de conseguir alguna gracia del jefe del Estado, suplicasen á la tal madre, hermana ó mujer que inclinase en su favor el ánimo del soberano? ¿No estarian muy en su lugar el reo pidiéndole indulto, el pobre pidiéndole auxilio, el oprimido pidiéndole justicia? Y si todo esto alcanzasen del rey por el influjo de la reina, ¿no podrian muy bien saludar á esta señora con títulos de *consuelo de afligidos, amparo de pobres, remedio de necesitados?* Y ¿habria quien creyese injuriado el rey por estos dictados dirigidos á la persona á quien más ama?

Todo esto pasa, pues, en nuestro caso. María no es diosa. Ningun católico ha dicho jamás tan grosero disparate.

Pero María es Madre de Cristo, y Cristo es Dios: María es, por consiguiente, Madre de Dios. Y Dios, que es el único que puede otorgar favores, porque es el único que tiene la suprema autoridad, puede escuchar súplicas de su Madre en favor de los hombres, y conceder por los méritos de Ella lo que no concederia tal vez por los nuestros. Y si los hombres logran luego lo que pidieron por medio de esta Señora, ¿hay razon alguna para que no se muestren agradecidos? ¿Puede negárseles el derecho de aclamarla con los bellos títulos que le dirige todos los dias el pueblo católico? ¿No se la podrá llamar poderosa, y soberana, y dueña, y reina, entendiéndose, como lo entendemos siempre, no por naturaleza como Dios, sino por el mérito de su poderoso valimiento?

Hé aquí, pues, la cuestion en su verdadero terreno. La mala fe de los protestantes en este punto excede á toda ponderacion. El cariñoso afecto que ha mostrado siempre el pueblo católico á la Madre de Dios es su pesadilla y será su ruina. Afortunadamente en este, como en muchos otros puntos, queda resuelta á nuestro favor la dificultad con sólo aplicar á ella el criterio sencillo de que nos servimos en los más triviales asuntos de la vida, el del sentido comun. En este punto no hay siquiera necesidad de considerar á María como la Madre del Hijo de Dios; bastaria considerarla como cualquiera de nosotros. En efecto: ¿no puedes tú pedirme á mí que ruegue por ti? Y yo ¿no puedo hacerte esta caridad? Pues tambien puedes decírselo á María, y tambien puede hacértela Ella. A esto llamamos *invocar*. Esto es todo.

Mas ¿no es cosa curiosa que los protestantes digan que es injurioso á Jesús el culto y la invocacion que á su Madre tributamos? ¿No pretenden ellos honrarle mejor que nosotros desdeñando á María? Oigamos la siguiente hermosa cita del popular Mons. de Segur: «¡Es singular manera de honrar á un hijo despreciar y detestar á la madre! Pues la santísima Vírgen es Madre de Jesucristo, y las sectas protestantes se ponen de acuerdo para repelerla con un desden que raya frecuentemente en cólera. Semejante conducta es odiosa; y nada, ni áun los mismos principios protestantes, pueden excusarla. ¿No es cosa extraña que esos hombres que se llaman cristianos, rehusen honrar á la Madre del Dios de los

cristianos, que dió su carne al Dios que padeciendo en esta carne nos ha salvado? ¿No es cosa extraña que súbditos que se dicen fieles al soberano, nieguen el respeto y el honor á la Madre de ese soberano?

«Cuando el Angel se apareció á la Vírgen María para obtener su consentimiento en el gran misterio de la Encarnacion, la dijo con respetuoso cariño: ¡Yo te saludo, oh llena de gracia! ¡Tú eres la mujer bendita entre todas las mujeres! Los católicos imitamos al Angel bueno y fiel que honra á la Madre de su Dios; pero los protestantes prefieren imitar al ángel rebelde y falso á quien se dijo desde el principio: «Pondré enemistades entre tí y la *mujer,*» á aquel ángel réprobo cuya cabeza debia aplastar María. *Ella quebrantará tu cabeza.*

«Cuando la santísima Vírgen llevando en su seno al Redentor del mundo se presentó á santa Isabel, llena ésta del Espíritu Santo exclamó en un transporte divino: «¿De dónde «á mí este honor que la Madre de mi Dios se digne visitarme? «Bendita eres entre todas las mujeres, y bendito el fruto de tu «vientre.» Nosotros los católicos seguimos el ejemplo de santa Isabel, é impulsados como ella por el Espíritu de la verdad, nos complacemos en manifestar á María nuestra gratitud y nuestro amor. Pero las sectas protestantes imitan á los insensatos habitantes de Belen, que esperaban la venida del Mesías y se negaban á recibir á su Madre, ignorando que Ella, y Ella sola, es la que lleva á Jesús.

«Cuando María respondió á las alabanzas de santa Isabel dijo en el sublime cántico de su triunfo: «Todas las genera«ciones me llamarán bienaventurada, porque el que es pode«roso ha obrado en mí grandes cosas.» ¿Cuáles son esas generaciones que cumplen esa profecía, esa palabra de la Biblia, dando á María el nombre de bienaventurada? ¡Son las generaciones católicas ó son las generaciones protestantes que ni respetan ni alaban á la augusta Vírgen, antes bien creen hacerle demasiado honor cuando no la insultan!»

Creo imparcialmente que en este punto es donde el protestantismo se muestra más irracional. En sus templos podrá haber suntuosos mausoleos y sobre ellos las estatuas de sus esclarecidos ciudadanos, mas la imágen de la Madre de su Dios está proscrita de ellos, calificada de ídolo, como pudie-

ran Marte ó Venus ó cualquier otro de los extravagantes simulacros del paganismo. Al celebrar los misterios de la vida del Redentor, si es que los celebra, no sé cómo se las compondrá el corazon protestante para no interesarse, para no sentir vivísima simpatía hácia aquella Mujer que es en todos personaje tan principal. Al pié de la cuna y de la cruz no sé quién puede jamás adorar de corazon á Cristo recien nacido ó moribundo sin dirigir una cariñosa mirada á aquella Mujer que le asiste y que acalla sus infantiles vagidos ó recoge sus postreras palabras. ¡Varias veces he pensado si tal vez los protestantes al abjurar el Catolicismo abjuraron tambien la porcion más delicada de los humanos sentimientos! Mas las preocupaciones de secta, la prevencion que impide juzgar con sinceridad, y áun sentir *naturalmente* de nuestras cosas, explican de un modo harto satisfactorio la terquedad protestante. Compadezcámosla, y recordemos la frase profunda de un célebre escritor: «Bástame reconocerme hombre para hallar muy natural que sea católico y no otra cosa.»

Resúmen. María no es adorada, es *venerada*. Es venerada porque el mismo Dios la veneró y la distinguió con título y mision especialísima. La veneramos, pues, en primer lugar por su dignidad. María además puede rogar por nosotros, y nosotros podemos suplicarle que lo haga en nuestras necesidades. María es madre, y una madre puede con su hijo lo que tal vez no pueden los demás. Luego podemos confiar mucho más en la intercesion de María que en la de los demás Santos, y con mayor razon, mucho más que en nuestras pobres oraciones. Paréceme que resolver en sentido católico este punto es solamente cuestion de buena fe.

Mas no: tambien es cuestion de corazon. Este aún más que el entendimiento, el amor aún más que la fe, ha guiado á diez y nueve siglos de Cristianismo para hacer del culto de la Madre de Dios el más extendido despues del de su Hijo divino. El protestantismo es de ayer, porque el siglo XVI en que nació pertenece ya á la edad moderna. Antes de él diez y seis siglos habian aclamado á María y le habian rendido ese culto de *veneracion* que la raquítica secta le viene ahora á disputar. ¿Por ventura la sábia arqueología no ha hallado recientemente imágenes suyas en el fondo de las catacumbas? El

ojo paciente é investigador de los Marchis y Rossis ¿no ha descubierto inscripciones laudatorias en honor de la Vírgen en aquel oscuro asilo de los primeros cristianos? ¿No se halla su invocacion en las más antiguas liturgias? Y de los testimonios de los santos Padres desde el primer siglo, ¿no podríamos formar una como hermosa cadena de alabanzas que patentizarian en favor de ella el sentimiento comun y unánime de todas las generaciones despues de Jesucristo? ¿Y las artes? ¡Ah, las artes! Desde el Dante, que en su poema coloca á María en la region superior del paraíso alegrando con su sonrisa á los coros celestiales, hasta las coplas populares, que con tan agraciados conceptos la han festejado, ¿qué lira clásica ó popular no ha vibrado por María? Desde las informes pinturas de las catacumbas, desde las toscas esculturas bizantinas hasta la inspiracion de Rafael y de Murillo, el pintor de la célebre Concepcion, ¿qué pinceles y buriles no han trabajado con amor en la dulce tarea de reproducir su hermosísima figura? Desde las magníficas catedrales de las ciudades hasta las humildes capillas de las aldeas, desde los suntuosos monasterios hasta las modestas ermitas que esbeltas coronan las colinas, ó se esconden misteriosas entre la frondosa espesura de los valles, ¿qué templos no han resonado con sus alabanzas? Desde las sublimes estancias del *Stabat* de Rossini hasta el poético *Dulcísima Virgen* de nuestros mayos, ¿qué genio de la música no se ha inspirado en sus glorias ó en sus dolores?

No me he propuesto escribir un libro de las glorias del culto de María, y de su legítimo fundamento en la razon y en la Religion; sólo intenté apuntar ideas dignas de más amplio desenvolvimiento. La ilustracion de mis lectores suplirá esta falta, y sacará de aquí consideraciones que no caben en el reducidísimo espacio de este opúsculo.

Quiero concluir llamando tu atencion, pueblo querido, sobre otra oracion preciosísima como todas las adoptadas oficialmente por la Iglesia, oracion que rezas cada dia, y sobre la cual tal vez jamás se ha fijado, cual lo merece, tu consideracion. Aludo á la *Salve Regina*.

¿Quién hay, por poco que se haya fijado con detenimiento en las palabras de ella, quién hay, digo, que no haya sabo-

reado la inefable dulzura, el purísimo aroma de amor y de esperanza que exhalan aquellas frases tiernas y apasionadas? Si no temiera empequeñecer con mis palabras la idea que de ella tengo formada, bien pudiera llamarla amoroso suspiro que hácia su hermana y Madre envian los pobres desterrados lejos aún de la patria feliz á la cual Ella ha conseguido ya arribar, y á la cual nos atrae con irresistible poderío. Es el grito de los pobres é infelices á la Señora rica y dispensadora de todos los tesoros. Empezamos por recordar á su corazon los títulos en que fiamos el éxito de nuestra súplica. Primeramente los de su grandeza: *Reina y Madre de misericordia, vida, dulzura y esperanza nuestra*. Siguen los de nuestra miseria: *nuestro destierro, nuestro origen de Eva, nuestros suspiros, gemidos y llanto*, y finalmente el lugar mismo en que vivimos, *este valle de lágrimas*. Sigue un dulcísimo movimiento de confianza que nos inspira la enumeracion de todo lo dicho, confianza expresada en aquel *ergo* (pues) tan sublime y enérgico en el original latino que canta la Iglesia. Crece este sentimiento, y con él suben de punto lo entrañable y afectuoso de los conceptos. Pedímosle á *nuestra Abogada una mirada de sus ojos misericordiosos*, y finalmente la vista deseada de aquel *Hijo, fruto bendito de su vientre*, término final de nuestras aspiraciones, único supremo consuelo que puede calmar la desazon angustiosa de nuestras almas desterradas. Siguen como dulcísimo epílogo de tantos afectos aquellas tres exclamaciones breves, enérgicas, impetuosas, último esfuerzo del corazon ó rendido bajo el peso de los sufrimientos, ó embriagado ya de celestiales emociones; tres flechas que, volando con mayor ó menor ligereza, segun la intensidad del afecto que las envia, han de clavarse sin duda en el corazon maternal de nuestra Reina, y abrir en él raudales abundantes de bendicion y misericordia.

¡Pueblo español! Tu historia, tu nacionalidad, tu familia, tu literatura, tus costumbres populares hállanse impregnadas, si es lícita la expresion, de este elevado sentimiento de amor y veneracion á la Madre de tu Dios. La primera página de tu cristianismo es el templo del Pilar, la primera de tu restauracion política es el de Covadonga. Ella acompañó tus banderas en Asturias, en Granada, en Lepanto y en Tetuan.

Su Imágen tienes y alumbras devotamente en tus calles y en tus tiendas; por ella cantas alborozado en tus alegres *aplechs* y romerías. Eres por excelencia el pueblo de María... No; ¡me lo dice el corazon! ¡no serás tú jamás, jamás, patrimonio de Lutero! No medrará en este suelo la planta venenosa en mal hora trasplantada á él por nuestros regeneradores. Le es contrario nuestro clima moral; la hará estéril, la matará el ambiente de fe y amor á María que aquí se respira. ¡Guerra á los enemigos de nuestra Madre! ¡Guerra sin treguas de propaganda y de oraciones! ¡Viva España! ¡Viva María!

NIMIEDADES CATÓLICAS.

NIMIEDADES CATÓLICAS.

I.

o lo son, y perdonen Vds., las que voy á citar y de que quiero componer acá mi opúsculo; son al revés cosas de gran trascendencia. Con aquel nombre las llamé para acomodarme en algo al lenguaje de las gentes del dia. Por lo demás, verán Vds., si me leen, en qué pára la cosa, y si tengo ó no razon para escribir sobre esta materia un libro en fóleo, cuanto más un opúsculo popular de los de mi pobre cosecha.

Sucede, señores mios, que en el siglo actual hay más necesidad que nunca de que sean católicos el hombre y la mujer, no sólo en su corazon y en el fondo de sus convicciones, sino en todo su exterior, en los más triviales accidentes de su vida. La razon es clara. Se ha hecho el mal tan desvergonzado y callejero; andan sobre todo en algunos buenos (!) tan en boga el respeto humano, el qué dirán, y el maldito empeño de no querer parecer en nada contrarios á la corriente que domina, que la profesion franca, abierta y desembozada de la fe que profesamos se va haciendo obra heróica, propia únicamente de almas de raro temple y de elevada

santidad, cuando no debiera ser sino la ordinaria y usual de todo aquel que ha recibido sobre su cabeza el agua santa del Bautismo.

En España habíamos sido todos hasta hace poco católicos, siquiera de nombre: nadie en nuestra patria queria pasar por otra cosa, aunque en la práctica no correspondiese la conducta al dictado. De poco tiempo acá ya no es así. Ya debemos contentarnos con decir que somos católicos la mayoría de los españoles, desde que algunos desventurados han renunciado públicamente, no sólo á las obras, sino hasta al título de tales, y les está en malhora reconocida y autorizada esta apostasía por la ley civil. De modo que no son ya en rigor sinónimas las palabras católico y español, como lo fueron durante muchos siglos. Nace, pues, de ahi la necesidad urgente de que los que somos católicos lo mostremos en nuestro exterior, so pena de que demos ocasion á creer á nuestros adversarios que son ellos los más, cuando en realidad, gracias á Dios, son y serán siempre infinitamente los menos. Urgen, pues, manifestaciones claras, frecuentes, espontáneas, de catolicismo.

—Pero... ¿con qué nuevo estribillo vais á salirnos en este dia? ¿Se trata de nuevas exposiciones y nuevas firmas? ¿O de que otra vez alumbremos balcones y colguemos fachadas como en cierto famoso aniversario? ¿Será cosa de que para daros gusto vayamos á constituirnos los católicos españoles en lo que llamásteis un dia *estado de manifestacion permanente?*

—Acertásteis, amigo mio, con la palabra, ó mejor, acerté yo cuando la escribí á propósito de otro asunto hace cuatro ó cinco años, por donde se ve que teneis buena memoria. Sí, señor; manifestacion permanente es la que deseo, pero no de farolitos ni colgaduras, ni siquiera de exposiciones ni de protestas, ni mucho menos de públicos *meetings* ó de numerosas procesiones. Todo eso, bueno y muy bueno es, pero no para todos los dias. La manifestacion permanente, por lo mismo que debe ser tal, no debe hacerse con medios extraordinarios, sino con los que nos son comunes y usuales; la manifestacion permanente no debe ser en el fondo más que el modo ordinario de vivir el católico en so-

ciedad como tal, es decir, como individuo de la Religion católica. Y esto se consigue con la práctica de lo que he llamado, por acomodarme al lenguaje corriente, *nimiedades*, es decir, pequeñeces, frioleras, cosillas al parecer insignificantes, de las que se dice comunmente que ni quitan ni añaden, pero que no obstante constituyen en su conjunto, así en un pueblo como en un individuo, lo que llamamos fisonomía católica.

¿Habeis observado qué es lo que hace tan al infinito variada la fisonomía de los rostros humanos? Las partes de que estos se componen son en todos iguales; ojos, nariz, boca, barba, mejillas, frente, eso entra en la composicion de todas las caras, y en todas ellas está puesto eso de la misma manera. ¿Cómo, pues, de iguales elementos parciales resulta tal desemejanza en el conjunto? No es difícil la respuesta. Unas líneas apenas perceptibles á primera vista, unos toques más ó menos pronunciados, un tinte de color más ó menos subido, una vivacidad mayor ó menor en la expresion, una contraccion de los músculos, una especial lisura ó aspereza del cutis, un no sé qué indefinible que todos ven y nadie sabe nombrar, hacen que tal fisonomía se llame hermosa, cuando tal otra, vaciada al parecer en el mismo molde, no llega siquiera á regular.

Lo que os he hecho observar en la fisonomía física sucede en la moral. Sin diferencias al parecer muy notables, se porta un católico como tal, ó simplemente como un pobre gentil que hubiese nacido en nuestros dias. Algunas menudencias de que quizá no llega á darse cuenta el mismo que las posee, hacen del primero un tipo de buen ejemplo y de constante edificacion para sus hermanos. Un autor espiritual muy conocido compara estas menudencias á los ligerísimos toques de pincel que forman una muy buena pintura. Realmente, no la hacen frecuentemente tal las grandes pinceladas, sino unas como insignificantes rayitas en las cuales está todo el secreto de su perfeccion y hechizo.

II.

Bajando de las generalidades teóricas al terreno llano de las aplicaciones prácticas, veamos cuáles son estas nimiedades que deben dar al católico de hoy su verdadera y franca fisonomía. Claro está que en resúmen debe esta consistir en un cierto modo de conducirse en sociedad que le distinga como católico verdadero de aquel que no lo es en modo alguno, ó lo es solamente de nombre. De este modo conseguirá, no sólo ser católico, sino parecerlo, que es lo que hoy nos proponemos persuadirle.

Mas entendámonos, por Dios. Hemos dicho, no sólo serlo, sino parecerlo; es decir, suponemos siempre indispensables las condiciones esenciales de fondo, sin las cuales toda buena forma exterior seria ficcion y mera hipocresía. Sólo tratamos aquí de que esa forma sea siempre manifestacion explícita de aquel fondo, para lustre de la Religion y edificacion del mundo; no máscara vil para deshonra de aquella y á la postre escándalo de éste. Oportuna es la prevencion, porque, á decir verdad, hartos estamos ya de máscaras y disfraces, que no parece sino que vivimos en estos pícaros tiempos en perpétuo Carnaval. Y dirémos más todavía. Si á escoger se nos diese entre un buen fondo sin buenas formas, ó unas buenas formas sin un buen fondo, es evidente que mil veces preferiríamos lo primero á lo segundo, como quiera que, si aquello es incompleto, no es á lo menos mentiroso. Dadas estas explicaciones, vengamos á nuestro caso.

Parécenos, en primer lugar, que por la simple conversacion debiera ya distinguirse siempre el verdadero católico del que no lo es. Son las palabras como el traje de las ideas; por donde ideas católicas debieran manifestarse constantemente por medio de un trato y conversacion siempre católicos, si no fuesen, como indicábamos poco há, tantas y tantas las cosas que nos gusta traer constantemente disfrazadas. Hoy, grato es reconocerlo, hay en el mundo muchísimos

católicos todavía; pero, en cambio, forzoso es confesarlo, la conversacion verdaderamente católica apenas se oye en parte alguna. La conversacion entre la generalidad de nuestros hermanos católicos, áun de los buenos, no es católica, sino perfectamente atea. Nadie se horripile de la calificacion, que es la única merecida. Un extranjero introducido de repente en las más de nuestras visitas, tertulias ó diversiones, difícilmente acertaria á calificar la profesion religiosa de los concurrentes á ellas, si sólo por el tenor de su conversacion debiese guiarse. Tomar en boca el nombre de Dios ó citar la palabra *Jesucristo,* son inconveniencias mayúsculas que nunca se perdonan entre sí las gentes del dia; es cosa de mal gusto nombrar estos santos vocablos; vienen á ser en el diccionario de las clases cultas como ciertos otros que la educacion ha proscrito muy justamente del trato usual. Ver los apuros en que se hallan ciertos desdichados para esquivarlos, observar los giros y rodeos que van dando para esto á una idea, fuera cosa de hacer soltar la risa, si no moviese más bien á lástima ó indignacion. Extrañeza causa ya oir en visita el nombre de Dios de labios de quien no sea viejo, ó capellan, ó persona públicamente calificada por mal nombre (que no es sino muy honroso) de beata. Díganme mis amigos si no es esto verdad.

Cae aquí como en su propio lugar una observacion que habrá podido hacer por su cuenta cada uno de mis buenos lectores. Nuestros padres, rancios y atrasados como ellos solos, solian decir *gracias á Dios* cuando, preguntados, v. gr., por la salud propia ó de la familia, podian dar satisfactoria respuesta á la obsequiosa pregunta. La generacion culta y *soi disant* ilustrada de hoy lo ha arreglado de otro modo. Quiere la moda que no se diga *gracias á Dios*, sino pura y simplemente *gracias*, lo cual, y perdóneme el siglo XIX, tal como suena es una solemne majadería. Comprendemos perfectamente que en el uso moderno tales gracias no se tributan á Dios por el beneficio de que damos cuenta, sino al amigo por el interés que nos muestra; pero como la palabra gracias se pronuncia, no inmediatamente despues de la pregunta, sino despues de la contestacion, resulta que en el sentido recto y gramatical de la frase así construida, viene á parecer que doy

gracias al atento amigo por la salud de que disfruto yo y que ciertamente poco debo agradecerle á él, sino á otro que está á mayor altura.

—¿Cómo sigue V., Sr. D. Pedro?

—Bien, gracias.

—¡Hombre! diga V. gracias á Dios, y ahorrará con esto dos disparates que comete ahora por ahorrar una sola palabra. Ni me dará con ellas á mí lo que no es mio, ni le negará con ellas á Dios lo que es suyo únicamente.—

Así le contestó un rancio de los nuestros á un su compinche educado á la moda, á propósito de la nueva fórmula social atea que estamos aquí sacando á la vergüenza.

No se sonrojen, no, mis amigos del nombre de Dios, ni le nieguen el homenaje que se le debe, por más que lo contrario dicte á sus adeptos la moda anticristiana. No es solo en el templo donde debemos confesar á Dios y reconocer su existencia y sus beneficios. El trato social en los países cristianos debe ser tambien cristiano. El pueblo á quien se llama rudo, guiado sólo por su buen sentido, acierta mejor en esto que los que pretenden ser más ilustrados que él. El lenguaje popular es en todas partes profundamente religioso, áun en boca de gentes á quienes por otro lado no les podemos disimular el mal uso que frecuentemente hacen del nombre de Dios. En el saludo familiar y en la palabra de despedida emplea siempre nuestro buen pueblo el nombre de Dios: *Dios os guarde; á Dios; queden con Dios:* nunca omite la frase *gracias á Dios,* si se trata de un suceso plausible, ó la invocacion *líbrenos Dios*, si el caso es desdichado. Ni indica proyecto alguno chico ni grande que realizar sin añadir la reverente condicional *si Dios quiere,* ni le conmueve súbita alegría ó repentino pesar, que el primer grito, explosion de sus más íntimos sentimientos, no sea un elocuentísimo *¡Ay Dios! ¡ay Dios mio!*

Mejor les fuera á las clases cultas dejarse guiar por ese que llamarémos instinto religioso, tan acorde con la fe y la razon, que adoptar las frias fórmulas convencionales que dicta la moda sin saber por qué... ó quizá sabiéndolo demasiado. Sí, porque no podemos persuadirnos que este prurito de borrar á Dios de nuestra conversacion no sea una de las fases

de lo que procuran realizar años há las sectas como su bello ideal de progreso, es decir la secularizacion de la sociedad. Quisiéramos equivocarnos, pero creemos hay en esto algo más que vagas corrientes de moda: creemos forma parte todo esto de un verdadero sistema de propaganda irreligiosa, y duélenos sean tantos y tantos los que se avienen á ser dóciles instrumentos de ella no más que por acomodarse á los usos dominantes, sin averiguar su razon ó sinrazon. Créanme mis amigos, hablen á menudo de Dios, citen su nombre santísimo en sus conversaciones, ténganlo frecuentemente en los labios, indicio seguro de que lo tienen en el fondo del alma.

He aquí una nimiedad bastante por sí sola, si fuese tomada en cuenta, para modificar en buen sentido la fisonomía moral de muchos católicos que ahora la tienen muy poco católica: El uso frecuente y respetuoso del santo nombre Dios en sus conversaciones.

III.

¿Y la correspondencia epistolar? ¿Les parece á Vds. que se podria hacer poco bien, cristianizando algo este ramo tan importante de nuestras mútuas relaciones?

La correspondencia epistolar no es al fin otra cosa que una breve conversacion escrita que sostenemos á larga distancia con quien nos contesta en la misma forma. Podrian, pues, hacerse sobre ella las mismas observaciones que hicimos sobre la conversacion hablada. Que no se suprima neciamente de sus fórmulas el santo nombre de Dios, que no se evite el citarlo cuando venga naturalmente traido por el asunto; esto es lo general que observan en sus cartas los católicos de veras. Pero además queremos llamar particularmente la atencisn sobre dos nimiedades que tienen aquí su propio lugar. Tales son la cruz y la fecha.

Conocido es el modismo vulgar que se usa aún entre nosotros, *de la cruz á la fecha*, para significar desde el principio

al fin de una cosa, derivado de la antigua costumbre de encabezar las cartas con el signo de la santa cruz. Costumbre laudabilísima, que venia á ser como persignar la carta, del mismo modo que persignamos la frente: era una como profesion de fe en cifra ó compendio; era dar á la carta, cualquiera que fuese su asunto, el carácter y mérito de una obra buena y de un buen ejemplo. El Gobierno español, en tiempos mejores, encabezaba con la cruz hasta su papel sellado. ¿Por qué hemos de dejar perder esta hermosa práctica? ¿Lamentarémos que la Revolucion arranque la cruz del frontis de los edificios públicos y del límite ó término jurisdiccional de nuestras poblaciones, y por miedo á que se nos zahiera de beatos y fanáticos (es decir, de firmes católicos), dejarémos de estamparla al frente de nuestra carta y áun á la testera de su sobrescrito?

Análoga observacion se nos permitirá sobre el modo de formular la fecha. Suelen muchas personas fechar sus cartas, no por el dia tantos ó cuantos del mes, sino por el título de la festividad cristiana que en él se celebra, siempre que es de aquellas tan conocidas que nadie ignora á qué dia corresponden. Afortunadamente éstas son tantas en el calendario, que dan ocasion á que pueda muy á menudo practicarse uso tan recomendable. En esto el pueblo sencillo nos da tambien una admirable leccion de buen sentido cristiano. En efecto. En el lenguaje popular apenas se determina época alguna del año más que por la indicacion de la solemnidad cristiana que en ella respectivamente se celebra. Así no se dice, á 24 de Junio, sino simplemente por S. Juan. Ni se promete tal ó cual cosa para 15 de Agosto, sino para la Asuncion. Para el pueblo de Madrid, las ferias no son de Setiembre, sino de S. Mateo, por empezarse aquel dia. En Barcelona no son ferias de Diciembre, son de Santo Tomás, por idéntica razon. Nuestros labradores tienen señalados por festividades de Santos los dias fijos de sus diferentes operaciones agrícolas. Ni les hableis de solsticios, de equinoccios; os entenderán mejor si les decís por S. Pedro y por S. Francisco de Asis. En suma. El santoral cristiano, más que el calendario astronómico, forma el verdadero almanaque popular. ¿Por qué no hemos de contri-

buir todos los católicos á la conservacion de este hermoso lenguaje enteramente cristianizado, adoptándolo los que hasta hoy no lo empleasen, y siguiendo en él los que de sus mayores lo hayan heredado?

Ocasion es esta de tocar, aunque sea de pasada, una novedad anticristiana que se nos va años há introduciendo; tal es la felicitacion *de año nuevo*, en vez de la antigua y castiza y cristiana *de Pascuas*. Felicitarse mútuamente los amigos, es mandarse enhorabuenas por un suceso fausto que se realiza ó se conmemora. El júbilo es de sí expansivo y tiende á comunicarse. Es, pues, natural que al sentirnos inundados de él busquemos en cierto modo la mano del amigo para estrecharla con efusion y hacerle sentir algo de lo que interiormente sentimos, y participar de los sentimientos de que él á su vez se halla animado. Este es, ó mucho me equivoco, el orígen de lo que en todos los siglos se ha conocido por congratularse, felicitarse. Ahora bien. Natural es que el pueblo cristiano se sienta poseido de inefable satisfaccion cada vez que el 25 de Diciembre, *currens per anni circulum*, como dice el himno, le trae á la memoria el faustísimo suceso del Nacimiento temporal de nuestro divino Salvador. Y cae muy bien que en tales dias andemos buscándonos unos á otros los que bien nos queremos, y nos comuniquemos nuestros alegres sentimientos y nuestros mútuos deseos de bienandanza y prosperidad, y que escriba el amigo al amigo, y el hijo á sus padres, y el agradecido á quien le hizo un favor ó le presta proteccion. Y aunque la moda, antipoética como siempre, haya sustituido las antiguas fórmulas de afecto por un frio pedazo de carton que se llama tarjeta, todavía no queda del todo descristianizado, y por consiguiente desnaturalizado el acto, cuando se hace con ocasion de la fiesta religiosa que llena de júbilo á todo el mundo. Pero trasladar esta costumbre de Navidad á año nuevo, es decir, felicitarnos mútuamente, no por el recuerdo del Nacimiento del Señor, sino porque otra vez se empieza el período de doce meses que se llama año; pretender que nos mandemos pláceme y enhorabuenas por ese hecho astronómico, en vez de mandárnoslos por el recuerdo religioso, es cambiar completamente la esencia y significacion de la cosa; es hacer un

acto meramente pagano de lo que fué siempre entre nosotros un acto cristiano; es un paso más en el camino de la secularizacion y del naturalismo que se quiere que recorramos á despecho de nuestras más arraigadas costumbres y dulces afecciones. No todos ven eso, y es lástima sean tantos los cortos de vista. Muchos, adoptando la nueva costumbre, creen seguir sencillamente una nueva moda. Los que están en el intringulis del movimiento revolucionario saben que no se trata de una frívola cuestion de formas, sino de una verdadera y séria cuestion de principios. Harto lo dió á conocer un periódico impío de Madrid, que en este sentido ha combatido en las últimas fiestas la antigua felicitacion de Pascuas, abogando por la nueva costumbre de cambiarse las tarjetas por *año nuevo*.

Y sirva esto (dicho sea de paso) para que vean nuestros lectores la importancia que puede llegar á tener en el fondo lo que llamarán muchos en son de burla... *una nimiedad*.

IV.

Hay todavía otro punto, tocante al que podemos hacer notar una porcion de nimiedades católicas que van por desgracia cayendo en desuso. Nos referimos á *la casa* cristiana, que siempre entre nosotros habia conservado fisonomía de tal, y que ahora muy á menudo la pierde. Algo y áun algos hay que decir sobre esta materia.

Ponian nuestros mayores sumo empeño en que su casa toda llevase como el sello y marca de ferviente catolicismo. Nada más justo, nada más natural. No hay noble de buena raza que no ostente con legítimo orgullo los blasones de su familia en el sitio más visible de su palacio, las antiguas colecciones de armas en sus galerías, los trajes históricos en sus arcones y los retratos de los ascendientes ilustres en la sala principal. Del mismo modo el católico rancio, que noble es porque su raza desciende en línea recta del tronco de la cruz, procuraba que adornasen su morada los recuer-

dos y emblemas de su fe, preciándose de ellos como pudiera de sus trofeos el más encopetado caballero. Ya en la fachada de su casa, dentro nicho ú hornacina, ó en saliente pedestal, colocaba la imágen de María santísima ó de algun santo Patron, ante la cual encendia piadosamente una lámpara por la noche, costumbre que vemos fielmente observada aún en no pocas poblaciones, á pesar de la guerra expresa que en todas partes le ha declarado la Revolucion. Sobre el dintel de la puerta esculpia el monograma de Jesús y de María, ó las primeras palabras de la salutacion angélica, ó el popular y español: *Ave María purísima, sin pecado concebida.* Asuntos de la historia sagrada ó de la eclesiástica representaban los cuadros humildes ó preciosos que decoraban las piezas interiores; pendian los viejos rosarios junto al hogar, en testimonio de que se conservaba en él la costumbre del rezo nocturno dirigido por el jefe de familia; dominaba el santo Crucifijo en el fondo de todos los dormitorios, dando en cierto modo al lugar del descanso la augusta severidad y carácter religioso del santuario. Hasta la veleta, que en lo más alto de las torrecillas y claraboyas marcaba la direccion de los vientos, remataba con una cruz, como remataban con ella las coronas de los monarcas y las cúpulas de los templos.

Mucho queda de eso todavía, gracias sean dadas á Dios; pero el neo-paganismo, que en estos tiempos viene enturbiando la limpieza de las antiguas costumbres cristianas, ejerce tambien aquí como en todas partes su maléfica influencia. Lo decimos y lo lloramos por esas familias católicas, que lo son y regañarian con quien les escatimase este dictado; por esas familias católicas, repetimos, cuyas casas podrian creerse de las recientemente descubiertas en Herculano y Pompeya, si de repente se presentasen á la vista del curioso observador, sin otros datos para juzgarlas que su mueblaje y ornamentacion; casas de las que se ha procurado borrar cuidadosamente toda huella ó señal del Cristianismo, sin duda para que no revelen que esta es la religion de sus dueños y moradores; casas donde se ostentan en patios, jardines y gabinetes las desnudeces del paganismo, apenas tolerables en un museo arqueológico; casas en que ¡oh profa-

nacion! ¡oh vergüenza! Venus ha quitado de su lugar á nuestra Madre purísima; las ninfas desvergonzadas á nuestras Vírgenes; los sátiros lascivos y grotescos á nuestros Mártires y Fundadores; casas en que los cuadros, si son históricos, son de historia protestante ó revolucionaria; si son de costumbres, son de costumbres sin pudor y sin vergüenza; si son retratos, son de personajes tristemente célebres por las aflicciones que han causado á la Iglesia de Dios y la significacion completamente anticatólica que traen consigo; casas donde muchas veces al ser llamado el sacerdote, en dia de enfermedad, v. gr., no sabe éste dónde fijar la mirada, para no tropezar con objetos indignos de ella y de la santidad de su ministerio. ¿Pues qué? ¿No tiene ya bellezas nuestra historia sagrada, que se hayan de pedir prestadas al inmundo paganismo? ¿No tienen ya héroes nuestros siglos cristianos, que hayamos de evocar los recuerdos gentílicos para encontrar asuntos dignos de arte? ¿De dónde esta vergüenza por lo nuestro, por lo cristiano, por lo de la fe que profesamos, y esa condescendencia, esa desvergüenza para todo lo inmoral y anticristiano?

No sé si han meditado bien las consecuencias de su conducta los que de esta suerte procuran descristianizar su casa y hacerla completamente, ó pagana, ó atea. Los antiguos griegos tenian gran cuidado de poner á la vista de sus hijos en estatuas, relieves y pinturas los bustos de sus famosos capitanes para así fomentar en aquellos el gusto y la emulacion por las hazañas de estos últimos. Realmente, además de la profesion de fe que entraña el uso de los recuerdos é imágenes de la Religion en el hogar doméstico, sirven de mucho para la educacion moral de la familia, y para que se forme en ella el gusto por la fe y la piedad, que deben ser sus joyas más preciadas. Cierto, no sabemos qué ideas de pudor y de castidad infundirán en los jóvenes y muchachas las pinturas, grabados y esculturas que decoran en el dia muchas casas cristianas; no comprendemos cómo se podrá exigir recato á la niña cuyos ojos no han visto desde su más tierna edad más que figuras desnudas y en deshonestas actitudes. El corazon nos dice que no podrá ser escrupuloso como debe serlo el pensamiento, ni recogida y enfrenada la imaginacion,

ni cauto y prudente el lenguaje, ni púdica y modesta la mirada, ni recatado el vestir, ni delicado el proceder de quien se haya acostumbrado toda la vida á mirar como cosa corriente, normal y ordinaria tanto cinismo y desenvoltura.

V.

¿Han observado Vds. que muchas personas ni salen de casa por primera vez, ni emprenden trabajo, ni empiezan á comer ni á beber, ni se levantan, ni se acuestan, sin hacer antes sobre sus frentes la señal de la cruz? Hé aquí una nimiedad con la cual dan un gran ejemplo de independencia cristiana, v. gr., en sus viajes, muchos católicos, persignándose devotamente, así que arranca el tren ó la diligencia. Practicadla, oh lectores, sin consideracion á necios respetos humanos; practicadla con entereza, y veréis como se les hiela la sonrisa en los labios á los impíos mofadores, si al fijar en vosotros su mirada se encuentran con la vuestra imperturbable, serena y cristianamente altiva. Sostenedla con calma, y veréis cuán gallardamente se baten en retirada esos valentones, bravos únicamente con los cobardes.

Lo mismo digo de la católica y española costumbre de rezar el *Angelus*, sombrero ó gorra en mano, cuando lo señala la campana, aunque os coja el toque en mitad de la calle ó plaza más concurridas. Lo mismo de la de saludar reverentemente la casa de Dios cuando pasamos por delante de su puerta. Lo mismo de la de doblar la rodilla cuando nos encontramos á nuestro paso con el santo Viático, ó sacar luz á nuestro balcon ó puerta cuando de noche se oye la vibrante campanilla que lo anuncia.

¡Pues nada digo de la bendita costumbre de dar gracias á Dios despues de comer, que tantas familias van dejándose ya como cosa rancia y apolillada! No sé que haya acto más natural, despues de haber satisfecho el hambre, que agradecérselo algun tanto á quien nos dió con qué, como podia muy perfectamente habérnoslo negado. Al fin, sólo los irra-

cionales, incapaces de comprender la grandeza del beneficio, están dispensados de reconocerse deudores de él. Ya ven, pues, á quienes se asemejan los que han por costumbre levantarse de la mesa sin un pensamiento de gratitud á Dios.

No quisiera dejar la pluma sin citar la práctica muy respetuosa de besar la mano los niños á sus padres y abuelos, asi como al sacerdote. Siempre me pareció más propia para infundir hábitos de sumision y reverencia esta costumbre que aquel familiar *tuteo* en que educan muchos padres á sus tiernas criaturas. ¿No es así como se inicia en las ideas de emancipacion y de menosprecio de la autoridad á esos ciudadanitos con andadores y chichonera que mañana serán la sociedad civil?

Ni estoy por las exequias que se anuncian (así leo frecuentemente) *para honrar la memoria* de tal ó cual persona. Para este objeto de honrar la memoria puede colocarse una lápida, levantar una estatua, rotular una calle ó dictar un epitafio. Los cristianos hacemos algo más hondo y trascendental; celebramos las exequias *en sufragio del alma* de nuestros hermanos. Ni tampoco veo con gusto aquel despedirse *civilmente* los concurrentes de los que presiden el duelo, con simple apreton de manos, inclinacion de cabeza ú otro cumplido cualquiera meramente profano, impropio del acto religioso, y que en la casa de Dios constituye siempre una verdadera irreverencia. Los verdaderos católicos tienen para esos lances fórmulas religiosas que expresan participacion en el pesar de los vivos y piadoso ruego por el descanso eterno del difunto. Y áun preferiria ver generalizada una costumbre que algunos católicos han empezado á practicar de algun tiempo acá, poniendo al pié de sus tarjetas de funeral: *Por respeto á la santidad del templo el duelo se da por despedido.*

¡Cuándo nos convencerémos de lo importante que son el rezo ó la lectura religiosa en familia! Es verdad que la sociedad moderna va extinguiendo uno por uno todos los hábitos de la vida de familia; el hogar doméstico, á este paso, presto no será más que una figura retórica. ¿A quién no duele que la casa paterna no tenga ya para muchos otro carácter que el de un lugar más ó menos cómodo donde se va á comer y á dormir? ¿No bastaria para eso la fonda ó la casa

de huéspedes? Si quereis, pues, conservar en la casa cristiana lo más precioso y fundamental de su verdadero carácter, rezad en comun, leed en comun, sed ¡ oh padres ! unos como sacerdotes de ese culto privado tan recomendado por la Religion y tan eficazmente bienhechor para vuestros hijos. Es esta una enseñanza práctica de respeto, de moralidad, de union fraterna, de amor á la tradicion, de dependencia de Dios. No dejeis de mentar en vuestros rezos vuestras necesidades, los nombres queridos de vuestros mayores, el del Papa, el de la patria. Mantened así agrupada en torno vuestro la familia, y podréis tranquilos dejar que ruja allá fuera la borrasca social. Pero si sois vos el primero en quebrantar ó siquiera en aflojar lazos tan sagrados, ¡ válgame Dios ! no necesitais la demagogia de fuera para que os encienda en casa la revolucion y os la convierta en club. Sois vos el peor demagogo, aunque tal vez por rutina os sigais llamando y creyendo conservador.

Basta ya. No me propuse con estas breves consideraciones agotar la materia, sino llamar sencillamente la atencion sobre ella, sacando unas como muestras escogidas de entre lo mucho y mucho que cada uno puede ir observando por su cuenta. Sed nimios en todo lo que á la Religion y á moral se refiera. En tales asuntos el pormenor al parecer más insignificante trae casi siempre consecuencias de maravilloso alcance. ¿Quereis conocer sólo por un dato la importancia que tienen ciertas nimiedades católicas? Reparad la que les da el mundo revolucionario. Observad cómo procura arrancarlas una á una de nuestras costumbres; ved, por ejemplo, con qué rabia se ceba en los meros signos exteriores de nuestra fe, cómo se esfuerza en borrar su huella de todas partes. Aprended del mismo infierno á tener en mucho lo que hasta hoy mirásteis quizá con culpable indiferencia.

Una palabra para concluir. Portaos en las cosas de vuestra fe con la misma minuciosa nimiedad que guardais en vuestros negocios, en vuestras relaciones sociales, en el cuidado de vuestro cuerpo, y entonces... ni yo me atreveré á pediros nada más, ni Dios tampoco.

¡POBRES ESPIRITISTAS!

A LOS ESPIRITISTAS.

Un entrañable afecto de caridad me obliga á dirigiros estas breves páginas, pobres hermanos mios seducidos por una superstición tan perjudicial como ridícula. El título de ellas es la expresion del sentimiento que las ha inspirado: la compasion. Leedlas de buena fe, con lealtad, sin prevenciones; no se necesita vasto talento para comprenderlas. Tal vez despues de su lectura, favorecida con la gracia de Dios, comprenderéis la gravedad de vuestro estado y la necesidad de volver á la fe pura y limpia de nuestra santa Iglesia católica.

He tratado con algunos de vosotros, y me he convencido de que, por regla general, es mayor vuestra ilusion que vuestra malicia. El Espiritismo, tan negro en su fondo, tiene excelentes palabrotadas con que cubrirse y fascinar á los incautos. La mayor parte de vosotros no ve del Espiritismo más que esta hermosa cubierta. Oidme con atencion; soy vuestro amigo, y tengo de-

recho á que me escucheis. He leido (con el permiso de mi Madre la Iglesia) las obras de vuestros doctores, y os puedo decir del Espiritismo cosas que nadie quizás de los vuestros os ha dicho todavía. Tal vez este librito arranque de vuestros ojos la venda fatal, y caigais en la cuenta de que no habian hecho más que cegaros los que os habian prometido nueva luz.

Así lo suplico al Corazon amorosísimo de Jesús, mediante la intercesion del Corazon purísimo de María, Madre de pecadores.

Mes de María de 1873.

¡POBRES ESPIRITISTAS!

I.

Soy espiritista. ¡Bien! ¿Y qué?



IEN, ¿y qué? Nada, amigo mio, ¡es friolera! Has abandonado tu verdadera Religion para seguir otra falsa, ni más ni menos que el que dejase de ser católico para hacerse judio, moro ó idólatra. Igual. Has dado un *á Dios* á la fe de tus padres y á la fe de tu infancia, has desertado de la bandera de Cristo y de su Madre, de sus misterios y de sus Sacramentos, del Papa y de sus enseñanzas. ¿Eres espiritista? Pues no eres cristiano. Y ¿te parece aún tan poca cosa cambiar de Religion? ¿Estás bien cierto de que la Religion que seguias antes merecia ser abandonada? ¿Estás bien persuadido de que Cristo es un embaucador y su ley una farsa mentirosa? Y sobre todo ¿estás bien cierto de que te lo parecerá asimismo á la hora de la muerte? ¿Te consta positivamente que vale más el Espiritismo que has abrazado, que el Catolicismo que antes seguias?

Todas estas preguntas te habian quizá pasado por alto, y te cogen ahora como de sorpresa. ¿No es verdad, amigo mio? Si te hubiese dicho, puñal en mano: ¡Niega á Cristo! ¡abandona tu Religion! — tal vez hubieras tenido valor para responder: ¡Antes morir que ser vil apóstata! Y, no obstante, has hecho lo mismo, amigo mio, idénticamente lo mismo sin que te remuerda la conciencia. ¡Eres apóstata! ¡No eres cristiano! ¡No perteneces al campo de la fe, perteneces al campo de la herejía! Voy á probártelo, si me escuchas.

II.

Pero bien... ¡puedo ser á la vez cristiano y espiritista!

No, no, amigo mio: no puedes, no puedes. No quiero que me creas solamente porque yo lo digo; voy á probarlo con razones á las cuales tú ni tus maestros sabréis qué responder.

La primera cosa que se necesita para ser cristiano es creer que Jesucristo es Dios. Ahora bien. El Espiritismo no cree que Jesucristo sea Dios. Luego el Espiritismo es opuesto al Cristianismo. Luego no se puede ser verdadero espiritista y verdadero cristiano al mismo tiempo.

Pero me dirás: ¡Yo ya creo que Jesucristo es Dios!

—Poco me importa que tú lo creas; esto probará que tú no sigues bien ni el Espiritismo ni el Cristianismo. A mí me basta saber que el Espiritismo en sus obras no cree en la divinidad de Jesucristo, para que diga: Luego el que es verdadero espiritista no puede ser cristiano verdadero.

Mas tú me replicas: ¿Y dónde enseña el Espiritismo que Jesucristo no es Dios? A mí nunca me lo han dicho mis maestros.

—Ya sé yo que no te lo han dicho, porque tus maestros tienen buen cuidado de callar lo que no conviene decir. Por esto te he indicado que yo conocia más el Espiritismo que

tú. Voy á probarte que el Espiritismo no cree en la divinidad de Jesucristo.

Sabido es que Allan Kardek es uno de vuestros principales maestros. Viene á ser el pontífice de la secta. Pues bien.

En la impía obra de Allan Kardek: *El Génesis, los milagros y las predicaciones segun el Espiritismo*, capítulo XV, despues de hablar el autor de un modo muy ambiguo sobre la persona de Jesús, *sin prejuzgar nada acerca de su naturaleza* (página 353), nos lo presenta como un sér dotado de *una inmensa potencia magnética* (pág. 354), acabando por sentar clara y distintamente, no que sea Dios, sino simplemente un *medium de Dios*.

Y no me salgan ahora los espiritistas diciendo que Allan Kardek habló sólo en el supuesto de algunos, sin asegurar por esto su propia opinion. Asi podia parecer á los incautos, pero es preciso no dejarse alucinar por las reservas y salvedades del doctor espiritista. Aparte de que, al entrar en la explicacion del Evangelio segun el Espiritismo, era muy necesario que precediese una declaracion franca, clara, abierta, sobre la naturaleza de Jesucristo su autor, y no andarse con hipótesis y suposiciones; la explicacion que en lo sucesivo se va dando de sus hechos dice bien claramente la idea que el Espiritismo tiene del divino Fundador de nuestra Religion.

En primer lugar, Jesucristo se propuso obrar milagros y probar con ellos la verdad de su doctrina. El Espiritismo (página 352) enseña que no hay tales milagros. Oigámosle: «Los hechos referidos en el Evangelio, que han sido considerados *hasta ahora* como milagrosos, pertenecen en su mayor parte al órden de los fenómenos psíquicos, es decir, de los que tienen por causa primera las facultades y los atributos del alma.» El Espiritismo empieza, pues, por despojar á Jesucristo de la prueba principal de su divinidad: el milagro. Luego el Espiritismo no cree en la divinidad de Jesucristo.

Siguiendo este principio, añade en la pág. 359: «En muchos parajes del Evangelio se dice: «Mas Jesús conociendo el «pensamiento de ellos les dice...» Y añade el autor espiritista: «¿Cómo podia conocer su pensamiento sino por la irradiacion fluídica que le aportaba ese pensamiento y por la

vista espiritual que le permitia leer en el foro interno de los individuos?» ¡Pobre Allan Kardek! ¡Pobres espiritistas! Para no confesar que Jesús conocia los pensamientos ajenos *por ser Dios*, se dice que no podria conocerlos de otro modo que por *irradiacion fluídica!* Es decir, se traga el absurdo para no admitir el milagro divino. Se rebaja el carácter divino de Cristo Dios á la talla de Mr. Douglas Home, el medium escocés!

III.

Siguo la misma materia.

Una vez en este camino, Allan Kardek no se detiene por escrupuloso. La curacion de la Cananea, la del ciego de Betsaida, la del paralítico, la de los diez leprosos, la de la mujer encorvada, la del tullido de la piscina, la del ciego de nacimiento, todo, todo lo explica Allan Kardek, no por el poder divino de Jesús, sino por el poder del *flüido curativo*. que nadie sabe lo que es, y que sin embargo todo el mundo puede poseer. Oid sino: «Las sustancias más insignificantes. el agua, por ejemplo, pueden adquirir cualidades poderosas y efectivas bajo la accion del flüido perispirital ó magnético, al cual sirven de excipiente, ó si se quiere de depósito. (Página 372).» Con que, ya lo ven los cándidos; si Jesús da vista á los ciegos, movimiento á los paralíticos, no es porque sea Hijo de Dios vivo, Dios como su Padre, segunda Persona de la santísima Trinidad, como enseña el Cristianismo, sino porque posee en gran dósis el flüido curativo, como enseña el Espiritismo. ¿Se quiere más claridad?

Allan Kardek, que de tal suerte despoja á Cristo de su aureola divina en sus curaciones, no le deja mejor parado en los repetidos milagros de resurreccion. Aquí, no sabiendo que decir el doctor espiritista, toma el partido de negar los hechos, de lo cual resulta que Jesucristo no sólo no queda como Dios, sino que aparece como el más vil de los embus-

teros. Dice, pues, Allan Kardek (págs. 380 y 381) que ni la hija de Jairo, ni el hijo de la viuda de Naim, ni Lázaro eran cadáveres cuando fueron librados del sepulcro por el divino Salvador. Los tres, segun el Espiritismo, no estaban muertos, sino aletargados, y aunque el Evangelio diga que *Lázaro olia mal ya á causa de haber muerto cuatro dias antes,* responde Allan Kardek «que ya se sabe que hay letargos que duran seis ú ocho dias, y que hay en ciertos indivíduos descomposicion parcial del cuerpo antes de morir, y que exhalan olor de podredumbre.» De suerte que, para que el Espiritismo tenga razon, hay que declarar antes embustero á Cristo, que anunció resucitar á verdaderos muertos, y no á muertos fingidos, y declarar embusteras las sagradas páginas del Evangelio, que nos lo refieren minuciosamente como verdaderas resurrecciones. ¿Por quién te decides aquí, amigo mio? ¿Es embustero Cristo, ó es embustero Allan Kardek? ¿Quién estafa aquí al mundo? ¿el Evangelio ó el Espiritismo? Uno de los dos es falso. No puedes, pues, ser á la vez verdadero cristiano y verdadero espiritista. ¿No lo ves claro aún?

A esto llama Allan Kardek explicar el Evangelio, cuando no hace sino desmentirlo. De este modo explica la transfiguracion de Jesús, las bodas de Caná, la multiplicacion de los panes, las tentaciones en el desierto, y hasta los prodigios acaecidos á su muerte en la naturaleza. Risa da ver de qué modo tan extrañamente filosófico trata este último punto la crítica espiritista. «Los discípulos de Jesús, dice, afectados por la muerte del Maestro, han relacionado con ella algunos hechos particulares á que en otras circunstancias no hubiesen dado importancia alguna. Bastó que un fragmento de roca se desprendiese en aquellos momentos de acá ó acullá para que gentes predispuestas á lo maravilloso vieran en ello un prodigio, y amplificando el hecho, dijeran que las rocas se habian hendido. Jesús es grande por sus obras y no por los cuadros *fantásticos* de que un entusiasmo poco ilustrado ha creido deber rodearle.» ¿Fantásticos, he? ¿Es, pues, fantástico el relato del Evangelio? ¿Es poco ilustrado? ¡Qué modelo de crítica histórica! ¡Qué respeto á la narracion evangélica! ¡Qué cristianismo el de los espiritistas! ¿Estás ciego todavía?

IV.

Conclusion de este punto.

Pero concluyamos. Sabido es que la Resurreccion de Jesucristo es el fundamento de la fe cristiana. Jesús quiso resucitar para sellar, digámoslo así, con el milagro de la Resurreccion todos sus anteriores milagros. Anuncióla repetidas veces á sus discípulos y á sus enemigos antes de morir; hizo gala de ella en los cuarenta dias que precedieron á su Ascension, dejándose ver, oir y tocar de muchísimos, á fin de dejar á todos ciertísimos de esta verdad, sobre la cual debia descansar toda la predicacion apostólica. Los Apóstoles en sus predicaciones siempre empezaron por anunciar la Resurreccion de Jesús. Sin ella ningun valor hubieran tenido sus palabras. San Pablo lo decia muy categóricamente: *Si Cristo no resucitó, vana es nuestra predicacion, vana es nuestra fe.* (I Cor. XV, 14).

Pues bien. El Espiritismo niega tambien la Resurreccion de Jesucristo. Allan Kardek en la obra citada empieza por llamarla, no resurreccion, sino *desaparicion* del cuerpo de Jesús. (Pág. 401). Y luego más adelante (pág. 405), despues de haber manifestado que, segun algunos, el cuerpo de Cristo antes de su muerte no fué carnal, sino fluídico; despues de asegurar, sin embargo, que él opina que fué carnal, pregunta: ¿Qué se ha hecho del cuerpo carnal? O lo que es lo mismo: ¿Es verdad que Jesús haya resucitado con el mismo cuerpo que tuvo antes de morir y que fué encerrado en el sepulcro? Oigámosle, y verémos como el Espiritismo no cree en el dogma fundamental del Cristianismo. «Es este, dice, un problema cuya solucion no puede deducirse por de pronto más que por hipótesis á falta de elementos suficientes para formar una conviccion. Esta solucion, prosigue, es de una importancia secundaria que no aumentaria ni dismi-

nuiria los merecimientos de Jesucristo, ni afectaria á los hechos que acreditan de una manera más perentoria su superioridad y su mision divina. No puede haber, pues, acerca del modo en que esta *desaparicion* se ha verificado, más que opinionas personales, que no tendrian valor sino en cuanto estuviesen sancionadas por una lógica irrecusable, y por la enseñanza general de los espíritus. Pero, hasta la hora presente, ninguna de las que se han formulado ha realizado la sancion de este doble criterio. Si los espíritus no han resuelto todavía la cuestion por la unanimidad de su enseñanza (óigase bien), consiste en que no ha llegado aún el momento oportuno de hacerlo, ó en que se carece aún de los conocimientos necesarios, sin cuyo auxilio no puede el hombre resolver por sí mismo.»

¿Qué más queremos para conocer el Espiritismo? El Espiritismo aún ignora si Cristo ha resucitado ó no. Él lo dice. Segun él, los milagros de Jesús no son milagros, las curaciones obradas en los enfermos son operaciones magnéticas, la vida devuelta á los cadáveres es una comedia repetida tres ó cuatro veces con enfermos aletargados, á pesar de que el uno estaba ya de cuatro dias en el sepulcro y olia mal; finalmente, su propia Resurreccion es simplemente una *desaparicion* que los espíritus no han creido oportuno explicarnos todavía. ¿Qué le queda, pues, á Jesucristo de su divinidad, si una á una se le arrancan todas las pruebas que quiso darnos de ella? ¿Qué le queda al Evangelio de su verdad inspirada, si á cada paso la vemos desmentida? ¿Qué le queda al Cristianismo, si se le mina y hace desaparecer todo su fundamento? Si es cierto lo que enseña el Espiritismo, el Evangelio no es sino un libro de patrañas, Cristo un embaucador, los Apóstoles, ó unos cómplices infames, ó unos miserables engañados. No responderá á esa consecuencia inevitable ninguno de los doctores del Espiritismo. Dime ahora, pobre víctima: ¿sabias todo esto del Espiritismo?

V.

Pero vamos... ¿y qué sacais de aquí?

¿Qué saco de aquí, amigo mio? ¿Es posible que aún me preguntes eso? Saco de aquí que tú no puedes ser espiritista si eres cristiano, ó no puedes ser cristiano si eres espiritista, porque el Espiritismo niega lo principal que enseña el Cristianismo, y el Cristianismo niega lo principal que enseña el Espiritismo. El Cristianismo dice: Cristo es Dios; y el Espiritismo te dice: Cristo no es Dios, es un medium más poderoso que los demás, es un medium de Dios. El Cristianismo dice: El Evangelio, las sagradas Escrituras contienen la verdad inspirada. El Espiritismo dice: Los Evangelios son un libro de patrañas y embustes. El Cristianismo dice: Cristo resucitó. El Espiritismo dice: Cristo desapareció, sin que hasta ahora sepamos cómo. En resúmen: El Espiritismo dice *sí*, cuando el Cristianismo dice *nó*, y vice-versa.

El Espiritismo es tan parecido al Cristianismo como lo blanco á lo negro. De donde vuelvo á mi primera conclusion, esto es, que si tú eres espiritista, no eres ya cristiano, has renegado de tu fe, estás en la condicion de los pobres moros, judíos, idólatras, que nunca le han conocido. No creias haber ido tan lejos, pobre amigo mio! ¡Ah si el maestro espiritista que te embauca te dijese toda la verdad clara y desnuda, como no temen decirla los más avanzados en los libros que han escrito!

VI.

Comprendo... pero la doctrina es la que importa; y la doctrina espiritista es la misma de Jesús.

La doctrina es la que importa... segun y cómo. Puedo creer todo lo que enseña Cristo; pero si no lo creo como Él me lo enseña, no soy cristiano. Si lo creo como doctrina humana, no soy más que un filósofo. Para ser cristiano he de creerlo como doctrina divina y sobrenatural. Pero, sin mirar aún en eso, ¿crees tú que el Espiritismo enseña la doctrina de Jesús? Tambien en esto te engañan. ¿Quieres que te demuestre tambien esto? Pues voy.

Jesucristo enseña que se debe creer á la Iglesia y á los Apóstoles y á sus sucesores: *El que no oyere á la Iglesia sea tenido por gentil y publicano.* (Matth. XVIII). *El que á vosotros oye, á Mí me oye; el que á vosotros desprecia, á Mí me desprecia.* (Luc. X). Y el Espiritismo se rie de la enseñanza de la Iglesia, desprecia las condenaciones de los Pontífices, y asegura que nadie ha sabido nada de Religion hasta que él ha venido al mundo. ¡Qué insolencia!

Jesucristo enseña en repetidos lugares la existencia del demonio condenado á penas eternas por su rebeldía y ocupado en tentarnos é inducirnos al mal: *Id, malditos, al fuego eterno que ha sido preparado para el diablo y sus ángeles.* (Matth. c. XXV). El Espiritismo niega el dogma de la caida de los ángeles rebeldes, y de consiguiente la existencia del demonio, su eterno castigo y su maléfica intervencion en daño de nuestras almas.

Jesucristo enseña que el hombre será juzgado segun sus obras, y que segun ellas tendrá *infierno para siempre*, ó gloria para siempre. (Véase el texto citado últimamente). El Espiritismo niega la eternidad de las penas del infierno.

Jesucristo enseña la autoridad del sacerdote para absolver

los pecados que se le confiesen: *A quienes perdonáreis los pecados les son perdonados.* (Joan. xx). Y el Espiritismo niega la confesion.

Con que, ¿te parece si es la doctrina cristiana la que enseña el Espiritismo? Lee, compara y juzga tú mismo.

VII.

Pero al menos no negaréis que sus máximas son muy buenas: La caridad con el prójimo, abstenerse de blasfemar, perdonar á los enemigos... etc., etc.

Está bien, son excelentes: pero ¿por qué se gloria de ellas el Espiritismo si no son suyas? Centenares de años antes de que se conociese en el mundo la palabra Espiritismo, la Iglesia católica enseñaba ya estas máximas, y no sólo las enseñaba, sino que las practicaba. Jesucristo pudo gloriarse de haberlas dado á conocer por vez primera á los mortales. El Espiritismo no ha hecho más que tomarlas de la Iglesia católica y adornarse con ellas para disimular la fealdad de sus errores. Buenas máximas son, y tan buenas como que son divinas. Pero tambien era excelente el saludo que pronunció Judas al abrazar á Jesús, y no obstante en su boca era una máscara de vil traicion. ¿Qué importa que el Espiritismo me diga: «Ama á tu prójimo, perdona á tu enemigo, haz limosna,» si tras de esa máscara hermosa de caridad anda la mano del error que me roba la creencia en la divinidad de Cristo, la fe en su Iglesia, la confianza en sus Sacramentos? ¿Qué me importa la santidad de aquellas palabras, si no son más que el saludo hipócrita de un Judas que me vende á Satanás?

Sé que no pocas personas incautas se dejan alucinar por esta falsa caridad espiritista. Tú, amigo mio, cuando te venga uno de los tales con estos consejos, has de sonreirte y decirle muy tranquilamente: Bien, ¿y qué novedad me traes

con eso? Nada me dirás tocante á caridad que no lo haya oido mil veces en el púlpito de la iglesia y venerado en los Santos de sus altares. Antes que hubiese espiritistas habia ya Isabel de Hungría, Vicente de Paul, Pedro Claver, Camilo de Lelis, Juan de Dios, Roque de Montpeller, y otros y otros á docenas y á centenares que sacrificaron su posicion, su fortuna, su salud y hasta su vida por el bien de sus hermanos. Eres el grajo de la fábula, que se adornaba con plumas ajenas. Vuelve tus máximas, ladron, al Cristianismo de quien las has usurpado. Desnúdate de lo que no es tuyo.

VIII.

Sea como sea... hay espiritistas muy honrados, y tan honrados y más honrados que muchos católicos.

Es claro, amigo mio; no pretendo negarlo. Tambien hay judios muy honrados y moros muy honrados, y tambien hubo en la antigüedad paganos muy honrados, lo cual no significa que el judaismo, el mahometismo ó el paganismo sean la verdadera Religion. Esto significa sólo que, á pesar de su falsedad, habia entonces y hay tambien ahora corazones que no han acabado aún de pervertirse. Esto significa que hay hombres que por una feliz inconsecuencia obran regularmente bien, aunque su cabeza piense perversamente; como, por una desdichada inconsecuencia, hay otros que obran muy mal aunque su cabeza discurra muy bien. Sí, amigo mio: hay espiritistas que, á pesar de serlo, son más honrados que muchos católicos. Es cierto. Pero esto sólo prueba que algunos católicos son malos católicos; no que sea malo el Catolicismo, ni que sea mejor el Espiritismo. Además, y vamos al grano: tú me hablas de hombres honrados. Mira, óyeme bien; es cosa muy fácil ser hombre honrado; más fácil que ser perfecto católico. El mundo exige muy poca cosa para tal honradez; basta que no se robe ni se

mate á nadie, aunque por otra parte no se hile muy delgado en lo demás, tenemos ya al hombre honrado. En este sentido tambien hay ateos honrados, y materialistas honrados, y ¿querrás creerlo? hasta hay perros honrados, como que algunos á nadie muerden, ni pillan nada de la cocina, antes aman al amo y le sirven con fidelidad. Mira tú si es gran cosa esta honradez que puede tenerla hasta una bestia. Yo no hago mal á nadie, dice un prójimo, por esto soy muy honrado. Y el bobalicon cree haber dicho una sentencia y haber añadido una página al Evangelio. Como si no hacer mal á nadie significase que se ha hecho ya todo el bien que se debe hacer.

Ahora bien: esta honradez es la que tú ensalzas en muchos hermanos tuyos espiritistas. Buen provecho te haga. El Catolicismo no se contenta con tan poca cosa. Dios no se contenta con la observancia de uno ó dos mandamientos. Para ser hombre de bien es necesario ser *completamente* hombre de bien, es decir, serlo completamente para con Dios, completamente para con el prójimo, completamente para consigo mismo.

¡Pobre amigo mio! ¡Y tú tan contento con tu Espiritismo porque en él hay tambien hombres honrados! Hasta en las cuevas de ladrones y en las casas de prostitucion hay personas que se tienen por honradas, y que se ofenderian si se pusiese en duda su honradez. Quédate tú con tu honradez espiritista; yo me quedaré con mi Dios, mi fe católica, mis Sacramentos, es decir con mi honradez cristiana.

IX.

¿No habeis leido el Almanaque del Espiritismo? La mayor parte de los Santos han sido espiritistas.

He leido el *Almanaque del Espiritismo,* y no sé si admirar más en él su desvergüenza ó su ignorancia. Los autores de él han creido poder burlarse del público con el mayor descaro. Por-

que ¿puede haberlo mayor que darnos como *mediums* espiritistas á la mayor parte de los Santos católicos, falsificando, desmintiendo cuanto enseñan la historia y el sentido comun? ¿En qué dato histórico, en qué crítica medianamente fundada se apoya el *Almanaque* para convertir en espiritista á todo el que se le antojare? Si me diese á mí la locura de escribir que Julio César fué un fraile cartujo, ó Ciceron un cantante del teatro de la Opera, ó Mesalina una buena Hermana de la caridad, ¿merecerian contestacion mis desatinos? Pues lo mismo le acontece al disparatado *Almanaque espiritista* cuando dice tan sério que nuestro san Raimundo de Peñafort fué medium vidente, y san Francisco de Sales medium intuitivo, y san José, esposo de María, medium no sé qué, y san Isidro medium extático, y san Pedro y san Pablo mediums curanderos videntes y parlantes, etc., convirtiendo así en grotesca comparsa de videntes, parlantes y curanderos á los que la historia tanto sagrada como profana, nos presenta únicamente como buenos cristianos. El sapientísimo santo Tomás de Aquino figura allí como medium escribiente y semi-mecánico por añadidura. Nuestra Teresa de Jesús como medium escribiente intuitivo. San Agustin item, item. Y lo mismo san Ambrosio y demás Santos escritores. De suerte que para el Espiritismo no hay sabiduría que se explique á no ser por la mediumnidad. A cualquiera se le figurará que los autores espiritistas han debido entregarse á laboriosas investigaciones, á pacientes trabajos de crítica y de biografía para llegar á descubrir á través de los siglos y en tan conocidos personajes unas cualidades en que hasta ahora nadie habia soñado, de las cuales no nos habla la historia, ni nos rezan los monumentos, ni nada supieron sus contemporáneos. ¡Ca! no se meten en tales honduras los espiritistas. ¿Qué tal Santo curó prodigiosamente un enfermo? Cátale medium curativo. ¿Qué el otro tuvo una vision? Yo le declaro medium vidente. ¿Fué elocuente y persuasivo en sus predicaciones? Pues no pudo ser sino medium parlante. ¿Hizo libros admirables? Claro está; fué medium escribiente. A este tenor todos los hombres y mujeres podemos ser elevados á la categoría de mediums charlantes, comientes, durmientes ó delirantes, este último sobre todo si pertenecemos

al Espiritismo. ¿Y para dar todo esto al público sin más pruebas que el *porque sí,* han escrito los espiritistas su Almanaque? ¿No es esta la mayor de las desvergüenzas? ¿Por quién nos toman? ¿Creerán que nos mamamos el dedo?

Aunque yo creo que es todavía mayor la ignorancia que lo demás. De todos sus artículos exprimidos es imposible sacar un átomo de sustancia. Paz, amor, consuelos, inmortalidad, hé aquí la hueca palabrería que da á sus páginas el falso brillo de las lentejuelas esparcidas en un traje de comediante. Un artículo se titula *Divagaciones.* Este podria ser el título de toda la obra, condenada á perpetuo divagar sin principio, sin fin, sin derrotero seguro. Otro lleva por epígrafe: *¡Quién sabe!* Y empezando á disparatar sobre este fecundo tema llega á suponer sentido de dolor y de goce en los vegetales, por la sublime razon de que el Espiritismo no sabe «dónde empieza la vida ni la muerte, ni dónde empieza el sér, ni dónde empieza la inteligencia.» (Textual). ¿Qué es lo que sabe, pues, el Espiritismo si eso no sabe? Y si nada sabe, ¿qué viene á enseñar? «¿Quién sabe (no podemos resistir á la tentacion de copiar un fragmento *delicioso)* si en la sensibilidad de aquellos órganos (los de las plantas) y en la delicadeza de aquellas fibras se oculta una conciencia que siente, conoce y obra? ¿un *yo* que tal vez medita? Teniendo el espíritu tantos modos de manifestarse y tantas maneras de vivir, ¿quién sabe si al pisar la yerba, y al deshojar la flor, y al tronchar un arbusto producimos un dolor? ¡Pobres flores! Al espirar sus aromas, estudiemos en sus movimientos su lenguaje. ¡Quién sabe si los séres queridos que hemos perdido nos quieren decir, por medio de ellas, que no nos olvidan y que aún nos quieren!... ¡Quién sabe! *(Almanaque,* pág. 31).»

¡Válgame D. Quijote de la Mancha! ¡Cómo no nace hoy un nuevo Cervantes para emprenderlas con su sátira mortal contra tanto follon y malandrin espiritista ó espiritado! Sospechábamos hasta ahora que en la pobre cabalgadura que pacientemente nos lleva á cuestas podia existir *reencarnado* nada menos que el espíritu de un filósofo famoso ó de uno de sus abuelos; podíamos presumir como aquella dama espiritista, que el espíritu de su hijo muerto en la cuna habia

transmigrado al cuerpo de su perrito de faldas; todo esto era ya estupendo, maravilloso, piramidal; ¿quién habia, empero, de imaginar que hasta en las plantas tuviesen lugar tales reencarnaciones y transmigraciones? «¡Pobres plantas! No las troncheis, pues tal vez al troncharlas producís un dolor en algun sér querido que en ellas existe y siente.» Así lo dice el Espiritismo. No comeré en mi vida berzas, espárragos, ni tomates, por temor de hincar mi diente en algun pobre espíritu de algun prójimo infeliz que en ellos se haya *reencarnado*. No partiré un melon, ¿quién sabe si clavaria el cuchillo en las entrañas de mi madre? No arrimaré tizones á mi chimenea, ¿quién sabe si lo que allí chisporrotea son los amigos perdidos en mi juventud? ¡Quién sabe! ¡Quién sabe!

¡Sublime filosofía, que se llamará en adelante la filosofía del ¡quién sabe! ¿Por qué no acaban los espiritistas diciendo: Quién sabe si nosotros soñamos despiertos, y si andamos con nuestro Espiritismo, caminito, caminito del manicomio?

X.

No negaréis, á pesar de todo, que el Espiritismo como ciencia podria dar algun resultado.

Ya se ve: con el punto de partida del *quién sabe*, con el método de la *divagacion* y las demostraciones *porque sí*, hay lo bastante en el Espiritismo para constituir en un dos por tres una famosa ciencia que deje tontos y estupefactos á los nacidos y por nacer. Ya sé que el Espiritismo quiere venderse tambien por *ciencia*, y blasona muy mucho de ella. Sin embargo, poco costará demostrar que el Espiritismo nunca ha conocido el valor siquiera de esta palabra. *Ciencia* es una série de verdades que derivan todas de un mismo principio científico y se dirigen á un mismo fin, por medio de la

razon sola, si la ciencia es puramente racional; por medio de la observacion razonada, si la ciencia es experimental; por medio de la razon apoyada en la fe, si la ciencia es de las teológicas. Donde no hay un principio científico y un procedimiento científico, no hay ciencia. Es así que el Espiritismo no reconoce principio científico ni procedimiento científico. Luego el Espiritismo no es ciencia. El Espiritismo tiene por principio la autoridad de los espíritus, autoridad sospechosa, vária, falsa y por confesion propia muchas veces incierta é inconstante. El mismo Allan Kardec nos advierte que hay espíritus burladores amigos de engañar, y que saben hasta tomar la apariencia de los otros espíritus formales. Esto no es un principio científico. ¿Y el procedimiento? No puede ser más caprichoso. Cada fulano que se cree dotado de mediumnidad trabaja sobre las inspiraciones recibidas, y cuando le detiene el embrollo de sus ideas, bástale asegurar muy gravemente que los espíritus no han creido llegada aun la hora oportuna de aclarar aquel misterio, y cátate á mi filósofo tan satisfecho aguardando la oportunidad. Así lo ejecuta muy á menudo Allan Kardec. Por donde el Espiritismo no logrará formar sistema. Los datos sueltos y desligados que cada medium se gloria de recibir de su espíritu favorito serán siempre como piedras esparcidas en el campo, á las cuales falta para llegar á ser edificio la unidad del cimiento y la unidad del plan. Por donde á todo espiritista se le puede aplastar de buenas á primeras con una pregunta decisiva: ¿Cuál es tu símbolo? ¡Dame tu índice de verdades claras, ciertas, averiguadas! ¡Si eres Religion, dinos tu *credo!* ¡Si eres ciencia, dinos tu síntesis! ¿No los tienes? Luego no eres ni ciencia, ni Religion. Eres charlatanería.

XI.

Pero vos hablais de oidas ó sólo por lo que habeis leido. Se conoce que no habeis asistido á nuestras reuniones. Si hubiéseis visto lo que hemos visto nosotros, á buen seguro creeriais en el Espiritismo.

Es verdad, amigo mio, no he asistido, gracias á Dios, á vuestros conciliábulos, que puedo llamar muy bien con san Pablo *sinagogas de Satanás*. No he asistido, ni me vienen ganas por ahora de darme este buen rato. Pero dime en definitiva. Y ¿para qué quieres que vaya yo á las reuniones espiritistas? ¿Para ver fenómenos extraordinarios? ¿muebles que saltan? ¿manos que escriben por extraño impulso? ¿casos de doble vision ó de intuicion magnética? Pues, mira; todo esto lo he visto repetidas veces. ¿Dónde? En la sagrada Escritura y en la historia profana. Precisamente has ido á topar con persona imparcial. Yo no soy de los que ven en todas vuestras operaciones juegos de manos y supercherías. Creo que á veces hay algo de eso, mas creo tambien que muchas otras producis realmente apariciones maravillosas. Sin embargo, nada de esto es nuevo. La sagrada Escritura y la historia profana me han enseñado años há que la intervencion diabólica en las obras de ciertos hombres es un hecho, del cual no puede dudar quien tenga mediana fe católica y mediano criterio histórico. De consiguiente, no creo en los espíritus que enseña el Espiritismo, pero creo en el espíritu maligno que me enseña el Catolicismo; Satanás, Luzbel, ó el demonio, ó llámalo como quieras, del cual sois juguete los infelices espiritistas. Y cuanto más extraña sea la operacion, tanto más segura será para mí la intervencion del diablo en ella. Sobre todo cuando tales operaciones nunca presentan el verdadero carácter de milagros. El dia en que me

resuciteis un muerto, como hizo san Antonio de Padua, ó me cureis un paralítico con la señal de la cruz, como hacia modernamente en Barcelona el buen José Oriol, aquel dia creerémos que podeis algo en nombre de Dios. Pero mientras no veamos en vosotros más que efectos que no exceden el poder natural del espíritu maligno, á él y á nadie más atribuirémos vuestras maravillosas operaciones. Sois magos ó nigrománticos á la moderna, y nada más.

Ya ves, pues, tú, amigo mio, si ha de hacerme mucha falta el ver operaciones espiritistas. Asegúrote que nada me coge de nuevas. Lo que sí me sorprende es la incredulidad de muchos que creen en Dios, en la Iglesia y en el Evangelio, y se rien no obstante de las operaciones diabólicas, atestiguadas cien veces por Dios, por la Iglesia y por el Evangelio.

No seré, sin embargo, tan bobo que crea debidas siempre á tales causas superiores vuestras maravillas. No; mil y mil veces abusais de la buena fe, de la debilidad y de la imaginacion calenturienta de vuestras víctimas. Vuestras comunicaciones han cesado frecuentemente cuando un hombre despreocupado y resuelto se ha decidido á interrumpirlas con un rewolver ó una tranca, medios por cierto muy poco espirituales. La chismografía popular refiere acerca de esto anécdotas muy poco edificantes, aunque divertidas. ¿Por qué envolveis en las sombras vuestros misterios? ¿Por qué no evocais á la luz del dia á vuestros difuntos? ¿Temen el exámen del público vuestros aparecidos? El divino Jesús resucitó á Lázaro ante la inmensa multitud del pueblo judío, y nuestros Santos han obrado sus prodigios en las calles y plazas. ¿A qué la oscuridad si sois la verdad? ¿A qué recataros de las miradas imparciales? ¿Por qué no nos hablan vuestros espíritus á nosotros que sabrémos responderles ó ahuyentarlos? Jesucristo habló siempre delante de los escribas y fariseos, es decir, delante de un público prevenido contra él. Si vuestros espíritus desean convertirnos á su enseñanza, á nosotros deben dirigirse, no á vosotros que les estais ya entregados. ¡Pobres víctimas!

XII.

Lo cierto es que á mí el Espiritismo me ha curado de varias enfermedades. Y yo me atengo al refran español que dice: Hágase el milagro, aunque lo haga el diablo.

Pues buen provecho te hagan, amigo mio, la salud, el diablo y sus refranes. Tal refran es uno de los muchos que tienen un significado impío, si se reciben tal como suenan, y nadie te ha dicho que los refranes fuesen el Evangelio.

No dudes que el diablo ó los hombres ayudados por él pueden curar ciertas enfermedades, ante las cuales es impotente la ciencia humana. El diablo es un ángel caido y condenado, pero la caida y la condenacion no le hicieron perder, segun la teología católica, la superioridad de su inteligencia angélica, y por lo mismo aventaja en talento á todo entendimiento humano. Conoce, pues, las leyes físicas de nuestro organismo y la eficacia de los remedios mejor que los más reputados profesores, y puede comunicar sus conocimientos á quien le haya vendido su alma á este precio. La teología católica, es decir, la ciencia de los santos Padres, de los Doctores y de toda la Iglesia enseña, pues, que el demonio en virtud de este conocimiento puede causar á nuestros cuerpos daños incalculables, lo cual se llama *maleficio*, y propinar á su vez remedios eficacísimos, y en apariencia milagrosos.

Escúchame, pues. Puede que te sientas aliviado despues de una operacion espiritista. Quizá es mero efecto de tu imaginacion, la cual es tan poderosa, que muchas veces puede más que los remedios. Sabido es que muy á menudo basta creerse curado para estarlo pronto de veras, así como, al revés, basta creerse enfermo para enfermar realmente. Pero

áun sin suponer esto, puede curarte el Espiritismo en nombre de su inspirador el demonio, y tu curacion puede sonar á los oidos de los incautos como verdadero milagro. Pero ¿qué sacarémos de aquí? ¿Luego podemos valernos del diablo para obtenerla? Nunca, amigo mio, nunca. ¿Renegarias tú de Dios para salvar la vida? No. Luego tampoco puedes invocar al diablo para salvar la salud. El caso es el mismo. El diablo para alcanzar mi alma me dará si le conviene, y Dios se lo permite, salud, riquezas, honores y placeres. Pero mi deber es preferir la salvacion de mi alma á todos estos regalos de Satanás, que valen infinitamente menos que ella.

Entiéndelo. Cuando te vales de una operacion espiritista para alcanzar remedio en tus dolencias, entras en pacto implícito con Satanás, y le vendes tu pobre alma por el precio de aquel remedio que aguardas. Tal vez (no siempre) quedarás aliviado, pero quedarás en cambio condenado. Y yo, amigo mio, prefiero estar enfermo sirviendo á Dios que estar sano sirviendo á su enemigo.

Es así, y no hay más. El cristiano debe enfermar y morir antes que faltar á la ley de Dios.

XIII.

Con que ¿querréis decir que he hecho un gran pecado siguiendo al Espiritismo?

¡Y toma si lo hiciste! Has cometido pecado mortal gravísimo cada vez que has asistido á sus reuniones, leido sus libros (sin permiso), ó ejecutado sus prácticas. Y has vivido en ese estado de pecado mortal desde que por vez primera diste crédito á tales doctrinas. Y si de este modo has comulgado, sin confesarte de tales pecados, has cometido dos grandes sacrilegios. Y si te hallas enfermo de gravedad y no dejas y renuncias claramente tu herejía, no puedes recibir

los auxilios de la Iglesia, porque no eres hijo fiel de ella. Ni puedes ser honrado despues de tu muerte con sus ceremonias fúnebres ni con su sepultura. Y si en tal estado mueres, ten por cierta tu condenacion eterna en el juicio de Dios. Porque siguiendo el Espiritismo, has caido en la infidelidad, en la apostasía; has abandonado tu Religion. Eres un pobre hereje ó un miserable pagano.

¡Pobre amigo mio! No alces tus ojos para mirar el Crucifijo, porque tú eres espiritista, y el Espiritismo no cree que aquel Hombre clavado en cruz sea hijo de Dios vivo que resucitó de entre los muertos. Ni te fijes en la contemplacion de su divina Madre y nuestra, la siempre Vírgen María, porque el Espiritismo no ve en ella la Madre de Dios, sino la madre de un *medium*, como cualquiera otra mujer. No acudas á los santos Sacramentos, porque el Espiritismo no cree en estas cosas. Ni vayas á Misa, porque la Misa para el espiritista es una pamplina. ¡Pobre amigo mio! Y tú crees aún en muchas de estas cosas, porque los que te han seducido no se han atrevido á desplegarte toda su doctrina para no alarmarte. Sin embargo, el Espiritismo es muy claro en sus libros, donde puede hablar con mayor libertad; y en ellos niega clara y redondamente á Jesucristo su divinidad, al Evangelio su inspiracion, á la Iglesia la autoridad de su enseñanza. Voy á decirte una cosa, de la cual me ha convencido la lectura de la mayor parte de los escritos espiritistas. El Espiritismo en nuestra patria no es más que una máscara del protestantismo. La secta de Lutero, que no ha podido arraigarse poco ni mucho en esta tierra, á pesar de lo que para eso ha trabajado, ha llamado en su auxilio al Espiritismo. Y el Espiritismo, que toma todas las formas y colores, que es deista en unas partes, volteriano en otras, y en algunas hasta místico y mogigato, aquí en España habla casi siempre como protestante. Siempre la misma recomendacion del Evangelio *puro*, es decir, del Evangelio interpretado al capricho de cada cual; siempre el mismo odio á la enseñanza romana; siempre el mismo modo de citar las Escrituras, escogiendo hasta los mismos textos. La ridícula carta dirigida por los espiritistas de Barcelona *al Cura Párroco de Roquetas* no es más que una hoja protestante: allí apenas hay

Espiritismo, todo es Protestantismo. ¡Qué traidora astucia en unos! ¡Qué miserable ceguedad en otros! ¡Pobres espiritistas! ¡Allan Kardec os lleva por la mano hasta Lutero! Esta será vuestra situacion definitiva. Ahí pararéis. No seréis más que protestantes.

XIV.

¡Hablad claro, pues! Quiero salvar mi alma: no quiero vivir y morir en la herejía. ¿Qué hé de hacer?

Óyeme bien, pobre espiritista, óyeme bien y haz lo que te aconseja un amigo tuyo, á quien se le darian tres pitos del Espiritismo y de todas sus boberías si no anduviese envuelto en ellas el negocio de la perdicion ó de la salvacion de tu alma. Si por desgracia hubieses vivido más ó menos tiempo enredado en estas miserables supersticiones, empieza por deshacerte de cuantos objetos hayan contribuido á conducirte á tan mal estado. Quema todos los libros que hayas recibido de manos de los maestros espiritistas, aunque te hablen de Dios, y del cielo, y de la caridad con el prójimo, y de otras cosas buenas y buenisimas. Detrás de ellas anda el veneno mortal. Son libros impíos con máscara de piedad, y no puedes leerlos ni retenerlos sin permiso, bajo pena de pecado mortal. Apártate enteramente del trato de personas contagiadas de esta lepra, huye de sus centros y conciliábulos. La entrada en ellos te está prohibida tambien bajo pena de pecado mortal. No permitas que se te cure ni medicine con remedios de mal género en que intervenga operacion espiritista. Aunque estuvieses cierto que te han de volver la salud, aunque supieses que te va en ello la vida, no puedes tomarlos en modo alguno; y, si lo haces, caes tambien en pecado mortal.

Y luego acude á un buen confesor, y declara allí tu vida

pecadora, apóstata é infiel á Dios y á su Iglesia. Renueva á sus piés el aborrecimiento y la abjuracion de tus errores, y la profesion de la sana y consoladora fe católica, única verdadera. Y aunque tu falta de instruccion no te permita tal vez conocer todos los puntos en que te has separado de ella, y de consiguiente los puntos en que has de afirmar de nuevo tu creencia, bastará que le digas á Dios con los labios y el corazon: «Creo, Dios mió, todo lo que manda creer vuestra santa Iglesia católica, apostólica, romana, única verdadera. Condeno todo lo que ella condena por falso y contrario á mi salvacion, y estoy dispuesto á morir antes que renegar de esta fe y de esta vuestra enseñanza.» Te lo aseguro: sentirás renacer en tu corazon la paz, la serenidad y el consuelo de la vida verdaderamente cristiana, y verás disipársete los negros fantasmas de sombría supersticion con que el Espiritismo envuelve la imaginacion de sus víctimas. Como preservativo para en adelante te recomiendo la práctica de aquellos actos que el Espiritismo aborrece con mayor encarnizamiento, como son la frecuencia de los santos sacramentos de la Confesion y Comunion, la devocion á María, que es la primera á quien atacan todas las herejías, y la asistencia á los actos de tu parroquia y á la palabra de Dios que desde el púlpito se dirige á los fieles, porque gran parte de los estragos del Espiritismo se deben, no lo dudes, á la ignorancia religiosa de muchos de nuestros hermanos. Haciéndolo así, te salvarás, y llegará dia en que te burles tú mismo de los tiempos en que estuviste sumido en tan groseros errores, y bendecirás este opúsculo, que tal vez te ayudó poco ó mucho á salir de ellos. ¡Dia feliz en que caerán las vendas de los ojos, en que volverán á Dios y á la verdad tantas inteligencias y corazones hoy miserablemente extraviados! Ruego á las almas católicas no cesen de dirigir al cielo sus súplicas á esta intencion, apresurando con ellas el movimiento de la gracia divina sobre tantos infelices pervertidos.

XV.

Y por si vuelve con sus mentiras á predicarme el predicador espiritista, ¿no sería bueno me diéseis vos aquí algunas respuestas cortas y sencillas con que taparle la boca?

Sí, sí, amigo mio, sí; á eso voy, y con eso quiero dar fin á ese humilde trabajo. Vendrá á ser un breve resúmen de todo él. Porque el diablo volverá á la carga sobre ti, no lo dudes, é intentará reconquistar la plaza que Jesucristo le ha arrebatado. Escucha, pues, y aprende lo que debes decir á quien de parte del diablo intente otra vez seducirte.

Lo primero que has de pedirle es un *símbolo*, un compendio, digámoslo así, de sus creencias. Que te diga su *credo* limpio, claro, sin rodeos ni equivocos. Verás como no sabe qué responderte. Y si algo quiere contestar, verás como cada espiritista te contesta con un *credo* distinto.

A todo lo que te proponga como *verdades* espiritistas no has de responder más que una cosa: ¡Pruebas! ¡Pruebas! El Catolicismo, para quien lo ha estudiado bien, es exacto como las matemáticas. Desde la existencia de Dios, su dogma fundamental, hasta la última ceremonia de su culto ó la última palabra de sus rezos, procede con una série rigorosa de demostraciones. El Espiritismo, edificado al aire, nunca se acuerda de probar lo que sienta. ¡Pruebas! ¡Pruebas! Esta sola peticion tan natural y tan razonable basta para hacerle enmudecer. La lógica es mortal á los impostores.

Cuando tu falta de instruccion no te permita sostener una polémica, no la sostengas; dañarias á la causa de la verdad, proporcionando un fácil triunfo á sus enemigos. Cree y calla, ó consulta á quien sepa más que tú. Si eres hombre de tiempo y capacidad, estudia. El Catolicismo sólo pide ser conocido. La ignorancia es su peor enemigo. Sin acudir á

los grandes Doctores de las escuelas, en nuestro mismo siglo hallarás porcion de libros excelentes que hacen su apología en todos los terrenos. Balmes, Donoso Cortés, Wisseman, Nicolás, han elevado la polémica católica á un punto desde el cual se puede responder satisfactoriamente á todos los ataques. Si no puedes remontarte tan alto, toma á Segur, y en sus admirables libros de polémica popular, principalmente en sus *Respuestas*, en su *Confesion* y en sus *Veladas religiosas* hallarás lo suficiente para dar cuenta exacta de tu fe y defenderla victoriosamente contra todo el mundo.

Podrá ser que el espiritista semi-protestante como es, te llame con preferencia al terreno de las sagradas Escrituras. Santas son las sagradas Escrituras, pero interpretadas al capricho de cada cual pueden llegar á ser perniciosísimas. Este es el error protestante. Sin embargo, no rehuyas la polémica aún en este terreno, pues te es completamente favorable. Voy á ponerte á continuacion una série de textos á propósito de la cuestion presente.

XVI.

Textos de la sagrada Escritura con que tapar la boca á los espiritistas.

Si te dicen que no hagas caso de lo que te enseña la Iglesia, que no sigas sino las enseñanzas de los espíritus, que te dejes de sermones y de obispos, respóndeles con estas palabras dichas por Jesucristo y aplicadas al caso: *El que no oyere á la Iglesia sea tenido como gentil y publicano.* (Matth. VII, *v.* 15).

Si te ponderan la extrañeza de los fenómenos que el Espiritismo obra en sus conciliábulos, las curaciones extraordinarias, las comunicaciones invisibles, etc., etc., díles que Jesucristo tambien nos advirtió sobre este punto cuando nos dijo: *Mirad que se levantarán muchos falsos cristos y falsos*

profetas, y harán alarde de grandes maravillas y prodigios, por manera que, si fuera posible, áun los escogidos caerian en error. (Matth. XXIV, 24).

Si te quieren abonar su doctrina con la falsa honradez y aparentes virtudes de sus maestros, recuerda que el mismo Jesucristo nos ha avisado con estas palabras: *Guardaos de los falsos profetas que vienen á vosotros disfrazados de ovejas, mas de dentro son lobos devoradores.* (Matth. VII, 15). Y aquellas otras del apóstol san Pedro: *Sed sobrios y vigilantes, porque vuestro enemigo el diablo, como leon que ruge, anda en torno de vosotros buscando á quien devorar. Resistidle, permaneciendo firmes en la fe.* (I Petr. V, 8).

Si te dijesen que su enseñanza perversa les ha venido del cielo por medio de inspiraciones superiores, échales en rostro aquellas palabras tan resueltas de san Pablo, que excomulga á todo el que anunciare cosa opuesta al Evangelio, aunque, por un imposible, fuese un mismo ángel del cielo, ó el mismo propio apóstol san Pablo. Óyele, que está terrible: *Aun cuando nosotros ó un Angel del cielo os predicase un Evangelio diferente del que nosotros os hemos anunciado, sea anatematizado.* (Galat. I, 8). Y lo repite poco despues: *Cualquiera que os anuncie un Evangelio diferente del que habeis recibido, sea anatematizado.* (Galat. I, 9).

Y si por fin te alabaren la belleza de sus máximas, lo celestial de sus consejos, su caridad, su amor al prójimo, etc., etc., recordarás que las cosas más feas siempre son las que escogen máscaras más hermosas para disfrazarse, en términos que hasta el príncipe de las tinieblas sabe presentarse cuando le conviene como ángel de luz. San Pablo, que entendia de estas materias, te lo dirá de un modo claro, y tú puedes decírselo á los espiritistas: *Tales falsos apóstoles,* dice, *son operarios engañosos que se disfrazan de Apóstoles de Cristo, y no es de extrañar, pues el mismo Satanás se transfigura en ángel de luz.* (II Cor. XI, 13 y 14).

Basta. Con esto tienes lo suficiente para devolver tiro por tiro, afirmándote en la fe católica única verdadera. Te lo aseguro. Nada querrán contigo los que te vean pertrechado con tan firmes argumentos. Pídele á Dios gracia para manejarlos con destreza; trata con caridad á los mismos infelices

á quienes vieres más endurecidos y obcecados; no olvides que se debe *guerra á muerte* á los errores, pero al mismo tiempo *amor hasta la muerte* á las personas alucinadas; ora frecuentemente por ellas, y deja lo demás al cuidado de la Providencia.

XVII.

Argumento decisivo del cual no se levanta ningun espiritista.

Supongamos (¡absurdo!) que fuese aún dudosa la cuestion entre la verdad católica y la mentira espiritista. Supongamos que nada sabemos de uno ni de otro, ó que en pro de uno y de otro tenemos iguales razones. Escúchame bien y luego resuelve.

Segun el Espiritismo, los católicos, aunque no nos movamos de nuestra fe, podemos salvarnos. ¿A qué, pues, movernos?

Segun el Catolicismo, no se pueden salvar los que siguen á sabiendas doctrinas opuestas á la católica. ¿A qué, pues, abrazarlas?

¿Qué gano dejando el Catolicismo y abrazando el Espiritismo? Nada; porque, segun los espiritistas, tambien me puedo salvar no siguiendo su falsa doctrina.

¿Qué aventuro en cambio abrazando el Espiritismo y dejando el Catolicismo? Todo: porque, segun la doctrina católica, nadie que á sabiendas esté fuera del Catolicismo puede salvarse.

El sentido comun, la conveniencia propia y el instinto de seguridad aconsejan, pues, que no me mueva del Catolicismo.

Más claro. El Espiritismo me dice: Aunque no me sigas, te salvas. El Catolicismo me dice: Si le sigues, te pierdes.

Nada arriesgo, pues, con no seguir el Espiritismo. Todo lo arriesgo, al contrario, si le sigo.

Positivistas del siglo, ¿qué os dice aquí la razon? ¿Qué es lo más seguro? Claro está: seguir en el Catolicismo.

Más claro aún. Si se equivoca el Catolicismo, nada pierdo. Si sale falso el Espiritismo, lo pierdo todo. Hombres de negocios: aplicad aquí el criterio que aplicaríais á una empresa mercantil. ¿Qué haríais? Seguir el Catolicismo. No moverse, pues, del Catolicismo.

Esta sencilla argumentacion, deducida de los mismos principios del enemigo, ha convertido á varios protestantes de buen sentido. ¡Quiera Dios en su misericordia infinita que produzca idénticos resultados en tantos pobres espiritistas!

LOS MALOS PERIÓDICOS.

LOS MALOS PERIÓDICOS.

I.



CREO, lector, que si Satanás hubiese de encarnarse en algo digno de su perversidad y de su odio á Dios y al género humano, encarnaríase en un mal periódico. Recorriendo con la imaginacion lo mucho malo que sobre la haz de la tierra ha vomitado el infierno desde el pecado de Adan hasta las blasfemias de hoy dia, nada encuentro tan diabólicamente corruptor como un periódico impío. Así deben de haberlo conocido tambien los enemigos de nuestra fe y de la felicidad del pueblo cuando tan buena maña se han dado en llenar el mundo de esta funesta mercancía. El género abunda, mi buen amigo, y del mismo modo que no son los solos ladrones los que van al presidio, pues no pocos andan y triunfan por calles y plazas, así no sólo es enemigo tuyo y de tu fe el papelucho prohibido por la Iglesia; muchos llevas cada dia entre manos merecedores de tú execracion. Voy, pues, á hablarte en general de los malos periódicos.

El periódico se reduce á cuatro ó más páginas de papel, bien ó mal redactadas, peor ó mejor impresas, que se introducen cada mañana en el hogar, en el taller ó en el almacen de tres, cuatro ó cinco mil hijos del pueblo. El periódico es,

pues, un huésped que admites todos los dias en tu casa, para comer con él desde el desayuno hasta los postres de la cena, para que con el mismo conversen familiarmente, íntimamente, tu mujer, tus hijos y tus dependientes. Es un desconocido á quien abres cada dia la puerta para que una vez dentro de tu habitacion diga lo que se le antojare, enseñe lo que convenga ó no convenga, instruya ó desmoralice, sin que nadie le vaya á la mano. El tal desconocido puede contarle hoy á tu hija una anécdota infame que robará á su corazon la inocencia, y hará salir á su rostro los colores de la vergüenza. Puede enseñarle á tu hijo á despreciar á Dios, á ridiculizar al sacerdote y á sacudir el yugo de los santos deberes de la familia. A tu dependiente le dirá tal vez que es necesaria la emancipacion del obrero y el exterminio de los tiranos como tú, que ejercen la feroz tiranía de ser más ricos que él ó más industriosos. Predicará, en fin, lo que le diere la gana, en verso ó en prosa, en gacetillas ligeras ó en graves artículos, en cuento, en historia y áun en anuncios; que el diablo es tan sagaz que hasta de esto sabe sacar su provecho el maldito. Y tú descansarás tan tranquilo en la seguridad de que diste á los tuyos excelente educacion, de que en casa no falta el Rosario, y se va á Misa los dias de guardar, y se observan todos los Mandamientos. Y ¡no adivinarás de dónde le vino á tu hijo aquel arranque de insubordinacion ó aquella máxima perversa que le oiste, ó á tu hija aquella su desenvoltura y ligereza de cascos que la van volviendo tan desemejante á su madre! ¡Cáspita con los cortos de vista! ¡Y averiguarás solícito con quien se acompaña el muchacho en sus juegos, ó á quien mira la niña ó á quien dejó de mirar, sin tener en cuenta que aquellas cuatro páginas de mal papel que cautelosamente se te introducen por debajo la puerta pueden ser la verdadera causa de todos tus disgustos!

Todo este peligro tiene un periódico malo. Pero ¿cómo me dirás, puede caber en sér tan insignificante tanta malicia? Sencillísimo. ¿Has oido decir lo del refran de que la gota cava la piedra? Pues bien; el periódico ruin es una gota tambien, pero una gota de veneno corrosivo capaz de hacer mella en los corazones de mejor temple, sobre todo si los

halla desprevenidos; es una gota, pero gota que cae sin cesar cada dia, cada dia, sabiendo que la constancia, así en el bien como en el mal, obra prodigios. Y si el periódico, con ser perverso, sabe presentarse con los atavíos del buen decir y con el atractivo del gracejo, es entonces gota de veneno azucarada que tragarán, no sólo con facilidad, sino hasta con delicia, cuantos en el mundo suelen no guiarse por otro criterio que el del paladar, que son innumerables.

¡Espanto causa pensar con qué ligereza se ábren las puertas del honrado hogar á ese enemigo doméstico, silencioso autor de la mayor parte de los desastres morales que lamentamos en la patria y en la familia! ¡Irrita la glacial indiferencia con que padres bonachones miran en manos de sus hijos ó en el taller de sus dependientes aquellas páginas venenosas en que se enseña el desprecio de todo lo respetable, desde la suprema autoridad de Dios hasta la de los últimos delegados en la tierra! Y á una observacion cualquiera que sobre esto se haga se contesta con la mayor tranquilidad, y soltando tal vez la carcajada: ¡Oh! ¡es un periódico! ¿Quién va á hacer caso de los periódicos? ¡No seais intolerante!

Tú, lector, has sido tambien acaso uno de los cortos de vista a quienes así he oido hablar. Y has abierto diariamente la puerta de tu domicilio á alguno ó algunos de esos desconocidos, dispuestos á envenenar el corazon de tus hijos, que por otra parte quisieras conservar tan puros é inocentes. Y no sólo le has abierto la puerta, sino que le has invitado, y le has dado dinero encima para que viniese á ejercer entre los tuyos su negro oficio de corromper. ¡Infeliz!

—Pero vos, señor, anatematizando los malos periódicos, parece envolveis en vuestra excomunion mayor á todos indistintamente. El género abunda, habeis dicho; ¿cómo he de distinguir, pues, el legítimo del averiado? ¿Qué marca distingue á ese contrabando?

—La pregunta ó las preguntas están, lector amigo, muy en su lugar. Ten alguna paciencia, y sobre esto voy á decirte en este opúsculo cosas curiosas. Aquí verás pintados con sus pelos y señales los malos periódicos, de quienes debes guardarte como del mismo diablo que en ellos te viniese empapelado!

II.

Acabo de prometerte algunas señas con que distinguir fácilmente á los periódicos de buena ley de los perversos ó averiados. Tarea importante y de urgente necesidad en los tiempos en que vivimos, pero tambien enojosa hasta cierto punto, y repugnante y antipática segun como se la considere. A más de cuatro lectores véoles torcer el gesto, y arrugar la frente doliéndose de que un periodista (que lo soy, aunque indigno) se meta á acusador de algunos de sus colegas, denunciándolos á la opinion pública como sospechosos, y excitando contra ellos la indignacion de las gentes honradas.

Tremenda es la imputacion, y bastara ella sola para que soltase yo al momento la pluma cual si quemase mis dedos, á no estar persuadido, y mucho, de que no me coge de frente ni de través el feo dictado de delator. No, porque no voy á designar personas: ni siquiera nombraré periódicos determinados. Si alguno por desgracia se halla comprendido entre los que yo reprobaré como detestables, conste que no soy yo quien tengo la culpa. En su mano está no caer bajo la censura de los que como yo reprueban con franqueza lo que merece ser reprobado.

Los malos periódicos divídense en dos clases: la de los descarados y la de los hipócritas. La primera es poco abundante, y por muchas razones la menos temible. La segunda es numerosa, y por distintos conceptos la más funesta.

Descarados: llamo así á los que paladinamente y sin rebozo manifiestan el plan de combatir la Religion y las buenas costumbres. Los tales suelen negar claramente á Dios, á Cristo y á la Iglesia; en Religion suelen ser ateos, en moral sensualistas, en politica demagogos, en economia apóstoles del socialismo. El odio á Dios y el odio á la sociedad suelen ser las musas ocultas que inspiran sus venenosos articulos; la obscenidad y el escándalo su salsa y sus recursos oratorios. No se sabe de ellos á punto fijo si corrompen las cos-

tumbres para extraviar las inteligencias, ó si, viceversa, pervierten las inteligencias para corromper las costumbres: de tal suerte andan allí á una revueltos el error y la inmoralidad.

No es simpática esta especie; su deformidad la hace repugnante áun á los más desalmados. Los que con tales armas procuran combatir la Religion y la moral muéstranse verdaderos aprendices en el oficio; suelen ser jóvenes inexpertos, ó viejos á quienes el furor ciega hasta el punto de desconocer los más triviales rudimentos de la estrategia. Acostumbran aparecer únicamente en épocas de público trastorno; no escriben para la discusion, ni siquiera para la lectura sosegada, sino para producir la impresion del momento, ó para desahogar la bilis largo tiempo comprimida. Se les conoce hasta por el título, y respecto de ellos es imposible la equivocacion. Su vida suele ser corta: agotado el diccionario de los insultos y de las desvergüenzas, vuelven como la serpiente al antro de donde salieron, sin dejar al parecer rastro ni huella.

¿Quién no ha tenido la desgracia de alcanzar alguno ó algunos de estos periódicos en los últimos años? ¿Quién no los ha leido con verdadero estremecimiento, cual si el veneno que de sus columnas chorrea debiese matar con solo el contacto? Todavía circulan entre nosotros tales mónstruos de perversidad, introduciéndose con preferencia en el taller del pobre, porque saben que la víctima está allí más desprevenida, y la caza es por consiguiente más segura.

¡Rasgad, rasgad, hijos del pueblo, la página impía que os dice lo que jamás en vuestra vida quisiérais oirles á vuestros hijos y á vuestra mujer! ¡rasgad el papel infame que intenta haceros felices predicándoos el odio como único sentimiento digno de vuestro corazon! He paseado mis ojos con horror por estas producciones del infierno, y no he podido hallar otra palabra con que compendiar sus horribles doctrinas que esta: aborrecer. Aborrecer á Dios, porque refrena mi fiero antojo; aborrecer á la Iglesia, porque me habla de Dios; aborrecer á la autoridad, porque me obliga á obedecer la ley; aborrecer á los ricos, porque no he sabido ó no he podido hacerme del número de ellos. Aborrecer, en una pala-

bra, todo lo que sobrepuje de una línea el bajo nivel de mis ruines sentimientos. ¡Y eso á título de dignidad, de emancipacion social y de no sé cuántas otras cosas! ¡Y con esto se pretende educar al pueblo, ilustrarle, ennoblecerle, redimirle, emanciparle! ¡Falsos apóstoles! ¡Mirad vuestra obra! Mirad los pueblos modernos sin Dios y sin ley, desgarrándose á sí mismos las entrañas en el ciego delirio de la desesperacion provocada por tantos años de lectura subversiva! Y el ariete que ha logrado conmover hasta los cimientos el poderoso edificio, no lo dudeis, es en primer lugar el periódico ruin.

Pero no es sólo al periódico descarado á quien hay que hacer merecida justicia. Cábele la parte peor, por su mayor grado de perversidad, al periódico hipócrita.

III.

El periódico malo por excelencia es el periódico hipócrita. La casta abunda; señal evidente de que el enemigo ha conocido desde lejanos tiempos ser esta el arma más poderosa que podia esgrimir contra la verdad. El periódico impío es arrojado con desden ó con indignacion por el hombre á quien las pasiones ó los errores no han acabado de corromper completamente; de donde se sigue que, por regla general, el lector de un periódico descaradamente perverso poco tiene ya que perder en punto á moralidad y sanas creencias.

No así el periódico hipócrita. Este es una celada, un lazo constantemente tendido á la gente de bien; es una emboscada pérfida escondida al abrigo de frases moderadas, y quizás, quizás devotas y compungidas; es una arma cargada con pólvora sorda que hiere y mata sin ruido, sin que la víctima haya podido muchas veces precaverse, y, lo que es peor, sin que frecuentemente ella misma se aperciba del daño recibido. El efecto del periódico hipócrita es lento como el de cier-

tos venenos que debilitan paulatinamente, y dan al estrago que causan todas las apariencias de una enfermedad natural. El desdichado que de buena fe traga diariamente la toma funesta que cautelosamente le va administrando desde su redaccion un enemigo sagaz, siente entibiarse insensiblemente sus creencias; el fervor de otros dias va pareciéndole exageracion mujeril; los generosos arranques del alma cristiana parécenle ya rasgos de grosera intolerancia. El misero envenenado no acierta á ver la mano infame que va apagando en su corazon todo el fuego de las convicciones arraigadas, para darle en su lugar cierta condescendencia (hoy muy en boga) con todas las opiniones, que así empieza á llamar él á las creencias; cierto justo medio como excelente criterio en todas las polémicas; ciertos respetos por los derechos del libre-pensamiento, no muy avenidos con la caridad evangélica que manda, sí, amar á los adversarios, pero tambien aborrecer con *odio cordial* sus perniciosos errores, y detestarlos y combatirlos sin tregua.

La sociedad actual, atosigada por el influjo de los periódicos hipócritas, débeles, lectores mios, su decaimiento moral, su falta de convicciones sinceras, su profunda indiferencia para todo lo que no sea cuestion de intereses materiales. ¡Ah! ¡pluguiese al cielo que todos los periódicos hostiles á la verdad estampasen cada dia al frente de sus números el satánico «guerra á Dios,» que sólo unos pocos han tenido la franqueza de proferir! ¡Cuántos espíritus, hoy traidoramente seducidos, rasgarian con horror el impío artículo que hoy sin escrúpulo devoran! ¿Por qué no han de tener nuestros enemigos la franqueza del mal, como tenemos nosotros la franqueza del bien? ¿Por qué? ¿Quieres saberlo, lector? Apuntado te lo dejé hace poco. Porque el diablo, que es muy listo porque es muy viejo, sabe de estrategia como cien Moltkes y mucho más.

—Medrado estoy, señor mio, y ahí donde me ve, póneme vuesa merced con esta advertencia en muy buen aprieto. Si tan listo y tan disfrazado anda culebreando el enemigo entre nosotros, será cosa de que andemos los hijos del pueblo siempre recelosos y desconfiados, sin atrevernos á tender la mano á periódico alguno que no muestre antes el visto bue-

no del fiscal eclesiástico. ¡Y digo! ¡bonitos están los tiempos para censuras y fiscales! Al vapor se escriben los periódicos, y al vapor me los venden ó me los dan en plazas y paseos, y léolos yo al vapor, sin tener tiempo de meterme en profundas investigaciones. Y luego, si el veneno anda allí tan desleido ó tan azucarado, ¿quién diablos se libra de él, como no tenga muy finos paladar y olfato?—

¿Decididamente quieres, lector sencillo, algunas reglas prácticas para discernir en lo posible á los enemigos de los amigos en este campo de batalla de la prensa periódica? Vaya en gracia, pues; voy á ser franco, y, como dice el refran, á quien Dios se la diere san Pedro se la bendiga.

IV.

¿Quién es capaz de describir el periódico hipócrita? ¿A quién se le ocurrirán, para presentarlos en lista, los mil y un disfraces de que echa mano cada dia para seducir á los incautos y obtener entre ellos cierto crédito de honradez, cierta reputación católica que le permita ser introducido como amigo allí donde precisamente desea ejercer en mayor grado su maléfica influencia? ¿Quién podrá enumerar las fervientes protestas de religiosidad (á toda prueba), de sumision á la Iglesia, de respeto á su Cabeza, que constituyen tal vez la máscara de sus siniestras intenciones? Voy á describirte, lector curiosísimo, dos tipos de esta familia infernal: en ellos verás reunidos los rasgos y distintivos que caracterizan á todos los demás.

Como en todos los ramos de la humana industria, hay aquí una division que señalar; la de los torpes y la de los hábiles. El hipócrita torpe se conoce á la legua; á cada paso que da levántasele por su descuido una punta ú otra del disfraz, y descubre sus interioridades. El hipócrita hábil es más reservado; rara vez se le coge desprevenido; hay que sorprenderle con gran cautela, hay que observarle por mucho

tiempo y con gran detencion, haciéndose cargo de todos sus detalles, para llegar á conocerle al través del antifaz.

¡Mírale al hipócrita torpe! Encabeza su número con las Cuarenta Horas, Corte de María y Santos del calendario. Tiene su seccion de anuncios religiosos, é inserta con frecuencia descripciones de los actos del culto más extraordinarios. Esto es el barniz, la máscara, la saya de fraile que le cubren. ¿Quieres ver el rostro verdadero y los cuernecitos de Satanás asomando debajo del negro capuz? Lee la gacetilla, las correspondencias, el fondo; á caza siempre de anécdotas que puedan poner en ridículo el buen nombre de un ministro del altar; elogios á todas horas para toda disposicion legal que tienda á mermar la legítima influencia de la Iglesia sobre la sociedad; en todo conflicto entre la Iglesia y la Revolucion siempre dando su voto favorable á la Revolucion y condenando las demasías (así las llama) de la Iglesia. Abogado incansable del matrimonio civil que la Iglesia ha condenado; campeon decidido de la inicua desamortizacion que tiende á envilecer la obra de Dios; rabioso enemigo de las Ordenes religiosas, que son las niñas de los ojos del Catolicismo, no hay patraña que no invente, ni escándalo que no propale, ni calumnia que no halle acogida en sus desvergonzadas columnas. Uno de los tales difamó un dia en una de sus correspondencias á dos ilustres Comunidades de París. Si lo que en aquella asquerosa página se dijo de ilustres señoras y de distinguidos caballeros se hubiese dicho de la madre y de la esposa y de las hijas del periodista, éste hubiera acudido á los tribunales ó hubiera desafiado á muerte al autor de tan grosera villanía. Pero como el ultrajante es un periódico, y los ultrajados visten hábito de Religion, el que autorizó en el suyo la vil calumnia paseaba tranquilamente y sin rubor las calles como los demás hombres honrados. En nombre de la moral, siquiera sea la universal ó revolucionaria, en nombre del decoro público, en nombre del derecho que tiene cada uno á su fama, dígolo hoy en alta voz para que todos me oigan y para arrancarles la ilusion á muchos crédulos lectores. Las Cuarenta Horas, el Santo del dia, la visita de la Corte y los anuncios religiosos del que así se porta no son sino máscara torpe y mal disimulada del odio más feroz contra el Catolicismo!

O sino, digaseme con lealtad y franqueza: ¿se puede ser católico y andar expiando, acechando, aprovechando á todas horas todas las ocasiones de vilipendiar y hacer una guerra mortal al Catolicismo? ¿Se puede ser católico y cantarle todo el dia el *trágala* á la Iglesia de Dios? ¿Se puede ser católico y estar cada dia al lado de sus enemigos en esta fiera lucha que está sosteniendo hoy de un confin á otro de Europa? ¿Se puede ser católico y poner en ridiculo la convocacion del sagrado Concilio antes de reunirse, y burlarse de su suprema autoridad una vez reunido, y declarar guerra sin cuartel á sus decisiones despues de promulgadas? ¿Se puede ser católico con estas condiciones? Puede que sí, pero no de nuestro Catolicismo, no del Catolicismo del Papa, no del Catolicismo de Cristo-Dios.

La falta de habilidad de algunos de nuestros cofrades en este particular raya en lo increible: en Semana Santa, para condescender con el sentimiento dominante en aquellos dias de Religion, cantan plañideras endechas á la muerte del Salvador y dedican artículos lacrimatorios á su santa Pasion en aquellas mismisimas columnas en que ultrajaron dias antes á la Iglesia fundada á costa de la preciosisima Sangre derramada por aquel mismo Salvador en aquella Pasion misma. Cargue el diablo con tanta piedad y con tan desacostumbrados fervores. A mí sólo se me antoja citar ahora un recuerdo que le viene á mi asunto como un cirio á un altar. Cuando Satanás en las vidas de los Padres del desierto se transformaba en austero solitario para seducir á aquellos insignes penitentes, hacíalo á las mil maravillas; oraba con ellos, y áun tal vez les ayudaba á cantar su mística salmodia. Pero rara vez se engañaban aquellos varones de santa memoria. Pronunciaban el nombre de Jesús, y á ese poderoso conjuro perdia la calma el maligno disfrazado, y marchábase, rabo entre piernas, asordando la soledad con sus terribles aullidos. Los católicos de hoy tenemos una palabra poderosa con que arrancar máscaras á Satanás cuando se nos presente en hábito de periodista católico. Echadle á las barbas la palabra *Papa*. Ese santo vocablo le abrasa la piel, como al diablo el agua bendita. Veréisle enfurecerse, perder en un punto los estribos, soltar la blasfemia revolucionaria. Entonces habeis

logrado vuestro intento: habeis descubierto, como dice el refran, que «bajo del sayal hay al.» Habréis echado por el suelo la careta de un hipócrita torpemente disfrazado.

Pero, ¿y la del que se disfraza con habilidad?

V.

Te puse de manifiesto las trampas y bellaquerias del periódico hipócrita torpe; ¿cuántas veces habrás tenido ocasion de ver aplicadas en la práctica las observaciones que te hice?

No es de los tales de quienes voy á hablarte ahora. Dejemos ya en paz y honrosamente retratados á los periódicos hipócritas torpes. Quiero ocuparme del periódico hipócrita hábil. Es difícil de retratar. Por más que se le aplique cien veces la máquina fotográfica, tiene tal destreza en ladearse, y toma tantas y tan variadas actitudes, que no se sabe por donde cogerle. Es necesario hallarle desprevenido, y esto sucede poquísimas veces, porque es hábil. Así que difícilmente puede darse con exactitud su perfil; bastante se hará con apoderarse de alguno de sus rasgos más salientes, para que sirva como de contraseña para reconocerle.

La máscara del periódico hipócrita hábil suele ser en primer lugar la moderacion. Vean Vds.: es moderado, templado y comedido hasta en la defensa de su fe atacada con frenesí y furor por sus enemigos. En el asalto de una combatida fortaleza él no se pondria de parte de los sitiadores, no, jamás; limitaríase á recomendar la calma, la moderacion y la templanza á los combatidos. A los primeros no les vituperaria la fiereza del ataque; ¿por ventura no están en su derecho legal? Pero á los defensores les tacharia de execrable sinrazon el vigor de la defensa. Una Revista salia á luz en España poco antes de la última revolucion. No queria pasar por anticatólica. Estaba magistralmente pensada y magis-

tralmente escrita. Aguilas de ojeada muy certera descubrieron en ella, al través de sus habilidades, el odio más profundo al Catolicismo. No se engañaron. Al romper la Revolucion sus diques, los autores de aquellos sesudos artículos fueron los que hicieron derramar las primeras lágrimas á la Iglesia española. Eran hipócritas hábiles.

El tipo que estoy sacando á la vergüenza suele tener, en segundo lugar, una palabrita que es la clave de todas sus operaciones y el secreto de todos sus equilibrios en la cuerda floja. Esta palabra dulce, blanda, acomodaticia, es la gran palabra de hoy, la gran palabra del siglo, la palabra compendio de todo el sistema filosófico de ciertas gentes. Esta palabra no es nombre, ni es verbo; es una simple conjuncion, que ningun gramático reaccionario hubiese soñado llegase á tener con el tiempo tal importancia. Esta palabra mágica es el *pero*. Un *pero*, soltado á tiempo y con habilidad, es el admirable comodin con que se sale de todos los apuros y se contenta á todo el mundo. Con él se puede hacer, no como Jano, cara á dos, sino cara á ciento, como no imaginó jamás la mitología. Con un buen *pero* se unen cosas al parecer perpétuamente irreconciliables, como son el espíritu católico y el espíritu revolucionario, el amor á la Iglesia y el entusiasmo por sus opresores, etc. Se puede decir, como se decia no ha mucho: El Papa está en su derecho de convocar el Concilio, *pero* no conoce que los tiempos no están para eso. Lo de Víctor Manuel es una villanía, *pero* el *Non possumus* del Papa es una terquedad. La Iglesia ha sido la gran civilizadora del mundo, *pero* en el siglo actual no debiera oponerse á la corriente de las ideas. La unidad católica es gran bien, *pero* no por eso queremos la intolerancia. ¿Quién no ha leido estas y otras frases por el estilo? ¿Quién no conoce á alguno ó algunos de estos periódicos *sabios*, que se erigen en intermediarios y amigables componedores entre la Iglesia y Satanás, dando lecciones á uno y á otro, y lamentando melodramáticamente que por no seguir sus *prudentes* consejos se perjudique á la causa de la fe, que ellos indudablemente defenderian mejor que los mismos encargados de defenderla? ¿Qué es un catolicismo con *peros*, sino un catolicismo mutilado? Y ¿qué es un catolicismo mutilado, sino

un catolicismo falso? ¡Maldito *pero*, gran encubridor de traiciones y apostasías!

En tercer lugar (y van tres señas), el periódico hipócrita hábil suele tener gran horror á llamarse católico á secas. No le importa que le llamen católico, con tal que se le añada algun calificativo que disminuya ó temple la acidez y crudeza de esta palabra. Así sucede con los que nunca se dejan llamar sencillamente católicos, sino católicos liberales, católicos ilustrados, etc. Notadlo bien. Pues se han fijado en esta particularidad, y no obstante es un dato importantísimo. ¿Cuál puede ser la causa de este empeño tenaz en apropiarse un catolicismo distinto del de los demás católicos? ¡Cuánto me extenderia sobre este particular! Conste sólo que no hay más que un Catolicismo: el que además de esta divisa, que lo dice todo, quiere distinguirse en Religion con otra, ha de hacerse por necesidad sospechoso á sus hermanos. Derecho da para que se dude si tiene la fe de todos el que rehusa llamarse sencillamente con el apellido de todos.

¡Lástima grande que muchas veces se nos presenten envueltos en este odioso grupo, no sólo los hipócritas, sino tambien sus víctimas; no sólo los seductores, si que los seducidos. Efectivamente. Sucede con frecuencia que con la mayor buena fe hacen causa comun con los hipócritas hábiles muchos de cuyas sanas intenciones es imposible dudar. Instrumentos inconscientes de una vasta conspiracion anticristiana, dan muestras en ciertos momentos de verdadero amor á la santa causa que defendemos, y bátense por ella como bravos. ¿No es por lo mismo más sensible verlos separados en otros casos de la corriente genuinamente católica, y miserablemente envueltos en el tropel de sus enemigos? ¿No es esta la historia de algunos hombres brillantes de quienes no se sabe á punto fijo si son mayores los servicios que han prestado á la Iglesia católica ó las alegrías que han dado á sus enemigos? Buena fe que podrá excusar sus almas ante el tribunal terrible de Dios, pero que no será menos peligrosa para la de sus prójimos que el furor de los más descreidos. Guárdate de unos y otros, pueblo mio; los rasgos que bien ó mal te he dibujado, no te dejarán engañar. Recuerda á todas horas para tu provecho y para el de tus

hijos, que el periódico impío, bien pertenezca al grupo de los descarados, bien al de los hipócritas hábiles ó torpes, es siempre tu peor enemigo. Es el arma privilegiada de Luzbel en el presente siglo. Es el gran conductor eléctrico de toda la electricidad infernal que conmueve en estos dias al mundo. Quítense los periódicos impíos, y el mal habrá perdido en un momento sus más decididos apóstoles, y la sociedad civil sus más poderosos agitadores, y la familia cristiana el ariete que á todas horas la está sacudiendo y que acabará por cuartearla. Por eso he dedicado á tan importante materia esos breves parrafillos.

EL DINERO DE LOS CATÓLICOS.

A MIS BUENOS AMIGOS Y COMPATRICIOS

LOS GENEROSOS DONADORES

DE LAS CINCO NUEVAS CAMPANAS

DE LA PARROQUIAL IGLESIA DE SAN FÉLIX DE SABADELL.

Os dedico, amigos mios, estas breves páginas, cuyo principal objeto es estimular á los buenos católicos á la liberalidad y desprendimiento en favor de las necesidades, cada dia más imperiosas, de nuestra santa Madre la Iglesia y de los pobres de Jesucristo. El relevante ejemplo que acabais de dar, dotando generosamente á nuestra amadísima Parroquia de sus nuevas magníficas campanas, en sustitucion de las que en dia infausto le fueron arrebatadas, será indudablemente, para mover á nuestros hermanos al ejercicio de esta sublime virtud, de mucha mayor eficacia que la que pudieran jamás tener mis sencillas reflexiones sobre esta materia.

Me ha obligado á omitir aquí vuestros nombres un sentimiento de delicadeza. Sabed, empero, que los tienen grabados en sus

corazones los católicos todos de esta ciudad, y que escritos los hallaréis un dia en el libro inmortal, donde lleva el divino Registrador cuenta y razon hasta de un vaso de agua que en su Nombre se ofrezca.

Recibid entre tanto en esta dedicatoria el humilde pero cordial y afectuosísimo testimonio de consideracion y gratitud de vuestro amigo S. S. y capellan in C. J.

FÉLIX SARDÁ Y SALVANY, PBRO.

Sabadell, fiesta de san Félix Africano, mártir, Patron de nuestra Iglesia parroquial, 1.º de Agosto de 1879.

EL DINERO DE LOS CATÓLICOS.

I.

Si viene ó no á pelo tocar hoy esta cuestion.



É aquí un tema de propaganda al cual falta al parecer la condicion principal de todas: la oportunidad. Hablar de dinero hoy que anda tan por las nubes; exhortar á darlo cuando no se oye más que la voz general de que nunca anduvo tan escaso; encarecer la virtud de la liberalidad y desprendimiento cristianos, que por otro nombre se llaman caridad, hoy que la fatídica palabra *crisis* viene á ser el punto negro de la situacion actual, es verdaderamente rasgo de audacia, áun para nosotros los católicos que muy á menudo solemos gozarnos de un modo particular en remar contra la corriente. Y no obstante... tendrán que llevarlo en paciencia mis bondadosos lectores, y sufrir que por un buen rato les esté yo machacando con la cuestion del dinero, que es principalísima cuestion; exhortándolos, no á ganarlo en abundancia, no á guardarlo cuidadosamente ó siquiera á nego-

ciarlo á subido interés, sino á darlo, sí, señor, á darlo, aunque suene dura la palabra; poniéndoles además esto, no como simple consejo del cual puedan tomarse lo que gusten, ó como mera súplica mia que son libres de atender ó no; sino como imperioso deber, obligacion severa é ineludible, que comprende á todo hombre ó mujer que tenga caudales, y en grado mayor ó menor, segun en mayor ó menor escala los tenga.

Cansado estoy de oirles mil veces á ciertos hermanos nuestros, por otra parte exactos en el cumplimiento de los demás deberes, y en el amor de Dios y de su Iglesia fervorosísimos: «Pero ¡caramba! ¡que no es poca pejiguera esta! ¡que todo el dia de Dios se nos esté pidiendo dinero! que hoy por el Papa, mañana por la calamidad tal ó cual, otro dia por la funcion A, ó por el monumento B, ó por otros mil y un conceptos que se presentan á cada instante, se deba estar á todas horas abierta la bolsa y extendida la mano para dar, y dar sin descanso! ¡Vamos, que fuera necesaria la paciencia de Job para aguantar á tanto pedigüeño, ó los tesoros de Salomon para satisfacer á tanta exigencia.»

Aquí tienen Vds., no retratado, pero sí ligeramente perfilado el personaje ideal á quien dirijo los presentes parrafillos. ¿Ideal he dicho? Así fuese ¡válgame Dios! que cierto no me tomara yo el trabajo de enderezarle filípicas. No es ideal, no. sino muy real y muy de carne y hueso, y muy conocido y tratado de todos nosotros: cada uno tiene de él un ejemplar á su lado, quizá en su propia calle, quizá en su propia casa. quizá... en su propia persona. Tú que me lees has sostenido tal vez más de una contigo mismo el referido soliloquio, si ya por ventura no te has permitido sobre esto con otros amigos aún más sentida y quejumbrosa declamacion.

Gentes hay muy buenas para servir á Dios y profesar su fe y obedecer á su Iglesia... mientras no se toque á su bolsa. que ese es para ellos recinto sagrado é inviolable al cual nadie debe atreverse ni con un mal pensamiento. ¡Oh pobres amigos mios, pobres aunque seais millonarios, como algunos sois, ó por lo menos acaudalados! Un dia escribí sobre respetos humanos, procurando avergonzar y hacer salir los colores á la cara á aquellos infelices que se obstinan en ne-

gársela á su Dios por temor á vanas consideraciones con sus enemigos. Frases más ardientes, razones más eficaces desearía encontrar hoy para convencer y persuadir á estos otros, que si bien es verdad, creen tal vez con el Catecismo que todo ha sido criado para servir á Dios, juzgan en cambio que el dinero se acuñó tan sólo para servicio de su respetables personas. ¡Oh lamentable error, que si no se defiende abiertamente en teoría, se sigue por lo menos sin rubor alguno en la práctica por multitud de personas! Examinad el presupuesto anual de algunas de nuestras honradas familias. Mirad: todo está atendido en él; para todo hay consignada su partida. ¿Dónde está, empero, el capítulo de fondos destinados al servicio de Dios? ¡Ah! ¿Por ventura debe figurar Dios en el presupuesto económico de una familia cristiana?

Esto vamos á examinar detenidamente en el presente opúsculo. ¿Se *debe* servir á Dios y á su Iglesia hasta con el dinero? ¿Cómo y en qué formas se debe cumplir este *deber?* ¿Hasta qué grado obliga este *deber* al rico y áun al mismo católico que no puede llamarse tal?

Tenemos, amigos, tela cortada para rato, ¿no es verdad? ¿Empecé por excusarme de que esta materia no fuese quizá del todo oportuna? Pues ahora estoy á pique de creer que lo mejor que tenga ella va á ser tal vez la oportunidad.

II.

Punto de partida. ¿De quién es el dinero?

El punto de partida de nuestro trabajo, al tratar esta delicada cuestion, estriba todo en la respuesta á esta pregunta, á primera vista impertinente:

—¿De quién es el dinero?

—¡Vaya! ¿de quien ha de ser? me responden al punto multitud de hombres y de mujeres con la mayor extrañeza.

Es de quien honradamente supo ganarlo ó tuvo la fortuna de que se lo diesen honradamente ganado sus legítimos ascendientes.

—Sí, pero comprenderéis, amiguito ó amiguita, que esta respuesta, de puro *natural* que la encontrais, es incompleta. Es la respuesta del naturalismo, equitativo y honrado y todo lo que querais, humanamente hablando, eso sí; pero al fin naturalismo puro. Y yo, pobre de mí, que en estas breves páginas pienso habérmelas con católicos verdaderos y no con paganos disimulados, os pedia en aquella pregunta, no la respuesta del naturalismo pagano, sino la del Catolicismo verdadero. Insisto, pues, y vuelvo á preguntar: ¿De quién es el dinero?

—Pues, en este sentido, claro está que no hay sino una contestacion que dar. El dinero es de Aquel de quien son todas las demás cosas, esto es, de Dios.

Efectivamente. Ni el Catecismo ni la verdadera filosofía pueden dar otra contestacion. Desengañémonos. Si hay Dios, los pretendidos derechos *absolutos* del hombre son una mentira. No hay más derecho absoluto que el de nuestro soberano Autor. Mentira es, pues, tambien el derecho absoluto que el hombre crea tener sobre *su* dinero, sólo porque lo llame *suyo*.

Este pronombre posesivo que hemos subrayado, y en el cual pretende el rico establecer la base de un absoluto dominio sobre su riqueza, es tambien un pronombre mentiroso si se le quiere tomar como suena. No hay para el hombre tal cosa *suya*, que verdaderamente lo sea en el sentido absoluto y trascendental de la palabra. La ley humana podrá haber llamado absoluto el dominio que se ejerce sobre ciertos objetos, y conceder la facultad de usar y abusar de ellos (*facultas utendi et abutendi*, como decian los comentaristas romanos), porque la ley humana suele no mirar las cosas más que en relacion con los intereses humanos y bajo el punto de vista de la mera sancion humana á que ella las puede sujetar. Empero, cuando no se trata de deberes exigibles solamente en los estrados de la tierra, sino de los que han de exigirse en el tribunal de la eternidad; cuando no se discute sobre lo que prescribe á los hombres la ley del hom-

bre, sino de lo que les manda y ordena la ley de Dios, no hay tal facultad libre, soberana é independiente, no hay tales derechos absolutos é ilimitados. El último y más escondido deseo del corazon, como el último y más escondido céntimo de la bolsa, pertenecen á Dios, y debe regularse su uso segun la ley de Dios, y no puede valerse de ellos el hombre sino con sujecion á condiciones y á limitaciones préviamente impuestas por su único dueño, que es Dios.

Aplicados á la cuestion del dinero estos principios fundamentales, síguese de ellos, por notoria é indeclinable consecuencia, que el hombre no es dueño de su dinero por más que los otros hombres le llamen tal, por la sencilla razon de que aquel dinero no es *su* dinero, sino el dinero de Dios. Exactamente como la vida no es su vida, sino de quien se la dió y puede arrebatársela cuando guste; ni su salud y fuerzas son suyas, sino de aquel que puede disminuírselas ó quitárselas sin consultarle; como no es suyo el aire que respira, ni el agua que bebe, ni el sol que le calienta, sino de quien ha criado para su uso el sol, el aire y el agua, y se los da y se los quita ó se los modifica, sin antes entrar para nada con él en tratos ó negociaciones.

Una palabra se nos ha caido como inadvertidamente de la pluma, y, bien mirada, hallarémos en ella la fórmula aproximada de nuestro pensamiento en la cuestion que tratamos de resolver. Hemos hablado del *uso* para que fueron concedidas al hombre las cosas criadas, y este es el vocablo que necesitábamos para expresar la idea de nuestros derechos. Somos usufructuarios de las cosas de este mundo, usufructuarios con dependencia del único verdadero dueño, que es Dios. Aunque tal vez diríamos mejor llamándonos simples administradores, como quiera que el usufructo supone siempre algun género de dominio independiente, siquiera sobre los frutos de la cosa, y ni áun este podemos pretender en lo que toca á las cosas que Dios para su servicio nos otorga.

Otra expresion acabamos de soltar, al parecer de poca importancia, y tambien ella es de interés capital en esta materia. Acabamos de indicar que las cosas temporales nos las concede Dios para su servicio. Y alguno protestará exclamando: ¿Pues qué? ¿no se conceden tambien para servicio

nuestro? Es verdad, pero este servicio que prestan las criaturas al hombre está subordinado al servicio que debe prestar el hombre á Dios. De suerte que el hombre es en el escalafon de la naturaleza como el criado mayor del soberano de ella, criado que tiene á su disposicion otros criados de inferior categoría, para que le ayuden á él á desempeñar con mayor facilidad y exactitud el servicio principal á que viene obligado. Nos sirven las criaturas, es verdad; pero nos sirven como en los palacios reales sirven los ministros inferiores á los superiores, y juntos al príncipe á quien todos deben servir. Y aquel honor y aquellas preeminencias con que los ministros subalternos honran al ministro principal, no son sino una forma de obsequio con que se ve honrado el monarca que á todos los colocó en su respectivo puesto para lustre y servicio de su real casa. Y fuera mal vasallo el privado que creyese son para él solo aquellos servicios que se le prestan únicamente por el cargo elevado que ejerce cerca de su rey. Y constituiría eso, si con hechos públicos se mostrase, un acto de verdadera usurpacion.

Me parece que bien puede ya cada cual empezar á columbrar cuál es la realidad de estos símiles y alegorías. El hombre es algo en el mundo; Dios ha escrito sobre su frente el título de rey de la creacion. Pero es un rey feudatario y dependiente de otro rey superior á quien debe sumision y pleito homenaje. Es servido por mil criados de órden inferior, á condicion de que se ayude de ellos para servir al único dueño de todo y de todos. Dios los ha puesto á disposicion suya, como da el príncipe las armas á sus caballeros para que las empleen en su servicio, no en cuestiones de interés meramente personal y mucho menos en desdoro de su autoridad soberana. El dinero es, de todas las cosas que ha puesto Dios en manos del hombre, una de las más poderosas, porque las representa casi todas: el dinero es, de las armas que ha puesto Dios á nuestra disposicion, una de las más invencibles, porque *pecuniæ obediunt omnia*. Luego, si hay cosa alguna de la cual pueda decirse con especial razon haberla ordenado Dios para que á Él le sirva el hombre con ella, esa cosa es el dinero; es decir, precisamente esa cosa de la cual se cree el hombre señor más independiente; esa cosa

de la cual se juzga con menos títulos obligado á rendir tributo á su soberano Autor.

¡A cuántos ricos que me leen empieza ya á estremecérseles el dinero (iba á decir el corazon, pero tal vez es lo mismo) en el fondo de sus arcas, ante la perspectiva de las tremendas conclusiones que de ahí va á sacar para su confusion y condenacion una lógica inflexible!

III.

Consecuencias prácticas. ¿Cómo y en qué forma debe servir á Dios el dinero cristiano?

No es difícil adivinar las consecuencias prácticas que de los principios teóricos, en el capítulo anterior establecidos, puede y debe sacar todo hombre que de veras los admita, como está obligado á admitirlos el verdadero cristiano.

1.ª Que el dinero viene obligado, como todo lo demás del hombre, al servicio directo é inmediato de Dios.

2.ª Que este servicio directo é inmediato que el dinero debe prestar á Dios es preferente y superior á todo otro servicio que el mismo dinero pueda ó deba prestar.

3.ª Que, por lo mismo, no emplear en el servicio de Dios ningun dinero, en proporcion siempre con la cantidad que de él se posea, es faltar á un deber fundamental y primario de la Religion.

Creemos no habrá católico alguno, por tibio ó indiferente que se le suponga, que no se adhiera con nosotros al rigor de estas conclusiones. De no aceptarlas deberia creérsele, ó totalmente ignorante de su fe, ó, lo que es peor, decididamente apartado de ella. En este como en tantos otros puntos nos encontramos desde luego reducidos al principio de contradiccion. Ser ó no ser. Se es católico únicamente profesando estas doctrinas, con las demás que constituyen la doctri-

na católica. Se deja de ser católico no admitiéndolas en el sentido en que las explica el Catolicismo. Tenemos, pues, derecho á esperar que sobre este punto no habrá ya dificultad ni vacilacion para ninguno de nuestros hermanos en la fe, á quienes, no á los incrédulos, exclusivamente nos dirigimos.

Podemos, pues, adelantar otro paso y examinar, no ya el *qué* de esta cuestion, sino el *cómo* de ella. Es decir, ¿en qué forma viene obligado el católico á servir directa é inmediatamente con su dinero á Dios?

Digamos antes alguna cosa sobre estos adverbios *directa* é *inmediatamente* que acabamos de emplear, y sobre los análogos adjetivos *directo* é *inmediato* que antes hemos empleado.

Es claro que en cierto sentido se sirve á Dios con el dinero, siempre que no se le emplea en cosa positivamente mala. Todo lo bueno es de Dios y conduce á Él y le glorifica, cuando no se lo desvia de su legítimo fin, en cuyo caso deja ya de ser cosa buena. Son buenos el arte, la ciencia, la industria, la agricultura, el comercio, el amor á la patria, etc., etc. El dinero, pues, que en tales cosas recta y honradamente se invierte, sirve á Dios, puesto que coopera en la medida que le corresponde á la realizacion de los adorables designios de su Providencia. Sin embargo, es evidente que no es este el servicio directo é inmediato de que estamos tratando. Tambien el hombre sirve á Dios andando, durmiendo, comiendo, ó simplemente respirando, lo cual no significa que no le deba otro más noble servicio, cual es el de un culto especial y determinado. De la misma manera, aunque para el dinero sea ya servir á Dios emplearse honradamente en cualquier objeto humano licito y honesto, es cierto que le debe otros servicios de un órden superior, que hemos llamado directos é inmediatos, á falta de mejores palabras con que expresarlos. Podríamos en alguna manera decir que con aquel servicio indirecto y general sirve el hombre á Dios solamente como hombre en cuanto racional, y que con este servicio directo é inmediato de que aquí tratamos le sirve además como hombre en cuanto cristiano. Que es la distincion entre el naturalismo y el Catolicismo que en nuestro primer capítulo dejamos insinuada.

¿En qué forma, pues, puede y debe cumplir el dinero cristiano (así queremos llamarlo) este servicio directo é inmediato de Dios á que viene obligado?

Parécenos que no sin fundamento podemos dividir en tres grupos los objetos que pueden serlo de este servicio. Y son:

1.º El culto de Dios propiamente dicho. 2.º La defensa del Catolicismo, propaganda de su doctrina y fomento de su moral. 3.º El socorro de los pobres en sus necesidades espirituales y corporales.

Creemos que abrazan estos tres capítulos el más completo programa para lo que nos atrevemos á llamar el presupuesto religioso de toda familia cristiana que quiera serlo como Dios manda. A tenor de él discurrirémos en los capítulos sucesivos, para que vea todo cristiano cuántos y cuántos objetos reclaman su dinero con mayor y más imperiosa urgencia que las mil y una frivolidades, y algo peor, en que suele tal vez gastarlo. Y así, cuando haga su exámen de conciencia cada noche ó antes de confesarse, dando quizá una ojeada, siquiera rápida, á las diferentes partidas en las cuales queda en descubierto delante de Dios, puede se levante en el fondo de su alma el acusador remordimiento que le induzca á emplear conforme le está mandado aquellos bienes que el Dueño de todo ha dejado temporalmente á su administracion.

IV.

Qué el dinero cristiano se debe en primer lugar al culto de Dios.

A tres grupos dejamos reducidas las atenciones en que puede y *debe* emplear una parte de su dinero el verdadero católico para cumplir con la estrecha obligacion que tiene todo hombre de servir con su dinero á Dios. Y son las si-

guientes, que queremos aquí repetir para que se fijen bien en la memoria. 1.º El culto de Dios propiamente dicho. 2.º La defensa del Catolicismo, propaganda de su doctrina y fomento de su moral. 3.º El socorro de los pobres en sus necesidades espirituales y temporales.

Exige, en primer lugar, nuestro dinero el culto de Dios. Claro está que nos referimos aquí al culto externo, esencial é indispensable á la Religion, como es doctrina de la Iglesia, confirmada por el buen sentido de todo el género humano. Este culto necesita templos y altares, imágenes y ornamentacion, fiestas y ceremonias. Este ramo constituye el primero de los servicios públicos en todo Estado debidamente organizado, primero que el sosten del ejército, primero que el de la magistratura, primero que el esplendor del comercio y de las artes, por la sencilla razon de que es esta la base que sostiene todo el edificio social. El ciudadano contribuye á este servicio público, poniendo en manos del Gobierno sus tributos para esto como para todo lo demás. Bajo este concepto, cuando el Estado da á este ramo toda la importancia y proteccion que le debe, puede el particular creerse menos obligado á ayudar á él con su personal iniciativa. Pero cuando el Estado descuida este supremo deber, pesa entonces él con todo su rigor sobre cada uno de los particulares; y el templo y el altar y las fiestas y ceremonias, todo, todo debe ser por éstos costeado y sostenido ó restaurado. Así como en caso de guerra exterior, para la defensa de la patria, debe á ella su brazo todo ciudadano útil, desde el momento en que es insuficiente para rechazar al enemigo el ejército permanente á quien se habia encomendado este oficio; así debe el particular que tiene dinero, y en la proporcion en que lo tiene, darlo para el sosten del culto de Dios, cuando por *fas* ó por *nefas* no cumple el poder público esta su rigurosa obligacion social, que es la primera de todas las obligaciones sociales.

Es esta doctrina llana, corriente, y nos atreveríamos á decir trivial. Sin embargo, es en la práctica absolutamente desconocida, ó parece serlo, de muchas de nuestras familias pudientes, y que sin embargo, no quieren pasar por menos que por católicas. Nuestros tiempos desventurados han visto

derrumbarse templos, suspenderse el culto en multitud de iglesias (hace poco tiempo hasta en alguna catedral), y, fuerza es confesarlo aunque la vergüenza queme nuestras mejillas, la mano de muchos católicos, que se creen tales, no ha sido lo generosa que debiera para el remedio de tan urgentes necesidades. Costosísimos sacrificios se han hecho, es verdad; almas cuya abnegacion y celo Dios recompensará abundantemente han impedido que en estos últimos tiempos cesase del todo el culto del verdadero Dios en esta nacion desdichada. Pero algunos... ¡gran Dios! no han tenido un poco para el templo, porque necesitaban mucho, muchísimo para el banquete y el teatro; no podian contribuir á la iluminacion de Jesús sacramentado, ni á la pompa de sus fiestas, porque se lo debian cada noche á la bailarina ó al saltimbanquis. Veian disminuirse las luces en el altar, enmudecer el órgano, permanecer tal vez desierta y silenciosa la parroquia, áun en las grandes solemnidades; pero como no cesaba el movimiento mercantil, ni dejaba de darse cada noche en el teatro la funcion de abono, dormia y comia y se divertia tan tranquilamente nuestro católico de pega, como si fuese únicamente suyo el dinero que gastaba, y no fuese antes de Dios, dueño y señor de todas las cosas. Y engordaban en casa sus caballos y perros, y serviale numerosa falange de criados, y retumbaba en sus palacios la música, y crugia en sus salones la seda, y ardia la iluminacion, y relumbraban el oro y la plata y los diamantes, y... Jesucristo se veia pobre y desatendido en su templo poco menos que en el establo de Belen, á pocos pasos quizá de distancia de las ostentosas moradas de aquellos honrados cristianos. ¡Ya se ve! ¡Eran tan malos los tiempos! ¡Tan críticas las circunstancias! ¡Benditos tiempos y benditas circunstancias, de los cuales nunca se resienten por desgracia los centros de locura y de disipacion, y sí sólo las obras de piedad!

Debe, pues, el rico católico al templo y al altar su dinero, primero que á su lujo y ostentacion. Débelo primero á las fiestas de Cristo, de su Madre y de los Santos, que á las pompas de Satanás, á las cuales nunca debe nada, á pesar de que á ellas parece deberlo todo. Y si, mientras el templo y el altar necesitan su duro ó su onza para subsistir, gasta

él esta onza ó este duro en satisfacer los caprichos de su vanidad, de su disipacion ó de su regalo, dirémoslo sin rodeos, roba este duro ó esta onza á su legítimo destino, comete verdadera y formal malversacion de fondos, obra como perverso é infiel administrador, y, sépalo, no le serán aprobadas sus cuentas en el supremo tribunal, donde serán examinadas partida por partida hasta el último maravedí. Así, pues, el que en tales circunstancias da á la parroquia que le pide, ó le da sin pedir ella lo cual es mucho mejor, no da lo que quiere, como tal vez pudo figurarse: da lo que debe; satisface un crédito verdadero á Dios, que es su verdadero y riguroso acreedor. Así debe mirar el rico cristiano su riqueza; así debe considerarse á sí propio con relacion á Dios; así debe comprender su verdadero carácter de hijo de la Iglesia. No lo enseña de esta suerte, es verdad, la filosofía de las bolsas y casinos; pero lo enseña á cada paso la doctrina de los santos Padres, y áun el solo humano criterio alumbrado por la fe. Así se es rico en el Cristianismo; á estos feudos y pensiones vive sujeto por su naturaleza el dinero cristiano.

V.

Amargas verdades. Doloroso Contraste.

Los católicos mundanos suelen desconocer de todo punto esta obligacion de contribuir con su dinero al sosten y brillo del culto de Dios. Lo cual aunque no se excusa, se explica perfectamente por el alejamiento habitual en que viven tales gentes de todo lo que suena á cosa de piedad. No es de extrañar les pase por alto el aflictivo estado en que se halla su parroquia, la disminucion que se nota quizá en la pompa de sus solemnidades, el deterioro de sus alhajas y ornamentos, las señales, en fin, de pobreza que no puede menos de os-

tentar sobre sí el que es pobre, y tan pobre como lo es hoy, en España sobre todo, el Catolicismo antes tan rico. Como tales católicos suelen no asomarse más que muy de corrida á la casa de su Dios (hablamos de los que no han roto aún decididamente con ella), no es regular hayan podido enterarse muy mucho de sus interioridades el breve rato de la misa rezada que pasan cada fiesta en su recinto. En su casino, por ejemplo, hubieran advertido muy luego cualquier decadencia ó disminucion en el servicio, cualquier deslustre en la ornamentacion; en su teatro no se les hubiera escapado la menor mezquindad en la compañía lírica, cómica ó coreográfica que allí funciona. Al fin, aquellas casas son su templo; allí pasan ellos las más de las horas del dia festivo y aun del que no lo es; por lo cual se comprende que aquello amen y por aquello se desvivan y en aquello gasten su dinero con profusion, y no en la pobrecita y olvidada iglesia que apenas conocen.

Mas lo que no se comprende tan fácilmente es el raquitismo, la tacañería de otros católicos que se honran con ser y llamarse tales, concurrentes asiduos al templo, que podrian llamarse en cierto modo los abonados de él, y, sin embargo... ¡ved lo que son las cosas! no se les hace duro pasar allí horas enteras, exhibirse en la parte más visible del acto, tomar en él una parte activa. Lo que sí se les hace recio es dar por todo eso una peseta cuando esos actos á que asisten tienen de ella necesidad. Desean ellos que se dén en su iglesia lucidas funciones, que sea brillante la iluminacion, estruendosa la orquesta, ricas las colgaduras; que se hable de ella en la ciudad y la reseñen los periódicos; proponen á todas horas reformas y mejoras, se extasian cuando las ven realizadas, critican á los Párrocos y Juntas de fábrica si no muestran ahí esplendidez y rumbo: para todo eso, sí, señor, son muy hombres y muy fervorosos y muy decididos... pero no para arrimar poco ni mucho el hombro, digo, el bolsillo á la carga, y hacerla así más llevadera á los desdichados que solicitan su caridad.

¡Válgame el cielo, amigos mios! que es caso este para tomarlo así un poco á broma, pues de otro modo casi no se puede hablar de él. Con que ¿pensais tal vez que la Iglesia,

á quien amais, pero por lo visto sólo con el corazon, ha encontrado el secreto de que se le dé todo sin dinero? No, señor; sino que el músico necesita comer para cantar y soplar; el cerero no envia gratis sus velas y blandones, el tapicero no presta *amore Dei* sus colgajos; ni en las fábricas tejen, ni en las sastrerías cosen sino á cambio de oro y plata las telas de los ornamentos. Los artistas que pintan cuadros, esculpen imágenes y retablos, y labran cálices y custodias, son hombres que no han de vivir sólo de la belleza ideal; que tripas llevan piés, como dice el refran, y áun manos, podríamos añadir, aunque el refran no lo diga. Es decir, hablando, en prosa llana, que los servicios del altar y de todo lo que á él se refiere no los desempeñan ángeles, sino hombres; y estos hombres necesitan alimentarse y abrigarse ni más ni menos que los que tienen dedicada su vida á otros trabajos. Es, pues, preciso que el altar tenga su bolsa para sustentar á estos servidores suyos de toda jerarquía; y no deshonra al altar eso de tener bolsa, porque sabido es que Cristo tuvo la suya. Lo que sí deshonra, pero no al altar, sino á sus amigos, es que esta bolsa esté muy á menudo vacía cuando la de estos sus llamados amigos anda muy repleta, siendo así que los tales amigos son los que debieran cuidar de tener á aquella en estado de poder acudir constantemente á todas las necesidades. A la vista lo tienen esos dichosos amigos del altar. Vean lo que en el mundo pasa. ¿Quién sostiene el teatro? Pues ¿quién ha de ser? Los concurrentes al teatro. ¿Quién sostiene el casino? Claro está; los concurrentes al casino. ¿Quién, pues, ha de sostener principalmente el culto de Dios y el decoro de su casa? Es evidente; los amigos del culto de Dios y los concurrentes habituales á su casa. Cada uno de aquellos edificios de disipacion tiene su público especial que le paga continuas y crecidas contribuciones. ¿Por qué no ha de pagarle esa continua, aunque no tan crecida, contribucion al templo el público del templo? No tan crecida hemos dicho, porque sabido es que si cada concurrente á la iglesia diese á ella el diez por ciento de lo que da á los centros de diversion el público que á ellos acude, serian de mármol nuestras iglesias y de oro nuestros altares. Con lo que ganan en una noche una cantatriz ó una bailarina, habria para sostener hol

gadamente todo un año el más amplio presupuesto parroquial. Y sin embargo, aquel mucho lo sacan cada noche la bailarina ó la cantatriz de aquellos bobos feligreses suyos que se lo dan palmoteando hasta rabiar; y ese poco no lo puede lograr Dios de estos otros sus feligreses, aunque le andan diciendo continuamente ¡oh, eso sí! que le aman más que todas las cosas.

Otra reflexion y es la última, y vaya ya en serio. Si no tuviéseis, amigos mios, para vuestro corazon el consuelo de las festividades católicas, de los santos Sacramentos, de la palabra de Dios; si por una de las convulsiones tan frecuentes en nuestra patria os halláseis un dia sin templo, sin altar y sin sacerdote, como se han hallado poco tiempo atrás algunos pueblos de España, y como se hallan aún hoy algunos de otras naciones; si se os dijese entonces que mediante el pago de un tributo especial podréis oir en tal ó cual fiesta una misa, ó visitar el tabernáculo de Jesús sacramentado, ó recibirle en la santa Comunion, ú oir el dia de Corpus, Pascua ó Navidad los dulces cantos de la Iglesia, que tanto llenan al corazon cristiano y le enajenan, pues son para él lo que para un desterrado los cantos de la patria... si para satisfacer ese vuestro anhelo piadoso se os dijese que hay que pagar una cantidad como se paga para la entrada en cualquier espectáculo, ¿cuál de vosotros, amigos mios católicos y piadosos, cuál de vosotros no sacrificaria gustoso para ese objeto la última peseta de su bolsillo? ¿Quién de vosotros no la descontaria de otro gasto cualquiera, aunque fuese de los más indispensables para la vida material? Pues bien. No estamos hoy en ese trance, amigos mios, no; pero estamos en trance parecido. Ese culto que os embelesa, ese templo que es el hogar de nuestras almas, esos cantos, arrobadora poesía del paraiso, se sostienen ya casi únicamente con vuestras limosnas. La Iglesia española es pobre, y pobre de solemnidad. ¡Dad para la Iglesia mendiga! ¡Dad para el templo, dad para el altar, dad para el culto! Señalad de vuestras rentas, oh ricos, un tanto fijo anual con destino á esas sagradas atenciones; ahorrad, oh pobres, de vuestros gastos menos urgentes un tantico tambien para el culto de vuestro Dios. La moneda pobre ó rica arrojada en el cepillo del templo es

reproductiva tambien, y mucho más que la que se coloca á interés en los Bancos de la tierra. Fiad vuestros ahorros á Dios. La Caja de ahorros del cielo no da el tres, ni el seis, ni el doce por ciento; da el ciento por uno: de eso nos tiene firmada Jesucristo en su Evangelio pública y formal Escritura. Y el Banco celestial no quiebra jamás.

¡Qué lástima tener que despedirme tan presto de este hermoso asunto! Basta, empero, de él.

VI.

Que el dinero cristiano se debe tambien á la propaganda y defensa del bien.

¡Dichosa edad y dichosos siglos aquellos en que la generosidad del católico no hallaba otros objetos en que emplearse que el culto de Dios y la caridad para con sus hermanos! La defensa de la Religion era necesidad por completo desconocida, pues la Religion no era atacada; buscábase tan sólo su mayor esplendor, y en esto se ocupaba la actividad incesante de aquellos fervorosos fieles. Hoy han cambiado los tiempos: abandonada la Iglesia por unos, fieramente y sin descanso perseguida por otros, impone á sus hijos leales nuevos deberes, y exige de su generosidad nuevos sacrificios.

¿Pues qué? exclamará aquí alguien. ¿Es con dinero como se defiende la Religion, ni más ni menos que las cosas humanas? ¿Tambien es aquí el dinero el nervio de la guerra?

Sí, amigos mios: con el dinero se defiende la Religion, como las cosas humanas, porque el dinero es tambien en esta guerra, no diré el nervio principal, pero sí uno de los indispensables elementos de combate. La fe y la abnegacion del creyente son el alma de esa lucha espiritual, y sin ellas los tesoros de Rotschild no sirven para el caso ni valen un

ardite. Pero la fe y abnegacion, sin medios materiales con que realizar las obras que son inspiracion suya, tampoco bastan. No quiso Dios fuesen todo milagros en la fundacion y conservacion de la fe. Prodigólos y sigue prodigándolos cuando son necesarios para muestra de su poder ó auxilio de nuestra impotencia; quiere, empero, que su Iglesia, ya que ha de vivir entre hombres y para hombres, viva en cierto modo humanamente y sujetándose en su modo ordinario de ser á las humanas condiciones.

Vamos ahora al caso. Ya veis ese combate universal y tremendo que se libra en todas partes contra la Iglesia de Dios. De todo se sacan contra ella armas formidables. Huestes organizadas, porque organizadas están y obedecen á jefes misteriosos y á misteriosas consignas; huestes organizadas, repito, explotan á su rededor todos los medios que les sugiere el odio y la sagacidad del príncipe de las tinieblas, para destruir, si posible fuese, el reino de Dios, ó menoscabar y contrastar por lo menos su influencia. Si le fuese posible á la estadística calcular y reducir á cifra el capital que en Europa se gasta constantemente en obras inspiradas únicamente por el odio á la fe, veríamos que este capital excede sin comparacion á los empleados en la política, artes, industria ú otro cualquier objeto de explotacion meramente humana. El dinero herético y francmason corre á rios por las entrañas de nuestra sociedad, y á eso se debe la explicacion de hechos contemporáneos que en vano buscaríamos en las agitaciones de la opinion, ó en los manejos diplomáticos, ó en las peripecias militares. El dinero del diablo funda escuelas, sostiene periódicos, edita y esparce libros, corrompe instituciones, vuelca tronos, soborna conciencias, paraliza negociaciones y expedientes, desarma ejércitos, gana batallas, rinde plazas fuertes. El oro piamontés fué, por ejemplo, más que las bayonetas de Cialdini y las bombas de Cadorna, quien arrebató á Pio IX su patrimonio. Los conventos y monasterios de España cayeron más bien al ímpetu de los doblones carbonarios que al de la ciega rabia popular. El dinero, hábilmente manejado por Satanás, es el alma de la conspiracion anticristiana, que en momentos dados hace estremecer al mundo.

¿Qué le dice todo esto al católico de nuestros dias? Dícele muy alto y claro que para contrastar esos gigantescos esfuerzos es necesario oponer libro á libro, periódico á periódico, escuela á escuela, propaganda á propaganda. Al movimiento revolucionario universal hay que responder con el movimiento católico universal. Y díganme Vds.: ¿se puedn dar en esto siquiera los primeros pasos sin los materiales indispensables? Y ¿de dónde se han de allegar tales medios sino de la generosidad católica? ¿Irémos á pedirlos á nuestros enemigos, ó á esos poderes públicos que en casi todas las naciones se ocupan un siglo há en saquear á la Iglesia de Dios?

De generosidad católica hemos hablado, y pésanos haber empleado esta palabra; la retiramos, la retractamos. Estos recursos débelos el católico de hoy, no por pura generosidad, sino por estricta obligacion, bajo severísimo cargo de conciencia. Hay casos en que no se cumple con la patria solamente no faltando á las leyes ordinarias de ella. Hay casos en que lo crítico de la situacion impone al buen ciudadano hasta el deber de arriesgar por la comun defensa la vida, y se es traidor sólo con negarse á esta prestacion personal, aunque en nada se ayude positivamente al enemigo.

Del mismo modo acontece en esotra patria espiritual, cuyos derechos de ciudadanía no son menos preciosos, y cuyos deberes no son menos austeros. Sí, señor. Hay casos, y estamos hoy en uno de ellos, en que no basta respetar los mandamientos y entregarse en el fondo del hogar y del templo á rezos y meditaciones. Es preciso lanzarse á la defensa de esa patria combatida, y sacrificar en ello, si conviene, la comodidad, los intereses, la vida misma. En estos casos el apostolado, con sus glorias y espinas, es vocacion de todos, y desde el Papa en su cátedra excelsa, hasta el trabajador en su oscura fábrica, todos los buenos han de ser soldados. Todos, aunque no pertenezcan á la jerarquía eclesiástica, que es, digámoslo así, el ejército permanente; todos, sin distincion de sexo, profesion ó edad; todos, por el mero hecho de llevar en su alma el sello bautismal, tienen un puesto en este combate. Y caben todos en este combate, porque en él todo es arma para el bien contra la invasion del mal. Ejem-

plos, conversaciones, libros, oracion, espectáculos, influencia política, literaria ó mercantil, con todo eso se debe luchar, porque con todo eso se puede ganar un corazon ó desarmar un enemigo. Y el dinero, sólo el dinero, es decir, la palanca de mayor potencia, el proyectil de mayor alcance, la espada de más fino temple, ¿tendria el derecho de estarse quieto y recogido en el fondo de las arcas ó talegas, que son su santuario, sin intervenir en nada ni para nada en ese duelo mortal en defensa de los sanos principios? Sobre todo, cuando tanto dinero sale de las cajas sectarias para combatirlos, ¿nada debe á la Religion, á la propaganda sana, á la defensa del bien, el dinero de las cajas católicas?

VII.

Cuál sea de los medios de propaganda el más eficaz y quizá el menos atendido.

¿En qué forma ha de cumplir su deber de campaña religiosa y social el dinero cristiano? ¿Qué necesidad tenemos de poner aquí, á los ojos del católico que lo sea, la relacion de las mil y una necesidades que reclaman cada dia su cooperacion moral y material, cuando estas mismas necesidades se le presentan de continuo con su aspecto verdaderamente angustioso y abrumador? ¿Es posible que se deba hoy dia señalar á nadie el uso bueno que puede hacer de su dinero en órden á la defensa de la verdad y del bien, cuando cada dia, á cada hora, á cada momento, nos salen al paso exigiendo pronta y sin demora nuestra intervencion las más imperiosas atenciones?

Hablemos otra vez del culto, aunque de ese hemos hablado ya, bien que no bajo el aspecto con que aquí deseamos hacerlo. Hemos visto que venimos obligados á contribuir á su sosten y brillo por lo que debemos á la gloria de Dios,

hácia el cual nuestro primer deber es el de la adoracion pública, solemne y social. Pero ahora hablamos del culto como medio de eficacísima propaganda; ahora le consideramos principalmente como medio de atraer con sus magnificencias los corazones, al paso que como instrumento de instruccion y moralizacion popular. El culto exterior con sus ceremonias, sus galas, sus cánticos, sus luces, sus campanas, es como el verde y frondoso follaje del árbol de la Religion; follaje que asi encanta los ojos como presta grata sombra al corazon herido, á la vez que esconde bajo su hermosa frondosidad los frutos sólidos de la sana moral, de los Sacramentos, de toda clase de buenas obras. Enamora con sus atractivos, consuela con sus inspiraciones, ilustra y corrige con sus enseñanzas. Es la predicacion más poderosa y elocuente, como que habla al corazon, á la imaginacion y á los sentidos, caminos los más seguros para apoderarse de todo el hombre y facilitar luego la conviccion firme y arraigada. Desde las catacumbas hasta hoy ha sido esta la escuela más popular de Religion, memorial contínuo de sus misterios, sensibilizacion de sus más abstractas verdades, recuerdo constante de sus más dulces promesas ó de sus más severas amenazas. Ofrecer al pueblo un culto brillante conforme á las sábias prescripciones con que lo ha ordenado la Iglesia en su liturgia, es tan fecundo en resultados como cualquier otra clase de propaganda que en provecho suyo se haga. Las campanas, el órgano, la iluminacion, las guirnaldas de flores, los arcos de ramaje, sí, amigos mios, sí, son excelentes misioneros. Hombre he visto en cuyo corazon encallecido no hacian mella las más tremendas invectivas del orador apostólico, y que, sin embargo, sentia subírsele las lágrimas á los ojos al oir el alegre repiqueteo de la noche de Navidad. ¿Cuándo nos convencerémos de que si Cristo-Dios ha querido que tuviese su Iglesia tales galas y atractivos, fué para que más fácilmente subyugase ella nuestro corazon á la férula de sus severas verdades?

Es, pues, obra de propaganda y de defensa católica contribuir á la pompa y esplendor de las fiestas cristianas, al decoro de sus templos y altares, á la conservacion de sus monumentos; lo es restaurar ermitas y santuarios, mandar

esculpir imágenes, labrar ornamentos, regalar joyas, etc., etc. Sí, señor; y cuando se ha puesto una campana en la torre donde no la habia, ó una devota estatua en el retablo de donde faltaba, ó algunas colgaduras que engalanen en los dias grandes de la Religion las desnudas paredes del templo, ó cuando se ha logrado restablecer una práctica antigua olvidada, avivar tal otra que andaba decaida, organizar una procesion que en tal fiesta alboroce á todo el vecindario, etc., se ha dado aquel dia una verdadera batalla contra nuestros principales enemigos de hoy; contra el ateismo, que se afana por borrar toda huella de Dios; contra el indiferentismo, que quisiera no se oyese hablar nunca de Religion; contra el protestantismo, que para arrancar el pueblo al Catolicismo sólo desea hacerle insensible á sus bellezas.

De este punto no quisimos hablar más que por incidencia, y sin embargo... nos ha salido llenando todo un capítulo. No nos pesa, á fe. Así conocerán todos la importancia que á eso damos, y lo muy doloroso que nos es ver por muchos de nuestros hermanos no tan atendido como se debiera este trascendentalísimo punto. Créanos el propagandista católico que quiera serlo de veras y con resultados. La mejor y mayor porcion de su celo, de su dinero y de su autoridad gástela en eso; en la propaganda desde su iglesia parroquial por medio del culto. Y el rico que desee emplear como debe en la defensa de la verdad la parte correspondiente de sus riquezas, no olvide que este debe ser el primer capítulo de su presupuesto.

Pero por más que encarguemos este punto como principal, no nos olvidamos de otros varios que hacen tambien á nuestro caso. Ahi están, por ejemplo, el de las escuelas nocturnas y dominicales, el de los patronatos de aprendices, el de las bibliotecas populares, y algun otro de que vamos á ocuparnos.

VIII.

Las «obras» católicas.

A medida que va verificándose en Europa lo que se ha dado en llamar secularizacion del Estado, es decir, el ateismo oficial, ó sea el abandono por parte de éste de sus deberes más importantes, cuales son los relativos á la Religion y á la moral de los ciudadanos, se hace sentir cada dia más urgente la necesidad de que la iniciativa particular supla estas faltas del poder público, y esto ha dado origen á una porcion de «obras católicas,» en otros tiempos desconocidas, y hoy felizmente populares ya en casi todos los países cristianos. El Estado desampara cada dia un nuevo punto de los que á su tutela confió la Providencia, y en cambio, á título de no sabemos qué derechos, tan ponderados como absurdos, va dejando francas y abiertas todas las puertas á la corrupcion y al público y legal envenenamiento de inteligencias y corazones. De suerte que no sólo falta por regla general el Estado moderno no dando al pueblo el pan de la verdad y de la sana moral que le debe dar en calidad de tutor suyo, sino que falta consintiendo y autorizando oficialmente que falsos amigos le dén en lugar de aquel buen alimento toda suerte de sustancias, ó esencialmente venenosas, ó por lo menos en gran parte adulteradas. La enseñanza, la beneficencia, la prensa, sufren más que otras instituciones el efecto de esa culpable conducta de los modernos Estados racionalistas. Así que las «obras católicas» han debido principalmente fijarse en eso, contraponiendo á la enseñanza, sospechosa por lo menos, del Estado, la enseñanza severamente fiscalizada por la Religion; á la beneficencia puramente filantrópica y humanitaria de algunos centros públicos, la piadosa y cristiana de determinadas congregaciones y sociedades; á la prensa

libertina é impía, ó cuando menos culpablemente indiferente, la ortodoxa, católica, intransigente é intolerante con todo lo que no sea ortodoxo y católico, propagadora del bien en todas sus esferas, batalladora sin descanso contra el mal en todas sus formas.

Francia, la primera en sufrir el estrago revolucionario; Francia, en cuyo nobilísimo suelo fué mayor que en otro alguno el desquiciamento y ruina de todas las antiguas instituciones católicas; Francia, la gran pecadora moderna, á quien Dios reserva tal vez en sus secretos designios el grandioso papel de gran penitente y de gran apóstol, ha sido la que con más profusion ha levantado entre los escombros de sus antiguas instituciones religiosas y sociales las nuevas «obras» destinadas á suplirlas y á preparar su total restauracion. Honra á aquel pueblo, en medio de sus grandes extravíos, el inmenso desarrollo que da en poco tiempo á cualquiera de sus magníficas empresas cristianas. Grande es su corrupcion pública, pero consuela pensar que no hay llaga allí que no tenga al lado su remedio especial, para quien desee utilizarlo. El esfuerzo de los particulares ha creado, en medio de aquel continuo y alborotado torbellino de acontecimientos políticos que de un siglo acá han cambiado tantas veces su faz, obras mil para atender á todas las necesidades. La sola *Sociedad de san Francisco de Sales,* cuyo último balance general tenemos á la vista, asombra por lo gigantesco de los trabajos que cada año lleva á cabo. La creacion de las *Universidades católicas,* hecho reciente con que contesta el pueblo católico francés al reto audaz de la Revolucion, que quiere imponer á sus hijos el ateismo bajo el nombre de enseñanza laical, ha dejado mudos de estupor á sus propios enemigos. Citamos únicamente estos dos ejemplos entre mil, y aprovechamos la ocasion de enviar á nuestros hermanos de la otra parte del Pirineo un caluroso parabien.

¿Y España? Más rica un dia de fe y de instituciones religiosas que otra nacion alguna del globo, tiene aún hoy, con sólo las ruinas que le han quedado de su antiguo patrimonio, un inmenso capital que la pone, respecto á las demás, en situacion relativamente ventajosa. A semejanza de aquellas casas opulentas, que siguen siendo todavía respetables,

áun con sólo los restos de un glorioso pasado que la fortuna adversa ha echado por el suelo, nuestra patria es aún entre las naciones modernas, pobres todas, la menos pobre, por no decir la más rica. Hay todavía aquí antigua levadura de fe para sazonar mundos enteros cuando suene la hora suspirada de la universal restauracion; hay aquí todavía savia y vigor para hacer que retoñe con fuerza el viejo tronco de nuestro nacionalismo católico, cuando determiné Dios cesen las rudas pruebas porque hoy atraviesa. Todo esto es verdad. Pero entre tanto ¿qué hacemos? Capital tenemos, pero vamos viviendo de él y gastándolo de dia en dia sin cuidarnos de rehacer y suplir sus quebrantos. Vivir así es caminar á la bancarrota. ¿Qué hemos edificado al lado y por entre los escombros de que ha cubierto nuestro noble solar la Revolucion? ¿Con qué hemos suplido lo que ayer cayó, ó con qué apuntalamos hoy lo que está por caer ó se procura que caiga? Algo se ha hecho, algo se hace, pero tememos que esté (con vergüenza lo decimos), tememos que esté en desproporcion con nuestras grandes necesidades, y, lo que es todavía más vergonzoso, con nuestras verdaderas fuerzas, que algo más podrian dar de sí de lo que dan. Hay enseñanza católica popular en varias escuelas nocturnas y dominicales, pero es un grano de anís en comparacion de lo que demandan imperiosamente los tiempos. Aún no hemos podido convenir en las bases de una Universidad católica, que la vamos á necesitar mañana ó la necesitamos ya hoy como el aire y el pan. Hay asociaciones de caridad, pero no llegan ni de mucho al grado de extension que permite nuestro estado social y que reclaman las miserias del pueblo que nos rodea. Sabido es cuán penosamente viven en muchas de nuestras poblaciones, por ejemplo, las *Conferencias de san Vicente de Paul,* y cuántas localidades no las conocen ni de nombre. Tenemos propaganda de libros y periódicos; pero compárese la corriente de impreso súcio é inmoral con la del impreso sano y moralizador, y digásenos si en eso no estamos aún empezando ó por empezar. Y, sin embargo, se ven las necesidades, se palpan, se lloran; hay buenos deseos, hay generosos esfuerzos: ¿qué nervio falta, pues, á esos arranques del verdadero patriotismo católico español? Insis-

tirémos en repetirlo aunque se nos llame pesados; falta aquí, más que otra cosa alguna, la cooperacion del dinero católico. El dinero católico no toma la parte que pudiera y debiera en ese movimiento de restauracion y defensa de nuestra fe. El dinero católico cree haber hecho lo bastante con no emplearse en el mal, ¡ojalá que así fuese siempre! pero olvida que no se ha cumplido más que la mitad del deber cuando no se ha cooperado al mal; la otra mitad es cooperar al bien. Evitar el mal y hacer el bien, este es el deber completo. *Declina à malo et fac bonum.* El dinero católico con frecuencia no lo entiende así.

¡Ah, ricos católicos! ¡Ah, ricos católicos! si llegáseis un dia á comprender la grandeza de vuestra mision como tesoreros que sois de Dios y de su Iglesia en el mundo, y á la par lo terrible de vuestra responsabilidad si en este asunto mirais más por vuestro regalo ó vanidad que por aquellos sagrados intereses! ¡Ah, ricos católicos, tesoreros de Dios y de su Iglesia, administradores, nó dueños; usufructuarios á tenor de instrucciones recibidas, nó propietarios para derrochar á capricho y sin limitaciones! El dia en que comprendiéseis la importancia de vuestra mision, y la cumpliéseis como manda Dios y exige vuestra salvacion eterna, resuelta estaria en gran parte la crisis por que atraviesa la verdad en el mundo moderno. La crisis se resolverá, es cierto; pero ¡ay de vosotros si Dios ha tenido que resolverla sin vosotros ó á pesar de vosotros! Es decir, ¡ay de vosotros si en esta espantosa lucha entre el bien y el mal, entre la Iglesia y la Revolucion, sólo habeis sabido desempeñar el papel de neutrales, cuando nó de cómplices del bando de Satanás!

IX.

Que el dinero cristiano se debe finalmente á la beneficencia pública y particular.

Tócanos ya entrar en el tercer punto de la division á que sometimos desde el principio nuestra materia. Se recordará, en efecto, que los deberes del dinero católico los hemos reducido á tres clases ó grupos: deberes para con el culto de Dios propiamente dicho; deberes para con la Propaganda católica en el sentido usual que se da hoy á esta palabra; y deberes, por fin, para con la beneficencia pública y particular.

¿Qué entendemos por beneficencia pública y particular? Entendemos por lo primero el socorro del pobre por medio de los establecimientos de caridad que para sus diversas necesidades tiene erigidos la sociedad, sean estos de fundacion eclesiástica, civil ó meramente privada. Tales son los hospicios y hospitales, casas de huérfanos y expósitos, asilos de la vejez, de arrepentidas, ó de cualquier otra clase análoga.

Entendemos por beneficencia particular el socorro que por sí mismo distribuye cada uno al individuo ó á la familia necesitados, bien sea en la calle ó á la puerta, que es lo más comun; bien sea por medio de la visita á domicilio, que es la forma más recomendable.

Ahora bien. Sentados estos precedentes, afirmamos que la limosna en alguna de esas formas, segun la exigieren las circunstancias, es deber, y deber rigurosísimo del dinero católico, y que falta en conciencia, y gravemente muchas veces, el que teniéndolo no lo da de limosna, segun la proporcion de su haber y segun la de la necesidad que se le ofrece á la vista. Y por ser esta doctrina tan llana y corriente en los

tratadistas de moral católica, como desconocida ú olvidada de la mayor parte de los ricos, queremos aquí entretenernos algo en su exposicion.

Permítasenos antes esclarecer un punto sobre el cual hay á menudo lamentable confusion de ideas, y que atañe muy mucho á lo que andamos diciendo en este opúsculo. Cuando se habla en el lenguaje de los moralistas de obligaciones de caridad, distinguiéndolas de las que se conocen con el nombre de obligaciones de justicia, hay quien se figura que las primeras son, si se nos permite la frase, obligaciones que no obligan, y que sólo las segundas tienen la fuerza rigorosa de verdaderas obligaciones. Así muchas gentes, escrupulosísimas en todo lo relativo á las obligaciones de justicia, como son, pagar una deuda, satisfacer un salario, cumplir un voto ó una manda testamentaria, etc., no lo son tanto en lo que mira á obligaciones de caridad, por parecerles que esa palabra caridad suena así únicamente á cosa de consejo ó de mayor perfeccion, no que deba tomarse como estricto deber de conciencia que no es lícito quebrantar sin ofensa de Dios. Preocupacion como tantas otras. Los deberes de caridad, aunque de órden distinto que los deberes de justicia, no son por eso menos obligatorios en conciencia. No es puro consejo la ley de la caridad para con el prójimo en todas sus manifestaciones: es riguroso precepto.

Precepto cuya infraccion constituye falta leve, ó grave, ó gravísima, segun las circunstancias que la atenúen ó modifiquen; pero precepto de sí obligatorio y formal, ni más ni menos que los demás de la ley de Dios, con sancion divina y eterna como todos ellos. El santo Evangelio ofrece tremenda aplicacion de esta doctrina. Un rico se nos muestra allí condenado á los tormentos del infierno, no por haber faltado á deberes de justicia, sino simplemente por haber desatendido los de caridad. Comía él opíparamente, y Lázaro el mendigo moria de hambre á la puerta de su palacio, sin que le auxiliase aquel, como era su deber. Por esta dureza de corazon fué sepultado en el infierno, y el Evangelio no señala otra causa. Y en el texto de la final sentencia que lanzará el divino Juez sobre los réprobos, se hallan estas palabras, segun el mismo santo Evangelio: «Apartaos de

Mí, malditos; id al fuego eterno...; porque tuve hambre, y no me disteis de comer; sed, y no me disteis de beber; era peregrino, y no me recogísteis; estaba desnudo, y no me vestísteis; hallábame enfermo y encarcelado, y no me visitásteis... Siempre que dejásteis de hacerlo con alguno de estos pequeños hermanos mios, dejásteis de hacerlo conmigo.» De donde se ve, que aunque no se excluyen otras causas de condenacion que puede haber y realmente hay, se citan las faltas de caridad como suficientes para merecerla, contra la preocupacion harto comun, que las juzga siempre levísimas y de poco compromiso para la eternidad.

—¿Es, pues, de precepto la limosna para quien la puede dar y cuando la exijan las necesidades de nuestros hermanos?

—Lo es, y sólo puede dispensar de esto lo que dispensa de los demás preceptos, es decir, la imposibilidad material ó moral de cumplirlos.

—No lo creen así la mayor parte de los ricos, áun muchos de los buenos, quienes cuando le dan al pobre mendigo ó a la familia necesitada un cuarto ó una peseta, entienden dársela porque quieren, sí, señor, porque quieren, no porque deben.

—Pues entienden mal y desconocen la ley de Dios en uno de sus puntos más importantes.

—Será opinion asaz rigida de tal cual ó escuela particular, no doctrina fija de la Iglesia y del comun de sus doctores.

—No es opinion blanda ni rigida; es doctrina de fe católica, cierta, unánime é invariable. Podrá disentirse algo entre los teólogos sobre la apreciacion de las circunstancias que aumentan ó disminuyen la gravedad de cada caso especial. Pero por lo que toca al texto de la ley es absoluto y categórico, y sin ninguna ambigüedad. Podria formularse de este modo: «La limosna para el rico en la debida proporcion de sus riquezas no es de mero consejo, sino de rigurosa obligacion.»

—Tendria deseos de que expusiéseis los fundamentos y pruebas de esta dura enseñanza, que tal va á parecerlo á muchos de los ricos del siglo, y que, por lo mismo que va á parecerles dura, necesita se les presente demostrada de un modo muy concluyente.

—No hay reparo, que al buen pagador no le duelen prendas.

X.

Que la limosna debe hacerla el rico no por puro consejo sino por rigurosa obligacion. Doctrina de la Escritura y de los santos Padres.

«La limosna para el rico, en la debida proporcion de sus riquezas, no es de mero consejo, sino de rigurosa obligacion.» Así acabo de formular en el último capítulo la doctrina católica sobre el deber de la limosna, y contraido tengo, para con aquellos de mis lectores que la encuentren dura de roer, el compromiso formal de probársela hasta la evidencia. Entro gustosísimo en la tarea.

A tres grupos quiero reducir las pruebas del punto formulado. Al de los textos de la santa Escritura, claros todos, obvios y decisivos. Al de la autoridad de los santos Padres, representantes, como es sabido, del sentir genuino de la Iglesia en materias de fe y moral. Y, finalmente, al de la razon natural y del buen sentido, en esto, como en todo, completamente acorde con las enseñanzas de la verdadera Religion.

Pues, por lo que al primero de estos grupos se refiere, ó sea al de las santas Escrituras, basta abrirlas para encontrar en ellas á cada paso testimonios en apoyo de aquella verdad. Dejemos, por no repetirlos, los textos que llevamos citados en el capítulo anterior, referentes á la condenacion eterna del mal rico del Evangelio, y á los considerandos, digámoslo así, de la final sentencia que lanzará el supremo Juez contra los réprobos en el postrer juicio. Tan evidente es la consecuencia que de ellos se desprende, que, aunque otros lugares de los Libros santos no atestiguasen el deber riguroso de la limosna, estos solos bastaran para que no fuese

permitido dudar de él. Porque, ó se ha de suponer que anda injusto Dios en las condenaciones referidas, ó se ha de admitir que el motivo en que las funda es el quebrantamiento de una rigurosa ley. Lo primero no puede decirse sin absurdo y blasfemia. Lo segundo es, pues, lo procedente y lógico. Luego el santo Evangelio da por verdadera y formalísima obligacion la de que hablamos, desde el momento en que, sólo por el hecho de haber negado la limosna á quien lo necesitaba, declara á algunos reos de eterna condenacion.

Pero ni áun este raciocinio fuera necesario, teniendo, como tenemos, á mano textos en que el precepto es categórico y absoluto. Óigase ante todo uno de la Antigua Ley, que no sabemos haya sido derogado en la Nueva. «No faltarán pobres, dice el Señor, en la tierra de tu habitacion; por lo cual te ordeno abras tu mano en favor del hermano necesitado y pobre. *(Deut.* XV).»

Tan lejos se halla de aparecer derogado en la Nueva Ley precepto tan formal, que en san Lucas lo encontramos aún más categóricamente establecido. «Quien, dice, tenga dos túnicas, dé una al que no tiene. *(Luc.* III).» Y más abajo: «Lo que os sobre, dadlo de limosna. *(Luc.* VI).»

No sabemos qué se puede oponer á la autoridad de sentencias tan claras. ¿Se dirá acaso que la limosna no se manda aquí, sino que simplemente se aconseja? Desvanezcamos esta que pudiera parecer sombra de contestacion á nuestro argumento.

No podemos interpretar á nuestro antojo los Libros santos, como el ciudadano no puede á su antojo interpretar la ley que debe obedecer. Así en lo humano como en lo divino, el legislador no ha dejado la interpretacion de sus ordenanzas al libre exámen de sus subordinados. Así que las leyes deben entenderse á tenor del comentario ó jurisprudencia oficial que sobre ellas se ha dado por quien tiene ese derecho. El comentario é interpretacion de los Libros santos pertenece de derecho á la Iglesia, que es su depositaria oficial; no á nosotros simples fieles. En eso nos distinguimos esencial y radicalmente de los protestantes. Quien así no lo crea no es católico, y queda excluido de este debate. No hablamos hoy con él.

Ahora bien. ¿Cómo ha entendido y explicado la Iglesia los citados textos alusivos á la limosna? Preguntémoslo á los santos Padres, verdadero reflejo del modo de pensar de ella en lo relativo al dogma y á la moral. Y hénos aquí ya de lleno en el segundo grupo de pruebas.

San Agustin nos responde con aquella su admirable energía y laconismo. Su severo dictámen debiera helar de espanto á muchos ricos. «Lo supérfluo de los ricos, dice, representa lo indispensable del pobre; cuando de lo supérfluo se dispone es como si se dispusiera de bienes ajenos. *(Aug. in Psalm.* CXLVII).»

«Recuerda, dice en otro lugar, lo que le aconteció al mal rico del Evangelio: No fué condenado por defraudar lo ajeno, sino por no haber dado á los pobres de lo suyo. *(Aug. lib. de conflict. vit. et virt.).*»

San Ambrosio lo declara con igual ó mayor severidad: «No es mayor crímen (óigase bien) quitar á uno lo que tiene, que negárselo, cuando sobra, al que no tiene. *(Ambr. Serm. Dom. post. Pentec.).*»

¡Con qué calor y elocuencia increpa el mismo al rico que no da al pobre la debida limosna! «Es de los hambrientos, dice, este pan que tú guardas; es de los desnudos este vestido que tú reservas; es de los infelices este tesoro que escondes en la tierra: sepas que eres ladron de aquellos á quienes puedes socorrer, cuando no los socorres. *(Ambr. ibid.).*»

Más breve, pero más terrible, es aquel otro apóstrofe del mismo autor: «Si muere el pobre de necesidad y no le has socorrido, fuiste tú su asesino. *(Id. ibid.).*»

San Juan Crisóstomo truena con no menor vehemencia contra los ricos de su tiempo. Quien como él hablase en nuestros dias seria tachado sin duda por muchos conservadores al uso, de demagogo y socialista. «No has recibido estas riquezas para gastarlas en deleites, sino para distribuirlas en limosnas. *(Chrisost. Hom. 34 ad pop. Antioch.).*»

En otro lugar exclama de esta suerte: «¿Gastas en superfluidades? Oye el grito de los pobres que te dicen: Nuestro es eso que derrochas; á nosotros se roba esto que tú malgastas. *(Crisosth. in Joan.).*»

San Gregorio Magno expone con su acostumbrada lucidez

esta doctrina en uno de sus tratados. «Cuando damos, dice, á los pobres lo que han menester, les damos, no lo que es nuestro, sino lo que es suyo; es pagar una deuda de justicia, más bien que hacer una obra de misericordia. *(Greg. 3 part. Past. Cur.)*.»

Y Salviano aduce en pro de esta doctrina una muy concluyente razon. «Las riquezas, dice, que hemos recibido de Dios, son de Dios más que nuestras: sólo consiente Él en que las llamemos nuestras, á condicion de que demos de ellas á quien tenga necesidad. *(Silv. lib. 2 ad Eccles. cath.)*.»

¿Qué te va pareciendo, estupefacto lector, de tan respetable procesion ó letanía? Habla claro y sin rodeos, ¿no es verdad? Pero haz cuenta que podríamos hacerla interminable con sólo ir recorriendo las colecciones de santos Padres, y que sólo hemos sacado de ellas lo más saliente, ó como vulgarmente se dice, la nata y flor. Esta idea tiene el Catolicismo de la riqueza y de la pobreza, y de las relaciones que entre ambas clases deben mediar. Así explica él y equilibra y resuelve el temeroso problema de las desigualdades sociales. Desde que se va prescindiendo en mal hora de esta enseñanza divina, va saliendo del infierno, para castigar el egoismo de la moderna riqueza, otra enseñanza satánica, segun la cual el rico no está obligado á dar limosna, ni el pobre á pedirla ó aceptarla, porque dice que eso degrada al pobre y le envilece. En cambio, segun la misma, el pobre debe llamar su enemigo ó su tirano al rico, y como tal traerle guerra incesante, hasta haberse puesto en su lugar. Ya conoces que hablo del socialismo, más vivo hoy que nunca, y más amenazador de dia en dia. Es hijo legítimo y natural del olvido y desprecio de la doctrina del Catolicismo sobre el deber de la limosna.

Te lo he probado con la autoridad de los Libros sagrados y de los santos Padres. Vas á verlo confirmado por el mero buen sentido natural.

XI.

¿Qué dice á esto la mera razon natural?

Que hay pobres y que hay ricos es un hecho que está constantemente ante nuestros ojos. Que esta desigualdad no es efecto de mala organizacion social, como pretenden los socialistas, sino que radica en la misma naturaleza esencial y necesaria de la humanidad caida, es otro hecho que se demuestra con sólo considerar que la desigualdad es fenómeno universal y constante; es decir, que lo encontramos en todos los siglos y en todos los pueblos; en la sociedad salvaje como en la civilizada; en repúblicas libérrimas como en las más absolutas monarquías; bajo la influencia de todos los climas, de todos los cultos y de todos los sistemas de legislacion. Aquella felicísima edad de oro, en que no se conocia lo tuyo ni lo mio, es mero sueño de poetas, ó á lo más, recuerdo confuso de la primitiva situacion del hombre antes del pecado. El brillante discurso pronunciado ante los atónitos cabreros por nuestro D. Quijote con ocasion de un puñado de bellotas, es un rasgo humorístico del gran Cervantes, y nada más. La desigualdad de fortunas proviene, humanamente hablando, de la desigualdad de medios para adquirirlas, es decir, de la desigualdad de talentos, costumbres, fuerza corporal, salud, capitales adquiridos, relaciones oportunas, etc. Por donde la igualdad absoluta de condicion humana sólo se logrará cuando se haya logrado la igualdad absoluta de dotes físicas, morales é intelectuales entre los hombres. Y esto nos parece que ha de tardar, al paso que vamos.

Pero este hecho de la desigualdad social, por lo mismo que lo encontramos necesario, debemos reconocerlo providencial, áun aparte de las razones que hay para aplicar este dictado á toda cosa chica ó grande del mundo visible ó invisible. De

suerte que en la existencia de pobres y ricos, áun con todos los inconvenientes y aparente desórden que trae consigo esta diferencia, hemos de reconocer una ley dictada por Dios á las humanas sociedades, ley ordenada á fines altísimos que no es ahora ocasion de investigar. Por hoy nos basta reconocer y dejar sentado que existe, y que en el estudio de esta cuestion se debe contar con ella como con otro dato de sumo interés.

Además, esta desigualdad social es tal y tan enorme que hay en el mundo séres humanos á quienes todo sobra, y otros séres, humanos tambien, á quienes falta todo. No representa una diferencia sólo en el mayor ó menor grado de comodidad y regalo, sino aún en los elementos más indispensables para la vida. Hay hombres que derraman su oro sin miramiento de clase alguna; hay otros que no tienen un mendrugo de pan que llevar á la boca. Al lado del palacio del Epulon, á quien la misma saciedad de los placeres impide el goce de ellos, se levanta la casucha del infeliz que ve morir de inanicion y desfallecimiento á sus hijuelos, si la mano de la caridad no acude á alimentarlos. Este es otro hecho tambien constante y universal, escándalo del pseudopensador que no sabe estudiar el fenómeno más que de tejas abajo; motivo de blasfemia para quien en la ordenacion de las cosas humanas no tiene en cuenta para nada la disposicion secreta del misterioso é invisible Ordenador.

Tenemos, pues, en el mundo la desigualdad social existente y necesaria; la desigualdad social como ley de la Providencia de Dios; la desigualdad social extremada y consentida hasta sus últimos límites de crudeza por altísima disposicion de esta misma Providencia. Hay, pues, aquí un desequilibrio; hay una cierta mostruosidad; hay un linaje de desórden; hay ¿nos atreverémos á decirlo? hay una aparente injusticia. Pero no: corrijamos estas palabras, añadiéndolas una salvedad que nos dará la explicacion del problema. Habria desequilibrio, habria evidente desórden, habria injusticia manifiesta, si Dios á la parte favorecida en este desigual reparto de bienes y medios de adquirirlos no hubiese impuesto la obligacion, la severísima obligacion de atender á la parte menos favorecida; haciendo rigurosamente respon-

sable á aquella de la subsistencia de ésta; conminando con terribles castigos en otra vida, término y explicacion y solucion de los misterios de la presente, la infidelidad y perversa administracion del rico que acá en el suelo creyó que podia serlo parara sí solo. De esta suerte la ley social de la desigualdad viene contrapesada con la ley moral de la caridad, y ésta viene sancionada con la existencia de un mundo superior en que pague su egoismo y dureza de corazon el que no obró en esta vida conforme á las severas cuanto amorosas prescripciones de la Religion. De esta suerte el mecanismo social tiene como un engranaje de ruedas, grandes y pequeñas, cuyo ordenado movimiento y adecuada accion sólo pueden ser perturbadas por los abusos del hombre; que en esto Dios no ha querido coartar su natural libertad, reservándose juzgarla un dia, y recompensarla ó castigarla. De esta suerte la riqueza y la pobreza tienen una explicacion lógica y armónica que satisface á la razon, áun al través de la oscuridad del misterio. Hay ricos, porque hay pobres de quien el rico debe ser como la providencia humana, subordinada á la otra Providencia divina. Hay pobres, porque hay ricos cuya riqueza, por la ley de la caridad, pertenece á aquellos en el sentido indicado. Ni el rico puede considerarse caprichoso é independiente propietario de sus bienes, porque Dios le ha dado de ellos la administracion sujeta á ciertas pensiones y censos que á título de limosnas debe dar á los pobres. Ni el pobre debe considerarse absolutamente abandonado en sus necesidades y miserias, porque Dios ha dispuesto que tuviese en la caridad un patrimonio y en el rico un proveedor que bajo cargo de conciencia debe aliviárselas. Así se comprende que Dios ha puesto ricos en el mundo, por la sencilla razon de que ha puesto pobres; y ha puesto pobres, por la razon sencillísima de que ha puesto ricos. Lo que á los ojos del simple cálculo humano, groseramente positivista, aparece como desórden y mostruosidad, aparece á los ojos de la razon iluminada por el buen sentido cristiano, sistema de maravillosa y superior armonía.

—Pero este modo de explicar los deberes de los ricos y los derechos de los pobres ¿no es en términos más ó menos místicos y piadosos, un verdadero y crudo socialismo? ¡Aquí lo de la demagogia blanca!

—Alto ahí, amigo mio, con eso de derechos y deberes, que es terreno escabroso donde hay que sentar con mucho tiento el pié. De la mala inteligencia de estos deberes del rico y de estos (mal llamados) derechos del pobre, ha nacido el socialismo, que dista tanto de la doctrina que acabamos de exponer, como el cielo, orígen de ésta, dista del infierno, cuna de aquel. Esta diferencia esencial y completa la verémos ahora mismo.

XII.

Si en este modo de obligar á los ricos á dar á los pobres coinciden el Catolicismo y el socialismo.

No una sola vez, sino muchísimas, se ha llamado socialiasta al Catolicismo por su severo modo de recordar á los ricos sus deberes para con los pobres. No queremos desaprovechar hoy la ocasion, que tan oportuna se nos ofrece, de poner en evidencia lo absurdo é injustificado de tal calumnia.

El Catolicismo y el socialismo, únicos poderosos contendientes entre quienes ha de librarse indudablemente la postrera de las batallas que tan agitado traen á nuestro siglo, y á la cual á marchas forzadas va conduciéndonos la Revolucion; el Catolicismo y el socialismo, digo, se encuentran ambos frente á frente del hecho doloroso de las desigualdades sociales. Pero el primero, partiendo del dogma revelado del pecado original, ve en eso una consecuencia del estado decaido de la naturaleza humana; el otro, suponiendo al hombre, no caido, sino perfecto, ve en lo mismo tan sólo una consecuencia de cierta mala organizacion de la sociedad. Vemos, pues, radicalmente separadas ambas doctrinas ya en su respectivo punto de partida.

Segun el Catolicismo, Dios es el único dueño absoluto de todas las cosas, y los bienes de este mundo andan distribui-

dos entre los hombres segun la medida en que El ha dispuesto distribuirlos á cada uno de ellos. Nadie tiene, de Dios abajo, derecho propio á nada. No puede de consiguiente envanecerse el rico, ni quejarse el pobre; ni rebelarse aquel si le ha dado la riqueza bajo condiciones rigurosas como la de la limosna, ni desesperarse éste porque no se le ha puesto en el mundo en condiciones tan favorables y ventajosas, humanamente hablando, como á aquel. Segun el socialismo, no hay Dios, el mundo es del hombre, y éste es su único dueño; de consiguiente todo el que nace hombre tiene igual derecho á una porcion de él, y no se concibe que siendo la humanidad el dios de la tierra, independiente y soberano, sin respetos á ningun Sér superior, se encuentre un individuo humano en menores condiciones de bienestar que otro que ningun título ni razon puede alegar para sobreponérsele. En este punto, y partiendo rectamente de sus respectivos principios, tan lógico es el socialismo al sacar las consecuencias de su blasfema y mentirosa premisa, como el Catolicismo al deducirlas de la suya divina é incontestable. Si no hay Dios que segun altísimo designio, que yo no debo escudriñar sino respetar, haya hecho de mí un mendigo y de aquel otro un millonario, no hay razon alguna para que sea yo lo que soy y sea aquel lo que es, como no sea la razon de que tenga él más fuerza en sus puños para hacer presa en su rival. Por esto todo racionalismo á la postre ha de ser por necesidad socialista, y por esto el impío Proudhon, que cazaba largo y sabia de estas cosas más que sus discípulos, decia netamente que si se admite la existencia de Dios no se puede ser socialista, ni hay más remedio que declararse católico.

Además, para el Catolismo la riqueza y la pobreza son sólo accidentes pasajeros de un órden de cosas tambien pasajero, á que debe conformarse el hombre, mientras aguarda el otro órden de cosas definitivo en la eternidad. Entre tanto, las diferentes condiciones sociales sólo son para él diferentes caminos que todos pueden conducirle al mismo supremo fin, con tal que de ellos se sirva á tenor de lo que le prescribe la ley de Dios y no mirándolos más que como lo que realmente son, es decir, como medios más ó menos acomodados para el logro de su felicidad eterna. Mas para el socialismo que

niega á Dios, niega el alma y niega la otra vida, el único destino del hombre es lo presente, y el goce de lo presente debe constituir todo su ideal de felicidad. La adquisicion de la riqueza debe serlo, pues, todo para el hombre, segun este grosero sistema. Es, por lo mismo, natural que todo lo estime lícito para llegar á este su supremo fin, y que considere el derecho á gozar como el más sagrado y á que deben amoldarse y en que pueden compendiarse todos los demás.

El Catolicismo, enseñando é inculcando la subordinacion completa del hombre á Dios, y de los intereses de la vida presente á los más nobles y únicos definitivos de la vida venidera, despues de haber rebajado mucho y muchísimo la importancia de la riqueza, enseñando á considerarla como cosa transitoria y baladí, impone al rico el único freno que, si es aceptado, puede contenerle en los peligros de abuso en que le coloca su mejor posicion; al paso que levanta y enaltece la condicion del pobre, predicándole la dignidad de la pobreza honrada, haciéndole fácil y suave y hasta consoladora su cruz con la esperanza de los goces eternos, que son recompensa del que en ella se condujo bien. El socialismo, limitando el ideal del hombre á lo de acá, y cerrándole por completo el horizonte de la vida futura, libra al rico de todo temor y hace así desenfrenada la riqueza, y sin trabas su orgullo y su codicia, y roba á la par al pobre todo consuelo y toda esperanza, haciendo así desesperada y rencorosa la pobreza en medio de sus inevitables amarguras.

Consecuencia de estos dos tan diametralmente opuestos puntos de vista. Al Catolicismo, para equilibrar lo que en la humana sociedad aparece desequilibrado, bástale predicar al rico mucha moderacion y mucha caridad; al pobre mucha resignacion y mucha paciencia. El socialismo necesita para consolar al pobre atizar sus rencores y envidias contra el rico, mostrárselo como su enemigo, tenerle en guerra constante con él, y hacerle acariciar la idea de que por medio de soñadas utopías, ó simplemente de sangrientos trastornos, ocupará un dia su lugar.

El Catolicismo, al imponer al rico el deber de auxiliar con su riqueza al pobre, se lo impone en nombre de Dios, que es señor de ricos y pobres, y dueño de los harapos de éste

como de los tesoros de aquel. Por lo mismo, este deber del rico no es correlativo á un pretendido derecho que tenga el pobre sobre sus riquezas, sino al derecho supremo que sobre ellas tiene Dios. De consiguiente el rico tiene, es verdad, el deber de dar de lo suyo al pobre lo que éste necesite, y el pobre tiene derecho de recibir para sus necesidades este auxilio que el rico viene obligado á darle. Pero el pobre no tiene derecho alguno sobre los bienes del rico, ni áun en la parte que necesite para sus comunes urgencias, por la sencilla razon de que el rico, aunque se le haya de dar á él, no viene obligado con él, sino con Dios, único que le ha dado sus riquezas y único que ha podido imponer sobre ellas tal carga y obligacion. Se comprenderá, por esto, que aunque hay en el rico el deber de la limosna, no hay en el pobre el derecho á la limosna, y que por lo mismo el olvido de la misma no es justiciable para el rico ante los tribunales de la tierra civiles ni eclesiásticos, y mucho menos en el de la revuelta popular, aunque lo sea, y de un modo terrible lo será, ante los estrados del Juez celestial.

La Iglesia ha tronado contra el abuso de la riqueza y contra la dureza de corazon de los malos ricos en los términos espantosos que han visto, quizá con asombro, mis lectores poco há. Nunca empero ha hecho más que emplazar á los Epulones ante el tribunal de la eternidad, no cesando de recordar á la vez á los Lázaros el severo precepto *No hurtarás,* que es la sancion más solemne del derecho de propiedad y del respeto inviolable que se debe á los ricos, áun á los malos. Y cuidado que la Iglesia no se ha permitdo jamás sobre esto los sutiles distingos é interpretaciones que han introducido en el derecho civil ciertos llamados conservadores, que más que ella merecen el estigma de demagogos y socialistas. No ha sido la Iglesia quien ha atenuado la absoluta prohibicion del séptimo mandamiento con los paliativos de desamortizar, incautar y anexionar, tres palabras distintas que significan una sola cosa verdadera. La entereza de la Iglesia en recordarles á los ricos sus deberes de misericordia para con los pobres, ha sido igual á su entereza en recordarles á los pobres sus deberes de respeto para con los ricos.

Si ahora las clases ricas se encuentran cogidas alguna vez,

por nuestros pecados, como en callejon sin salida, por las terribles teorías del socialismo, culpen ¡ay! no al Catolicismo, que muchos años há les dió sobre esto la voz de alarma, mereciendo entonces su prevision maternal sólo compasivas sonrisas ó burlescas carcajadas; sino á la implacable fuerza de los principios sentados, y que tarde ó temprano debian producir su fruto: culpen al loco frenesí con que se le han ido quitando uno á uno al edificio social todos sus estribos y cimientos, como si en el órden moral no fuesen imposibles, como en el material, construcciones al aire: culpen á la educacion racionalista, y en consecuencia socialista, que se ha dado á las masas sólo por el triste gusto de arrancarlas á la tutela católica, por mal nombre clerical, que hasta hace poco las habia adoctrinado. Se coge lo que se siembra. La Europa conservadora trabaja por el socialismo cerca cien años há, y es posible que el socialismo se lo agradezca á su modo, devorándola el dia menos pensado.

Mientras estas líneas escribo, anda otra vez preocupado el mundo con la noticia de que la Revolucion acaba de herir con su puñal homicida á uno de los soberanos reinantes, el Príncipe Humberto de Saboya, sin duda el que menos merecia de parte de ella tal tratamiento. Con este son tres en pocos meses los casos de análoga naturaleza. Un distinguido escritor católico hace notar oportunamente que los tres intentados regicidios han salido, por la divina bondad, frustrados quizá porque esta no es todavía la hora de los castigos de Dios, sino tan sólo la de los avisos. Cosa parecida podemos decir á los ricos tocante á las pesadumbres que empieza á darles el fantasma socialista. Quizá es todavía el instrumento de la misericordia de Dios que les advierte su extravío, y les invita á buscar en el amor á la Iglesia y en el uso cristiano del dinero el único camino de salvacion.

XIII.

Recapitulacion de todo lo dicho. Última palabra al corazon de los ricos.

Cerremos esta importante materia con una recapitulacion ó sumario de cuanto acerca de ella llevamos someramente expuesto.

El hombre es de Dios con todas sus cosas: de consiguiente es primariamente de Dios el dinero del hombre. Y es de Dios, no sólo por razon de orígen, esto es, porque Dios se lo ha dado al hombre proporcionándole los medios de adquirirlo, sino que lo es tambien por razon de fin, porque no se lo ha dado el hombre para que éste á su antojo lo gaste y malgaste como cosa absolutamente libre, sino para que lo administre como fiel mayordomo, con sujecion á leyes y condiciones de antemano impuestas.

Estas leyes ó condiciones con que ha limitado Dios el dominio del hombre sobre su dinero se identifican con la ley general á que ha sujetado Dios al hombre mismo; es decir, que le sirva, reverencie y glorifique, y mediante esto consiga su salvacion. Más claro. El dinero, cristianamente hablando, no es para el hombre más que uno de tantos medios que le han sido dados para conseguir su último fin. De consiguiente el empleo del dinero será legítimo únicamente cuando sea conducente á la consecucion de este último fin, para el cual Dios lo ha ordenado como medio, lo mismo que ha ordenado todas las demás cosas.

De ahí que el hombre tenga, como rico, especiales deberes que cumplir además de los que tiene por su ordinaria condicion de racional y de cristiano. Claro está. Tiene los deberes especiales de cristiano rico.

¿Cuáles son estos? Dejemos á un lado los meramente na-

turales relativos á la propia conservacion y demás análogos; refiriéndonos á los de órden sobrenatural, hémoslo reducido á tres grupos que deslindamos en la forma siguiente: los que se refieren al culto de Dios propiamente dicho: los que se refieren á la propagacion y defensa de la santa Iglesia y de sus doctrinas y derechos: los que se refieren al socorro de las necesidades públicas y privadas de nuestros hermanos.

Al primer grupo pertenece la construccion, reparacion, adorno y esplendor de los templos y altares dedicados al verdadero Dios; ereccion de imágenes, adquisicion de vasos sagrados, ornamentos, campanas y demás elementos litúrgicos; sosten de sus ministros cuando se hallan en necesidad; costeamiento de las pompas sagradas cuando la penuria de la Iglesia exija de sus hijos esta material cooperacion.

Al segundo pertenece la fundacion de instituciones dedicadas á la enseñanza catequística y moralizadora del pueblo fiel, á las Misiones, á la difusion de libros, hojas y periódicos sanos, á la legitimacion de uniones ilícitas, patronato de aprendices, celebracion de primeras Comuniones, etc., etc.

Al tercero pertenece el auxilio material y moral de todas las desdichas que afligen á nuestros prójimos, bien sea con la limosna dada en la calle ó en la puerta al pordiosero; bien con la llevada á domicilio al enfermo y al vergonzante; bien con la dotacion de hospitales, hospicios, huerfanatos, casas de asilo, etc.

Respecto á estos tres puntos hemos considerado como obligatorio el buen empleo del dinero por los católicos, y en algunos casos bajo grave responsabilidad, siempre con amenaza de severísimo juicio de Dios contra los egoistas y negligentes. Y creemos dejarlo plenamente demostrado, particularmente en lo que atañe al deber de la limosna para con los pobres, por medio de argumentos cuya fuerza ningun buen católico ó simple filósofo, que de veras lo sea, puede desconocer.

Sólo nos resta por conclusion ó epílogo dirigirnos por vez postrera á los ricos á quienes ofrecemos esta serie de sencillas instrucciones sobre un punto tan importante como poco tratado. Con lágrimas en los ojos, á falta de mejor elocuencia, les diríamos si hablarles pudiésemos á estos hermanos

nuestros á quienes Dios ha confiado la posesion de los bienes de la tierra: «Ved, amigos; extended á vuestro rededor la mirada; observad cuán diferentes os ha hecho Dios de la condicion comun de vuestros hermanos. Hijos sois todos de un mismo Padre, formados con un mismo barro, ramas de un mismo tronco. Y no obstante teneis vosotros gran fortuna, cuantiosos intereses, comodidades, regalo, lustre y esplendor; mientras la generalidad de los hombres viven en la oscuridad, gran parte en la miseria, la mayor porcion en una escasa medianía. ¿Quién ha hecho de vosotros hombres de desahogada posicion, y de los otros pobres ó por lo menos de condicion estrecha y nada holgada? ¿Quién ha hecho esto? ¿La casualidad? No, porque la casualidad no existe en el diccionario de la sana filosofía. ¿El capricho? No, porque Dios nada ordena sin expresa razon y maduro consejo... ¿La injusticia? No, porque no cabe en el rectísimo proceder de quien es la justicia misma. ¿El ser vosotros acreedores á un tal privilegio? No, porque ni antes de nacer ni despues de haber nacido teniais mérito alguno para tales privilegios y excepciones. ¿A qué debeis, pues, lo que sois? Os lo diré aunque os humille; mas no, he dicho mal: os lo diré áun á riesgo de ensoberbeceros con la alta dignidad que eso supone en vosotros. Lo debeis á la idea que ha tenido Dios de sacar de vosotros mayores servicios; por esto os ha dotado de mayores recursos. Porque habia de haber en el mundo quienes pudiesen mucho, por esto habia de haber quienes mucho tuviesen; desde luego, pues, el tener no lo habeis de considerar sino como una carga con la cual, más que vuestro capital de riquezas, ha sido aumentado vuestro capital de obligaciones.

Dice un refran de nuestra tierra, no con ironía sino con profunda verdad: Dios es omnipotente, y el dinero es su teniente. Ponderacion hay aquí; pero reparad lo profundo de la idea exactísima que bajo esta forma ponderativa se expresa. El dinero es para muchísimas cosas el lugarteniente de Dios. Sois, pues, vosotros, los que teneis dinero, verdaderos tenientes ó apoderados de Dios para hacer en su nombre y por este medio mucho bien sobre la tierra y alcanzaros gran lauro y recompensa en el cielo. Porque el apostolado del

bien, que á todos nos toca ejercer segun la medida de nuestras fuerzas, se confió, es verdad, primariamente á la autoridad, al talento, á la ciencia, pero se confió tambien de un modo muy principal, y tanto quizá como á aquellos otros elementos, al poderosísimo y eficacísimo de la riqueza. No, no me cansaré de repetirlo, amigos mios, aunque os sea enojosa la repeticion. Mucho podeis si mucho teneis, y por lo mismo á mucho venís obligados. ¡Sacad, pues, esgrimid esta arma que para gloria suya y provecho del prójimo os ha puesto Dios en las manos, no para guerrear insolentemente contra Él, ni áun para tenerla cobardemente ociosa!

¡Fecundas haga Dios con su gracia las impresiones que en nuestros lectores hayan podido producir estas breves páginas inspiradas ¡bien lo sabe Él! por el más puro deseo de su mayor gloria y por el espectáculo tan lastimoso de las cada dia más apremiantes necesidades de la Religion y de nuestros hermanos!

LA VOZ DE LA CUARESMA.

LA VOZ DE LA CUARESMA.

I.

¿La Confesion? No me venga V. con cuentos.



NO obstante, amigo mio, con ese cuento, ó lo que sea, te sale cada año la Cuaresma. Y toda ella viene casi compendiada y como personificada en esta palabra, que es el terror de muchos, cuando no debiera ser sino el consuelo de todos: la Confesion. Católico hay que en obsequio de su Dios y en defensa de su fe se lanzaria sobre enemigos armados hasta los dientes, y se estremece no obstante y suda de congoja al pensar que ha de acercarse al confesonario. ¡Figúrate si es exigente y tiránica la Religion! ¡Manda confesarse, y quiere á lo menos que uno se confiese cada año por Cuaresma! Hemos conocido á muchos de esos espíritus apocados y miedosos, para quienes realmente el negocio terrible, al cual van dando largas lo más que se puede, para librarse del cual pagarian bonitamente cualquiera contribucion por crecida que fuese, es la Confesion, ese dulce y consolador desahogo del alma que se llama la Confesion. ¡Gran Dios! Y no obs-

tante ¡qué apuros! es preciso confesarse, porque llega la Cuaresma, y pasan las primeras semanas de ella, y éntrase luego en el tiempo de Pasion, y la piadosa madre ó la solicita esposa echan asi al descuido alguna indirecta sobre el asunto; y á su vez anda hurgando tambien por los adentros la conciencia, que es señora muy señora que cuando da en molestar y pinchar y clamar recio, no concede punto de reposo. Y al fin se acercan los aleluyas de Pascua, y no es cosa de que se cierre la Semana Santa sin haber recogido la cédula parroquial. Y finalmente se fijan dia y hora, y se acomete decididamente el negocio, siquiera para tener cuanto antes la satisfaccion de haber salido con vida de él. Todo esto cuesta á algunos el confesarse una vez al año.

Dime, lector, así con esta misma franqueza con que te hablo yo y con que tú me has hablado algunas veces, ¿no es esta la verdadera y puntual historia de tu corazon, quizá en estos mismos momentos?

Voy, pues, á hacerte una obra de caridad. Voy á ponerte por delante, en estas breves conversaciones que tendrémos á solas tú y yo, las principales razones en que te apoyas, ó mejor, con que te engañas para mirar con sobresalto y recelo el acto dulcísimo de la Confesion cuaresmal. Y voy á desvanecértelas con un soplo, como sombras que son, y que sólo con un soplo se desvanecen. Quiero que despues de leido este papel que Dios ha puesto en tus manos, lo sueltes decidido y digas sonriendo: «Pues, ¡si tiene razon ese D. Fulano, quien quiera que sea! Está claro, ¿y por qué no me he de confesar yo al momento?» Y que despues de esta eficaz resolucion vayas el dia despues, y tomes tu capa ó lo que Dios te dió, y te pongas de un salto en la iglesia, y le rindas tus cuentas al confesor, y te vuelvas á casa tan sereno y tranquilo como todo el que tiene serena y tranquila la conciencia.

«¿Que no te salga con esos cuentos,» me dices? Cuentos son en verdad, pero cuentos muy sérios que pueden costar muy caro á tu pobre alma. Cuentos que no te cuento yo, sino que te cuenta la Iglesia, maestra tuya y mia; cuentos de que te pedirá razon el mismo Dios dentro un plazo no muy lejano. Vamos á ver. ¿Cuánto tiempo te prometes de vida? ¿cuánto puedes tardar en morir? ¿Veinte años aún?

¿Cuarenta? ¿Cincuenta? Hazte cargo de que te los asegura Dios bajo su firma honrada, así como no te asegura ni el dia de hoy. ¿Qué tendrias? Al fin pasarian estos veinte, cuarenta ó cincuenta años como han pasado los demás, y llegarias como todo el mundo á la hora de la muerte. Morirás. Es verdad que esto al parecer te alarma poco; pero ¿y despues? No es lo tremendo la muerte, ni los dolores de la agonía, ni lo lúgubre del ataud, ni la descomposicion del cadáver, ni el llanto de los que nos aman, ni la soledad de la sepultura, ni el olvido del mundo. Lo temeroso y horrible es aquel *despues* tan incierto, aquel *despues* tan oscuro, tan negro, y que por añadidura, bueno ó malo que sea, ha de ser definitivo, ha de ser eterno, porque de allí nadie vuelve, como dice con sublime sencillez nuestro pueblo.

¿Qué tal, amigo mio? Pues digo que si ese es cuento como te parece á tí, el cuento puede salir al fin una verdad muy espantosa. ¡A confesar, pues, sin excusas, ni dilaciones, ni vanos escrúpulos! ¡A confesar y á arreglar tus negocios con Dios para tranquilidad de tu vida y seguridad de tu muerte! ¡A confesar, más que se rian los tontos y se irriten los malos! Ni malos ni necios nos sacarán de las manos de Dios vivo, cuando en ellas nos haya colocado inexorablemente la muerte.

¿Que tienes tus razones para no ir? Excusas serán, pero si tan poderosas te parecen, léeme con sinceridad en el decurso de la Cuaresma, lee estas breves páginas, y tú mismo falla despues. Sobre lo que ahora resuelvas tú, resolverá Dios en el dia de tu juicio.

II.

¡Bah! ¿Y de qué he de confesarme yo? A nadie he hecho ni deseado el menor mal.

¡Hombre! bien; me alegro, porque precisamente eres tú á quien andaba yo buscando. Precisamente pretendia hablarles de la Confesion, no á presidiarios, ni á tomadores del dos, ni á barateros de encrucijada, sino á hombres de bien como tú, pues éstos y no otros supongo tienen tratos con mis papeles.

Pero, vamos á hablar con franqueza tú y yo, á solas como quien dice, que nadie nos oiga. ¿Es verdad que seas en todo un hombre de bien, y que tengas tan limpia y purificada la conciencia que nada reste que lavar y purificar en ella? ¿Es verdad que te encuentras ahora en una disposicion tal, que si te intimase Dios la muerte para dentro cinco minutos, no te creerias obligado á pedirle quince siquiera para arreglar tus cuentas espirituales? Responde á esta pregunta: ¿Temes ó no temes el juicio Dios? Si temes, algo reconoces en ti que puede perjudicarte en su presencia. Pues bien; toma ese algo que temes por punto de partida de un exámen de conciencia, y ya me lo dirás despues.

Porque, vamos á ver, ¿tan ajustada anda toda tu máquina que nunca tenga un tropiezo ó un desconcierto? ¿Nunca se desborda tu ira? ¿Nunca se van á lo que no deben tus sentidos, tu imaginacion ó tus deseos, con licencia de su dueño? ¿Nunca se te permite la lengua culpables libertades que, ó injurian directamente el nombre santísimo de Dios, ó hieren el buen crédito del prójimo, ó escandaliza la inocencia de los inocentes, ó encienden las pasiones de los que no lo son? ¿Nunca has tenido con los impios ciertas condescencias y tolerancias que se parecen mucho, muchísimo, á traiciones é

infidelidades para con tu Dios? ¿Estás cierto de que haces todo lo posible para cumplir como se debe tus deberes prácticos de cristiano, tu misa, tus rezos, tu pensamiento de las cosas del alma? ¿O vives descuidado de todo eso disculpándote con el olvido, como si el mismo olvido no fuese ya una gran culpa? Y tus negocios ¿son todos tan limpios, tan delicados, tan severos, que ya que puedan sufrir el juicio de un tribunal de la tierra, puedan salir tambien con un *visto-bueno* de los tribunales del cielo? No quiero decir que robes, no; líbreme Dios de hacerte tamaña injuria; pero ¿estás cierto de que lo que ganas con tu trabajo, industria ó profesion, lo ganas siempre como debes? Y tus hijos, y tus dependientes, y tu mujer, ¿nunca han recibido de tí un mal ejemplo? ¿Los recibieron siempre conformes á la ley de Dios? ¿Es ejemplar ó cristiana la conducta de tu familia ó servicio? Porque si no lo es, atrévome á asegurarte que las dos terceras partes por lo menos de responsabilidad criminal se te cargan á tí en cuenta. ¿Tienes en tu librería libros perversos? ¿Estás suscrito á periódicos enemigos de la Iglesia, ó á novelas reñidas con la moral? Y los espectáculos á que asistes ¿son siempre tales que puedan servirte de preparacion para la hora de la muerte? Y las limosnas que haces ¿son tan lujosas como tu traje y tus muebles indican que podrian y deberian ser?...

—Basta, basta, basta, por Dios y por todos sus Santos, que trazas llevais con este rigor y escrupulosidad de sacarme á la luz del sol escondrijos de mi conciencia en los que yo nunca acerté á fijar la mirada.

—Dices bien, amigo mio, nunca lo miraste; por eso nunca te dió cuidado. Pero ¿estás seguro de que Dios no se acordará de tí y de tus faltas sólo porque tú tuviste el extraño capricho de no querer acordarte de él y de sus leyes? Por mi parte estoy seguro de lo contrario.

Atrévete ahora, despues de esta ligera ojeada mia, á repetir la insulsa excusa de que nada tienes que te acuse delante de Dios. Lo que yo, con ser corto de vista, y examinando á la ligera, he podido descubrir, ¿crees podrá permanecer oculto al ojo de un Juez que ve al través de los más oscuros abismos? Tampoco ordinariamente le vemos impureza ó inmundicia alguna á ese aire que respiramos, y que tan limpio

y diáfano y transparente nos parece. Sin embargo, un rayo de sol que lo atraviese nos basta para que veamos revolotear en él multitud innumerable de inmundicias que lo enturbian y afean. Cuando el rayo de aquella luz del juicio caiga de lleno sobre nuestras almas, ¡cuán asquerosas van á encontrarse muchísimas que en la vida mortal se creyeron tan puras!

Confiésate, amigo mio, pues tienes de qué, y mucho, y mucho, como cada hijo de su madre. El capítulo de las *omisiones* basta él solo para alarmar á la conciencia menos timorata. Pero no... ya te comprendo, lo que te asusta no es quizá la falta de materiales para una buena confesion, que de esos todos tenemos abundante cosecha, sino el embrollo en que están tus negocios, el desórden de tus libros de caja, de los cuales es dificilísimo sacar en limpio el balance definitivo; porque quien nunca, ó casi nunca, pensó en las cosas de su alma, ¿cómo va ahora á exigírsele que dé cuenta menuda de ellas?

III.

Vamos, si quereis que os hable francamente, la verdad es que no sé por dónde empezar. ¡Está tan enredada la madeja...!

¡Bravo! así me gusta, así, amigo mio; las cosas claras. La verdad es que eso no está tan limpio que no merezca someterse á una buena colada, antes está tan súcio que no sabe ya uno por dónde cogerlo. Esto quisiste decirme en puridad, ¿no es cierto? Pues bien, vamos á desvanecerte tambien ese reparo, vamos á desalojar al diablo de esa otra trinchera de la pereza, formidable de lejos como todas las suyas... liviana y endeble y como de humo cuando se la mira de cerca y se la palpa con las manos.

¿Con que, no sabes por dónde empezar? Amigo mio, para estas dudas tengo yo una receta infalible que no me ha de sacar mentiroso. Óyeme bien. Todas las cosas suelen empezarse por el principio. ¿Te ries? Ríete lo que quieras con tal que me concedas que tengo razon. Pero me dirás: ¿Cuál es ese principio? ¿dónde se le encuentra el cabo al hilo de esa enredada madeja? Calma, calma, que á todo irémos respondiendo con facilidad.

Si mañana me viniese un impertinente con la noticia de que puede que yo haya faltado á un bando de buen gobierno que ha publicado el alcalde de esta ciudad ó el gobernador de la provincia, ¿sabes de qué modo me las compondria yo para saber pronto y claro si he delinquido ó no, y si por ende me amenaza ó no la multa? Muy sencillo. Buscaria *incontinenti* un ejemplar del consabido bando, ó me dirigiria bonitamente á la tablilla de la casa municipal donde debió fijarse, y una vez allí me iria enterando de los artículos que contiene, con todos sus pormenores y circunstancias, deteniéndome en cada uno para ver de recordar si algun dia por malicia ó por debilidad dejé de ajustarme á alguno de ellos. Y una vez leidos y repasados los susodichos artículos, asegúrote á fe de hombre leal que podria responder muy clara y redondamente á quien me pidiese si he incurrido ó no en la multa en cuestion.

Esto harias tú tambien, y esto hacemos tú y yo muy á menudo, sin que tengamos por muy costosa la operacion, ni suframos angustias y trasudores para salir de ella. ¡Y pensar ¡válgame Dios! que la Iglesia no me pide otra cosa cuando me manda antes de la Confesion proceder á un *exámen de conciencia*!

Sí, porque lo que he de hacer y lo que no he de hacer, bien claro está y bien previsto y bien especificado en un bando de buen gobierno que algunos siglos atrás dió el Señor al mundo con el nombre de *Decálogo*, y que con otro nombre se llama tambien *Mandamientos de la ley de Dios*. Y la Iglesia, autorizada por Cristo, verdadero Dios, tiene añadido á este bando un breve apéndice que se conoce con el nombre de *Mandamientos de la Iglesia*. Quince *artículos* no más contiene en suma toda la legislacion cristiana; de suerte que

no hay nacion, ¿qué digo nacion? no hay aldea ó villorrio que tenga un código más simplificado. Quince artículos, cuya explicacion auténtica y detallada se halla en un librito de pocas páginas y de mucha filosofía que la Religion ha logrado poner hasta en manos de las mujeres y de los niños con el nombre de *Catecismo*. Quince artículos que además se vienen exponiendo diez y nueve siglos há desde todos los púlpitos, en todas las lenguas, al alcance de todas las capacidades, motivo por el cual es difícil que nadie ignore, de buena fe se entiende, lo que en ellos se manda ó se prohibe. Mira, pues, si es cosa tan del otro mundo tomar un ratico cualquiera ese bando de quince artículos y ver si te hallas en falta en alguno de ellos. Pues, á fe que si por cada transgresion de esas te pudiese echar el alcalde de barrio una multa siquiera de tres pesetas, á fe, digo, que anduvieras con cuidado para no caer, ó á lo menos para que no te cogiera infraganti la policía. Mas ahora... como el agente de policía que te está á todas horas observando invisiblemente es Dios, y como la multa que puede echarte encima por tus delitos no es más al fin que una condenacion eterna, te tiene esta friolera con tan poco cuidado... Y te excusarás diciendo que los Mandamientos los tienes casi olvidados, que el catecismo lo supiste en tu niñez, que ahora te han distraido de él mas graves negocios... ¡Infeliz! ¿Y á que ciudadano excusa la ignorancia de la ley cuando ésta se ha promulgado en debida forma y está aún fresca en todas las esquinas? ¡Yo no sabia...! Pues bien; ¡precisamente es gravísimo crimen el no saber lo que se debe saber!!!

Pero vamos, demos de barato que están tan embrollados tus asuntos, que no te ves con aliento para desenredarlos, ni siquiera aplicando á ellos toda tu atencion. Cuando el estado de tus intereses se halla tan revuelto, que no puedes por tus solas fuerzas sacar en limpio el balance general de tu casa, ¿no buscas un buen liquidador de cuentas, un práctico tenedor de libros, y no le entregas de una vez la llave de tu pupitre, para que él con su destreza en estos negocios eche sus sumas y sus restas sobre los documentos que le dés, y te diga luego el activo ó el pasivo que dén por resultado? Aplica el mismo procedimiento á ese balance general de la

conciencia, que debe hacer todo buen cristiano en estos dias de santa Cuaresma. La Religion ha establecido tambien un *práctico* para estos negocios del alma. La Religion ha hecho que hubiese un hombre ó varios hombres, á quienes ha obligado á seguir peculiares estudios, á quienes ha dado mision especial é instrucciones expresas para ayudar á los fieles á sacar en limpio el borrador de su conciencia... siempre que éstos por su parte no se obstinen en negarles la llave de ella y en mantenérsela impenetrablemente cerrada. Este hombre práctico, este liquidador de negocios espirituales, es el sacerdote. Nadie podrá excusarse con el embrollo de su conciencia sabiendo que hay quien se ofrece á todas horas á desembrollársela caritativamente. Vete, pues, amigo mio, al confesor; no importa que hayan transcurrido doce meses ó doce años ó cuarenta desde tu última Confesion; una sola cosa se exige de tí, y estás salvado... Buena voluntad. Abre allí de par en par las puertas de tu alma; permite que la mano del ministro de Dios introduzca allí la luz de su ciencia y el escalpelo de su práctica; verás qué ignorados arcanos te pone de manifiesto, y qué delicada anatomía hace de tu pobre corazon. Sé franco tú, y sincero y leal para responder un humilde *sí* ó un humilde *nó* á sus investigadoras preguntas, y tienes andada ya la mitad por lo menos del camino. Lo restante, con la gracia de Dios, se reducirá por tu parte á *dolerte* como bueno de tus pasados extravíos, á *proponer* como hombre formal evitarlos en lo sucesivo, y á cumplir con humildad la saludable *satisfaccion* que en desquite de ellos se te imponga. Ese es al fin y al cabo el negocio tan arduo y costoso é insoportable de la Confesion. Ni más ni menos.

IV.

¡Por Dios! ¿Con un hombre como yo? ¿á un hombre como yo quereis que descubra mi conciencia?

Vaya, ¿y por qué no, amigo mio? ¿No descubres al médico, que es un hombre como tú, las más secretas enfermedades de tu cuerpo? ¿No descubres al abogado, que es un hombre como tú, los más delicados secretos de tu familia? Y son hombres como tú por un lado, pero por otro son más que tú, porque tienen sobre tí la autoridad de la ciencia y de la profesion. Asimismo el sacerdote es por un lado hombre como tú, pero por otro es más que tú, porque tiene sobre tí la autoridad divina de su ministerio. Y así como á los primeros te obliga á acudir la necesidad de atender á tu salud ó á tus intereses, así al segundo te fuerza á acudir la necesidad de atender á tu alma, que es más respetable que ellos.

No me sorprende ciertamente la noticia de que el sacerdote es al fin un hombre como tú. Lo que sí me sorprende es tu extraña sorpresa. ¿Crees acaso que Dios habia de crear para ministros suyos una casta especial de hombres en nada parecidos á los demás? Te equivocas, antes pretendió cabalmente lo contrario. Óyeme sino, y puede que halles convincente una reflexion que te voy á hacer.

Dios al decretar tu redencion y al enviar para eso á su unigénito Hijo, lo primero que resolvió para realizarlo fué que se hiciese hombre, y ¡pásmate! hombre como tú. Sí; con esto creyó sin duda facilitar el negocio de tu regeneracion, dándole tu propia carne, un alma como la tuya, trato, conversacion, necesidades humanas, dolores y miserias, ménos el pecado, exactamente como tú. *Habitu inventus ut ho-*

mo, dice san Pablo. Pues bien. Al instituir el sacerdocio, que no es sino la continuacion, la perpetuacion en la tierra de la mision divina de Cristo, quiso hacerlo con análogas condiciones, y á este fin escogió para ministros suyos, para que fuesen otros Cristos, en frase de un santo Padre, no Angeles ni Serafines, sino hombres como tú, del mismo modo que para ser él el primer sacerdote quiso hacerse hombre como tú. Hay en esto una mira sumamente misericordiosa de su sabiduría. Cristo, dice san Pablo, quiso hacerse capaz de sufrir nuestras miserias y tribulaciones á fin de que la participacion de ellas le interesase más en favor nuestro. Asimismo al escoger ministros suyos quísolos de la masa comun, de la condicion ordinaria del pueblo cristiano, á fin de que el ser hombres como los demás les hiciese más compasivos y más solícitos para las humanas necesidades.

Hé aquí, pues, por qué cuando tú pareces desear que hubiese para confesarte ministros que no fuesen hombres como tú, Dios, que sin duda lo entiende más y conoce muy más á fondo el corazon humano, tuvo al revés un verdadero empeño en que todos fuesen hombres como tú, hasta el punto de que á su Hijo unigénito, que no lo era, le hizo tomar esta condicion que antes no tenia. De tal suerte es verdad que el ser el confesor un hombre como tú, lejos de retraerte de la confesion, deberia más bien atraerte á ella y hacértela más fácil y consoladora.

Porque, vamos, discurramos sobre este punto con alguna imparcialidad. ¿No es verdad que puede servirte de gran consuelo, en medio de la indispensable confusion que has de experimentar al revelar tus culpas, la idea de que el que te escucha ha debido hacer poco antes, quizá en tu misma presencia, lo mismo, es decir, confesar las suyas? ¿No es verdad que bien mirado no te has de avergonzar de hacer en su confesonario lo que él hace muy á menudo á los piés de un compañero suyo? ¿Y podria tenerte en mal concepto por tus faltas quien tiene tambien las suyas de que dar cuenta, y por cierto muy más rigurosa?

Pero ¡por Dios! no demos tanta importancia á excusas á que tú no das ninguna. Con que ¿realmente te da pena que sepa tus faltas un hombre? Pues lo extraño, á fe; porque la

mayor parte de ellas no tienes inconveniente en que las sepa todo el mundo. Por donde la vergüenza que alegas para no confesarte, paréceme más bien excusa que verdadera razon.

Díme, sino; tus blasfemias las sueltas en mitad de la calle sin reparar en testigos, ¿no es verdad? Tus murmuraciones é invectivas las empleas en el trato comun. Para tus burlas contra la fe y sus ministros te asocias á numerosa compañia. Que cumples mal, ó que no cumples bien ni mal tus deberes cristianos, eso lo sabe todo el vecindario. Que tienes un periódico perverso ó un libro detestable, lo está viendo cualquiera que entra en tu despacho. Que no eres delicado en materia de chanzas obscenas, y mucho menos en pensamientos de mal género, lo dicen tus continuas conversaciones y las francachelas que te permites con tus amigos. Si posees como tuyos bienes que no lo son, sino de la Iglesia ó de los pobres, eso no lo recatas, pues todo el mundo te vió tomar parte en la ilícita subasta. Tus rencores y enemistades, tus venganzas y desquites, no los disimulas, sino que buscas ocasiones de lucirlos como blason de tu familia ó de tu persona. Y hasta aquellas acciones, cuya fealdad ó bajeza no consiente la luz del dia, no las cometes en público, es verdad, pero haces de ellas ostentacion y jolgorio, y son las hazañas con que te envaneces y te haces envidiar por tus camaradas. Pues bien. Me pasma hallarte ahora tan púdico y melindroso para decirle al oido á un hombre lo que de público saben de tí todos los hombres y las mujeres. Me asombra que guardes tan recatado un secreto que ya no lo es para nadie, y al cual para que llegue á su último grado de publicidad diriamos que sólo le falta la de los periódicos, si la fama no fuese ya por sí sola más trompetera que cien gacetilleros. No sé ciertamente á qué tanto empeño para esconder durante quince minutos lo que traes á todas horas estampado sobre la frente. Desengáñate, amigo mio, eso de la vergüenza es casi un mito desconocido en nuestro siglo, que tiene por virtud el ser desvergonzado. Si la Religion te impusiese el deber estrechísimo de no revelar á nadie de este mundo tus acciones malas, ¡entonces serian los apuros! te costaria más guardar esta reser-

va que cumplir con lo que te manda ahora tocante al precepto de la confesion.

Pero ¿qué digo? ¡Si este desahogo, esta comunicacion en el seno de una persona que por sus luces, por su bondad ó por su ministerio nos sea respetable, es no solamente precepto de la Religion, sino necesidad imperiosa del corazon humano! Cuando graves dolores, ó remordimientos, ó dudas nos atormentan, el primer consuelo que apetece el alma es el de comunicarlos, y esta sola comunicacion, independientemente del consejo ó del consuelo que recibimos, es ya por sí sola un lenitivo. ¡Y esto que, si no estuviese mandado, se practicaria mil veces, se repugna hoy por el solo hecho de constar en un precepto de la Religion! Una distinguida señora, poco piadosa por desgracia suya, hablaba un dia con un sacerdote católico sobre materias de Religion, y principalmente le presentaba con respecto á la Confesion los reparos que te estoy yo ahora desvaneciendo. «Señora, le hizo observar el sacerdote, me dice V. que encuentra absurda la Confesion, y hace por lo menos una hora que se está V. confesando conmigo!» Efectivamente, en el decurso de su visita la dama despreocupada habia consultado con su interlocutor sobre algunos secretos interesantes. ¡Ah! ¿Y no es esta la respuesta que podríamos dar á muchos que se obstinan en negarse el dulce consuelo de una santa Confesion?

V.

Pero ¡caramba! ¡Y qué se va á decir de mí en el pueblo! ¿Y mis amigos? ¡Buena se me va á armar en el café!

Ta, ta, ta. ¿Y de esto no más se trata? Pues, vaya con Dios, que no me parece de gran monta el escrúpulo. Vergonzosillo serás en demasía, mi buen amigo, si por eso solo temes el *qué dirán,* y te asusta la risa y el chichisveo de los desocupados y parlanchines.

Veamos pues, ¿y qué se va á decir de mí? ¡Toma! se va á decir que eres un beato, un fanático, un retrógrado, un neo, un servilon, un oscurantista, un reaccionario; que todo eso se usa hoy entre ciertas gentes en vez de la palabra sencilla y llana *buen cristiano*. ¿Qué más quieres? Todo eso se va á decir, y mucho más que me callo. Pero díme, te ruego, ¿qué importancia tiene todo eso ante el importantísimo negocio de tu deber y de la salvacion de tu alma? Todas las habladurías de los chismosos y todas las zumbas de los burlones, si das en hacerles caso, ¿te proporcionarán una gota siquiera de consuelo cuando te halles en los terrores de la postrera agonía ó en los suplicios sin fin de la eternidad? Pues, de eso se trata, amigo mio, y no ciertamente de contentar al mundo, á quien por otra parte no se tapa la boca con seguirle enteramente el humor en todos sus antojos.

Paréceme, amigo mio, que las personas que, como tú, temen entregarse á la práctica sincera de la Religion por miedo á las habladurías del mundo, se tienen formada de ese don diablo una idea sumamente equivocada. Yo, á la verdad, con tratarle menos, presumo de conocerlo más, porque en eso como en tantas otras cosas sucede que ve menos claro en la danza el que más enredado está en ella. Digo, pues, que si el mundo murmura y burla y ridiculiza á las personas dadas á la piedad, murmura y burla y ridiculiza con mucha mayor crueldad á sus propios seguidores. Oyele en sus corrillos, en sus tertulias, en sus alegres francachelas. Por cada sátira de las suyas que hiere á una persona de Religion, son ciento las que despedazan la fama y áun tal vez la honra de lo mujer vana, de la niña desenvuelta, del jóven calavera, del marido galanteador, ó del viejo verde. No lo dudes. Algun pinchazo que otro se tira contra nosotros, sacristanes y gente de iglesia, pero el verdadero tiroteo sangriento, el verdadero desmoche y tala de reputaciones los ejercen entre sí unos con otros los mundanos y despreocupados. A nosotros nos desprecian profundamente, y por eso nos olvidan y nos dejan allá sumidos en el polvo y talarañas y oscuridad de nuestros sombríos confesonarios. Tanto mejor. A quien una vez rompió con el mundo y le dió patada, téngase por seguro que poco daño le harán sus flechazos. Es probado.

Pero, yo ya sé, amigo mio, la secreta razon de tus temores y recelos; no haré más que apuntártela, por aquello de que al buen entendedor pocas palabras. Temes la burla del mundo, porque no te sientes con valor para ponerte fuera del alcance de sus tiros. Bien quisieras tú cumplir como bueno y frecuentar de vez en cuando la iglesia y acudir á los santos Sacramentos; pero juntamente con eso no dejar de pertenecer al grupo opuesto, frecuentar lugares cuya atmósfera envenenada, lo sabes como yo, es contraria á la Religion, cuya tendencia es por lo menos escéptica é indiferentista, cuyas máximas chocan de frente con las máximas que tú deseas todavía conservar, aunque demasiado ocultas, en el fondo de tu corazon. Y esto te pone, amigo mio, en gravísimos compromisos. Te has empeñado en sostener un equilibrio dificilísimo, y te mareas para mantenerte en él, pero... no lo digo yo, lo clama tu propia experiencia, es imposible, imposible, imposible. No se pueden seguir á la vez dos corrientes opuestas. ¿Cómo entregarte por la mañana con sinceridad á prácticas de devocion, y concurrir por la tarde á concursos en donde se la pone cômo ropa de Pascua? ¿Cómo frecuentar por la mañana los Sacramentos, y pasar la tarde entre camaradas que sueltan la carcajada sólo con oirlos nombrar? Por eso los verdaderos hombres de mundo son francamente enemigos de la Religion, así como los verdaderos hombres de Religion viven francamente retraidos del mundo. Y esto, que ha tenido lugar en todos tiempos, tiene mucha mayor aplicacion en este siglo. Una parte de la sociedad actual vuelve al paganismo á marchas redobladas. Algunos de los círculos de la moderna vida social son ya completamente paganos, están del todo descristianizados. Natural es, pues, que el verdadero cristiano se encuentre en ellos ó como enemigo ó siquiera como extranjero, y siempre como elemento heterogéneo que no puede aliarse con los demás sin entrar en transacciones y condescendencias, que suelen ser siempre traiciones á la verdadera fe. Clarito, clarito; esta es verdad.

Quien se queje, pues, de que se burlen de su Religion no merece en rigor otra respuesta que esta pregunta: Y ¿por qué vas tú á lugares donde es frecuente esta burla contra tu Religion? ¿Concurririas dos veces seguidas á una reunion don-

de una vez sola se hubiese puesto en duda la honra de tu madre ó el buen nombre de tu familia? Y si fueses tan débil, por no decir tan miserable, ¿podrías quejarte de que allí se dejase malparado el honor de tu casa cuando tú autorizas la infamia con tu propia presencia? Pues bien. La Religion es más que tu madre, porque es la madre de tu alma; más que tu familia, porque es tu familia espiritual; más que tu honra, porque es la honra de Dios. Ya lo conozco. Te duelen quizá las burlas contra la fe, no porque son contra ella, sino porque te hieren á tí de rechazo. Y por eso tal vez entre abandonar la práctica piadosa, ó dejar la compañía ó la sociedad ó el casino en que es ultrajada, prefieres abandonar la primera y continuar formando parte de los segundos. ¡Infeliz! Eres... ¿quieres la verdad? un traidor á tu causa y un apóstata de tu fe!!!

Así te hablaría, amigo mio, si persistieses en presentarme como razon formal para no confesarte la ridícula excusa de lo que van á decir tus compinches ó conocidos. Tu propia excusa te sacaría condenado. No, amigo mio, no; tú no serás de esos. No serás tú de los cobardes que niegan á su Dios por la risita de un pigmeo, que tiene valor para insultar lo que ellos no tienen valor para defender. ¿Crees ó no crees en tu fe? Si no crees, es hipocresía no renegar de ella claramente; si crees, es bajeza vil no confesarla á voz en grito con obras y palabras. Escoge cuál de estos dictados te cuadre mejor: ¡ó hipócrita, ó cobarde!

Ni lo uno ni lo otro, amigo mio; sino creyente resuelto y decidido, á todo trance... como buen español.

VI.

Pero bien. ¿Y qué voy á sacar de mi Confesion? Pecaré una hora despues, y seguiré siendo el mismo hombre... Así me sucede siempre.

Sí, es verdad; tienes mucha razon, amigo mio; así te pasará si te has propuesto hacer tu Confesion simplemente como una ceremonia más ó menos costosa, y salir del paso de cualquier modo, únicamente para darme gusto á mí, ó para engañar á las gentes. Más te digo aún. Despues de una Confesion hecha así de este modo, no vas á quedar como antes, no; vas á quedar mucho peor. Más endurecido en el mal, más insensible á los remordimientos, culpable de una verdadera profanacion, de una irrision sacrílega del sacramento de Cristo. Es indudable: no se mejora el corazon, ni se limpia, ni se robustece en el bien con sólo arrodillarse diez minutos á los piés del confesor, pronunciar cuatro fórmulas de rutina y oir una breve exhortacion. Si la Confesion no fuese más que eso, mereceria, á fe, tu indiferencia y el sarcasmo con que habla de ella la impiedad. No obstante, es necesario que lo entiendas bien; cuando Dios y la Iglesia te hablan de Confesion, no te hablan de esa confesion-farsa, parodia, simulacro ó llámalo como gustes. No te hablan de esa Confesion sofisticada y adulterada que es tan mentirosa, que no consigue engañar á Dios, ni al confesor, y que ni áun á tí mismo te engaña. Aquí hablamos de la Confesion verdad, de la Confesion que hacen los labios y que acompaña el corazon, de la Confesion que declara todo lo que sabe, y propone enmendar todo lo que declara, y cumple ó hace medios para cumplir todo lo que propone. Aquí se trata de un acto sério, formal, como lo harias en vísperas de morir, en el lecho de

la agonía ó antes de ser conducido al suplicio. Considera así este asunto, trátalo con la seriedad con que se trata en aquellas tremendas horas, y verás entonces si aprovecha ó no la Confesion, y si sales de ella profundamente cambiado.

¡Que caerás otra vez! Ya lo sé, amigo mio, pues no por haberte arrepentido dejarás de ser hombre de barro vil. Pero caerás con menos facilidad, y te dolerás de la caida, y te levantarás con más presteza, á lo menos no se te hará crónico el pecado, que es lo que á todo trance debes evitar. Pero bien. Supongamos que luego caes otra vez en lo mismo que en la Confesion has detestado: ya comprenderás que, si esta razon fuese valedera para no confesarte ahora, serán verdaderos una porcion de absurdos que te voy á proponer y de los cuales vas á reirte.

No valdrá la pena de que comas hoy, porque al fin dentro pocas horas has de sentir otra vez necesidad de comida.

Ni te afanes en curarte de tus enfermedades, porque puede que una vez curado vuelvas á enfermar dentro pocos dias.

Ni te creas obligado á hacer lo posible para evitar la muerte, porque, amigo mio, al fin y al cabo has de morir, aunque te hayas escapado cien veces.

Ni procures lavar tu ropa, porque en cuanto te la pongas encima ha de volvérsete á ensuciar.

Ni hay para que arrancar la yerba de tu campo, porque á poco volverá á retoñar y crecer.

¿Te parece esto razonable? No obstante, así sucede en todo lo del mundo, y por esto Jesucristo nos encargó, no que confesásemos una vez y luego nos echásemos á dormir, sino que vigilásemos *siempre* y nunca nos descuidásemos.

Pues bien, ahora te confesarás, amigo mio, y prometerás de veras á Dios formal enmienda de todo lo que hallares en ti que lo necesita, ¿no es verdad? Y si vuelves á caer por tu desgracia, velverás á confesarte; pues no es triste la condicion del que cae y se levanta, sino la del que cae y no acierta á salir del lodo en que se hundió.

Oye aquí en conclusion sobre este asunto una hermosa cita de mi buen maestro el incomparable Segur: «La vida del alma, dice, es como la del cuerpo; son dos vidas que es preciso cuidar, mantener, alimentar, preservar y fortalecer

por medio de un trabajo paciente que se renueva cada dia y que durará hasta la muerte...

«Eres demasiado vivo de genio, amigo mio, y quisieras hacer todas las cosas de una sola vez. No es así como se debe obrar: cada dia lleva su tarea. Hoy lávate y aliméntate para hoy, mañana te lavarás y alimentarás para mañana, y así hasta el fin. Lo mismo debes hacer con tu alma; lavarla, purificarla y cuidarla hoy con el mayor esmero, sin desconfiar para lo porvenir. Tal vez ese porvenir no te será concedido, y si lo fuere, ten cuidado entonces del mismo modo.

«Ora, pues, confiésate, comulga, sirve á Dios; empieza siempre de nuevo, y no te canses jamás.

«Cuando doy cuerda á mi reloj, no tengo la seguridad ni siquiera la pretension de que ande siempre, y encuentro muy natural el que tenga que dársela de nuevo al dia siguiente. Da tambien y renueva la cuerda á tu reloj, á tu pobre conciencia que se atrasa siempre, que se para fácilmente y que necesita de las frecuentes visitas del relojero.»

¿Oiste, amigo lector? ¿Qué contestas á tan claras como concluyentes razones?

VII.

Al fin eso no corre prisa; ¡con tal que se haga en la hora de la muerte...!

¿No corre prisa, dices? Está bien; pues tómalo con calma, y ya me lo dirás despues, es decir, en el dia del juicio. El infierno anda lleno de estos calmosos que se condenaron y sufren tormentos indecibles y los sufrirán por toda la eternidad, sólo porque creyeron que eso de confesarse y enmendarse no corria prisa.

Confesarse y enmendarse no corre prisa, es verdad; pero en cambio, amigo mio, corre prisa, mucha prisa, el morirse,

que te aseguro es cosa muy séria. Aun á los hombres más calmosos se les viene encima muy aprisa la hora de morir. ¿Cuántos años cuentas de edad? ¿Veinticinco? jóven eres, pero examinando con la estadística en la mano el promedio de la vida humana, puedo asegurarte que llevas hecha ya la mitad por lo menos del viaje. Y la otra mitad nadie te la asegura. Cuanto más si tienes cuarenta, cincuenta ó sesenta años. Entonces, por más que le dés largas al asunto, desengáñate, tienes un pié ya en el ataud. Anda diciendo, pues, que eso no corre prisa. Cada hora que suena en el reloj, cada oscilacion del péndulo, es un paso de la muerte que se te aproxima. A propósito. ¿Sabrias decirme tú, tan alegre y tan confiado, á cuántos pasos se te halla de distancia aquella señora?

Pues vamos, supongamos que la cosa hoy no corre prisa; que la muerte contra su costumbre tiene la amabilidad de darte un plazo más ó menos largo; que vives, y envejeces, y enfermas, y se llega al fin rodeada de ayes y suspiros, de médicos y medicinas, de congojas y trasudores, la hora de morir. ¡Linda hora, amigo mio, para arreglar negocios embrollados! Dígote de verdad, y como amigo tuyo que soy, que no te envidio el gusto. Es una broma arriesgada que puede salirte muy cara. Pasar diez, doce, veinte ó treinta años olvidado de Dios, sin tener en cuenta ni uno solo de sus mandamientos; atropellando todos los deberes de cristiano, y aguardar aquella hora pesada, angustiosa y acongojada para examinar todos los pensamientos, palabras y obras de estos veinte ó treinta años; guardar para entonces esta minuciosa revista de la vida, y presumir que se podrá hacer con toda serenidad y con toda la tranquilidad que exige, y que entonces nada costará y se hará muy llana y fácil cuando hoy te espanta por difícil y engorrosa, perdóname, amigo mio, pero es, es... ¿quieres que te lo diga francamente? es una locura. Cuando un mediano resfriado te da tos ó dolor de cabeza, no estás para pensar en el más trivial negocio de tu casa. Y cuando te halles agobiado por la agonía, nublado ya el entendimiento y aletargada la voluntad, cuando la muerte cercana te pique ya los talones y te tenga bajo el filo de su guadaña, ¡oh! ¡entonces examinarás en cinco

minutos la conciencia que hoy en un dia no puedes poner en limpio! ¡Y te confesarás, y la confesion que harás será buena, cabal, completa, como si la hicieses cómoda y descansadamente en el mejor de tus dias de salud! ¿Crees esto? ni tú mismo lo crees.

«Pero muchos, me dirás, se confiesan asi.» Es verdad, y por esto son muchos los que, en frase de un santo Padre, cometen con los últimos Sacramentos los últimos sacrilegios. Tú no sabes una cosa, pero la sé yo por experiencia, y voy á decírtela al oido. Pocas cosas desconsuelan tanto al sacerdote católico, por regla general, como las confesiones de los moribundos. Muy frecuentemente los últimos Sacramentos se administran al alma del mismo modo que los últimos remedios al cuerpo, por pura obligacion de caridad, sólo para que no le quede al ministro de Dios el remordimiento de no haber hecho por el enfermo todo lo que absolutamente se puede; pero ¡ay! ¡con cuánta desconfianza! Desconfianza, no en el valor intrínseco de los Sacramentos, sino en la disposicion del que ha de recibirlos; disposicion sin la cual es estéril é ineficaz hasta la misma Sangre de Cristo!!! ¿Tendrás tú esta disposicion? Yo estoy más versado que tú en asuntos de conciencia, y no me atreveria á prometérmela. Vé recorriendo en tu memoria la lista de los que has visto morir y que guardaron para esta hora la confesion de toda la vida, y díme luego con el corazon en la mano, ¿te gustaria morir de aquel modo? ¿Te contentarias con que se dijese al pié de tu cadáver aquello que se dice tan frecuentemente: «Al fin *de un modo ú otro* ha recibido los santos Sacramentos?» ¿De un modo ú otro? Es decir, se los administramos, y valga lo que valiere. ¡Ay! ¿te contentarias con esa especie de pasaporte tan dudoso? Y no obstante, es el que tienen por lo comun todos los que guardaron su confesion para la hora de morir.

Como un ladron nos dice Cristo que vendrá la muerte, y esta frase sale siempre verdadera. Aun aquellos que padecieron antes de morir larguísimas enfermedades, áun los que llegaron á edad muy avanzada, mueren siempre «á la hora menos pensada.» Es ley general del género humano. Cierta la muerte, pero incierta la hora. ¿Guardas, pues, para un *momento incierto* el asunto más fundamental de todos los tu-

yos? ¿Juegas al azar de un dado, no tu fortuna, no tu salud, no tu posicion, no tu vida, sino tu alma? ¡Desafías á Dios negándote á reconciliarte con Él hasta que á tí te plazca, sin pensar que tal vez en justo castigo te volverá Él entonces la cara!

Tú quien quiera que seas, amigo mio, que lees estas breves instrucciones, no te duermas, no te duermas. No sabes si terminarás este año, ni siquiera este mes, esta semana ó este dia. Más de ochenta mil almas se presentan cada dia al tribunal de Dios, segun el cálculo más aproximado de la estadística moderna. Más de ochenta mil almas entran cada dia en estas regiones pavorosas de las cuales nadie vuelve, y en las cuales todas entran sin otra recomendacion que la de sus obras buenas ó malas. ¿Qué tal son las tuyas? ¿Te atreverías á presentarte delante de Dios y decirle: Señor, nada me remuerde la conciencia? ¿Te atreverias á decir esto? Pues bien. Confiesa que eres pecador, confiesa que has cometido mil iniquidades, confiesa que eres reo de infierno, confiesa que sólo dejas de arder por pura misericordia de Dios. Reconoce todo esto, dílo á su ministro al pié del confesonario, duélete de tu vida impía, promete corregirla y mejorarla... y estás confesado, y estás salvado. Media hora de humillacion y de saludable vergüenza puede ahorrarte una eternidad de suplicios. Este papel te lo avisa quizá por última vez. ¡Ay de tí si lo desprecias!

EL PADRE NUESTRO.

EL PADRE NUESTRO.


OSAS hay en que nunca hemos fijado la atencion por lo mismo que las vemos todos los dias; objetos hay ¡broma parece! que á fuerza de sernos familiares nos son punto menos que desconocidos. ¿Quién ignora el *Padre nuestro?* Poquísimos. ¿Quién no obstante lo conoce? Tentado estoy de decir que son más pocos aún, si por conocer una oracion se entiende, como es natural, comprender el sentido verdadero de cada una de sus palabras.

Hé aqui, pues, por qué me ocurrió hoy hablar del *Padre nuestro*. Los humildes y sencillos me lo agradecerán, y me lo habrán de perdonar los sabios é ilustrados, si por casualidad hubiere alguno entre las apretadas filas del estado llano, que es mi público usual. Esto sin contar con que ese mismo señor sabio é ilustrado que sonrie compasivamente al verme emprender ese tema de catecismo infantil, necesita tal vez más que otro alguno tales explicaciones. Vámonos, pues, derechitos al grano, y basta de prólogos.

I.

Orígen de esta oracion. Su carácter oficial; su universalidad; su ternura. Por qué empieza con la palabra: Padre. Recuerdo de nuestra dignidad. Desinterés filial.

Es el *Padre nuestro* la fórmula expresa de oracion dictada por Nuestro Señor Jesucristo en persona. Solícitos y ansiosos los Apóstoles, le decian un dia: *Señor, enseñadnos á orar.* —*Pues bien,* les respondió Él, *oraréis de este modo: Padre nuestro que estás en los cielos,* etc., y les dictó palabra por palabra la oracion dominical. Tiene, pues, esta oracion por primera circunstancia notable la de su orígen, que podríamos llamar altamente oficial. De los labios de Dios ha pasado á los nuestros sin otro intermedio, como las palabras primeras que balbucea el niño se las puso en la boca su misma madre, sin confiar esta dulce primera enseñanza á pedagogos ni á niñeras. Así nos trató nuestro amorosísimo Dios. Profetas habian venido en nombre suyo al mundo, Doctores y santos Padres y Concilios habian de venir en pos de Él. Ni en unos ni en otros delegó este suavísimo encargo de enseñarnos las preciosas palabras con que deseaba ser suplicado.

Pero ¡cuán breves son y al propio tiempo cuán universales! No se le puede ocurrir al pensamiento necesidad alguna de órden divino ó humano, moral ó material, que no venga en ellas comprendido. Y á la vez ¡qué suave tono de confianza, ó mejor de seguridad, domina en ellas! Un autor ha dicho que más bien parecian imperativas que suplicantes. No es de extrañar si se atiende á que la súplica hecha á Dios del modo debido, es más que súplica, segun los santos Padres, una como violencia que se hace á su divino Corazon. Si el hombre la hubiese compuesto así esta oracion, tan franca, tan lacónica, tan directa, tan sin rodeos ni frases es-

tudiadas, hubiera podido parecer audaz en demasía, inconsiderada, temeraria. Ahora no. Es sublime en su misma audacia y franca libertad, porque dictada por el Padre, trae á la memoria la poco diplomática familiaridad con que se atreven á todo con el suyo los hijos mimados. Basta, empero, de consideraciones generales que, tras entretenernos mucho, parece no ilustran tanto el asunto como la explicacion detallada de cada palabra en particular.

«Padre nuestro, que estás en los cielos.» No forman súplica estas primeras palabras de la oracion, sino el encabezamiento de toda ella. Vienen á ser la única antesala que ha puesto el Señor á su familiar audiencia. Padre: ¿y por qué no Rey ó Juez ó Criador, ó siquiera Maestro, ya que con este dictado gozábase tan á menudo en hacerse llamar por sus discípulos? Clara se ve la razon. Quiso le llamásemos Padre, porque esta es la palabra única que expresa tratamiento de confianza y de amor. La de Rey expresa majestad, la de Juez amenaza, la de Criador derecho de pertenencia, la de Maestro superioridad en el saber. No quiso en estos momentos presentársenos más que como padre. Tratábase de súplica, y harto sabia Él que al suplicante, que por lo regular anda confuso, conviene presentársele con el carácter que más le pueda animar á manifestar sin embarazos ni temores su memorial.

Tal vez quiso tambien viésemos entrañada en esta palabra una enseñanza oportunísima. Quiso recordarnos, con llamársenos Padre, nuestro orígen divino, nuestra estirpe celestial, nuestra raza que nada tiene de comun con el barro y las miserias de acá bajo. Y he dicho que era oportunísima esta enseñanza, porque si en algun lugar cae bien es sobre todo cuando se trata de pedir. Niños voluntariosos y necios por añadidura, y con una maldita inclinacion á prendarnos de fruslerías y juguetes de oropel que en este mundo nos encantan los ojos, necesitábamos este recuerdo para que el objeto de nuestra peticion no fuesen cosas vanas y tontas, cuando no funestas, sino cosas verdaderamente dignas de nuestro elevado sér de hombres cristianos, hijos, como tales, de Dios, Padre nuestro que está en los cielos. Porque claro está que acercarse á Dios para pedirle ciertas cosas bajas y

miserables, antes fuera atraernos su indignacion que conciliarnos su benevolencia. Si el hijo del rey, ó siquiera del noble ó del opulento, se fuése á su padre con la pretension de que le concediese los viles andrajos y el sucio alimento ó los groseros pasatiempos del villanillo soez y mal educado que vive en las zahurdas y muladares, sin duda que se acarrearia el enojo del padre y áun quizá severo castigo por sus bajos y ruines pensamientos. Hé aquí, pues, por qué al enseñarnos nuestro Padre á pedir, empieza como por advertirnos que somos hijos suyos, á fin de que atendamos á no rebajarle ni rebajarnos con súplicas indignas de nuestra real condicion.

Con lo cual pudo tambien advertirnos que los favores que quiere conceder, favores son de padre que trata con hijos, no salario de dueño que las há con criados, ó de jefe con soldados, ó de príncipe con súbditos. Por lo cual estos favores exigen de nosotros especial disposicion de ánimo para recibirlos. Si suplicamos á Dios mercedes puramente por la utilidad propia que de ellas esperamos, somos egoistas, mercenarios, servidores asalariados, no hijos afectuosos. Hemos de dirigirnos al Padre por ser Padre, no por verle dadivoso. Quererle por lo que da, no es quererle á Él, sino á lo que Él da. En el fondo es querernos á nosotros mismos. De donde se sigue que el que empieza á pedir á Dios llamándole Padre, si sabe á qué obliga esta palabra de amor, de honor y de sumision, ha de empezar por resignarse á obtener de Él lo que Él quiera concederle y del modo que Él quiera, y hasta donde Él quiera, y nada más. De suerte que puesto el memorial en sus manos, se lo modifique el Padre ó se lo niegue completamente, si tal creyere conveniente á los intereses del hijo. Y éste debe mostrarse tan agradecido á la concesion como á la negativa, puesto que habiéndoselas con un Padre soberanamente discreto y prudente, ha de presumir que no querrá para él sino lo más acertado. Y así como no fuera buena madre acá en la tierra la que condescendiese con todos los antojos y caprichos de su hijo chiquito, porque tales podrian ser que le ocasionasen perjuicio y hasta la muerte; así por ser buen Padre nuestro Dios se ve muchas veces en el caso de negarnos resueltamente mil necedades que le pedimos, y

con las cuales no lograriamos quizá más que nuestra ruina. Bien hace nuestro Padre en hacerse el sordo y el duro á ciertas súplicas nuestras, que frecuentemente nunca se nos muestra tan misericordioso Dios como cuando niega.

Debemos finalmente considerar esta palabra Padre como la expresion del tono general de amorosa confianza que debe dominar en toda la súplica. Y así aunque una sola vez la digamos con los labios al principio de ella, ha de gozarse en repetirla y como en paladearla el corazon en todo el contexto de la misma. Como si dijésemos: Padre, sea santificado el tu nombre; Padre, venga á nos el tu reino; Padre, hágase tu voluntad; Padre, danos hoy el pan de cada dia, etc., etc.

¡Ya me parece que van abriendo tantos ojos y tanta boca muchos de mis lectores, pasmados de descubrir en la oracion que cada dia pronunciaron desde niños misterios y maravillas que nunca habian acertado á ver con tenerlas delante de la vista. Así son todas las cosas de la Religion, aunque no se ahonde mucho en ellas, como no me propongo yo hacerlo en estas ligeras explicaciones.

II.

¿Por qué á la palabra Padre se añade: nuestro que estás en los cielos? Unidad de Dios. Unidad de la humana especie. Democracia cristiana. Patria inmortal. San Francisco de Asis.

Aún no le pareció bastante expresiva al divino Maestro la dulce palabra «Padre» puesta por Él al frente de la oracion que dictó, palabra que es como el primer asalto dado á su bondadosísimo Corazon. Mucho se contiene, como hemos visto, en este poderoso llamamiento á los más suaves afectos de la naturaleza y de la gracia; quiso empero el Salvador

reforzarlo por medio de lo que ordenó añadiésemos á continuacion. Así que no dispuso dijésemos solamente «Padre,» sino «Padre nuestro, que estás en los cielos.»

No sabemos qué es lo que sobresale y domina en esta magnífica fórmula de salutacion, si lo entrañable y amoroso, ó lo majestuoso y solemne; porque la verdad es que toda la elocuencia humana no hubiera acertado á componer frase de tan tierna sencillez y al propio tiempo de tan majestuosa grandeza. Analicémosla con alguna detencion.

«Padre nuestro, que estás en los cielos.» Y ¿por qué no Padre mio, ya que la oracion se compuso para que la dijese cada uno en particular? Salta á los ojos la razon. Porque de esta suerte se recuerda el más hermoso carácter de la paternidad de nuestro Padre, que es serlo de todos, y de la solidaridad de sus hijos, que en consecuencia se reconocen todos hermanos.

En efecto. Dogmas fundamentales de la Religion verdadera son estos dos: la unidad de Dios y la unidad de la especie humana. Se confiesa á Dios uno, cuando á Él solo se manda saludar por todos con esta magnífica salutacion de amor, de sumision y de obediencia: «Padre.» Se confiesa la especie humana una, cuando con aquella palabra «nuestro» se le reconoce un único orígen, ya que claro está que no forman más que una comun familia aquellos que no reconocen más que una comun paternidad. Hé aquí cómo dos palabras solas puestas por Dios en los labios de los cristianos bastan para dejar resuelto el vasto problema que trajo agitados durante siglos y siglos á los antiguos filósofos. Padre nuestro: es lo mismo que decir: No hay más que un Dios, y de este Dios son hijos todos los hombres, sin distincion de raza, fortuna ó condicion. Cierto no sabemos que hasta hoy, para enaltecer la dignidad humana, haya encontrado en sus falsas teorías la democracia racionalista rasgo alguno superior á ese principio tan sencillo y al mismo tiempo tan trascendental de lo que podemos llamar nuestra democracia cristiana. Parécenos que con sólo sacar de él las aplicaciones á que tan fácilmente se presta, hay lo bastante para tener formulado el verdadero código de los derechos del hombre, con mucha mayor ventaja para él que la que puede ofrecerle la famosa tabla de derechos que le está predicando la Revolucion. Por-

que está claro. Bajo este pronombre colectivo *nuestro*, estamos todos contenidos, reyes y pueblos, millonarios y mendigos, sabios y patanes; á todos coge bajo sus alas esta cariñosa expresion, y á todos honra con igual ejecutoria de nobleza, á todos mide con igual rasero nivelador. Por donde es á la vez freno y manifiesta reprension para el orgulloso, y estímulo y aliento enaltecedor para el pobrecito. Puesto en boca de aquel, le recuerda su absoluta igualdad de principio y de fin con los infelices á quienes tiene tal vez debajo de sus piés: puesto en los labios de éstos, les consuela de las humillaciones y menosprecios á que se ven sujetos por los azares de la fortuna. El pobre y el despreciado pueden pronunciarla con cierta altivez áun en medio de sus mayores oprobios. El tirano y el orgulloso no pueden oirla ni pronunciarla sin remordimiento.

Pero ¿qué dirémos de lo que sigue: «que estás en los cielos,» y que á primera vista podria creerse una mera adicion de lujo, dispuesta solamente para hermosear y redondear la frase? Con ello se nos hace más que mostrarnos al Padre comun; se nos señala además la comun patria. Recordarnos que nuestro Padre está en los cielos, es advertirnos que los cielos son nuestra casa paterna, y que por lo mismo allá hay que tener constantemente dirigidos los ojos y el corazon, porque de allá procedemos y allá hemos de volver, y aquel debe ser el único término de nuestros deseos. Oriundos de tan noble solar, no hemos de mirar las cosas de acá abajo más que como vicisitudes de un pasajero destierro: lo que aquí llamamos tribulaciones ó felicidades no debe tener importancia alguna más que en cuanto nos facilite ó dificulte el retorno á la casa de nuestro Padre, que es nuestro legítimo lugar.

Revela además en Dios esta palabra un cierto reconocimiento de poderío y majestad, los más propios sin duda para asegurarnos la confianza en las súplicas que vamos á dirigirle. El Dios á quien rogamos es Padre, pero no Padre como los que tenemos ó hemos tenido acá en la tierra, cuyo poder en favor de sus hijos ha de limitarse frecuentemente á buenos deseos; padres que ven la pobreza, la enfermedad ó la muerte de las prendas de su amor, sin poder muchas ve-

ces librarlas de tales miserias; padres infelices como nosotros, como nosotros oprimidos, llorosos y casi siempre impotentes para remediarse ó remediarnos. No, no es así nuestro Padre. Nuestro Padre ocupa trono, y su trono es el más alto y poderoso, porque es el de los cielos. Y desde ellos, en frase de la Escritura, mira con bondad á los humildes, al mismo tiempo que se rie de los malvados, y se mofa de ellos y de sus blasfemias y vanos proyectos. Gran motivo de seguridad y de invencible confianza ha de ser este para nosotros, tener un Padre sentado tan alto que nunca nuestros enemigos le han de poder destronar. Y así podemos ver muy tranquilos como bambolean los imperios, y se cambian las dinastías, y andan revueltas las naciones, y se derrumban con estrépito las instituciones más firmes. Nada de eso alcanzará poco ni mucho á nuestro Padre que está en los cielos. De consiguiente, nada de eso debe perturbar á quien tiene allí su tesoro de esperanzas inmortales que el mundo no le puede en modo alguno defraudar.

Refiere la historia que despojado un jóven de su herencia por su padre, á cuyas sugestiones terrenales y ambiciosas no podia acceder, al participársele su desheredamiento exclamó con entusiasmo: «¡Tanto mejor! Así podré decir con más libertad: Padre nuestro que estás en los cielos!» El jóven que tan admirablemente habia comprendido el sentido profundo de las primeras palabras de la oracion dominical fué luego el gran san Francisco de Asís. Este nos enseña el sentido, ó mejor, los sentidos que debe darle á esta frase nuestro corazon al pronunciarla los labios. Total desprendimiento, siquiera afectivo, de cuanto no sean los bienes celestiales; amoroso abandono en los brazos de Dios y de su providencia; firme é invencible confianza no menos en su bondad que en su poderío infinito, cierto sello de nobleza en todas nuestras acciones, propia de quien se reconoce hijo de celestial cuna y heredero de celestial patrimonio, y juntamente humildad para agradecer todo esto como don de Dios, alejando toda vana presuncion ó temerario alarde de independencia; hé aquí los efectos de que debe llenar nuestro espíritu la pronunciacion atenta y meditada de tan sublime exordio. ¿Qué no puede prometerse de la bondad de Dios

quien sepa que este Dios es Padre suyo? ¿Qué no se atreverá á esperar quien recuerde que este su Padre se digna escucharle, á él, pobre gusanillo de la tierra, desde su altísimo trono de los cielos? Otra observacion antes de concluir. Al proferir en nombre de los fieles estas palabras en la Misa, el sacerdote se excusa en cierto modo de la audacia que manifiesta en proferirlas, y sólo se alienta á ello recordando que obra por instruccion expresa del Salvador: *Præceptis salutaribus moniti et divina institutione formati audemus dicere.* Como si dijese: «Si á tanto, Señor, nos atrevemos, si con tan excesiva familiaridad osamos expresarnos, es porque así nos habeis *educado* (que tal significan las palabras *institutione formati*), esta crianza habeis dado á vuestros hijos, esta etiqueta habeis prescrito á vuestros súbditos, este es el ceremonial con que se despacha en vuestras audiencias. Por esto nos atrevemos *(audemus)* á tanto como llamaros Padre, á pesar de que estais en los cielos; por esto os presentamos con tan sencilla franqueza el memorial de nuestras miserias y necesidades. Nos habeis dado cierta libertad para toda exigencia filial cuando nos habeis enseñado á llamaros con tal título de Padre: vano fuera y hasta ridículo en nuestra boca este tratamiento si no nos autorizase á los amorosos desahogos y tiernas impaciencias de hijos. Padre nuestro que estás en los cielos; así van á hablarte tus hijos que están en la tierra, empezando por ponerte ya de buenas á primeras ante los ojos el contraste de tu sublime majestad con su debilidad y pobreza, razon de más para obligarte á que te muestres fácil en conceder y bondadoso en disimular.

Hé aquí con qué espíritu y fervor debemos empezar la oracion del *Padre nuestro*.

III.

¿Cuál es el significado de la primera súplica: Santificado sea el tu Nombre? Principio y fundamento. Los actuales combates. Síntesis completa.

Despues de la amorosa salutacion ó exordio que le quiso poner Cristo Dios á la oracion que debíamos dirigirle, éntrase de lleno á la primera súplica de ella, y se pide el primero de los bienes de órden superior, el más propio de un corazon filial, generoso y desinteresado, el más digno de ser pedido, no ya sólo por boca de hombres, sino de los mismos Angeles. Es la glorificacion de Dios, y que se dé á Él solo todo obsequio, todo honor y toda gloria. Tal es el sentido de las palabras de la primera peticion ó súplica: *santificado sea el tu Nombre.*

Adviértase aquí con qué admirable oportunidad se coloca por primera súplica lo que, mirándolo bien, observarémos debe ser condicion esencial de todas las demás para que sean agradables al Padre celestial. En efecto, si hemos de pedir muy luego toda clase de bienes así del alma como del cuerpo, debémoslos querer siempre subordinados á este fin supremo al que deben todos dirigirse: la mayor gloria de Dios. Porque ni la salud, ni la vida, ni el perdon de los pecados, ni la perfeccion de nuestras almas, ni el reinado de la verdad en el mundo fueran cosas tan grandes como son y tan dignas de ser suplicadas al Padre, si no entendiésemos han de servir para pagarle con ellas el debido tributo de servicio y reverencia que merece su soberana majestad. Por donde podemos muy bien asegurar que esta primera peticion da á lo restante de nuestro ruego su verdadero carácter. Empezamos por pedir á Dios la gloria de Dios mismo, é implícitamente le suplicamos sean para su gloria todas las demás sú-

plicas que le vamos á dirigir. No nos es dado en rigor desearle á Dios cosa alguna, porque de todas tiene abundancia más que nosotros; sólo esta podemos digna y decorosamente desear para Él: que sea de todos amado, bendecido, glorificado; que sea ensalzado su Nombre; que sea por lo mismo conocido y predicado como merece en todo el universo.

¡Qué vastos horizontes se descubren á esta sola indicacion! El objeto de toda la guerra que hace el infierno contra la Iglesia, es conseguir por medio de la destruccion de ella que se borre de la tierra el nombre de Dios. Para que permanezca enhiesta tan gloriosa bandera, ó al revés, para que se vea sepultada en el fango, luchan respectivamente con todo su esfuerzo el ejército de Dios y el ejército de Satanás. Hoy dia esa colosal organizacion del mal en todas sus formas y bajo todos sus disfraces, que se llama con lema harto expresivo Revolucion, no tiene otro blanco ni acaricia otro ideal; borrar, ó por lo menos oscurecer, en cuanto pueda, el Nombre de Dios sobre la tierra. Nombre que la Iglesia tiene la mision de ir restaurando y conservando, despues de haberlo plantado y arraigado con la propia sangre su divino Fundador. Este es el combate de hoy; mejor: esto ha sido, es y será el combate de siempre. No hay otro Nombre de salvacion que ese; por lo mismo no hay otro digno de los rencores del infierno. Se lucha en entrambos campos únicamente por el Nombre de Dios: en el de la verdad, para que se vea cada dia más extendido y glorificado; en el del error, para que se vea cada dia más despreciado y aborrecido. Recuérdenlo, pues, los fieles todos, hasta los más sencillos y menos teólogos. Cuando en el *Padre nuestro* pronuncian esta peticion, ruegan por la primera necesidad de todas, porque todas las comprende. Con pedir á Dios la glorificacion de su Nombre, pídenle el triunfo del Pontificado, la victoria completa de la Iglesia, la fecundidad de sus Misiones, el éxito de su Propaganda, el desarrollo de su influencia, la preponderancia de su potestad, el esplendor de su culto, la perfeccion de sus ministros, la salvacion de las almas. Y, por lo mismo, piden el amordazamiento perpetuo del demonio, la confusion y destruccion de sus agentes en la tierra, la extirpade la blasfemia, de la herejía, de la supersticion, de la prensa

malvada, de las sociedades satánicas, de los poderes al servicio de Luzbel. Piden, en una palabra, la realizacion pronta y completa de aquel magnífico programa del Apóstol: que en el Nombre de Jesús se doble toda rodilla en los cielos, en la tierra y en los infiernos.

IV.

¿Qué queremos decir con la segunda súplica: venga á nos el tu reino? ¿Qué es reinar? Triple reinado de Dios. Nuestro reinado.

Esta es la primera súplica del Padre nuestro, ante la cual parecen menguar en importancia todas las demás. Y fueran realmente de muy poca, si de esta primera se separasen, ó si no fuesen, en cierto modo, una como exposicion ó desmenuzamiento de ella. Así la que inmediatamente sigue puede tomarse como la más inmediata de sus aplicaciones. *Venga á nosotros el tu reino,* es declarar el modo más práctico y determinado de la glorificacion que podemos desear para el Nombre de Dios, cual es su reinado absoluto sobre nosotros. Examinémoslo.

Reinar no es sólo dominar ó tener sobre alguno potestad ó jurisdiccion. Tanto valdria decir que reina el bandido sobre las víctimas de su rapacidad, ó el dueño cruel sobre sus esclavos. Reinar es ejercer soberanía y señorío más aún sobre los corazones y las voluntades que sobre los cuerpos; es imponerse más todavía con el amor y la autoridad del derecho que con fuerza brutal y poderío de las armas. Reina Dios sobre todas las criaturas buenas y malas, sensibles é insensibles; pero su reinado sobre los malos y los irracionales, más bien que reinado debe llamarse dominacion, porque el homenaje que tales súbditos le prestan no es voluntario, sino forzado. Tiemblan ante El el infierno y sus moradores, y

sienten su terrible poder sin amarle, antes maldiciéndole. Sírvenle sumisas las estrellas, las aguas, las aves y las plantas, pero sin mérito de su parte, porque no conocen el propio acto de vasallaje que inconscientemente le rinden. Sólo el Angel bueno y el hombre en gracia se lo prestan completo y nobilísimo, porque se lo ofrecen con verdadero conocimiento y con entera libertad. Sobre éstos por lo mismo es perfecto y glorioso el reinado de Dios. «Venga á nos el tu reino» significa, pues, esta sujecion libre y espontánea de todo nuestro sér á Dios, que es la glorificacion más grande y esclarecida que podemos ofrecer á su Nombre. Glorificado se ve Dios cuando castiga ya en este mundo ó en los infiernos, cuando desbarata los planes de la iniquidad maquiavélica, cuando mantiene firme contra todos los esfuerzos del mal la roca de la verdad en medio de todas las oleadas; pero su mayor glorificacion, su verdadero reinar, su trono de luz, de amor y de divinas complacencias tiénelo en el alma sumisa á su ley, dócil á su inspiracion, rica de su gracia. Aquí reina con cetro pacífico, sin resistencias que turben su tranquila posesion, sin rivales que la menoscaben. Reinado tan dulce, dominacion tan amorosa, que no sabe la Escritura expresarlo más que con el suavísimo dictado de desposorio. ¿No es, pues, tiernísima y por todo extremo interesante peticion, pedirle á Dios este tan glorioso reinado de la divina Majestad sobre nuestras almas y las de nuestros prójimos?

Si ya no significa tambien, como cabe perfectamente en su profundo sentido, no sólo que venga á reinar Dios por medio de su gracia en nosotros, sino que lleguemos nosotros á reinar un dia con Él en su gloria. Lo cual es análogo á lo anterior, y es como su consecuencia. Correlativos son el reinar Dios en nosotros por su gracia y el reinar nosotros con Él en la gloria, ya que la gracia es la preparacion de la gloria, y la gloria es la consumacion de la gracia. «Venga á nos el tu reino» significa, pues, tambien el anhelo incesante del alma amante de Dios que suspira por descansar en sus brazos en la eternidad dichosa. Significa el término de las congojas de acá, donde esta hija de Real estirpe gime esclava y aherrojada recordando la dulce patria de allá, de la cual procede y á la cual ansia volver para reinar libre y señora, des-

atada de los lazos que la tienen aquí envilecida. Significa el grito ardiente de nuestra parte inmortal, que protesta contra las bajezas y podredumbre de la cárcel de carne en que vive sumida, y para la cual reconoce que no fué criada. Nació para reinar, y por eso pide á voces el reino que, por la divina gracia, de derecho le corresponde. Hízola Dios libre, y reclama en medio de sus presentes cadenas de pecado su legítima libertad. Por esto despues de haber pedido á título de hija cortés para su Dios, que es su Padre y su Rey y su Esposo, la glorificacion debida; pide para sí lo que como hija de este Padre y como esposa de este Rey le pertenece, esto es, parte en aquella su glorificacion, asiento en su Real trono. Y no se contenta con menos; y eso antepone á toda otra merced, y en eso hace consistir lo más ardiente y eficaz de su ruego.

Hé aquí el sentido de estas dos primeras peticiones, que son las primeras y principales de la oracion que vamos exponiendo. Contienen lo fundamental y superior, así en órden á Dios como en órden á nosotros mismos. La gloria de Dios y nuestra salvacion eterna constituyen el principio y fundamento por excelencia, segun aquello que tan compendiosamente dejó sentado san Ignacio en el primer capítulo de sus *Ejercicios: El hombre es criado para alabar, hacer reverencia y servir á Dios nuestro Señor, y mediante esto salvar su ánima.* Lo demás que en lo restante de la oracion se contiene, tiene razon de medio para este supremo fin, es el edificio que se levanta sobre este espiritual fundamento.

V.

¿Por qué decimos en la tercera súplica *hágase tu voluntad, así en la tierra como en los cielos?* Carácter absoluto de la forma impersonal. Doble rebeldía del hombre. Doble sentido de la frase *así en la tierra como en el cielo.* Como cumple todo la voluntad de Dios. Frases de santa Teresa y de santo Tomás.

«Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo.» Con esta súplica ó protesta se cierra la primera parte de la oracion que analizamos, y viene á ser ella como la expresion más amplia y absoluta de nuestros deseos tocante á la gloria de Dios y á la sumision nuestra á su soberanía infinita. No se puede ya decir más en órden á esto, ni se puede decir con frase de mayor rendimiento. El homenaje filial que debemos á Dios nuestro Padre no puede ser expresado con fórmula más solemne y que mejor reconozca toda la autoridad de sus derechos sobre nosotros sus criaturas. Examinémosla.

«Hágase,» decimos; y no decimos «hagan los hombres, ó hagamos nosotros.» Empleamos la fórmula impersonal, para mostrar que no sólo nosotros deseamos sujetarnos á la voluntad divina, sino que deseamos le esté sujeto todo, cielos, tierra é infierno; criaturas sensibles é insensibles, angélicas y humanas, sin que haya punto alguno imperceptible en la creacion que no acate y reconozca tal autoridad y supremacía. Sin embargo, claro está que de los hombres es de quienes se reconoce aquí el especial deber de sujetarse á la voluntad de Dios, como quiera que sólo ellos por su libre albedrío y por el estado actual de prueba en que se hallan son capaces de alzársele contra Él en rebeldía. Esta rebeldía podemos, y desgraciamente solemos, mostrarla de dos modos: ó bien

rehusando ejecutar lo que Él nos manda y abstenernos de lo que nos prohibe, ó bien rehusando conformarnos á lo que de nosotros dispone segun los decretos de su sábia y adorable Providencia. Porque rebeldes le somos, por ejemplo, cuando quebrantamos su ley en cualquiera de los artículos ó mandamientos de ella, como cuando murmuramos y blasfemamos su divina disposicion en cualquiera de los sucesos más ó menos adversos de la vida. Se nos manda, pues, suplicar en absoluto que se haga la voluntad de Dios; es decir, que se haga no sólo *por* nosotros sino *en* nosotros. Que se haga por nosotros procurando ser exactos y puntuales cumplidores de su ley; que se haga en nosotros, sometiéndonos de antemano con resignacion, y hasta con gusto, á lo que sobre nuestra vida ó muerte, salud ó enfermedad, opulencia ó pobreza, bienestar ó malestar, tenga Él dispuesto y ordenado. Lo primero podemos llamar obediencia activa, lo segundo obediencia pasiva ó conformidad.

«Así en la tierra como en el cielo,» no sólo significa la extension sin límites que damos á esta súplica, equivaliendo á decir que se haga en todas partes aquella su voluntad divina, sí que expresa de un modo particular la exactitud y fidelidad con que tal voluntad debe cumplirse en la tierra, á semejanza ó imitacion de la fidelidad y exactitud con que se cumple en el cielo. Es el cielo el lugar donde más absolutamente puede decirse que se cumple de lleno la voluntad de Dios. Cúmplenla, es verdad, los condenados en el abismo, pero blasfemando y maldiciendo al mismo supremo Juez, á quien no pueden dejar de reconocer, puesto que sienten su castigo. Cúmplenla las almas detenidas en el purgatorio, pero con el deseo vivísimo de que se acabe su plazo de expiacion y cese su dolorosa prueba. Cúmplenla en el mundo los séres irracionales é insensibles, mas este vasallaje, por lo que tiene de inconsciente, no puede más que de un modo metafórico ser llamado obediencia. Cúmplenla los buenos durante la presente vida, pero no sin frecuentes tropiezos y caidas; no sin perpétuo combate contra las poderosísimas inclinaciones del corazon maleado y de la carne corrompida; no sin incesante vejacion de los impíos, puestos á toda hora en guerra mortal contra la verdad y el bien; y finalmente, no

sin algo de interés propio y personal y egoista, que áun en las almas más perfectas puede deslustrar el verdadero carácter puro, generoso y desinteresado de la obediencia que se presta á Dios. En el cielo de un modo perfectísimo prestan los Angeles y Bienaventurados la obediencia debida á Dios. Préstanla sin contradiccion de pasiones propias, porque carecen de ellas; ni de enemigos exteriores, porque se está fuera de su alcance: préstanla sin cansancio, ni desmayo, ni tropiezo, porque cesó ya el tiempo de penosa peregrinacion: préstanla sin mira de utilidad alguna que en ello puedan reportar, porque nada pueden ya esperar de Dios, de quien todo lo tienen. Obedecen por absoluta conformidad de su voluntad é inteligencia con la voluntad é inteligencia divinas, con un querer y un entender que llegan en cierto modo á confundirse, á identificarse con el querer y el entender de Dios; endiosados, como con magnífico neologismo acertó á expresarlo la gran académica del idioma castellano espiritual, santa Teresa de Jesús; es decir, poseidos de Dios, confundidos en Dios, anegados en Dios, como la cera que se derrite con otra cera, en expresion de un santo Padre; como el hierro por la accion del fuego convertido en otro fuego, en frase de santo Tomás.

Así se cumple en los cielos la voluntad divina, y buscando el término más elevado de comparacion, de semejante modo pedimos se cumpla en la tierra. No pedimos igualdad con nuestros hermanos de la gloria, sino la mayor aproximacion á su felicísimo estado de intimidad con Dios. Sabemos no sernos posible todavía la union perfectísima; pedimos únicamente la union menos imperfecta que permita nuestra actual condicion de peregrinos y combatientes sobre la tierra.

Deje de haber propia voluntad, y no habrá infierno, ha dicho un gran Padre: porque realmente el predominio de la propia voluntad en oposicion á la de Dios hace del mundo un verdadero infierno de maldad y de sufrimientos, y del corazon del pecador un abreviado infierno de iniquidad y de anticipadas ansias de réprobo. Reine la voluntad de Dios, podemos á nuestra vez exclamar, y será el mundo un paraíso, y lo será la familia, y lo será para cada uno su propio corazon. «¿De dónde los disgustos y riñas entre vosotros?

grita el Apóstol. ¿No es por ventura de los insaciables deseos y concupiscencias que arden en vuestros corazones?» Hé aquí, pues, toda la importancia de esta peticion, en la que vienen interesados, no sólo el respeto debido á Dios, sino la misma paz y sosiego de nuestras almas. «Hágase tu voluntad,» hé aquí la palabra cien veces repetida por el Salvador en su angustiosa oracion del huerto de Getsemaní. Con ella expresó la oblacion más perfecta de su propio sér á las penas y á la muerte; con ella se alentó y sostuvo y sintió redoblársele su vigor en aquella su tristísima agonía. Con ella nos enseñó á no vacilar en la obediencia, sea ó no ardua y costosa, y á no desfallecer en la prueba, sea ó no dura y apretada. «Hágase tu voluntad,» es voz de mando que nos impele y aguija al cumplimiento del deber, cueste ó no cueste á nuestra debilidad trasudores, agonías de muerte, derramamiento de sangre; pero es al mismo tiempo bálsamo de consuelo para el corazon herido, brisa refrigerante para la frente cansada. «¡Dios lo quiere!» han exclamado tras el divino Maestro mil y mil almas humanamente flacas y miserables, y han afrontado tiranos, salvado fronteras, atravesado mares, arrostrado climas, llevando el heroismo del apostolado, del martirio ó de la perfeccion hasta donde ni imaginar pudo en sus más levantados ensueños la mitología pagana. «Hágase la voluntad de Dios,» suspiraron resignadas otras mil y mil, y sonrieron tranquilas, felices, en medio de la enfermedad, del cautiverio, de la persecucion, de la indigencia; en la pérdida de séres queridos, en las horas de interior desolacion, en los momentos de más cruel abandono. «Hágase tu voluntad,» podemos muy bien decir que es la palabra mágica con que ha realizado el Cristianismo todas sus maravillas, con que ha llenado de héroes la tierra y de bienaventurados el cielo. Rumiémosla y saboreémosla detenidamente, y en ella encontrarémos la fórmula acabada de toda virtud, y en consecuencia de todo bienestar y sosiego en el tiempo y en la eternidad.

VI.

¿Qué sentido tiene la cuarta súplica: El pan nuestro de cada dia dánoslo hoy? Doble carácter del hombre. Leccion de templanza: de caridad: de subordinacion: de confianza en Dios. Desatino de la moderna ciencia económica. Primer elemento de produccion.

Constamos de alma y cuerpo, y por lo mismo tenemos dos clases de necesidades: espirituales y corporales. Seria incompleta la oracion que Jesucristo nos puso en los labios si una parte del hombre quedase en ella descuidada, aunque fuese ésta la inferior y digna de menos estima. Buenamente podrian entonces los impíos acusarnos de soñadores é idealistas ó fanáticos, si aun en medio de nuestras constantes aspiraciones á lo celestial y eterno, no tuviésemos en cuenta la actual condicion nuestra terrestre y material y humana. El espiritualismo cristiano no prescinde de la materia; no hace más que colocarla en su debido lugar. Proclama la supremacía del alma sobre el cuerpo, la excelencia del órden moral y divino sobre el órden meramente físico y terrenal, la importancia de lo que es fin sobre lo que es simplemente medio para conseguirlo. No prescribe la anulacion de la carne, sino su mortificacion, su subordinacion al espíritu. Reconoce en el hombre dos elementos distintos, atendibles los dos; los dos, si quereis, hasta respetables: exige sólo que ocupe cada uno el lugar jerárquico que le corresponde, aun bajo el punto de vista natural y meramente filosófico; es decir, el cuerpo carnal abajo, el alma espiritual arriba; lo que es menos á los piés de lo que es más; lo criado para mandar, que mande; lo criado para servir, que sirva y obedezca. Hé aquí por qué en la oracion del *Padre nuestro* no han sido olvida-

das las necesidades materiales del hombre representadas en la más material de todas ellas, que es su alimentacion; hé aquí por qué despues de haber pedido como dones privilegiados la gloria de Dios, extension de su Nombre y sujecion de toda criatura á su ley, de un salto, que pareceria absurdo si no fuese eminentemente racional, se nos enseña á pedir hasta el pan miserable que para vivir necesitamos llevar cada dia á la boca: «El pan nuestro de cada dia dánosle hoy.»

¿Por qué pedimos el pan? Responde el Catecismo muy oportunamente: porque en nombre de pan se entiende todo lo demás indispensable para la vida. Pero tambien para que aprendamos ó recordemos que las necesidades verdaderas del cuerpo son muy pocas y pueden con poca cosa satisfacerse, y que las demás que llamamos muchas veces necesidades, lo son postizas y ficticias; son á lo más exigencias de nuestra vanidad, preocupacion ó sensualismo. Por esas no nos ha enseñado á pedir Jesucristo, porque áun desearlas es hacer en cierto modo injuria á su ley, que nos manda ser sobrios, humildes y mortificados. Nos enseña á pedir sólo pan para confundir á los necios que le andan pidiendo oro á montones, encumbrados puestos, muelles pasatiempos, aplauso y adulacion; en todo lo cual hacen consistir los miserables su felicidad, sin reparar que el ansia de eso, para adquirirlo, poseerlo y conservarlo, es su contínuo torcedor, que les hace esclava, agitada y angustiosa la existencia.

Y á ese pan, es decir, á ese alimento y vestido y habitacion que bastan para lo necesario, sin llegar á la vana superfluidad, á ese pan indispensable llama «nuestro,» porque esa debe ser la riqueza propia del cristiano; toda otra que posea debe mirarla como ajena, ó por lo menos como prestada. Porque no son nuestros todos los bienes que poseemos, en el sentido de que tengamos sobre ellos dominio absoluto é independiente. Nuestro es lo que para nosotros necesitamos; lo que sobra de nuestro decente vivir ya no es en cierto modo «nuestro,» pues está sujeto por la ley divina á la obligacion severa de la caridad para con nuestros hermanos. Empero, de esto nos hemos ocupado ya en *El Dinero de los católicos,* y por esto no hacemos más que insinuarlo aquí.

Con añadir «de cada dia,» expresamos dos cosas: primera,

la dependencia absoluta que tenemos de Dios, de quien está pendiente cada dia y cada instante nuestra manutencion, y de quien á todas horas necesitamos; segunda, que no es propio del cristiano un cuidado exagerado por el dia de mañana, que no sabe si le será concedido. Aquello nos recuerda el deber de ser agradecidos á la mano benéfica que nos proporciona diariamente el sustento necesario; esto nos obliga al desprendimiento de lo presente, que es breve jornada, y que dura apenas de sol á sol, y que no sabemos si amanecerá mañana para nosotros. Y por esto «el pan de cada dia» no lo pedimos de una vez para siempre, ni siquiera para largo plazo; decimos «dánosle hoy;» esto es, pedímoslo hoy para el dia de hoy, reservándonos pedirlo mañana para el dia de mañana, y asi sucesivamente; todo lo cual acentúa y confirma más y más la idea que quiere Dios tengamos de lo deleznable y fugaz de nuestro paso sobre la tierra, y de la dependencia constante en que quiere vivamos de su soberana Providencia.

No parece comprenderlo así la moderna ciencia económica, cuyas falsas teorias parecen ser toda la teologia del siglo presente. Es verdad que la ciencia económica moderna para nada cuenta con el *Padre nuestro*. El pan de cada dia para los individuos, como para los pueblos, no lo da Dios, segun los modernos economistas ateos, sino que lo dan únicamente la agricultura, el comercio, la industria. No nos viene, segun ellos, del cielo, sino solamente de la tierra. Erró la naturaleza, ó quien fuese, al darnos la posicion recta y la cabeza levantada hácia arriba; lo natural era que, como el bruto, mirásemos únicamente al suelo, que ese es nuestro único padre y proveedor, al decir de tan ilustrados señores. Sin embargo, ¡oh dolor! sucede á menudo que la tierra se niega á darnos el pan que imperiosamente le exigimos, y sucede tambien que el comercio se paraliza, y decae la industria, y se secan sin saber cómo ni por qué las fuentes todas de riqueza; y el hombre, á quien se ha hecho creer ridículamente que á sus solos esfuerzos se debia el qué comiese diariamente su pan, se encuentra á lo mejor adelantado, sí, señor, sabio, industrioso, lleno de juventud y actividad, redoblando con heróico afan su trabajo... pero sin pan. ¿Qué quereis?

¡Toda la economía atea no puede explicar por qué no caen del cielo unas cuantas gotas de agua que necesita la tierra para darle el pan de cada dia! Los cristianos decimos con el *Padre nuestro* que para obtenerlo es necesario siempre contar con un elemento de produccion, sin el cual son estériles todos los demás. Este elemento de produccion es Dios; Dios, de quien se ha dicho, á otro propósito, que nada es el que planta y el que riega, sino el que da á lo plantado y á lo regado su fecundidad; Dios, agente misterioso que para humillar nuestra fatua presuncion ha querido reservarse en todas estas operaciones, que creemos exclusivamente nuestras, el primer papel; Dios, á quien puede ¡es cierto! negar, blasfemar y escupir cualquier miserable desde el lodo de la tierra; pero sin el cual este mismo infeliz no es dueño de proporcionarse con todas sus invenciones un grano de trigo para aliviar su necesidad. ¡Ah! Esta peticion del pan de cada dia, tanto como de la bondad y largueza de Dios, es una confesion franca de nuestra impotencia. Elévense á los aires empinadas chimeneas, crucen la tierra como vasta red los telégrafos y ferrocarriles, surquen poderosas flotas el mar, ensáyense á porfia nuevos sistemas de agricultura, muévase libre de trabas el comercio, invente nuevos productos la industria, asómbrenos de continuo la mecánica con inesperadas maravillas; eternamente será verdad aquello tan profundo de David en uno de sus Salmos: «Si el Señor no edifica la ciudad, en vano trabajan los que la edifican.» Y por lo mismo eternamente será verdad que áun para la sola necesidad de comer ese alimento material que nos sustenta, habrá que contar con Dios, y decirle con humildad y sencillez de niños que le piden á su madre un mendrugo de pan: «Padre nuestro que estás en los cielos... el pan nuestro de cada dia dánosle hoy.»

VII.

¿Qué pedimos en esta quinta súplica: perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores? Exquisita delicadeza. Dos clases de deudas. Ley del Talion.

No ama un padre á sus hijos, ni provee para ellos, únicamente cuando los ve sanos; su interés y solicitud se extienden de un modo especialísimo al tiempo de la enfermedad. No podia, pues, el Salvador dejar en olvido la flaqueza nuestra, los achaques de nuestra constitucion enfermiza, los tropiezos mil de nuestra debilidad, todo lo cual lo son en lo espiritual nuestros pecados. Por esto otra de las peticiones de su admirable oracion es la siguiente: «Y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores.» Deudas llama á las faltas que diariamente cometemos contra Dios nuestro Señor, y esta palabra con que designa nuestras ingratitudes y perfidias no puede ser más paternal y compasiva. No sé qué diferente tono de rigor y aspereza hubiera tenido la frase, si en ella se hubiese dicho «crímenes» en vez de «deudas.» Hay en este modo de hablar de nuestras iniquidades como un cierto miramiento de no llamarlas por su verdadero nombre para no lastimarnos ó infundirnos desesperacion: es la palabra «deuda» cierto como paliativo con que se disfraza la enorme negrura de nuestras rebeldías, realzado por la manera amorosa con que, despues de haber hablado de nuestras deudas para con Dios, se nos hace que le recordemos las otras que les hemos perdonado nosotros á nuestros hermanos que tambien nos han sido deudores. Todo lo cual, si bien se considera, tiene un fondo de exquisita delicadeza que hace de la presente peticion una de las más

admirables. Parece como que le duele á nuestro buen Maestro tocarnos fibra tan delicada; creyérase que teme sonrojarnos si directamente nos da en rostro con nuestras feas ruindades; diríase que ya que le es necesario ponernos en los labios palabras de pedir perdon, ha ido como buscando y rebuscando la fórmula que más pudiera evitarnos la vergüenza de tener que pedirlo. Plácenos en gran manera considerar cómo Dios ofendido, ultrajado, pisoteado por el gusano vil, no quiere echarnos en cara todo eso llamándolo por sus propios y verdaderos nombres; quiere aparecer simplemente como desatendido ó mal pagado, en una palabra, como acreedor con quien está en descubierto un corresponsal insolvente, más bien que como príncipe contra quien se alzó en rebelion desatentada un vasallo desleal. Es una suavísima manera de llamarnos á la confianza y de facilitarnos el acceso á sus divinos piés. Asegurarse puede que si el hombre hubiese debido componer por sí propio esta oracion, no hubiera acertado con frase más benigna y que más se pareciese á atenuacion ó excusa de su villano proceder. ¡Alabada sea la bondadosísima misericordia de nuestro mansísimo Dios! Mejor lo ha hecho Él en favor nuestro de lo que hubiéramos podido nosotros imaginarlo.

De dos modos somos deudores á Dios. Primero, por la insuficiencia de lo bueno que hacemos. Segundo, por la gravedad de las injurias que cada dia le inferimos. Mucho hemos recibido de Dios, y consiguientemente á mucho venimos obligados por razon de debida correspondencia. ¿Cómo pagamos? A buena suerte anticipóse Cristo á satisfacer superabundantemente al Padre celestial y á proporcionarnos los infinitos merecimientos de su vida, pasion y muerte, como moneda de buena ley, con que, aplicándonos dichos méritos suyos, pudiésemos cada uno en particular saldar nuestras cuentas. Pero es tal nuestra bajeza de corazon, que ni á eso, que en rigor podria llamarse pagar con moneda ajena, atendemos del modo conveniente. Los inmensos beneficios de naturaleza y de gracia que constantemente recibimos de Dios y qué debieran levantar del fondo nuestra alma himnos incesantes de accion de gracias, nos encuentran indiferentes y apáticos, por no decir insensibles. Y cuando algo hacemos,

dudarse podria, á no ser tanta la divina bondad, si con lo que hacemos honramos algo á Dios, ó mas bien volvemos á injuriarle. La Escritura santa, con una frase enérgica que no admite literal traduccion á nuestros idiomas vulgares, ha venido á decir que todas nuestras virtudes son á los divinos ojos inmundicia. ¿Y habrá quien con estas miserias suyas pretenda dejar de tal modo pagadas sus deudas con Dios que ya no le esté en descubierto de cantidad alguna? Blasfemia seria solamente presumirlo.

¿Pues qué si nos fijamos, no sólo en lo poco bueno que hacemos, sino en lo muchísimo malo que nos permitimos? Aquí la deuda no es ya sólo deuda, sino formal y declarada bancarrota. La malicia de un solo pecado mortal es superior á la intensidad del infierno; que por esto ha buscado la justicia divina en la duracion eterna de él un cierto modo de hacer en lo posible proporcional la gravedad del castigo á la gravedad de la culpa. Nuestra deuda es, pues, en este concepto infinita; no hay cálculo que pueda reducirla á guarismo, ni cifra en que se pueda sumar, ni tesoro, como no sea el de Cristo-Dios, con que se pueda condignamente satisfacer.

¿Qué significa, pues, «perdónanos nuestras deudas?» Es en primer lugar una confesion franca y humilde de nuestra condicion de pecadores; es un reconocimiento de lo mucho que tenemos recibido de nuestro Dios, y de nuestra suma pobreza para pagarlo; es una apelacion á la bondad suma de este Acreedor, de quien sabemos que si da en exigir rigurosamente la deuda, nos pone en graves apreturas, y por lo mismo le suplicamos se digne condonarla. Contiene, además, una indicacion la más oportuna para evitar el que caigamos en dos extremos opuestos que podrian ser ambos funestísimos para nuestra salvacion. Primero, si la consideracion de la misericordia suma de nuestro Dios nos hiciese excesiva y temerariamente confiados; segundo, si la vista del enorme pasivo que arrojan las cuentas de nuestra conciencia nos pusiese en trance de desesperacion. Pecado es la absoluta presuncion, como pecado es la absoluta desconfianza. Ambos tienen su correctivo en estas palabras de la Oracion dominical, en las cuales se reconoce la bondad de Dios en

perdonar la deuda, pero al mismo tiempo el deber nuestro de reconocerla y pagarla hasta donde alcancen nuestros pobres recursos.

Por lo que toca á las palabras «así como nosotros perdonamos á nuestros deudores,» vienen á ser como traernos á la memoria aquellas otras severísimas del Evangelio: «Con la misma medida con que midiéreis seréis medidos.» Lo cual habla por sí solo con harta elocuencia para que creamos necesario esforzarlo con nuevas ponderaciones. Nunca mejor ocasion para recordarnos el deber de perdonar, que cuando con tanta solicitud pedimos nosotros ser perdonados. La necesidad de la paz entre los hijos de la familia de quien es Dios padre comun, no podia pasarle desapercibida á Jesucristo; por esto halló medio de introducir este expresivo llamamiento á ella en el lugar más oportuno de la oracion que dictó. Oblíganos á tener paz con nuestros hermanos, apremiados por la necesidad suma que tenemos de conservarla ó restablecerla con Él, é incluye esta peticion una formidable amenaza para los rencorosos y vengativos, cual es la de que si no tienen misericordia, sin misericordia serán juzgados, y condenados, como aquel mal criado de la parábola, á pagar sin rebaja ni próroga hasta el último maravedí. Con lo cual nadie á nuestro Juez le podrá tachar de injusto.

VIII.

¿Qué significan la sexta y séptima súplica: no nos dejes caer en la tentacion, mas líbranos de mal? Enemigos internos y externos. Infernal estrategia. La gracia. La palabra males. Amen.

No sólo de las culpas pasadas tenemos necesidad de ser librados mediante la gracia del perdon, sino tambien de las futuras, mediante la gracia eficaz que nos libre de sucumbir en las *asechanzas* de continuo tendidas á nuestros piés. Esto

pedimos cuando en la Oracion dominical nos dirigimos al Padre con estas tiernas palabras: «No nos dejes caer en la tentacion.»

¿Qué es tentacion? Es toda sugestion al mal, ora salga de nosotros mismos, ora provenga del mundo exterior que nos rodea. En nosotros tenemos el origen de incesantes combates: la grosera materia que nos cubre y nos quiere abatir á sus bestiales instintos; la voluntad extraviada de su recto fin por la culpa original; la inteligencia, no ciega del todo, pero frecuentemente anublada por densísimas tinieblas; hé aquí tres causas de perpétuo conflicto en el fondo, digámoslo así, de nuestro propio sér. Es plaza nuestro corazon que tiene por desgracia los enemigos dentro su mismo recinto en contínua agitacion y rebeldía, sin contar con los innumerables que le asedian de fuera y mantienen con aquellos de dentro perniciosas inteligencias, y la mortifican con repetido asaltos. Sí, porque de fuera nos viene sin tregua ni descanso el mal ejemplo que seduce, la máxima ruin ó falsificada que deslumbra, la amenaza que intimida, el vano respeto que encoge y ata las manos, y otros mil y mil que sin cesar están guerreando contra nosotros para rendirnos y subyugarnos. El ataque, ora es audaz, de frente y al descubierto; ora es por medio de zapa y mina, estallando á nuestros piés donde menos lo pensamos; ora es con engañosa bandera de paz; ora con aterradora gritería de ataque; ora con fieros avances; ora con fingidas retiradas.

No hay estrategia en la guerra material, que pueda compararse por lo varia é ingeniosa con la que emplea el enemigo de la gloria de Dios y de nuestra salvacion en esa lucha tenaz y porfiada. Donde es, pues, tal nuestra debilidad y tales y tan resueltos los enemigos, ¿cabria esperanza, ó remotísima probabilidad siquiera, de triunfo, si no luchase con nosotros y en favor de nosotros fuerza superior que hiciese, por lo menos, posible y hacedera la defensa? Hé aquí lo que enseña la Iglesia con el dogma misterioso de la gracia, agente sobrehumano, impulso divino, eficacia sobrenatural, que interviene en nuestras buenas obras, no sólo para darles carácter especial de meritorias para el cielo, sí que para ayudarnos á principiarlas, sostenerlas y llevarlas á feliz remate,

á pesar y despecho de cuanto contra ellas opongan mundo, demonio y carne, dentro de nosotros y fuera de nosotros conjurados para nuestra perdicion. Pero esta gracia, este don superior, este soberano impulso, este aliado celestial que acude en auxilio de nuestra debilidad, no se otorga, por regla general, más que á quien fervorosa y humildemente lo suplica, empezando por reconocer la necesidad que tiene de él, y disponiéndose con voluntad dócil y franco y generoso corazon para recibirlo. ¿Podrá, pues, quedar olvidado en la oracion diaria del cristiano este angustioso grito de ¡socorro! en el combate, diario tambien y nunca interrumpido, cuyo desenlace final, segun cual sea, ha de hacernos por toda la eternidad dichosos ó desventurados?

La última súplica de nuestro alegato es como un resúmen de todas, y tan breve en palabras como extensísima en significacion. Decir «mas líbranos de mal,» es dar á nuestro ruego una amplitud que puede en cierto sentido llamarse indefinida. Desde el mal absoluto y esencial, que es el mal moral, y el infierno, que es su castigo en la otra vida, hasta los males relativos y sólo accidentalmente malos, cuales son la enfermedad, la pobreza, la persecucion y toda otra suerte de incomodidad con que podamos vernos afligidos en la presente, todo cabe aquí, todo se expresa admirablemente, aunque no todo en un mismo sentido. Porque claro está que del mal esencial y absoluto pedimos vernos libres absolutamente; del mal accidental ó relativo hemos de desear vernos libres sólo en cuanto sea conveniente para alejarnos de aquel otro supremo y en realidad único verdadero mal. Pues si conociésemos que ha de sernos útil la enfermedad ó ha de sérnoslo la pobreza, ¿quién duda que no sólo no nos convendria desecharla, sino que antes debiéramos muy ardientemente pedirla? Y lo mismo hemos de decir de cuanto en este mundo se suele llamar males, sólo por sernos incómodos ó dolorosos. No conociendo, pues, en qué grado puedan dichas incomodidades sernos de alguna utilidad, ha de llevar siempre nuestra súplica la implícita condicion que tan sencilla como profundamente sabe añadir á las suyas nuestro buen pueblo cuando al pedir cualquier cosa de estas nunca olvida la cláusula «si nos conviene,» para modificar lo demasiado absoluto de su deseo.

De tres modos favorece la Providencia á sus escogidos en las tribulaciones á que les somete, y así tres sentidos caben en la frase «líbranos de mal» que aquí analizamos. O quitándoselos del todo, como puede hacerlo su soberano poder. O dándoles en compensacion tales consuelos interiores que les hagan el padecer no sólo soportable, sino áun sabroso. O haciendo que de los mismos males les vengan á resultar tales ventajas, que los mismos que los sufren los den por bien aprovechados. Las sagradas Escrituras y la historia de los Santos ofrecen repetidos ejemplos de cada uno de estos casos. Jacob, próximo á caer en manos de Esaú, que le iba airado á los alcances, vióse libre de su furor por una súbita mudanza del corazon de éste. Hé aquí un ejemplo del primer caso. A José le fué principio de prosperidad y grandeza aquello mismo con que procuraron los envidiosos hermanos su ruina. Hé aquí un ejemplo del tercero. Innumerables mártires, por fin, dieron testimonio de los consuelos que embargaban su alma en medio de los tormentos, cantando y sonriendo entre ellos como en alegre banquete. Hé aquí un ejemplo del segundo. Siempre que de tal ó semejante manera nos suceda, podemos muy bien dar gracias á Dios por habernos librado del mal, aunque materialmente tengamos que pasar por él, como quiera que es más aún que librarnos de males el trocárnoslos la divina bondad en bienes.

«Amen» es palabra hebrea que sin traducir ha conservado la Iglesia en su liturgia, sin duda por lo difícil que fuera encontrar palabra que expresase á la vez todos sus significados. Significa, á la vez deseo de que así suceda la cosa que se pide, y segura confianza de que así sucederá, y vale tanto en el primer caso como nuestro arábigo-español «ojalá,» y en el segundo como nuestra afirmacion adverbial «en efecto.» Es como el beso amoroso y confiado con que sellamos nuestra oracion al ponerla en manos de quien tiernísimamente sabemos la va á recibir.

Ayúdennos estas ligeras indicaciones á rogar en adelante con mayor fervor, siquiera por no profanar con indiferencia y poca atencion de nuestra parte los sublimes conceptos que el divino Maestro quiso dejarnos encerrados en tan expresivo memorial.

LOS DESHEREDADOS.

LOS DESHEREDADOS.

I.



A malignidad revolucionaria ha inventado esta palabra en el sentido irritante que tiene hoy dia aplicada á las clases menesterosas. Incansable en el propósito de insurreccionar al pobre contra el rico, no por amor á aquel, sino por el deseo de explotar á entrambos, viene predicando, poco menos que cien años há, las siguientes ó parecidas razones: «La tierra y lo que ella contiene son patrimonio de todos; pero una clase, la menos numerosa, ha usurpado en su provecho exclusivo este general patrimonio, dejando *desheredada* de esa herencia universal á la porcion mayor del género humano. ¡Pobres! levantaos á pedir la porcion que os corresponde de este legítimo patrimonio. Sois, como todos, hijos de un mismo padre, y no se concibe por qué debe haber hijos herederos é hijos desheredados. ¡Abajo los privilegios! ¡Viva la igualdad social!»

La teoría es seductora, hemos de confesarlo, y cuando se la predica á corazones roidos por el cáncer de la miseria ó aguijoneados por el estímulo de la envidia, ¡oh! entonces es irresistible. Nada más halagüeño para el pobre que decirle:

«¡Vas á ser rico!» así como nada más halagüeño para el enfermo que decirle: «¡Voy á ponerte sano!» Sin embargo, del mismo modo que los mil y un curanderos que prometen pomposamente salud y robustez y larga vida con misteriosos elixires y otros remedios de bombo, suelen dejar al mísero paciente sin los cuartos que le arrancaron, sin la esperanza que le infundieron, con más la vieja enfermedad y el dolor y desconsuelo del desengaño; así los curanderos revolucionarios que andan pregonando por ahi, en ferias y mercados, infalibles medios de bienestar para las clases desvalidas, suelen al fin y á la postre dejarlas peor que estaban, despues de haberles robado su fe, su esperanza, su amor al prójimo; despues de haberse aprovechado de su candidez para los fines de su ambicion y de su codicia; despues de sumirlos en la desesperacion de las más doradas ilusiones desvanecidas y defraudadas.

La palabra, al parecer compasiva, pero en realidad sólo irritante, con que se aguijonea sin cesar el odio del pobre, es la que he puesto al frente de estas líneas. Mi objeto es hoy desmentirla y devolverla como un embuste al rostro de sus inventóres y propagandistas. Mi objeto es demostrarle clara y palpablemente al pobre más pobre, que no hay tal *desheredamiento*, no; que no hay tal herencia exclusiva de felicidad para unos y tal otra herencia de llanto exclusivo para otros; que la risa y el llanto, la dicha y la miseria, el bienestar y la angustia, son patrimonio de todos, igualmente de todos, aunque no alcancen todos la posesion de esas riquezas materiales en las cuales se quiere ver cifrado todo el destino del hombre sobre la tierra.

Para esto, amigo lector, fijaré tu atencion y la division de estos artículos en algunas claras y terminantes preguntas:

¿Es verdad que haya una clase que esté en exclusiva posesion de los bienes de la tierra, y otra que se halla absolutamente excluida de ella? ¿Es verdad que la felicidad sea patrimonio exclusivo de unos, y la afliccion patrimonio exclusivo de otros?

O en menos palabras:

¿Es verdad que existan los tales desheredados que pregona á todas horas la revolucion socialista?

¿Es verdad, como enseña esta misma secta, que haya un grupo en el mundo que puede y debe llamarse de los *dichosos?*

Averigüémoslo, pueblo querido, sin prevenciones ni rencores, con buena fe, con imparcialidad, pesando las razones, averiguando los hechos, dejando á un lado todo lo que sea pasion ó espíritu de partido.

II.

Hay pobres y hay ricos, esto enseña la experiencia; los hubo en todos tiempos, esto enseña la historia; los habrá hasta el fin de los siglos, esto enseña el buen sentido y la Religion. Es cierto, pues, que hay hombres que viven en posesion de los tesoros de la tierra, y otros que viven en la privacion de lo más indispensable para la vida. Todo esto es verdad, demasiada verdad.

Pero ¿es cierto que exista una clase que haya usurpado y se haya reservado para sí la posesion de las riquezas, dejando á la otra en los horrores de la indigencia? Así lo afirma el socialismo al llamar *desheredados* á los pobres; sin embargo, su afirmacion es una insigne falsedad, un grosero embuste. La clase de ricos y la clase de pobres no forman una raza ó una casta que tenga vinculado el monopolio de la riqueza ó de la pobreza para sí y para sus ascendientes y descendientes. No, los ricos de hoy son tal vez los que eran pobres hace medio siglo ó hace medio año. Los ricos de mañana serán tal vez los pobrecitos que gimen hoy en la indigencia, y al revés. Muchos que campan hoy y gastan y triunfan, serán mañana ó dentro algunos años hombres de modesta posicion ó pobres de grandes necesidades. Para esto no necesitamos más que dar una ojeada á nuestro rededor. Las fortunas cambian de dueño á cada instante, nada más veleidoso que sus favores: en cada poblacion son muy conocidas por su opulencia familias que en nuestra infancia comian el pan

del obrero: en cambio, otras que llamaron grandemente la atencion en vida de nuestros abuelos, han bajado á la oscuridad, y ni el nombre han logrado salvar del naufragio. Quien ha comparado el vaiven de la fortuna al subir y bajar de los arcaduces de una noria, anduvo exactísimo en la comparacion.

¿Donde está, pues, esta clase exclusivamente dueña de las riquezas, y esta otra perpétuamente condenada á la escasez? ¿Dónde están estos privilegiados herederos y estos infelices desheredados? ¿dónde están? Solamente en la imaginacion loca de los socialistas y en los venenosos artículos que escriben para seducir la imaginacion de sus cándidos lectores. No, pueblo lector, no; es falso, es embustero cuanto te dice en este concepto el socialismo. El mundo y sus riquezas no son patrimonio exclusivo de nadie, porque son patrimonio universal de todos.

Todos tenemos derecho á todo. Todos tenemos derecho á conquistarnos un pedazo de este suelo que por todos crió la bondad de nuestro Dios; á nadie se ha dicho: «tú no poseerás;» «tú no comerás del fruto de los árboles;» «tú no gozarás de las dulzuras de la vida.» Mas para entrar en el goce de este derecho, para utilizarte de él, para que el hombre se distinga en algo del leon del desierto, á quien tambien se concedió el goce de la naturaleza á la par de las demás fieras; aparte de la ley de Dios, es necesario que presida la razon á todos sus actos; es necesario que sea la justicia el nivel con que se regulen; es indispensable que el derecho de su hermano sea á la vez el contrapeso y el regulador de su propio derecho.

¿No me entiendes, pueblo lector? Pues vas á entenderme en seguida. Préstame atencion.

III.

Todos tenemos derecho á todo, esto es cierto, pero sin daño de los derechos de los demás. El que por vez primera rompió un terreno y echó semilla en él, ¿no adquirió con sus sudores un derecho sobre aquel terreno y sobre la cosecha que aquella semilla le dió? Hé aqui, pues, la primera fuente del derecho de propiedad: el trabajo. Y cuando el trabajo ha ligado al hombre con aquel terreno, cuando el hombre ha puesto allí gran parte de su propia sustancia, cuando ha sepultado allí los mejores años de su juventud y las más dulces esperanzas de su ancianidad, ¿no es injusto que se venga otro muy tranquilo y muy descansado, y con el sofisma de que todo es para todos, lance al primero de su heredad y le robe el fruto de sus sudores? Responda aquí el buen sentido. Tenemos, pues, ya un pedazo de tierra que, gracias al cultivo particular, deja de ser comun, y sobre el cual uno solo tiene un derecho reconocido. Así se creó la propiedad territorial en los siglos primitivos, asi se crea aún hoy dia en los paises vírgenes del Nuevo Mundo. En ciertas regiones del continente americano, donde hay todavía terrenos que no son de nadie y que por consiguiente son de todos, la primera ocupacion es aún la que crea y autoriza la propiedad. En estos casos la tierra es del primer ocupante ó cultivador, como la fiera ó el ave es del primero que la caza. ¿Negarias un derecho absoluto sobre una pieza de caza al salvaje que la mató? Tampoco puedes, pues, negarle un derecho absoluto sobre un terreno, ó los frutos de él, si es el primero que los cultivó ó supo cosecharlos.

Tenemos, pues, que la famosa frase «todo es de todos» queda ya bastante limitada, es decir, queda limitada á todo lo que no ha sido objeto de industria ó de explotacion particular. Demos un paso más.

El que adquiere un derecho absoluto sobre un terreno

cultivándolo cuando nadie lo cultivaba, y depositando en él parte de su propio sér, sus sudores, su trabajo, es claro que puede hacer de este derecho absoluto lo que le dé la gana. Por esto se llama absoluto. Puede cederlo generosa y gratuitamente á otro. Puede cederlo á trueque de otro derecho. Puede cederlo en vista de una indemnizacion. Si lo primero, habrá *donacion*. Si lo segundo, *cambio*. Si lo tercero, *venta*. ¿Tienes dificultad en esto? Si he cazado una ave del cielo, claro es que puedo regalarla al primero que encuentre, ó puedo cambiarla con otra pieza de caza que me aproveche más, ó puedo darla mediante unos cuartos ó reales. Lo mismo puede suceder con el derecho á la tierra y á los frutos de ella.

Hé aqui de que modo se adquiere tambien el derecho de propiedad: ó por donacion, ó por cambio, ó por venta. Y ¿hay nadie que pueda tachar de injusto ó de arbitrario este procedimiento? Nadie está excluido de adquirir por estos medios; hay una ley igual para todos, que á todos garantiza de un modo igual el derecho justamente adquirido; ¿dónde están aquí los privilegiados y los desheredados? ¡Nada tengo, dices, luego soy un desheredado! Falso. Para probar que eres un desheredado debieras probar que nada puedes tener, que la ley no te protege á tí como no protegia al antiguo esclavo. No eres desheredado, no, porque ese jornal con que alimentas á tu familia es una propiedad como cualquier otra, y el dia en que un aumento de él, ó una disminucion de necesidades, te permitan el *ahorro*, serás capitalista si guardas ese ahorro, ó serás propietario si lo empleas en finca. No hay pobre que no pueda ser rico, ni rico que no pueda ser pobre. Las leyes no han estancado en manos de nadie la riqueza ni la pobreza. Hay más. La fortuna tiene sus caprichos, ó hablando más filosóficamente y más cristianamente, la Providencia de Dios tiene sus misteriosos designios; pero la ley ordinaria y comun es que la mayor riqueza corresponde al mayor esfuerzo ó al mayor talento para adquirirla. Si la naturaleza ó Dios (que es más cristiano hablar así) no te han dado estas superiores fuerzas ó talento para sobreponerte y hacerte un lugar en la sociedad, ¿á qué culpar á la organizacion de esta sociedad, que no tiene la culpa de que tú no seas en ella de los más favorecidos?

IV.

¿Sueñas la igualdad? Hazme antes iguales los cuerpos, las inteligencias y las costumbres, y yo entonces te haré iguales las fortunas. Si soy más débil que tú, y de consiguiente puedo trabajar menos que tú, y por lo mismo gano menos que tú, ¿cómo puedo poseer tanto como tú? Si no tengo tu talento, ¿cómo quieres que produzca obras que me dén la ganancia que te producen las tuyas? Y si, por fin, yo soy un disipador cuando tú eres un hombre reservado, si gasto un duro cuando tú te contentas con gastar una peseta ó diez reales, ¿cómo podré igualarte nunca en capital? Desengáñate, pueblo mio; los que el socialista llama desheredados, pueden reducirse á dos clases; ó á la de los infelices que no lo pueden ganar, ó á la de los viciosos que no lo saben retener. Estas son las dos grandes fuentes de la desigualdad social. Corrígeme estos dos defectos inherentes á la naturaleza humana, y sin necesidad de cambiar las leyes ni de alterar el órden, tendrémos establecida la nivelacion que deseas. Pero como no es posible cambiar á los hombres, este nivelamiento con que te embroman es locura, locura, locura.

Pero es más que una locura, es una traicion, porque halagándote con estas falsas máximas te alejan del verdadero camino que te conduciria al mejoramiento y á ese mismo bienestar social que buscas por medios tan encontrados. Los disparates socialistas te quitan el sueño y las ganas de trabajar; te meten en conspiraciones y tramas de las cuales sale mal librada frecuentemente la honradez, la bolsa, la salud y áun la vida. Truecas las dulzuras de la familia por la agitacion de la plaza pública y las emociones del club; llenas tu corazon de odio, y conviertes en un infierno tu existencia y la de tus hijos. Nunca el obrero fué más infeliz que hoy, á pesar de que nunca ganó mejor jornal, porque nunca fué menos cristiano.

Y por más que crezca tu bolsa, crecerá tu desdicha si disminuye tu fe, tu resignacion y tu esperanza en otra clase de bienes.

¡*Desheredado* te llàman! Sí, pobre amigo mio, desheredado en verdad, pero desheredado de la herencia de la resignacion y de la paz cristiana que como hijo pródigo has malbaratado; desheredado de las esperanzas del cielo que antes te hacian más llevadera la afliccion de la tierra; desheredado de los goces tranquilos del hogar que ya apenas conoces ni comprendes. De todas estas herencias te quisiera yo rico, y fueras entonces, no feliz, que nadie lo es en este mundo, pero sí menos desdichado.

Entre tanto quien en otro sentido te llama *desheredado,* te engaña, pobre trabajador, te engaña, no es tu amigo. Sírvante para responderle y hacerle enmudecer las precedentes reflexiones.

V.

Lo que aumenta la irritacion del pobre contra el rico y hace más temibles las seducciones del socialismo, es la falsa idea que se ha hecho concebir á las masas sobre lo que se llama la *vida feliz* de los ricos y la *vida desdichada* de los pobres.

El socialismo en sus libros y en sus arengas no escasea la pintura de los placeres y de la satisfaccion que experimentan á su modo de ver los opulentos, no cansándose de presentar como en contraste la afliccion y privaciones á que viven sujetos los desvalidos. La vida del rico, segun los nuevos apóstoles, es un cielo anticipado; la vida del pobre un verdadero infierno. Y hasta tal punto se ha logrado hacer prevalecer esta opinion, que en el lenguaje popular *ser feliz* equivale ya á ser rico.

Sin necesidad de grandes raciocinios, con sólo dar una mirada á lo que pasa en torno de nosotros, nos convencerémos

de que toda esta doctrina sobre la felicidad es una grosera mentira. Verémos que la felicidad no está vinculada en ninguna clase social. Verémos que hay pobres felices como hay ricos desdichados, siendo más abundante el número de ricos desdichados que el de ricos dichosos, por más que á primera vista aparezca lo contrario. Verémos que la felicidad es un don que, en la parte que es posible en esta vida, se lo forma cada cual en su corazon, independientemente de las riquezas, de los honores y áun de la propia salud. De este modo convenceremos de embustero al socialismo cuando para irritar á las clases pobres nos las pinta, no sólo como desheredadas de las riqueza (lo cual es falso, como hemos visto), sino como desheredadas tambien de la felicidad, lo cual es más falso aún, como vamos á ver.

No todos los ricos son dichosos, ni todos los pobres son desgraciados. Luego la clase de los ricos no debe ser llamada, sólo por serlo, la clase feliz; ni la clase de los pobres, sólo por ser tal, debe ser llamada la clase desgraciada.

Estoy tan lejos, gracias á Dios, de la escasez como de la opulencia, y mi situacion y mi ministerio me permiten tocar con las manos los inconvenientes y las ventajas de entrambas. He pisado los dorados salones del potentado, y un minuto despues la bohardilla miserable del menesteroso, y en ambas partes he presenciado cuadros de dolor y cuadros de alegría; pero ¿me permitiréis que os lo diga, amigos mios pobres? Los dolores del poderoso me han parecido más profundos y más inconsolables que los vuestros, y vuestras alegrías más llenas, más sinceras, más verdaderas que las del poderoso. Os hablo la verdad tal como la siento en mi conciencia y delante de Dios que ha de juzgarla. Son mayores las privaciones del pobre que las del rico, son mayores las satisfacciones del rico que las del pobre; pero, sin embargo, no es más feliz el rico que el pobre, ni es más desdichado el pobre que el rico. Me explicaré y me entenderéis, y diréis que tengo razon.

VI.

La sábia providencia de Dios, que despues del pecado de Adan y como castigo de él ha permitido en el mundo la dolorosa desigualdad de condiciones, ha cuidado por su parte de templarla estableciendo en todo una *compensacion*. Al rico le ha dado más comodidades, es cierto; pero en cambio le ha hecho más sensible y más delicado para sufrir la menor incomodidad. Al pobre le ha dado más incomodidades, es cierto; pero tambien le ha hecho más agradables, más deliciosas las pocas comodidades que puede alcanzar en medio de la pobreza. Todo está compensado, y aunque el pobre y el rico no lo comprendan á primera vista, lo comprenderian á poco que se fijasen en su verdadera situacion y si conociesen á fondo la verdadera situacion el uno del otro. Ejemplos.

A tal pobre le parecerá una gran dicha no tener que pensar cada mes en el pago del alquiler de su modesta casita. ¡Cuán duro es para el necesitado ver precipitarse todos los dias del mes, y ver acercarse el de la paga sin tener con que realizarla! ¡Quién pudiera ser como aquel ricacho de enfrente, que nunca se encuentra en semejantes apuros! Y no obstante, aquel ricacho, que no pasa apuros para pagar el alquiler de su casa, no duerme ocho dias há, porque no sabe si podrá pagar en su dia una letra de miles de duros que han girado contra él, y le aterra la idea de que habrá de pasar por insolvente y perder su crédito. El pobrecito no sufre de seguro tanto como aquel poderoso. Y si el acreedor ejecuta judicialmente á ambos, ¿quién será el más infeliz? Solo diré que la mayor parte de los suicidios que registran las páginas contemporáneas no los han cometido pobres desesperados, sino ricos desesperados. ¿Qué hay aqui? La compensacion.

Pasas por delante del gran teatro, y si entras en él por casualidad, admiras el lujo de aquellos adornos, la grandiosidad del local, lo espléndido de la iluminacion, el portentoso

mérito de los artistas. Y dices en tu interior: «¡Cuán grato debe ser tener un palco en este palacio y gozar cada noche de estas delicias! ¡Quién fuese rico!» Y no obstante, la mayor parte de los ricos que concurren allá miran con indiferencia aquellas grandezas y asisten hasta con tedio á aquellos espectáculos. Hay quien se fastidia allí como en otra parte. A muchos es sólo una exigencia de la moda lo que les obliga á asistir; más de cuatro damas y más de cuatro caballeros de los que ves aquí con tanto diamante y tanto encaje envidian la alegría y animacion de tus meriendas de campo, y si alguna vez pasan cerca de tí cuando estás en semejantes francachelas, dícense al oido con cierta tristeza: «¡Cómo se divierten esas buenas gentes! ¡Esto sí que es expansion y regocijo!» Y es verdad. Gozas más tú en el dia de tu algazara en familia ó entre tus camaradas, que ellos en su diaria reunion del teatro ó del casino. ¿Quieres saber por qué? Por la *compensacion* que Dios ha establecido. Quien tiene más ocasion de gozar, goza menos. Quien tiene menos ocasion de gozar, goza más.

Has notado alguna vez lo que pasa en un tren de ferro-carril con los viajeros que van en diferentes wagones? Hice no ha mucho tiempo la observacion siguiente en uno de los trenes de recreo organizados con motivo de ciertas fiestas populares. Habia allí wagones de primera clase, de segunda y de tercera. En los de primera se habia procurado reunir toda clase de comodidades. Buenos almohadones, cortinillas, alfombra, abrigo, etc., etc. Los de tercera presentaban el más deplorable aspecto. Asientos duros, ventanas abiertas á todo sol y á todo aire, desaseo, amontonamiento de personas sin consideracion, etc. Procuré estudiar aquellos dos cuadros en una de las largas paradas de la carrera. El cansancio, el fastidio, las quejas, el mal humor, se hallaban en los asientos de primera clase. La broma, la algazara, los dichos alegres, las risotadas, se hallaban en los de tercera. Es decir, en aquellos, con todas las comodidades, se hallaba el viaje penoso. En éstos en medio de toda la incomodidad se hacia el viaje muy divertido. ¡Y no obstante los de tercera envidiaban tal vez á los de primera! ¡Imágen del mundo! ¿Por qué esta aparente contradiccion? Por la ley providencial de las *compensaciones*.

Esta *compensacion* hace que le sean más sabrosos al pobre sus arenques y su trago de vino, que al rico sus galli-pavos y sus licores extranjeros.

Esta *compensacion* hace que se divierta más la familia del pobre en un domingo de salida á la pradera, que la familia del rico en un verano entero de vegetar en la quinta ó de viajar por Alemania y Suiza.

Esta *compensacion* hace que las fiestas populares sean más bulliciosas y expansivas que las fiestas de salon, en que sólo la etiqueta y el cumplido hacen disimular el vacío profundo del corazon.

Esta *compensacion* hace que nadie sea más difícil de consolar que el rico en sus tribulaciones, y nada más fácil de ser consolado que el pobre en las suyas. Harto lo saben los médicos y los sacerdotes.

En una palabra: las riquezas, honores y comodidades de la vida son más propias para aparentar felicidad que para darla de veras. El rico es más feliz en la opinion de los demás que en la realidad de las cosas. El pobre tampoco es tan infeliz como se figura el rico.

VII.

Bien, ¿y qué sacarémos de estas observaciones que enseña la experiencia?

Lo que pretendo sacar de ellas es, que así como nadie está excluido de la posesion de las riquezas materiales, pues todo el mundo, por pobre que sea, puede adquirirlas con su sudor ó con su industria, como de hecho muchos pobres las adquieren todos los dias; así nadie está excluido de la posesion de la felicidad, ó de lo que se llama felicidad en este mundo, porque sabido es que lo que conocemos con este nombre es apenas una sombra de felicidad.

En suma saco de aquí, que en ningun sentido pueden llamarse *desheredados* los pobres. Participan de todas las *heren-*

cias propias del hombre acá en la tierra: de la herencia del *suelo,* porque pueden ser propietarios; de la herencia del *capital,* porque pueden ganar buenos jornales y formárselo con ellos; de la herencia de la felicidad, porque pueden ser y son felices como cualquier otro puede serlo en esta vida. Si algo hay (y hay mucho) que les atormente, no están de ello dispensados los ricos. Las casas de los poderosos vienen abajo muy á menudo por reveses de fortuna. La enfermedad se ceba cruelmente entre los potentados; y es un horrible tormento para muchos nadar entre tesoros y no poder comprar con ellos un minuto más de vida para sus hijos, una hora de sueño para sus ojos desvelados, ó unos momentos de sosiego para los dolores de su cuerpo. El mismo hábito de ver satisfechos los menores caprichos hace más dolorosa cualquiera privacion. En los niños se ve esto al vivo. El niño del pobre se divierte jugando al caballito, montado en un palo que es su único juguete, mientras el niño del rico llora y se desespera por no tener en su poder todas las baratijas que ha visto en los aparadores de la ciudad.

Dios, asi como derrama el sol sobre los palacios y sobre las cabañas, asi derrama el consuelo y la alegria sobre pobres y ricos, y tal vez, si se trata de la paz del corazon y de los goces del hogar, que son, despues de la gracia de Dios, los más preciosos dones de la vida, los derrama con más profusion sobre los primeros que sobre los segundos. Lo cierto es que los grandes poetas, novelistas y pintores de costumbres, los hermosos cuadros de felicidad que nos han dejado los han ido á buscar casi siempre en la modesta habitacion de las clases menos acomodadas.

No hay, pues, *desheredados.* Lo enseña la razon, lo confirma la experiencia, y lo confiesa el mismo pobre cuando no habla guiado por las malas pasiones.

VIII.

Hora es ya de que hablemos al fin como cristianos, si hasta ahora pudimos hablar como meros filósofos de la naturaleza. La verdadera *herencia* del hombre no es la tierra. Lo de la tierra no es más que una antesala, un pasadizo ó corredor, por donde atravesamos un momento para quedarnos definitivamente en otra parte. La *herencia* del hombre es el cielo, por más que blasfeme la inmunda Revolucion, que quisiera hacer de nosotros un hato de bestias nacidas sólo para pacer y morir sin otra esperanza alguna. No hemos nacido para el mundo, y hemos nacido para la eternidad; valemos más que las aves del aire y que las fieras del desierto, para que hayamos de contentarnos con comer un poco más ó un poco mejor que nuestros hermanos. De consiguiente lo de acá es de poca importancia comparado con lo de allá, y con tal que se llegue al término feliz del viaje, poco importa haber llegado en wagon de primera ó en wagon de tercera, puesto que al llegar á la estacion, que es la muerte, todos hemos de quedar iguales, sin otra desigualdad que la de nuestros merecimientos. Y ¿qué aprovechará al hombre haber ganado todo el mundo si pierde su alma? Y ¿qué le importará no haber tenido un palmo de propiedad en la tierra si logra poseer un reino en el cielo? Esta es la *herencia* única positiva, única formal, única verdadera, de la cual nadie puede *desheredarnos*. Lo demás es farsa que dura un momento.

Este debe ser nuestro consuelo, esta nuestra esperanza. Y esta esperanza no sólo nos hará mirar como cuestiones de poco más ó menos todas las que en este mundo traen agitados á los mortales, sino que nos enseñará á guardar nuestro corazon libre de ambicion y del odio con que á todo trance procura envenenarlos el socialismo.

Muchos pobres no son felices hoy dia ni pueden serlo...

¿Cómo podria serlo el que lleva un infierno de codicias y de rencores en el corazon? Nuestros abuelos, quiero repetirlo, ganaban menos jornal y eran más dichosos, porque á falta de la riqueza de dineros, eran ricos de honradez y de santas creencias. Hoy, más favorecidos por la fortuna y con más crecidas ganancias, los pobres son más pobres, porque se les ha robado la fe, la esperanza y la caridad que hacian dichosa su existencia. El trabajador de hoy es ciertamente bien digno de lástima. En lugar de creer al sacerdote, cree al predicador del club; en lugar de consolarse con las máximas de la fe, se consuela ó se irrita más y más con los artículos de un periódico socialista; en lugar de alentarse con las esperanzas del cielo, se desespera con los locos ensueños de riqueza y de felicidad temporal que á todas horas se le prometen y que nunca, nunca se realizan. Y para lograrlos juega al azar su honra, sus costumbres, su fe, su tranquilidad y hasta su alma. Llega hasta el punto de abdicar su libertad haciéndose esclavo vil de una secta secreta cuyos propósitos no conoce, y muere renegando de su Dios, de su familia y de la sociedad entre los horrores de la agonía de un réprobo.

Hé aquí el infeliz á quien con toda verdad podríamos llamar *desheredado.*

Atrás, honrado trabajador, atrás, atrás, hasta encontrar otra vez la herencia perdida, la herencia de tus mayores, la herencia de paz, de resignacion y de religiosidad que les hizo felices. Atrás, hasta recoger esta preciosa herencia que te han robado tus regeneradores. Atrás, hasta encontrarte otra vez en brazos de tu Dios y en posesion de tus antiguas creencias.

Quien te llame *desheredado* es un traidor que sólo aspira á *desheredarte.* No te fies de quien te halague. La voz severa de la Religion podrá parecerte alguna vez enojosa; nunca la encontrarás embustera. La voz halagüeña de tus embaucadores te será casi siempre al principio muy agradable; no tardará empero en dejarte en la desesperacion de tus remordimientos y de tu desengaño.

EL PROTESTANTISMO.

DE DÓNDE VIENE Y A DÓNDE VA.

INTRODUCCION.

Contra el Protestantismo es necesario prevenir é ilustrar la opinion de nuestro católico pueblo, y con este fin basta hacer un llamamiento, no á su antigua piedad, no á sus arraigadas convicciones, no al brillo de sus gloriosas tradiciones, sino solamente á su imparcialidad y buen sentido. Voy, pues, á decirle clara y sencillamente qué es lo que se pretende darle en cambio del Catolicismo á cuya sombra ha vivido diez y ocho siglos; voy á quitarle el embozo al huésped forastero, que con capa de amigo y áun de favorecedor quiere sentarse á nuestro lado para socavar más á su salvo nuestra fe, y más ó menos tarde nuestra nacionalidad. Deseo que nuestro pueblo, que lo forman nuestros padres, nuestras madres, nuestros hermanos y hermanas, nuestros amigos, las personas á quienes amamos, en una palabra, sepan á qué atenerse acerca el origen de esta ridícula farsa que quiere vendérsenos por RELIGION REFORMADA; *que conozcan los nombres, vida y milagros de sus autores y propagandistas, lo absurdo de su principio fundamental, la variedad y contradiccion de sus doctrinas, su catecismo sin credo fijo, su moral cómoda y sin sancion, su historia sin milagros, sus altares sin sacrificio, su predicacion sin fecundidad, su culto sin atractivo, sin poesía, sin consuelo para el desgraciado; sombrío, helado como el clima de los países en que nació, como el corazon de su desventurado apóstol Lutero.*

Cuando á todas horas y en todos los tonos los hombres de cierta escuela, que ridículamente quieren arrogarse el privilegio de procurar el bien del pueblo, están clamando que se le ilustre, que se HAGA LA LUZ *sobre todas las cuestiones, que pase todo por el crisol de la discusion; luz clamamos tambien nosotros, que somos católicos y nada más; luz sobre este nuevo enemigo, que sólo á favor de la oscuridad puede medrar entre nosotros; luz á torrentes sobre su rostro, que otra arma no necesitamos para que lo sepulte en los abismos, de donde nunca debiera haber salido, su propia confusion y afrenta. No entraré, pues, en el exámen de sutiles puntos de teología: el Protestantismo no se nos presenta hoy como dogma nuevo que daba ser refutado, sino como sistema corruptor á quien debe arrancarse la careta. En el terreno teológico hirióle de muerte hace dos siglos el inmortal autor de la* HISTORIA DE LAS VARIACIONES; *en el terreno histórico hále dado el golpe de gracia casi en nuestros dias el esclarecido Balmes. No escribo para los sabios. ¿Qué sabio, ó siquiera medianamente instruido, abrazaria hoy el Protestantismo? El ateismo absoluto, con ser tan absurdo, es más lógico y racional. Escribo, sí, para las almas sencillas y no avezadas aún al espectáculo tristísimo de novedades religiosas; al pueblo se dirige únicamente mi voz, porque hoy por hoy únicamente al pueblo se quiere seducir, porque sólo tratándose del pueblo es posible al protestantismo esta empresa.*

Hijo del pueblo, como él católico, franco y desinteresado, por el pueblo y para el pueblo emprendo este trabajo, sin más guía que el Catolicismo, sin más recursos oratorios que la acostumbrada franqueza, sin más interés que el de la verdad, por la cual todos combatimos.

1868.

EL PROTESTANTISMO;

DE DÓNDE VIENE Y Á DONDE VA.

I.

¿Qué es el Protestantismo?

PURADO habia de verse el protestante más ladino para contestar á esta interpelacion, si con ella se tratase de exigirle una exposicion clara, sincera y formal de sus falsas doctrinas. Yo, que no me creo obligado á saber más del Protestantismo que sus mismos doctores, no seré tampoco más atrevido, lector amigo: ¿sabes tú si es difícil explicar de un modo exacto lo que es el Protestantismo? Imagina tan sólo que, para intentarlo, debiera empezar por averiguar qué es lo que creyeron los protestantes del siglo XVI, y lo que despues de ellos han venido creyendo sus sucesores hasta nuestros dias. Y este trabajo habia de consumirnos á ti y á mí la escasa paciencia que ya nos van dejando las sandeces de tantos adversarios nuestros. Y aparte de esta variedad de creencias, que llamarémos *sucesiva*, quédanos otra variedad

de creencias, que puedes llamar, si te place, *simultánea*, es decir, la infinita diversidad de doctrinas que á un mismo tiempo sostienen tantos centenares de sectas, que han creido poder darse cierto barniz de unidad con llamarse todas *protestantes*. Estos estudios hechos están, y si quieres enterarte de ellos con más extension de la que consienten estos breves párrafos, te remito á la *Historia de las variaciones de la iglesia protestante*, del inmortal Bossuet, y al *Protestantismo y la regla de fe*, del famoso Perrone. Basta, pues, de esto; y pues no eres teólogo, ni pretendes serlo, ni podrías hacerte tal con la sola lectura de hojas sueltas y folleticos, hágote gracia, lector amado, de lo mucho que podria aquí decirte acerca el pecado original, el libre albedrío, la fe justificante, la eficacia de los Sacramentos y otros cien puntos de alta teología, en los cuales tropiezan y caen de bruces nuestros reformadores.

Es mi empeño conducirte por caminos más llanos y de resultado más decisivo. Busquémosle al enemigo el punto cardinal de donde arranca todo su sistema, y si lográremos dar en tierra con el cimiento, que por cierto no ha de ser tarea difícil, no ha de tardar en hundirse toda la fábrica. Y este punto fundamental, único en el cual convienen todos los protestantes, y único que por una terrible coincidencia de la lógica los trae divididos y encontrados, es lo que se llama *el libre exámen*. Y puesto que esta palabra se haya popularizado muchísimo en nuestros dias, y ande ella en boca de todo el mundo, todavía no será ocioso explicártela en la acepcion particular que se le da en la cuestion presente.

Entiéndese por *libre exámen* el derecho que atribuyen los protestantes á cada cristiano de interpretar por sí mismo las Escrituras santas, sacando de ellas por su propia interpretacion y autoridad lo que debe creerse y practicarse á fin de conseguir la eterna salvacion. Principio absurdo, ya se atienda al modo con que dejó Jesucristo al mundo su doctrina, ya á los mismos desengaños que de él han recibido los mismos protestantes, ya á lo que nos dice en este particular el solo sentido comun.

Vamos á lo primero. Jesucristo estableció su Religion fundándola sobre la autoridad y no sobre el libre exámen. ¿Sa-

bes lo que significa la palabra fe? Creer por el solo testimonio de Dios. Mientras anduvo Él mismo en persona sobre la tierra, fué Él quien ejerció esta soberana autoridad. Jesucristo no discutió con las turbas ni con los fariseos, no les dió á examinar su doctrina; la anunció categóricamente como verdadera, y como tal la impuso y obligó á creerla. No cuidó poco ni mucho de probarla con sutiles argumentos. Probó, sí, su mision, su autoridad; pero una vez supuestos estos principios, habló como Dios, sin dar en favor de su doctrina otra garantía de verdad que la de ser suya. *Ego autem dico vobis*: «Mas Yo os digo á vosotros (1);» esta es la firma y como el sello con que autoriza sus preceptos en el bellísimo sermon del monte, en el cual opone su autoridad á la de las tradiciones farisáicas, resplandeciendo á vueltas de la celestial mansedumbre que acompaña sus palabras, su carácter de único Maestro y Legislador de un modo que á nadie se oculta.

Empero, hé aquí que Jesucristo va á terminar su mision sobre la tierra. Hételo en la cima de aquella santa montaña, próximo á dejar á los suyos y volver á su Padre. ¿Crees tú que dijo entonces á sus discípulos: Proponed esta doctrina al mundo; que la examine, que la discuta? No, amigo mio, no; sino: *Id y enseñad á todas las gentes* (2)... *Quien no creyere se condenará* (3). Es decir, que prescribió á sus discípulos, á la sociedad que dejó fundada sobre la tierra, á la Iglesia, en una palabra, la misma norma de conducta que había seguido Él durante su vida mortal; y la Iglesia siguió en este punto como en todos los demás las huellas del divino Maestro. En este tono de autoridad habló á los príncipes de los judíos (4); en este tono pronunció su primera decision en el concilio de Jerusalen (5); en este tono anunció el Evangelio á los filósofos del Areopago (6) y de Roma; y dócil á esta intimacion, el mundo no aprendió á examinar y á

(1) Matth. v, 22, 28, 32, 39, 44, etc.
(2) Matth. xxviii, 19.
(3) Marc. xvi, 16.
(4) Act. v, 30, 31, 32.
(5) Act. xv, 28.
(6) Act. xvii, 22, etc.

discutir, sino á creer. Y nota que cuando rezas el Símbolo ó *Credo*, que te han transmitido los siglos desde el tiempo de los Apóstoles, no dices: *Pienso, opino, estoy convencido*, etc., sino *Creo* en un Dios; es decir, que haces, no un acto simple resultado de un exámen, sino un acto de fe al cual has de llegar por el camino de la sumision, no por el de la discusion. Y si creyeres las verdades de la fe sólo por hallarlas racionalmente creibles y por nada más, no serias cristiano, amigo mio, sino á lo más un buen filósofo, que con todas tus filosofías caminarias derechito á tu eterna ruina. Creemos, pues, no porque hayamos examinado y discutido, sino porque hemos obedecido y nos hemos sujetado. Recuerda la significativa palabra con que expresa esta sujecion el Apóstol de las gentes: *In captivitatem redigentes omnem intellectum in obsequium Christi:* «Reduciendo, dice, á cautiverio todos los entendimientos en obsequio á Cristo. (*II Cor*. x).» Cautividad llama á la sujecion de la fe. Cuando, pues, se echa en cara á la Iglesia que *esclaviza* la razon humana, no hacen nuestros adversarios otra cosa más que traducir exactamente aquella palabra del Apóstol. Tienen razon: somos esclavos; lo somos empero de Cristo, y por lo mismo de la verdad. ¡Feliz servidumbre! Esta es la idea que nos dan de la fe y de su predicacion por Cristo y por los Apóstoles los libros todos del Nuevo Testamento.

Pues bien: cata ahí que, despues de largos siglos de Cristianismo creido y practicado en este sentido, aparece un hombre, Lutero, cuya historia prometo, público amigo, contarte muy luego, y no ha de ser la parte menos divertida de este opúsculo. Aparece Lutero, y desentendiéndose de cuanto habia creido y practicado hasta él una tradicion de diez y seis siglos, apoyada por tantos Padres como la honraron con su santidad y la ilustraron con sus plumas, por tantos Doctores como la defendieron con todos los recursos de la misma humana filosofía, por tanto millon de Mártires como la confesó á costa de su sangre generosa, da un grito de reforma, así llama él á su rebelion, y se propone enmendar la plana nada menos que al mismo autor de la Iglesia, Jesucristo. Sé que me responderás que no pretendió tanto; empero ahí están las obras, que hablan con más elocuencia que

las palabras. Cristo habia dicho á los fieles: Creed. Lutero les da un libro y les dice: Examinad. Jesucristo habia dicho: *El que no oyere á la Iglesia sea tenido por gentil y publicano* (1). Lutero les dice: Leed las Escrituras, y lo que en ellas encontrare vuestra interpretacion particular, ésta sea vuestra fe y vuestra moral.

Y sucedió lo que natural y lógicamente habia de suceder, y ahí tienes la segunda razon que condena por absurdo el principio del libre exámen, esto es, la histórica, así como la primera ha sido puramente bíblica. Lutero leyó en las Escrituras que podia muy bien sacar de un convento á una desdichada y unirse en infame concubinato con ella; y el monje reformador y la monja reformada aparecieron casados por tan sencillo procedimiento, á pesar de sus votos de castidad. Enrique VIII leyó á su vez que podia muy á menudo cambiar de mujeres con el socorrido recurso de repudiarlas, y lo hizo repetidas veces con la mayor franqueza del mundo. Los anabaptistas, precediendo sólo de tres siglos á nuestros socialistas, leyeron que podian incendiar los castillos y repartirse las propiedades, como esperan hoy tantos republicanos de *buena fe*, y empezaron su tarea de incendio y distribucion con tan gentil talante, que hubieran destruido el país á no haberles salido al encuentro la espada gloriosa de Cárlos V, como hoy la artillería de los Gobiernos. Y desde entonces no hay disparate político y religioso que no haya encontrado su sancion en el *libre exámen*. Unos creyeron por él inútil todo culto, y lo abolieron; otros ridícula la Misa, y la quitaron de en medio; otro creyó poder pasarlo tan tranquilamente sin el infierno, y lo negó; otro modernamente ha creido que hasta Jesucristo (ridícula blasfemia) estaba de más en su cristianismo, y lo ha declarado un *mito*, esto es, una fábula ó una leyenda.

¿Qué tal, amigo mio? ¿va ó no pareciéndote esto una religion? ¿tiene trazas de ser siquiera un mediano sistema filosófico? ¿No es verdad que el *libre exámen*, mejor que fundamento de una religion, puede y debe ser llamado disolvente universal de toda religion y de todo sistema? Claro está. Supo-

(1) Matth. XVIII, 17.

nen siempre éstos un punto de partida fijo, inmóvil y determinado, aceptado y respetado por todos. ¿Cómo puede darse este punto fijo si todo es discutible, y de consiguiente dependiente de la apreciacion de cada cual, y por lo mismo siempre incierto? Religion supone cierta union de muchos en creer y practicar lo mismo. ¿Y puede, dado el libre exámen, encontrarse, no ya una multitud, sino una familia siquiera que pueda comprometerse á creer y practicar siempre lo mismo?

Quiero que veas más de relieve estas observaciones con un ejemplo que, al mismo tiempo que te ponga más á los cabos de lo que tratamos, te sirva de agradable pasatiempo, y sea la tercera razon que condena por absurdo el libre exámen, esto es, la de sentido comun. Supon por algunos momentos que en una nacion (república ó monarquía ó lo que fuere) se establece un Gobierno que por único modo de gobernar se contenta con formular la ley, traducirla en los varios dialectos del país, imprimirla con esmero, encuadernarla si quieres hasta con elegancia y distribuirla luego como pan bendito entre los vasallos, diciéndoles estas ó parecidas palabras: *Ahí teneis vuestra ley. Fija es, empero es libre su interpretacion.* ¿Parécete, amigo del alma, que habia de dar grandes resultados en favor del órden este sencillo y económico sistema legislativo? Y si no quieres tomar las cosas tan al por mayor, fíjate en cualquier bando de buen gobierno, ó reglamento de policía de los muchos que tienes á mano en cada localidad, y de los que te ofrecerá abundante y divertida cosecha cualquier alcalde en nuestra ilustrada nacion. Déjese al libre exámen ó interpretacion del público el contenido de tales disposiciones. ¿Crees tú que se hallará jamás quien pueda ser multado por infractor, aunque se le coja con las manos en el cuerpo del delito? Si cada cual puede interpretar el bando á su gusto, ¿hallaránse jamás dos que lo entiendan de una misma manera? ¿O será álguien tan necio ó tan escrupuloso que no acierte con alguna interpretacion benignísima que le excuse? Es evidente que no. Pues bien. Por esto la autoridad, cualquiera que sea, monarca ó presidente de república, corregidor ó alcalde popular, al formular la ley se reserva su interpretacion, y no la sujeta al libre exámen de

sus subordinados. Y á tenor de la interpretacion oficial exige se entienda y se obedezca, no segun la de los particulares. Hé aquí, pues, cómo los mismos que tal vez desean el libre exámen aplicado á la ley religiosa, lo declaran de hecho incompatible áun con la misma ley humana. Y cuenta que debería de ser siempre de más fácil aplicacion á la ley humana que á la ley y á la doctrina divinas, más ocasionadas que otra alguna á las interesadas cavilaciones de los hombres. Si yo digo: *No hurtarás,* y permito interpretar segun el libre exámen esta prohibicion, yo te lo fio, no habrá ladron ni salteador de caminos que se crean culpables de hurto. Y ¿qué será si pasamos á otros puntos ó menos explícitos ó más vidriosos? Curiosos habian de ser los *distingos* con que interpretarían desde luego nuestros calaveras el sexto mandamiento. Desengañémonos; el solo sentido comun resuelve esta cuestion á favor de la doctrina de la Iglesia católica. Muy sábiamente, pues, muy filosóficamente, si cabe aquí esta calificacion humana, ha establecido Jesucristo que la autoridad encargada de anunciar su ley y su doctrina tenga ella sola el privilegio de exponerlas é interpretarlas. Y por esto la Iglesia se reserva la interpretacion de las Escrituras, con tanta ó mayor razon que el Estado la de sus códigos, dejando una parte á la interpretacion científica de los teólogos, como el Estado deja algo de sus leyes á la interpretacion científica de sus jurisconsultos.

¿Por qué razon, pues, lo que tan natural se halla en la sociedad civil, ha de querer presentarse como absurdo en la sociedad religiosa? Y si el libre exámen lo hemos encontrado ridículo aplicado á las leyes humanas, ¿por qué no ha de serlo tambien aplicado á las divinas? ¿Será tal vez que en éstas ofrezca menos dificultades la interpretacion? Absolutamente lo contrario. Las cuestiones son aquí profundísimas, el estilo simbólico y lleno de misterios, el idioma original conocido tan sólo de los más sabios, el texto entero sembrado de modismos y alusiones que al lector vulgar son de todo punto incomprensibles. Y este libro, en cuya inteligencia se ha ejercitado la paciente erudicion de tantos comentadores, ¿quieren nuestros reformadores que se le dé por única ley y única guia al niño y á la mujer del pueblo, y al menestral y

al erudito á la violeta? Tanto valdria (y permíteme, pueblo amigo, lo rastrero de la comparacion), tanto valdria suprimir de una vez los maestros de primera enseñanza y contentarse con dar á los niños abundancia de cartillas soberbiamente impresas y encuadernadas. ¿Crees tú que bastaría esto para que tu hijo aprendiese á leer, si no le ponias al lado quien le descifrase el enigma de aquellos para él misteriosos jeroglíficos? Haz la experiencia, y si por este nuevo sistema consigues que llegue á deletrear tu alumno, dóyte de buena gana la enhorabuena, y licencia además para que con sola la Biblia conviertas é instruyas al universo entero. Harás entonces lo que no hizo el mismo Jesucristo con ser el Hijo de Dios.

¿Empiezas, pues, á comprender ya todo el valor de aquellas pomposas palabrotadas de *libre exámen*, *libertad de pensar*, *derechos de la razon*, y otras tantas frases de ocho palmos, *sesquipedalia verba*, con que nos atruenan constantemente nuestros hermanos libre-pensadores? ¿Has visto tú en toda la historia de la filosofía, desde sus primeros albores hasta su actual decadencia, quien para aprender á pensar no empezase por esclavizar su pensamiento? El estudio de toda ciencia exige en su principio uno ó muchos actos de fe. ¿Te sorprende esta proposicion? Pues óyeme atento. El que estudia historia ¿no empieza por *creer* ó tener fe en la autoridad de los libros y de su profesor? El que se dedica al derecho ¿no ha de aceptar como indiscutibles ciertas bases, so pena de no poder dar un paso en la ciencia? El físico ¿no ha de principiar por admitir la existencia real de los cuerpos sin que nadie se la pruebe? Nacido hemos para la fe. ¿Cómo afirmas que eres hijo de tu padre sino por un acto de fe? Aun en las operaciones de nuestra vida mecánica y material, ¿á ver cómo te las compones sin fe para ser buen herrero, buen sastre ó buen albañil? Dale á tu aprendiz las herramientas del oficio, déjale sin más guia que el libre exámen, y dejarémonos clavar en la frente los progresos todos de tu aprendiz. Y lo que aplicado á cosas tan triviales ofrece tan tristes resultados, ¡esto se quiere, vive Dios, que baste y sobre para conducirnos por el azaroso y desconocido sendero de nuestro último fin! ¡Y á tan peligroso consejero hemos de fiar la

tranquilidad de nuestras almas, la seguridad de nuestras conciencias, el mútuo respeto de nuestros derechos, la paz de la vida, el éxito de la muerte, la suerte por fin de toda una eternidad!

Ahi tienes, pues, desenmascarado el Protestantismo por la sola razon medianamente ilustrada, y áun por el sentido comun. No he acudido para impugnarle á las bien templadas armas que ofrece la ciencia teológica. He procurado no olvidar que escribia para ti, pueblo español, tan digno de mejor fortuna. Católicos españoles, va á tendérseos un lazo fatal. Pesad y meditad sincera y detenidamente las precedentes reflexiones. ¿Quereis ser lógicos? ¿Quereis ser verdaderamente racionales? ¿Quereis ser hombres de sentido comun? Una voz muy autorizada é imparcial lo dijo con felicísima elocuencia: O Catolicismo ó ateismo. Antes ateos que protestantes.

Esto es, pues, lo que debe pensar del libre exámen todo criterio recto é imparcial. Queda aún, para confundir al Protestantismo, otra reflexion que no haré más que apuntar ligeramente.

Demos de barato que sea el libre exámen el procedimiento más regular y lógico para llegar al completo conocimiento de la verdad en materias religiosas. Creamos de buena fe que nada deponen contra él la sana razon, la historia y el simple buen sentido: prescindamos, en una palabra, de estas zarandajas á las cuales dan sin duda poquísima importancia nuestros enemigos, segun pasan por encima de todas ellas. Concedamos que con sólo una *Biblia* y su soberana razon individual pueda cada hijo de vecino darse á sí mismo satisfactoria solucion en todas las cuestiones que pueden desasosegarle. Digannos por Dios; esta Biblia, este libro precioso que amamos y respetamos más que ellos, ¿de quién lo han recibido? Cuando en el siglo XVI alzó Lutero el grito de rebelion y de independencia, ¿quién le dió á conocer las Escrituras? ¿De quién supo que contenian la palabra de Dios y que procedian de la inspiracion del Espíritu Santo? ¿Quién le respondia de su autenticidad? ¿Quién de su integridad? En una palabra, ¿por medio de quién alcanzó todo lo que supo de este divino Libro? No fué seguramente por revela-

cion especial de Dios. Nunca el reformador pretendió haber recibido tales favores del cielo, ni jamás quisieron atribuírselos sus discípulos. Tampoco pudo obtener aquel conocimiento por el mismo Protestantismo, que aún no existia, á no ser que se diga que el fundador no fué en todo anterior á su obra. Sólo, pues, de la Iglesia católica, de la tradicion eclesiástica pudo heredar aquel sagrado depósito, que convirtió en arma contra ellas, es decir, que si tuvo las Escrituras fué sólo por la autoridad de la Iglesia; si las creyó divinas fué sólo porque se lo habia dicho la Iglesia; si las declaró inspiradas fué sólo porque la Iglesia le daba testimonio de esta inspiracion. Es decir, para que más palpable se vea la contradiccion: alzóse combatiendo la autoridad de la Iglesia por medio de las Escrituras, al mismo tiempo que admitia como único testimonio de la verdad de las Escrituras aquella misma autoridad de la Iglesia. ¡Ridícula independencia! Es como si le dijésemos á un amigo ó enemigo nuestro: Me engañas, no dices la verdad. Y ¿por qué? porque una carta que acabas de enviarme me lo asegura. ¡Soberbio raciocinio por vida de los siete sabios! ¿Con qué te engaño? podria respondernos. ¿Por qué, pues, crees tan á pié juntillas lo que te dice *mi* carta, que al fin es cosa mia y puede engañarte? Y si no crees en ella, ¿como la citas por prueba de mi falsedad? Por donde el que quisiere confundir á todos los protestantes desde Lutero, pregúnteles tan solamente: ¿Creeis en la divinidad de las Escrituras? ¿en su autenticidad? ¿en su integridad? Sí, os dirán, y este es nuestro único fundamento. Pues bien, conste que vuestro único fundamento lo debeis á la Iglesia católica; conste que en esto admitís por bueno su testimonio; conste que sin él no podeis dar siquiera el primer paso, pues sin la autoridad de la Iglesia católica nada sabríais de las Escrituras, ni el número de sus libros, ni su inspiracion, ni siquiera su existencia. Negais vuestro crédito á la Iglesia apoyándoos en un documento que ella os ha dado, y que sólo admitis porque lleva su firma. No podeis, pues, ser lógicos protestantes sin admitir la autoridad de la Iglesia católica, ó lo que es lo mismo, no podeis ser protestantes sin dejar de serlo, que era el absurdo que se debia demostrar.

Que el Protestantismo como sistema de doctrina y de moral sea á todas luces absurdo y monstruoso, vístelo, lector amigo, en el párrafo anterior. Por lo que ahora voy á mostrarte verás lo que es el Protestantismo en su culto, y como por la absoluta carencia de él es indigno que se le dé el nombre de *religion*. Y cierto, no en el sentido en que comunmente se dice que las falsas religiones no pueden ser llamadas con este hermoso nombre, lo cual no pasaria de ser aquí una perogrullada, sino en el de que, áun queriendo conceder á la idolatría y al mahometismo el nombre de religiones (falsas por supuesto), todavía ni en este concepto podríamos concedérselo al Protestantismo; es decir, condensando nuestra idea en una fórmula, si quieres, con apariencias de paradoja: el Protestantismo no es siquiera una falsa religion. No te parezca que prometo demasiado, ni condenes sin haber leido. A imitacion de aquel héroe ateniense que dijo á su adversario: «Pega, pero escucha;» diréte yo en este dia: Búrlate cuanto quieras; pero lee, y falla despues.

Una religion, cualquiera que sea su orígen, su fin y su naturaleza, es para el hombre. ¡Magnífica vulgaridad! exclamarás. Concedido: lo cual no impide que sea á la vez magnífica y vulgarísima verdad. Demos, pues, un paso más. Si la religion es para el hombre, es sin duda para *todo* el hombre. ¿Ríeste otra vez, lector amigo? Pues bien, no eches en olvido estos cabos sueltos, que aplicados luego al adversario que combatimos, nos darán la medida de su verdadera importancia, ó mejor de su verdadera nulidad como religion. ¿Por qué? Porque si llego á probarte que el Protestantismo no es para el hombre, porque no satisface á *todo* el hombre, habré demostrado que la tal secta no puede ni siquiera ser llamada una falsa religion.

¿Qué es el hombre? Si con el sentido comun te respondiese que es un compuesto de alma y cuerpo, podrias contestar que eres materialista, y que *eso* del alma es para tí objeto de cuestion, ó cuando menos de dudas, dudas y cuestion en cuyo exámen no me toca entrar por ahora. No hablemos, pues, del alma; bajemos al terreno que admiten todos nuestros adversarios, ya que así lo exigen ¡mal pecado! los tristes adelantos de nuestra menguada filosofía. ¿Ad-

mites en el hombre cabeza y corazon, ó sean pensamiento y sentimiento? No puedes negarlo, so pena de negarte á tí mismo. Pues bien; la secta, cualquiera que sea, que no intente—advierte que no digo que *no alcance,* basta por ahora decir que *no intente,*—la secta que no intente satisfacer á estas dos partes del hombre en sus respectivas necesidades, es decir, á su necesidad de pensar y á su necesidad de sentir, no es para *todo* el hombre; no es, pues, para el hombre; no se engalane, pues, con el pomposo nombre de religion, que no se ha hecho para ella. Explanemos algun tanto estas ideas, y apliquémoslas de lleno al Protestantismo.

Si fuese el hombre pura inteligencia, bastaríale el solo conocimiento de la verdad monda y desnuda, y en la contemplacion de ella cebaríase su ardiente anhelo con entera satisfaccion, sin necesidad de otro cualquier atractivo. Empero, en el estado actual de nuestro sér, ¿qué prestan á nuestro pobre corazon sediento de belleza, de amor y de consuelo las verdades más sólidas y lógicamente encadenadas si nada más las acompaña? El sistema filosófico mejor cimentado ¿será poderoso para enjugar una siquiera de nuestras lágrimas? Las máximas de la razon más ilustrada ¿bastarán para devolver á nuestra alma la paz y la serenidad que hubiéremos perdido por alguno de los inevitables accidentes de la vida? Y si estas máximas, por ser de un órden sobrenatural, tuviesen tal eficacia que pudiesen ellas por sí solas ejercer en nuestro corazon tan saludable influencia, ¿podrá retenerlas, ó siquiera comprenderlas el pueblo (que en estas materias lo somos todos), si no hay quien ante sus ojos las presente constantemente, ó revestidas de forma sensible por medio de símbolos, ó realizados en la misma vida práctica por medio de ejemplos, ó de cualquier otro modo capaz de herir con fuerza la imaginacion, apoderarse luego del corazon y permanecer fielmente grabadas de un modo indeleble en el entendimiento? Pues bien: hé aquí, entre otros muchos, el objeto principal del culto, del culto, primera condicion de toda religion que quiera vendérsenos por verdadera, porque tal es la primera necesidad del hombre, considerado, no ya como católico ó judío ó mahometano, sino simplemente como animal religioso.

Tenemos, pues, amigo lector, al Protestantismo convicto y confeso de no comprender al hombre, de no ser para *todo* el hombre, de no poder, de consiguiente, llamarse religion (verdadera ni falsa), porque hora es ya de que lo sepas si hasta el presente pudiste tal vez ignorarlo: *el Protestantismo no tiene culto.*

—¿Cómo? saltará álguien cogiéndome al instante la palabra. ¿No tiene culto, decís? Pues ¿y sus templos? ¿sus ministros? ¿sus reuniones religiosas?

—Calma, calma, amigo mio. No tiene culto, he dicho y no tengo reparo en repetirlo. Gravísima es la asercion; razon de más para que me reconozca obligado á no escasearte las pruebas. Allá van.

¿Sus templos? Vamos á ver: ¿tendrás valor para llamar templo á un recinto más ó menos espacioso, más ó menos cómodo, en donde nada te habla de Dios; en donde no hay altar; en donde, si le hubiese, estaria ciertamente muy por demás, porque tampoco hay sacrificio que ofrecer en él; en donde no hay una pintura, ni hay una estatua, ni un relieve siquiera que exciten tu piedad ó te conviden á la práctica de las buenas acciones? Si esto es templo, ¿en dónde está el Dios que en él se adora? Y si es templo sin Dios, ó lo que es lo mismo *casa de Dios* sin Dios, ¿por qué no se llaman con igual hermoso nombre el salon de baile y la lonja de los comerciantes? ¿No le aventajan tal vez en capacidad, en riqueza de ornamentacion é indudablemente en concurrencia?

Un amigo nuestro (y cierto más chistoso que devoto) solia decirnos que los templos protestantes, que por mera curiosidad habia visitado durante sus viajes, le habian producido siempre la impresion de templos profanados. ¿Has visto jamás tú un templo católico profanado? Sin duda que sí, por poco que hayas corrido desde el 35 acá las provincias de nuestra patria. Al poner el pié en los umbrales de uno de esos lugares consagrados un dia á la Religion y convertidos en cuarteles, pajares ó cosa peor, ¿qué ha sentido allí tu corazon? Tal vez la parte material del edificio queda aún en estado de conservacion; aún se quiebra la luz en los variados colores de la vidriera; mudo el órgano á un lado parece aguardar tan sólo, como en mejores dias, las ágiles manos

del artista para soltar de su seno torrentes de religiosa armonía; aún permanecen en sus respectivos huecos los altares; los robustos arcos y elevadísimas bóvedas guardan aún su imponente inmovilidad y su eterno equilibrio. Nada al parecer falta allí. ¿Por qué, pues, al penetrar en este recinto no llevas instintivamente la mano al sombrero para descubrirte? ¿Por qué no acude á tus labios el rezo cristiano? ¡Ah! Es que á vueltas de la admiracion que en tí produce el monumento artístico, siente al momento tu alma la ausencia de la Religion que santificó aquel lugar, y que ahora lo ha abandonado. Ya no arde al pié del tabernáculo aquella lámpara solitaria que recordaba la presencia de Dios allí escondido. Ya no te contemplan desde sus nichos las imágenes de María ó de los Santos, recordándote á cada paso las verdades, ya dulces, ya aterradoras, de nuestra fe. Ya no es aquella la casa de Dios. La mano del hombre ha lanzado de allí el asiento de la Divinidad.

Pues bien; hé aquí lo que brilla de un modo elocuente en los templos llamados protestantes: la ausencia de Dios. Sigue, pues, si quieres, llamando á *eso* un templo. Todas las naciones y todos los siglos paganos, mahometanos y católicos han dado á esa palabra otra significacion muy distinta. El sentido comun te dice, pues, que los protestantes no tienen templo.

¿Sus ministros? No puede haberlos ciertamente donde no hay ministerio que ejercer. ¿Estás conforme con esta proposicion? No puedes menos. Oye, pues. No hay sacrificio que ofrecer, porque la Misa fué abolida: no hay Sacramentos que administrar, porque el buen luterano se rie de ellos: la predicacion es inútil si cada protestante puede bastarse á sí mismo con su Biblia en un bolsillo y el libre exámen en el otro. ¿Qué le queda, pues, que hacer al ministro? ¿Cuál es su mision? ¿Cuál es su ministerio? Nada absolutamente. Casi se concibe perfectamente cómo puede ser casado sin la menor dificultad el ministro reformado. Ninguna de sus funciones exige para su mejor desempeño la castidad, porque en rigor ninguna funcion hay que ejercer. En el púlpito se le ve una vez cada semana, interpretando en virtud, no de su ministerio sino de su soberana razon libre, la sagrada Biblia, que

cualquiera de sus oyentes puede á su vez interpretar, en virtud tambien de su soberana razon, tan libre é inspirada como la de su pastor. Bien hace, pues, en no llamarse sacerdote, ni vestir como tal, ni distinguirse por su estado de los seglares, pues al fin no se diferencia de ellos. No le busques, pues, en el altar, ni al lado del moribundo, ni en las penosas tareas de la catequística. Contémplale del brazo de su mujer en los paseos y teatros de la ciudad. Vive como debe. Es la personificacion de su secta. Mejor dicho, es epígrama viviente de su clase. El Protestantismo, pues, no tiene sacerdotes.

¿Sus actos religiosos? ¡Ah! no hables de ellos en plural, porque los protestantes no conocen más que uno, la predicacion. Para esto solo se reunen, para esto solo observan el domingo, para esto solo tienen sus llamados templos. Y aún esa predicacion, que contradice abiertamente, como has visto ya, la teoría del libre exámen y de la inspiracion individual, esa predicacion, ¿crees, hermano mio, que ha legado á la admiracion de los siglos Cuaresmas como las de Bourdaloue y Massillon, oraciones fúnebres como las de Bossuet, brillantes y persuasivas improvisaciones como las de nuestros Avilas y Granadas, conferencias filosófico-teológicas como las de nuestros esclarecidos contemporáneos de Nuestra Señora de Paris? Una secta que hace consistir todo el ser y sustancia de su culto en la predicacion, debiera ofrecer en la historia de las letras sagradas monumentos de gran valía, como los ofrece el púlpito católico de todas las naciones. ¿Qué causa, pues, condena á la esterilidad á los ingenios protestantes? ¿Cuál puede ser, amigo lector, sino el mismo espíritu helado de esta secta que nada le dice al corazon, ni áun á los ojos, cortando de consiguiente el vuelo á la imaginacion y al sentimiento, para que no puedan espaciarse jamás en las regiones de la verdadera elocuencia? Justo es que á una religion sin imágenes ni altar corresponda una oratoria fria y descolorida, sin fuego ni uncion, y en la cual lo atildado de las formas académicas baste apenas á encubrir la pobreza y palidez de los conceptos. Pues bien, si en esto consiste todo el culto de los protestantes, bien puedes afirmar, sin temor de que nadie te contradiga, que los protestantes no tienen culto.

Vuelve ahora los ojos, católico pueblo español, al culto de tus padres, que la moderna *ilustracion* te convida á sustituir por esta secta advenediza cuyas lindezas acabo de referirte. Demos que no seas fervoroso; más aún, concedamos que seas hasta indiferente; como no tengas de todo punto cerrado el corazon á las inefables emociones de lo bello, te pido que con solo tu buen sentido seas el juez que falle en este litigio. Compara religion con religion, áun sin fijarte más que en esa cubierta exterior que llamamos culto. Tiende una rápida ojeada sobre nuestro calendario católico. El año es para el pueblo una como riquísima galería, y cada festividad viene á ser en ella un cuadro espléndido, en cuya meditacion puedes apagar tu sed de verdad, de moralidad y de belleza, porque nuestras festividades ilustran el entendimiento á la vez que mejoran el corazon y rodean de encantos nuestra existencia. Por ellas han llegado á ser nociones eminentemente populares los misterios más recónditos de la fe y lo más sublime que apenas alcanzaron á columbrar los filósofos del paganismo. Por ellas han venido á serte *familiares* los héroes más esclarecidos de la Religion, inclusos el mismo Jesucristo y su Madre santísima, á quien nuestros niños y nuestras mujeres conocen tan de cerca como los más insignes teólogos y doctores, gozándose en festejarlos y acariciarlos bajo mil formas distintas, con infinita variedad de títulos y denominaciones, que prueban, á la par que la ternura de su devocion, la fecundidad maravillosa de la imaginacion popular alumbrada y enardecida por el sentimiento religioso. Las ceremonias de la Iglesia de tal suerte se han identificado con nosotros, que han venido á formar la parte más esencial de nuestras costumbres públicas y privadas. Las épocas del año las señalamos más bien por la cuenta de las festividades que por la de los meses y estaciones, y una gran parte de nuestro pueblo no usa otro sistema de cronología. De tal suerte el culto ha venido á hacerse nuestra segunda naturaleza.

Atiende á nuestros templos, y á pesar de los monumentos preciosos que desde el 35 acá ha destrozado la piqueta revolucionaria enemiga de Dios y del arte, todavía son los templos los mejores edificios de España, y los templos de

España los mejores del mundo. En ellos encuentra á todas horas el pueblo un museo constantemente abierto, en donde se entra sin necesidad de tarjeta ó de recomendacion (no así en los del Estado); en donde se muestran á todos los ojos las maravillas del arte, por más que calumniosamente dijera lo contrario un ministro, célebre ya por el descaro de sus falsas afirmaciones. Y á pesar de la escasez de recursos que aflige á la Iglesia, gracias á tantos despojos, todavía para nosotros pintan y esculpen los mejores artistas, todavia dirigen nuestras orquestas y se sientan en nuestros órganos los mejores compositores, no cediendo en nada la música sagrada á la profana despues de la gloria indisputable de haberla formado y alimentado en su seno. Porque en nuestro culto cabe todo lo que es bello. Y así cuando la pobreza nos impide hacer alarde de bordados y piedras preciosas, todavía sabe nuestro pueblo cubrir de flores y de ramaje nuestros altares, y prestar nuestras madres y esposas sus joyas y sus adornos, como puedes verlo todos los dias.

Y todo esto porque es católico, es español, eminentemente español, tanto que el mismo ateo no puede sustraerse á su influencia, y así vese obligado á regocijarse como un niño por Navidad, y á mostrarse sério y á vestir de negro por Viernes Santo. Y el mismo que hostiliza sin cesar á la Religion de su patria, hállase tan religioso á pesar suyo, que solicita el auxilio de la Iglesia para que dé realce áun á las fiestas que no sean de ella, como cuando exige se solemnice con repique de campanas bendecidas la entrada de un héroe revolucionario ó el acto de plantarse un árbol de la libertad. Es decir, que no acierta á salir de las costumbres católicas áun cuando quiere mostrarse más anticatólico. ¡Qué mucho si nuestro culto le rodea por todas partes, como la luz misma que le alumbra y como la misma atmósfera que respira!

Esto es tener culto, amigo mio; esto es dominar el corazon, subyugarle por completo, hacerse dueño, como te decia al principio, de todo el hombre. Díle que presente fenómeno igual en sus paises el Protestantismo. Observa si sus adeptos son protestantes en todo, como en todo somos católicos nosotros: católicos en el hogar, porque en torno de él reza cada dia sus oraciones la familia española; católicos

en nuestras calles y plazas, que la mayor parte llevan nombres de héroes del Catolicismo; católicos en el ejército, porque es la Iglesia la que le entrega bendecidas las banderas, recibiendo en cambio de él los homenajes que para mil casos tiene prescritos la Ordenanza; católicos en nuestra industria y comercio, cuyos gremios y asociaciones conservan estatutos en el fondo y en la forma impregnados de Catolicismo. Somos católicos, Dios nos perdone, hasta en nuestros vicios, como de ello pudiera citarte curiosos ejemplos. Testimonio del poder invencible de este culto verdaderamente fundado para el hombre y para *todo* el hombre cuando de tal suerte se apodera de él y llega á hacerse con él una misma cosa. ¡Ah! no lo arrancará, no, de nuestro suelo ese pigmeo extranjero, condenado á serlo eternamente entre nosotros por más proteccion oficial que se le dispense. A bien que dudamos sean muchos los celosos ingleses y alemanes que se decidan á tomar por su cuenta la arriesgada empresa de predicárnoslo.

Entre tanto, lector, quien quiera que seas, si por ventura diera contigo alguno de dichos señores que, Biblia en mano, te convidare á abandonar la fe de tus padres, pídele antes algunas explicaciones sobre los puntos siguientes, resúmen y compendio de todo lo hasta aquí referido: ¿A qué templos querrá conducirte cuando te sientas con ganas de orar, que al fin y al cabo todo hombre siente una vez ú otra esta dulce necesidad? ¿Qué sacerdotes te proporcionará para tu direccion, para la enseñanza de tus hijos, ó para el consuelo de tu alma? ¿Qué sacramentos guarda para calmar tus remordimientos ó para endulzar la amargura de tus postreros instantes? ¿Qué sufragios para tu alma despues de la vida presente, si, como es muy fácil, tienes que guardar cuarentena, pues sabes bien que nadie puede penetrar en los cielos sino con patente muy limpia? ¿Cómo se las compondrá para dar desahogo y expansion al regocijo de tu alma en las grandes festividades? En una palabra: ¿con qué invenciones cuenta para suplir toda esa pompa católica que no sólo mejora con sus frutos nuestra vida, sino que con sus flores la consuela y la embellece? Y si á ninguna de estas preguntass abe darte contestacion satisfactoria, que de

fijo no sabrá darla porque no puede, díle tú que en esta tierra de España la secta que pretenda engañarnos ha de empezar por apoderarse de nuestro corazon, y que para tal empresa no se ha hecho el Protestantismo. Díles que tú y tu mujer y tus hijos sentís harto placer muy á menudo en postraros bajo las bóvedas de nuestros templos, á los piés del confesor, ante las sagradas imágenes de María santísima y junto al tabernáculo de Jesucristo sacramentado, para que así de buenas á primeras os resolvais á renegar de tan dulces objetos. No sucederá tal, amigo lector, y de ello damos al tiempo por testigo.

II.

¿De dónde viene el Protestantismo?

Hemos examinado su constitucion, y la hemos hallado absurda. Investiguemos su origen, y le hallarémos inmundo y asqueroso. Preguntémosle por sus padres, y la historia nos dirá avergonzada sus repugnantes biografías.

Fecha de su nacimiento. Colócanla los historiadores todos, así católicos como protestantes, en 1520, en cuyo año declaróse Lutero en abierta hostilidad con la Santa Sede, quemando su bula en la plaza pública de Wittemberg. Es decir, que el Protestantismo lleva actualmente trescientos sesenta años de fecha. De suerte que esta secta, que quiere arrogarse el dictado de verdadera religion cristiana, no existió en el mundo hasta mil quinientos veinte años despues de Jesucristo. Y de consiguiente, segun esta galana manera de discurrir, la hija se halla separada de su supuesto Padre por la friolera de quince siglos que median entre la muerte de éste y el dichosísimo nacimiento de aquella. ¡Díme ahora, amadísimo lector, si es que tengas pecho suficientemente ancho para tragar tanto absurdo; díme por tu vida si se

le ocurrió jamás á padre alguno en el mundo obtener hijos á tanta distancia!

Empero dejemos chanzas á un lado, que no sientan bien en asunto de tanta monta: dime tú, hermano protestante, ¿de veras crees que la Religion verdadera fundada por Jesucristo á principios del siglo I no apareció sobre la tierra hasta principios del XVI? Y si apareció antes, ¿en dónde estaba? ¿Tal vez en el silencio de las catacumbas, como estuvimos nosotros trescientos años? Pero nosotros no anduvimos por cierto desconocidos, sino odiados del mundo durante aquellos tres siglos de persecucion; nuestra sangre corrió á torrentes por todas las ciudades del imperio; llenámos todos los calabozos; servímos de sangrienta diversion al pueblo en todos los circos; dimos ocupacion á todos los verdugos, y susto más que regular á todos los emperadores. Y á vosotros ¿en dónde se os vió? ¿En dónde estábais cuando moríamos en los cadalsos y trabajábamos en las minas? ¿En dónde está vuestro martirologio?

¿Qué clase de tradicion os une, pues, con Jesucristo? Nosotros estamos unidos á Él por una cadena á la que, empezando por Pedro y acabando, hemos dicho mal, continuando hasta hoy en el actual Pontífice Sumo, ni un anillo le falta. De todos los Papas sabemos el antecesor y el sucesor: llenamos los siglos, sin que podais mostrarnos interrupcion ó solucion de continuidad. ¿Y vosotros? no estuvísteis con nosotros ni contra nosotros en el martirio, ni en la victoria de Constantino, ni en la confusion y desbarajuste de las invasiones bárbaras, ni cuando poblábamos la Tebaida de ermitaños, ni cuando cubríamos de monasterios y catedrales la Europa, ni cuando nos lanzábamos sobre el Oriente con la cruz roja en el pecho, ni cuando en los concilios defendíamos el dogma y asentábamos la disciplina, ni cuando evangelizábamos al lado de Colon y de Cortés las tribus del Nuevo-Mundo. Nadie os conoció antes de Lutero, porque no existíais antes de él, porque no podeis invertir la ley de que el hijo sea posterior á su padre. ¿Por qué, pues, os llamais cristianos si quince siglos os separan de Cristo? ¿Por qué os llamais descendientes de Cristo si no lo podeis demostrar con vuestra genealogía? ¿Qué tiene que ver con vosotros Jesucristo? Lo

Mahoma, que aún anduvo más cerca de Él, y le respetó más que vosotros. Llamaos, pues, luteranos, como los otros mahometanos, y no nos vengais con ese trueque de nombres, que al trasluz se os conoce la farsa. Nosotros somos los verdaderos hijos y herederos de Cristo. Nuestro árbol genealógico es la historia entera; nuestro solar es el Calvario. Vuestra historia sólo tiene tres siglos y medio; vuestro punto de partida es la plaza de Wittemberg.

¿Parécete, amigo lector, que puede contestar á estas reflexiones el protestante que tenga en algo el valor de los documentos históricos? Por mi parte creo firmemente que no, y dudo que haya luterano de buena fe que ante ellas no sienta vacilar todo el edificio de sus falsas creencias. Pero, en fin, sea de esto lo que fuere, es lo cierto que los protestantes tienen sobrada razon para desentenderse de su verdadero origen, ó envolver á lo menos entre nubes cuanto tiene relacion con el oprobio de su nacimiento: otro tanto hace cualquier desgraciado inclusero. El Protestantismo tiene padre, es verdad, porque nadie nace sin ellos; empero son padres tales que avergüenzan á los hijos á quienes dieron el sér; son padres cuyo apellido nadie se atreve á continuar en la propia firma, porque sacan los colores al rostro. Hé ahí la altísima razon por la cual rehusan nuestros enemigos llamarse con su verdadero nombre de luteranos, que es en rigor su apellido de familia. Hé ahí su empeño en llamarse cristianos reformados, protestantes, etc., todo menos hijos de Lutero.

Y para que con más claridad lo veas, y puedas por ti mismo juzgarlo, voy á intentar un sencillo bosquejo de la fisonomía moral de este personaje, tomando los rasgos de ella de historiadores protestantes, á fin de que no te sea sospechosa mi imparcialidad. No lo diré todo, no, líbreme Dios; que al cabo este papel han de leerlo tal vez tu esposa y tus inocentes hijas, y el retrato al natural de los jefes reformadores no podria mirarlo sin peligro la doncella cristiana.

El año de 1483 es célebre por el nacimiento de Lutero. Víspera del glorioso san Martin vió la luz primera el *gran* reformador, y bautizado el dia siguiente, recibió el nombre de aquel héroe insigne del Catolicismo. Nada de particular ofrecen sus mocedades, como no sea el acontecimiento que mo-

tivó su entrada en la vida religiosa. Un rayo que hirió de muerte á un compañero suyo con quien paseaba decidió su vocacion, y le condujo á las puertas del claustro, profesando en la célebre Órden de los Padres Agustinos. El jóven novicio pudo ser citado como modelo de fervor y de austeridad, y distinguirse muy particularmente por su aprovechamiento en las ciencias eclesiásticas. Tal vez fué el demonio del orgullo, y del orgullo de la ciencia, que es el peor, el que empezó á posesionarse de aquel corazon impetuoso. Es lo cierto que en las pacíficas lides de escuela reveló ya el jóven teólogo algo de aquel carácter violento y descomedido que, despues de su perversion, le hizo ridículo é inaguantable áun á sus mismos amigos. Con este precedente al parecer de poquísima trascendencia, explicará fácilmente todo lo demás quien acertare á poseer de las miserias del corazon humano un mediano conocimiento. En 1516 publica Leon X su célebre bula de indulgencias, concediéndolas á los que piadosamente contribuyeren á la ereccion de la grandiosa basílica de San Pedro, monumento en el cual se creyó interesada la honra de toda la cristiandad. La predicacion de dichas indulgencias encomendóse por la Santa Sede á los Padres Dominicos. Creyóse desairado el teólogo agustino con esta, á su parecer, injusta preferencia (1520), y empezando por atacar aquella disposicion, atacó luego las mismas indulgencias, negó en seguida la facultad de concederlas, puso luego en tela de juicio la supremacía del Pontífice que las concedia, y una vez en esa pendiente resbaladiza, el despecho y la insensatez consumaron la obra que comenzó el orgullo. Apercibióse el Pontífice del escándalo, y despues de inútiles negociaciones para obtener de Lutero una retractacion, que varias veces prometió y otras tantas rehusó con especiosos pretextos, tronó sobre la cabeza del perturbador el anatema del Vaticano. Lutero, preso ya del vértigo que le ciega, toma la bula que le condena, y va y quema el documento pontificio en la plaza pública de Wittemberg. No hubo aquí plan premeditado, ni fueron menester largas vigilias ni profundas lucubraciones para que se diese á luz la escandalosa herejía; bastáronle al rebelde, como á Lucifer, una humillacion real ó soñada por único motivo, un grito de odio como úni-

co programa. La obra de iniquidad estaba consumada, y el Protestantismo en campaña.

En alto ya la bandera de insurreccion contra la Iglèsia, lo procedente fué reunir parciales, formar ejército. Fácil tarea. Lutero sabia el secreto de proporcionarse secuaces entusiastas y decididos. No parece sino que pudo aprenderlo de los modernos directores de pronunciamientos. A los pueblos: «Sois libres; lo que vosotros penseis, esa es la verdadera doctrina; lo que querais hacer, esa es la verdadera moral.» A los príncipes: «Sois dueños de todo. Nadie puede pediros cuenta de vuestros actos; los bienes de la Iglesia os pertenecen.» A los monjes y clérigos relajados: «Abajo los votos; vuestra castidad es un absurdo; la penitencia una necedad.» Y al grito mágico de libertad en todo y para todo, los príncipes alemanes echaron mano á los bienes de la Iglesia, verdaderos padres de la familia de desamortizadores é incautadores, despues tan numerosa y aprovechada; los pueblos la emprendieron contra los señores y caballeros, primeros ensayos del socialismo moderno en las regiones del Norte; finalmente, clérigos y monjes de dudosa santidad diéronse á matrimoniar, dejando á un lado con los antiguos hábitos los antiguos escrúpulos. Nuestro Martin animaba la broma y el jolgorio con su tan celebrado axioma: *Pecca fortiter, et crede fortius:* «Peca mucho, con tal que creas mucho más.» ¡Felicísima invencion, ingenioso salvoconducto para autorizar todo exceso! ¡Viva la fe sola, muy cómoda ciertamente cuando no hay obligacion de creer sino lo que se quiere!

En honor de la verdad hay que consignar que la vida del reformador fué consiguiente á la doctrina que predicaba. No puede culpársele en esto de inconsecuencia. Alcemos, si te place, amigo lector, un cabito siquiera del velo que cubre las brutalidades del monje reformado. Era ya de edad algo avanzada. En uno de sus libros habia sentado una máxima que no quiero traducir: *Ut nemo potest cibo vel potu carere, sic fieri nequit ut aliquis à muliere abstineat.* Apoyado en ella enamoróse de Catalina Boré, desdichada religiosa que habia pronunciado sus votos cinco años antes en el monasterio de Nimptschen, de la Órden de san Bernardo. En dia de Viernes Santo, á las once de la noche, sacóla de su retiro con

otras ocho compañeras el gobernador de Turingia, Leonardo Kœppen, llevándosela á Wittemberg, lo cual nos trae involuntariamente á la memoria otras exclaustraciones y otros gobernadores. Hubo dimes y diretes entre Lutero y sus amigos, sobre si debia ó no debia casarse con ella, segun nos refiere en una de sus obras el mismo interesado (1). Mas él, que tendria sin duda su palabra empeñada y algo más aún, segun todas las apariencias, casó definitivamente con ella, verificándose ocultamente la sacrílega ceremonia. Y las apariencias que acabo de apuntar á tu curiosidad, maliciosísimo lector, no tardaron en ser para todos hecho de indudable certeza, cuando á los pocos dias de recibida la bendicion nupcial fué madre la desventurada esposa.

Los remordimientos atormentaron desde luego el alma del apóstata infeliz, y el mismo Melancton, amigo suyo y hereje como él, vióse en la precision de consolarle (2). Empero no fueron parte para que se detuviese en tan horrible sendero, sino más bien para que en él se encenagase con nuevas y más inmundas brutalidades. Sus conversaciones de sobremesa, verdaderas escenas de bodegon y de burdel, fueron recogidas y publicadas como cosa curiosísima por los mismos protestantes, que son los que peor han dejado la reputacion de su jefe. Forman un voluminoso *in folio* de 1350 páginas, y en todas ellas la obscenidad pasa los límites del más degradante cinismo (3). Puedes formarte una débil idea de sus groseros instintos por la siguiente oracion que se encontró manuscrita en su breviario: «¡Oh Dios! por vuestra bondad proveednos de vestidos, de sombreros, de capotes, capas, terneros, bueyes, cabritos y terneras, de muchas mujeres y de pocos hijos: comer y beber bien es el único medio de no fastidiarse.» ¿No compite aquí lo sacrílego con lo bestial?

Así intentaba ahogar en vino y en liviandades el grito de su alma desgarrada por los remordimientos. En los últimos años de su vida, perseguíale con tenaz insistencia el fantasma ho-

(1) In colloq. Latin. tom. II, *De conjugio*.
(2) Melanchton, Epist. ad Joach. Danscrar., *De Luther conjugio*.
(3) Audin, 1 c. p. 212 y siguientes.

rrible de su propia condenacion, que venia á perturbarle en la misma embriaguez de sus criminales placeres. Hallábase una noche en el jardin al lado de su desventurada compañera, la cual le hacia observar la belleza del cielo estrellado, tan eficaz para calmar las tempestades del corazon. «¡Hermoso cielo! prorumpió amargamente el infeliz, mas no se ha hecho para nosotros. —¿Pues qué? repuso alarmada Catalina, ¿acaso nos hemos de ver privados de él?—¿Quién sabe? replicó suspirando Lutero, quizá sí, en castigo de haber abandonado nuestro estado.—Pues bien, añadió Catalina, ¿será preciso que volvamos á él?—No, respondió su cómplice; es tarde ya; el carro está demasiado hundido en el atolladero.»

Asi debia ser; no podia dejar de cumplirse en él la que ha sido suerte final de todos los grandes apóstatas: la desesperacion. La muerte de Lutero fué tan horriblemente cómica como lo fuera su vida. Falleció á la edad de sesenta y seis años en 1546... á los postres de un banquete.

Dejemos ahora la historia, amigo lector, que hora es ya de que salgamos á respirar aire más puro. Te he referido de la del fundador del Protestantismo los rasgos más salientes: ni podia ni debia descender á pormenores que á tí y á nosotros nos hubieran robado tiempo precioso. Mas sobre lo poco que llevo indicado echémonos á discurrir con calma y sin pasion algunos momentos. ¿Qué clase de reformador es ese que no sabe sino corromper? ¿Qué moral la suya que autoriza tan infames desahogos? ¿Qué vida la de ese apóstol que el protestante honrado no puede sin riesgo poner entera á la vista de sus hijas? ¿Y qué religion ésta que en sus primeros dias, que debieron ser naturalmente los de más fervor, y en sus primeros héroes, en los cuales debemos buscar la más cabal personificacion de su espíritu, ofrece tan repugnante espectáculo? Si la comparacion no fuese ya una blasfemia, compáralo, te diria, con lo que nosotros te hemos enseñado á venerar; compara al patriarca de la secta, no ya con Jesucristo, ni con su Madre purísima, ni con ninguno de los personajes que figuran en primera línea entre los más esclarecidos de nuestra sacrosanta Religion, sino con el más oscuro y olvidado de nuestros Santos, con cualquiera de estos des-

conocidos prodigios de virtud de los cuales cada nacion y cada provincia puede presentar numerosos ejemplares. Pero ¿qué? Compáralo con el primero de los hombres honrados que encuentres en la calle, házte á ti mismo la injuria (que no quiero hacértela yo) de compararte al héroe de la embustera Reforma. ¿No es verdad que sientes cierto linaje de orgullo en no parecerte á él? ¿No es verdad que, por grandes que sean tus extravíos, todavía te reconoces *un santo* en comparacion de estos santos protestantes? Sí, amigo lector, porque de santos de tal calaña anduvieron llenos en todos tiempos, no ya los templos y altares, sino las galeras y los presidios. Santos tales los encuentras á la vuelta de cada esquina, y de ellos está de fijo más bien poblada la tierra que los cielos.

Discurre, pues, cuál andará la religion que no tiene otros modelos que proponerte, y la ley cuyo legislador ha dado de sí tales muestras. ¿Comprendes ahora por qué razon un sentimiento natural de vergüenza impide á los protestantes llamarse luteranos ó hijos de Lutero? ¡Ah! es que á la distancia de tres siglos los escándalos del padre sacan todavía los colores al rostro de los hijos. Despues de trescientos años de Protestantismo la memoria de su autor no ha podido rehabilitarse entre los suyos.—Escucha á propósito de esto una observacion, y sea la última. Los hombres más perversos que registran los anales del mundo han podido ser pintados, á vuelta de muchos siglos, con cierto no sé qué de grande y de ideal que ha podido hacerlos, á pesar de su odiosidad, si no bellos, hasta cierto punto interesantes. Los grandes criminales de la historia y de la mitología han sido presentados en la escena de todos los pueblos, y la poesía ha podido idealizarlos hasta el punto de embellecerlos. A nadie se le ocurrió jamás hacerle tan buena obra á Lutero, porque ella es de suyo imposible. Lutero más que un tipo es una caricatura: la imaginacion más atrevida jamás logrará hacer de él un héroe de tragedia; á lo más sacará de él un héroe de sainete. Esta misma idea hubo de ocurrírsele al célebre protestante Erasmo, quien en un momento sin duda de mal humor, ó cansado tal vez de su mujer, dejó estampadas para enseñanza de la posteridad estas signi-

ficativas palabras: «La Reforma parece haber tenido el solo objeto de las comedias, en las cuales todo el mundo acaba por casarse.»

Prolija por demás seria mi tarea, amadísimo lector, y correria con ella gravísimo riesgo de fastidiarte, si destinase para cada uno de los héroes del Protestantismo un capítulo entero de la presente obrita. Los santos ó santones luteranos son en todo tan parecidos al modelo que has tenido ya ocasion de admirar, que, ó mucho me equivoco, ó esta galeria de retratos vendria á parecer más bien una coleccion de copias del mismo original. Sin embargo, ¿quién resiste á la tentacion de darte una idea, aproximada al menos, de la corrupcion y cieno en medio de los cuales brotó y se desarrolló el árbol del Protestantismo? ¡Qué amigo de la verdad dejará de dar la importancia debida á esa prueba magnífica, brillante y decisiva de la excelencia de nuestra divina religion católica, esto es, la perversidad y bajeza de sus viles enemigos! Argumento negativo es ese, empero de fuerza poderosísima, y sobre todo, argumento de sentido comun, y ya sabes que á tales argumentos doy aquí la preferencia. Argumento manual, vulgar, tangible, al alcance de todos los entendimientos, áun de los que ignoren la existencia misma de la lógica y del raciocinio. Argumento que el mismo Salvador del mundo no se desdeñó de apuntar á la sencilla inteligencia de las turbas que le rodeaban en sus predicaciones, cuando decia de los falsos profetas: *Por sus frutos los conoceréis*. Argumento, por fin, que el género humano guiado por un cierto instinto de verdad que es fuerza reconocer en el hombre, ha seguido aplicando como criterio segurísimo para discernir en todo tiempo las buenas de las malas doctrinas. ¿Qué recurso queda, pues? sencillísimo. No destinaré para cada reformador un cuadro entero; pintaré algunos en grupo en un solo lienzo, como Dios me dé á entender. Eso ahorraré yo de trabajo y tú de paciencia, alcanzando sin embargo mi propósito de que puedas dar razon de la fealdad de cada uno de los principales, si por dicha te sucediese tener que habértelas con algun oficioso panegirista de su sin par hermosura. Manos, pues, á la obra.

Émulo de Lutero, y propagador de su herejía y de sus es-

cándalos en Suiza y Francia, fué Juan Calvino. Bebióla en Orleans de un profesor de griego, emisario secreto del apóstata de Wittemberg. La juventud de Calvino fué escandalosamente corrompida. Acusado y convicto del crimen infame de sodomía, fué marcado en las espaldas por sentencia del tribunal de Noyon con el hierro candente, por lo cual se le llamaba con el apodo de *el marcado*. Y cuenta que ningun historiador protestante ha tratado de poner en duda esta nota infamante, que nuestros primeros apologistas echaban ya en cara al reformador: entre tanto pretendia en París una prebenda eclesiástica de pingües réditos, que hubo de conferirse finalmente á un su rival. Calvino habia jurado encender, si no la obtenia, discordia tal, que por más de quinientos años se hablase de ella en la Iglesia francesa. Y hé ahí el orígen de su apostolado protestante.

Lo que caracteriza á Lutero es, como viste, amigo lector, su inmensa bajeza; lo que caracteriza á Calvino es su inmenso orgullo. Predicaba como aquel la libre interpretacion de la Biblia, y á los que no aceptaban la suya, regalaba con los piropos de puerco, asno, perro, caballo, borracho, rabioso y otros más propios de las contiendas mujeriles que de la discusion científica. Oigámosle discutir con su contrincante Westfel, aunque tambien hereje. «¿Me entiendes, perro? Tu escuela no es más que una pocilga. ¿Me entiendes, frenético? ¿me entiendes, gran bestia?» Y este hombre se alzó, amigo mio, en nombre de la tolerancia, de la libertad de pensar y otras lindezas. Es verdad que no siempre se contentaba con tan suaves argumentos. Ejerciendo una verdadera tiranía en Ginebra, cuyas autoridades le eran adictas, hizo quemar allí á fuego lento al médico español Servet, tambien protestante, que no convenia empero con él en uno de sus puntos de doctrina. Calvino asistió desde un balcon al espectáculo, gozándose en insultar con groseros dicterios las horribles agonías de su infeliz correligionario. Ni más ni menos, pueblo sencillo, que los que te predican libertad de *asociacion* y te disuelven si te *asocias* para la caridad ó para la Religion; y libertad de cultos, y te derriban el templo; y libertad de sufragio, y te dan de palos si tienes la humorada de votar á quien te da la gana. Lo cual es indicio de cierta

consanguineidad ó parentesco entre los apóstoles de allá y los apóstoles de acá.

No hay hereje sin mujer, ha dicho un sabio de buen humor y de buen sentido; y esta sentencia, que no es sentencia sino refran, es tan exacta como suelen serlo todas las de este sabio autor de los refranes, que se llama sentido comun. Calvino no debió de tener grande empeño en desmentirlo. Enamoróse furiosamente de una tal Idaletta, hermosa jóven anabaptista; y como su moral no pecaba de escrupulosa, el reformador vivió *amistosamente* con ella muchos años, reduciéndola á profesar sus mismos errores.

Finalmente, una enfermedad vergonzosa, cuyos detalles no son para referidos aquí, acabó con las aventuras del súcio impostor. Oigamos á Schluselberg (historiador protestante): «Desesperado de su salvacion, invocando á los demonios, jurando, blasfemando y prorumpiendo espantosas imprecaciones, exhaló miserablemente su alma malvada (1).» Haren, discípulo del heresiarca y testigo de sus últimos momentos, confirma lo mismo: «Calvino, acabando sus dias en la desesperacion, murió de enfermedad súcia y vergonzosa, atormentado y corrompido antes de morir; lo que me atrevo á afirmar porque ví con mis propios ojos su trágico y funesto fin (2).»

Zwinglio era párroco de Zurich. Celoso como Lutero de que el Papa hubiese encargado á otro que á él la predicacion de las indulgencias en Suiza, emprendiólas contra la autoridad pontificia, el sacramento de la Penitencia, el pecado original, los votos, el celibato eclesiástico y las abstinencias. ¡Terrible coincidencia, que habla más elocuentemente que todos los discursos! Ninguno de ellos se alzó contra el libertinaje ó la liviandad, todos contra la mortificacion y las privaciones. ¡Durillo se les hacia por lo visto el celibato á los clérigos reformadores! Dióse prisa nuestro párroco á casar con una viuda jóven, rica y despreocupada, á quien no parecieron obstáculo los votos y órdenes sagradas del novio. Encendió con sus apasionadas invectivas la guerra civil en

(1) *De Teolog.* Calv. lib. II, fol. 72.
(2) *In libello,* de cit. Calv.

los cantones helvéticos, y murió en un encuentro á manos de un soldado enemigo que le halló herido en el campo de batalla.

Enrique VIII es el introductor del Protestantismo en Inglaterra, donde lo estableció con el nombre de anglicanismo. Fué en su principio defensor celosísimo de la autoridad pontificia, y escribió contra los errores de Lutero una obra que honró no menos á su fe que á su talento. Hay en efecto en ella párrafos notabilisimos que copiaria de buena gana si pudiese dar más extension al presente artículo. El original se conserva todavía en el Vaticano, y tiene en su portada, á modo de dedicatoria, un dístico ó verso latino, que traducido dice así: «Leon X, Enrique, rey de Inglaterra, os envia esta obra en testimonio de su fe y prenda de su amistad.»

¿Cómo, pues, pudo convertirse súbitamente en enemigo de la Iglesia ese tan ardiente paladin en ella? La historia de siempre, amigo lector, la historia de siempre. Recuerda otra vez la profunda sabiduría del refran.

Diez y ocho años habia que estaba casado Enrique con Catalina, y habia obtenido de ella prole numerosa. Ocurriéronsele entonces ¡oh conciencias timoratas! ciertos escrúpulos acerca la validez de su matrimonio, sobre todo desde que cierta dama de su palacio, por nombre Ana Bolena, empezó á parecerle por su juventud y hermosura más digna de participar de su tálamo Real que la infeliz Catalina, entrada ya en años y un si es no es achacosa. Es verdad que el Rey no se hubiera decidido á divorciarse de su mujer, si su amiga se hubiese contentado con serlo como otras lo habian sido; empero Ana Bolena, cuyo móvil más que el amor era la ambicion, no se daba por satisfecha con menos que con el título y tratamiento de reina. Era, pues, necesario desbancar á la infeliz Catalina, y la infame favorita sólo con esta condicion queria acceder á los deseos del Rey. Éste solicita de Clemente VIII la anulacion de su primer matrimonio. Niégase el Papa con teson á decretar lo que reprueba su conciencia y prohibe la ley de Dios. Amenaza Enrique con una ruidosa separacion, y la Iglesia, á quien se ha acusado de servil aduladora de los reyes, consiente en ver desgarradas de su seno

sus más hermosas provincias antes que ceder un punto de su doctrina, antes que pisotear la dignidad del matrimonio cristiano. Por donde se ve tambien que el sublime *Non possumus* del Papa, que con tanta rabia de su corazon han de tascar los modernos reformadores, no es cosa nueva en la Iglesia de Dios, ni es invencion de los Pontífices del presente siglo. Es el grito de *atrás* que los Papas, centinelas de la verdad y de la moral, han lanzado en todos tiempos al rostro, ya de los reyes, ya de los pueblos, cuando pueblos ó reyes han creido poder sobreponerse á los principios eternos de verdad que representa el Catolicismo.

Desechada la inicua peticion de divorcio, Enrique rompe abiertamente con la Iglesia, constitúyese á sí mismo jefe espiritual de la de Inglaterra, y se declara libre del primer matrimonio. Ana Bolena sustituye á Catalina. Es verdad que el galante esposo, cansado de la segunda mujer como de la primera, la acusa poco despues de adulterio (acusacion tal vez no infundada, pero ridícula en boca de un esposo adúltero), y manda decapitarla. Otras cinco sucedieron á la desgraciada, y tuvieron suerte análoga.

Pues bien: hé ahí las poderosísimas razones que arrancaron de la unidad católica á la Gran Bretaña. Una vez levantada la bandera de rebelion, no anduvo más escrupuloso el Rey en los medios de sostenerla. Desamortizó monasterios y abadías, y recompensó con ellas las apostasías de sus palaciegos; incautóse de imágenes y alhajas; proscribió el cultto; persiguió de muerte á sus ministros; abrasó en la hoguera hasta las reliquias de los Santos. Destruyó, en una palabra, el catolicismo inglés por el simple antojo de cambiar de mujer. ¡Oprobio eterno sobre el Protestantismo inglés y su introductor!

Mas á pesar de todo la herejía no se hubiera arraigado en Inglaterra: las viejas tradiciones del país despues del primer momento de sorpresa hubieran prevalecido sobre las innovaciones del cisma á no haber ocupado el solio de Enrique VIII la por tantos títulos célebre Isabel. Esta mujer, á quien madama Staël ha llamado con no menos gracia que exactitud *Tiberio hembra*, ofrece un conjunto tal de crueldad, hipocresía, lascivia y perversidad, que difícilmente se hallará en la

historia del mundo tipo más odioso. Queria se la llamase la reina *virgen*, y solicitaba esta inscripcion para su sepulcro, á la par que escandalizaba á la nacion con el espectáculo de su incontinencia, llenaba el palacio de bastardos, y legaba á la historia los nombres de ocho maridos, que como los de la Samaritana, pudieron mejor ser llamados amantes. Una ley dada por ella, y registrada aún en los códigos ingleses, hizo extensivos á los hijos naturales, *de cualquier padre que fuesen*, los derechos á la sucesion Real; y uno de sus artículos declaraba reo de lesa majestad al que tratase de disputar á tales hijos este derecho. Esto nos da la medida de su pretendida honestidad.

Tocante á su crueldad é hipocresía, ¿quién ignora la historia de aquella interesante María Stuart, tan bella como buena, y tan buena como desventurada? Isabel ofrece un asilo en su palacio á esa infeliz princesa fugitiva de su reino de Escocia: la hace luego su prisionera, la sume en el fondo de un calabozo por espacio de diez y nueve años, la llena de calumnias para que ni siquiera su nombre pueda pasar sin oprobio á la posteridad, la manda finalmente procesar por jueces vendidos á sus infames proyectos, y acaba por mandar se le corte la cabeza en el mismo calabozo en presencia de un escogido número de convidados. Cúmplese la sentencia, y al serle comunicada su ejecucion afecta la afliccion más profunda y ordena á la Corte vestirse de luto. Y nos dicen los mismos historiadores protestantes, que la gravísima razon de Estado que motivó tales horrores era finalmente una miserable cuestion de tocador. ¡María, amigo lector, era más hermosa que Isabel, y además era católica!

Por lo que hace á nuestra Religion, Isabel no tuvo más miramientos con ella que con su desgraciada parienta. La sangre corrió á torrentes por todo el suelo británico. Los Jesuitas vieron inmoladas allí algunas de sus más preciosas víctimas. Oir Misa y confesarse eran crímenes horribles. Inauguróse entonces aquel sistema de vejaciones que ha deshonrado á la Inglaterra hasta nuestros mismos dias, en que se ha obtenido la llamada *emancipacion* de los católicos, como se hablaria de la emancipacion de los esclavos. ¡Y esto para plantear el Protestantismo, que al fin es la religion de la libertad!

Lutero, Calvino, Zwinglio, Enrique VIII é Isabel son las grandes figuras del protestantismo, son sus apóstoles, son sus santos padres, son los que entre nosotros Pedro y Pablo, Agustin, Jerónimo y Bernardo. Constituyen la edad heróica y brillante del Protestantismo; ésta es su primitiva iglesia; éstos sus prodigios de virtud, sus modelos de santidad. ¿Te ries, amigo lector? Es verdad que no hay para menos. Y cuenta que no hemos tratado de hacer historia (como se dice), sí sólo de extractarte de ella algunas páginas; que si minuciosamente debiésemos contártela, otros trapitos saldrian á relucir, que ahora abandonamos á la curiosidad de los más desocupados. Carlostadio, Melancton, Ecolampadio, Beza, Bucero, Volsey y Crammer nos ofrecerian una crónica de aventuras entre escandalosas y extravagantes, la más digna de servir de *Flos sanctorum* á esta inmunda comedia del Protestantismo.

Voy á dar fin á este parrafito con una observacion que de propósito he guardado para que haga, con el enemigo que estamos trasteando, el oficio de *cachetero,* y sea ella quien le dé el golpe de gracia. Es muy regular que nuestros enemigos se conociesen muy mucho, áun más de lo que les conoce esta sagacísima indagadora de vidas ajenas que se llama *historia.* Al fin anduvieron muy juntos, tratáronse de cerca, como lobos que eran de una misma camada. Pues bien; sea que realmente llegasen á penetrarse el uno al otro muy á fondo, sea, y tampoco es suposicion aventurada, que nunca anduvo de sobras entre ellos la caridad, es lo cierto que cada uno ha dejado consignadas, acerca el carácter y vida de su cofrade, apreciaciones tan severas, por no decir tan crueles, como las que pudiéramos jamás permitirnos nosotros, que somos sus más cordiales enemigos. Hé aquí lo que de Lutero dice su colega Calvino: «Verdaderamente Lutero es muy vicioso. ¡Ojalá cuidara, por nuestro honor, de reprimir su incontinencia! ¡Ojalá se ocupara más de conocer sus vicios!» ¿Qué tal, amigo lector? ¿qué te parece del informe? Pues ahí está Zwinglio que no deja mejor parada la reputacion de su maestro: «Cuando leo un libro de Lutero, dice, paréceme ver un cerdo inmundo (sic) gruñendo y marchitando las flores de un hermoso jardin; con esa misma inde-

cencia habla Lutero de las cosas santas.» Es verdad que el maestro Lutero se desquitó contra su discípulo con la misma delicadeza de formas: «Zwinglio se figura ser un sol para alumbrar el mundo, cuando no arroja más luz que... *stercus in lucerna*.» Tradúcelo tú mismo, amigo lector, si puede con ello tu olfato. Peor es meneallo.

Wolmar, maestro de Calvino, decia de éste: «Calvino es violento y perverso. Tanto mejor. Es el hombre que convenia para nuestro negocio.» Bucero, mal fraile, y como todos los suyos mal casado, añade: «Calvino es un verdadero perro rabioso: es un mal hombre.» Y Beza: «Calvino no ha podido jamás habituarse ni á la templanza, ni á las costumbres puras, ni á la veracidad: ha permanecido sepultado en el lodo.» Por lo cual no es extraño que Lutero resumiese todo lo referido diciendo con franqueza y brutalidad que encantan las siguientes palabras poco antes de su muerte: «A la verdad, somos unos bribones.»

Estas pinceladas le faltaban á nuestro cuadro. Los comentarios los harás tú mismo por cuenta propia, despreocupado lector, pues á la verdad se nos acaba el papel y tal vez la paciencia. ¿Quién es el necio y el desvergonzado que osa proponerte tales hombres por jefes y modelos de religion? ¡Religion de cieno que pretende sustituir á nuestra Religion del cielo! ¡Religion que tiene del mahometismo la brutalidad, y del judaismo actual la vil hipocresía! ¡Religion sin fe y sin moral, y de consiguiente, sin doctrina y sin costumbres! ¡Religion sin pudor, hija del consorcio infame del orgullo y de la lujuria, dignísimos padres de tal hija!

¡Y con éste te proponen que cambies, pueblo español, tu Catolicismo de diez y nueve siglos, por el cual el heroismo de la virtud ha llegado á ser espectáculo cotidiano, y la sublimidad del sacrificio práctica comun y ordinaria de un gran número de almas! La falsa religion de Lutero, Calvino y Catalina Boré tiene la loca pretension de oponerse á la Religion de Luis Gonzaga, Vicente de Paul y Teresa de Jesús! ¡Ah! el sentido comun no tiene aquí por punto final más que una inmensa carcajada de desprecio.

III.

¿A dónde va el Protestantismo?

El Protestantismo no es enemigo temible como sistema de religion, sino como palanca ó puente para pasar cómodamente por él á la incredulidad ó á la indiferencia. Puede causar y está de hecho causando (y por esto le combatimos) grandes estragos en el Catolicismo, empero el raciocinio y la experiencia nos atestiguan que entre las ruinas que esparce no alcanzará un solo adepto. En la actualidad su sistema de propaganda no es catequizar segun su doctrina, sino desacreditar y torcer para esto la significacion de la nuestra.

En todas las publicaciones (libritos por lo regular y hojas sueltas) que ha puesto en circulacion durante el desastroso periodo que atravesamos, apenas hemos sabido hallar jamás la afirmacion explícita de una creencia buena ó mala, ni la recomendacion de una práctica, siquiera sea insignificante. *No os confeseis; no venereis imágenes,*—á la Madre de Dios casi nunca se la ataca directamente, témese sin duda tocarle al pueblo español ese registro;—*reios del celibato, de la Misa, del purgatorio, etc.* ¡Cobardes enemigos! ¡Decidnos de una vez el *credo* que profesais, y no os contenteis con atacar el nuestro! ¡Si tan mal anduvimos hasta aquí con nuestras creencias, enseñadnos por favor las vuestras, eternos declamadores, y sabrémos á qué atenernos respecto de ellas, como lo sabemos ya respecto de vuestras personas!

¡Vana pretension, amigo lector! Jamás bajará á ese terreno el Protestantismo, porque carece de armas con que luchar en él. Hubo un dia en que lanzó á la arena contra los nuestros sus teólogos y polemistas, y ensordeció las universidades de Europa con sus libres interpretaciones y peregrinos silogismos. Y los nuestros no faltaron por cierto en el sitio del combate, y esgrimieron contra la herejía toda suerte de

armas con valor y con indisputable ventaja. Hoy esta lucha ha debido cesar, porque nuestro enemigo, flaco ya para batirse en regla, se ha dado á la innoble tarea, no de enseñar, sino de corromper, introduciéndose á retaguardia de los revolucionarios de todas las naciones para espigar, digámoslo así, en el campo por ellos devastado. Estas han sido sus brillantes campañas en Bélgica, Italia y España. Es lo natural. El Protestantismo ha sembrado con su *libre exámen* la revolucion en Europa. La revolucion, emancipada hoy de su madre, despreciándola y renegando públicamente de ella, le permite no obstante recoger, como por compasion, parte de sus despojos. ¿No es así, amigo protestante?

A esto ha venido á parar la que tan pomposamente se dió el nombre de Reforma. Dividida esta secta hasta el punto de ser inaveriguable su última division áun á la estadística más sutil y curiosa, es en la actualidad lo que una feroz serpiente, cuyos restos destrozados conservan algun tiempo despues de su separacion cierto movimiento convulsivo, que apenas puede ya llamarse vida. En pos de esto la putrefaccion y luego el olvido. A ver si logramos darte una débil idea de esta infinitesimal division, ó llamémosla mejor, descomposicion.

Ya en los primeros dias del Protestantismo, cuando alborozados los rebeldes con sus fáciles triunfos pregonaban la eternidad de su obra y la ruina próxima del Catolicismo, pudo un ojo medianamente observador descubrir allí los gérmenes harto manifiestos de su futura disolucion. Sabido es que Lutero, Calvino, Zwinglio y los de Inglaterra jamás anduvieron acordes en sus interpretaciones individuales, por donde despues de una cruda guerra de escritos y algo más, los protestantes pudieron ya dividirse en luteranos, calvinistas, zwinglianos y anglicanos, con prácticas distintas, distinta profesion de fe, sólo acordes en odiar al Pontificado. Ya Lutero escribía contra Zwinglio: «En vista de la diversidad de sentido en que se interpreta la Biblia, pronto será necesario, por el interés de la unidad religiosa, que recurramos otra vez á los concilios.» Calvino por su parte decia á Melancton: «¿No es altamente vergonzoso que, hallándonos en guerra abierta con el mundo entero, estemos desunidos apenas empieza la Reforma?» A lo cual contestábale desesperado su

cofrade: «El Elba no lleva bastante agua para limpiar las faltas y miserias de la Reforma. Cosas las más importantes se ponen en duda: el mal es ya incurable.»

Con estos precedentes, lógico es deducir lo que por necesidad habia de ser el Protestantismo á vuelta de algunos años. Nueva Babel ó lugar de confusion, en que la diversidad de opiniones sin autoridad ni criterio fijos para determinar su veracidad habian de producir cada dia nuevos delirios. Verdadero campo de Agramante, en el cual lucha cada uno por su cuenta y riesgo, sin bandera comun, sin plan ni pensamiento unánime, cada uno contra todos y todos contra cada uno. Desde los que más lejos han llevado el ejercicio del *libre exámen*, poniendo en tela de juicio la misma existencia histórica de Jesucristo, hasta los puseistas de Oxford, á los cuales sólo un paso falta dar para volver otra vez al Catolicismo, ¡qué infinita variedad de sectas! ¡qué gradacion de matices! Un periódico de Nueva-York en 1857 hacia subir á setenta y cuatro el número de comuniones protestantes establecidas en aquella ciudad.

Póngote á continuacion los nombres de las principales sectas, tomados de un lugar nada sospechoso, advirtiendo que entre ellos apenas se encuentra uno de los referidos entre los setenta y cuatro de que acabamos de hablar, como los anabaptistas, baptistas, nuevos baptistas, baptistas libres, baptistas separados, baptistas rígidos, dunkers, glásitos, etc., etc., etc.

SECTAS PRINCIPALES DE LOS PROTESTANTES.

Anglicanos, colegianos, hacientes, lagrusiantes, indeferentes, multiplicantes, bramantes, cuákeros, skakeros, sumpers, groaners, metodistas, wesleyanos, wifeldianos, milenarios, adamistas, racionalistas, generacionistas, sonthestistas, anabaptistas, adiaforistas, entusiastas, pneumáticos, brownistas, interimistas, menonitas, berboritas, calvinistas, evangelistas, labadistas, luteranos, lutero-calvinistas, bautistas, lutero-bautistas, universales-bautistas, menicerianos, sabbaritanos, puritanos, armenios-socinianos, zwinglianos,

27

colonio-zwinglianos, osiandrianos, lutero-osiandrianos, staneremanos, presbiterianos, antipresbiterianos, lutero-zwinglianos, syncretinianos, synerginianos, ubiquistianos, pietistianos, bonakerianos, versechorianos, latitudinarios, cesederianos, cameronianos, filisteos, mariscalianos, hopkinsinianienses, necesarianos, edivarianos, priestlianos, veliefcecedrianos, burgerienses, antiburgerienses, beneanianos, ambrosianos, moravios, monasterianos, antimonienses, anomenios, munsterianos, mamilarios, clancularios, grubenharios, staberios, bacularios, nuperales, sanguinarios, confesionarios, unitarios, trinitarios, antitrinitarios, convulsionarios, anticonvulsionarios, impecables, alegrines, asperones, taciturnos, demoniacos, llorones, libres, concubinos, apostólicos, espirituales, olleros, pastoricidas, conformistas, no conformistas, episcopales, místicos, concienzudos, socialistas, puseistas: total 110. Extracto de la obra inglesa titulada: «Guia con objeto de alcanzar la verdad y la felicidad,» pág. 85.

¡Válganos el cielo, curioso lector! ¿Quién tiene paciencia para continuar hasta el fin tan monótona letanía? Con saber que en el Protestantismo puede cada cual, tomando una Biblia ó sin ella, predicar nueva fe y prescribir nuevas ceremonias, dicho se está que los cultos y las religiones crecerán allí tan en abundancia como la yerba de los campos, sin que haya capricho ó ridiculez que un dia ú otro no puedan ser elevadas á la categoría de religion. Oye sino lo que voy á contarte de la Gran Bretaña, á pesar de la reconocida ilustracion y buen sentido de aquellos isleños.

Entre las cuarenta sectas protestantes que existen públicamente reconocidas en esta nacion, figura hace pocos años la de los *legumbristas (vegetariam society)*, cuya historia es la siguiente: Unos cuantos reformados creyeron haber descubierto un texto de la Biblia en el cual se condenaba el uso de las carnes, y decidieron no comerlas en adelante á fin de no infringir el precepto de Dios tan claramente manifestado en las Escrituras, segun su libre interpretacion. Diéronse, pues, á proscribir de sus mesas todo linaje de carnes, pronunciando en sus banquetes elocuentes discursos, demostrando ó creyendo demostrar hasta la evidencia, que no hay

salvacion posible para la sociedad hasta que deje de cebarse en los animales. Además de que, «no es propio de la dignidad humana, decia uno de ellos, alimentarse de vegetales transformados en carne por la accion digestiva del animal, mientras que éste los come tal cual los produce la naturaleza.» Fué celebrada la ocurrencia, y de ella dedujo uno de los sectarios que en adelante los vegetales tampoco debian comerse cocidos, sino crudos, cual los produce la naturaleza, lo cual pareciale al autor de la enmienda más propio de la dignidad humana. Hé ahí, pues, á la nueva religion de los *legumbristas* dividida ya en dos, la de los *crudos* y la de los *cocidos*, pudiendo en lo sucesivo ser mayor cada dia la division cuantas sean más en número las diferencias que puedan ocurrir á sus discípulos acerca su preparacion ó condimento.

Así castiga Dios á los que han roto el yugo de nuestra respetable autoridad, entregándolos á la ridiculez de sus insensatos caprichos. ¿Quién extrañará, pues, que la gravedad de esta situacion arranque sentidas quejas á los mismos que más interés deberian tener en ocultarla? Oigamos á la *Gaceta eclesiástica* de Berlin (periódico protestante): «Es fácil de probar, como se ha probado ya repetidas veces, que no hay uno solo de nuestros pastores que tenga las mismas creencias que otro.»

De un modo análogo se expresa otra de las celebridades protestantes, el Dr. Planck: «Bien se puede asegurar, sin temor de equivocarse, que no tenemos un solo teólogo que no haya renunciado á algun punto importante de nuestras creencias, reputado tal por los primeros reformadores.»

De Wette, otro autor protestante, tomamos la siguiente confesion: «El Protestantismo, cuya union se ha debilitado mucho, y áun quebrantado por la multitud de sectas que se han formado durante y despues de la Reforma, no presenta ya como la Iglesia católica una unidad exterior, sino una diversidad compuesta de distintos matices.»

«¡Confesémoslo francamente, exclama desconsolado un periódico protestante, nuestra iglesia está tan desgarrada en su interior como en su exterior; reina en ella extremada diversidad de principios y de pareceres; hállase dividida en innumerables sectas y en cortas fracciones.»

«Si Lutero se levantara de su tumba, dice el luterano Reinhard, no le sería posible reconocer por miembros de su iglesia á los doctores que se dicen sucesores suyos.»

«Si vive aún el Protestantismo, escribe Vinet, obispo protestante, es por el fuerte impulso que recibió en el siglo XVI, en la época misma de su nacimiento. Mas este impulso se va acabando por momentos; la trabazon del maderaje se suelta ya y se deshace. El edificio se desmorona por todos lados; las fuerzas accesorias y auxiliares le abandonan; el Protestantismo queda desorganizado.»

¿Qué podemos añadir nosotros á testimonios tan elocuentes, tan numerosos, y sobre todo tan imparciales? Nada, sino que, pues los protestantes declaran corrompido y desorganizado el Protestantismo, corrompido y desorganizado y muerto debe de estar, si algo vale en todo exámen jurídico la confesion de la parte acusada.

Compárese todo esto con la poderosa unidad y enérgica vitalidad que muestra en todos sus actos el Catolicismo. ¿Quién más combatido que él, y no obstante quién sale más airoso del combate? Solo contra el mundo entero, sigue su marcha serena y majestuosa al través de los siglos. Su imperturbable constancia es la desesperacion de sus adversarios. Hoy mismo, rodeado de hostilidad y de contratiempos, pudo reunir un concilio, cuya sola convocacion fué un reto á todas las fuerzas del infierno. A centenares congregáronse los obispos de todos los puntos del globo á los piés de su Jefe, con un solo anhelo en el corazon y una sola idéntica profesion de fe en los labios. Y despues que se hubieron visto, y se hubieron hablado, y se hubieron mútuamente consolado y fortalecido, volvieron todos á sus lejanos paises con la misma juventud y varonil energía con que salieron los Apóstoles de Jerusalen para evangelizar al universo. La tan celebrada unidad del antiguo imperio romano era menos universal y menos compacta que esta nuestra unidad. Es que la política de los hombres es á veces muy sábia y muy poderosa; empero es indudablemente más sábia y más poderosa la política de Dios.

¡Cuán pigmeo se queda el Protestantismo al lado de estas colosales grandezas de la Iglesia católica! Él, que puede

contar con todo el poderío de una nacion prudente y afortunada en sus empresas, cual es la Inglaterra; él, cuyos intereses se identifican allí en cierta manera con los del Estado; él, servido por los primeros estadistas del mundo, por el primer poder marítimo del mundo, por la primera asociacion comercial del mundo; él, profesado por la nacion más rica y más emprendedora, con una civilizacion la más adelantada, con todos los progresos de la industria, del crédito, de la imprenta, dínos, amigo lector, ¿qué hace? ¿qué señales ofrece de vida? ¿por qué no asombra al mundo con estos espectáculos que tan á menudo le ofrece nuestro pobre y perseguido Pontífice? ¿por qué no hace postrar bajo su bendicion á todos los viajeros del globo? ¿Por qué no los fascina con las maravillas de su culto? ¿Por qué no los atrae con su inmensa propaganda? ¡Ah! ya lo sabemos, ¡harto lo sabemos lo que hace este poderoso Protestantismo! Al amparo de sus cónsules, á beneficio del desbarajuste revolucionario, envía á las ciudades católicas como Barcelona apóstoles ó apóstatas de dudosa procedencia, como el celebérrimo de nuestra ciudad, para ilustrarnos con sus folletitos y hojas sueltas, y anunciar la *buena nueva* á las naciones. Y como el apóstol de Barcelona han brillado por su heróica intrepidez y por las maravillas de su predicacion el de Sevilla, el de Cartagena y el de Mahon, etc., etc. ¡Excelentes muestras nos envía por cierto de su poder y esplendor el Protestantismo! Cuidado que no hay ya aquí para aterrarle la sombra poderosa de Felipe II, ni arden ya hace años las hogueras de la Inquisicion. Venga acá sin temor y sin riesgo. No ha de faltarle el apoyo oficioso y oficial de más de un católico de nombre. Convénzanos con sus argumentos y deslúmbrenos con su majestad. ¡Muestre quien es, y tal vez seamos suyos!

Es verdad que lo que el Protestantismo no ha logrado ni lleva trazas de lograr entre nosotros, lo viene consiguiendo entre los protestantes el Catolicismo. El apostolado de la Iglesia católica y la fuerza secreta del Espíritu Santo han penetrado hasta las entrañas de la secta enemiga, y de un siglo á esta parte han arrancado de allí numerosas y brillantes conversiones. Alemania, Suiza é Inglaterra han sentido á pesar suyo obrarse en su seno un renacimiento católico, y

de ello son muestras evidentes los muchos hombres esclarecidos que de las suyas han pasado á nuestras filas. El duque de Sajonia, Gotha; Enrique Eduardo, príncipe de Schoemburg, el conde de Ingenheim, el duque Federico de Meklemburg, el príncipe Cárlos de Hesse-Darmstadt, el duque Fernando y la duquesa Julia de Archalt-Coethen, la condesa de Solms-Barent, la princesa Carlota Federica, hermana del príncipe Federico de Meklemburg, son los nombres de otros tantos señores alemanes convertidos al Catolicismo en menos de medio siglo. A él han acudido despues de brillantes estudios y de una reputacion europea justamente adquirida en el teatro de las letras y de las artes, el conde Stolberg, profundo historiador; Werner, célebre literato discípulo de Kant y elevado á las primeras dignidades de su secta, á las cuales tuvo que renunciar con ella; Owerbeck, glorioso jefe de la moderna escuela pictórica cristiana; Federico Schlegel, el profundo crítico, el gran investigador de los monumentos literarios de la edad media, al cual siguieron otros sabios alemanes como Clemente Brentano; el baron Eckstein, Gorres, y el por tantos títulos célebre filósofo y poeta Adan Muller. Suiza nos ha dado los nombres conocidísimos de Raller, Eslinger, Pedro de Joux y Federico Hurter. Inglaterra nos recuerda sus convertidos de Oxford (la más sábia de sus universidades), Ward, Takeley, Morris, Brown y el insigne Faber, cuyas obras místicas son actualmente la delicia de todas las almas piadosas del Catolicismo. Newman ha dado con su conversion más gloria á Dios y más consuelos á la Iglesia católica, que más lustre diera antes á la citada universidad, de la cual era una de las principales lumbreras. Siguiéronle Spencer, Pollen Capes y Manning, el antiguo enemigo nuestro, hoy arzobispo primado de la Iglesia católica de Inglaterra, dignísimo heredero del ínclito Wisseman. Y si quisiéramos recorrer la crónica moderna de los Estados Norte-americanos, sin descender á una enumeracion de las conversiones oscuras, que de ellas está llena la estadística, con sólo citar nombres conocidos nos haríamos interminables. Pregúntale en cambio á cualquier protestante, amigo lector, pregúntale por Dios si sabe él católico alguno, de nombradía ó sin ella, que haya pasado del Catolicismo al

Protestantismo. Con media docena que nos cite darémonos por vencidos.

De ahí el inmenso desprestigio en que ha caido el Protestantismo á los ojos de todos los hombres medianamente pensadores, sean católicos ó incrédulos. Atiende á una observacion. En las gravísimas cuestiones que dividen en el siglo actual en tan encontradas escuelas á los hombres de nuestra Europa, en la cuestion política por ejemplo, en la cuestion social, sea que se discutan en el terreno puramente científico de los libros; sea que se las ponga en aplicacion por medio de sangrientas revoluciones, á dos solas pueden reducirse todas las soluciones imaginables é imaginadas, á la solucion católica pura y á la solucion racionalista pura. El Catolicismo tiene respuestas para todas las preguntas, el racionalismo las tiene tambien, y por cierto pavorosas; ambos resuelven de un modo radical, absoluto y perfectamente lógico atendidos sus respectivos principios. Por esto el Catolicismo y el racionalismo son los dueños del mundo, y entre ellos solos ha de librarse la final tremenda batalla. Veamos ahora, ¿quién ha encontrado jamás para tantos problemas una solucion protestante? ¡Solucion protestante! Rabian por cierto de verse juntas estas palabras. ¿Como dará *soluciones* el Protestantismo, que nada *resuelve*, porque nada puede resolverse sin principios fijos? Así es que nadie ha intentado jamás pedírselas, ni él tampoco ha caido en la tentacion de ofrecerlas. El Protestantismo, mudo hoy en medio del universal clamoreo de la discusion que revuelve al mundo, cállase como muerto, sin atreverse á decir esta boca es mia, contentándose con el sistema más cómodo, sí, pero nada glorioso de pasar por todo. Reconoce su esterilidad é impotencia, y los terribles enemigos que infunden nuevo valor al Catolicismo tiénenle á él rendido y acorralado. Y como en nuestro siglo de luchas el que no combate no vive, de ahí el que religiosa y científicamente podámos dar por muerto y bien muerto el Protestantismo. No nos espantan, pues, sus fuerzas, sino su corrupcion. Contra esta deseamos vivan prevenidos los católicos españoles.

COSAS DEL DIA,

Ó SEAN RESPUESTAS CATÓLICO-CATÓLICAS

A ALGUNOS ESCRÚPULOS CATÓLICO-LIBERALES.

INTRODUCCION.

No han dictado estas breves páginas, amigo lector, la pasion de partido, el odio personal, ni otra alguna de las miserias á que está de continuo expuesta la flaca humanidad. Te lo aseguro, amigo mio, bajo palabra de hombre honrado y de sacerdote cristiano. Antes y despues de tomar la pluma he examinado mi corazon ante Dios, y mil veces hubiera hecho pedazos mi pobre escrito, si hubiese debido dedicarlo á la defensa de meros intereses humanos. No soy hombre de partido, conoces mi lema constante: NADA, NI UN PENSAMIENTO, PARA LA POLÍTICA; TODO, HASTA EL ÚLTIMO ALIENTO, PARA LA RELIGION.

Léeme, pues, sin prevenciones, y despues de la lectura resuélvete, con el auxilio de la divina gracia, segun te dictare tu imparcial buen sentido.

Barcelona, víspera de san José, protector de la Iglesia católica, 1875.

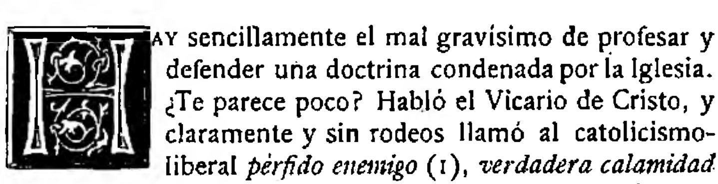
COSAS DEL DIA,

Ó SEAN RESPUESTAS CATÓLICO-CATÓLICAS

Á ALGUNOS ESCRÚPULOS CATÓLICO-LIBERALES.

I.

¿Y bien? ¿Qué mal hay en ser católico-liberal.



HAY sencillamente el mal gravísimo de profesar y defender una doctrina condenada por la Iglesia. ¿Te parece poco? Habló el Vicario de Cristo, y claramente y sin rodeos llamó al catolicismo-liberal *pérfido enemigo* (1), *verdadera calamidad actual* (2), *pacto entre la justicia y la iniquidad* (3), *más peligroso y funesto que un enemigo declarado* (4), *error insidioso y solapado* (5), *veneno oculto* (6), *peste perniciosísima* (7), etc.,

(1) Breve á Segur con motivo de su libro *Hommage aux catholiques libéraux.*

(2) Alocucion al Obispo de Nevers.

(3) Carta al Círculo de San Ambrosio de Milán.

(4) Ibidem.

(5) Breve á los de Bélgica.

(6) Carta al Obispo de Quimper.

(7) Breve á Mons. Gaume.

etc. (1). Dime: despues de esto, ¿se puede lícitamente profesar un sistema de doctrinas sobre el cual han recaido tan severas calificaciones? Si se te dijese que allá en tiempos en que seducia á las inteligencias el error de Arrio, de Nestorio ó de Jansenio, hubo aún quien permanecia dudoso ó perplejo despues de haber oido llamar á cualquiera de estos errores con alguno de estos nombres que has oido aplicar al liberalismo-católico, ¿qué pensarias de tales dudas? ¿qué dirias de tal perplejidad? ¿Pareceríante propias de un buen hijo, de un hijo sumiso de la Iglesia? ¿Para qué sirve entonces la autoridad de la Iglesia si no logra decidirnos y convencernos cuando habla tan claro? ¿A qué llamarnos católicos? ¿En qué nos distinguimos del protestante ó del libre-pensador? Desengáñate, amigo mio; ¿sabes lo que significa docilidad, sumision, fe, cautiverio del entendimiento en obsequio de la verdad? Piénsalo bien, y recuerda que sólo con estas condiciones se es católico verdadero.

II.

Teneis razon en parte; pero el Papa no habló para todos los católico-liberales. No habló para nosotros.

Hé aqui, amigo mio, una evasiva de que ha echado mano en todos tiempos la herejía. Sin saberlo repites, amigo mio, el distingo de Satanás en todos los siglos, lo cual acaba de poner en evidencia lo malo de la causa que defiendes. A bien que ni á los demás errores les ha valido esta artimaña, ni le valdrá al de hoy. Escúchame sobre esto, y juzga despues por tu propio buen sentido.

(1) Se hallarán todos estos documentos, así como la Constitucion de Gregorio XVI, *Sollicitudo Ecclesiarum*, en el opúsculo *La secta católico-liberal*, traduccion de un folleto de Segur, que se halla en la *Librería y Tipografía católica* de Barcelona.

Vamos á ver. Que el Papa ha condenado el liberalismo católico, ó lo que es lo mismo, el catolicismo liberal, de eso no puede caberte duda alguna. Has leido y puedes releer á cualquier hora los repetidos documentos en que Su Santidad ha sido soberanamente explícito. Tu vacilacion está ahora en si el Papa ha condenado únicamente un cierto catolicismo liberal, ó en si ha condenado todo lo que en el mundo se conoce con esta palabra. A mí no me parece dudosa la respuesta, ni te lo pareceria á tí á no tenerte cegado antiguas aficiones. Donde la ley no distingue, tampoco debemos nosotros distinguir. Esto dice un axioma jurídico, que tiene aquí exacta aplicacion. Si hubiese un catolicismo liberal que no puede admitirse en conciencia, y otro que en conciencia puede admitirse, ¿habria olvidado el Papa hacer esta absoluta é indispensable aclaracion? Habiendo hablado, no una vez sola, sino una, dos y tres y ciento sobre igual materia, siempre con igual severidad, siempre con igual dureza, siempre con igual indignacion (cosa extraña en el mansísimo Pio IX), ni una sola vez le ocurrió decir: «Mirad, hijos mios, que no me refiero á tales ó cuales católico-liberales, que éstos están en firme terreno.» ¿No te parece éste un olvido singular é inexplicable? ¿Acaso ignora el Papa las distintas acepciones que en Europa se da á la palabra y á la cosa? ¿Tan poco enterado le supones de la marcha general de los acontecimientos y de las ideas, para creer que no sabe el Papa cuál es el catolicismo-liberal de Bélgica y cuál el de España en una época en que, áun prescindiendo de la asistencia especial del cielo, en que como católico debes creer, la facilidad de las comunicaciones ha hecho que sean conocidas en todos los rincones de Europa hasta lás doctrinas más escondidas, por decirlo así, en el último rincon de ella? ¿O crees acaso que el Papa, de quien nadie que le conozca podrá sospechar falta de caridad, ha querido dejar expresamente envuelta en dudas y vaguedades una cuestion que trae inquietos todos los ánimos, y que ¡ay, demasiado cierto es! turba profundamente la paz moral y quizás la material de los pueblos? ¿Créesle tan criminal? O bien, ¿optas por creerle más ignorante que tú y yo, y menos asistido por luces superiores? Decídete, porque ese estrechísimo dilema no tiene sali-

da, como no digas y afirmes conmigo que el Papa en sus Breves ha condenado absolutamente todo lo que en Europa y en el mundo viene conocido en el campo de las doctrinas con el nombre genérico de *catolicismo-liberal.*

III.

Pero ¿no ha distinguido la «Civiltá cattolica» la tésis y la hipótesis en la cuestion de que se trata?

Hénos aquí de lleno en el fondo de una cuestion reciente que movió no poco ruido, y de la cual por fuerza ó de grado nos hemos de ocupar aquí. Vamos á ver qué ha dicho sobre esto la *Civiltà cattolica.* Preguntémoselo á ella misma, que sin duda lo sabrá más que tú y yo.

Hagamos antes un poco de historia: En 1869, cuando los célebres congresos de Malinas, objeto de tan apasionadas censuras y de tan apasionadas alabanzas, escribió la *Civiltà cattolica* un artículo famoso, como todos los suyos, con el título: *Il congresso cattolico di Malines e la libertà moderna.* (Série V, vol. VIII, fasc. 326; 2 Octubre de 1863). En él se planteó por vez primera la distincion entre la *tésis* y la *hipótesis* en la cuestion del catolicismo liberal. No se distinguió entre dos clases de catolicismo liberal, como algunos suponen, sino que dando por absurdo el sistema, se expuso solamente en qué circunstancias deja de ser criminal su aceptacion *práctica* por parte de los católicos. De modo que la *tésis* es la condenacion absoluta de las falsas libertades modernas, y la *hipótesis* significa únicamente el caso excepcional en que, cediendo, por decirlo así, á fuerza mayor, se ven obligados los católicos á sujetarse á pesar suyo al yugo de estas esclavizadoras libertades. Y como no hay disputa alguna sobre la *tésis,* ciñámonos á la explicacion de la *hipótesis* con palabras tomadas de la propia *Civiltà.* Dice así (pág. 139):

«Si los pueblos son verdadera y universalmente cristianos, no pueden por lo mismo tener libertad legal más que para la verdad y para el bien; como quiera que la facultad de adherirse al mal y al error es defecto é imperfeccion que, lejos de deber ser protegidos, deben ser refrenados por la ley, si ésta es digna de tal nombre. (Hasta aquí la *tésis*). Pero, si *suponeis* (aquí entra la *hipótesis*, voz griega que significa suposicion) á un pueblo reducido á tales condiciones que una gran parte de él y sus mismos gobernantes carecen de conocimiento seguro de la verdad y del concepto claro del bien; si *suponeis*, lo que seria peor, que en tal pueblo han llegado á tan mal estado las cosas, que al mal y al error se les mira con el respeto que sólo se debe á sus opuestos, en tal hipótesis es indudable que el propósito de proteger solamente el bien resultaria verdadera tiranía, no sabemos si posible de practicar, pero de todos modos difícil de sostenerse. Seria precisamente el caso opuesto al de la república que arriba hemos citado; vendria á ser como un Gobierno que no concediese libertad alguna, más que la de obedecer á sus caprichos. *Reducidos á tan lamentables condiciones*, es indudable que los católicos considerarian como insigne ventaja en su favor que el Gobierno concediese igual libertad á todos, sin distincion de bien ni de mal, de verdad ó de mentira, sin otra mira que la de que todos fuesen respetados en el ejercicio de sus derechos exteriores. ¿Y cómo no? En el caso de que la libertad de prestar culto público á Dios fuese concedida á solos los herejes y judíos, y que la libertad de imprimir fuese exclusivamente concedida á la blasfemia, los católicos habrian de recibir como singular beneficio que sus templos fuesen ante la ley considerados de igual condicion que los heréticos y que las sinagogas, y que les fuese permitido imprimir *La Imitacion de Cristo*, de Kempis, con igual libertad que la que sirvió á Ernesto Renan para ultrajar al Cristianismo con aquel tejido de sacrílegas necedades que llamó *Vida de Jesús*. La libertad para todos pasa á ser en estos casos una aspiracion hipotética, pero legítima para los católicos; y la misma Iglesia, condenando la raíz de aquel desórden, y no reconociendo al mal y á la mentira derechos que eternamente le estarán vedados, consentiria en que se to-

lerase el ejercicio público de ellos como mal menor, ó si más os place, se acogeria á aquella tolerancia como un bien solamente relativo. Con esto los católicos no mostrarian tener dos pesos y dos medidas. Hallaríanse en el caso de un legítimo propietario que, dueño de su dinero, no quiere cedérselo á otro; pero que no obstante en la hipótesis ó suposicion de que un ladron se lo haya usurpado, recibiria como gran favor poder recobrar una parte de él.»

Hé aquí cómo habla la *Civiltà cattolica* en el famoso artículo del cual se te han dado pequeños retazos, lamentable yerro si fué cometido de buena fe, falsificacion criminal si fué intencionada. Ya sabes ahora lo que es la *hipótesis;* es decir, una simple suposicion. Dime ahora, ¿pueden presentarla en su abono los *católico-liberales* españoles? ¿Pueden decir que la necesidad les obligue á pedir esa libertad general para sustraerse con ella á la opresion de un poder que sólo con esta condicion les tolera el ejercicio de sus legítimos derechos? Aquí donde, por la misericordia de Dios y proteccion visible de su purísima Madre, en tantos años de horrible desquiciamiento no ha podido abrir brecha la herejía, ¿estamos los católicos en situacion de necesitar que se dé libertad al mal á trueque de tenerla nosotros? Pero ¡hay una guerra civil que nos devora! Precisamente esta guerra, como tú mismo, amigo mio, confiesas cada dia, tiene por causa, no el poder del mal que reclame derechos, sino la conciencia católica herida en los suyos con los atropellos sin fin de estos últimos años. ¿Qué cuesta decir, pues: Seamos católicos puros, y entonces queda acabada la guerra? ¡Ah! Pero esto, me dirás, seria la negacion radical de la revolucion, la intolerancia! ¡Te conozco, católico-liberal! No es, pues, la fuerza de la hipótesis la que te obliga á aceptar la tolerancia del error; es el deseo de complacer á la revolucion el que te ha metido á predicador de un catolicismo á medias, á pesar de los anatemas del Papa.

IV.

De todos modos no puede negarse que hay un grupo reducido ó numeroso de hombres de buena fe, que sin dejar de ser firmes católicos y condenar todo lo que el Papa condena, son no obstante decididos liberales.

¿Quieres ver si soy generoso, amigo mio? Pues mira, hasta esto llegaré á concederte. Sí, demos que haya hombres, pocos ó muchos, que con todo y ser liberales profesan horror á la libertad del mal, á la indiferencia religiosa del Estado, y proclaman con el Papa que la Religion verdadera es obligatoria para aquel así como para el individuo; en una palabra, que piensan y hablan en todo exactamente como el Papa y los católicos más purificados. ¿Quieres más?

Pues bien, una de dos: ó tales hombres son católicos disfrazados de liberal, que sus razones tendrán para tomar este mal disfraz; ó son liberales disfrazados de católicos, que es lo más probable. Me explicaré.

El hombre, por grave y sesudo que sea, tiene siempre algo de la frivolidad del niño y de la mujer. Y una de las frivolidades más comunes entre los hombres graves es enamorarse de ciertas palabras. Palabras son y nada más, pero al fin en ellas idolatran, cásanse con ellas, y no hay modo de que las suelten por todas las razones del mundo. ¿Qué vas á hacer? es una fragilidad como tantas otras. Tal sucede con la palabra *liberal*. Hombre hay que condenará del liberalismo moderno todos los errores como se los vayas presentando uno por uno; sin embargo, cuando le pidas la condenacion en complexo de todo el sistema, verásle rechinar de dientes, levantársete furioso y decirte con el acento de la más invencible terquedad: «Pero, á pesar de todo, sí señor, liberal he vivido siempre y liberal he de morir.»

—Pero, señor, que V. condena en detall cada una de las falsas libertades del liberalismo...

—Nada, no quiero dejar de ser liberal.

—Pero, amigo mio, vea V. que si es absurda cada una de las partes, absurdo debe de ser el todo, si no miente el axioma matemático de que *el todo es igual á la suma de las partes!*

—Lo dicho, no quiero se me moteje de reaccionario... soy liberal.

—Mas, ¿no ve V. que de este modo profesa V. un liberalismo particular, que nada tiene de comun con el que se conoce en todo el mundo con esta palabra, un liberalismo que no es liberalismo, porque es pura y simplemente catolicismo?

—Amigo mio, no se canse V... Neo no he de serlo por más que V. se empeñe. Católico, sí, en todo hasta la última coma; condeno todo lo que el Papa condena, en el mismo sentido en que el Papa lo condena, todo, todo...

—Alto ahí, amigo mio, ¿lo condena V. todo, la idea, el sentido y hasta la palabra?

—La palabra, la palabra... ¿qué quiere V. decir?

—Más claro. ¿Podria V. hacerle á la Iglesia el sacrificio de dejar de llamarse liberal, así como le ha hecho el de dejar de creer en cada uno de los falsos dogmas del liberalismo?

—Hombre, ¿y qué le importa á la Iglesia que yo me llame así ó asá con tal que no me separe de su doctrina? *Le nom ne fait rien à la chose!*

Hé aquí, querido lector, un hombre prendado, enamorado de una mera palabra, ciego con ella hasta el punto de permitir que por ella se haga sospechosa su fe. Hé aquí un católico que se cree fielmente tal, que seguramente lo es, empeñado no obstante en llamarse con un nombre que la Iglesia abomina y que ensalzan todos los enemigos de la Iglesia, empeñado en añadirle siempre á la palabra catolicismo un adjetivo que nada significa si nada añade al concepto esencial de él, y que significa demasiado si algo por poco que sea le añade, porque el catolicismo tal cual lo dejó Cristo de Dios no necesita de adiciones ni de modificaciones. Es catolicismo y nada más.

Tenemos, pues, al grupo que me citas convicto y confeso de no servirse del liberalismo más que como de un disfraz.

Tengo, sin embargo, mis razones para creer que muchos de ese grupo no son tanto católicos puros disfrazados de liberal, como puros liberales disfrazados de católico. Y estas razones en que me fundo te las diré, amigo mio, al oido para que te sirvas de ellas en ocasion conveniente, siempre por supuesto sin faltar á la caridad, teniendo empero presente aquel axioma de un célebre historiador, aplicable á nuestro caso: la única caridad permitida á la historia es la verdad.

Dígote, pues, que los tales católicos más que católicos me parecen puros liberales disfrazados á lo católico, y esto por las siguientes razones.

Lo que muestra mejor al hombre es su conducta práctica más aún que sus palabras. Estas, como decia donosamente Talleyrand, sirven ordinariamente para ocultar el pensamiento; la conducta lo revela casi siempre áun á pesar de su dueño. No entiendo aqui por conducta tal ó cual falta en que todos podemos caer; hablo de la conducta pública, general, de la conducta sistemática, de lo que más bien que conducta podríamos llamar procedimiento práctico. Pues bien. Los llamados católico-liberales suelen obrar de la siguiente manera, en España sobre todo, donde el espíritu público es en estas materias más susceptible y delicado. Nunca en su conversacion, en su periódico, en su folleto aventuran frase alguna que esté en rigorosa contradiccion con la doctrina de la Iglesia. De sus artículos de fondo no podrás sacar una proposicion que pueda tildarse de heterodoxa en el sentido teológico de la palabra. Al revés, abundan allí las fervorosas declamaciones en favor de la fe, menudean á cada paso las calurosas protestas de adhesion; diríase que necesitan repetirlas á cada paso para ser creidos. En efecto. Nadie más sospechoso de embuste que el que á todas horas anda gritando que nunca falta á la verdad. ¡Palabras! ¡Palabras! ¡Palabras! como dice no sé dónde el Hamlet de Shakspeare. Veamos los hechos, que suelen ser la interpretacion más auténtica de las palabras.

Son amigos de la Iglesia. Y nunca hablan de sus enemigos sin veneracion y respeto; el elocuente, el aventajado, el dis-

tinguido salen siempre de sus labios y se hallan siempre en sus columnas aplicados á racionalistas descarados, que son apóstoles del error. En cambio, ¿con qué apodos no han motejado esos católicos al gran Veuillot, el primer controversista de nuestro siglo, el gigante de la polémica católica?

Ahora mismo, hace pocos dias, un conocido periódico de Barcelona recomendaba una historia general de España próxima á publicarse con la colaboracion de varios *distinguidos* escritores de Madrid. Algunos de estos *distinguidos* escritores (distinguidos, más que en letras, en impiedad) son conocidos de todo el mundo por su criterio decididamente racionalista y anti-católico. Un diario católico hubiera puesto sus salvedades á la recomendacion, y hasta para cumplir del todo con su deber hubiera advertido que la obra en general no podia salir buena desde el momento en que entrase á componerla un solo escritor de malas doctrinas, porque, *Bonum ex integra causa,* y la historia no es ramo en el cual puedan dejar de reflejarse las creencias religiosas del que la escribe. ¿Crees que lo hizo así? ¡Cá! Lo citó, elogió y recomendó, cual si fuese aprobada por la Iglesia. ¿Qué quieres? ¡Rasgo católico-liberal!

No reconocen derechos al mal. Y en sus periódicos hay un lugar para el can-can, otro para los inmundos bufos, otro para la asquerosa exhibicion de cuadros ó de carnes al vivo, otro para la recomendacion de una subasta de bienes eclesiásticos, otro para levantar la palmeta contra los Obispos cuando protestan contra el reconocimiento del latrocinio de Italia, otro para censurar ágriamente la creacion de las sociedades y casinos católicos bendecidos por Pio IX, ¿recuerdas?... es verdad que tambien hay siempre un lugar para las Cuarenta Horas y para el Santo del dia. Váyase lo uno por lo otro.

Nada quieren con los enemigos de la Iglesia. Y sin embargo, siempre les verás en completa solidaridad de intereses con ellos. Bajo el comun denominador *la gran familia liberal,* que es ya frase gráfica admitida y consagrada por el uso, se incluyen todos ellos á sí propios sin reparar en pelillos, así los que conservan todavia el consabido disfraz, como los que creyeron ya más ventajoso desprenderse de tales accesorios.

Y para todo lo que sea poner en salvo los intereses de la susodicha gran familia les verás siempre unidos, imponiéndose unos á otros sacrificios y transacciones, dispuestos siempre á ceder en algo de su catolicismo, con tal que permanezca íntegro y sin menoscabo su liberalismo, mostrando así muy á las claras que si se llaman católico-liberales, dan mayor importancia siempre á la segunda parte que á la primera de su doble apellido. Este dato es precioso, y bien meditado se presta á luminosísimos puntos de vista.

Profesan en toda su pureza la fe. Y notarás que casi siempre en sus libros y periódicos la tratan y defienden como simples racionalistas. Fíjate en este otro dato, que tiene tambien mucha importancia. El procedimiento católico-liberal en la defensa del Catolicismo es casi siempre naturalista. Para los escritores de esta secta el mártir de los primeros siglos es principalmente una víctima de los derechos de la conciencia libre ante el despotismo pagano. Cristo mismo es, más que el redentor de las almas, el libertador de los pueblos. El fraile un incansable obrero de la civilizacion. La Hermana de san Vicente de Paul un ángel de la humanidad. Es decir, son apologías las suyas impregnadas de naturalismo, que lo mismo pueden salir de la boca de un turco si es hombre de buen corazon y de espíritu imparcial. Si el católico-liberal defiende la unidad católica, es casi siempre bajo el punto de vista de interés político, no por el derecho sagrado de la fe. No hacia menos el hereje Palmerston, quien hubiera dado, decia, su mano derecha para alcanzar á su patria el beneficio de tan preciosa unidad. Si ataca el matrimonio civil, es únicamente atendiendo al desprestigio que con él se acarrea á la familia, no por ser, segun la doctrina católica, mero concubinato. Si procura salvar de la piqueta demoledora un templo, ha de ser no por respeto á la casa de Dios, sino por consideraciones artísticas, de suerte que segun esta lógica no merece compasion una iglesia si es de mal gusto su arquitectura, y en cambio la mereceria el templo de Chipre, aunque en él se adorara á Venus. Si deplora la suerte de las monjas expulsadas, no es por el ultraje á una institucion religiosa, sino por la violacion de unos derechos de asociacion que toda ciudadana, inclusas las prostitutas, pueden alegar.

Et sic de cæteris. ¡Cuántas obras de apología católica se han escrito bajo este pié, á las cuales la brillantez de las formas no quita lo falso, falsísimo del fondo! ¡Y cuántos autores, leidos y elogiados como católicos, son en su raíz verdaderos racionalistas, pues la raiz de donde arranca su argumentacion no es el acto de fe católico, sino la humana apreciacion filosófica! No negaré que esclarecidos autores se han valido de este ardid de tomar los principales argumentos del campo enemigo para atacarle desde sus propias posiciones. Sin embargo, en autores verdaderamente católicos nunca se hace esto sin grandes protestas y salvedades, proponiendo siempre en primera línea el argumento de fe, el argumento sobrenatural, y dejando en segunda línea, ó en última las razones de mera conveniencia humana. Así han obrado siempre los grandes controversistas católicos. ¿Por qué no los han imitado los escritores católico-liberales? ¿Por qué se nota tan frecuentemente en sus obras, quizás hasta contra la intencion del autor, la ausencia de lo sobrenatural? ¿Sabes por qué? Porque el liberalismo católico es en el fondo un simple naturalismo.

Hé aquí los principales rasgos del procedimiento católico-liberal que deseo observes y estudies aun en aquellos libros, folletos ó periódicos que hacen gala de no profesar ninguno de los errores doctrinales de aquella perniciosísima secta. Sucede con el liberalismo lo que con el ateismo. Tiene sus teóricos y sus prácticos. Ateo hay que nunca ha dicho ni escrito la frase *no hay Dios*. Y sin embargo, le niega y le declara cruel guerra en todos sus actos. Así hay católico-liberal que nunca ha profesado limpia y desnuda una proposicion de las condenadas. Eso no obstante cada uno de sus actos es la aplicacion de las mismas doctrinas. Cuando despues uno de los tales te diga: «Yo nunca sostuve la doctrina católico-liberal condenada por la Santa Sede,» respóndele sin vacilar: «Tiene V. razon, mi don Fulano, y esto hace honor á su reconocida habilidad; en cambio siempre la profesó en la práctica, lo cual pone en sério compromiso su buena fe y acendrado catolicismo.» Así, así, amigo mio, y hechos al canto.

V.

Mas ¿no os parece que si no hubiese un catolicismo liberal de buen género, ni el Papa ni los obispos reconocerian tan fácilmente los Gobiernos católico liberales? Cuidado si en todo anda la Iglesia con piés de plomo... y no obstante, nunca ha negado al liberalismo católico este reconocimiento. ¿Qué diréis aqui?

¡Pobre amigo mio! Hablemos claros. «El Papa reconoce Gobiernos católico-liberales, luego es legítimo el sistema católico-liberal.» ¿Es ó no es ésta tu argumentacion? Pues ya verás lo que sale de ella.

Dirá un protestante: El Papa reconoce un Gobierno protestante como el de Prusia, luego es legítimo el Protestantismo.

Dirá un anglicano y un ruso: El Papa reconoce el Gobierno del emperador Alejandro y el de la reina Victoria, luego el Papa aprueba el cisma anglicano y el oriental.

Dirá hasta un turco: El Papa reconoce el Gobierno de la Puerta otomana, luego el mahometismo es la verdadera fe.

¿Te ries? Riete, sí, pero no de mis ejemplos, sino de la lógica de ciertos católico-liberales. Son el diablo estos señores para discurrir diabluras. Díganme por Dios; ¿trata ó no trata el Romano Pontífice oficialmente con estos Gobiernos luteranos, cismáticos ó musulmanes? ¿Les envia ó no les envia sus Nuncios? ¿Les otorga ó no les otorga hasta sus favores? Y los obispos católicos de estas naciones heréticas ó paganas ¿juran ó no juran fidelidad á sus respectivos Gobiernos? Y los simples fieles que viven en tales paises, ¿prestan ó no prestan á sus gobernantes la fidelidad y obediencia civil que todo súbdito por la ley de Dios debe á su legítimo Gobierno? Si, mil veces, si; los reconoce el Papa, les juran respeto los obispos, les prestan obediencia y fidelidad los católicos to-

dos, y sin embargo, ¿quién osará decir que el Papa, los obispos ó los fieles aprueben y dejen de condenar los errores religiosos de dichos sus gobernantes? ¿Quién caerá en el despropósito de decir que en Prusia nuestros obispos son católico-luteranos porque prestan vasallaje á un emperador luterano, ó que en Inglaterra son católico-cismáticos porque obedecen á una Reina anglicana, ó que en Turquía son católico-turcos porque son fieles á un Sultan que profesa la ley de Mahoma? ¿Y en las naciones católicas se dirá que el Papa es católico-liberal, que los obispos son católico-liberales, que los fieles debemos serlo todos sin excepcion, sólo porque son liberales nuestros gobernantes? El Papa reconoce Gobiernos liberales, sí, es verdad, pero no por ser liberales, sino á pesar de serlo, como reconoce á los turcos y herejes, no por ser herejes y turcos, sino á pesar de esta lamentable diferencia de culto. Esto por lo que toca al reconocimiento de Gobiernos y tocante á sus doctrinas; pues en cuanto á su legitimidad es aún más categórica la respuesta. La Iglesia considera como Gobiernos constituidos á todos los que *de hecho* gobiernan, sin meterse en más averiguaciones. Así lo tiene establecido desde remotísimos tiempos, y claramente lo expresa la Constitucion de Gregorio XVI *Sollicitudo Ecclesiarum,* que puedes leer á todas horas. Esto le basta á la Iglesia para su fin supremo, que es el bien espiritual de los fieles, no hacerse definidora de derechos humanos dudosos ó disputables.

Recoge de paso aquí otro rasgo católico-liberal de pura raza, y es el empeño de traer y llevar á todas horas el nombre del Papa y de los obispos en todo lo que se refiere á sus mundanales intereses. ¿Hacen el mismo caso de su autoridad cuando tan clara y resueltamente condena el catolicismo liberal?

VI.

¿Y esta cuestion no se roza poco ó mucho con la tan vidriosa y delicada de las formas de gobierno?

Ni poco ni mucho, amigo mio; distan tantola una de la otra como el cielo de la tierra, lo divino de lo humano, lo eterno de lo transitorio, lo esencial de lo accidental, la siempre santa Religion de la casi siempre *non sancta* política.

¿Te quedas pasmado, no es verdad? ¿Dudas de mi buena fe? Ten paciencia para escucharme un poco, y acabarás por darme la razon.

Las formas políticas son simple cuestion de criterio humano, sobre la cual nada ha definido ni condenado la Iglesia. No es mejor la monarquía que la república, ni el sistema puro que el sistema mixto.

Tienen las formas todas, como todo lo humano, sus inconvenientes y sus ventajas; ventajas é inconvenientes que tampoco pueden determinarse en absoluto, sino que deben examinarse teniendo en cuenta los hábitos, historia, tradiciones, temperamento, preocupaciones y áun geografía del país á que se deben aplicar. Ni monarquía quiere decir por sí sólo una cosa sagrada, ni república significa ya *à priori* un sistema infernal. República es la del Ecuador, y vive allí la Iglesia como en sus mejores tiempos. Monarquía es la de Prusia, y allí se nos azota más aún que en España en tiempos de la federal. Repúblicas y monarquías son buenas siendo católicas, es decir, no inspirándose su legislacion en otro criterio que en el de la doctrina católica, no atentando en nada á los derechos del Catolicismo, favoreciendo en todo su legítima influencia, negando todo derecho al error y al mal, y no escatimando ninguno á la verdad y al bien, etc., etc. Donde se legisle católicamente y se obre católicamente lo mismo da que el jefe del Estado se llame Rey ó Pre-

sidente, Emperador ó Dux, Triunvirato ó Gobierno provisional, que legisle con Cámara única ó con dos Cámaras, ó sin ningun Cuerpo colegislativo. Como tal gobierno monárquico, aristocrático ó democrático legisle y obre en todo segun la ley de Dios y preceptos de su Iglesia, católico es y digno de toda confianza. La mayor ó menor intervencion del pueblo en la confeccion de las leyes, en la votacion de los presupuestos, en el reparto de los tributos, en la distribucion de gracias y empleos, nada significa con relacion al dogma y á los preceptos de la Iglesia, y hora fuera ya de que nuestros enemigos no hiciesen de tales majaderías el tema principal de sus acusaciones contra nosotros. Esto es lo absoluto, lo eterno, lo esencial. Ahora, que á tal ó cual nacion le convenga, en virtud de sus circunstancias peculiares, forma más ó menos lata, esto es, mayor ó menor intervencion popular en la gestion de los públicos negocios, cuestion es ésta de pura apreciacion humana, en la cual cuando tratamos solamente de doctrinas religiosas, no debemos, ni podemos, ni queremos entrar. Para ella el periódico político, ó político-religioso, que es su propio y verdadero terreno.

VII.

¡Victoria! Sois liberal como yo mismo. ¿Qué otra cosa queremos los liberales de todos los países, sino la mayor libertad política dentro las formas de gobierno más latas y populares que sea posible? ¡Victoria! repito. Al fin sois vos quien se viene á mi campo con armas y bagajes.

No, amigo mio, no, y duéleme mucho tener que arrancarte tan hermosa ilusion. Precisamente andaba yo aguardando rato há esta réplica tuya, para con ocasion de ella dar la debida explanacion á la materia. Conoces muy poco la grandeza del problema que trae preocupado al mundo y que

le divide en dos campos opuestos, el católico y el liberal, si crees que la cuestion es solamente de mayor ó menor latitud en las formas políticas. Es cuestion de principios, no de formas; de Religion, no de partidos. Lo prueba su misma universalidad, y el debatirse con igual ardor asi en repúblicas como en monarquías, así en América como en Europa, con la singularidad de que sólo en los paises no cristianos es desconocida.

Trátase únicamente de resolver en este duelo á muerte si la sociedad civil ha de regirse por la ley de Dios y con entera sujecion á las enseñanzas de la Iglesia, ó si la tal sociedad civil es libre de todo punto en lo que se refiere á derecho público, sin obligacion de tener en cuenta para nada dicha ley de Dios y dichas enseñanzas de la Iglesia. Los que decimos que los Estados (repúblicas ó monarquías, y éstas puras ó mixtas) deben legislar y portarse en todo conforme á la doctrina católica, y que obran injustamente y erradamente cuando se apartan un sólo ápice de ella, somos católicos puros, y entre éstos los hay de todos los partidos políticos. Los que pretenden que la verdad revelada y las leyes de la Iglesia no obligan al Estado, sino solamente á los indivíduos, y añaden que por lo mismo el Estado debe legislar sin otro criterio que el de su propia soberanía, esto es, con el criterio del sufragio popular en los gobiernos populares, con el de la mayoría parlamentaria en los mixtos, ó con el de la voluntad personal en los absolutos, de suerte que lo que por cualquiera de esos procedimientos decrete el Estado aquello es ley, aquello es justicia, aquello es razon,—estos son los liberales. Sus dogmas fundamentales son, en los gobiernos populares la infalibilidad popular, en los mixtos la infalibilidad parlamentaria, en los absolutos la infalibilidad cesárea ó real. Y digo *infalibilidad,* porque esta es la propia palabra. En efecto. Si la ley no se reputa infalible, deja de ser ley. Por donde en los gobiernos liberales ó de derecho humano, no pudiendo deducir el legislador la infalibilidad de sus leyes del hecho de estar acordes con la ley de Dios, debe deducirla únicamente del hecho de hallarse acordes con su razon propia, ó con la razon de las masas, ó con la razon de la mayoría, únicos criterios á que se atiene. De ahí resulta siempre la deificacion completa

de la razon humana, ó lo que es lo mismo el Estado-dios, el *divus imperator* del paganismo, ó el pueblo soberano de hoy, es decir, en resúmen: la exclusion completa de la ley de Dios de los negocios públicos, el entronizamiento supremo del criterio racionalista en los mismos, y por consecuencia de todo el supremo despotismo en el que manda, porque no tiene regla superior á sí que le limite, y la suprema abyeccion en el que obedece, porque no tiene contra la arbitrariedad del primero garantía alguna que le ampare como no sea la rebelion. En menos palabras; resulta de ahí la negacion social de Jesucristo, y el reinado social de la razon pura. Más breve aún: el naturalismo en política. Más claro todavía. El ateismo oficial.

Ahora bien. Muchos que de buena fe defendeis las llamadas libertades políticas, que en sí son cosa plausible ó cuando menos indiferente, no echais de ver que juntamente con ellas defendeis el racionalismo político, el naturalismo público, el ateismo oficial que envuelto en ellas os da la revolucion. Ahí está, amigo mio, la trampa de Satanás. Te dice: ¡Libertad de discusion! Pregúntale secamente: ¿Sobre qué? ¿Sobre lo discutible? Si es así, estamos corrientes, ¡viva la discusion! ¿Sobre lo indiscutible? ¿Sobre aquello de que ya ha fallado en primera y última instancia la Iglesia? ¿Sobre esto quieres discutir? La discusion entonces no es sino una forma embozada de la soberanía de la razon, y esto es anti-católico. Te añade: ¡Omnipotencia parlamentaria! ¡Bien! ¿hasta qué punto? ¿Hasta dónde dice basta la ley de Dios y de su Iglesia? Hasta aquí estamos conformes. ¿Hasta un poco más allá, en todo, menos en lo que sea hacer de un hombre una mujer, como dicen los tratadistas ingleses? Malo, malo: tal omnipotencia es anticatólica, y no es más que una forma hipócrita de la independencia del *yo*.

Por ahí comprenderás la razon del cariño que la revolucion profesa á las formas libres ó democráticas y el por qué se hacen por lo comun de tan mal tragar á los católicos de todo el mundo. No son malas, ni están condenadas, pero son las que más se prestan al escamoteo racionalista. En ellas se admite la excelencia de la discusion, sin dejar antes sentado que hay muchas cosas indiscutibles y que *à priori* deben

darse ya por resueltas. En ellas se pondera el respeto que se debe á lo resuelto por las mayorías, y se declara justo y legal todo lo votado por ellas, sin reparar que una ley votada por la mayoría debe ser ajustada á la ley de Dios, ni más ni menos que una ley dictada por un monarca absoluto. Esta es la verdad.

Ahora bien, ponte delante de la revolucion, y proclama la mayor latitud posible en las formas de gobierno, pero añade estas imprescindibles salvedades, ya verás como el liberalismo no te reconoce por liberal, ya veras como te llama por todas partes neo y reaccionario disfrazado. Repara una observacion. En las repúblicas americanas, donde todos admiten la forma democrática y republicana, todos por ende debieran ser llamados liberales, segun tu modo de juzgar. Pues no, señor, hasta allí en donde las formas admitidas por todos son tan libres, hay tambien su partido liberal opuesto al partido católico: en tanto es cierto que el liberalismo no es cuestion de formas políticas más que *per accidens,* como diria un escolástico: *per se* es cuestion de principios religiosos, es decir, de gobernar con dependencia ó con independencia de la ley de Dios y de su Iglesia.

Hé aquí limpia y clara la vidriosísima cuestion de las formas de gobierno. Tras las formas, amigo mio, anda el diablo con los principios, y ahí está el *quid,* te lo repito. Haz la prueba. Diles: «Quiero formas libres, pero con la prensa bajo la censura religiosa, con el derecho de asociacion limitado por la Iglesia, con el derecho de discusion reducido á lo humano.—¡Ca! te dirán. Esto no es liberalismo, esto es teocracia embozada y nada más.» Pues ya ves, amigo mio; sigue ahora pavoneándote con el dictado de liberal.

VIII.

¿Por qué no? Entendiéndolo como lo entiendo yo, y con las salvedades que acabais de decir, ¿tiene inconveniente su uso?

¡Válgame Dios con la palabrita! Andas, amigo, realmente enamorado de ella, y tráete ciego el amor como á todos los enamorados. ¿Qué inconvenientes tiene su uso? Tantos tiene para mí, que en él llego yo á ver hasta materia de pecado. No te asustes, sino escúchame con paciencia. Vas á entenderme pronto.

Es indudable que la palabra liberalismo y áun la otra liberalismo católico tienen en Europa en el presente siglo significacion de cosa sospechosa y que no concuerda del todo con el verdadero Catolicismo. No me dirás que planteo el problema en términos exagerados. Efectivamente. Me has de conceder que en la acepcion ordinaria de la palabra, liberalismo y liberalismo-católico son cosas reprobadas por Pio IX. Prescindamos por ahora de los pocos ó muchos que pretenden poder continuar profesando un cierto liberalismo que en el fondo no lo es. Pero lo cierto es que la corriente liberal en Europa y América, en el año 1875 en que escribimos, es anticatólica y racionalista. Pasa revista al mundo. Mira qué significa partido liberal en Bélgica, en Francia, en Alemania, en Inglaterra, en Holanda, en Austria, en Italia, en las repúblicas Hispano-Americanas y en las nueve décimas partes de la prensa española. Pregunta á todos qué significa, en el idioma comun, criterio liberal, opinion liberal, corriente liberal, atmósfera liberal, etc., y mira si de los hombres que se dedican á estudios políticos y sociales en Europa y América los noventa y nueve por ciento no entienden por liberalismo el puro y crudo racionalismo aplicado á la ciencia social. Ahora bien. Por más que tú y unas cuantas docenas más

de caballeros particulares os empeñeis en dar un sentido de cosa indiferente á lo que la corriente general ha sellado ya con el sello de cosa anticatólica, es lo cierto que el *uso, árbitro y norma suprema en materia de lenguaje,* sigue teniendo el liberalismo como bandera contra el Catolicismo. Por consiguiente, aunque con mil distingos y salvedades y sutilezas logres formarte para ti solo un liberalismo que nada tenga de contrario á la fe, en la opinion de los más desde que te llames liberal pertenecerás como todos á la gran familia del liberalismo europeo tal como todos lo entienden: tu periódico, si lo tienes y lo llamas liberal, será en la comun creencia un soldado más entre los que bajo esta divisa combaten de frente ó por el flanco á la Iglesia católica. En vano será que te excuses alguna que otra vez. Estas excusas y explicaciones no las puedes dar todos los dias, que fuera cosa asaz pesada; en cambio la palabra *liberal* has de usarla en cada párrafo. Serás, pues, en la comun creencia nada más que un soldado como tantos otros que militan bajo esta divisa, y por más que en tus adentros seas tan católico como el Papa (como se jactan algunos liberales), lo cierto es que en el movimiento de las ideas, en la marcha de los sucesos, influirás no como católico sino como liberal, y áun á pesar tuyo serás un satélite que no podrás menos que moverte dentro la órbita general en que gira el liberalismo. ¡Y todo por una palabra! ¡Vea V., no más que por una palabra! Sí, amigo mio. Esto sacarás de llamarte liberal, y de llamar liberal á tu periódico. Desengáñate. El uso de la palabra te hace casi siempre y en gran parte solidario de lo que se ampara á su sombra. Y lo que á su sombra se ampara, ya lo ves y no me lo has podido negar, es la corriente racionalista. Escrúpulo tendria yo, pues, en mi conciencia de aceptar esta solidaridad con los enemigos de Jesucristo.

Vamos á otra reflexion. Es tambien indudable que de los que leen tus periódicos y oyen tus conversaciones, pocos están en el caso de poder hilar tan delgado como tú en materia de distinciones entre liberalismo y liberalismo. Es, pues, evidente que una gran parte tomará la palabra en el sentido general, y creerá que la empleas en igual sentido. Tú no tendrás esta intencion, pero contra tus intenciones pro-

ducirás este resultado, adquirir adeptos, al error raci
Díme ahora, pues, ¿sabes lo que es escándalo? ¿sab
es inducir al prójimo en error con palabras ambigu
bes lo que es, por cariño más ó menos justificado á
labra, sembrar dudas, desconfianzas, hacer vacilar e
las inteligencias sencillas? Yo, á fuer de moralist
co, veo en esto materia de pecado, y si no te abona
ma buena fe ó algun otro atenuante, materia de
mortal.

Óyeme una comparacion. Sabes que ha nacido e
tros días una secta que se llama de los *viejos cató*
tenido la humorada de llamarse así, y paz con toc
cuenta, pues, que yo, que por la gracia de Dios, au
cador, soy católico, y por añadidura soy de los m
porque mi catolicismo data del Calvario y del cen
Jerusalen, que son fechas muy viejas, haz cuenta, d
fundo un periódico más ó menos ambiguo, y le ll
todas las letras *Diario viejo católico*. ¿Diré mentira?
que lo soy en el buen sentido de la palabra. Pero, ¿á
dirás tú, adoptar un título malsonante que es divi
cisma y que dará lugar á que creen los incautos que
mático y á que tengan un alegron los *viejos católico*
mania, creyendo que en Barcelona les ha nacido u
cofrade? ¿A qué, me dirás, escandalizar á los sen
Pero, yo lo digo en buen sentido.—Es verdad, pero ¿
mejor no dar lugar á que se crea que lo dices en
malo?

Hé aquí, pues, lo que diria yo á quien se emp
sostener todavía como inofensivo el dictado *libera*
objeto de tantas reprobaciones por parte del Papa, y
escándalo por parte de los verdaderos creyentes. ¿A
cer gala de títulos que necesitan explicacion? ¿A qu
sospechas que luego hay que apresurarse á desvan
qué contarse en el número de los enemigos y hacer
su divisa, si en el fondo se es de los amigos?

¡Que las palabras, dices, no tienen importancia!
lo que te figuras, amigo mio. Las palabras vienen á s
nomía exterior de las ideas, y tú sabes cuán import
veces en un asunto su buena ó mala fisonomía. Si las

no tuviesen importancia alguna, no cuidarian tanto los revolucionarios de disfrazar al Catolicismo con feas palabras; no andarian llamándole á todas horas oscurantismo, fanatismo, teocracia, reaccion, sino pura y sencillamente *catolicismo;* ni harian ellos por engalanarse á todas horas con los hermosos vocablos de libertad, progreso, espíritu del siglo, derecho nuevo, conquista de la inteligencia, civilizacion, luces, etc., sino que se dirian siempre con su propio y verdadero nombre *revolucion.* Lo mismo ha pasado siempre. Todas las herejías han empezado por ser juego de palabras, y han acabado por ser lucha sangrienta de ideas. Y algo de esto debió ya de pasar en tiempo de san Pablo, ó previó el bendito Apóstol que pasaria en los tiempos futuros, cuando dirigiéndose á Timoteo (*I ad Timoth.* VI, 20), le exhorta á vivir prevenido no sólo contra la falsa ciencia, *oppositiones falsi nominis scientiæ,* sino contra las simples novedades en expresion ó palabra, *profanas vocum novitates.* ¿Qué diria hoy el Doctor de las gentes si viese á ciertos católicos adornarse con el adjetivo de *liberales,* en oposicion á los que se llaman simplemente con el apellido antiguo de la familia, y desentenderse de las repetidas reprobaciones que sobre esta *profana novedad de palabra* ha lanzado con tanta insistencia la Cátedra apostólica? ¿Qué diria al verles añadir á la palabra inmutable *catolicismo* ese feo apéndice, que no conoció Jesucristo, ni los Apóstoles, ni los Padres, ni los Doctores, ni ninguno de los maestros autorizados que constituyen la hermosa cadena de la tradicion cristiana?

Medítalo, amigo mio, en tus intervalos lúcidos, si alguno te concede la ceguedad de tu pasion, y conocerás la gravedad de lo que á primera vista te parece mera cuestion de palabras. No, no puedes ser católico-liberal, ni puedes llamarte con este nombre reprobado, aunque por medio de sutiles cavilaciones llegues á encontrar un medio secreto de conciliarlo con la integridad de la fe. No; te lo prohibe la caridad cristiana, esa santa caridad que estás á todas horas invocando y que, segun comprendo, es en tí sinónima de la tolerancia revolucionaria. Te lo prohibe la caridad, porque la primera condicion de la caridad es que no haga traicion á la verdad; que no se convierta, como ha dicho un ilustre au-

tor, en barricada contra ella; que no sea un lazo para sorprender la buena fe de tus hermanos menos avisados. No, amigo mio, no; no puedes llamarte liberal.

IX.

Pero, las circunstancias engendran á veces terribles compromisos; quiérase ó no, hay que seguir en algo la moda y no hacerse el intransigente.

Te comprendo, amigo mio; invocas el sublime recurso de las circunstancias, último argumento á que suelen apelar todas las causas perdidas. ¿Sabes lo que significa ese tu reparo, si le presentamos descarnado y en toda su desnudez? Significa lo siguiente: «Amigo mio, hoy el mundo anda dividido en dos campos que se hacen cruelísima guerra: la Revolucion y el Catolicismo. Decidirse por uno ú otro tiene grandes inconvenientes, la seguridad personal, el empleo, la reputacion mundana, los intereses del periódico. Porque es claro, si le llamo simplemente católico á mi diario y escribo en él rigurosamente como católico, me van á dejar la suscricion los revolucionarios; si le llamo simplemente liberal y le pongo todo en consonancia con este apellido, me lo van á dejar de rondon los católicos. Esto es grave. Las *circunstancias* me imponen, pues, otra línea de conducta. Viviré en la frontera de los campos opuestos, y procuraré tener un pié siempre en cada campo. Mi periódico será como uno de esos mojones que señalan la línea divisoria entre dos naciones. En una cara del monjon habrá el escudo con las armas de Cristo, en la otra el escudo con las armas de Satanás. Y me dirán los revolucionarios: «¡Vaya allá el neo y el católico!» Y les diré yo: «Es cierto, señores mios, soy católico, pero pertenezco á la gran familia liberal. «Y me dirán luego los católicos: «Sospechamos de tí que eres revolucionario.» Y les diré yo

con calma: «Soy liberal, en efecto, amados hermanos en el Señor; pero pertenezco al gremio de mi amantísima Madre la Iglesia católica.»

¿He adivinado ó no tu pensamiento, amigo mio? Paréceme que sí, segun el mal gesto que pones. Sépaslo, pues. No es posible ante Dios ese dualismo de la conciencia, por más que sea muy cómodo á veces ante los hombres; ni gobiernan en este asunto las circunstancias, sino la lógica y la ley de Dios. Si Cristo y sus Apóstoles y sus Martires hubiesen debido tener en cuenta las circunstancias, aún estaria por fundar la Iglesia católica. ¡Aquellas sí que eran circunstancias, válgame el cielo! No se trataba de malquistarse con unos cuantos amigos, sino de ser declarado *enemigo del género humano;* ni iban á perderse en el cumplimiento del deber algunas suscriciones, sino la cabeza propia. Y no obstante, á pesar de las circunstancias, se hizo la oposicion á todo el género humano, y los cristianos saliéronse con la suya. ¡Intransigentes! ¡intolerantes! Es verdad, sí, intransigentes como el deber, que es la intransigencia misma. Intolerantes como la verdad, que es la misma intolerancia. Y quien estos principios no profese podrá llamarse lo que quiera, pero no católico. Ese es el espíritu que resplandece en todas las páginas de la Iglesia, ese es el que ha formado en todos tiempos los héroes de la fe, ese es el que ha dictado al gran Pio IX su invencible *Non possumus*. Déjate, pues, de circunstancias, que las más veces no son sino conveniencias. Y estas valdrán muy poco ante el tribunal de Dios.

X.

Una palabra no más. ¿Y estais vos tambien por esta prensa mal llamada religiosa que con sus excesos é intemperancias acarrea tantos daños á la Religion aparentando defenderla contra el liberalismo? ¡Seria cosa de ver!

Lo que seria cosa de ver, amigo, fuera que hubiese un católico leal que estuviese contra ella. Que declame la revolucion contra el periodismo católico, se concibe, pues ahí le duele. Pero que se haga eco de tales declamaciones un católico como tú, no lo comprenderia si no estuviese viendo rato há tu inexplicable ceguedad.

Ahora bien. Pongamos la cuestion en términos claros y formales.

Es lícita la defensa de la Religion desde el periódico exclusivamente religioso. Esta es la forma de la polémica en el dia, y es forzoso adoptarla. La Revolucion quisiera sin duda que escribiésemos sobre cada cuestion diaria sendos tomos en fólio, segura de que tales tomos no fueran leidos. Ahora, como el periódico lo lee todo el mundo, ahí está la razon de las invectivas contra el periódico. Y escucha más. Si por nuestras razones particulares hubiésemos desdeñado esta forma de discusion, se nos hubiera echado en cara que no queríamos descender el terreno propio del siglo, que en odio á las luces odiábamos la institucion de la prensa periódica, que no sabíamos movernos de las armas anticuadas de la Edad media. Hoy hemos adoptado el armamento de nuestros enemigos, y se nos echa en cara esto como crímen de lesa Religion, como si ellos más que nosotros celasen por su honra. ¡Qué perversidad! ¡Qué hipocresía!

Óyeme, pues. La verdad puede ser defendida hasta por un periódico, ¿estás? Y el interés de la verdad está en que cada dia aumente el número de estos defensores guerrilleros. Los

grandes controversistas católicos, los autores de obras magistrales, vienen á ser la artillería gruesa de nuestro ejército, que dispara de vez en cuando algun cañonazo para destruir las aparatosas fortificaciones del enemigo. La prensa periódica viene á ser la fusilería que al amparo de los fuegos de la artillería y aprovechando la brecha que ésta abre en las obras enemigas, se lanza al combate parcial y de avanzadas, atacando cuerpo á cuerpo, cansando con repetidos escarceos, explorando el campo, reconociendo y obligando á contestar al *quién vive* á los sospechosos, etc., etc. Es, en fin, un ejército movilizado, excelente mientras no se separe, que nunca lo hará, de la voz del general en jefe. Lo repito. Por esto le aborrece en tanto grado el enemigo... Esto por lo que toca á la prensa exclusivamente religiosa.

¿Y por lo que toca á la prensa político-religiosa? Aquí te parecerá que tienen alguna razon nuestros adversarios: en efecto; aquello tan manoseado de que tales periódicos confunden la religion con la política es realmente un cargo atroz. Ya verás, no obstante, á qué queda reducido.

La política es una ciencia como otra. Y puede tratarse de política en órden á la fe:

Ó con criterio contrario,

Ó con criterio indiferente,

Ó con criterio favorable.

Si lo primero, el periódico será político anti-católico franco, y por lo tanto, dicho se está que será cosa mala.

Si lo segundo, será tambien anti-católico, á pesar de su pretendida neutralidad, porque esta neutralidad es ya de sí anti-católica, conforme á la proposicion XIV del *Syllabus* condenada: *Philosophia tractanda est nulla supernaturalis habita ratione.* Proposicion que coge de lleno á la política, que es un ramo especial de la filosofía.

Si lo tercero, será político-católico, es decir, tratará y resolverá las cuestiones políticas, juzgará los acontecimientos, apreciará las personas y las cosas segun su conformidad ó disconformidad con las enseñanzas de la fe. Que es precisamente lo que hace la tan maldecida prensa político-religiosa.

De suerte que despues de tanta declamacion y de tanto ultraje sacamos en limpio que no sólo es lícito el periodismo

político-religioso, sino que en cierto modo es entre los políticos el único lícito y el único permitido por la ley de Dios. Repasa si quieres la precedente argumentacion.

Extraño se me hace que tantos católicos, llevados de su encono á las cosas católicas, lancen asi tan sin ton ni son sus anatemas sobre la prensa político-católica, cuando ha sido objeto de repetidos Breves gratulatorios de Pio IX. Entre ellos únicamente recordamos ahora los dirigidos á los excelentes periódicos *L'Univers* de París, *La Unità cattolica* de Turin, y *El Pensamiento español* de Madrid. ¿Qué más? Sabido es que *La Civiltà cattolica* fué fundada por iniciativa especial del Sumo Pontifice, y por él encomendada á los Padres Jesuitas con Breve tambien especial. Ahora bien. *La Civiltà* es un periódico, no sólo religioso, sino politico-religioso, y por cierto que al hacer reseña mensual de los acontecimientos politicos del mundo, lo hace con singular desenfado á la par que con su reconocida profundidad. ¿Quién se atreverá ahora á censurar como perjudicial la prensa político-religiosa? ¿Quién? Vea V. ¿quién habia de ser? El católico-liberal. Naturalmente se comprende. Como á él le pica la mostaza...

«¡Pero, sus intemperancias!» Es verdad, no negarémos que los redactores católicos suelen ser hombres en carne mortal y no ángeles en forma humana; pueden por lo mismo tener su viveza de genio, y estimulados por la *caridad* con que suelen tratarles sus enemigos, especialmente los católico-liberales, echar alguna vez, como se dice, la capa al toro y caer en alguna fragilidad. No la aplaudimos, ni siquiera tratamos de excusarla. Pero, el que en esto se halle sin pecado lance la primera piedra. Sí, amigo mio, tú mismo que tanto recomiendas la moderacion y la caridad, discutes á menudo con tus adversarios no con razones sino con salivazos y puntapiés, y eres el *veuillotista* más acerbo cuando por algun accidente acierta á subírsete la mosca á las narices, que es muy frecuente. Basta, pues, si no quieres que te lo pruebe con mil citas textuales. El gran Veuillot, finalmente, á propósito de una reconvencion del Papa en que se creyó aludido, fué tan humilde que la insertó en su periódico, la elogió y se declaró comprendido en ella pidiendo perdon á sus adversarios. Nosotros, á pesar de que la reconvencion

del Papa se dirigia á todos, no vimos imitada por los católico-liberales la gloriosa y edificante conducta del *feroz* Veuillot.

«¡Pero esto de que anden los seglares metidos en cosas de Religion!» Esta especie, amigo mio, te la he oido mil veces en son de ataque contra la prensa católica. No tienes razon con ella, amigo mio; no tienes razon. Precisamente los grandes controversistas de la escuela católico-liberal son casi todos seglares, y hablan y discuten de materias religiosas á su modo con el más gentil desembarazo. Seglar eres tú y casado y padre de familias, y en tus conversaciones y escritos tratas filosófica y teológicamente empeñadas cuestiones de Religion, y lo haces á veces con acierto y provecho. Y desde el principio del Cristianismo hubo seglares que escribieron de Religion, y algunos de ellos á pesar de posteriores extravíos han sido incluidos en la lista de los grandes escritores católicos. Recuerda á Orígenes y Tertuliano, que ciertamente no fueron obispos. No; la polémica católica no está vedada al seglar, como se sujete en ella á las condiciones á que debe tambien sujetarse el eclesiástico, es decir, á la sumision á la autoridad de la Iglesia. Recientemente para acabar de desvenecer, amigo mio, tan injustificadas aprensiones, porque en ciertas cosas eres muy aprensivo, tanto como en otras lo eres muy poco, te diré que el Papa acaba de felicitar á Mr. Cárlos Perin, catedrático seglar de la Universidad de Lovaina, por una obra suya titulada: *Las leyes de la sociedad cristiana*, colmándole de merecidos elogios. Y el tal Cárlos Perin no es obispo, amigo mio, sino un buen seglar como tantos otros que á la sombra del Episcopado esgrimen la pluma que Dios les puso en las manos.

Tambien te he oido citar en abono de cierta extraña opinion, nueva en la Iglesia de Dios, ciertos trozos de un Prelado que no nombras, pero que me dices lo fué de Montpeller. No lo dirás por el actual, que no ha escrito lo que tú dices. ¿Diráslo tal vez por un señor Obispo de Montpeller que dió mucho que decir y áun algo que llorar durante el Concilio Vaticano? A propósito de éste, sólo te diré yo, que despues de su actitud en aquellos dias críticos, envióle Dios en su gran misericordia un rayo de luz celestial. Este abrió los ojos al desdichado, el cual renunció su mitra con gran-

des señales de arrepentido. Ya ves, amigo mio, cuán mal haces á la fama de dicho señor y á tu propia buena fe con tu inoportuna cita (1). Y si más aprietas acabaré por decirte, que hasta hoy no sé que haya definido concilio alguno la infalibilidad individual de cada obispo; que lo fueron Nestorio y Jansenio, y no obstante nadie los citará en defensa de la doctrina católica. Item más. Que tu respeto á los Prelados de la Iglesia de Dios es tan probado que hace poco te he oido insultar groseramente á un Obispo catalan, digno de respeto sea cual fuere su opinion política, del cual has dicho en público si trataba ó no de huirse á Francia girando antes allá gruesas sumas, es decir, le has llamado del modo que sueled los periódicos tabernarios, ladron público y estafador. Es verdad que respetas mucho, muchísimo á los Prelados de la Iglesia de Dios.

Basta, amigo mio, que se va haciendo larga la conversacion, y me escuchas ya con señales de impaciencia. ¡Quiera Dios mover tu corazon y alumbrar tu inteligencia para que le conozcas y ames siguiendo en todo con docilidad la voz de nuestra comun Madre, sin rarezas de niño voluntarioso, sin terquedades mujeriles, sin satánicas rebeldías. Mira cuál ha sido la suerte de los amigos de tu juventud, de tus jefes de escuela. Mira con qué fea nota pasarán á la historia del Catolicismo nombres brillantes que sin ella fueran tan esclarecidos. Recuerda al infeliz P. Jacinto, ayer astro católico-liberal, embrutecido hoy en los lodazales de la lujuria sacrílega. Por allí se empieza, por ahí se acaba. Tal vez para abrir los ojos á tanto incauto ha permitido Dios en sus eternos juicios tan horrenda apostasia. ¡Gran Dios! ¡Desde el púlpito de Nuestra Señora de París á los brazos impúdicos de madame Merrimac! ¡Aprende, católico-liberal!

(1) Sólo á causa de esta cita nos hemos visto precisados á escribir tales palabras acerca del Obispo de Montpeller. Si escandalizan á algun católico-liberal, la culpa no será nuestra, sino de los que, temiendo siempre el escándalo de los malos, no reparan en escandalizar á los buenos, aduciendo el testimonio de Prelados de la Iglesia en apoyo de sus extrañas é inconvenientes doctrinas. La caridad que tanto se nos predica obliga en este caso á prevenir á los fieles «para que no se deslumbren, como dice Mons. de Segur, por el brillo de ciertos nombres ni por destellos de modernas reputaciones.»

¿PARA QUÉ SIRVEN LAS MONJAS?

¿PARA QUÉ SIRVEN LAS MONJAS?

I.

OCURRIÓME á mí, neo y ultramontano y oscurantista que soy hasta los tuétanos, echarles á mis buenos lectores hace apenas un año unos cuantos párrafos sobre los frailes, y sé de buena tinta que les hizo gracia á todos la ocurrencia. ¿Cómo no? ¿Qué asunto pudiera serles más simpático á los verdaderos católicos y buenos españoles que ese en que han desplegado tal lujo de saña, de mentira y de impiedad nuestros eternos enemigos?

Pues bien. Idéntico motivo me induce á echar hoy algunos más sobre la sencilla pregunta que he puesto al frente de este opúsculo.

La Revolucion, que tan hostil se ha mostrado en todos tiempos á los Institutos religiosos de varones, no ha mirado con menos prevencion y rencor á los de mujeres, motivo por el cual la monja es á sus ojos tipo poco menos odioso que el aborrecido fraile. Es verdad que no se ha desplegado contra las femeniles tocas el mismo aparato de guerra, no se las ha pintado á las angelicales heroínas de la caridad y de la pureza como conspiradoras contra el órden público, ni se las ha puesto en escena como mónstruos enemigos del género

humano; pero en cambio... ¡qué de cosas no se han dicho sobre la ociosidad de los claustros, sobre la tortura de los votos perpétuos, sobre lo sombrío y tétrico de aquella sepultura de vivos que se llama convento, sobre hijas robadas con astutas maquinaciones al cariño de sus padres, sobre perjuicios causados á la poblacion con tanta virginidad ofrecida á Dios! ¿Quién no ha visto dramas espeluznantes ó leido novelas románticas y sentimentales, en que un lúgubre claustro es prision de una víctima más ó menos interesante, bien como aquellas cautivas princesas que la enferma imaginacion de nuestro inmortal D. Quijote creia vislumbrar en cada venta que por su mal imaginaba ser castillo? ¿Para cuántos y cuántas que conocen el mundo únicamente por lo que han visto en el teatro ó en las entregas á medio real, monja y convento son todavía cosas que les ponen los pelos en punta de puro terror, y prefieren ver muerta mil veces á su hija, ó mal casada, antes que contemplarla al través de aquellas horribles rejas? Conviene, pues, hablar de las monjas como hablámos tiempo atrás de los frailes, desvaneciendo la afectada compasion de los unos y poniendo al descubierto las verdaderas causas del odio rabioso de los otros. Conviene decir, y decirlo muy en alta voz, qué razones tiene la Revolucion para procurar formar sobre este asunto tan densa atmósfera de preocupaciones; qué móvil es el suyo cuando en teatros y novelas, ó saca la monja al ridículo por medio de caricaturas, ó la difama por medio de viles calumnias, ó la pinta como víctima infeliz haciéndola objeto de sentimentales declamaciones. Conviene que se sepa el por qué de esa guerra cruel, con que sin el menor pretexto, por un arranque liberal más despótico que el de los sultanes, se ha lanzado mil veces de sus pacíficas viviendas á las vírgenes del Señor, se han saqueado sus templos, se han desamortizado sus dotes, han sido puestas en mitad de la calle sin asilo ni proteccion sus personas doblemente respetables por la virtud y por la desgracia. Conviene que se examine qué secreto instinto de odio mueve á los revolucionarios contra estas inofensivas mujeres, á quienes nadie ve, á quienes nadie oye, que nada saben de política ni de gobiernos, que á nadie exigen contribucion ni cuestan una lágrima, que son hermanas

nuestras, hijas de nuestras casas, y que sin embargo no les merecen á los enemigos de la fe, ni la consideracion, ni siquiera la tolerancia, ni siquiera el desdeñoso olvido que les merecen las mujeres escandalosas. Sí; examinémoslo todo, veámoslo todo, digámoslo todo; quizá en el fondo hallemos que esa pobre mujer á quien nadie parece hacer caso más que para insultarla, esa *monja* es en la religion y en la sociedad un elemento de primera importancia, con una mision digna, sí, muy digna de las iras que el infierno promueve á todas horas contra ella. Tal vez hallemos que en esto como en todo la Revolucion ¡ah, no! no aborrece sin causa, no aborrece de balde; que harto sabe ella, ó Lucifer que la inspira, cuáles son los puntos á donde debe dirigirse con preferencia el ataque. Y tal vez alguno de nuestros mismos hermanos, que se dejó llevar como tantos de las falsas máximas del siglo, aprenda de ahí á amar, á defender, á venerar estas instituciones cristianas, por lo mismo que el infierno muestra mayor empeño en desprestigiarlas y destruirlas.

II.

La vida religiosa de las mujeres es tan antigua como el Cristianismo, y áun en cierto modo es anterior á él. Pertenece á una de aquellas necesidades que el espíritu humano ha sentido en todos tiempos y en todos climas; así que no es extraño que se encuentren mujeres retiradas del bullicio seglar y dedicadas más especialmente al culto en todas las *Religiones* conocidas, si es lícito llamar con este nombre genérico hasta á los falsos cultos. La sola razon natural ha bastado para conocer que la virtud se cultiva mejor en el silencio y en el recogimiento que en medio de la algazara mundanal, y que la Divinidad se complace en tratar más íntimamente con quien, para dedicársele, ha procurado distraer en lo posible su atencion de los negocios humanos. En efecto. La aspiracion natural del alma que desea no conta-

minarse con el hálito impuro que en torno de sí exhalan las costumbres corrompidas, es sustraerse, aislarse de ellas por medio del recogimiento; y esta separacion, este aislamiento se ha ido á buscar naturalmente á la sombra protectora del altar. Podemos, pues, decir hasta cierto punto que no es el Cristianismo quien ha inventado los claustros. El Cristianismo no ha hecho más que facilitar la satisfaccion á esta dulce exigencia del corazon humano. Así como ha dicho Tertuliano que el alma es naturalmente cristiana, asi podemos afirmar que el corazon virtuoso es de suyo amigo de la soledad y del retiro, como el corrompido es naturalmente amigo del bullicio y de la disipacion.

Sin embargo, ha sucedido con esto como en muchas otras cosas. A pesar de la tendencia naturalmente buena del corazon, la depravacion ocasionada por el pecado original hacia necesario un auxilio exterior que secundase en él aquellos primeros instintos que la caida no alcanzó á borrar por completo, pero que dejó débiles y enflaquecidos. Jesucristo, restaurador del hombre, vió en el fondo de su alma esta necesidad suya, vió las tentativas mil que para satisfacerla completamente se habian ensayado, así entre los judíos como entre los paganos; y fué entonces cuando en su admirable Evangelio marcó un sendero especial para estas almas privilegiadas, y díjoles en cierto modo: «Podeis salvaros con el cumplimiento de mi ley, sin separaros por esto de las vias ordinarias que mi providencia ha señalado á los mortales constituidos en sociedad: mas si anhelais mayor perfeccion, si quereis seguirme más de cerca, si deseais mayor corona en mi reino, emprended vida más ardua y estrecha.» Y dictó además del código normal de los *buenos*, que es para todos, el código excepcional de los que desean ser *mejores*, que es sólo para algunos, es decir, la ley de pobreza voluntaria, de obediencia perfecta y de castidad perpétua. Ley que, no siendo *de sí* obligatoria, viene hacerse tal para el que en virtud del voto se liga á ella. Es, pues, de institucion divina la vida de retiro religioso; la Iglesia no ha hecho despues más que prescribir formas para su más fácil ejercicio. No se busque, pues, en el siglo III ni en el V el orígen de la vida claustral de mujeres. Con el Evangelio fué promulgada al mundo, y

así que empezó á practicarse aquel, fué tambien ella practicada. Vírgenes y viudas quisieron honrarse al punto con el dictado de esposas fieles de aquel Esposo cuyos amores son eternos; y desde entonces las mujeres dedicadas al Señor florecen en la Iglesia como una clase especial y distinta; de ellas se habla en todas las páginas de los primeros Padres; para ellas se legisla en los cánones más antiguos; á ellas se otorgan consideraciones y privilegios que muestran la alta estima en que las tuvieron los primeros fieles. Y desarrollándose cada dia más lozano y frondoso el árbol de la fe, y permitiéndole la paz mayor publicidad y mayor organizacion exterior, hallamos ya en san Basilio noticia de reuniones *(conventus)* de Religiosas bajo la direccion de una más antigua, á quien debian obedecer, y con reglas en todo parecidas á las de los monjes; y nos dice san Juan Crisóstomo que en Egipto las vírgenes consagradas á Dios eran ya en su tiempo tan numerosas como los varones. Es decir, vemos en todo su esplendor la vida monacal de las mujeres apenas sale el Cristianismo de la oscuridad de las catacumbas.

El *velo* era ya entonces muy frecuentemente el distintivo de tales vírgenes ó viudas; traje que tenia por objeto cubrir modestamente la cabeza y el rostro, y que se imponia casi siempre bendecido por manos del Obispo. Otras veces la jóven consagrada ostentaba un anillo precioso, símbolo del místico desposorio que con el celestial Esposo contrajera. Marcelina, hermana de san Ambrosio, recibió tal hábito de manos del Papa Liberio en la iglesia de San Pedro de Roma, la noche de Navidad del año 352. Desde entonces fué tomando cada dia mayor cuerpo la vida claustral de mujeres en la Iglesia de Dios; y al llegar los tiempos del gran legislador de la vida monástica en Occidente, san Benito, adquirió con la influencia de este varon providencial aquel grado de regularidad y fijeza con que la hemos visto llegar hasta nuestros dias.

III.

No es, pues, el espíritu sombrío de la Edad media el que inició la vida claustral de las mujeres, como pretenden algunos con harto desconocimiento de la historia. Es, sí, el espíritu cristiano en su mayor pureza el que hizo florecer en el mundo estos asilos de retiro y mortificacion. ¡Ah! ¡Es dulce y consolador en alto grado ver en los siglos primeros de la fe el afan con que se disputaban el velo santo las damas más encumbradas de la aristocracia romana! Es creible que la misma corrupcion que devoraba las entrañas de aquel vetusto Imperio fué el principal motivo que llevó á la soledad á tantas almas desengañadas ya, ó deseosas de evitar el amargor del desengaño. ¿Qué tiene de particular? Los siglos de mayor disipacion han sido los más poblados de estos santos retiros; que en ninguna parte son tan necesarios los puertos abrigados como en las costas borrascosas. La mujer habia llegado en el paganismo á un grado de envilecimiento moral que nos horroriza cuando lo vemos descrito en sus poetas é historiadores. La matrona romana no conservaba ya de aquella su antigua dignidad doméstica y civil más que el pomposo nombre; en lo demás ¿quién la distinguiera de las mujeres de más vil condicion? Contaba, dice un satírico, los años, más que por el número de cónsules, por el de maridos, y alternaba con las feroces emociones del Circo los muelles pasatiempos del baño y del teatro. Impúdica, cruel, derrochadora, la descendiente de las Porcias y Lucrecias ofrecia al mundo el asqueroso espectáculo de la más completa degradacion de su sexo, que tan brillantemente nos ha pintado el admirable autor de la *Fabiola*. Imaginad, pues, en el seno de esta sociedad corrompida la voz de la Religion anunciando de repente que hay otros goces superiores á los de la sensualidad; que hay emociones más nobles que las de la materia; que el corazon puede saciarse con otros amores que los de

carne y sangre; que hay delicias misteriosas únicamente reservadas á la castidad; que hay medio seguro de conservar una limpieza sin tacha, ó de devolverla al alma por medio del arrepentimiento; que la virginidad tiene prometidas en el cielo sublimes coronas: imaginad, digo, que de repente se proclama en medio de aquel albañal de groseras concupiscencias esta doctrina regeneradora, y que algunas almas intrépidas empiezan á profesarla con pasmo de todo el mundo, dándole el ejemplo, no sólo de que es gloriosa su práctica, sino de que es posible y fácil á la humana miseria, ayudada por la gracia de Dios, y concebiréis cómo en el mismo seno de la inmundicia y de la depravacion pudieron formarse estos verjeles encantados que el cielo miraba con delicia y la tierra con asombro. Así se comprende cómo la vida religiosa fué ya desde el principio eminentemente popular: el mismo exceso del mal general hacíala simpática á los corazones honrados: una reaccion natural contra la corrupcion pagana llevaba los espíritus cristianos á las sublimes austeridades de la mortificacion. Por la misma razon vemos multiplicarse en nuestros dias los Institutos religiosos. A proporcion que crece la inmoralidad, á medida que va infiltrándose en las costumbres un nuevo paganismo, siéntese más la necesidad de lugares que ofrezcan asilo seguro contra tan inmundas oleadas; y la inocencia, no hallando apenas dó fijar con seguridad su planta, corre á refugiarse en estas aberturas del arca de la Iglesia, como hizo en otro tiempo la paloma de Noé.

Mas no es solamente el deseo de mayor seguridad y de vida más recogida la que dió lugar á la vida religiosa de las mujeres. Hay tambien, como móvil principalísimo, la idea de la expiacion por medio del sacrificio.

Es natural, en quien ardientemente ama, el deseo de reparar las injurias inferidas al amado. Este sentimiento ingénito en el corazon humano ha sido en la Religion el gérmen de los actos más heróicos. Nace de ahí la idea de la expiacion, homenaje con que el hombre ha procurado en todos tiempos desagraviar á la Majestad divina ofendida por nuestros excesos. La expiacion más óbvia y natural es la que se ofrece á Dios por medio del castigo de su propio ofensor; la más noble, sin embargo, es la que ofrece un alma justa en

satisfaccion y desagravio por lo que debió pagar otra alma pecadora. Y en esto nada hay que no sea perfectamente lógico. Admitida cierta solidaridad entre todos los miembros que componen la gran familia humana, nos consideramos todos como responsables en comun del atentado que individualmente comete contra Dios uno de nuestros prójimos; responsabilidad que á todos obliga, en cierta manera, á la reparacion debida. Harto sabemos que el mérito y demérito de nuestros actos tocante á nuestro último fin es exclusivamente personal; ¿quién negará sin embargo que hay tambien en los pecados del mundo una como responsabilidad colectiva que á todos alcanza? ¿Acaso las grandes calamidades con que ya en este mundo suele la Providencia castigar la corrupcion general no suponen esta como mancomunidad de merecimientos que así para el mal como para el bien hace de todos nosotros un solo deudor á los ojos de la Justicia divina, además de la cuenta particular que llevará cada uno de por sí ante el divino tribunal?

Pues bien. En este estado de cosas, cuando el ultraje á la soberanía de Dios es más general é irritante, cuando la voz de la iniquidad parece resonar en todo el mundo con mayor insolencia, como si en su insensato orgullo desafiase la cólera justísima de Dios, entonces es cuando ciertas almas escogidas, saliendo, por decirlo así, de la oscuridad en que las envuelve su modestia, alzan el grito de su amor entre los insensatos clamores del odio; y llevando en cierta manera la voz para el bien entre todos sus hermanos, así como los impíos parecen llevarla entre todos y en nombre de todos para el mal, ofrécense como víctimas expiatorias por las iniquidades de todos, así como los malvados atraen con ellas el enojo de Dios sobre las cabezas de todos. Entonces es cuando lo más puro, lo más inocente de entre las almas puras é inocentes, ardiendo en santos deseos de desagraviar á su amor ofendido, se somete no sólo á la privacion de lo vedado, que eso ya parece poco á su ansia de reparacion, sino hasta al sacrificio de los afectos más lícitos, renunciando espontáneamente á lo que la misma ley de Dios no ha prohibido, en voluntaria compensacion de las transgresiones con que aquella misma santa ley ha sido violada.

IV.

¿Y quién no ve en la sublime institucion de los votos religiosos la más perfecta realizacion de esta idea? La vírgen que se consagra á Dios es una víctima inmolada en su presencia con el cuchillo espiritual de los tres votos que la matan para el mundo y para su propia voluntad. Suicidio sublime que el espíritu del siglo rara vez comprende, pero cuya significacion adivinan con intuicion verdaderamente admirable ciertas almas por Dios predestinadas á tan excelso ministerio. Suicidio (no nos espanta repetir esta tremenda palabra), suicidio por el cual se muere hasta á los deseos y afectos del corazon que el mundo reputa más inocentes, desde el momento en que de esos deseos y afectos se ha hecho donacion absoluta, perpétua, exclusiva, al celosísimo Esposo que no consiente se menoscabe en lo más mínimo su integridad. Y ¿quién puede apreciar en todo su valor el precio de esos holocaustos de contínuo ofrecidos á la divina Majestad ofendida, y cuyo suavísimo perfume es poderoso para aplacar la indignacion del Señor? Añadid á esto, que despues del acto sublime en que por la profesion de los tres votos se ha inmolado en presencia del Señor aquella víctima suya escogida; despues del valor de ese don, el más precioso que de lo suyo puede ofrecer criatura alguna á su Hacedor supremo, resta todavía el precio de una vida consagrada toda entera á la austeridad como compensacion del libertinaje del mundo, á los rigores de la penitencia por los excesos que cometen cada dia quienes nunca pensarán en ella, y á las divinas alabanzas, desagravio perenne del contínuo blasfemar con que desde el polvo de su miseria insulta el hombre la Majestad de Dios. ¡Ah! Al pasar junto á la cerca de uno de esos olvidados asilos donde de contínuo se gime, se ora ó se canta, al rededor de los cuales hierve con todo su furor el bullicio y el frenesí de nuestras corrompidas ciu-

dades; al oir la modesta campana que constantemente, á ciertas horas dadas, hace oir su voz que nadie al parecer escucha y nadie se cuida al parecer de obedecer, deteneos un momento, y reflexionad que, gracias á Dios, hay todavía corazones que velan únicamente para el bien, cuando tantos, innumerables, viven sólo para el mal; considerad que hay todavía almas que, oyendo el incesante reto con que se provoca á los cielos, cuidan que en pos de él vuelen á todas horas á aplacarlos la súplica sumisa, la alabanza fervorosa, el encendido afecto de piedad. Y mientras traen fuera de sí al hombre sus placeres, ó sus negocios, ó sus guerras, ó sus ambiciones, está sobre las armas ese ejército permanente de oracion, bien como en la milicia de la tierra guarnece el soldado nuestras fortalezas, y vela y sufre y muere en ellas por la defensa de los intereses de sus hermanos. ¡Ay del mundo si no hubiese quien constantemente por él expiase! Expiacion que es la idea fundamental de toda la vida cristiana, porque ¿qué es en el fondo todo el misterio de la Encarnacion, y su perpetuacion en el mundo por medio de la santa Iglesia, más que una inmensa y divina obra de expiacion por medio de la cual el gran expiador Cristo Dios satisface por todos á la justicia de Dios Padre? Nadie, pues, coopera tan directamente á sus nobilísimos fines como el que se le asocia en esta obra, uniendo á los sufrimientos, méritos y satisfacciones de Él, sus propios méritos, satisfacciones y sufrimientos, desposándose con Él con verdadero y real desposorio de Cruz. ¿Y qué otra cosa es en su verdadero y propio sentido la vida religiosa?

V.

Como si previese la Iglesia las tendencias de menguado positivismo en que iba á entrar la sociedad en los tiempos modernos, preparóse, por decirlo así, á ellas, y conforme á las nuevas necesidades, el Espíritu de Dios, que en aquella

vive constantemente; imprimió tambien nueva direccion á los Institutos religiosos. Los de mujeres participaron de esta tendencia general que caracteriza á los modernos Institutos. Nos explicarémos.

Por elevados y nobilísimos que sean los fines que se propone la Religiosa al consagrarse á Dios en una vida de absoluto recogimiento para la perfeccion de su alma, y de expiacion para reparar en lo posible los desórdenes ajenos; por sublimes que sean estos fines, ó precisamente por serlo muchísimo, no merecen de nuestros tiempos, groseramente materialistas, la consideracion y el aprecio á que son acreedores. Hasta los frutos de la vida interior y sobrenatural quiérese hoy por el siglo que sean exteriores y visibles; los resultados que no se ven con los ojos, y no se palpan con las manos, parecen nulos y de ningun valor á los hijos de nuestra generacion. El espíritu del siglo presenta en este terreno frecuentes batallas á la Iglesia católica, y la Iglesia católica ¡gran gloria es poderlo afirmar! ninguna ha rehusado, y en todas ha salido victoriosa. Concretándonos al caso presente, parece haberles dicho á los hijos del siglo: «¡Qué! ¿me desafiais á que influya en la humana sociedad de un modo que no lo vean solamente los ojos de la fe, sino que lo vean tambien los ojos de la carne? ¿Acusais de estériles y ociosas mis Instituciones, encaminadas principalmente al desprecio del mundo, á la reforma de la vida, á la mortificacion de las pasiones y al constante gemido de desagravio por vuestras iniquidades? Vuestro frio positivismo ¿desconoce todos estos progresos espirituales, la union del alma con Dios, la eficacia de la oracion, la atraccion de gracias celestiales por medio de ella sobre vuestros negocios, familia y tribulaciones? ¿No reconoceis por bueno y útil y beneficioso más que lo que puede figurar en las casillas de los cuadros estadísticos, lo que se suma y lo que se resta en vuestra civilizacion de guarismos? ¿Y creeis que en este terreno no puedo pretender y alcanzar, como en todos, la superioridad y la primacía? Pues á él bajaré, y en él os dejarán asombrados mis victorias.» Dijo así en cierta manera, y lanzó al mundo los Institutos religiosos de beneficencia y de instruccion.

Vióse entonces un espectáculo altamente glorioso. Los Ins-

titutos de vida contemplativa permanecieron conformes á su antiguo espíritu, y algunos de ellos por medio de sábias é inspiradas reformas emprendieron aún más estrecha observancia. La piedad, la vida interior, la union con Dios, la oracion y la alabanza constantes, que son su objeto, no debian desaparecer, ni siquiera sufrir menoscabo; son lo fundamental en el Catolicismo; son el alma de todo lo demás. Pero al lado de estos paraísos terrenales de vida contemplativa, que nunca desaparecerán de la Iglesia de Dios, viéronse aparecer los que podríamos llamar espirituales talleres de la vida activa, que tan grandiosas conquistas iban á realizar en los siglos modernos, para ofrecerlas cual rico botin á los piés de su Madre fecundísima. En los primeros, el apartamiento del siglo era absoluto; en los segundos, iba á trabarse la batalla en medio de la misma confusion del siglo: en aquellos se iba en busca de Dios por el camino de la soledad y del aislamiento; en estos se iba á servir á Dios entregándose del todo al servicio del prójimo. En todos era el objetivo la divina gloria; pero en los unos se deseaba esta gloria principalmente por medio de la santificacion propia, y en los otros por medio de la santificacion propia y de la ajena. En los contemplativos sólo podian apreciarse los resultados con el criterio de la fe, y podia únicamente registrarlos la estadística celestial; en los de vida activa podia hacerse cargo de ellos hasta el espíritu menos favorable al Cristianismo, y sus datos podia calcularlos y examinarlos hasta la estadística seglar más indiferente ó prevenida. No que en los antiguos fuesen olvidados el amor al prójimo y el celo por las obras de caridad: ¿quién no recuerda las escuelas de los monasterios en la Edad media, y los servicios de las Ordenes redentoras de cautivos? Ni que en los modernos se prescinda del cultivo espiritual, y del elemento primario para toda obra cristiana, que es la perfeccion interior del que se dedica á ella: ¿qué diferencia habria entonces entre la beneficencia y la instruccion *láicas*, y la beneficencia y la instruccion religiosas? Sólo, sí, hemos querido hacer notar el carácter dominante, no exclusivo, de cada una de estas dos clases, á fin de que viesen nuestros lectores de qué modo tan providencial se ajusta y amolda la Iglesia católica, sin dejar de ser siempre la misma, á las varias vicisitudes y exigencias de los tiempos.

VI.

Nadie ha hecho esto sino el Catolicismo. Nadie podia hacerlo, ni podia nadie siquiera imaginarlo. Organizar ejércitos de sencillas mujeres en contacto siempre con el mundo y rodeadas siempre del bullicio y miserias de él, y no obstante ajenas á todo lo del mundo, y conservando intacta y limpia su toca angelical, era empresa que sólo podia acometerla la Religion verdadera. Y forzoso es confesar que el mundo moderno ha visto con asombro tal empresa, no sólo acometida, sino perfectamente realizada. Demos una ojeada á nuestro rededor, y admirarémos lo grande de tal espectáculo.

Hay actualmente en el Catolicismo multitud de Institutos de esta clase, en cuya enumeracion detallada no podemos entrar so pena de hacernos interminables. ¿Quién no conoce á la Hermana que recoge los huérfanos y expósitos en nuestras grandes ciudades, haciéndose por la Religion madre tiernísima de aquellos á quienes ha desechado su madre segun la sangre, ó á quienes por la muerte les fué arrebatada? El nombre solo de Casa de Maternidad que llevan esos asilos debiera traernos á todos las lágrimas á los ojos. ¿Quién no ha oido hablar de la otra que en los dias de epidemia se presenta á la cabecera de los apestados sin retribucion material ni afecto alguno humano que la tenga allí ligada, sólo por el amor de Dios á quien se ofreció desde sus juveniles años, y por el amor de un prójimo á quien nunca vió antes, ni ha de ver despues; de quien no aguarda gratitud, sino muchas veces grosero insulto; por quien sufre y hasta muere, sólo porque ve en él á un hermano que á sus fraternales cuidados ha confiado la caridad? Y aquellas otras, vedlas en esos lugares que podrian creerse los menos á propósito para ellas, ¡angelicales criaturas! vedlas en el horror de los campos de batalla sin pestañear ante el cuadro de sangre que hace estremecer á los más valerosos. Tambien tienen allí un puesto de honor,

porque lo tienen donde quiera que haya un gemido que recoger ó una lágrima que enjugar. Ha concluido el espantoso drama: el vencido se ha retirado á ocultar su desastre; el vencedor va orgulloso á ostentar sus laureles; pero uno y otro han dejado en pos de sí un campo de devastacion y de sangre, del cual ha dicho un célebre general que lo más triste que hay, á no ser una gran derrota, es el espectáculo de una gran victoria. En efecto. Vencidos y vencedores yacen confundidos en el lugar que fué teatro de la ignominia de unos y del triunfo de otros. La caridad cristiana, que no reconoce bandos ni distingue nacionalidades, entra entonces en el ejercicio de sus más sublimes derechos. ¡Pobre hijo que pide á voz en grito los auxilios de una madre cariñosa! ¡Pobre hermano que anhelará cerca de sí los cuidados de su hermana! ¡Pobres heridos sin familia, sin hogar, sin el calor de un corazon compasivo despues de las iras de aquella lucha feroz! Mas ¿qué digo? Madre y hermana y familia tendrán aquellos desdichados; madre y hermana y familia, á las que no vencerán en abnegacion y solicitud y blandura las madres y hermanas naturales. Escuchad. Allá lejos, muy lejos, mucho tiempo antes, cuando aquel pobre herido no se creia llamado todavía á empuñar el fusil, preparábale la Providencia amorosa de Dios, preparábale ya el Catolicismo para el dia de su desgracia la madre y la hermana que debia tener á su lado. Allá lejos, muy lejos, en otra provincia, quizá hasta en otra nacion, una muchacha daba un *á Dios* siempre doloroso á sus padres y á su pueblo; abandonábalo todo, parientes, esperanzas del mundo, ilusiones de la juventud, bienes de fortuna, y entraba de novicia en un santo asilo, en el cual no se le brindaba con otros atractivos que con los de la abnegacion y del sacrificio. Y lloraban su padre y su madre al darle el postrer beso, é indignábanse los prudentes del siglo con lo que llamaban dureza de su corazon, y hasta maldecian ¡oh necios! la crueldad de la Religion que roba las hijas al cariño de los padres, é invocaban los derechos de la naturaleza y todos los recursos del sentimiento para evitar aquella separacion. Y murmurábase de eso en los salones y en los talleres, y explotábalo de lo lindo la gacetilla de los periódicos impíos, y pintábalo con desgarradoras tintas la novela revo-

lucionaria, y salia al teatro la infeliz niña como víctima del fanatismo y de los manejos del sacerdote. Y muchos, entre pesarosos y admirados, decian allá entre los suyos: «¡Quiá! ¿Para qué ha de cometer la bobada de hacerse monja la fulanita? ¿Acaso no se puede servir á Dios en el mundo sin amargar la ancianidad de los padres?» Y añadia otro: «Pues yo no sé como el Gobierno no pone en eso la mano y no les impide á los Curas turbar de este modo el sosiego de las familias.» Y uno más sabiondo y filosofador, echándola por otro camino, ponderaba «cómo se disminuye la poblacion con estos abusos del clericalismo, y suspiraba por el dia en que la libertad pondria coto á este absurdo de los *votos contra naturaleza.*» ¡Santo Dios! ¿Quién de mis lectores no ha oido mucho y muchísimo de eso en el mundo que habitamos? Pues bien: á pesar de todo entraba la muchacha ó señorita en el noviciado, y vestia el hábito, y fortalecia su alma con las asperezas de la penitencia, y templaba su corazon juvenil en los incendios del divino amor, para, cuando fuese la hora, lanzarse ardiente, vigorosa, denodada, en busca de las gloriosas hazañas de la caridad. Y llegaba el dia, y sacábanla de su quieto asilo y del pié del tabernáculo órdenes superiores; y jóven, débil, mujer, traíala Dios como por la mano al lado de aquel infeliz herido que necesitaba madre y hermana; y la niña que entre el llanto de unos y las invectivas de otros abandonó un dia á sus padres y hermanos, lo es entonces todo para aquel infeliz desconocido, á quien los suyos no pueden socorrer.

VII.

¿Y no conoceis á aquella otra que lleva el nombre tan dulce de *Hermanita de los pobres?* Esta escogió por objeto de sus caritativos desvelos la ancianidad indigente, la ancianidad desvalida, en la cual tan pocos fijan la atencion; la ancianidad, que tiene todas las necesidades de la infancia con más

un conocimiento completo de su desamparo, que se la hace muy más angustiosa.

Decididamente es ésta una de las obras de misericordia que exigen más paciencia, porque el niño es de suyo simpático, el enfermo y el herido inspiran ya, por su estado, especial interés; pero el pobre viejo es muchas veces repugnante, antipático, ó por su educacion, ó por su malhumor, ó por los hábitos contraidos y en aquella edad ya inmodificables... y sin embargo, estos pobres viejos, á quienes al parecer falta ya todo sobre la tierra, hallan todavía en ella hermanas que les quieren, les miman, que poseen un arte especial para cuidar sus achaques, para endulzar sus melancolías, para hacer que abandonen con la sonrisa en los labios este mundo donde aún, gracias á la Religion, han encontrado dias felices.

Aquellas otras van de casa en casa, asistiendo á domicilio los enfermos á cuya cabecera son llamadas. Existe ya en España esta Institucion, destinada á prestar inapreciables servicios. No examinan préviamente si es pobre ó rica la familia; y una vez en medio de ella, comen lo que les dan, ó comen lo que ellas mismas han traido, ó lo comparten hasta con sus propios asistidos, si se encuentran en necesidad. Velan al lado del enfermo dia y noche, dirigen la administracion de medicamentos, y sostienen la fortaleza en los corazones abatidos por la tribulacion; enjugan el sudor frio del agonizante y las lágrimas de la viuda ó de los huérfanos; y representantes de la Religion, la hacen intervenir con sus divinas austeridades y con sus inefables consuelos allí donde, por desgracia sobrado comun, no habria sido tal vez llamada.

Necesarias fueran muchas páginas para indicar, siquiera someramente, algo de lo mucho que hacen las tan calumniadas y despreciadas monjas en este ramo de caridad pública que se conoce con el nombre de Casas de educacion. Caridad tanto mayor y más excelente que la que se ejerce para con los cuerpos, cuanto es mayor y más digna de la atencion del cristiano la que se ejerce con las almas, librándolas del contagio de las malas ideas y de la corrupcion del siglo por medio de la verdadera y sólida enseñanza católica dada á la niñez, así en los grandes centros de poblacion como en las más reducidas aldeas. Demos una ojeada sobre este cuadro con-

solador, que en tanto grado enaltece y hace gloriosos los Institutos religiosos de mujeres en el presente siglo.

Se nos presentan por de pronto á la vista los suntuosos colegios que para la educacion que llamarémos superior han levantado varias Congregaciones religiosas. Hay en el mundo una clase de miseria dorada con los esplendores de la más fastuosa opulencia; miseria digna de llamar la atencion del cristiano tanto como la que suele horrorizarnos tal vez en la clase proletaria y trabajadora. Esta miseria de salon, tanto ó más repugnante que la de bohardilla ó de taller, es horrible en muchas familias. Olvido completo de Dios, desconocimiento casi absoluto de su ley, un verdadero paganismo en las ideas y en las costumbres, culto ridículo de la frivolidad y de los más necios caprichos del mundo, hé aquí las pobrezas morales que se esconden muy á menudo bajo el oropel de suntuosos trajes y de magníficos palacios. Lo que sobre tales fundamentos suele edificarse; lo que es la educacion de la muchacha en atmósfera tan viciada; lo que pueden enseñar á sus hijas, madres cuyo único afan es el de obtener en la sociedad lisonjas, ó padres dedicados sólo á realizar colosales fortunas ó escalar puestos elevados, harto lo sabe quien haya tratado tales familias, ó puede figurárselo cualquiera con sólo conocer lo que da de sí la pobre naturaleza humana guiada por tan malos consejeros. Ahora bien. Tales ricos necesitan limosna, sí, limosna más que los pobres, aunque no la necesiten de ropas ni de dinero. Necesitan limosna de sanas doctrinas, de buenos consejos, de edificantes ejemplos; y necesitan quien se la dé del modo que sólo pueden ellos recibirla. A este fin se la da la Religiosa consagrada por sus votos á este delicado ministerio. Se la da envuelta con la propia educacion seglar que tales familias necesitan; se la da con el estudio de las finas labores y del piano, de los idiomas, de la pintura, de la esmerada urbanidad, cristianizando todo esto, aromatizándolo con el perfume de la piedad, y contrapesando su frivolidad y poca consistencia con el recuerdo de los austeros deberes católicos y con la práctica rígida de los ejercicios espirituales. Y como entre las familias que nadan en la opulencia las hay tambien firme y severamente cristianas, que mandan tambien sus hijas á tales casas

de educacion, el contacto de éstas con las procedentes de familia menos piadosa ejerce con ellas el irresistible apostolado del buen ejemplo. ¡Cuántas familias han recibido por este conducto la luz de la fe y de la gracia divina! ¡Cuántas madres locas han entrado en razon por el incentivo de la hija que trajo al hogar las santas máximas y prácticas del colegio de Religiosas!

Considerad ahora que esta influencia decisiva de la Religiosa en la familia moderna está organizada hoy en todas las clases sociales del mismo modo que acabamos de describirla en las superiores. Si hay, en efecto, casas de educacion religiosa para las hijas de los príncipes y de las duquesas, las hay tambien para las de la clase media y de la clase inferior. Nuestras poblaciones de segundo y tercer órden están dotadas de tales Institutos, y en ellos fia la Religion su más poderosa esperanza para la educacion católica de la mujer y subsiguiente conservacion del Catolicismo en el hogar doméstico. Y sigue la escala de tan benéfica Institucion acomodándose á todas las clases sociales hasta tocar á las humildes *Hermanas* que de dos en dos, ó de cuatro en cuatro, son enviadas hasta nuestros más arrinconados villorrios, donde con una subvencion insignificante, y bajo el techo de la más desmalazada casucha, abren su pobre escuela y educan allí en la ciencia de Dios y en las letras y labores á las hijas del artesano y del labriego; humildes misioneras de la cultura moral de aquellos olvidados pueblos, á los cuales regeneran con el ejemplo de sus virtudes, no menos que con su instruccion en las tareas de su sexo.

Así sucede que en nuestro siglo, cuando por general consigna del infierno se levanta en todas partes fiera batalla contra la educacion religiosa, ponderándose por los revolucionarios las excelencias de la que se llama *láica*, por miedo á llamarla, como se debiera, atea; en nuestro siglo, digo, ha organizado Dios de tal suerte la educacion de la mujer por medio de estas mil Instituciones religiosas que han brotado de su Iglesia, que en ninguna parte faltan elementos aptos para darla con fruto, sin que sean obstáculo, ó lo encumbrado de la posicion social, por temor de no hallarla á la altura de sus exigencias, ó lo humilde de la condicion popular, por

no tenerla acomodada á sus más comunes necesidades. De suerte que la Revolucion tiene razon en eso, si en algo puede tenerla; tiene razon en odiar profunda y cordialmente á la monjita, al parecer inofensiva, que á la chiticallando le está sosteniendo en ese terreno una lucha tenaz y eficacísima. Tiene razon la Revolucion, y ya no extrañamos que para salir del riesgo en que ponen sus conquistas estos oscuros soldados apele al brutal é inconsecuente principio de la *enseñanza láica y obligatoria*, que es hoy su programa en casi toda Europa. Obligatoria, es decir, que no pueda eximirse de hacerla dar á su hijo ó hija ningun padre ó madre; láica, es decir, que deba darla bajo la inspiracion única del Estado anticatólico un profesor ó profesora cualquiera, con tal que no ostente hábito religioso. De modo que lo que busca la Revolucion con eso no es la mayor ilustracion del pueblo, sino el que esa ilustracion no le venga por el conducto asegurado y de confianza que tienen los padres en el Religioso y en la Religiosa. Debe sin duda de estremecerse de coraje el infierno viendo á sus propios adeptos, descreidos y sin Dios, confiar, á pesar de todo, los pedazos de su corazon á los santos cuidados de la monja antes que á los de otra mujer, por parecerles que ofrecen más garantía de éxito las tocas de aquella que los solos títulos académicos y profesionales de ésta: debe de rugir de indignacion el demonio viendo que hasta los jefes de los clubs, los periodistas demagogos, los demoledores de templos, los posesores de bienes sagrados mandan tal vez al convento sus muchachas, inconscientemente enamorados de la santidad misma de la Religion á quien blasfeman, y casan luego sus hijos con jóvenes educadas en tales seminarios de piedad, metiendo así en sus casas apóstoles femeninos que arraiguen en el corazon de las futuras generaciones la fe que ellos se esfuerzan en arrancar de todas partes. Así se explica el furor de la secta contra la educacion de la monja; así se comprende que haya hombres cínicamente consagrados á la innoble tarea de calumniarla.

Pues bien. Todo eso debe ser para nosotros razon de más que nos obligue á tener en gran concepto á esos ángeles de la educacion cristiana y á fomentar por todos los medios posibles el aumento de sus casas. Allí donde existe una de

ellas debemos favorecerla á todo trance; allí donde no existe, debemos procurar de todos modos que se establezca. Es el mayor disgusto que podemos dar á la impiedad, y en pocas obras de mayor gloria á Dios podemos emplear nuestras limosnas ó influencia. Pueblos enteros han debido un cambio total en sus costumbres á la presencia en ellos de dos pobres *Hermanas* para la educacion de las muchachas, que por de pronto son apóstoles de sus padres, mientras se preparan para serlo más tarde de sus hijos.

VIII.

Por lo dicho hasta aquí se comprenderá perfectamente lo injusto de las acusaciones que contra las Comunidades religiosas de mujeres lanza á todas horas el fanatismo de la incredulidad y que procurarémos nosotros condensar aquí en breves pinceladas.

«Centros de holgazanería, los llama aquel economista estirado, que de sus profundas teorías sobre la produccion y el consumo ha sacado en limpio que aprovecharía más en el solar de cada convento una fábrica, almacen, remonta de ganado ó cosa así. Pero el tal infeliz ha olvidado, en medio de su anhelo por el bienestar de los pueblos, que la sociedad necesita no sólo de los artículos que se compran y se venden, sino de otra porcion de frioleras que no por no poder exhibirse ni ganar medallas en Exposicion universal, dejan de tener algun valor é importancia. Tales son las oraciones públicas y privadas, los buenos ejemplos, los consuelos de la piedad, las obras de misericordia. Tales materias no suelen, es verdad, cotizarse á precio alguno en el mercado de esta vida; pero se cotizan muy alto en el tribunal de Dios y en la conciencia de todos los hombres cristianos. De tales productos no se ocupa poco ni mucho la *ciencia económica* del siglo brutalmente materialista; pero se ocupa, sí, la ciencia de las almas, que nos parece algo más noble, áun

humanamente hablando, que la de los hilos y algodones y cruzamientos de razas. Centros de holgazanería se atreve á llamar á los conventos el discípulo de tal escuela; nosotros sólo nos atraverémos á preguntarle si van á ellos las holgazanas del siglo en busca de regalo y comodidades, ó si van, al revés, á otros y otros centros que al ilustrado economista no le parecen tan dignos de censura como el despreciable y despreciado convento. Mientras veamos que las gentes del mundo, dedicadas al culto y regalo de su importante persona, no van en tropel á pedir al claustro y á sus silenciosos corredores pasatiempo, distraccion, muelles diversiones; mientras veamos que las gentes que lo entienden prefieren para holgar y gozar los dorados salones, los espléndidos teatros, los concurridos paseos, las sabrosísimas tertulias, al silencio y recogida actividad de las casas religiosas, no, no podemos acabarnos de convencer de que el convento sea lugar de holganza y de buena vida y nada más, como tanto se esfuerzan en ponderarlo sus decididos adversarios. No; creemos le serian más favorables si así fuese. Creemos les mereceria otro respeto, y dirian entonces esos señores que hoy encuentran inútil la vida religiosa: «Pues qué, ¿no ha de poder vivir una mujer á sus anchas y con toda comodidad si tiene con que costearse este capricho? Dejen Vds. á esas señoras que campen como mejor les cuadre, que para eso tenemos asegurada por las leyes nuestra libertad.» Así dirian si los conventos fuesen casas de recreo y no de austeridad; así dirian, y les oiria el público con aplauso, y nadie se meteria con la monja, así como nadie se mete con la mala mujer que vive de lo suyo y de lo ajeno, como no moleste con ruidos á la vecindad. Es verdad que ésta tiene garantida por la ley su infame industria. La monja, si fuese como ella, mereceria igual proteccion. ¡Oh! ¡si la monja fuese holgazana, y mejor si fuese corrompida! ¡cierto! no necesitaria nuestras pobres defensas á los ojos de la civilizacion actual.

«Horrible cárcel» se le antoja á otro el convento, así como á aquel se le figuró casa de disipacion y de vida regalona. ¡Vaya V. á poner acordes estos dos contrarios puntos de vista de la crítica liberal! Horrible cárcel, os dirán, donde

tras férreas rejas gimen dia y noche víctimas inocentes arrebatas al cariño de los padres y á los goces del mundo por el fanatismo ultramontano. ¿Quién pudiera pintar con sus verdaderos colores lo execrable de esos lazos con que se ha ligado en temprana edad un corazon inexperto, arrancándose dolorosamente á la familia, á las esperanzas del siglo, á sus propias ilusiones? ¡Ah! sí, verdaderamente, todo esto es lúgubre, trágico, tremebundo, sobre todo si se le dan por fondo á este cuadro macizas pilastras de piedra, góticos corredores, sombrías arcadas alumbradas por la luna, y una campana doblando pausadamente como voz de la eternidad que pronuncia el inexorable *lasciate ogni speranza* sobre aquella tumba de vivos. Asi plugo á ciertos románticos figurarse el convento; así nos pintan por ahí en novelas y romances de ciego á la sin par cuanto desventurada Heloisa. Y si á la parte exterior del muro, hecho perenne guarda-canton del edificio, se coloca para mejor contraste la figura del sentimental Abelardo, ¡oh! el efecto es entonces completo, y no hay corazon á quien no quiebren de pena y no hagan saltar de indignacion tan monstruosas tiranías.

Pero da la casualidad de que la pintura tan galanamente ejecutada en nada se parece al original. Hoy ¡gracias á la misma Revolucion! todo el mundo ha podido ya enterarse cómodamente de los horrores del convento tan explotados por el drama y la novela. Los misterios han dejado de serlo. En efecto. Aquellas tumbas de vivos, aquellas tétricas mansiones de la Edad media, aquellas torres de princesas encantadas, han merecido siempre una mirada compasiva de los Quijotes de la Revolucion, asi que ésta ha podido permitirse alguno de sus acostumbrados desahogos. Al grito de ¡Viva la libertad! se han descorrido los cerrojos de los conventos y han rodado aquellas pesadas puertas que, como las del sepulcro, sólo una vez se abren y se cierran sobre cada una de las allí emparedadas víctimas. Más aún. La piqueta libertadora ha echado abajo los muros, rejas y locutorios, y el sol de la ilustracion moderna ha entrado por fin de lleno en aquellos tenebrosos recintos. ¿Y qué? ¿Aquellas desventuradas hijas del pueblo se han apresurado á saludar quizás gozosas á sus heróicos libertadores, y han echado por esas ca-

lles y plazas en busca del aire y de la luz que diz tanto tiempo há se las negaba, y rompiendo con fanáticas preocupaciones y desentendiéndose de velos y tocas, se han apresurado á vivir la vida libre que les brindaba generosa toda suerte de atractivos? ¿Habrá sucedido todo esto, no es verdad? Dígalo el pueblo español, que ha podido presenciar tales escenas distintas veces en lo que va de siglo. Dígalo el pueblo, que ha visto á las pobres monjas abandonar llorando y desoladas el nido de sus místicos amores; dígalo el pueblo, que ha visto á los bajaes de la Revolucion precisados á dictar órdenes terminantes de desocupo en el plazo de veinticuatro horas: ¡graciosa cárcel donde hay que señalar plazos á los presos para que la evacuen! Dígalo el pueblo, que ha visto á las cuitadas rendidas y suplicantes, á los piés de sus verdugos, implorar abrazando sus rodillas la gracia, la única gracia de poder morir en la amada soledad; dígalo el pueblo, que ha contemplado cómo unido y compacto aquel débil rebaño se trasladaba á otro asilo á continuar su vida de austeridad, hasta que menguada algun tanto la tormenta se concediese á las prisioneras besar otra vez las pilastras y baldosas de su horrible cautiverio. Diga el pueblo, ó mejor diga la Revolucion, más interesada en saberlo y publicarlo, diga los nombres de las que se han aprovechado de la libertad que se les impuso á la fuerza, ¡graciosa libertad! diga el número de las que han dado por anulados sus votos; diga cuáles han sido las que no han volado otra vez á encerrarse en su misterioso retiro cuando ha cesado la persecucion. Diga si no son á docenas y á centenares las jóvenes que tras cada una de estas borrascas piden un lugar en estos asilos sin acabar de escarmentar de su manía á la vista de los peligros que han corrido sus hermanas, ó mejor del naufragio que han padecido sus dotes y sus fincas, que ahí está, segun malas lenguas, el ideal generoso de los libertadores de monjas oprimidas; diga si faltan nunca muchachas pretendientes al hábito y á la clausura, sin que espeluznen á las hijas de nuestro pueblo las romantiquerías que han escrito en prosa y en verso sobre los horrores del claustro periodistas y autores de melodrama. Diga si aún hoy que la inmoralidad corroe nuestras costumbres, aún hoy que se ha hecho de moda hacer asco de

todo lo que huele á piedad y Religion, aún hoy que la vida del claustro está expuesta á tantos azares, ha debido cerrarse ninguna casa religiosa por falta de personal, ó si son más bien muchísimas las que en todas las comarcas de España se establecen todos los dias. Señal de que el pueblo, el verdadero pueblo, sabe perfectamente á qué atenerse tocante á lo mucho malo y espantosamente trágico que se le ha dicho de los conventos y de sus víctimas.

IX.

«El absurdo de los votos contra la naturaleza» es otro de los socorridos temas con que se combate comunmente en el mundo la vida religiosa de mujeres. Vamos á examinar esta cuestion como las demás, á ver qué da de sí bajo el punto de vista del buen sentido cristiano.

Absurdo se llama que una mujer ligue su corazon á Dios con perpétuo voto, obligándose á guardar castidad toda la vida, y á no dedicar más que á Él sus afectos. Y anda tan válida entre ciertas gentes esta opinion, que transigirian gustosas con lo demás de la vida claustral, con tal que la Iglesia admitiese un temperamento que aflojase algo la severidad de esta su austera ley. Los tales no pueden asistir á la ceremonia de una profesion religiosa sin que les hiele la sangre su imponente majestad; en cada novicia que pronuncia sus juramentos no saben ver más que una engañada ó una imprudente; se les figura al instante el horror de su situacion, si un dia le ocurre arrepentirse de sus terribles promesas; y para prevenir esta atroz contingencia desearan se aboliesen los votos perpétuos de la disciplina eclesiástica actual, como una de tantas exageraciones ultramontanas. Y como las declamaciones humanitarias y sentimentales son las que más boga alcanzan en este siglo de molicie y enervamiento de caractéres, de ahí que los autores de tales invectivas contra los votos religiosos hallen casi siempre eco en la masa gene-

ral de las personas poco aficionadas á reflexionar en serio sobre estas materias, y áun entre no pocas de las que parecen piadosas á ratos, aunque á ratos tambien dejan muchas veces de parecerlo.

Nosotros, acostumbrados á mirar desde luego la cuestion por su lado más práctico, preguntarémos solamente: ¿Qué es el voto religioso? Respuesta de todos sabida. Es una promesa hecha á Dios. Ahora bien. Si es absurda una promesa hecha á Dios, ha de serlo tambien por precision toda promesa hecha á los hombres. Examinemos, pues, ahora cómo considera la crítica revolucionaria análogos actos, y si luego combate con el furor que vemos los votos religiosos, la tendrémos convicta de parcialidad y mala fe, y de consiguiente desenmascarada.

Un contrato cualquiera entre dos personas, de las cuales una vende y otra compra á perpetuidad una finca, es en el fondo un voto que la primera hace á la segunda de respetarla en la posesion de aquellos bienes que hasta entonces mirara como propios, y que desde aquel momento habrá de mirar como ajenos. Aquella firma que se estampa al pié de la escritura de venta es *un voto* que se pronuncia ante la sociedad. Y no caben ya allí retractacion ni arrepentimiento. Por más que hayan pasado despues las circunstancias apremiantes que pusieron al vendedor en la necesidad de desprenderse de aquel objeto; por más que estén vinculados á éste recuerdos de familia, afectos casi sagrados; por más que la venta aparezca acto forzoso y no voluntario, y mucho ménos espontáneo, aquel voto forzado es inquebrantable, y la sociedad no relevará de su obligacion al que lo firmó, por más que salgan á abogar en favor de él todos los corazones sensibles y todos los pechos humanitarios.

El soldado que jura su bandera, bien sea por eleccion espontánea de esta profesion, bien porque le llame y obligue la patria á este servicio, al pronunciar bajo la hoja de la espada aquel juramento, en prenda del cual ofrece su honor y su vida, no hace más ni menos que un voto. Y ¡cuidado si tiene dificultades y peligros el cumplimiento de este voto militar! Obediencia ciega á jefes que pueden mandar sin tener que explicar la razon de sus mandatos; corneta en vez

de campana; marchas forzadas en vez de horas de coro; sangrientos castigos en vez de las mortificaciones de la penitencia; heridas, estrago, muerte, en vez de las pacíficas ocupaciones del coro, de la oracion, de la enseñanza y de la caridad. Y estos votos merecen consideracion á todo el mundo, y los mira como honrosa profesion el mismo impío, y encontraria irracional y ridículo el que se pensase en atacar la existencia de ellos, puesto que proporcionan á la patria y á la ley nobles y heróicos defensores. ¡Y son votos! ¡Y son votos perpétuos muchas veces! ¡Y son votos bajo pena de muerte!

Un hombre y una mujer se dan la mano al pié del altar, y se ligan uno á otro sus dos corazones con pacto indisoluble. Aquella mujer no puede ser de otro hombre, á no mediar la muerte del primero. Aquel hombre no puede ser de otra mujer, á no desaparecer de la vida la que aquel dia llamó suya. Ambos han de dedicarse mútuamente toda su existencia, compartir penas y goces, poseerse exclusivamente. Ni enfermedad repugnante, ni larga ausencia, ni conducta ruin, ni genios encontrados, ni consideracion alguna de interés, de afecto ó de conveniencia podrán romper aquellos lazos tan firmemente apretados. Es un voto con que aquel hombre se ha entregado á aquella mujer; es un voto con que aquella mujer se ha entregado á aquel hombre. Podrá sufrir el corazon, menoscabarse la hacienda, perjudicarse la salud; como no se pierda la vida, el voto tremendo quedará en pié, y Dios y la sociedad lanzarán á una su anatema sobre el ó la infeliz que se haya creido con derecho á profanar sus sagrados deberes. Y si mañana el desencanto sucede á la ilusion, el odio á los apasionados amores, la víctima tendrá derecho á la compasion, eso sí; pero no á que se la libre del yugo que el matrimonio impuso sobre su conciencia. ¡Terribles votos! ¡espantosos votos!

Y tales votos son á los ojos de todos la cosa más natural, porque se les considera principalmente bajo el punto de vista de su conveniencia humana. ¿Qué fuera, en efecto, de una venta que pudiese mañana rescindirse, de un oficial que pudiese en la hora del peligro abandonar sin deshonra sus banderas, del lazo conyugal que el antojo de uno de los cónyu-

gès pudiese á cualquiera hora disolver? Y es claro: tienen razon los que así discurren. Pero, ¿cómo no aplican igual criterio á las obligaciones que se contraen en nombre de la Religion, cuando respetan las que se contraen muchas veces en nombre de meras conveniencias humanas? ¿Sabeis por qué? Porque no les dicta á ciertos filósofos su raciocinio la filosofía, sino la prevencion más atroz contra todo lo cristiano; porque se tiene una lógica para usos profanos y otra para usos sagrados, ó mejor, para éstos no se tiene lógica alguna; porque los que más blasonan de querer sujetarlo todo á los frios dictámenes de la razon, son al tratar de ciertos asuntos quienes saben mostrarse menos razonadores.

No sé si han reflexionado bastante sobre los misterios del corazon humano los que tan implacables se muestran contra el voto religioso, así en los Institutos de hombres como en los de mujeres. Ensayemos aquí algunas consideraciones sobre este punto, que es sin duda el más interesante por ser el más fundamental en la presente materia.

¿Qué ha hecho la Religion cuando ha impuesto á determinados géneros de vida espiritual la obligacion de que fuesen sancionados con voto solemne? Ha hecho en sustancia no más que proporcionar al cristiano un poderoso reparo ó preventivo contra las veleidades é inconstancias de su propio corazon. Se puede ser casto toda la vida sin el voto de castidad; concedido: se pueden practicar rigurosamente la obediencia y la pobreza sin haberlas nunca prometido solemnemente; es cierto. Pero tambien es cierto que las indicadas virtudes son más fáciles de conservar, así robustecidas con el voto, que si se hubiese dejado libre su ejercicio á la eleccion caprichosa de cada uno de los momentos de la vida. La cadena del voto, que cadena es, y no nos espanta la propiedad de esta palabra, la cadena del voto hace raras no pocas tentaciones que sin ella serian frecuentes, serian cotidianas. La sola idea de que puedo desistir hoy ó mañana de lo que ayer propuse, la sola idea de que aquello al fin pende de mi voluntad, bastará para producir en mi corazon violentos deseos, que, una vez tolerados, se harán luego imperiosos y rendirán despóticamente el corazon más bien dispuesto. El voto, excluyendo de mi imaginacion hasta la más remota po-

sibilidad moral de ciertas condescendencias, me da por de contado una fijeza y solidez que por sí solas constituyen ya mi mejor defensa.

Algunos ejemplos tenemos á la vista en casos de otra índole que nos harán comprender perfectamente la razon de lo que estamos diciendo.

Ahí está la milicia, que por la austeridad de sus deberes y por lo arduo de ellos tiene mucha semejanza con una religion. Quitad á esa clase el juramento y el honor, que son los dos vínculos poderosos que ligan á sus individuos; quitadles esos dos compromisos solemnes que tanto se parecen al voto solemne de la Religion, y, os lo aseguro, por muy retribuida que sea la profesion de las armas, por gloriosos ascensos que se ofrezcan en ella, por terribles castigos que se impongan al ciudadano cobarde ó traidor, pocos serán los que resistan á las penalidades y azares de una campaña, nadie habrá que se lance á una brecha ó á una trinchera, donde las mayores probabilidades son de perecer. ¿Por qué, pues, ahora ni le ocurre siquiera al buen militar la idea de retirarse al reposo de su casa cuando amenaza guerra formal; por qué ni siquiera le asalta la tentacion de volver las espaldas al enemigo en empeñado combate? La razon es evidente. Porque el lazo severo con que ligó su voluntad al entrar en la carrera, no le permite pensar en la posibilidad siquiera de tan baja accion. El voto que le liga con la patria (áun cuando no piense en la obligacion que le impone la ley divina) le hace superior á las flaquezas de la naturaleza, que de suyo siente forzosamente horror á las penalidades y á la muerte. Dejad que no tenga este poderoso vínculo moral; dejad que en vísperas de una accion empeñada pueda cada cual discutir consigo mismo si es mejor aventurar la vida en ella, ó dedicarse á negocio menos expuesto. De muchos que sometan este asunto á la balanza de su criterio libre, pocos serán los que se resuelvan al sacrificio de la vida, por más que se lo exijan los altos intereses de la nacion ó de la idea que defiende.

Suponed que los matrimonios sean disolubles al arbitrio de los cónyuges y por cualquier leve disgusto. Millares de esposos que hoy viven perfectamente en paz, tolerándose

con paciencia los mútuos defectos, inseparable herencia del corazon humano, sentiránse tentados á separarse por la menor friolera desde el momento en que esta separacion ha dejado de parecerles imposible. El mal humor de un momento, una pasion cualquiera no contrariada por el sentimiento del deber, un chisme de un mal intencionado, producirán en el hogar doméstico rupturas y escándalos que hoy se ahogan en gérmen con sólo traer á la memoria lo sagrado de la ley que liga *perpétuamente* á aquel hombre con aquella mujer y á aquella mujer con aquel hombre.

Aplicad estas consideraciones á la cuestion que estamos tratando. ¡Ay de quien ha de deliberar consigo mismo todos los dias si seguirá ó no seguirá en el ejercicio de tal ó cual virtud! ¡ay del que no cierra inmediatamente la puerta á esas discusiones embrolladoras que introducen el vértigo y la vacilacion en los espíritus más firmes! El demonio se contenta casi siempre con que nos prestemos á discutir con él. Así que logra traernos á ese terreno de libre discusion tiene segura la victoria, que por esto es tan amigo del parlamentarismo. Quien no tenga á todos momentos prevenido el *vade retro,* el ¡atrás! del Evangelio para echárselo en cara como única contestacion, dése infaliblemente por vencido. Hé aquí lo que produce el voto religioso. Hace indiscutible para la conciencia cristiana lo que el enemigo tendria interés en poner frecuentemente á discusion; cierra de rondon la puerta ó antojos que sin él se harian exigentes y luego avasalladores; produce un estado de tranquilidad moral, en vez de la lucha y de la indecision que acompaña ordinariamente á nuestras obras libres; aumenta el mérito de estas mismas obras por el sello de inmolacion y de voluntario sacrificio con que las adorna. Voluntario hemos dicho, porque ¿quién duda que los actos verificados á consecuencia de un voto son los más eminentemente voluntarios? Oigamos á nuestro esclarecido Balmes sobre esta materia:

«Los que han condenado esa necesidad que el hombre se impone á sí mismo é invocado en contra los derechos de la libertad, olvidan al parecer que ese esfuerzo en hacerse esclavo del bien, en encadenar su propio porvenir, á más del sublime desprendimiento que supone, es el ejercicio más la-

to que puede hacerse de la libertad. En un solo acto el hombre dispone de toda su vida; y cuando va cumpliendo los deberes que de este acto resultan, cumplen tambien su voluntad propia. Pero, se nos dirá, «el hombre es tan inconstante...» Pues, para prevenir los efectos de esa inconstancia se liga con voto; y midiendo de una ojeada las eventualidades del porvenir se hace superior á ellas, y de antemano las domina. Pero, se replicará, «entonces el bien se hace por «obligacion, es decir, por una especie de necesidad.» Es cierto, mas ¿no sabeis que la necesidad de hacer bien es una necesidad feliz y que asemeja en algun modo el hombre á Dios? ¿Ignorais que la Bondad infinita es incapaz de obrar mal, y que la Santidad infinita no puede hacer nada que no sea santo? ¿No recordais aquella admirable doctrina de los teólogos que, explicando por qué el sér criado es capaz de pecar, señalan la profunda razon, diciendo que esto procede de que la criatura ha salido de la nada? Cuando el hombre se fuerza, en cuanto le es posible, á obrar bien, cuando esclaviza de esta suerte su voluntad, entonces la ennoblece, se asemeja más á Dios y se acerca al estado de los bienaventurados, que no disfrutan de la triste libertad de obrar mal, que tienen la dichosa necesidad de amar al Sumo Bien.»

X.

Concluyamos. Nadie desprecié á las monjas. La Revolucion, que sabe harto lo que hace, y que conoce bien á quien debe aborrecer, las recomienda con su odio á nuestra estimacion y respeto. Vedlo: contra la monja, lo mismo que contra el fraile, se decretan la persecucion, el despojo, los más inicuos atropellos; contra ella vibra sus envenenadas calumnias el periodista sectario; contra ella publica páginas difamadoras la novela impía. Ahí teneis la medida de su valer, el termómetro de su verdadera importancia religiosa y social. Amadla como la odian los enemigos de Dios.

Nació la vida monástica de la mujer al pié de la cruz, que al rehabilitar á la desdichada compañera del hombre que éste habia hecho su esclava y su juguete, la asoció á la empresa de la Redencion por medio del tipo sublime de su sexo, María santísima, y por medio de las altisimas obras de oracion, de penitencia y de caridad á que le mostró capaz de elevarse. Angel humano fué desde entonces la mujer cristiana, ennoblecida por la aureola de la virginidad; ángel para cantar himnos á Dios; ángel para rogar y sufrir por sus hermanos; ángel para calmar y endulzar sus amarguras. Y de tales ángeles apareció poblado de repente el mundo, que antes no habia logrado más que entrever y vislumbrar confusamente su posibilidad; y de tales ángeles fueron deliciosos paraísos, que brotaron como por encanto en todas partes, el monasterio y el convento.

Desde entonces á cada nueva necesidad religiosa y social ha deparado Dios eficaz medicina en un Instituto religioso de mujeres, y ellas han sido á par de los hombres, en lo que es compatible con su sexo, apóstoles, mártires, maestros; en una palabra, casi todo lo que hay que ser en órden á la gloria de Dios, al bien de los hombres y al fomento de la civilizacion cristiana.

¿Encendiéronse guerras espantosas, corrió á torrentes la sangre, sembró la espada el llanto y la desolacion? La monja no faltó en el campo de batalla para suavizar su horrores.

¿Viéronse privados de madre séres á quienes abandonó la suya natural, y en triste orfandad peligró su vida física lo mismo que su salvacion eterna? La monja fué madre de tales desventurados, y la casa de las vírgenes cristianas, por un glorioso contraste de palabras que el paganismo no hubiera comprendido, fué llamada *Casa de Maternidad*.

¿Vióse con espanto confiarse la educacion y la instruccion públicas á personas que tal vez no inspiraron á la familia cristiana suficiente seguridad de ortodoxia y de intachable moralidad? ¿Deseóse mejor garantía de confianza que la que puede dar á las conciencias delicadas un simple título expedido por el Estado, hoy tan poco escrupuloso? La monja fué entonces maestra, y desde los más populosos centros de cultura hasta las más escondidas aldeas, la casa de la monja fué escuela, como antes habia sido casa de beneficencia.

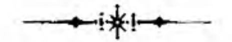
Solícitas abejas de la civilizacion verdadera en todos sus ramos y aspectos, véselas incansables en el trabajo de esta su gloriosa colmena. Nuestro siglo las ve con asombro suyo multiplicarse en todas partes, á proporcion que se multiplican las necesidades. Nuevos Institutos brotan como por encanto de este suelo de Europa abrasado por la lava de las revoluciones; miles de doncellas acuden cada dia á refugiarse á esos asilos de pureza, atraidas por el aroma de la virtud y anhelosas de militar en la lucha general de todo lo bueno, lo noble y lo puro, contra todo lo corrompido, perverso y brutal que se disputan el dominio de las modernas sociedades. ¡Singular rareza! ¡Nunca se habló tanto como hoy contra la monja, y nunca abundó tanto la monja como hoy, y nunca fué como hoy la monja tan popular! ¡Nunca pareció á los ojos del mundo más dura la ley del voto, y nunca, sin embargo, fueron más numerosas las almas deseosas de encadenar todo su sér con él! Providencial es el desarrollo del espíritu religioso regular en la mujer de nuestro siglo, como providencial es el nuevo vigor que se observa en los Institutos regulares de hombres. ¡Ayudemos en esto como en todo á la obra de la Providencia! Apoyemos á las monjas, defendámoslas, secundémoslas, no nos hagamos cómplices de la Revolucion con ridículas prevenciones! Establezcamos casas de monjas donde no estén y pueda lograrlo nuestra influencia; ayudémoslas donde las hayamos encontrado establecidas. Padres y madres: son ellas las mejores amigas de vuestras hijas, las mejores maestras de recato, de respeto y de laboriosidad. Hijas: son las mejores consejeras de vuestros padres y madres. Sacerdotes: son vuestras más firmes cooperadoras. Magistrados: son el mejor elemento de moralizacion social. Pobres: son ángeles de consuelo para cada una de vuestras miserias. Cristianos todos: son incensarios de oracion siempre humeantes para aplacar la cólera del cielo.

BIEN ¿Y QUÉ?

REFLEXIONES CRISTIANAS

PARA ALIENTO DE LOS DÉBILES Y CONFUSION DE LOS MALVADOS

EN EPOCAS DE PERSECUCION.



BIEN ¿Y QUÉ?

I.



LAS tribulaciones mil que aquejan hoy en todo el mundo á la santa Iglesia de Dios y á sus hijos leales se llaman ya francamente, por todos los que quieren hablar con propiedad, con la única verdadera palabra con que deben ser llamadas: llámanse persecucion.

Sí, duela ó no duela, hay que acostumbrarse á la palabra y más aún á la cosa por ella significada. Despues de diez y nueve siglos de cristianismo ¿quién lo dijera? volvemos decididamente á épocas de persecucion. No á la persecucion que como luego verémos han tenido siempre la verdad y el bien en el mundo, es decir, la contradiccion natural que han hallado en el error y el mal y en los corrompidos instintos del hombre, sino á la persecucion violenta, brutal, organizada, que anuncia claramente el propósito de borrar de la tierra el nombre de Dios, y va realizando cada dia con más fiereza su infernal programa de opresion y exterminio. La Revolucion (ó el liberalismo, que ha sido durante cien años su forma hipócrita) empezó reclamando libertad para no servir á Dios, y áun para no reconocerle. Los buenos católicos se horrori-

zaron de la blasfema pretension, los católico-liberales la encontraron muy ajustada á derecho, y sólo se escandalizaron de nuestro escandalizamiento, que calificaron de exageracion ultramontana. Hoy (además del fallo que ha dado ya la Iglesia á esta cuestion) se va viendo ya quién tenia razon, si nosotros los intransigentes en alarmarnos, ó ellos los complacientes en su benévola condescendencia. Admitida la impiedad á sentarse á nuestra mesa, habiéndosele concedido el derecho de ciudadanía legal con que al parecer solamente se contentaba, ha ido extendiendo, á favor de esa infernal tolerancia, su esfera de accion, y pide ya más que la libertad y el derecho comun, pide el predominio exclusivo; hemos dicho mal *pide*, lo exige con iracundas amenazas y lo impone con la astucia ó el terror allí donde encuentra preparado el terreno para presentarse desenmascarada. Aquí el lloriquear de los insensatos que metieron el lobo en el redil asegurando que nada habia de hacer contra la grey ni el pastor; aquí el llamarse engañados los que tantas veces fueron advertidos por el Papa y por los órganos más autorizados del verdadero y neto Catolicismo; aquí el declarar que no es éste el liberalismo que ellos idearon, que no son éstas las libertades que ellos otorgaron, que no es éste el reinado de Satanás que ellos quisieron. Y, sin embargo, todo esto ellos lo prepararon y trajeron. Dios y la historia y la execracion de todos los hombres honrados impondrán sobre sus funestas doctrinas y procedimientos esta responsabilidad!!!

De todos modos este es el estado presente de la cuestion. El error benévolamente admitido como huésped en casa, háse alzado con el señorío de ella, y no se contenta con menos que con la extirpacion completa de la verdad. Allí donde puede realizar este su plan con opresoras leyes, dicta leyes opresoras; allí donde necesita hacer correr la sangre, tiene turbas y verdugos. Con la tea y el puñal destruyó los conventos españoles. Con los *medios morales* de sesenta mil bayonetas asesinó á los héroes de Castelfidardo; con los mismos arrebató su soberanía al Papa-Rey. A machetazos acabó con la generosa vida de García Moreno y dió al traste con la organizacion cristiana de la república del Ecuador. En los últimos dias de la *Commune* inmoló como feroz desquite de su

derrota al Arzobispo de París y á los ilustres compañeros de su cautiverio. De nuevo corre la sangre cristiana á manos de enemigos del Cristianismo erigidos en poder. Estamos, pues, en era de franca y brutal persecucion. Persecucion que por más señas no hace hoy más que empezar y que se anuncia ella misma, para plazo muy corto, más brava y desencadenada.

Pero bien, ¿y qué? La Iglesia católica puede siempre en casos tales cuadrarse erguida, mirar de frente á la situacion más pavorosa, sonreir ó compasiva ó desdeñosamente á sus tiranos y echarles en rostro su desesperante impotencia. «¿Y qué? Perturbais, podria decir, la paz de mis instituciones, profanais mis asilos de piedad, lanzais á Cristo de mis templos, robais á mi cariño los pobres y los pequeñuelos, pero nada podeis en realidad contra mí. Los huracanes me alientan y vigorizan en vez de abatirme; ¿sabeis por qué? porque son mis aires nativos. Clamo por las almas que en mayor ó menor número, siempre con culpa de su parte, naufragan en esas borrascas, que en cuanto á mí y á los que permanecen firmemente mios, motivos tengo para creer que son las persecuciones las más de las veces grandes bendiciones de Dios. No que aquéllas las envie Él, sino que en bien las convierte, cuando por sus justos y sapientísimos designios permite á los poderes de la impiedad embravecerse y al parecer dominarlo todo con su furor.»

Tal nos parece oir hoy dia la voz de la Iglesia, y eco suyo deseamos sea la de todos sus hijos. No les demos, por Dios, á nuestros pobres enemigos el consuelo de nuestra pusilanimidad. Eso quisieran ellos, vernos en presencia de su aparente triunfo llorosos y abatidos. Llamemos á cada cosa por su propio nombre, sin paliativos ni atenuantes que nos disimulen su crudeza. El nombre verdadero de los actuales acontecimientos es persecucion, vieja palabra que el cristiano de veras está acostumbrado á oir sin palidecer ni pestañear. Lo que hoy nos da el mundo es verdadera y franca persecucion, y lo que para mañana nos promete es indudablemente persecucion más recia.

¡Persecucion! Dejádmela repetir esa palabra, que ensancha el pecho y eleva el espíritu cuando con varonil firmeza

se la ha aceptado con todas sus consecuencias. ¡Persecucion! Mil veces menos odiosa me parece esta palabra, que tantas otras más blandas y seductoras con que se ha querido halagarnos mil veces en este siglo, y con que ¡mal pecado! se ha logrado tal vez en gran parte corrompernos. ¡Persecucion! Es palabra satánica, pero es franca. ¡Persecucion! ¡Ojalá que nos hubiesen siempre perseguido los que durante tantos años han querido arteramente que les abrazásemos como hermanos! ¡Persecucion! No es todavía ella el triunfo, pero es tal vez su preliminar indispensable; es para nosotros la garantía más cierta de vitalidad, porque no se persigue á los muertos, ni áun á los moribundos, sino á los que se teme: es para nuestros enemigos la señal más infalible de debilidad y decadencia, porque no se resuelven á cargar con la nota vil de perseguidores los que se conocen dueños del campo, sino los que recelan perderlo porque no se sienten fuertes en él.

El asunto es muy del dia y de gran oportunidad. ¡Hay por ahí tanto procaz y jactancioso tiranuelo de ruin talla á quien conviene avergonzar y confundir con esa actitud digna y santamente despreocupada!

II.

«La Iglesia, ha dicho Luis Veuillot, así como sabe ciertamente que ninguna persecucion la podrá destruir, sabe del mismo modo que la persecucion nunca le ha de faltar.» Hé aquí compendiosamente formulado el secreto de toda la tranquilidad y calma que ostenta la Iglesia en medio de los tremendos combates de que es objeto, tranquilidad y calma imperturbables que, sin menoscabo del vigor y actividad de la defensa, debemos procurar resplandezcan en todos los corazones verdaderamente católicos. De nosotros debe poder decirse lo que de los bravos de Israel dicen con elogio los Libros santos: *Procedunt ad bella pacifici.* Ni en el mismo ardor de sus combates pierden la paz. Porque efectivamente es gran motivo de paz y serenidad de espíritu saber que pe-

leamos en una suerte de batallas en que, sean cuales fueren las peripecias de ellas, no podemos ser derrotados.

La necesidad absoluta de que viva siempre en persecucion el Catolicismo, procede de la misma naturaleza de él. Del mismo modo que no puede emprender el hombre la vida cristiana verdadera, en cualquiera de sus grados, sin sentir en sí mismo el embate de las malas inclinaciones propias, que ha de empezar por contrariar y ha de acabar por domeñar y vencer; así es imposible que la ley cristiana se imponga al mundo sin que éste se le resista y le mueva tenaz contradiccion. El mundo, en el sentido moral de esta palabra, es la suma general de las pasiones aviesas de todos, de las preocupaciones de todos, de las perversas ideas de todos, de las debilidades de todos. Es, pues, su resistencia la resistencia natural de cada uno de nosotros al yugo de la ley de Dios, indefinidamente multiplicada y eficazmente ayudada por lo que aumentan sus fuerzas la coalicion y el mútuo mal ejemplo. Es, en menos palabras, el combate parcial que ha de sostener la Religion para vencernos á cada uno, hecho combate general por las malignas alianzas con que muchos de estos combatientes particulares se han ligado entre sí. Es, pues, tan necesario que una gran parte del género humano sostenga abierta lucha contra el Catolicismo, como es necesario que luche el Catolicismo para imponer su fe y su ley á cada uno de sus individuos. La nave de la Iglesia no fué botada al agua por el soplo de Dios para que navegase blandamente impelida por las corrientes humanas, sino para que en estos charcos corrompidos del mundo y de la carne bogase ella siempre contra corriente. Rio arriba navega la Iglesia de Dios; por eso es dificultosa y áspera y sin cesar contrariada su navegacion. Rio abajo navegan las falsas sectas; por eso las ayuda y favorece todo lo ruin y bastardo que ellas favorecen. Pero hay la diferencia de que todo el poder humano no basta á sostener contra su propia caducidad á las obras de los hombres: en cambio la obra de Dios se sostiene por sí sola contra viento y marea, precisamente para acreditar con eso mismo que es obra de Dios.

Tú, católico de flaco corazon ó de cortas entendederas, ó más seguramente de poca ó averiada fe, que no sabes

acabar de explicarte cómo siendo la Iglesia católica la verdad, sufre hoy dia de los poderes del mundo tan abrumadora persecucion, reflexiona sobre eso unos momentos y dime luego: ¿qué potro cerril se deja montar por el domador sin que haga todo lo posible para sacudir de sus espaldas silla y ginete? ¿Qué bestia de carga ó de lujo deja de tascar con señales de impaciencia el freno? ¿Qué yunta de bueyes se aviene de buena voluntad al yugo? Y pasando del reino puramente animal al racional, dime: cuando algo has adelantado en el bien pensar y en el bien obrar conforme á la ley de Dios, ¿qué tentaciones no te cuesta? ¿qué medios de rigor contra tí mismo no has debido emplear? ¿cuántas veces no has sentido ahí dentro de tu propio corazon alzársete sublevadas y en rebelion abierta tus propias pasiones? Hé aquí, pues, explicado, por el misterio de tus secretas luchas, el gran misterio de las públicas luchas de la Iglesia de Dios. En tí son breves porque tú eres pasajero y fugaz sobre la tierra. En el mundo son perpétuas porque el mundo perpétuamente se renueva, hasta que le diga punto y basta la voz de Dios que le ha de juzgar. Por lo demás, iguales altibajos se ofrecen en tí que en el mundo; en ambos ora logra avasallarte la verdad á tí, ora la traes tú subyugada y amordazada á ella. Aunque en realidad los vencidos de todos modos siempre sois tú y el mundo en vuestros respectivos combates contra Dios. Felices vencidos por Él cuando os sujetais rendidos á su amorosa dominacion; vencidos miserablemente por el mal cuando sólo por haberos sustraido de Dios os proclamais ridículamente vencedores. Estudia, pues, católico vacilante y miedoso, tu propio campo de batalla, tu propio corazon, y vislumbrarás algo de lo que tanto te sorprende y escandaliza y te hace titubear tal vez en el campo de batalla del mundo. Dentro de tí llevas en miniatura á toda la revolucion europea con sus lógias, con sus clubs, con sus aullidos feroces, con sus opresores decretos. Todo eso que te asombra y aterra en el mundo exterior no es más que una ampliacion en grande escala de lo que tiene lugar en tus más íntimos senos. Así como al hombre le llamó la sabiduría de los antiguos *micrósmos*, ó mundo en pequeño, por sus maravillas, así se le ha podido llamar siempre con igual título por sus desórdenes y rebeldías.

¿Te ha ocurrido nunca mirar con un potente microscopio una gota de agua, la más clara y transparente? Es espectáculo curiosísimo. Aquella gota de agua, diáfana y aparentemente tranquila como es, tiene como el mar fieras borrascas y encrespadas olas, y en ellas mónstruos feroces que mútuamente se pelean y se devoran: es un oceano abreviado. Ahora bien. Mira con el microscopio de la fe tu propio corazon, esa gota de agua en que te parece no pasa nada, y si eres buen observador hallarás en su fondo el retrato exacto y la razon intrínseca, primaria y fundamental de todas las agitaciones con que perturba el mundo á la Iglesia de Dios. Y cuando así hayas observado aquello que anda dentro de tí, no te sorprenderá, ni mucho menos te escandalizará, ni muchísimo menos te hará titubear lo que veas fuera de ti, por dolor y amargura que te cause; sino que con toda conviccion exclamarás como te quiero yo enseñar á exclamar siempre en casos tales: «Bien ¿y qué? Está visto que lo que sucede con la Iglesia tiene necesariamente que suceder, por ser ella quien es.» Y con esto solo tienes bastante para sosegarte á ti, y para dejar patitiesos y pegados á la pared á la mayor parte de tus orgullosos contradictores.

III.

Sentábamos en nuestro último capítulo como cosa evidente, que no sólo no debian parecer extrañas las persecuciones *en todo tiempo* movidas contra el Catolicismo, sino que, al revés, eran éstas la condicion necesaria, esencial de su existencia sobre la tierra. La lucha en que vive con el mundo el Catolicismo, deciamos, procede de la misma naturaleza de ambos. El mundo no fuera mundo, en el sentido que da á esta palabra el Evangelio, si no fuese la oposicion perenne, tenaz, irreconciliable al Catolicismo: ni el Catolicismo fuera Catolicismo, segun lo ha ordenado su divino Autor, si no fuese la oposicion tenaz, eterna, irreconciliable al mundo. Así que, pues la oposicion en las ideas es continua, la lucha

en el terreno práctico ha de ser tambien continua. Y si en el lenguaje comun hablamos alguna vez de épocas de paz en la historia de la Iglesia, entenderse debe de una cierta paz relativa, es decir, de una contradiccion menos violenta ó tal vez más hipócritamente velada, que ya se ve claro que en rigor ni una ni otra pueden llamarse paz. No llama paz el soldado á los breves intervalos en que le hace fuego menos vivo el enemigo, que no obstante sigue acampado frente de él. Paz hay, ó cuando en fraternal abrazo se han unido los dos ejércitos, ó cuando el uno ha de tal suerte abatido á su rival que le ha quitado para siempre los medios de emprender la ofensiva. Y sabido es que nada de esto sucederá jamás en este mundo entre la Iglesia de Dios y sus enemigos: porque, por un lado, conciliacion ó convenio es imposible; y por otro no quiere Dios que sea decisiva la batalla hasta la hora del supremo juicio: ya para que de este modo resulte más justificada é inexcusable la condenacion de los que por su rebeldía ha de condenar, ya para que de este modo tengan el mérito de la prueba los que con Cristo han acá padecido para en definitiva vencer con Él. Conste, pues, que cuando se habla de siglos de paz, cuando se pide ésta á Dios en incesantes gemidos, cuando la misma Iglesia en sus oraciones y letanías ruega por ella, no se habla más que, ó de la material tranquilidad y libertad para servir á Dios á pesar de la guerra del mundo, ó de la interior confianza y tranquilidad moral de los corazones para no turbarse con lo récio del combate. No se pide que deje de ser nuestro enemigo el mundo, que fuera ruego absurdo; ni que dejemos nosotros de ser enemigos de él, que fuera pretension blasfema; ni que, siendo él nuestro enemigo, y siéndolo nosotros suyos, dejemos mútuamente de aborrecernos y hostilizarnos por cuantos medios estén á nuestro alcance, que fuera caer en la tolerancia católico-liberal. ¿Se puede acaso derogar aquel terrible *non veni pacem mittere, sed gladium*, del Salvador? ¿No hay un axioma de buen sentido humano, que no por ser de menos alto orígen deja de ser tambien ciertísimo: *Si vis pacem para bellum?* Hé aquí de qué concepto fundamental debemos partir en esta materia.

A las ilusiones de falsa paz con que blandamente se lison-

jean los apocados y cobardes, y con que arteramente pretenden engañarnos otros que no son apocados ni cobardes, sino sencillamente traidores, da principalmente origen el otro falso concepto que se tienen formado algunos de lo que en el Catolicismo se entiende por *persecucion*. Así como hay bonachones y pancistas que sólo creen estar en *revolucion* cuando el cañon retumba por las calles, ó cuando se dan á diestro y á siniestro cargas de caballería, ó cuando devora el petróleo los edificios públicos ó particulares, y juzgan buenamente que se vive en *órden* cuando han cesado todos esos ruidos, por más que legalmente y sin estrépito se consumen mayores y más trascendentales catástrofes: así hay almas cándidas y sencillas que sólo llaman tiempos de persecucion á aquellos en que saca el diablo á la escena Nerones y Dioclecianos, en que se cortan cabezas, ó se desgarran pellejos, ó se sacan públicamente á funcionar ecúleos y catastas. No habiendo esto se les figura ya á tales pacíficos que anda la Iglesia de Dios en completa paz y tranquilidad, y que ya no hay más que pedir, y que todo quejarse es quejarse de puro vicio. Y sin embargo, ¡cuántas épocas de aparente tranquilidad hay mil veces peores y muy más satanicas que las de sangriento atropello!

Distingue un Santo Padre en una conocidisima homilía que ha puesto la Iglesia en el Breviario para el rezo de un santo mártir, dos clases de persecuciones y de perseguidores. Una, dice, es la de los *crudeliter sævientium*, otra la de los *ficte fraudulenterque blandientium*. Es decir en lengua vulgar: la de los que con ferocidad espantosa atormentan y matan los cuerpos, y la de los que cautelosa y arteramente procuran corromper con halagos las almas. Ambas maneras de persecucion son terribles; pero ¿quién no ve que la segunda es la peor y la de más trascendentales consecuencias? Por esto es la más comunmente utilizada por el enemigo de Dios. Ambas, no obstante, las va empleando alternativamente él contra la Iglesia, y alguna vez hasta simultáneamente. Recuérdense sino aquellos procesos que leemos en la historia de los primeros siglos, en los cuales el tirano empezaba por sonreir y halagar con toda clase de promesas á su victima, empleando solamente contra ella el hierro y el fuego cuando

tras largos ensayos la veia insensible á las atractivos de la seduccion.

A la luz de esta distincion, que es clarísima, ¡cuán nuevos y cuán espaciosos horizontes se abren á la consideracion! Tenemos, pues, que son arma de persecucion, no sólo los garfios, tenazas, ecúleos y hogueras de los primeros tiranos, no sólo el látigo y la canga de los mandarines chinos, no sólo las cárceles y la Siberia de los autócratas rusos, no sólo los fusiles y puñales y petróleo de la francmasonería de por ahi, sino que lo son y muy particularmente las leyes inicuas de despojo, aunque dictadas, segun dicen, con el objeto de favorecer á la misma Iglesia despojada; los sistemas de enseñanza corruptores; la licencia otorgada á la prensa para defender y propagar toda impiedad; el espectáculo lujurioso autorizado; las sectas impías legalizadas y protegidas; las trabas con que más ó menos hipócritamente, á título de proteccion ó patronato, se procura entorpecer la accion de la Iglesia; la opresion del Supremo Pontífice realizada con humildad filial por un Gobierno invasor, y el reconocimiento del atropello filial por los demás de Europa; y hasta la ruin alcaldada con que se veja y se paraliza en el uso de su sagrado ministerio al más olvidado Cura-párroco de lugar. Y síguese lógicamente que es época de verdadera persecucion toda época en que así se trata á la Iglesia católica; y que son leyes verdaderamente perseguidoras las que así ordenan la cosa pública, y que son poderes esencialmente perseguidores los que en tal sentido legislan. Tales enemigos no hacen correr la sangre, es verdad, pero tampoco la hace correr el verdugo que con un dogal estruja la garganta y ahoga la respiracion de su víctima; tampoco la hace correr el que insidiosamente da á beber un veneno á su rival en un convite á que le ha llamado so capa de amistad. En nuestro caso, y siguiendo la comparacion, lo que con mano enguantada se quiere ahogar es la respiracion de las almas; lo que con sutil veneno se procura corromper es la verdad, savia de ellas. Importa poco que se consume el asesinato sin derramamiento de sangre. La muerte que se da es la misma, aunque sea más artero el procedimiento.

Decidme por vida vuestra, ¿no preferiríais en medio de to-

dos sus destrozos y horrores la calamidad de un dia ó algunos dias de sangrienta y ruidosa batalla, al lento y silencioso estrago de años y años de desoladora epidemia? Pues bien. Ahi teneis clara y francamente planteados los dos términos de la cuestion. La persecucion que llamarémos de garfio y azote no puede ser duradera ni constituir el estado normal de una sociedad. Sabido es el axioma de filosofía: *Nihil violentum durabile.* La violencia material, como las tempestades, tiene por condicion suya inevitable el ser pasajera. Puede llenar de horrible carnicería una que otra época de la historia, pero la hunde sin remedio su propia ferocidad. Es el incendio que no puede devorar sino devorándose á sí propio y consumiéndose al fin en humo y ceniza. Consúltense todas las páginas de estas que ofrece la Iglesia desde la que tiene por protagonistas á Tiberio y á Neron, hasta las que registran las matanzas del 35 en España y los fusilamientos de la *Commune* en París. El paso de tales calamidades ha sido siempre el paso del huracan; ha derribado gloriosamente á alguno de nuestros hermanos, pero con él y devorados por él han desaparecido momentos despues sus mismos infernales autores. Un rastro de sangre marca su dolorosa huella, pero es al mismo tiempo huella de luz que dirige por largos siglos el derrotero de otras generaciones. Hoy mismo, de las persecuciones de garfio y azote por que ha pasado la Iglesia de Dios, no podemos asegurar (áun humanamente hablando) qué fué mayor ó menor, si su luto ó su gloria: qué fué mayor ó menor, si el estrago que hicieron en los cuerpos, ó la virilidad y nuevo temple que dieron á los corazones. Aunque, sí, lo podemos asegurar; mayor fué la gloria que el luto; mayor fué la virtud que infundieron, que el destrozo material que causaron.

IV.

Pero la persecucion sin ruido, la persecucion halago, la persecucion blandamente enguantada, ¡oh! ¿quién la acertará á describir con toda su odiosidad y funestísimos resultados?

Tenémosla por la peor de todas, bien que sobre esto no encontrarémos seguramente de nuestro parecer á varios de los hombres del dia. No nos extraña. Por desgracia suele el hombre juzgar de las cosas más por la impresion sensible que producen, que por el exámen racional de ellas. Y así sucede que nada parezca más aterrador que una de esas crisis religiosas en que corre á rios la sangre, humea devorada por el incendio la casa de Dios, ó cae hecha pedazos bajo la piqueta demoledora. Parece más grave y trascendental todo eso porque hiere más el corazon, porque excita los nervios y hace acudir de indignacion ó de pena el llanto á los ojos. Añádase que sorprende y afecta más lo anormal y extraordinario que lo que diariamente pasa ante vuestra vista, y ya de puro familiar no es apenas observado.

Mas para el verdadero filósofo, para el que juzga de las cosas, no por la impresion ó estremecimiento que producen ellas, sino por su bondad ó malicia, ó por los resultados excelentes ó pésimos que de ellos teme ó espera la serena razon, ¿quién duda que no hay estragos de persecucion fiera que igualen á los espantosísimos que ocasiona la otra mansa y disimulada de que estamos tratando aquí?

Los produce, en primer lugar, extraviando miserablemente las inteligencias. En épocas de éstas es lastimoso el oscurecimiento que se produce en cabezas de primer órden, que tal vez no queriendo ni pensando en modo alguno servir al error, sino antes combatirle, se le hacen inconscientemente, no sólo cómplices, sino auxiliares. Cuando tales aires dominan, anúblase en cierta manera la atmósfera moral de un pueblo, y de repente aparecen, si no enteramente ciegos, tocados á lo menos de extraña miopía los más claros entendimientos. Sucede entonces frecuentemente que acierta más en asuntos religiosos el pobre vulgo sin letras pero con fe, guiado por su solo buen sentido católico, que las más espléndidas lumbreras de una nacion, desvanecidas en sus abstracciones y teorías. Es éste el primer efecto de la persecucion enguantada. Se comprende. De tal suerte ha desleido el astuto enemigo su ponzoña de error en el ambiente, que sin pensarlo lo han respirado y se han envenenado, ó por lo menos han enfermado con él, los temperamentos más ro-

bustos. Caen entonces no pocos, del todo asfixiados por ese tósigo impalpable é invisible, y sus caidas llenan de consternacion al mundo, que se asombra de ver súbitamente en el lodazal á los que poco antes veia brillar como estrellas en el firmamento. Así ha visto nuestro siglo resplandecer y luego oscurecerse y de repente hundirse á los Lamennais y á los Jacintos. Otros no caen, pero vacilan como mareados por el vértigo, y con sus indecisiones perpétuas ó con sus ambigüedades indefinibles ó con sus transacciones inexplicables tienen en contínua zozobra y afliccion el corazon de los buenos. Todas las épocas de la historia en que ha dominado ese oculto perseguidor han sido épocas de desastrosas ruinas morales. La nuestra, que sin duda pasará á la posteridad como una de las típicas en este género, las ofrece cada dia de un modo lamentable. Diríase que nadie está cierto de nada, tal es la inseguridad de todas las afirmaciones, la sutileza con que se pretende compaginar las más opuestas tendencias, las sombras y penumbras con que se procura atenuar el resplandor vivísimo de la verdad, para hacerla, dicen, más accesible á los ojos enfermos ó cansados. La verdad entera (que en rigor si no es entera ya no es verdad) alarma; se tiene por escándalo é insolencia proclamarla sin disfraces, asi como por sublime prudencia disminuirla y achicarla hasta la talla ruin que prescribe la moda del dia, que tambien hay modas para eso como para los trajes y peinados. *Imminutæ sunt veritates à filiis hominum*, como gráficamente dijo David en uno de sus Salmos, que cierto parece profecía de hoy.

Consecuencia forzosa de este oscurecimiento y cerrazon de las inteligencias es el enflaquecimiento de los corazones, e rebajamiento de los caractéres, que se dice á cada paso. O mejor, *omne cor mœrens et omne caput languidum*, como ya en sus tiempos acertó á expresarlo en una sola pincelada otro profeta. Cualquier dificultad asusta, cualquier contratiempo arredra, todo plazo de victoria parece lejano, no por la impaciencia del entusiasmo, que ésta es sana y cierta señal de vida juvenil, sino por la falta de paciencia, sinónima siempre de cansancio é inconstancia. El creer y el esperar *contra spem in spem*, que ha sido el secreto resorte de todas las generaciones vigorosas, aquel *etiamsi occiderit me, in Ipso*

sperabo, que fué siempre como la divisa de todos los héroes de la resistencia pasiva, que en lá causa de Religion es á veces la principal, son paradojas para los muelles soldados de hoy, que todo lo quisieran alcanzar sin sufrimiento alguno, sin fatiga ni esfuerzo, sin compromiso que arrostrar, sin odiosidad en que incurrir, sin verle, no dirémos la espada ó el palo, pero ni siquiera el ceñudo rostro ó la despreciativa sonrisa al enemigo. Como hay climas que tornan muelles y afeminadas las razas, así afeminan y enmollecen los corazones ciertas épocas de decaimiento general. Nuestra cruzada contra los moros, que duró más de siete siglos, hubiera acabado con una transaccion ó concordia si los sectarios del Coran hubiesen podido sostenerse en nuestro suelo hasta el presente. No hubieran faltado elocuentes apologistas de la paz á todo trance, que nos hubieran convencido á los tercos y testarudos de que le convenia más á nuestra Religion de paz (así se llama cuando conviene) estrechar como amigas las manos de los invasores, que no andar perpétuamente con ellos á tiros y á cintarazos, sin poder hacer al fin por ella otra cosa de provecho que padecer y morir.

Ya sabe bien el diablo lo que hace cuando, viendo la inutilidad de sus procedimientos de fuerza, les ordena á sus ministros *tenebrarum harum*, que persigan con la astucia y la habilidad en vez de hacerlo con la violencia. Ya sabe bien el medio secreto de rendir á las almas sin tocarles ni un pelo á los cuerpos, antes mimándolos y acariciándolos. La pólvora sorda, que sin ruido alguno derriba y destruye, la inventó el príncipe de las tinieblas mucho antes que los químicos y pirotécnicos del siglo diez y nueve. Las ruinas que ha amontonado por todas partes este diabólico combate miradlas á vuestro rededor. No ha habido modernamente sacudimiento alguno material en nuestra patria que pueda compararse ni de lejos con los que tan fuertemente la han conmovido en otros siglos. Y no obstante, ¡ved qué ha quedado de lo que formaba nuestro antiguo y monumental edificio religioso! Entero nada; partido y cuarteado algo; enteramente hundido en el polvo gran parte de lo principal. ¿Qué silenciosa mina lo socavó? ¿Qué lento ariete lo cuarteó? ¿Qué disimulado impulso ha dado en tierra con tantas maravillas de la

antigua fe? No el hacha del verdugo, no el decreto de proscripcion; nada de eso. Preguntádselo á la persecucion mansa que mansamente nos devora cerca de cien años há. Bien servido ha estado el diablo por los suyos, y quizá tambien por alguno de los nuestros.

V.

De lo que anteriormente llevamos expuesto sobre la persecucion mansa y la persecucion fiera, se deduce claramente cuál de ellas es, no la mejor, pues que ambas son en sí malas como resultado del odio formal que á Dios y á su Iglesia y á los hijos de ella profesa el infierno, sino la menos mala, la que menos le hiere á nuestra Madre en el corazon, la que menos alarma debe en todos tiempos causarnos, aunque dada la condicion impresionable y un tantico egoista y regalona de nuestro sér material, sea la que más nos conmueva y asuste.

Vamos ahora á dar un punto más, y se acabará de ver clara despues de él toda la significacion del título, un si es no es altivo y desenfadado, que le hemos puesto á la presente obrilla. Vamos á manifestar que la persecucion violenta y brutal contra el Catolicismo, no sólo le es á éste menos desastrosa que la otra mansa y finamente enguantada, sino que hasta por especial providencia de Dios puede traerles á los católicos algunas ventajas. Hasta el punto de que, sin dejar nosotros de procurar á todo trance y por medio de una accion firme y decidida en todo terreno la libertad de la Iglesia y la posible victoria sobre sus opresores, podemos, sin embargo, no solamente no aterrarnos por la crueldad de la mano diabólica que nos azota, sino aún en medio de todo bendecir aquella otra divina y en todo misericordiosa, que si deja flagelar á sus amigos, no es sin altísimo fin y sin amoroso designio. Con lo cual habrá bastante, á mi modo ver, para que no desmayemos en la lucha, y aún para que quedemos en medio de ella alentados y consolados.

La existencia del mal sobre la tierra, á pesar de la omnipotencia de Dios, soberano Bien, es la aparente contradiccion en que fundaban todo su falso sistema los maniqueos. No obstante, la explicacion del problema es sencillísima, sin dejar de ser profundamente filosófica. Dios, criador del hombre, á quien ha dotado de libertad moral ó libre albedrío, lleva el respeto á la accion libre de esta su criatura, hasta el punto de sufrir durante su vida el pecado, que es el abuso de aquella nobilísima facultad, haciendo como que no ve, ó como que no puede evitar la guerra que se hace contra su santísima ley y contra los seguidores de ella. Resígnase con paciencia, que sólo se comprende y explica por la seguridad de su eternidad dentro de la cual no ha de haber plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague; resígnase, digo, pacientemente á esperar la hora suprema de su justicia para dar á cada cual su merecido, segun sus obras buenas ó malas. Pero no se contenta con eso, sino que deseando que esa libertad de los malos, que podríamos llamar *interina*, no cohiba ni perturbe en modo alguno el órden y marcha secreta de su admirable Providencia, encuentra en su insondable sabiduría trazas admirables para que el mismo mal sirva á pesar suyo al bien, y coopere hasta con su propia y natural malignidad al triunfo definitivo del mismo y á la glorificacion final de Dios y de sus amigos. Aquel texto: *Omnia propter electos*, y aquel otro: *Diligentibus Deum omnia cooperantur in bonum*, de nuestros Libros santos, son las fórmulas más comprensivas y á la vez las más expresivas de esta verdad teológica, filosófica y de sentido comun.

Ahora bien. La persecucion religiosa es un grave mal, pero la Providencia de Dios puede permitirla á veces (permitirla, decimos, no causarla) para sacar de ella grandísimos bienes. Y esto lo decimos de toda clase de persecuciones, pero más de la persecucion violenta que de la persecucion disimulada, más de la que derrama la sangre y atormenta los cuerpos, que de la que sólo aspira á corromper por medio de la seduccion las almas. La razon es clara. La persecucion de ambas clases lleva consigo en distintas proporciones el mal físico y el mal moral. La violenta da más importancia al atropello físico para conseguir, por medio de la intimidacion, el

resultado á que aspira. La disimulada atiende más á la seduccion, por medio, no de la intimidacion, sino del halago con que procura adormecer. Como hay, pues, menos peligros en aquella que en ésta, así hay más ocasion de ventajas en ésta que en aquella. Más claro. Supuesto que la sabiduría de Dios de todas las cosas malas puede sacar bien, suele, no obstante, sacarlo más abundante del mal físico que del mal moral, y por lo tanto en la ley ordinaria de la Providencia puédense esperar, y de hecho resultan de la persecucion violenta contra la verdad, más numerosas ventajas para la verdad misma que de la persecucion embozada. Ventajas, si no bastantes para que se considere como cosa buena la persecucion, que en sí es esencialmente mala, suficientes al menos para que no se la tema tanto como suelen temerla los espíritus irreflexivos y apocados de hoy, á quienes especialmente dedicamos estas consideraciones.

Grandes bienes puede y suele sacar la mano amorosa de Dios de las mismas persecuciones con que á menudo se embravece el infierno contra la Iglesia. De igual suerte que á cada justo en particular le proporcionan nuevos medros las mismas tentaciones á que se ve sujeto por parte de sus enemigos; así á la colectividad de todos los justos, que constituyen el alma y como el núcleo de la Iglesia católica, no les daña, no, por lo comun, antes frecuentemente los mejora y perfecciona ese combate de la persecucion. A esta, que no es sino una tentacion al por mayor, y no dirigida contra tales ó cuales miembros, sino contra toda el organismo, podemos aplicar cuanto enseña la fe católica sobre las tentaciones en su acepcion más comun.

¿Qué dice, en efecto, de ellas?

«Tened, hermanos mios, por objeto de sumo gozo el padecer varias tentaciones ó pruebas, sabiendo que la prueba de vuestra fe ejercita la paciencia, y que la paciencia perfecciona vuestras obras para que seais perfectos y cabales en ellas.» Quien habla así es san Jaime apóstol en su primera Epístola.

«Bienaventurado el hombre que padece tentacion, porque, probado, recibirá la corona de la vida que prometió el Señor á los que le quieren.» Así el mismo Apóstol.

«No permitirá Dios que seais tentados sobre vuestras fuerzas, sino que de la misma tentacion os hará sacar provecho para que podais sosteneros.» Así san Pablo.

«Permite Dios la tentacion, dice san Juan Crisóstomo, para prueba de la fe, ejercicio de la virtud y aumento del mérito.»

«Señal cierta es de que traemos vencido al demonio, dice san Juan Clímaco, cuando con tanta rabia nos combate.»

De cuyas autoridades y de otras cien que nos seria facilísimo aducir se saca el concepto que tiene formado la doctrina católica del combate continuo que sufre de parte de sus enemigos todo fiel cristiano, y con mayor razon ó *à fortiori* del combate general á que se ve expuesta de vez en cuando por secreta permision de Dios la misma Iglesia.

Ocúrrenos una comparacion que arrojará mucha luz sobre esta materia y que acabará de fijarla en la inteligencia de nuestros lectores. Tiene la medicina, para ciertas enfermedades que aquejan al cuerpo humano, remedios dolorosos y que hasta podrian hacer parecer cruel y desapiadado al médico que los aplica, si no constase cierto que se los hace prescribir el mismo deseo de curar al enfermo. Remedios con que se rasga la piel, y se desgarra la carne, y se derrama la sangre, y se producen acerbas heridas, y se obliga al infeliz paciente á sufrir mil veces más quizá por el tratamiento del médico que por los mismos dolores de la enfermedad. Gime el desdichado y se retuerce en su lecho, que para él es más bien un potro, y sufre ser sajado, quemado, pinchado y de otras muchas maneras atormentado, y sobre eso le da aún dinero y gracias encima al hábil operador que tan bárbaramente se las hubo con él. ¿Por qué? Por que si tales achaques no pueden curarse sino por doloroso procedimiento, justo es no sólo aceptarlo, no sólo pedirlo con instancia, sino aún agradecerlo y pagarlo como insigne favor.

Abre ahora, cristiano apocado, los ojos de la fe; los ojos de la fe digo; porque así como para las cosas del cuerpo no pueden servirte más que los ojos corporales, así para las cosas del espíritu necesitas valerte principalmente de esos ojos espirituales. Abrelos, pues, y considera al cuerpo moral de que como cristiano formas parte, enfermo á veces de grave

enfermedad, achacoso otras con mil habituales dolencias y miserias, expuesto constantemente á languidecer y contraer con el roce del mundo toda clase de perniciosos contagios. La falsa paz, de que tanto hemos hablado más arriba, suele ser para ese cuerpo la peor y más desastrosa epidemia. Con ella se forman ó aumentan en nuestro espiritual organismo mil suertes de perniciosos humores que se muestran luego en la piel exterior, que son las costumbres, por mil asquerosas pústulas é inmundas canceraciones. Debilítase con ella el temperamento, embótase la sensibilidad, se entorpecen los movimientos, apodérase de todos los miembros una como parálisis ó rigidez que los tiene, si no del todo muertos, por lo menos aletargados. Los Sacramentos, que son la medicacion suave y ordinaria del organismo cristiano, apenas producen ya como debieran sus efectos, no por ineficacia suya, sino porque ó no se reciben, ó se reciben mal. La palabra de Dios no conmueve fibra alguna, ó porque no es escuchada, ó porque le ha quitado toda su impresion la misma costumbre de escucharla sin las debidas disposiciones. Diríase que ante este miserable enfermo se encuentra como agotado todo el formulario de prescripciones que posee la formacopea sobrenatural; que todas las pociones son vanas, todas las fricciones se hacen como sobre un cuerpo yerto, todos los emplastos se aplican á un cadáver. Pero, ¿qué? ¿Hay médico alguno de la tierra que en casos tales, por el mismo amor que tiene al enfermo, se abstenga de emplear los remedios fuertes, sólo porque á éste le han de ser muy dolorosos? ¿Hay quien en situacion semejante deje de ordenar y de aplicar el abrasador revulsivo? Pues bien. Hé aquí lo que es para el organismo cristiano la persecucion fiera con que permite Dios nos azote de vez en cuando el enemigo. Un revulsivo aplicado á nuestra piel, y nada más. Dios es el médico sapientísimo que, permitiéndolo, en cierto modo lo ordena. El diablo viene á ser como el practicante que con mano cruel amasa y aplica la cantárida. Estremécese el enfermo al sentir la quemazon que abrasa sus carnes, despierta y prorumpe en gritos y empieza á darse cuenta de su grave mal. No os alarmeis. Eso es lo que pretendia el sabio facultativo. Es que la sensibilidad embotada empieza á despertarse; es que la vida vuel-

ve á extenderse á las extremidades á que ha sido llamada con aquel cáustico dolorosísimo. Queda abierta, es verdad, ancha y sanguinolenta herida; pero no temais: por ella saldrán á rios los malos humores que corrompian y envenenaban aquellos miembros, y luego purificada y devuelta á su natural limpieza la sangre, circulará vigorosa por todo el cuerpo y le hará de nuevo ágil, sano, con toda la lozanía y colores de la perfecta salud. La llaga duele, es verdad, pero la mano del médico, blanda á la vez que rigurosa, derramará sobre ella bálsamos y unturas para templar su dolor, y cuando él lo juzgue conveniente en menos de un par de dias la dejará cerrada y cicatrizada.

Así obra Dios con su Iglesia; así le es útil frecuentemente al pueblo cristiano el feroz revulsivo de la persecucion que sufre sobre sus miembros. Ya verémos en el capítulo siguiente cómo le devuelve él la sensibilidad perdida ó embotada, y cómo le limpia y purifica de toda clase de corrompidos humores.

VI.

Pongámosles fin y remate á estas consideraciones, que tardarian mucho en tenerlo si debiese agotarse la materia de ellas.

La persecucion fiera, deciamos últimamente, suele ser como un doloroso revulsivo que permite Dios se nos aplique, más que en castigo de nuestros pecados, para remedio de ellos y para renovacion y espiritual despertamiento de nosotros sus hijos, aletargados ó corrompidos. Dos objetos tiene en medicina el revulsivo: despertar la sensibilidad embotada y adormecida, y desalojar del cuerpo sucios humores que paralizan su vigor y marchitan su lozanía. Y ambos objetos llena cumplidamente en el pueblo cristiano la persecucion. Despierta á los dormidos y obliga á separarse á los irremediablemente dañados. En ambos conceptos, pues, nos proporciona siempre un gran bien.

Hemos tenido ocasion de presenciar ya más de una vez épocas de más ó menos violencia para la Iglesia de Dios, para que podamos haber conocido prácticamente la verdad de estas observaciones. Entre el furor de los decretos de proscripcion, entre el estrépito de conventos que arden y de templos que son demolidos, entre el alarido de víctimas generosas que caen bajo el plomo ó el puñal de sacrílegos homicidas, ¿quién no ha experimentado visiblemente como se reenciende súbitamente avivada la llama de la fe que parecía completamente ahogada bajo las cenizas de la indiferencia? ¿Quién no ha visto ese fuego que vuelve á chispear en todos los ojos y á calentar todos los corazones y á traducirse luego en cien y cien obras de resistencia, de propaganda y de oracion? ¡Cómo laten entonces todos los corazones al impulso de tantos delicados sentimientos heridos, de tantas queridas creencias befadas, de tantos intereses del alma vilmente pisoteados! Renuévase entonces en cada uno de los fieles hijos del Catolicismo la hermosa leyenda del Cid, cuando á posta le ultrajó su padre para hacer prueba de su corazon juvenil, y con gran contentamiento de su alma le encontró sensible al ultraje y con bríos para no aguantarlo ni áun del propio autor de sus dias. Así, y permítasenos la comparacion, encuentra Dios, con gran contentamiento suyo, heróicos á muchos corazones á quienes por medio de la persecucion sacude la pereza y flojedad, y llama á la sublime vocacion del combate cristiano. Héroes se encuentran entonces á sí propias almas oscuras é ignoradas que sin este estímulo vegetáran en la apatía y en el absoluto desconocimiento de sus fuerzas. No tuviera Eulalias y Engracias nuestro noble país si no tuviera Rufinos y Dacianos que las sacaran de entre las compactas filas de nuestra sencilla clase popular. En España, donde se ha vivido casi siempre, como otra vez hicimos notar, en guerra religiosa ó en persecucion; en España, país de eterna cruzada, como la ha llamado el P. Faber, han sido innumerables los héroes de esta clase como las estrellas del cielo ó como las arenas de la mar. No se nombran de ellos más que algunos, porque los demás no pueden reducirse á cifra. Como á nuestro casi contemporáneo y ya casi legendario general Manso le sacó de su molino harinero y le

hizo un caudillo de los principales en la popular guerra de la Independencia una bofetada que le dió un oficial francés, así en esta nuestra hidalga tierra cada bofetada que se da á la fe por sus enemigos produce á millares los animosos soldados que se lanzan á profesarla y defenderla más valerosos que nunca. ¡Lluevan ¡gran Dios! bofetadas sobre nosotros, si á este precio hemos de tener héroes que honren y glorifiquen nuestra santa bandera!

Pero áun cuando no todos los fieles lleguen á estas alturas del heroísmo, muchísimos son los que se afirman más y más en sus convicciones con la persecucion y por efecto de la misma odiosa brutalidad de ella. Y la persecucion contra el Catolicismo ha de ser siempre por necesidad odiosa y brutal é injustificada. Lo que, por ejemplo, pasa hoy en Francia con las Comunidades religiosas dispersadas, ha hecho estremecer de indignacion áun á no pocos protestantes de buena fe, que no han reconocido lo que valian las víctimas hasta que las han visto tan inicuamente atropelladas.

Hace pocos dias he recortado de un periódico el siguiente relato. Un escritor que se oculta con el seudónimo de Juan Granje cuenta que un trabajador le hablaba el otro dia en los siguientes términos: «Hace tres años que descuidaba yo mis obligaciones de cristiano; pero las leyes contra la enseñanza religiosa me han sacudido é ilustrado. ¡Afuera pereza, me he dicho, que éste no es tiempo de hacer el muerto! Y desde hace algunos meses asisto á la Misa mayor de mi parroquia, y saludo á todos los Curas y á todos los Hermanos de las Escuelas cristianas, y á los frailes de todos los hábitos y cordones, y doy mi óbolo al Dinero de san Pedro y á la obra de las Escuelas católicas, y he puesto á mi hijo en un colegio dirigido por Jesuitas. Yo soy así: con el genio que tengo me basta ver perseguidos á esos hombres heróicos, y atacada la Religion de mis padres, para comprender que mi deber me llama á defenderlos y á ponerme á su lado y en frente de los bribones que los atacan.»

¿Y á cuántos no ha sucedido como á este honrado trabajador? Llenas están nuestras asociaciones piadosas y propagandistas de almas de ese temple á quienes no ha congregado para las obras buenas y para la defensa de su fe otra elo-

cuencia que la de ese chasquido del látigo revolucionario. ¿Bajo qué influjo se formaron en España en los primeros dias de nuestra última borrascada las *Asociaciones de católicos*, las *Academias de Juventud católica*, las falanges briosísimas de la *Reparadora*, y otras y otras uniones católicas de este jaez, que sin dificultades de ningun género, sin previos pactos ni cabildeos, sin excitar desconfianza alguna, sólo con darse un grito y levantarse una bandera aparecieron de repente unánimes, compactas y organizadas? ¿Qué espíritu fué el que animó á nuestras admirables y nunca bastantemente ponderadas romerías? ¿Quién las consagró? ¿Quién las regimentó? ¿Quién las hizo tan santamente batalladoras, despues de la bendicion del Vicario de Dios y de nuestros legítimos Pastores, sino el mismo fiero empuje con que amenazaba y acometia la revolucion? ¡Ah! desconfiad (sea dicho de pasada), desconfiad de toda obra de combate que no sea saludada con esa salva de denuestos y de ignominias por parte de nuestros naturales enemigos.

—Pero ¿qué? dirá alguno. ¿Y todos se robustecen en la fe y se alientan al bien con la contradiccion? ¿Y los que caen acobardados por ella? ¿Y los que miserablemente desertan?

Pues ahí verán Vds. Precisamente éste es el otro efecto ventajoso de la persecucion: librarnos de los falsos amigos, como de los corrompidos humores libra al cuerpo enfermo el doloroso revulsivo.

La falza paz suele ser causa de que se nos entren en nuestro organismo y perseveren más ó menos aparentemente identificados con él ciertos elementos que en ningun modo debieran estar con nosotros, sino en el campo enemigo, y que, si con nosotros están, es indudablemente porque le conviene muchísimo al diablo tenerlos confundidos entre nuestras filas. Los ha habido en todos tiempos, y los hubo ya en el primer siglo de la Iglesia. Cristo tuvo en su apostolado un falso discípulo, que traidoramente murmuraba y maquinaba contra Él muy antes de que le fuese descubierta su perfidia. San Pablo en una Epístola suya enumera, entre los peligros mil en que anduvo por causa de la fe, los que le acarrearon falsos hermanos *(periculis in falsis fratribus)*; y por fin, dando san Juan razon de la apostasía de algunos

de los primeros fieles, dice terminantemente: «De entre nosotros salieron, mas no eran de los nuestros, que si de los nuestros fueran, con nosotros sin duda hubieran perseverado; pero se apartaron, para que se vea claro que no todos son de los nuestros.»

Ahora bien. ¿Cuál es el más eficaz reactivo para que se obtenga esta indispensable eliminacion? ¿Cuál es la lanceta que le abre al cuerpo católico esta incision por donde salgan tan fétidos y perjudiciales humores?

Indudablemente hace este oficio la mano de nuestros propios enemigos, cuando por justos juicios les permite Dios ensañarse en su Iglesia con toda clase de violencias y atropellos. Vense entonces precisados todos los que se llaman católicos, una de dos, ó á demostrarlo de veras ó de veras á renegar. Quien de veras lo es, muestra varonilmente la cara, y levanta intrépido el generoso *¡Soy cristiano!* de las primeras persecuciones: quien de veras no lo es, vuela á confundirse con el grupo perseguidor por miedo de que éste le designe entre sus víctimas. Dijo Simeon á María en aquel acto memorable de la presentacion del divino Niño al templo: «Este Niño ha sido puesto para ruina y resurreccion de muchos en Israel y para blanco de contradiccion, al que se dirigirán muchos tiros, á fin de que (nótese bien) con esto se pongan de manifiesto los pensamientos ocultos de muchos corazones.» Más claro y con mayor crudeza no nos lo podia decir el Espíritu Santo por medio de aquel su fidelísimo siervo en tan solemne ocasion. Cristo y su Iglesia han, pues, de ser perseguidos por esta causa; para que por medio de la persecucion, que es prueba y piedra de toque de todo, se ponga en evidencia quién pertenece á Dios y quién á sus enemigos. *Ut revelentur ex multis cordibus cogitationes.* Igual razon alegó el Apóstol para justificar la permision providencial de las herejías: *Ut et qui probati sunt manifesti fiant in vobis:* «Para que se vea de entre vosotros quiénes resisten á la prueba y quiénes no.»

A estos argumentos de fe, que son á la vez de razon natural, se juntan los no más poderosos, pero sí más palpables, de la experiencia. No la vayamos á buscar en remotas historias; la tenemos poco menos que al ojo, y tan visi-

ble que no nos puede engañar. ¿Cómo acabó aquella gravísima pestilencia del jansenismo y galicanismo, que un siglo y medio atrás tenia infestados hasta los huesos á gran parte de nuestros hermanos de la Iglesia francesa? Pues acabó con el feroz revulsivo que le aplicó á tal cuerpo enfermo la revolucion del 93. La guillotina fué la lanceta de Dios para extirpar de raíz aquel cáncer, rebelde durante dos siglos á todo otro tratamiento. Cierto que entristece ver no pocos ingenios, anteriores á este horrible período, á pesar de innegables servicios y de virtudes prácticas dignas de toda loa, manchados con resabios de aquella asquerosa lepra que á tantos precipitó á completa ruina. Pero consuela grandemente contemplar cómo ante los feroces tribunales de la Revolucion y sobre el ensangrentado cadalso redimieron muchos de esos hermanos nuestros sus antiguas faltas, mientras otros se pasaban por completo al campo de los verdugos por medio de una formal apostasía. Y es más grato aún ver cómo despues de aquella borrasca, en que creyó el infierno dejar sepultado para siempre al Catolicismo en aquella hidalga tierra, fué el Catolicismo quien empezó á retoñar más vigoroso y lozano que nunca de aquellas sus nuevas catacumbas, mientras dejaba en el fondo de ellas como viejo sudario todas las antiguas prevenciones contra Roma, todos los resabios de Port-Royal y de los cuatro famosos artículos. Una parte de la Francia ha quedado desde aquella época fuera de la fe; es verdad; pero ¿quién duda que compensan con creces esta forzosa eliminacion el fervor y celo, y sobre todo la limpieza de sangre que desde entonces ostentan los demás miembros restaurados, rejuvenecidos y poco menos que resucitados?

Una palabra al oido de nuestros amigos, y sea la última. ¿Creen nuestros enemigos que no acabará un dia ú otro la herejía actual que tan gangrenados y podridos tiene á una porcion de hermanos nuestros? Del liberalismo hablamos y de su hijuela el llamado catolicismo liberal. Pues es claro que acabará al igual que todas las demás herejías. ¿Cómo? Es este el secreto de Dios. Pero ¿sería temerario presumir que así como la Revolucion del siglo pasado fué á la vez castigo y purificacion de grandes errores como los indicados, así la Revolucion magna que á más andar se le viene encima

á Europa (el socialismo), ha de ser el grande y merecidísimo castigo, á la vez que el poderoso y eficacísimo remedio de tanta gangrena liberal como trae carcomidas hasta los huesos á nuestras actuales sociedades? Asegúrelo quien pueda, que nosotros no nos meterémos á profetas; pero sí dirémos que mil veces nos ha ocurrido esta reflexion, y que cada dia nos van afirmando en ella los sucesos que contemplamos. Pero basta, que no es esta materia para tratada al vapor. De lo que hasta aquí llevamos dicho, queremos les queden en la memoria á nuestros amigos las siguientes conclusiones:

1.ª Que la persecucion debe considerársele al Catolicismo como ley propia de su existencia, y por consiguiente tan natural y necesaria (dadas las condiciones del mundo), que el mismo Catolicismo pareceria sospechoso de no serlo, si no fuese en una forma ú otra perseguido. Ponderacion es, pero su sentido exacto á nadie se ocultará.

2.ª Que una guerra franca es siempre menos peligrosa que una falsa paz, puesto que la guerra franca suele Dios, á pesar de sus promovedores, hacerla manantial de grandes bienes para el Catolicismo, como acabamos de ver.

3.ª Que cuando tal ataque violento se dé contra un flanco ú otro de nuestra inmensa línea de batalla, no hay para qué asustarse ni encogerse, sino, al revés, débese presentar toda la cara al enemigo, al mismo tiempo que poner todo el corazon en Dios. Y á todo reto audaz, á todo provocador sarcasmo responder sencillamente con un desenfadado *Bien ¿y qué?* medio el mejor para alentarnos, alentar á nuestros hermanos y taparle á cal y canto la boca al más insolente de nuestros enemigos.

Afírmense bien en estos consejos nuestros lectores. Sospechamos que cuanto más adelanten los tiempos, más los habrán menester.

LAS DIVERSIONES Y LA MORAL.

LAS DIVERSIONES Y LA MORAL.

INTRODUCCION.

VAMOS á ocuparnos algo de las públicas diversiones, asunto de Propaganda católica al cual tal vez muchos no dan la importancia que merece. Se la darian indudablemente si considerasen que la Revolucion, nuestra eterna enemiga, sólo ha podido introducirse en las ideas corrompiendo antes las costumbres, y que para esta corrupcion de las costumbres nada la ha servido mejor y con más eficaces resultados que las diversiones corrompidas. En todas partes donde pretendió entrar ó arraigarse la secta anticristiana, empleó igual procedimiento. ¿Habrá quien se admire de que demos hoy un lugar preferente á esta materia?

Frívolo parecerá este trabajo que emprendemos: lo será quizá porque ni nuestros escasos conocimientos, ni el carácter familiar de nuestra Propaganda nos permiten ahondar mucho en la materia; pero si atentamente se considera, se comprenderá luego que de todos los estudios sociales el más profundo quizá es el que se refiere á las públicas diversiones. En

las diversiones es donde con mayor seguridad se pueden examinar el espíritu y tendencias de una época ó de una nacion; allí se reflejan con toda espontaneidad y sin disimulo sus defectos y virtudes; casi en ninguna parte aparece el pueblo tal como es en sí, sin disfraces ni afectadas composturas, como en sus horas de expansion y desahogo. Por donde, si por la eleccion de sus juguetes se da á conocer á un ayo observador la índole del niño, nada nos dará á conocer con tanta verdad la índole de ese niño grande que se llama pueblo, como esos sus juguetes, que tales son las diversiones. Casi nos atreveríamos á asegurar que, ante una sociedad completamente desconocida, lo primero que deberia preguntar el que desea conocerla no deberia ser «¿cuáles son tus leyes? ¿cuál tu religion? ¿cuál tu forma de gobierno?» sino «¿cuáles son tus diversiones? Muéstrame cómo te diviertes, y te diré quién eres, y adivinaré con sólo este dato todo lo relativo á tus creencias, moral, legislacion y formas políticas.»

Indicada, pues, la trascendencia que tiene para nosotros esta cuestion, véase si se nos abre, ó no, ancho campo con ella. ¡Así fuesen nuestras fuerzas tales como se necesitan para recorrerlo en toda su extension con mediano provecho de nuestros lectores! Harémos en esto hasta donde ellas alcancen, y nada más. Dirémos lo que sepamos, y tal vez la misma insuficiencia de nuestro trabajo mueva á plumas más diestras á proseguirlo y ampliarlo con mayores frutos. Vemos á sobresalientes ingenios ocupados en la investigacion de los más grandes problemas de ciencia social, buscando el orígen de nuestros males en lo más intrincado de los acontecimientos históricos, ideando para explicarlos teorías á cual más sutiles y peregrinas, proponiendo para su curacion soluciones admirablemente discurridas, pero que por desgracia son en la práctica inaplicables. Y mientras así tan sábiamente se discute, el enfermo agoniza, y camina rápidamente á la muerte. Es que por desgracia, remontando la consideracion á no sé qué leyes histórico-filosóficas y á puntos de vista generales, nos olvidamos frecuentemente de lo que está al alcance de nuestra mano, de lo que vemos y oimos todos los dias, de lo que no necesita para ser visto más que un poco de buena fe, para ser juzgado más que un poco de buen senti-

do, y para ser curado más que un poco de buena voluntad. Cosas muy frívolas al parecer suelen ser causa de grandes resultados. Tal nos ha parecido siempre la pública diversion.

Muy á menudo leemos, con detencion que álguien quizá extrañaria en nosotros, la seccion de los periódicos dedicada al anuncio de las diversiones. Al ver el afan con que nos enteramos de los espectáculos que se dan en nuestros teatros, del programa de los bailes, de las descripciones de las corridas de toros, de las reseñas de cuadros al vivo, y de todo lo demás que se encierra en aquella apetitosa primera página de nuestros diarios, cualquiera nos creeria uno de tantos aficionados que van allá en busca de placeres, para escoger de entre ellos el que más se acomode al paladar de sus pasiones. Y sin embargo, amigo lector, lo cierto es que ni al teatro vamos, ni al baile, ni á los toros; ni hemos visto en nuestra vida un mal can-can, hoy que lo saben hasta los niños; ni nos hemos divertido *inocentemente* ningun dia en ninguna exposicion de carnes humanas. ¡Ah! Leemos aquellos anuncios, clavamos la vista en el cartel pegado á la esquina, examinamos el mamarracho pintarrajeado que cuelga á la entrada de nuestros teatros, con el mismo interés con que sigue un corazon compasivo la marcha de una enfermedad reinante, que tal ha llegado á ser hoy la manía de divertirse. Y de este exámen salimos casi siempre con el corazon lastimado, y muchas veces ¿por qué no hemos de decirlo? con el estómago revuelto de puro asco. Y sin embargo, ¡atreveos á hacer sobre esto alguna observacion, siquiera la apoyeis con incontestables razones, siquiera la ilustreis con dolorosas experiencias! se os tendrá por mogigato y escrupuloso, y gracias que no se os llame hipócrita. «¿Queréis hacer del mundo un vasto monasterio? ¿Presumís que ha de llevar todo cristiano la vida austera del anacoreta? ¿Qué mal hay en que se divierta la gente?» Y así con razones por este estilo, se legitima toda liviandad, y se suelta el freno á todas las concupiscencias.

Vamos á hablar, pues, resignados á oir en torno nuestro, y de labios quizá hasta de muchos católicos, exclamaciones análogas; pero resueltos tambien á seguir sin hacerles caso, condenando todo lo que parezca digno de condenacion á los

ojos de la razon cristiana, y no admitiendo lo que no venga autorizado por la moral de la Iglesia, siquiera traiga en su favor todos los pasaportes y salvoconductos que otorga tan fácilmente la moral del siglo. Esta suele pecar por demás de elástica y acomodaticia. Podrá ser que no gustemos á todos. Poco nos importa, con tal que aprovechemos á algunos. De este criterio que tenemos adoptado desde que por vez primera escribímos para el público, nos acordarémos más que nunca en esta obrita, cuya lectura muy especialmente recomendamos á los padres y madres de familia.

I.

Pues qué ¿no es lícito divertirse?

¿Cómo si es lícito divertirse? y no sólo lícito, sino útil; y no sólo útil, sino indispensable. ¿Queréis más?

No es de hierro el hombre para que pueda estar asiduamente dedicado al trabajo sin necesitar esparcimiento. Aunque de hierro fuese, hasta lo de hierro se gasta si se lo sujeta á un trabajo excesivo. Hasta un arco de bien templado acero se rompe, si quiere encorvársele más de lo que permite su elasticidad. Pues bien. El cuerpo del hombre y áun su alma necesitan de vez en cuando descanso y desahogo. Aun nuestro propio interés nos fuerza á concedérselo á los brutos animales para mejor utilizar sus servicios: ni el buey, ni el mulo, ni el caballo, con ser tan robustos, soportarian las fatigas á que les sujetamos, si no les concediésemos en ciertas horas y en ciertos dias un descanso y una libertad que les estuviese de contínuo restaurando y como rejuveneciendo.

No hubo pueblo jamás sin dias festivos, y en todos los pueblos el dia festivo ha tenido dos fines principales: dar culto á Dios, y conceder descanso y distraccion al cuerpo cansado por el trabajo. Nadie ha podido dispensarse de esta

ley inevitable, ni los pueblos exclusivamente agrícolas, ni los puramente guerreros, ni los industriales y negociantes. En vano fuera atribuir á corrupcion lo que es efecto de una necesidad absoluta. O en anchos circos construidos con toda la magnificencia de las artes, ó sobre el césped de las praderas y bajo la sombra de los árboles seculares; es decir, ó con todo el refinamiento de la civilizacion, ó con la sencillez de la vida primitiva y patriarcal, en todas partes el hombre ha procurado dar satisfaccion á esta necesidad de su cuerpo y de su espíritu. Concluyamos, pues. Es tan urgente darle al alma y al cuerpo descanso y expansion, como darles aire para respirar y alimento para sostenerse. Un trabajo continuado llegaria á ser hasta inmoral y embrutecedor. El hombre que de continuo estuviese regando con su sudor la tierra de su campo ó la máquina de su taller, el otro que dia y noche no alzase sus ojos de su observacion física ó de su lucubracion filosófica, esos tales no tardarian en volverse egoistas y exclusivos; apagaríase en ellos todo sentimiento de amor á sus semejantes y de obsequio á Dios; el trabajo excesivo haria de los primeros unas como bestias sólo dispuestas á los goces de la sórdida avaricia; y de los segundos, mónstruos de orgullo á quienes la vanidad del saber volveria más insufribles é insensatos que la más supina ignorancia. Por donde, lectores mios, no sólo es lícito divertirse, sino que es útil; y no sólo es útil, sino que es indispensable.

Pero así como, por más que sea lícito, útil y necesario el comer, no siempre es recomendable lo que se come, así tambien muy á menudo es peligrosa la diversion, con todo y ser una cosa muy útil y muy santa el divertirse. Comed enhorabuena, pero sea pan, no veneno; que si en lugar de pan le dais á vuestro cuerpo sustancias venenosas, no sostendréis su vida, sino que acabaréis pronto con ella. Asi tambien divertíos en buen hora, pero cuidad que la diversion que le dais al cuerpo no os envenene juntamente el cuerpo y el alma. que por desgracia es materia esta en donde anda el abuso tan cerca del uso, que ha venido á considerarse casi como inseparable de él. No diré que deba serlo por necesidad, pero sí que lo es con sobrada frecuencia.

En efecto. En ninguna parte ha hecho tantos estragos la

corrupcion como en ésta. Hay en primer lugar exceso en las diversiones. Comer regularmente sostiene las fuerzas y aun las devuelve si se han perdido: comer en demasía es entregarse á los dolores de la indigestion y de la postracion que la acompaña. Así sucede con las diversiones. Aun en las diversiones inocentes ha de ejercitarse la templanza. No pensar sino en la diversion, dedicar á esa frivolidad todos los pensamientos y todas las horas libres del dia, hacerse de ella una obligacion tan séria y formal como las demás obligaciones, es un cierto linaje de glotonería del alma, mil veces más perjudicial que la del estómago. Es además signo evidente de decadencia y degradacion. *Panem et circenses:* éste era el único grito del populacho romano en los últimos dias de su ignominiosa agonía. Su ideal estaba satisfecho con que se le diese un mendrugo de pan y juegos en el circo. Y recientemente hasta periódicos revolucionarios, bastante curados de vergüenza, se han ruborizado describiendo el espectáculo que presentaba Madrid en dias de calamidad nacional, en dias de guerra feroz entre hermanos, en época por todos conceptos desastrosa, reuniéndose y olvidándolo todo, patria, Religion, gobierno, públicas miserias, para inaugurar... otra plaza de toros. ¡Ah! cuando los hombres graves hablan y obran y se mueren por los juguetes como los niños, ¡síntoma fatal! es que la vejez ha llegado á aquel período en que por su imbecilidad es una segunda infancia. Somos por el mismo estilo; pueblos viejos que volvemos á niños con todas las miserias de la edad primera y sin ninguno de los encantos de su inocencia. ¡Ay del pueblo que no piensa más que en divertirse!

Así en pueblos como en individuos es, pues, un signo de corrupcion el hambre desmedida por las diversiones. Más todavía... ¡fuesen estas diversiones simplemente frívolas! ¡no hubiese otra cosa que lamentar que el excesivo tiempo empleado en ellas! Pero es lo peor que son por lo comun esencialmente pestilentes y corruptoras. Hénos aquí ya de lleno en el punto que nos proponíamos tratar.

II.

Vamos; ¿qué escrúpulos se os pueden ofrecer, por ejemplo, contra el teatro?

Precisamente quise, amigo mio, empezar por ahí, por lo que parece más inocente, sí señor, por el teatro. Bien merece que le demos el primer lugar, ya por su excelencia intelectual y artística, ya por su innegable influencia social. Lo hallamos en todas las naciones y en todos los siglos. Diríase que siempre y en todas partes ha sentido el hombre una como cierta necesidad de ver reproducidas y representadas en grata ficcion las escenas que más ó menos le interesan en la vida real. La institucion del teatro es, pues, de por sí digna de encomio como tantas otras, y es indudable que sus placeres estéticos corresponden á la parte más noble de nuestro sér. De todas las diversiones es la más ideal y la más culta, la más conforme á las aspiraciones elevadas del alma, á los sentimientos más delicados del corazon.

Perdónennos, sin embargo, nuestros lectores, si apenas principiada ésta, que parecerá á algunos decidida apología de los espectáculos dramáticos, nos dejamos caer de tales alturas puramente especulativas, y nos vemos forzados á convertir los panegíricos en desapiadada invectiva. En efecto. Del teatro hemos hablado hasta aquí en teoría, es decir, segun lo que dan de sí las reglas del arte y las indicaciones de los preceptistas, no segun lo que muestra la experiencia de todos los dias. Más claro. Del teatro hemos dicho lo que debiera ser y áun lo que podria ser, cuando nuestra obligacion hoy por hoy es hablar de lo que realmente es, y en vista de lo que realmente es, resolver lo que cristianamente debe de él pensarse. Coloquémonos, pues, en este terreno práctico, real, tangible, en que debe colocarse siempre el moralista en sus apreciaciones.

Aquello tan sabido y tan sonado de que el teatro es *escuela de las costumbres*, tiénese ya por antigualla trasnochada y completamente pasada de moda. Nadie cree ya en ella, ni los mismos autores dramáticos que pudieran parecer más interesados en sostenerla. Fígaro, crítico tan competente como todos sabemos, se burló ya de eso más de cuarenta años atrás, y cuenta que el infortunado cuanto despreocupado y poco aprensivo escritor de Madrid no habia alcanzado todavía el teatro de nuestros tiempos. No, nunca ha sido el teatro escuela de costumbres; no lo fué en Grecia, ni en Roma, ni en la Edad media, ni en nuestro siglo de oro, ni en la época clásica de Luis XIV, ni en nuestros dias. Lo que fué, sí, en todos tiempos, cuadro fiel, reflejo exacto de las costumbres de su época respectiva, lo cual varia mucho de aspecto. Precisamente en esto estriba su mayor peligro, y ésta ha sido la causa de sus mayores extravios.

En efecto. No corrige, ni dirige, ni forma las costumbres el que tiene por norma general acomodarse constantemente á ellas, poetizarlas con vivos colores. Tal ha sido en todos tiempos el teatro. Cítesenos una época sola en que el teatro se haya colocado al frente de la opinion para dirigirla, en vez de seguir humilde y rastrero en pos de ella para secundarla. No podemos bajar detenidamente á ese estudio prolijo; pero está indicado, y puede cada cual hacérselo por su cuenta con sólo cotejar los grandes escritores dramáticos con la época histórica en que florecieron. Incultos y groseros, si la época fué grosera; religiosos, cuando dominó el sentimiento religioso; lascivos y poco delicados, cuando la opinion pública no escrupulizó en estas materias; impíos, cuando fué de moda la impiedad; escépticos y bufos, cuando, como hoy, es lo dominante el escepticismo; los autores dramáticos son más que nadie hijos de su época, representacion viviente de las creencias, hábitos y preocupaciones de ella. Ninguno de los tales podrá jactarse de haber formado á su imágen y semejanza la generacion que le escuchó; en cambio, ni uno deja de mostrar en sí propio la fisonomía de la generacion de cuyos sentimientos es hijo. Esto es lo constante y lo universal. Esto, añadirémos, es lo que por precision debe suceder dada la misma naturaleza de la cosa. Efectivamente. No fuera tan

grande el encanto de las representaciones dramáticas, si no fuesen de todos perfectamente comprendidas; ni fueran de todos perfectamente comprendidas, si no fuesen reflejo fiel del modo de pensar, querer y sentir de todos ó casi todos. Una bella composicion en disonancia con las propias ideas y sentimientos podrá gustarle al literato que sabe colocarse en la debida composicion de lugar y tiempo para gozarla, no al público comun que no sabe de estas abstracciones. Es, pues, el teatro, como apuntábamos al principio, no escuela de las costumbres, sino reflejo de ellas. Esta es la regla general que no desmienten contadas y rarísimas excepciones. Estas son excepciones, heróicas excepciones, y nada más.

Ahora bien. Ahí está el gran peligro del teatro como pública diversion. De retratar las costumbres á condescender con ellas, hay poquísima distancia. Teniendo en cuenta la debilidad del hombre, de la cual no se libran los poetas, debilidad que les hace condescendientes y tolerantes con lo que á su rededor goza de prestigio y consideracion, sucederá casi siempre que aquello tan sabido de Lope de Vega, de hablar en necio al necio para darle gusto, no se limitará á la esfera de los preceptos literarios, sino que se aplicará tambien á la sana moral y á los preceptos de la ley de Dios. Exigir lo contrario de la generalidad de los poetas, seria suponer que la generalidad de los poetas son santos, y santos no lo son muchas veces los poetas dramáticos, sino algo menos. Por donde en todos tiempos, si los hemos visto más ó menos escrupulosos en el respeto á las reglas literarias, los hemos hallado en cambio poco delicados en las de moral. No se ofendan las venerandas sombras de nuestros ingenios.

Nuestro teatro del siglo XVII, que es el más católico, y en órden á las ideas el más ortodoxo de Europa, no es igualmente severo en las costumbres, y cierto no quisiéramos nosotros fuesen nuestras madres y hermanas como aquellas tapadas y desenvueltas de Lope y Tirso de Molina, ni nuestros hermanos como aquellos galanes tan diestros en amorosas intrigas, como sueltos y desenfadados en perfiles de conciencia. Es achaque poco menos que inevitable, dadas las condiciones del autor, de la obra y del público que ha de gozarla. El mismo Calderon, piadosísimo, que visitaba el san-

tísimo Sacramento antes de emprender la composicion de uno de sus Autos sacramentales, discurria más de una vez como un espadachin calavera ó como un seductor descarado en cualquiera de sus por otra parte inmortales comedias. Así era su siglo y su público, y no hay más. Tenemos, pues, que no sólo no es el teatro rígido censor de las costumbres, sino que es al revés condescendiente y contemporizador con ellas.

Queremos, empero, dar todavía un paso más. Esta condescendencia con las costumbres en el teatro pasa luego á ser adulacion y lisonja de las mismas. ¿Cómo? Muy claro. Por el mismo colorido de belleza con que el arte las reproduce; por el atractivo de la idealizacion tan poderoso que nos hace simpáticos y encantadores objetos que en su sér real apenas nos llamarian la atencion, si ya no nos inspiraban repugnancia; por la magia del verso y del decorado, que levanta, ennoblece, sublima en alas de la imaginacion todo lo que se le encomienda. ¿No veis como en nuestros propios dias á fuerza de idealizacion el arte corrompido logra hacer simpáticos á la muchedumbre tipos tan antipáticos como la tos de la tisis, que es lo más feo en el órden físico, y el amor vendido de la prostituta, que es lo más feo en el órden moral? ¿No habeis oido la *Traviata?* Yo no, y cierto no me pesa.

Pues bien. Resumamos. No corrige el teatro las costumbres malas, sino que las refleja; y no sólo las refleja, sino que condesciende con ellas; y no sólo condesciende con ellas, sino que se hace por regla general su adulador. Y esto no por casual extravío de tal ó cual poeta, sino por regla general que viene observándose en el teatro de todos los siglos y de todas las naciones, así paganas como cristianas; efecto que por su misma universalidad nos vemos forzados á atribuir á la misma naturaleza de esta diversion, dadas las condiciones del hombre flaco y miserable y propenso al mal.

Por estas simples indicaciones se echará ya de ver que tenemos muy en poco lo que se llama la *mision moralizadora* del teatro. Pésanos como aficionados á las letras, que lo somos, aunque no nos atrevamos á llamarnos literatos. Pésanos por lo muy querida que nos es la memoria de tantos eminentes varones que en este ramo sobresalieron é ilustra-

ron su patria. Colocados, empero, entre las seducciones del arte, en esto casi siempre extraviado y las prescripciones de la moral cristiana, entre el acento halagüeño y adormecedor de las musas y el grito severo é implacable de la conciencia, no nos tachen de intolerantes y oscurantistas y poco ilustrados nuestros lectores, ó táchennos si quieren de estas horribles flaquezas; no podemos adherirnos á la paradoja de llamar al teatro elemento moralizador, antes bien seguirémos considerándolo como agente el más activo, precisamente porque es el más culto, de pública desmoralizacion.

III.

Al fin, clérigo habíais de ser para ver siempre las cosas únicamente por el lado feo.

Calma, amigo mio, calma; *quod scripsi scripsi*, que dijo un juez. Ni por esas me retracto, á fin de que se vea que soy clérigo, sí, señor, y neo, y terco y cabezudo por añadidura. No, amigo mio, no; no es el teatro escuela de las costumbres, sino pura y simplemente espejo de ellas. Bueno y edificante cuando ellas fuesen buenas y edificantes: malo por lo comun y desmoralizador, puesto que por lo comun son ellas malas y desmoralizadas. Y más aún, no es espejo fiel, sino espejo adulador; espejo que retrata embelleciendo, haciendo simpáticos los mismos vicios, motivo por lo cual es peligrosísima su influencia en toda edad, y principalmente en la juventud, en que tiene más ascendiente sobre el corazon lo poético, lo embellecido por la imaginacion, que lo real, lo desnudo de afectos, lo dictado por la razon severa.

Y por este motivo, no sólo santos Padres, no sólo Doctores eclesiásticos, no sólo místicos y ascetas, no sólo predicares y confesores han tenido sus reparos contra el teatro. De éstos harias tú poco caso, porque los juzgas tal vez gentecilla

baladí, aferrada á sus rancias preocupaciones, poco conocedora del mundo y del corazon, aunque en todo esto son más maestros que muchos que presumen de serlo. Por lo mismo voy á citarte gente del siglo; despreocupada, como dicen; impía y corrompida, como digo yo, que llamo á cada cosa por su nombre; gente que tendrá para tí gran autoridad en asunto que conocia muy de cerca.

«Todo sale á la escena menos la razon; el teatro da sólo malos colores á lo más á las pasiones más viles; aquellas empero que son de moda las engalana y lisonjea. Si la belleza de la virtud fuera obra del arte, ya muchos días há que el arte dramático la hubiera echado á perder.»

Tales palabras, amigo mio, son de buen sastre que conocia de sobra el paño; son del mismo Juan Jacobo Rousseau en persona, quien las puso en una muy conocida carta suya sobre los espectáculos. Las siguientes no tendrán para tí menos autoridad:

«No creemos nosotros, como repetidas veces se ha pretendido hacer creer, que el teatro corrija las costumbres, ni destierre vicios... el hombre es animal de poco escarmiento, y si lo fuera, seguramente que el colorido de sublimidad y pasion de que el teatro suele revestir los vicios y los crímenes no seria el mejor medio de hacerlo escarmentar. Los celos que en el Otelo del mundo no son sino reprensibles, están por lo menos disculpados en el teatro con el exceso de la pasion.»

¿Oiste? Quien así habla no es san Jerónimo, ni san Agustin, ni otro adalid alguno del campo clerical; es Larra, el revolucionario, el incansable demoledor, el desdichado filósofo madrileño, cuyo innegable talento es tan grande como su horrible impiedad. Y aunque poco despues sale á la defensa del mismo teatro á quien con tanta dureza acaba de tratar, inconsecuencia muy frecuente en este escritor, ¿quién quita el peso de aquella su primera razon que en la pluma le puso un momento de buen sentido?

Oye empero un testimonio todavía reciente, el más imparcial, el más autorizado en este punto. ¿Has oido hablar alguna vez de Alejandro Dumas, hijo, el novelista cuyas producciones han sido casi todas prohibidas por la Iglesia, el

dramaturgo cuyas piezas han sido objeto de ágrias censuras por su descarada inmoralidad? Escucha, pues. Este escritor llamado á sentarse en el sillon de la Academia francesa, vacante por fallecimiento de otro autor dramático, Mr. Lebrun, al hacer como es costumbre en todo académico entrante el elogio de su antecesor, hízose cargo en su discurso pronunciado en 11 de Febrero de 1875 de la acusacion de inmoralidad literaria que se dirigiera un dia en aquella misma Academia contra ciertos dramas modernos de su escuela. Alejandro Dumas expone la acusacion en toda su crudeza con los siguientes términos:

«Desde hace algunos años se ha introducido en los teatros un prurito de rehabilitacion... En todas partes se ha hecho de moda presentar á la escena, como objetos de interés y de simpatías, á mujeres caidas, encenagadas en el vicio, á quienes no obstante la pasion purifica y rehabilita. En otros tiempos presentábase la pasion en los teatros, pero humillada y arrepentida; hoy nos la muestran glorificada en todos sus excesos. Entonces propendia á lo más á excusarse; hoy, erguida la frente, desafía la vergüenza pública con insolencia. Hoy tócale á la honestidad bajar los ojos confundida, hoy se coloca como sobre un pedestal á estas mujeres perdidas, y se dice á nuestras esposas y á nuestras hijas: Mirad, son mejores que vosotras.»

Y á tan grave acusacion que coge de lleno al teatro y á la novela de Alejandro Dumas, padre é hijo, ¿sabes cómo contesta éste en el citado discurso? ¿Crees que busca atenuantes ó paliativos para su flaqueza? No; antes con una franqueza que le honraria si no fuese ya cinismo y desvergüenza, recoge el guante, generaliza la cuestion, declara que en mayor ó menor grado es esencial al espectaculo dramático cierta inmoralidad. Oye como despacha á sus escrupulosos acusadores. Nota que es Dumas quien habla; nota que habla ante la primera corporacion literaria de Francia:

«No tuve, señores, el gusto de asistir á la sesion en que se pronunciaron las referidas palabras; estoy seguro, empero, de que fueron acogidas con unánimes aplausos. Las apologías de la moral son siempre y justamente aplaudidas por oyentes como los que nos rodean. Mas, puesto que en este

mismo recinto donde en 28 de Enero de 1858 os hablaba Mr. Lebrun, tengo hoy el honor de dirigiros yo la palabra, cosa que en aquel dia nadie hubiera podido prever; puesto que habeis tenido la bondad, que algunos dirán mañana imprudencia, de abrir vuestras puertas á uno de los hombres cuyas obras han sido aquí mismo y son todavía en algunos lugares acusadas de inmoralidad; puesto que este hombre tiene hoy una ocasion solemne, única en la vida de un escritor, de defender sus ideas delante de vosotros, esto es, delante del tribunal más ilustrado y competente del mundo; permitidle que responda á esta acusacion de inmoralidad literaria que pesa sobre él y sobre un gran número de sus colegas, empezando por hacerse cargo de esta famosa frase que nos acosa por todas partes: ¿por qué llamais á nuestras mujeres y á nuestras hijas á semejantes espectáculos?

«Desde luego, señores, nosotros á nadie convidamos á que venga á escuchar nuestros dramas; escribímoslos, los hacemos representar cuando le place al empresario, y viene quien viene. Desgraciadamente, á nadie se obliga. En cuanto á las mujeres, no tenemos, cierto, necesidad de invitarlas; viénense ellas, y tienen razon, porque allí encuentran más fácilmente quien de ellas se ocupe. En cuanto á las hijas, varía la cuestion. Nunca las convidamos, no hay modo posible de avenencia entre nosotros y esas almas delicadas que sólo deben recibir ejemplos y lecciones de la familia y de la Religion. Lo mismo debemos prescindir nosotros de ellas, que ellas de los autores dramáticos.

«Ni la *inocente* Inés, que se permite esconder en su cuarto á Horacio, sólo por haberle visto desde su balcon; ni la astuta Rosina, que corresponde á Lindor así que le vió desde su ventana; ni la tierna Julieta, que da una cita á Romeo, el enemigo de su familia, á la primera vez de encontrarle; ni la apasionada Desdémona, que abandona la casa paterna por seguir al negro Otelo, son modelos dignos de presentarse á las jóvenes. Sin embargo, fuera gran desgracia no tener Ineses, ni Rosinas, ni Julietas, ni Desdémonas, sólo porque haya padres que de todos modos quieran llevar sus hijas á los espectáculos. En una palabra, señores, y es hombre de teatro el que os habla: no conviene que llevemos á él nues-

tras hijas; ¿sabeis por qué me expreso tan francamente? Porque respeto todo lo respetable. Respeto demasiado á las jóvenes para invitarlas á que escuchen todo lo que á mí me ocurra decir, y respeto demasiado mi arte para reducirlo á lo que ellas puedan escuchar.»

¿Qué más? El mismo Alejandro Dumas, hijo, acaba de decirle al público en el prólogo de una produccion suya las siguientes claridades:

«Querido público: hace veinte años que tú y yo nos conocemos, sin que en todo este tiempo hayamos tenido grave motivo de disension. Es verdad que algun envidioso procuró sembrarla entre nosotros, gritándote que no asistieras á mi drama porque es *inmoral*. Tú y yo estamos acostumbrados á esta palabra desde el principio de nuestras relaciones, y esta vez como las demás acudes á ver de qué se trata, y áun repites la visita. No traes á tu hija y haces bien, pues, digámoslo ahora para siempre, *nunca debiera llevarse una hija al teatro*. Inmoral lo es, no solamente la pieza dramática, sino el mismo local. En donde quiera se pone de manifiesto el hombre, hay en él cierta desnudez que no debe exponerse á todas las miradas, y el *teatro, áun el más bien educado, vive de tales exhibiciones*. Allí nosotros tenemos que decirnos cosas que las muchachas no deben oir. Acábese, pues, de una vez con la hipocresía de esta palabra; el teatro es inmoral, y sépase bien que siendo el teatro la pintura ó la sátira de las pasiones y de las costumbres, no puede dejar de ser inmoral siendo inmorales éstas.»

Sobran los comentarios donde es tan claro y tan sobremanera explícito el texto del autor, y lo que añade en defensa de su falsa teoría estética no hace á nuestro objeto. A quien nos haga observar que Dumas se refiere tan sólo á los extravíos del teatro, responderémosle que por desgracia constituyen tales extravíos el estado normal del teatro que, sabido es, vive por lo general más bien de Rosinas, Ineses, Desdémonas y Julietas, que de castas Susanas y Teresas de Jesús. Un exámen minucioso de las colecciones dramáticas en todas las naciones y en todos los siglos daria apenas por resultado un tipo honesto por cada cien deshonestos ó poco delicados que intervienen en los respectivos argumentos. A

quien nos objete que en último resultado sólo para las jóvenes será inconveniente la asistencia á tales espectáculos, le dirémos, que dado que fuese posible excluir á esta clase juvenil de una diversion que sin ella careceria de su principal atractivo ¿no es verdad, amigo mio? dado que fuese posible trocar de un modo tan radical las condiciones de tal diversion pública, no pueden las esposas honradas, por muy esposas y muy honradas que sean, presenciar *por mera diversion* lo que ofende el pudor de las doncellas, ni pueden los hombres sérios y barbudos dar pábulo á sus vicios con lo que enciende el mal fuego en los corazones jóvenes y de toda edad. Más claro. En materia de diversiones no es lícito cristianamente á nadie lo que por lo menos Alejandro Dumas declara ilícito á la doncella honrada. ¡Medrados andaríamos al fin y al cabo si la moral católica no fuese en esto algunos puntitos más estrecha y ajustada que la moral racionalista é independiente del autor de *La Dama de las Camelias!* Leed, padres católicos, leed y meditad.

IV.

Sea como fuere, yo llevo allá muy á menudo mi mujer y mis hijas, y sin embargo no creo hacer mal.

Está bien, amigo mio, y cierto me gusta la frescura: está bien, pero tened en cuenta las siguientes reflexiones, y decidios despues.

Oidme bien.

El interés dramático de la pieza que vais á presentar á los ojos de vuestros hijos é hijas estriba *casi siempre* en una pasion. Os concederé que el objeto de esta pasion sea lícito, que no es poco conceder; os concederé que los medios con que se os presenta su desarrollo en la escena son suficientemente delicados; que ni una palabra se cruza allí que no esté bien ajustada á los mandamientos de la ley de Dios; que

ningun lance ocurre que se preste á extravíos de la imaginacion sobradamente excitada. ¿Os parece todavía poco lo que os acabo de conceder? ¿Hay en nuestros repertorios muchas piezas que reunan tales condiciones? Pues bien. Aún en este caso, todavía así, creo funesta, funestísima para el corazon la influencia del teatro.

Decidme sino: vos quereis á vuestros hijos é hijas honrados y juiciosos, ¿no es verdad? Oid, pues. Para conseguirlo les ofreceis cada dia en la escena tipos de pasiones exaltadas que harán les parezca ridícula luego la sencillez de la vida normal y la calma de un corazon no agitado por violentas tempestades. ¿Es ó no es verdad?

¿Deseais que sea vuestra familia sumisa á la autoridad paterna? Y vos la enseñais prácticamente á mirar esta autoridad como yugo enojoso, que la gente moza puede permitirse sacudir cuando convenga, sin escrúpulo ni aprension. ¿Es ó no es verdad?

Quisiérais que sólo anduviesen en derredor de vuestros hijos personas sensatas y de maduro consejo. Y cada noche de teatro les dais por consejeros jóvenes calaveras, mozuelas alegres, viejos verdes que les familiarizan con todo linaje de desahogos y desenvolturas. ¿Es ó no es verdad?

Mas pasemos, si os place, á otro órden de consideraciones. Estais ya en el teatro; se levanta el telon, y empieza el drama. Dos personajes en versos armoniosos, ó en música más armoniosa aún, es decir, con el lenguaje de todas las seducciones, declaránse uno á otro, y declaran ambos al público, el fuego de una pasion, como todas las de teatro, inmensa, volcánica, devoradora. Aquella pasion encuentra obstáculos que sirven de más y más avivarla, como son, ó la desigualdad social, ó los caprichos de la fortuna, ó las preocupaciones *tiránicas* de un padre, ó lazos santos que no pueden ya romperse, ó el honor, aunque no sea más que como el mundo lo pregona y enaltece. Los menores incidentes toman allí el carácter de aventuras romancescas que aumentan el interés dramático, y le dan un colorido de sublimidad que embriaga el alma del espectador. La lucha de las pasiones, las agonías del amor contrariado ó no correspondido, el torcedor de los celos, la desesperacion de un *sí* pronun-

ciado en mal hora á otro hombre ó á otra mujer, el *horror* de un voto que encadena un corazon infeliz á las rejas del santuario... todo, todo está magistralmente pintado; el poeta lo ha dorado y abrillantado todo con mágicos hechizos; el arte ha calculado todos los efectos y dispuesto todos los resortes para herir y conmover profundamente. ¿Es verdad ó no es verdad? Mas prosigamos.

Mirad en estos momentos á vuestra hija tan pura y tan inocente; mirad á vuestro hijo, á quien educais con tanto esmero. Miradles con qué febril ansiedad siguen las peripecias mil de aquella seductora historia. Su corazon late apresuradamente; el fuego de la pasion ajena llega á colorear hasta sus propias mejillas; fingido es aquel amor, y no obstante háceles asomar más de una vez las lágrimas á los ojos. Cada gemido de la víctima, cada protesta del apasionado galan, vibran en su tierno pecho, hallan eco en él, y cáusanles ora amargos, ora deleitosos estremecimientos. ¿Qué piensa entonces vuestra hija? ¿Qué siente aquel hijo vuestro? Algo puede presumirse, dados los puntos de meditacion que les ofreceis. Pero... sigamos estudiando sobre el natural. Como refleja el cielo en la superficie del mar, ora el limpio azul del firmamento, ora la melancólica claridad de la luna, ora los apiñados nubarrones y el color aplomado de la tempestad, asi se reflejan en su corazon las varias vicisitudes de la escena. Fingida es aquella historia, pero ¿quién no sabe que la ficcion á cierta edad es más poderosa que las más poderosas realidades? Fingida es, pero, ¿hay libro alguno, hay voz de tutor ó de maestro, hay autoridad paternal ó materna que tengan para un corazon de veinte años el ascendiente de aquellas halagüeñas ficciones? Fingida es, mas decidme, ¿cómo roba de tal suerte la atencion de vuestra hija aquella historia fingida, sino porque segun las impresiones de aquella historia fingida van modelándose poco á poco los sentimientos de su propio corazon? ¿Es verdad ó no es verdad?

Y luego los que por su ministerio tienen el delicado encargo de sondear esos corazones, hállanlos ¡ay Dios! todavia en edad temprana, roidos ya por precoces desengaños, desengaños que todavia no ha podido dar la experiencia, pero que la ilusion se anticipó ya á dar! Y hallan en el fondo de

esas almas, gangrenadas por el abuso de la emocion y por el extravío del sentimiento, espantosos vacíos que los más santos afectos no pueden ya llenar; horrible hastío de la vida; vago malestar sin causa conocida; indefinibles inquietudes sin objeto determinado; tédio, cansancio moral, cruel escepticismo. Y en pos de estas crueles enfermedades del espíritu, verdadera epidemia de nuestra sociedad actual, siguen el alejamiento de Dios, el desprecio del prójimo, la caridad austera sustituida por un ridículo sentimentalismo de novela, el retraimiento de los deberes domésticos, el horror hoy tan comun á los lazos severos del matrimonio, hasta caer frecuentemente tales víctimas, por una reaccion muy natural, desde las exageraciones del más romántico idealismo á los súcios albañales del positivismo más grosero. ¡No siempre acontece esto! me diréis. Pero ¡cuán á menudo acontece! os replicaré yo. ¡Y desgraciado quien tenga ya tan gastado el paladar que no lo sienta!

Ahora bien. Educad á vuestras hijas é hijos en la escuela del teatro, formad allí su corazon, modelad segun él sus sentimientos y preguntadnos luego cándidamente: «Pues, señor, ¿qué mal hay en que asistamos cada dia ó cada semana al teatro? ¿Qué mal hay en llevar muy á menudo nuestros hijos y nuestras hijas allá? Al fin, bueno es que conozcan tambien un tantico el mundo, siquiera para preservarse de él.»

Mas esta última razon ó pretexto que alegan algunos padres bonachones en favor de los espectáculos dramáticos, requiere por sí sola capítulo aparte.

V.

Pero ¡caramba! tambien conviene estar algo enterado de todo; sí, señor, hasta de lo malo, siquiera para evitarlo.

¡Hombre! ¡Magnífico pasaporte para justificar con él todas las libertades! ¡Cuántos padres y madres me habrán contestado así en sus adentros conforme iban leyendo estas páginas, y de esta suerte habrán creido poder salirse tan cómodamente de los escrúpulos y remordimientos con que tal vez les iba alarmando ya la pícara conciencia. «Al fin, bueno es que mis hijos sepan tambien algo de esas cosas, siquiera para que aprendan á conocer el mundo.»

¡Bien, padre feliz, madre dichosa! como Salomones discurrís, y segun vuestro parecer no hay quien conteste á tan profunda sentencia. Está bien. Pero vamos; examinemos vuestro raciocinio á la luz del buen sentido práctico que en otros asuntos os guia tan bien, y que no sé por qué, en este no os ha de inspirar más acertado consejo.

¡Conviene saberlo todo! decís. Pregunto, pues: conforme á este principio, andaréis probando los venenos de que quereis libraros, á fin de que á ciencia cierta os conste que son dañosos. ¿Lo haceis así? No, por vida mia. Os bastará el parecer de un amigo que os diga: «¡Esto mata!» para que lo mireis con horror, y ni siquiera le consintais en vuestra presencia. ¿Por qué, pues, no os sirve igual lógica cuando ante una diversion corruptora os da igual grito vuestra mejor amiga la Religion?

Deseais laboriosos y activos á vuestros hijos. ¿Por qué no les dejais ensayar, siquiera por algun tiempo, la vida del holgazan y del tahur, para que aprendan con esta experiencia á aborrecerla?—¿Estais loco? me replicais. ¿Quereis que para sacar buenos á mis hijos empiece por familiarizarlos con

el mal?—Pero, amigo mio, ¿no deciais que es bueno conocerlo todo un poquitillo? ¿Es decir, que empezais á ver claro que hay cosas que vale más no saberlas que tomarles aficion acostumbrándose á ellas?

¿Por qué no llevais vuestra familia á contemplar las desnudeces de un gabinete de historia natural ó las asquerosidades de una sala de diseccion ó de un museo anatómico? —Pero, ¿y lo inocencia y el pudor?—¡Ah! teneis razon; ¿con qué sois delicado y delicadísimo para preservar la vista de esta sensualidad grosera de los sentidos, y no lo sois para preservar el alma de aquella otra sensualidad del corazon, sensualidad muy más refinada, sensualidad mil veces peor y más corruptora? ¿No es acaso más peligrosa que la inmunda anatomía del cuerpo, la artística pero no menos inmunda anatomía de ciertas pasiones que presentais cada noche á la imaginacion inexperta de vuestros hijos é hijas en la mayor parte de nuestros dramas?

¡Saberlo todo! Y decidme, lo malo ¿no valdria más ignorarlo todo? Y ya que no sea posible ignorarlo todo, ¿no valdria más desconocerlo en parte? Y si esto es todavía difícil, ¿creeis que es escuela de sana experiencia contra el influjo del mal el estudio que de él se hace en el teatro?

Si hay que conocer el mal, cuando este conocimiento sea de todo punto inevitable, importa conocerlo como es en sí, no como se complace en pintarlo la imaginacion exaltada de músicos y poetas, á quienes Dios perdone. Conózcase, si es preciso, el vicio, ¡feliz quien lo ignore! pero no el vicio á través del prisma seductor con que lo ofrece la ilusion teatral, sino el vicio asqueroso, antipático al corazon honrado, antisocial, gérmen de desventuras para el cuerpo y para el alma; no el vicio dorado, rosado, halagüeño, interesante, simpático, ó, por lo menos, disculpable y disculpado, sino el vicio objeto de horror, acompañado del anatema de la Religion y de las leyes, velado siempre con todas las reservas del pudor cristiano. Como los mónstruos feroces que se exponen siempre al través de rejas y rodeados de cadenas, así se ha de mostrar el mal; no ¡por Dios! entre sonrisas y tiernas emociones, rodeado del aplauso de una sociedad envilecida por sus condescendencias, con toda su incitante desnu-

dez, siempre ¡ay! demasiado poderosa para seducirnos, dada la tendencia que nos arrastra constantemente al mal.

¡Saberlo todo! ¡aprenderlo todo! ¿Y de quién presumís podréis sacar provechosamente tal enseñanza? ¡Rehusais quizá por austera la del púlpito cristiano, y acudís á recogerla de los labios de una actriz corrompida, á quien ninguno de vosotros quisiera por madre, por hermana ó por esposa, áun los que la solicitais por amiga! Y si una vez, *rara avis*, el poeta pone en los labios de tan poco edificante predicador una moraleja de buena intencion, no cesais de encomiar entonces lo que llamais la moralizadora influencia del teatro, sin tener en cuenta que está completamente desautorizado para el bien aquel labio del cual sale casi contínuamente la procaz desenvoltura, cuando no la franca apología del mal!

¡Saberlo todo! ¡aprenderlo todo! Y hay madres ¡pobres madres! ¡locas madres! que al confiar su hija al encargado de preparar su primera Comunion ó de dirigir su conciencia, no saben hacerlo sin mil reparos y salvedades! ¡Por Dios! que ni una palabra se diga que pueda ofender el candor de aquella delicada sensitiva, que sean muy discretas las preguntas y muy velada la plática doctrinal; y á la noche siguiente llevan su tierna sensitiva al teatro, en donde la seduccion, el rapto, la infidelidad conyugal, los apasionados amores se le ofrecen á la infeliz, incitantes, hechiceros...; pero al fin ¡es el teatro! Y ¿quién va á pensar mal en el teatro? La Iglesia, el púlpito, el confesonario, pueden ofrecer quizá sus peligros, pero... ¡el teatro! ¡Pobres madres! ¡Locas madres!

¡Saberlo todo! ¡aprenderlo todo! Y ¿á qué—exclama el sapientísimo autor de *La Imitacion de Cristo*, que no debió estar muy al cabo de los perfiles de nuestra ilustracion,—á qué pretender saber lo que no es lícito desear, ó querer desear lo que no es lícito poseer? ¿A qué sacar de su feliz ignorancia y de sus sueños de inocencia á un corazon que quizá no conoceria en toda su vida el mal más que por su contrario la virtud? ¿A qué hacerle familiares y usuales, excesos que ojalá todos llegasemos á figurarnos como irrealizables é imposibles? Si aborrecemos la prostitucion de los cuerpos, ¿á qué empezar por considerar lícita y hasta provechosa esta

prostitucion de las almas? ¿Será que ya no nos espanta la corrupcion como no la veamos traspasar ciertos límites de conveniencia social y de decoro público meramente humanos, dejando que sea un lupanar de feas representaciones y de súcios deseos nuestro corazon, con tal que no nos salga á la cara la vergüenza de nuestra ignominia? ¿Es esta la ley de Dios? ¿O quizá os la habeis formado tan ancha, tan varia, tan condescendiente como lo que se llama *honor* en el mundo, honor convencional, que es frecuentemente la máscara de las más feas deshonras?

VI.

Teneis razon bajo vuestro punto de vista intransigente y clerical. Mas no suelen juzgarse con tan rígido criterio tales cuestiones.

—Pues peor, amigo mio, para quien con otro criterio las juzgue. No vale aquí declamar contra las intransigencias clericales. Lo que procede averiguar es si en este asunto ve mejor y más claro el anteojo clerical desde las alturas del Evangelio, ó el anteojo del siglo guiado únicamente por la acomodaticia y vária apreciacion de las humanas pasiones. Lo que hemos afirmado, lo hemos afirmado, sí, como clericales (que lo somos, y á mucha honra): lo que debeis vos ahora probarnos es que el clericalismo (vulgo Catolicismo) no tiene razon. Mucho os costará.

—Pero, ¡pretendeis oponeros á esa corriente universal que considera los espectáculos dramáticos como diversion, no sólo inofensiva, sino hasta culta y moralizadora? ¿Es posible?...

—Vaya, ¿y por qué no? Contra las falsas máximas admitidas, corrientes y autorizadas hemos de predicar los amigos de la verdad; que contra las no admitidas y desautorizadas no hay, cierto, para qué. ¿Quereis que me despepite tronando contra los combates de gladiadores del paganismo, ó contra los torneos de la Edad media? Las preocupaciones vivien-

tes hay que combatir; las que pasaron no hay sino dejarlas allá sepultadas. Paz á los muertos.

—Poco os agradecerá el arte vuestras declamaciones... ¿A dónde fuéramos á parar si prevaleciesen tales ideas?

—¡El arte! ¡el arte! ¿Y quién daña más al arte que los que le convierten en ariete contra la moral y contra Dios? El arte como la ciencia y como todas las cosas buenas, lo son en cuanto no se oponen á la ley divina. Si se oponen, cuanta mayor es su nativa excelencia, tanto será mayor su perversidad y funesto influjo. *Corruptio optimi pessima*. Dénnos artistas cristianos, verdaderamente cristianos, que no profanen el alto dón que del cielo recibieron convirtiendo á la belleza artística en hilo conductor de la deshonestidad: dénnos poetas que eleven el corazon, no que lo degraden: castas musas, no descaradas bacantes. Donde el arte esté, como en nuestros dias, al servicio de la corrupcion, sólo servirá de que sean más espantosos los resultados de ésta; como un cuchillo asesina mejor, cuanto fué más diestro el artífice que templó y afiló su hoja. ¡Malhadadas facultades artísticas las que únicamente se emplean en que salga más afilado y de más profunda herida el puñal que ha de asesinar el alma de nuestros hermanos!

—¿Considararéis, pues, como vedada á un buen católico la asistencia á nuestros espectáculos?

—¿Cómo no? Si el espectáculo dramático ha sido en todos tiempos peligroso y ocasionado á fáciles extravíos, ¿qué dirémos de él hoy que se le ha sistemáticamente corrompido? No creo trateis de disculpar los inmundos Bufos, en los cuales cada chiste es un ultraje al pudor; ni el grosero can-can, una de las más preciadas conquistas revolucionarias que vive y pelecha aún hoy entre nosotros como en sus mejores y más lozanos dias. Hasta en el drama sério, en la misma ópera heróica, se ha entronizado de tal suerte la Revolucion, que no parece sino haber escogido tales piezas como el medio medio mejor para su infame propaganda. Vese en ellos á cada paso falsificada la historia en desdoro de lo que más debe amar el buen católico; puesta en ridículo la vida religiosa; presentado como tipo feroz el fraile, tan amigo y tan amado en todos los siglos de nuestro pueblo; infamada la augusta

memoria de nuestros reyes y prelados. Y no es sólo en teatros de arrabal donde se ha hecho de ley este sistemático ultraje á nuestra fe. Encopetados coliseos se hacen culpables cada dia de esta sacrílega profanacion, á la cual asiste y sostiene un pueblo que se llama católico. ¿Y podrá creerse lícito este apoyo moral y material que se da á tales medios de pública perversion? ¿Podrá creerse permitido apacentar el espíritu en tan corruptores pasatiempos, cuando un solo libro malo que se compre y que se lea nos hace reos de grave cooperacion al mal y de grave daño contra nuestras almas? Responda aquí el buen sentido de cada cual. La Iglesia me prohibe con graves penas espirituales la lectura de una página envenenada, ¿y yo he de creer que puedo sin grave falta abrir ante mis ojos y los de mi esposa, y los de mis hijos é hijas, una série de páginas vivientes y animadas que están destilando sobre sus corazones, no gota á gota, sino á chorros el veneno de indignas deshonestidades (por más que estén muy artísticamente tratadas), y el virus satánico de mil insidiosas calumnias contra mi Religion? ¿Y particularizando más el caso, ¿habrá de ser gravemente prohibida la fria lectura de la *Dama de las camelias,* de Dumas, y seria libremente permitida aquella ardiente y apasionada idealizacion que del mismo argumento nos ha dado Verdi en su malhadada *Traviata?* Y ¿quién que medianamente conozca el teatro contemporáneo no está en disposicion de citar como este los casos á docenas? No, amigo mio; no tengo reparo en asegurarlo con la garantía de los más sanos principios de la moral cristiana: no, no puede ser habitual concurrente al teatro el católico que desee serlo de veras.

—¿Queréis con vuestras ideas convertir al mundo en un vasto monasterio?

—No, sólo quisiera no verlo convertido en vasto charco de deshonestidades. Vuestra observacion, amigo mio, no tiene la gracia de la novedad. A cada paso nos la echan en cara nuestros enemigos, haciéndonos con ella el *bú,* ó pretendiendo á lo menos hacérnoslo. ¿Y creeis vos que perderian mucho la civilizacion, y la cultura, y el órden, y la moralidad, y hasta la paz y la riqueza pública, en que el mundo se pareciese algo más de lo que se parece hoy á un vasto

monasterio? Pero no, no se trata de eso; no se trata de que seais monjes vos, ni vuestros alegres amigos, ni vuestra esposa, ni vuestras hijas. Nada aquí de campana, coro, cogulla, ni demás *horribles* accesorios monacales. Trátase sólo de que vos y los vuestros seais buenos cristianos, simplemente buenos cristianos, y nada más, lo únicamente preciso para poder hallar entreabierta á vuestra última hora la puerta del cielo. No se trata de que os eleveis á subidas alturas de perfeccion, sino sencillamente de que observeis los diez Mandamientos. En fin se trata únicamente de que hagais lo menos á que estais en conciencia obligado, si quereis ser lo que pretendeis, hijo de la Iglesia, que no ha renegado todavía de su fe y de su Bautismo.

Una palabra, y voy á concluir. Alguna vez ha sucedido sobrevenirle á uno de los concurrentes al teatro un grave accidente, y tener que administrársele allí, sobre el terreno, los santos Sacramentos. Y el sacerdote con el santo Viático en sus manos, hase penetrado en aquella casa de placeres para recoger allí una alma, que es deber suyo recoger en cualquier parte donde se encuentre. Decidme, ¿qué efecto os ha causado la presencia de la augusta Eucaristía en tales lugares? ¿Os pareció natural, ó disonante? ¿Encontrásteis que aquel acto religioso se aviniese muy bien con lo que allí le rodeaba? Y si el infeliz atacado murió allí, ¿no os horrorizó la idea de pasar al tribunal de Dios desde sitio tan poco á propósito para una buena muerte? Decidme lo que sentisteis en tales ocasiones, y la verdad de lo que debemos pensar del teatro la encontrarémos en el testimonio franco y espontáneo de vuestro corazon, que os gritó aterrado: «¡Ah! ¡líbreme Dios de encontrarme en tal lance en tales sitios! ¡Líbreme Dios de morir así!» Bien falló vuestro corazon.

Y basta de esta materia, sobre la cual, más que artículos, pudieran escribirse libros enteros.

VII.

Supongo no miraréis con más buenos ojos los bailes...

¿Los bailes? ¡Válgame Dios! ¡y cuánto me alegro haber hallado tan buena ocasion para despacharme contra ellos á mi gusto! Hablemos, pues, de los bailes, que cierto les corresponde este lugar en la presente obrita, porque despues del teatro son la más usada diversion... y la más funesta.

¿Qué es bailar? ¡Donosa pregunta! me dirán algunos. Pues, donosa como es, yo no sé que nadie la haya hecho jamás á nadie, ni nadie tal vez se la haya hecho jamás á sí propio; y digo esto, porque si los aficionados á bailoteo se diesen á discurrir un poco sobre este punto, tengo para mí que, ó nadie bailara, ó se tuviera al menos el baile por cosa vergonzosa, para la cual hay que recatarse de los ojos del público como para tantas otras cosas. Y no se hiciera de esto ostentacion y fiesta; ni llevara allá á la esposa empavesada como nave real el complaciente esposo; ni fueran allí las niñas solas ó acompañadas; ni se tomara como casa de inocente expansion lo que ofrece para la inocencia tan graves peligros.

Descartemos, por de pronto, de esta nuestra investigacion sobre los bailes, lo que pudieran llamarse bailes bíblicos y patriarcales. Que el santo rey David bailase ante el Arca, ó que los niños *seises* bailen y toquen las castañetas en Sevilla ante el Sacramento expuesto en la Catedral, cosa es que nada tiene que ver con los bailes ni bailarines de que aquí tratamos. Ni tampoco nos referirémos á los bailes con que ciertas comarcas celebran aún por uso tradicional sus públicas solemnidades. Tales danzas, pura expresion de regocijo sin mezcla de liviandad, las autoriza la Religion, las preside muchas veces, y las bendice. ¡Quisiera Dios que la pureza de costumbres reinase en todas partes de tal modo que en todas

fuese posible el consorcio de la Religion con tan inocentes desahogos! ¡Ojalá ardiera todavía en el corazon de todos los españoles el purísimo afecto de devocion que inspiró al fundador de los *seises* de Sevilla su antiquísima danza sacramentada!

Pero no; eso no es bailar, harto lo sabe la gente del trueno; hablemos, pues, de los bailes cual se usan entre nosotros, bien sea de los llamados bailes de etiqueta, ó de los de sociedad, ó de los de arrabal en que se entra á media peseta por barba. En este sentido volvemos á repetir nuestra primera pregunta. ¿Qué es bailar?

En vasto salon, aristocrática ó democráticamente decorado, se reunen una tarde ó una noche gran número de hombres y mujeres; la diversidad de sexos es condicion esencial; tales hombres y mujeres por lo regular son jóvenes, y por lo regular poco escrupulosos; particularmente ellos. En cuanto á ellas, fuera cosa mal vista demasiada libertad; sin embargo, el encogimiento y reserva (vulgo modestia) tampoco son cosa regular ni de buen gusto en tales ocasiones.

—Y ¿á qué se reune tanta gente honrada en dicho local? ¿Qué va á ser de dichos muchachos y doncellas allí reunidos? ¿Qué va á pasar allí? ¿De qué se trata?

—No os alarmeis, por vida vuestra, que la cosa no lleva malicia. No se han reunido para hablar á solas, ni para decirse al oido atrevidas intimidades; ¿qué madre permitiria á su hija tales libertades con el muchacho más honrado y de mayor confianza? ¿ó qué jóven decente se atreveria á pedirlas en cualquier casa honrada? Ni se han reunido para acercarse uno á otro en ademan de fraternal abrazo; ni para estrecharse con convulsivo frenesí el talle y las manos; nada de eso... ¡se han reunido únicamente para bailar!

—Bien, ¿péro qué es bailar?

—¡Ah! ¡caramba! me olvidaba de vuestra pertinaz pregunta. A bien que ahora empieza el baile; miradlo con vuestros propios ojos, y daos á vos mismo la respuesta, y haceos el comentario.—

Y en efecto; rompe la música, y un repentino furor diríase que se apodera de aquellas parejas. Noten Vds. que *pareja* significa un hombre y una mujer. Ésta una niña tal vez ino-

cente ó una grave casada; aquél un jóven por lo comun divertido, corrompido frecuentemente, porque claro está, ¡al baile nadie va á hacer penitencia! Y al compás de aquella música que habla al corazon y á los sentidos, y que ora incita ardientemente la pasion, ora adormece blandamente el alma en mil embriagadoras ilusiones, cada pareja, es decir, cada hombre y cada mujer, háblanse íntimamente, déjanse deslizar al oido uno del otro apasionadas frases, estréchanse las manos y el talle, abrázanse, por decirlo así; y así hablándose, y así estrechando las distancias, y así abrazados, ruedan en agitado é impetuoso torbellino por el espacioso salón, no sé si en alas de la música del wals ó del schotisch, ó si mejor en el vértigo del más loco y desenfrenado sensualismo.

—Con que ¿se han reunido allí para lo que precisamente me decíais no iba á suceder?

—¡Cá! amigo mio, se han reunido para bailar y nada más. Eso es bailar, sí; y pasar además en tan vergonzosa embriaguez largas horas de la noche, quizá hasta apuntar el alba; y vestirse para eso con cuantos atavíos pudo sugerir la imaginacion y la poco escrupulosa conciencia de la modista; ó quizá, como sucede en los bailes de más *severa* etiqueta, presentarse allí la mujer medio vestida, por no decir cínicamente desnuda; y adornar las paredes del salon con todos los emblemas de la voluptuosidad pagana y todas las desnudeces del amor libre; é impregnar de perfumes y armonías aquella atmósfera para que ni un átomo del cuerpo carezca de especial estímulo, ni una fibra de él deje de entrar en excitacion... ¡Gran Dios! ¿habré yo quizá ofendido algun corazon delicado con la exactitud de tan fea pintura? Pero... si lo pintado con los colores de la execracion ofende los oidos delicados y santamente susceptibles, ¿qué será la verdad práctica en toda su grosera realidad? ¿Será inocente, será cristiano lo que sin riesgo no podria tal vez, si no le acompañase el correctivo, ponerse escrito ante los ojos de mis lectores por no alarmar su modestia y su pudor? ¿Cabe condenacion más explícita de lo que el mundo tan fácilmente, no sólo absuelve, sino justifica?

Perdónenme mis lectores, pero se me hizo la pregunta, y debí responder á ella. ¡Eso es bailar! Y bailar no en *Mabille*.

no en el *can-can*, sino en bailes de pulcra, honesta y remilgada sociedad. Eso es bailar, como baila todo el mundo. Eso es del baile lo normal, lo corriente, lo razonable, lo regular.

VIII.

¡Exageracion! ¡exageracion! No es tan fiero el leon como lo pintan....

¡Ah, sí! teneis razon; ¡exageracion! ¡exageracion! oigo me gritan á ambos lados una porcion de madres cándidas y de padres bonachones. ¡No es el baile lo que con tan abominables colores nos habeis pintado! Gózase allí, y mucho; pero es con la proporcion rítmica de los movimientos con la música, lo cual constituye un puro placer estético; es en el susurro de alabanzas que levanta en torno de sí la hermosura realzada por la elegancia y el buen tono, lo que no pasa de falta muy perdonable en la edad juvenil. Es aquello, si tan escrupuloso quereis ser, para ellas un triunfo de vanidad, para ellos un alarde de galantería, y nada más, nada más, nada más. Las tintas fuertes que ha puesto en el cuadro vuestro sombrío pincel no son las de la realidad. Harto se conoce en ellas la mano de quien no bailó en su vida. ¿Qué sabe de eso el clérigo malhumorado?

—¿Qué sabe, amigos míos y amigas mias? Sabe lo que ellos y ellas le han enseñado con sus propios extravíos! más, lo que le enseña á todas horas el estudio de los libros y del corazon humano, que tiene frecuentes ocasiones de sondear. Ni se necesita ¡gracias á Dios! haber bailado para saber lo que es el baile, como no se necesita haberse envenenado alguna vez para comprender perfectamente lo que son venenos.

¿Con que es el puro placer estético ó á lo más simplemente una disculpable satisfaccion de vanidad ó galantería juve-

nil el que os hace agradable el baile, amigos mios y amigas mias? Me sorprende; pero vamos, admito el supuesto, sí, señor, y hasta parto de él para, si quereis, colocarme todavía más á vuestro lado. Sí, es verdad; lo que en el baile os hice notar no lleva malicia, es todo inocencia, pura estética, idealismo puro. Nada tiene que ver allí el maldito sensualismo, ni la grosera capa de barro que nos cubre entra para nada en la percepcion de aquel sabroso placer. ¿Estais contentos? Pero escuchadme.

Observo que muchas, muchísimas cosas de las que en el baile reputais inocentes é inofensivas, las proscribis en otras ocasiones como feas, indecorosas y hasta escandalosas. Tengo derecho en pago de mis antedichas concesiones á que me deis una explicacion franca y leal de esta diferencia, y á que me la deis, no sólo franca y leal, sino lógica y razonable. Y porque tengo derecho á que me la deis, la exijo.

Vamos á ver. En el baile sepárase del lado de su madre á una jóven inexperta tal vez y candorosa, ó demasiado lista tal vez y desenvuelta. El galan que la sacó de su asiento y de su rígida (?) compañía, va con ella alejándose, alejándose del ojo maternal, que llega á perderla de vista en el revuelto torbellino de danzantes que bullen en el salon. Esto será todo lo inocente é inofensivo que se quiera; pero hacedlo en el paseo; separad, jóvenes alegres, á las niñas del lado de sus madres; idos con ellas lejos de la tutela maternal; perdeos con ellas un rato en la revuelta confusion de los paseantes.—¡Escándalo! ¡Horror! ¡Qué diria el mundo! ¡Qué concepto formaria de tal madre y de tal niña la sociedad!—Bien está; pero observad, amigo mio, que tal accion, ó es indecorosa y arriesgada siempre, ó no lo es nunca; ó lo es en el salon como en la rambla, ó no lo es en la rambla ni en el salon... ¿En qué quedamos?

Os miro en animados coloquios al compás de vuestra danza; sois marido y mujer, pero tú, marido, no eres marido de esta mujer, ni tú, oh mujer, eres mujer de este marido. La moda no quiere que en sociedad bailen emparejados los respectivos consortes, antes exige cierta separacion, cierto no sé qué de desenvuelta independencia. La moda no es boba ni mística, y sabe harto lo que hace. Así que yo os pregunto

ahora: ¿Tales intimidades, en otra ocasion que no fuese la del baile, darian ó no darian pábulo á la murmuracion de los ociosos? ¿Qué pensaria el mundo, no sólo el mundo austero é intransigente, sino hasta el mundo alegre y contemporizador, de tales familiaridades de una mujer con otro que no fuese su marido, ó de un marido con otra que no fuese su mujer?—¡Toma! Juzgaríales por cierto muy severamente. —¿Son, pues, en otro sitio que no sea este, cosa inmoral y á todas luces censurable? ¿Quién les dió, pues, aquí tan fácil salvoconducto? ¿Cómo lo inmoral se ha hecho aquí decente, lo grosero se convirtió en delicado, lo indecoroso en fino y de buen tono? Esta duda espero me resolvais.

Rodearle con vuestras manos toscas ó almibaradas el talle á una muchacha casada ó sin casar, confundir con el suyo vuestro aliento, rozar con las sueltas guedejas de su frente vuestro áspero bigote, no sé yo que sean modales ó cumplimientos que permita en sus reuniones la menos escrupulosa sociedad. Quien á tanto se atreviera con señora ó señorita, seria despedido sin demora de la tertulia familiar por el padre ó por el esposo. Y si este se picase de valenton y espadachin, no terminaria el drama sin su poco de desafío. Observo todo esto en el salon de baile, y ¡oh prodigio! ni enrojece la indignacion los rostros varoniles, ni asoma el rubor á las mejillas femeninas, ni hay ojos que centelleen de ira, ni labios que pidan presurosos satisfaccion del ultraje, ni manos que acudan convulsivas á la espada ó al rewolver para obtenerla. ¿Qué pasó? ¡Sacadme del mar de mis confusiones, por vida vuestra! ¿Cuál es aquí la regla de lo lícito y de lo ilícito, de lo decente y de lo inmoral? ¿Por qué andan tan trocados los nombres de las cosas, que aquello mismo que en familia es detestable, hácese honroso en el baile? «¡Ya se vé! exclamaré con un desenfadado escritor de costumbres de nuestros tiempos, y cierto ni clérigo ni místico; en estos tiempos en que tanto se inventa, los hombres han inventado una máquina para hacer pacientes á los maridos, confiados á los padres, prudentes á los hermanos; una máquina para hacer que los hombres y las mujeres se entiendan, sin que se ofenda ni enfade esa vieja gruñona llamada moralidad (nosotros diríamos conciencia); una máquina para encubrir fla-

quezas y tejer enredos, para convertir el mundo en una balsa de aceite, para establecer la igualdad entre los hombres, y entre los sexos la comunidad de personas, y para introducir una paz octaviana entre los mortales. Esta máquina se llama baile. Bienaventurado su inventor.» Así habló un dia Alcalá Galiano desde las columnas de *La Época*, de *La Época*, tan poco escrupulosa, como sabe todo el mundo. Y el profundo Selgas ¿acaso no ha llamado al wals, en su particular y característico estilo, «un viaje rapidísimo al rededor de infinitos peligros para la inocencia, para el pudor y para la honestidad?» Y otro autor tambien seglar y tambien periodista y tambien contemporáneo ha dicho en frase severísima: «El candor é inexperiencia de la juventud milagrosamente pueden salir ilesos de las contingencias de un baile. Bailando se empieza por adquirir desenvoltura, y se acaba por perder el pudor. El baile consigue que los movimientos del corazon sean tan volubles y maquinales como los de los piés, ó comunica á los sentimientos de la juventud el desórden y natural descoco de la danza. La gimnasia física del baile fatiga al cuerpo; la gimnasia moral sofoca el alma.»

Con que, ya lo veis, amigos mios; ni son clérigos, ni santos Padres, ni teólogos, ni moralistas los que acaban de hacer uso de la palabra. Son del siglo como vosotros, y entienden de las cosas del siglo como vosotros, sólo que tienen más que vosotros el valor de llamar á cada cosa por su nombre. Quedaos, pues, con vuestra estética y con vuestra galantería: el diccionario de la moral católica los llama corrupcion. Vosotros mismos fuera del baile condenais lo que permitís y abonais en el baile. ¿Quién, repito, hace lícito en él lo que fuera de él es imperdonable? ¿Acaso las seducciones de la música? No, esto lo hace más voluptuoso. ¿Acaso la libertad de los trajes? No, esto lo hace más cínicamente provocativo. ¿Acaso la desnudez de las pinturas? No, esto lo hace sencillamente impúdico. ¿Por ventura la mujer deja de ser allí mujer, el hombre deja de ser allí hombre, las pasiones dejan de ser allí pasiones? No, cien veces y mil veces no. Antes allí la mujer es más frágil que nunca, el hombre más groseramente bestial, la pasion más fiera y desencadenada.

Repetid tras esto ¡oh cándidos ó hipócritas! ¿qué peligros

hay en bailar? ¿por qué ha de hablarse tanto contra los bailes en el púlpito cristiano? ¿por qué ha de mostrarse tan severo con ellos el confesor?

IX.

¡Si en la realidad no pasa eso!... Juzgais de esas cosas por la impresion que en vos causan, y nada más. De esta suerte se conciben vuestros negros colores.

No, amigo mio, no; lo que sobre los bailes he dicho, no son sutilezas y cavilosidades que con más ó menos agudeza de ingenio haya sacado del simple estudio del corazon humano y de las circunstancias esenciales y accidentales de esta diversion. No, lo que con tan tristes colores he pintado, no sólo debe suceder, segun cálculos más ó menos aproximados, sino que de hecho sucede; y los que por su ministerio, ó áun por mero espíritu de observacion, se hallan en contacto con la parte más delicada de las humanas flaquezas, saben bien á qué atenerse sobre el particular. Apenas hay párroco de ciudad ó de aldea que no lamente como la peor entre las causas más eficaces de desmoralizacion para sus feligreses la sala de baile.

Es en efecto desconsolador lo que en este punto acontece, sobre todo en el sexo por desgracia más débil y más ocasionado á tales seducciones. Para el hombre ha inventado Satanás, en su afan por hacer suya la juventud, multitud de lazos y ocasiones de corrupcion. Periódicos impíos, dramas obscenos, clubs rabiosos, las emociones del juego, la taberna procaz y desvergonzada, el casino ó el café, que no son más que la taberna con camisa limpia. Lugar apropiado para la corrupcion sistemática de la mujer no lo habia, gracias á Dios. Para la niña no habia medio entre el recogimiento del hogar doméstico y una vida públicamente perdida. Y á la verdad, entre tales extremos la mujer en su generalidad hu-

biera optado siempre por el primero. Faltaba, pues, un medio de corrupcion *decente*, si se nos permite la aplicacion de este adjetivo á aquel sustantivo; un medio de corrupcion que borrase del rostro la modestia, del corazon el pudor, de la mirada el recato, de todo el conjunto femenino las preciosísimas cualidades que son el mejor adorno de la doncella cristiana; pero que hiciese esto sin mancillar el buen nombre de la seducida, sin turbar su conciencia con desgarradores remordimientos, sin avergonzar á la honesta madre, antes llenándola de complacencia y maternal orgullo. Difícil parecia acertar con una invencion que reuniese tan opuestas y al parecer contradictorias contradicciones. Sin embargo, acertóse con ella, y fué la *sala de baile.*

A nadie que haya presenciado lo que es, así en ciudades populosas como en villas y pueblos de escaso vecindario, la sala de baile, se le ocultará lo fecundos que son en ocasiones de perversion tales establecimientos. El domingo es esperado con ansiedad por jóvenes y muchachas, no para entregarse en él á los deberes de la Religion, ó á los consuelos de la vida de familia, ó al descanso corporal. No. La sirvienta que tiene salida, la pobre jornalera, el dependiente ú oficial aguardan ansiosos el domingo únicamente... para bailar. Media semana gasta el corazon soñando las emociones del baile futuro, otra media digeriendo las del último baile pasado. De suerte que el lunes, que debiera ser dia en que, restauradas las fuerzas con el descanso de la fiesta, se sintiese el alma tambien como rejuvenecida y restaurada; el lunes es dia triste para estas pobres criaturas, cuyas fuerzas físicas, cuya imaginacion, cuyos sentimientos, cuya inocencia, cuya paz interior han recibido el domingo por la tarde la más récia sacudida. Da lástima é indignacion á la vez verlas allí entregadas, no á los placeres, sino á los furores de la danza más desatentada y vertiginosa, en medio de aquella atmósfera de concupiscencias que la juventud de estas clases poco remilgadas y escrupulosas se permite desahogar libremente en conversaciones, chistes y ademanes. Espanta considerar la impresion funesta que ha de causar en el corazon de estas hijas del pueblo, acostumbradas á la pobreza y desnudez de sus humildes viviendas y al aire fétido de sus mugrientos ta-

lleres, el dorado salon, la iluminacion radiante, la música sensual y voluptuosa, el halago pérfido de tantos elementos corrompidos y corruptores, á úna conjurados contra la paz y la inocencia de su alma. Miradlas salir de aquel antro de liviandades recibiendo de sus galanes la última lisonja, ó tal vez la última provocacion; miradlas, palpitantes, rojas, más aún de agitacion moral que de cansancio del cuerpo; embriagadas con el abrasador aliento de tantos incentivos; calenturientas con la fiebre devoradora de mil pasiones, sensualismo, vanidad, celos, que allí se han desatado como violento huracan. ¿Qué mucho que á tan extraordinarios sacudimientos ceda poco á poco todo el edificio de la educacion tan trabajosamente levantado, ceda la piedad, cedan los sentimientos de modestia y de pudor cristiano, ceda el amor á los padres, ceda el amor al trabajo, no quedando á la postre, en medio de tantas ruinas, más que un corazon devorado por insensatas ilusiones, ó yermo y desolado por el desencanto y el hastío de la vida, y por el horror á los severos lazos y dolorosos sacrificios del estado conyugal? Porque ¿de dónde pensais salen las madres frívolas y despreocupadas, sino de las niñas desenvueltas y libertinas? ¿De dónde las esposas indiferentes para con sus maridos, sino de las muchachas á quienes han balanceado en sus brazos todos los calaveras de la vecindad?

Y una observacion harémos aquí, aunque no sea más que de pasada. La disculpa de muchas jóvenes y de casi todas las madres para justificar la asistencia á tales lugares es, dicen, la necesidad de hacerse con un marido. Poco favor se hacen á sí propias y á sus futuros las que así se expresan. De esta suerte vienen á convertir la sala de bailes en mercado ó exposicion permanente de géneros que sin este recurso se sospecha no tendrian pronta ó ventajosa salida, y se hace á los pretendientes la injuria de suponerlos tan poco cautos, que, para decidir negocio de tanta monta como el de matrimonio, lo fian todo á las impresiones fugitivas y superficiales de tan engañoso aparador.

¡Huid, huid de la sala de baile, pobres hijas del pueblo, como huiríais de la boca de una cueva en que vieseis asomar fascinadora serpiente! No os dejeis seducir por aquella mú-

sica halagadora; tras aquellas suaves armonías que tan hondamente os conmueven y tan dulcemente os arrullan, oiréis resonar en el fondo de vuestra alma el grito desgarrador del remordimiento por la inocencia perdida, ó cuando menos ajada y tempranamente marchita. Tras aquel vértigo de emociones experimentaréis el doloroso vacío del corazon; ¿no es ese el resultado que os han dejado casi siempre los goces más embriagadores? Mil veces me lo habeis dicho; ¡nada más triste que la mañana que sucede á una agitada noche de baile! ¡Ah! es verdad, es la tristeza de la ilusion desvanecida, de la paz robada; es la postracion moral que deja siempre tras sí el desórden de los placeres; es la voz de la conciencia que protesta implacable contra vuestros extravíos. ¡Y quiera Dios se deje oir incesantemente esta salvadora voz, por más que parezca importuna! líbreos Dios del estado infeliz del alma que, embotada ya toda sensibilidad moral, gastado el paladar, por decirlo así, á fuerza de violentas sensaciones, bebe como agua lo más corrosivo de la iniquidad, y en vez de la alarma justa que experimentan los corazones santamente susceptibles, sabe tan solo exclamar: «Pues bien, ¿y qué mal hay en eso? ¡A mí nada de eso me impresiona del modo que pintais!» ¡Alma infeliz! Estás ya juzgada: tampoco experimenta el miembro encallecido sensacion alguna; tampoco siente el cuerpo paralizado el ardiente revulsivo que debiera abrasarle; tampoco impresiona la luz la pupila que cubren densas cataratas. La insensibilidad en el cuerpo no es ventaja de él, sino síntoma precursor de descomposicion y muerte. El endurecimiento y ceguedad en el alma son el peor de los castigos de Dios.

X.

Pues yo veo en el baile á personas muy de iglesia y muy de Sacramentos que no piensan hacer con ello ningun mal. Como que, es claro, lo cortés no quita lo valiente, ni lo católico impide lo galan.

¡Buena tecla hemos tocado, amigo mio! cierto no me pesa, porque precisamente sobre eso tengo muchas cosas que decirles al oido á esas apreciables personas tan católicas y tan piadosas, y tan... tan... qué se yo. Porque, lo más chocante en la materia que estamos tratando tú y yo, amigo lector, hace algun tiempo, no es la indiferencia con que la mira el comun de los mortales, porque harto sabido es que nunca la masa comun de los mortales pecó de escrupulosa y nimia en cosas de moral. Así que nunca extrañarémos que la mayor parte de los jóvenes y de las doncellas, y áun de los que no pertenecen á estas clases, sea muy tolerante y muy complaciente con la inmoralidad de los bailes modernos. Lo que sí á primera vista, y áun á segunda, sorprende, es que muchos católicos que lo son al parecer de veras ó desean al menos ó piensan serlo, sigan en esto la misma conducta que los públicamente notados por de costumbres nada cristianas. Lo raro y admirable es este extraño consorcio que entre las profanidades del mundo y las prácticas de la religion se esfuerzan en establecer ciertas gentes, á quienes por otra parte no puede tacharse de incrédulas ni de irreligiosas. Por donde tengo para mí que no anduvo muy lejos de la verdad un cierto amigo mio al asegurar que el corazon del hombre despues del pecado de Adan es por instinto católico-liberal, es decir, de suyo inclinado en todo á la transaccion, al justo medio, á la conciliacion hasta de lo más contradictorio é inconciliable. De suerte que llevado de este mal espíritu transaccionista y componedor que debió de soplarle Satanás allá

al pié del árbol del Paraíso, ha salido el pobre género humano el más hábil casamentero y zurcidor de voluntades de que hay memoria en los anales de esta añeja profesion. Y dejando para otro dia el desarrollo más extenso de esta idea, que nos llevaria muy lejos, fijémonos hoy únicamente en la aplicacion que tiene al asunto que venimos tratando.

Aquella señora ó señorita que veis allá, cubierta de sedas y encajes, alegre, bulliciosa, locuaz, de mirada chispeante y de ademanes sueltos y desembarazados, á quien se ve pasar de los brazos de uno á los de otro caballero, y que lo hace con el garbo y desenvoltura que todos contemplamos, ¿no recordais haberla visto en alguna otra parte?—No, por cierto.—Pues, vaya, amigo mio, ved de hacer memoria, como se dice: algo transformada está; pero vamos, prescindid un momento de la *toilette* de baile en que se halla ahora; paraos en estas facciones...—¡Ah! si, ¡voto á Cribas! ¡la he visto esta mañana en la Comunion general! ¡Cáspita con ella! Y no será rara su presencia en estos sitios, como tampoco lo será su asistencia al sagrado acto; porque os aseguro, á fe de amigo, que en ambos se encuentra como en su casa; tan mística allí, como aquí alegre de cascos; tan recogida al pié del altar, como *aérea* y *vaporosa* en alas del wals. Está visto; reparte su corazon entre Dios y el diablo con una imparcialidad admirable, capaz de dar envidia á los más diestros profesores de balancin en este siglo de equilibrios.

¡Cuán frecuentes son en la sociedad actual tales acomodamientos! La mañana suele darse á Dios, ¿á quién se ha de dar la mañana? Al fin ni es aquella hora de baile, ni de teatro, ni se reciben entonces visitas. A la iglesia, pues. La piedad es tambien de buen tono algunas veces. Pero, la tarde y sobre todo la noche... ¡Oh la noche! Diriase que con esconderse el sol de nuestro horizonte se le ha quitado tambien á Dios su soberana intervencion, su presencia real entre nosotros y á la vista de todas nuestras fechorías. No importa que la moral del teatro sea muy distinta de la del confesonario; que las impresiones del baile muevan muy de otro modo que las del recogido santuario del Señor; que las conversaciones libres y despreocupadas de la tertulia disuenen

completamente de las ideas del sermon ó plática de ejercicios. ¿Quién se pára en estas frioleras?

No, no, amigos mios y amigas mias, el mundo para los mundanos, la piedad para los piadosos: esta es la ley, esto es lo razonable. No mezcleis, por Dios, campos que debieran estar completamente separados en la presente vida, como lo estarán eternamente en la otra. El mundo tiene su religion con que honra á Satanás y pervierte en obsequio suyo las almas, como la Iglesia enseña una Religion con que se honra á Dios y procura en obsequio suyo salvarlas. Aquella falsa religion del mundo tiene, á semejanza de la nuestra verdadera, su evangelio, sus máximas, sus códigos, sus ministros, sus templos, sus sacrificios. Tiene ídolos á quienes rinde fervoroso culto; tiene hasta su organizacion, su propaganda satánica, sus misterios. Sírvenle poderosos personajes, tiene Gobiernos á su devocion, posee la fuerza del dinero, cuenta con sabios y letrados, llama á su servicio las bellas artes y la elocuencia. Es, en una palabra, el reino de Luzbel en oposicion al reino de Cristo; la soberanía del mal que procura imponerse al mundo, sustrayéndolo paulatinamente á la augusta soberanía del bien.

Católicos y católicas que pasais la mañana en la casa de Dios y la noche en el espectáculo inmoral ó en el baile poco honesto; que guardais un lugar en vuestra librería para la santa Biblia y la *Imitacion de Cristo,* y otro para la última novela de Dumas ó de Paul de Kok; que teneis en vuestro gabinete la Purísima Concepcion de Murillo y el Crucifijo de Velazquez, y al frente de ellos quizás las desnudeces y obscenidades de la mitología pagana ó del drama moderno; que guardais en vuestro guardaropa trajes severos y graves con que os presentais en Cuarenta Horas y funerales, y trajes libres, alegres y ligeros para descubrir vuestro cuerpo, no para cubrirlo modestamente, en el baile y en el teatro; católicos y católicas que así vivís y así pasais alegremente la vida, y así os burlais de la severidad de las ideas, que llamais intransigencia, como de la severidad de las costumbres, que llamais beatería; católicos y católicas que teneis un duro para la bandeja de la beneficencia y un duro (ó una onza quizás) para el beneficio de la bailarina, y os entusiasma en el

periódico *bilingüe*, un dia el elogio de Pio IX y el tributo de admiracion á su heróica entereza, y otro dia el artículo en que se os recomienda la moderacion y hasta la amistad con sus perseguidores, y el reconocimiento de su inícuo despojo... Católicos y católicas que perteneceis á esa generacion anfibia, epicena, indefinida é indefinible, pero á la cual el Vicario de Cristo y el instinto seguro del pueblo cristiano ha conocido siempre tan perfectamente..., decid, decid, ¿á cuál de los dos ejércitos creeis pertenecer? ¿de cuál de los dos reinos sois vasallos? ¿bajo cuál de las dos banderas sois soldados? ¿Sois de Jesucristo ó de Satanás?—De Jesucristo; me respondeis con cierta afectada serenidad no exenta de turbacion.—Con qué, os diré yo, ¿de Jesucristo es por ventura esa tan abigarrada bandera? ¿De Jesucristo esa moral tan elástica y tan complaciente? ¿De Jesucristo ese Evangelio tan blando y contemporizador con todo desórden? Pues, permitidme la atrevida expresion: de otro Jesucristo será, no del que nos ha enseñado siempre la Iglesia católica; no del que ha dicho: *Nadie puede servir á dos señores;* no del que ha dicho: *El que no está conmigo está contra Mí;* no del que ha dicho: *Procurad pasar por el estrecho camino;* no del que ha dicho: *¡Ay del mundo por causa de los escándalos!* no del que ha dicho por boca de su Apóstol: *No querais conformaros con el siglo;* no del que ha dicho por boca del mismo: *No hay convenio posible entre la luz y las tinieblas, y entre Dios y Belial.* Si otro Cristo habeis hallado para vuestro uso particular, como parece habeis hallado nuevo símbolo, nuevo Evangelio, nueva moral, nuevos sacerdotes, buen provecho os haga. A bien que no habeis de tardar en salir de dudas, los que las tengais por desgracia vuestra. Cerquita anda el juicio particular de cada uno, y no muy lejos debe de andar el universal, si no mienten las señas, y veréis entonces si valen allá esas mezclas y compadrazgos. No habrá entonces centros ambiguos; no habrá más que derecha é izquierda. El que con las dos haya querido hasta entonces vivir abrazado y condescendiente, ¿con cuál estará?

XI.

Pero al menos de vez en cuando toleraréis á la gente moza algun desahogo... siquiera en Carnaval...

¿Mascaritas, eh? pues á eso voy, y os diré sobre el asunto lindas cosas. No sé si seréis de mi parecer, pero... francamente, á los motivos que hacen vituperable por lo comun el baile moderno y que nos han obligado á considerarlo como eficacísimo elemento de corrupcion social, agréganse en los de máscaras agravantes circunstancias que ninguna persona de buen sentido y de medianos alcances puede desconocer.

Nótese que en los demás bailes, áun en medio de la mayor licencia, trae la mujer consigo un ángel de la guarda que vela por ella y la salva la mayor parte de las veces de llegar á ciertos extremos, aunque no por eso queremos decir la haga impecable. Este ángel de la guarda que la obliga á ella á respetarse á sí propia y á los demás á que la respeten, es el pudor natural, la vergüenza que saca los colores al rostro y quema las mejillas con la sangre que á ella hace subir encendida del corazon. Ahora bien. Es indudable que los inventores del baile toparon ya de buenas á primeras con este sério inconveniente, mas hubieron de apechugar con él, pues no era caso de que las niñas dejasen su cara y su vergüenza en casa para presentarse sin tales trabas en la sala pública. Habian de bailar las infelices guardando ciertos respetos á la vergüenza, y no habia al parecer más remedio. Pero ¡oh progreso del arte! Eso de dejarse en casa tan cómodamente la cara y la vergüenza, que á cualquiera hubiese podido parecer al principio idea insensata de un caletre desvencijado, han venido á convertirlo en verdaderísima realidad los bailes de Carnaval. Sí, señor; tal como suena; en ellos las mucha-

chas, para no exponer al sonrojo y á la vergüenza de ciertas libertades su propia cara, han hallado el medio de presentarse con cara ajena, cara insensible, cara inavergonzable (si se me permite el neologismo), cara á la que nada ni nadie sonroja, cara salvo-conducto y editor responsable y testaferro impávido de todo lo que puede sugerirle á su dueño ó el buen humor, ó la más descabellada frivolidad, ó tambien ¡ óiganme los cándidos! la más desenfrenada lujuria. Esta cara ¡ quién lo diria! se vende por tres pesetas en la tienda, y se compra con ella... ¡ oh! ¿quién puede decir aquí lo que con ella se compra? Compra con ella la niña modesta y recogidita durante el año el derecho de parecer durante cinco ó seis semanas descarada cortesana; compra con ella tal cual madre de familia, ya entrada en años y aún no entrada en seso, el placer de pasar todavía por verde... ¿quién puede enumerar lo que se adquiere con la adquisicion de aquella cara de raso negro, verde ó color de rosa? ¿quién es capaz de enumerar lo que con tal arrequive se compra? ¿y tambien lo que á favor del mismo por desgracia tan frecuentemente se vende? sábelo más que yo la crónica escandalosa de los círculos de Carnaval; sábenlo mil almas destrozadas durante el resto de la vida por tardíos remordimientos; sábelo el infierno, que de tales invenciones recoge pingüe y sazonada su mejor cosecha.

Tal es, sí, amigas mias, doncellas y madres cristianas, que por tales os tengo aunque lo echeis en olvido con sobrada frecuencia, tal es la máscara que por tan inocente teneis y que tan sin escrúpulo consentís sobre vuestro rostro. Es la cara ajena, la cara de quitipon, la cara comprada con que pretendeis, más que cubrir vuestra fisonomía, evitaros los inconvenientes del pudor, de ese precioso don con que el Criador, al veros tan frágiles, os quiso tener como resguardadas. Sois, amigas mias, plaza frecuentemente sitiada; pero, convenientemente guarnecida y rodeada de ancho foso y poderosa muralla, es punto menos que invencible. Pues bien. ¿Tan insensatas sois que derribais la fortificacion en lo más recio del ataque, y os presentais al descubierto precisamente donde á más y mejor menudean los tiros?

Escuchad otra observacion. Lo que hace una niña al cu-

brirse con la máscara el rostro no es al fin más que dejar descubierta su alma. Y esto en dos sentidos. Primero, en el que acabo de indicar de dejarla desarmada de su natural defensa. Y segundo, en el de que cuando con la caretilla de raso ha logrado tapar el rostro, es cuando con mayor desnudez aparece ella tal cual es en el corazon.

¡Ah! sí, pobres hijas mias; ¡si supiéseis las inconveniencias que cometeis cuando por desgracia vuestra presumís no ser conocidas! Y eso que de Dios lo sois siempre y en todos trajes. ¡Cuán al desnudo mostrais ciertas flaquezas! ¡Cómo os hace en cierto modo transparentes el tupido antifaz! ¡Nunca como entonces os conocen á fondo los hombres, como cuando á favor del disfraz pretendeis que no os conozcan! Más de un observador de costumbres y de corazones ha ido á estudiaros allí en el bullicio y risotadas de aquella desenvuelta orgía, y ha acabado por hacer de vosotras juicios nada favorables! Y ha imaginado luego que en vuestra vida comun y trato ordinario sois cultas y modestas y recatadas y hasta honestas, sólo porque el recato, la modestia y la honestidad os lo imponen forzosamente las conveniencias sociales! Y ¿quién no ha de pensar lo mismo, y cierto sin juicio temerario, viendo cuán fácilmente os deshaceis de vuestros escrúpulos, ¡oh mujeres que os llamais y os creeis cristianas! así que una cara artificial, colocada sobre la vuestra propia, ¿os libra de los inconvenientes de la vergüenza?

Mas coloquémonos en otro punto de vista. La sociedad, relajada como es y nada escrupulosa, tiene aún con eso un cierto pudor al cual raras veces se permite faltar, no por motivos de conciencia, ni por temor de Dios, ni por respeto á sus leyes santas, que todas esas consideraciones suelen parecerle hoy dia á la sociedad de poca monta; sino por decoro propio, por espíritu de cultura, por lo que acabo de llamar hace poco conveniencias sociales, que con todo y no ser más que un cierto respeto á las formas exteriores y al qué dirán, evitan sin embargo algunos males, y sirven siempre de algun freno á la pública desmoralizacion. Este pudor social, este decoro público, hacen que en ciertos salones no sean admitidas ciertas mujeres degradadas con quienes nadie cree poder alternar decorosamente. Por igual motivo ni el jóven

más corrompido se atreve en tales concursos á ciertas libertades que, ya que no por la nota de mal cristiano, le sonrojarian quizá por la de soez y mal educado.

Pues bien. De este pudor y pública vergüenza se despoja á sí propia la sociedad en un baile de máscaras. La concurrencia no es allí selecta, ni áun en el sentido ámplio que da el mundo á esta palabra; la galantería no está allí obligada á guardar reservas ni perfiles; á los trajes nadie les ha impuesto regla alguna de etiqueta; la libertad en su más absoluta acepcion reina sola y señora en aquel revuelto mar de pasiones desenfrenadas. Los bailes más brillantes de nuestras capitales admiten en su vasta alfombra hasta lo más democrático de la gente *non sancta* de ciertos callejones y callejuelas, sin contar con los seres de la misma especie que no por vivir en calle principal y en primer piso y con roce más aristocrático son menos dignos del asco y abominacion de las almas honradas. La máscara es el nivelador universal de todas estas clases sociales que un resto de estimacion propia mantiene á cierta distancia durante el año. La máscara ¡oh madres! es el diploma que durante una ó más noches autoriza á tales mujeres para mezclarse con vuestras hijas, y á vuestras hijas para mezclarse con tales mujeres, y esto ¡oh madres bienaventuradas! sin que peligren en las vuestras con tan rara compañía ni la inocencia, ni la honestidad, ni siquiera el buen nombre, joyas tan delicadas que ¡harto lo sabeis! el más ligero hálito las empaña. Y en tales noches la sociedad no sólo consiente eso, no sólo lo tolera, sino que lo aplaude, lo fomenta, lo procura, pues que (permitidme que lo diga todo) en no pocos bailes de máscara la comision organizadora que da providencia para que no falten excelente orquesta, espléndido alumbrado y rica ornamentacion, cuida tambien que esté representada en ellos la inmunda clase social que debe darles el tono y la animacion y el *fervet opus* propio de tales funciones. Salgamos empero de estos charcos, y vamos á otra cosa.

Al fin lo menos peligroso que se puede hacer en un baile es bailar, lo cual no significa que lo reputemos inocente: hé aquí seguramente por qué apenas se baila en los bailes de máscaras. La danza es en ellos lo menos, es simplemente

el pretexto: la música no sirve más que para aturrullar, embriagar, producir el vértigo en la imaginacion y en los sentidos, y sostener en ellos la excitacion nerviosa; no para marcarles sencillamente el ritmo ó compás á los danzantes. Digamos la verdad, toda la verdad; no hay allí más danza que la del pobre corazon palpitando agitado por las emociones del enredo, de la intriga, de lo que se llama, en el lenguaje técnico de los aficionados, la aventura. Enredos, intrigas y aventuras que se desea sean siempre muy cómicas, muy dramáticas, ¡oh, sí! y que paran casi siempre en muy trágicas para la paz del corazon, para el sosiego de las familias, para la honra ajena y para el alma propia.

Basta, basta; no queremos proseguir nuestra investigacion por tan escabrosos caminos; harto dejamos indicado para que nos entienda quien entendernos debe; y si no nos entiende, mejor para él.

¡Huid de las máscaras, jóvenes y doncellas que quereis conservar sin apostasía vuestro noble blason de hijos é hijas de Cristo! ¡Huid de ese golfo borrascoso do tantos han naufragado! Llenas están las orillas de infelices que perdieron en él la salud, el honor y el alma! ¡Mirad como reclamo del infierno el súcio cartelon con que á tales sitios se os convida! Os lo repito; no lo olvideis. ¡Es el Carnaval el agosto de Satanás, y son los bailes de máscara los campos de su mejor cosecha!

XII.

Hasta la caridad hace á veces como obligatoria la asistencia á tales diversiones. Buenos cuartos sacan de ellas los pobrecitos.

Una palabra sobre este punto del dia; una palabra sobre estas diversiones benéficas y caritativas tan frecuentemente usadas en nuestros tiempos.

¡Caridad y diversion! ¿A quién no asombra el título? ¿A

qué persona de sano estómago no se le revuelve tan estrambótica mezcolanza? Pues, señor, por muy extraña que parezca la denominacion, lo es todavía más la cosa denominada, y á pesar de todo, nuestro siglo, que en vez de ser llamado el de las luces debiera mejor apellidarse el de las anchas tragaderas, pasa por ella, y ha venido á hacérsela tan llana y familiar, que á ciertos ojos vamos ya únicamente pareciendo extraños los que de ella nos extrañamos.

¡Caridad y diversion! He leido y oido mil veces el lema «Caridad en la guerra,» y lo he comprendido perfectamente. He comprendido que dos naciones ó dos bandos obligados por el honor ó por la ley ó por la defensa de una causa cualquiera á luchar hasta que uno de los dos se haya sobrepuesto á su contrario, hayan convenido en hacer menos dura la suerte del prisionero y del herido con mútuas consideraciones en que puede entrar por mucho el espíritu de caridad. Comprendo que puedan sentirse impulsos caritativos hasta en el mismo horror de los combates, deseando cada uno de los ejércitos hacer menos doloroso el estrago que por precision ha de causar, y suavizar en lo posible los males que necesariamente trae consigo la dura ley de las armas. Comprendo hasta que se amen en el fondo del corazon soldados entre sí enemigos, prontos á despedazarse mútuamente á la órden del jefe; que se compadezca de las desgracias el mismo que es por su profesion causante de ellas, y que, si es cristiano, tienda una mano amiga al rival vencido el mismo que un momento antes le asestó el arma homicida. Todo eso comprendo. Lo que no puedo comprender es la caridad por medio de la broma y de la diversion.

Hay calamidad pública á que atender; hay víctimas que reclaman urgente socorro; hay hospitales llenos de heridos, ó barrios apestados donde gimen huérfanos y viudas, ó asilo de pobres que necesitan vestido y pan. Lo natural, lo razonable (no ya precisamente lo cristiano y lo conforme á piedad), parece debiera ser que las personas caritativas, conmovidas á la vista de tales desventuras, se mancomunasen para imponerse privaciones y sacrificios; que las damas de la nobleza convinieran en no abrir sus salones en toda la temporada; que los caballeros opulentos renunciasen al abono del

teatro; que la pública conmiseracion obligase á mantener cerrados durante la época crítica todos los centros de disipacion y de gastos inútiles. Y podríanse ver entonces en los periódicos unas como públicas competencias de generosidad y abnegacion y verdadero espíritu caritativo; y sabríase, por ejemplo, que la marquesa A, ó el caballero B, ó la familia del distinguido propietario ó comerciante ó banquero X, han dado á los pobres mil ó dos mil ó cuatro mil duros que figuraban en su presupuesto anual como destinados al lujo ó al placer, placer y lujo del cual se han abstenido caritativamente para hacer este sacrificio en obsequio á Dios y en bien de los necesitados.

Pero ¿es esto lo que acontece? No, por vida mia; á lo menos nunca llegó á mi noticia rasgo de tal naturaleza. Lo que leemos cada dia ya sin extrañeza, cuando no debiéramos leerlo sino con vergüenza, es que tras cualquier noticia de siniestro ó calamidad social, exactamente como, segun el refran, anda la soga tras el caldero, salen á remediarlos el consabido baile, el espectáculo quizá obsceno ó anticatólico, la mascarada con ribetes de anticlerical, la zarzuela cancanesca y desabrochada, etc. Y damas y caballeros poseidos de ardiente caridad y de entrañable compasion, transida el alma de pena por la desventura de sus hermanos, llorosos los ojos por el espectáculo de la viuda y del huérfano y del herido, acuden, corren, vuelan, como diria el bueno de fray Luis... á interesarse por los infelices bailando tiernamente hasta más no poder; á consolarlos divirtiéndose por ellos hasta la hartura; á socorrerlos despilfarrando en traje y tren y comilona lo que bastara para sacar de la miseria á doble número de desgraciados.

¡Oh santa Caridad! ¡oh hija inocente del cielo, inspiradora de la abnegacion y del sacrificio, que de muy antiguo y aún hoy, gracias á Dios, cubres el mundo de hospitales y casas de asilo, al frente de los que pones por emblema la cruz, y organizas legiones de Hermanos y Hermanas á quienes das por fundamento esencial de su profesion el retiro y la penitencia! ¡Caridad, hija de Jesucristo y de la Iglesia! Te has equivocado, te has equivocado. La generacion revolucionaria y semicatólica lo sabe mejor que tú. Ella, á imitacion

del médico de Moratin, lo ha arreglado de otro modo. Teatros debias alzar en vez de sombríos conventos; salones de baile en vez de repugnantes hospitales; aristocráticos circos en lugar de asilos de huérfanos y expósitos. Músicos y cómicos y danzantes habias de organizar en vez de severas congregaciones de oracion y piedad; alegres bailarinas en vez de austeras Hermanas de tosco monjil; gasa, luz, armonías, perfumes, incitantes sensualidades habias de prescribir en vez de doloroso cilicio, larga oracion y estrechez de vida. A bailar habias de convidar á los tuyos, no á rezar; á suculentos banquetes, no á compartir el hambre del pobre; á gastar en broma y francachela, no á ahorrar para el necesitado; á trasnochar en alegre velada musical, no á contar las lentas horas de la noche junto á la cama del moribundo. ¡Te has equivocado, te has equivocado, hija atrasada del Corazon de Jesucristo! Te has equivocado, ó sino... tendrémos que decir que anda equivocado el mundo y con él los que le aplauden y siguen y justifican.

Puede que sí que se equivoque, amigos mios, en eso el mundo actual, como en tantas otras cosas; puede que sí que en esto tengamos razon los rematadamente neos y fanáticos contra los cultos é ilustrados, flor y nata de la civilizacion y del progreso modernos. Puede que sí que en todos estos alardes de caridad y de empalagosa sensiblería no haya más al fin que grosero materialismo, caridad de piernas y sentimiento de estómagos, cuyas manifestaciones no es por tanto de extrañar se traduzcan en bulliciosa danza y apetitoso *buffet*. Caridad que retira el rostro del repugnante aspecto del mendigo; es verdad: la culpa se la tiene él. ¡Fuera enhorabuena simpático é interesante como el tenor de la ópera! Caridad á la cual ataca los nervios el sollozo de la viuda en su buhardilla y el grito de sus hijos hambrientos. ¡Sollozase la pobre viuda con cierto primor artístico, como gorjea la *prima donna*, y entonces fuera frenéticamente aplaudida, y recibiria tal vez coronas de oro y aderezos de brillantes! Caridad... Pero ¿sabeis por fin lo que es esta caridad? Caridad máscara, caridad de talco y de carton como las decoraciones de la escena, que es su templo favorito; caridad por lo civil como el matrimonio idem; caridad carnavalesca, porque

Carnaval es quien le rinde más fervoroso culto; caridad hija de la Revolucion y que será madre del socialismo, y que nos hubiera ya mil veces hundido en él, si á la chiticallando, sin bombo, recogida, modesta, pero eficaz, activa, incansable, no estuviese enmendando sus yerros y corrigiendo sus locuras la genuina, la verdadera, la católico-católica Caridad. Aténganse á esta última mis buenos lectores, y de la otra postiza y de embeleco ríanse y detéstenla como merece. Cercenen, sí, de sus gustos y comodidades, que eso honra á Dios, mejora el alma y sirve al pobre. *Comparte con el necesitado tu pan,* ha dicho el Espíritu Santo; no ha dicho huélgate y date á la vanidad so color de auxiliarle. Esto lo dice el mundo. ¡Ay de la limosna que para ir á la mano del indigente ha debido pasar por los focos de corrupcion! No la reconocerá por suya Dios, ni por hecha en nombre suyo, sino en nombre de su enemigo. Cargo de más le será al falso caritativo tal falsa caridad, nó descargo de conciencia en el dia del general balance.

XIII.

Tampoco perdonará los toros vuestra crítica feroz é intransigente.

En efecto; no los perdonará; tras del teatro y la sala de baile se nos presenta inmediatamente á la consideracion la plaza de toros. Dediquemos á ella siquiera un par de capítulos.

Si algo tiene en su favor el espectáculo de una corrida, es indudablemente lo primitivo de su orígen. El primer salvaje membrudo y vigoroso (*Nembrot robustos venator,* por ejemplo) que se abalanzó á desigual lucha con los tigres y leones del desierto, gozándose en las emociones del combate y en ostentar luego sobre las desnudas y quizá desgarradas espaldas la piel ensangrentada de la fiera como trofeo de

victoria, este fué el primer torero. Y los amigos y compinches que por vez primera contemplaron encaramados en las copas de los árboles esta arriesgada escena y palpitaron de terror á cada una de las peripecias de ella y palmotearon luego con frenesí en cuanto hubo logrado su amigo el triunfo, éstos fueron los primeros concurrentes y aficionados al toreo. Tiene por de contado, pues, este espectáculo el mérito de la mayor antigüedad sobre todos los demás. Nace, por decirlo así, con el hombre, obligado despues de su culpa á vivir en guerra contínua con los animales feroces; pertenece á aquella civilizacion y cultura antediluvianas en que su palacio era el hueco del tronco ó de la peña, su alimento aquellas bellotas tan ponderadas por D. Quijote, y su traje más comun las hojas de los árboles. Desde entonces sólo los accesorios han cambiado, quedando la esencia misma en toda su brutalidad y salvajismo puro. En vez de la llanura inculta se levantaron despues suntuosos circos; en vez del tigre ó del leon pareció más divertido azuzar al toro; en vez de fiarlo todo el hombre á sus poderosas manos ó á la clava de Hércules, estudió valerse de la pica ó de la espada; en vez de presentarse á la lucha desnudo ó terciada únicamente la piel de leon, hácelo hoy con gracioso calzon corto y chaquetilla bordada de oro. Notad, empero, que todo esto es puramente accidental. Sin esto habria funcion de la misma manera: lo esencial es lo que hubo ya desde el primer dia: un hombre sacado á luchar públicamente con una bestia; una bestia sacada á luchar públicamente con un hombre.

Despréndese de lo dicho que el tal espectáculo podrá ser muy venerable por su antigüedad, si hay cosas que puedan jamás ser venerables sólo por ser antiguas; pero en cambio es de una brutalidad que seduce y enamora. En la plaza de toros, parécenos que el toro es allí el rey de la creacion, no el hombre que lucha con él, ni los demás que acudieron á presenciarlo. Al toro hay que provocarle y hostigarle; muestra cierta cordura en no querer batirse sin qué ni para qué, en rehusar salir á la arena como no sea forzado. Diríase que siente en su corazon tener que verse en el aprieto de despachar de una cornada un hombre ó varios á la eternidad en justo derecho de defensa. Diríase que al salir á la plaza y le-

vantar su testuz formidablemente armado, y al pasear la ardiente mirada por aquellos bancos henchidos de público de mil clases y colores, hállase superior en instinto á toda aquella muchedumbre, y que sólo él en medio de todos se encuentra racional. No sabemos si esto *piensa* allá en sus adentros el formidable cuadrúpedo; sólo sí dirémos que, caso de pensarlo, no fuéramos cierto nosotros quienes nos atreviéramos á negarle gran parte de razon. Pero... bromas aparte; y tratemos de esta materia como las demás, únicamente con relacion á consideraciones cristianas, que ésta es nuestra principal piedra de toque.

Decidme. ¿Es regular, cristianamente hablando, que por mera diversion exponga el hombre á grave riesgo su vida ó la de sus hermanos? Creemos que nadie sabria dar á esta pregunta más que una respuesta, á no tenernos á muchos miserablemente cegados la preocupacion nacional, ó el hábito de ver públicamente consentidas ciertas cosas. La vida no es del hombre: no puede disponer éste de ella más que en los casos expresamente previstos por la ley divina. Ahora bien: entre estos casos nunca supe hallar la pública diversion. Hallé, sí, el caso de defensa propia, ó del prójimo, ó de la Religion, el del servicio de la patria, el del ejercicio de la caridad, el de predicacion de la fe entre sus enemigos, etc., etc. Nunca, lo repito, nunca supe hallar el de pública diversion. Por donde he creido que nunca se debe arriesgar cosa tan preciosa, y que por añadidura no es mia, por motivo tan frívolo. La cuestion, pues, queda en cierto modo reducida á averiguar si el toreo, que al fin no es más que una diversion, ofrece ó no ofrece este riesgo *grave* á que cristianamente no debemos exponernos más que por causas verdaderamente *graves*.

Los que tratan de defender en el terreno de la conciencia estos espectáculos insisten mucho en que el riesgo personal que ofrecen dista de tal gravedad. «Se trata, dicen, de luchadores adiestrados por cierta educacion y por el ejercicio: el hombre tiene siempre sobre la fiera la superioridad de la inteligencia sobre el mero instinto; la tauromaquia es ya arte que tiene sus reglas conocidas y practicadas; una desgracia en ella debe considerarse, pues, únicamente como cosa

accidental, á semejanza de las que acontecen en la navegacion, en las minas ó en otra industria cualquiera peligrosa.»

Especioso nos parece el argumento, pero nada más. No satisface la comparacion que se hace entre los peligros que ofrecen algunas industrias hasta cierto punto necesarias y una profesion (si place llamarla así) puramente de recreo. Falta, pues, para igualar la gravedad de ambos casos, la igual gravedad del motivo. Además, sobre la importancia que se atribuye á la destreza del torero, á su educacion, armas y superior inteligencia, sobre todo esto, y más alto que todo esto, hablan con aterradora elocuencia los hechos. La estadística de las desgracias acaecidas en la plaza de toros es su mejor y más concluyente proceso. No pasa año sin que se registren várias en las columnas de los periódicos (1). Apenas hay circo algo acreditado que no se haya regado várias veces con sangre humana (negadlo, si podeis); la plaza sola de Madrid podria llenar algunas páginas con los nombres de este odioso martirologio. Un aficionado á números y á proporciones ha calculado que la guerra con ser tan mortífera no ofrece, por lo regular, mucho mayor número de bajas que ofrece el toreo, habida razon de los miles y miles de hombres que se exponen en aquella y de los relativamente escasos que se dedican á éste. Pues bien. Pésese todo

(1) Curioso es lo que leí poco há en un periódico de Madrid. Dice así: «El jueves hubo en Valdepeñas una corrida de novillos que dejará recuerdos á todos los aficionados de aquella poblacion. Lidiábanse cuatro bichos, y el cuarto, llamado *Totobio*, salió tan bravo que huyeron los diestros; y al hallarse solo en el redondel, tomó carrera y de un salto se plantó en el tendido de sombra, donde arrolló a muchas personas, tiró á un agente de órden público á la plaza, y á otro le causó dos ó tres heridas.

«Tornó el animal al redondel, y al encontrarse solo, volvió á saltar al tendido, y de allí á los palcos, recorriendo éstos, destrozando la barandilla y las sillas, y atropellando por todas partes al público, que se agrupaba en pasillos y escaleras. El pánico fué espantoso y la escena terrible, pues sólo se escuchaban gritos desgarradores, lamentos é imprecaciones. El bicho, despues de quince heridas de bala, cayó al suelo y murió de infinitas puñaladas.

«*Totobio* mató un niño de siete años, hirió á dos agentes, rompió muchos brazos y piernas, y causó muchísimas descalabraduras, habiendo los barberos de Valdepeñas sangrado á más de 210 personas.»

¡Y cuidado que no se trata más que de novillada!

esto con serenidad, sin afectada compasion ó sentimentalismo, pero tambien sin ridículo apasionamiento por un abuso, aunque sea español: discúrrase aquí con frialdad, con severo raciocinio, teniendo en cuenta lo que es la vida y el alma de un hombre y lo poco que significan las palabras *diversion* y *divertirse* en comparacion de aquellas otras *vida* y *muerte*, y dígasenos luego: ¿Es diversion cristiana la de los toros? ¿Es recomendable, en quien de buen cristiano quiera preciarse, la asistencia á tal espectáculo?

XIV.

Os fundais en un falso supuesto: no hay tal grave peligro de la vida del prójimo.

¿Que no? Escuchad. En tanto es cierto lo del grave peligro de la vida del prójimo en que fundábamos principalmente el carácter esencialmente anticristiano de la diversion de toros, que en este grave peligro está precisamente lo interesante de la fiesta, careciendo por completo de atractivo ésta, si llegan por ventura á faltar por los concurrentes las emociones de aquel. Sucede aquí lo que en los bailes. No es cosa mala bailar. Convenido: pero un baile con las condiciones de pudor y recato que exigen las leyes de la modestia cristiana deja por lo mismo de ser baile en la acepcion que dan á esta palabra los verdaderos aficionados: así una corrida de toros sin las emociones que ofrece el riesgo constante de los lidiadores, deja ya de ser corrida formal, y pasa á la categoría de ruin y despreciable novillada. Lo delicado, lo palpitante del toreo está en que la lucha entre el hombre y la fiera sea verdadera lucha, con los azares y peligrosas contingencias de tal: para eso no se le permiten al hombre otras armas ni otro modo de lidiar que los convenidos, con lo que podríamos llamar cierto pacto tácito entre él y la fiera: para

eso se exige que sea ésta de raza fogosa, de vigoroso empuje, de cabeza bien armada: para esto se estimula al primero con feroz gritería de dictados y apodos que hieran su amor propio y le fuercen á provocar suertes arriesgadas; y se atiza á la segunda con la banderilla y la pica para que acometa con brio y siembre de sangrientos despojos el redondel. Y una corrida en que el riesgo constante no tenga en continua emocion á los asistentes, llámase mala corrida; y llámase buena y magnífica aquella en que la braveza del animal ha dado lugar á suertes más peligrosas. Decidme claro: ¿es ó no es esto la pura verdad? Pues bien; responded ahora con franqueza: si el peligro grave de que pierda la vida allí uno de vuestros hermanos es lo que hace interesante vuestra diversion, en términos de que este peligro grave constituye el atractivo esencial ella, ¿qué podeis decir en su abono y apología? Ocúrreme ahora una observacion. Oidla: ¿qué diferencia encontrais en que sea uno solo el hombre que lucha con la fiera, ó en que sean dos los hombres que luchan entre sí? A esto llamaríais inhumanidad, barbarie, brutalidad pagana; invocaríais contra esto el anatema que la civilizacion cristiana ha fulminado contra los antiguos espectáculos de gladiadores, y ¡vive Dios! hablariais muy bien. Y sin embargo, paraos un momento, y reflexionad. No me parece muy menos brutal é inhumana la lucha del hombre con la fiera que la lucha del hombre con el hombre; sólo encuentro que en esta peligran dos vidas humanas, cuando en aquella peligra una sola. Y si tan inhumano y brutal es poner á riesgo dos por divertirse, ¿diréis que es culto, que es civilizado, que es cristiano permitir se ponga á riesgo siquiera una? La sola diferencia de uno á dos ¿haria variar por completo la moralidad de la cosa? Nó, porque es axioma vulgar que lo más ó lo menos no varía la especie. Convengamos que en este caso seria vuestro criterio moral muy raro y singular. Resolved, pues, que es bárbara, inmoral y anticristiana en su esencia misma la diversion de los toros.

Cuando, pues, os inciten el deseo ó la curiosidad á que entreis en estos recintos que con lujo y esplendor más dignos de otro objeto ha levando *al arte* tauromáquico nuestra patria, única en el mundo que posee tan singulares monu-

mentos; cuando vencidos por la pasion ó por la costumbre tomeis asiento en aquellos palcos y tendidos; entre aquella multitud verdaderamente ébria, porque la sangre embriaga como el vino, oyendo á vuestro rededor el clamoreo de un pueblo ávido de emociones fuertes, ante una fiera irritada y azuzada contra un hombre, á quien fuerzan á su vez á luchar con la fiera el amor propio, la profesion heredada ó un puñado de oro que ha recibido... allí mismo, en aquellas mismas gradas, prescindid de vuestros hábitos contraidos, no os acordeis siquiera de que sois español, pensad únicamente en que sois hombre y en que sois cristiano. Y reflexionad luego sobre lo que vais á ver allí ó lo que estais viendo, y decíos á vos mismo: «Si por divertirme yo fuese necesario que se derramase siquiera una lágrima, ¿tendria corazon para exigir se derramase ésta, á trueque de que pasase yo un buen rato? ¡Jamás! ¡jamás! os responderá al momento alarmado vuestro corazon. ¡Nó, no quisiera comprar á tal precio unos momentos de pasajero esparcimiento! No obstante, proseguid diciéndoos, el espectáculo que va á empezar puede costar y realmente ha costado mil veces, no lágrimas solas, sino sangre y vida á varios infelices. Tal vez hoy no será necesario para divertirme este cruel sacrificio; pero de todos modos las condiciones del espectáculo lo hacen posible y fácil. Destreza y valor no les faltan á los luchadores, pero aquí como en la guerra no son los cobardes los que más á menudo caen: al revés, la crónica tauromáquica me enseña que los más hábiles toreros han regado con su sangre el circo de sus proezas. Ahora bien. Si hubiese un hombre que por mí solo se expusiese de tal modo á la muerte por divertirme, ¿podria yo en conciencia consentirlo? ¿No? Luego tampoco debo contribuir con mi presencia á que la exponga por veinte ó cuarenta mil espectadores; pues lo que por uno es malo, lo es por un millon. La multitud no es más que la suma de las unidades.» Y si teneis corazon verdaderamente cristiano, dudo que sigais fomentando con vuestro dinero y con vuestra presencia una diversion contra la cual debieran á porfía levantar una generosa cruzada todas las almas delicadas.

Voy á referir á propósito un lance fresco, como acaecido

recientemente en la plaza de Madrid. Hace pocos meses celebrábase corrida de toros en el circo que en tiempos de luto y desolacion para el país ha alzado en su recinto aquella capital. Lo que allí tuvo lugar dejémoslo referir en su jerga tauromáquica al revistero de toros de uno de los periódicos de la capital: así será todavía más grotesco el contraste del horrible lance que pasó, con lo característico del estilo con que se refiere. Dice así:

«En mal hora pisó la arena el sexto toro del Sr. Miura, que se apellidó *Chocero,* retinto colorao, ojo de perdiz y con gran melena: salió receloso y bravucon, pero cuando vió que no habia más remedio que defenderse, porque los de lanza en ristre le decian que en guardia, no sólo lo hacia, sino que desafiaba, cerniéndose en la suerte, y desarmaba siempre por punto general, recibiendo, por último, ocho tientos por cuatro costaladas y tres cuadrúpedos muertos.

«Cuando tocaron á banderillear, salieron á hacerlo, en primer lugar, un banderillero nuevo en esta plaza, llamado Mariano Canet (a) *Yusio,* natural de Valencia, y otro llamado Cosme.

«Correspondia banderillear el toro á dicho Cosme y á Remigio Frutos, *Ojitos;* ambos, segun parece, hicieron esfuerzos para no permitir que parease *Yusio;* pero á las reiteradas instancias de éste tuvo que ceder Frutos, y salió, en efecto, á banderillear el infortunado diestro valenciano.

«El toro, á nuestro juicio, debió pedir que se lo capeasen para sacarlo de la querencia que en las tablas habia tomado; pero sea de ello lo que quiera, *Yusio* lo citó sobre corto y se fué á la res por derecho; llegó al centro, clavó el par un poco bajo y al lado derecho, y se quedó parado en el embroque. El toro humilló naturalmente, y al dar el hachazo alcanzó al diestro.

«El desgraciado banderillero fué volteado en este momento, pero con tal rapidez por parte del toro, que éste tuvo tiempo para secundar el derrote antes de que *Yusio* llegara al suelo. Una vez en la arena el diestro, trató de incorporarse, pero la res acometió otra vez con gran ímpetu y volvió á cornear en firme y á pisotear con rabia al infeliz banderillero, hasta que, dejándolo en la arena, tomó el toro viaje natural.

«*Yusio* se levantó, llevándose inmediatamente la mano izquierda al lado izquierdo del cuello, lado en que se percibia con gran claridad una horrible herida. Algunos dependientes de la plaza acudieron en seguida, y se apoderaron del herido, que dejó caer los brazos y desfalleció, siendo conducido con gran celeridad por los citados dependientes á la enfermería.

«Cuál seria el estado del desgraciado diestro, lo comprenderán nuestros lectores al saber que respiraba por la herida, y que ésta consistia en la rotura de la yugular izquierda.

«¡Agua, que me ahogo! ¡Madre de mi alma, no te volveré á ver!» Tales fueron las únicas palabras que pronunció el infeliz en la enfermería. Quince minutos poco más ó menos despues de tan atroz cogida, el banderillero Mariano Canet habia dejado de existir, víctima de un arrojo tan grande como su inexperiencia. ¡Dios haya acogido en su gracia el alma del pobre diestro!»

¡Qué horror! ¡Un hombre, un hermano nuestro, un hijo de Jesucristo y de su Iglesia, en pleno Cristianismo, acorneado, pisoteado por una fiera en medio de un redondel, entre miles de hermanos suyos convidados allí para asistir á la arriesgada lucha del hombre con la fiera! ¡Y el infeliz abrasándose de sed en su agonía, y llamando á voces á su pobre madre, y doliéndose de no poder verla ya más, y falleciendo á los quince minutos en brazos de sus compañeros! ¡Y tras esto, siguiendo su curso la funcion, como si las agonías y muerte de un hombre no fuesen al fin más que un episodio natural de ella! Oigan sino con qué frescura prosigue el revistero su descripcion:

«Su compañero Cosme prendió despues dos pares con mil trabajos, y aquel toro «ladron» murió á manos de *Cara-Ancha*, despues de nueve pases naturales, dos estocadas bajas, volviendo la cara en la última, y un intento al descabello, que no lo consiguió, echándose despues el animal para el puntillero.

«Con el disgusto que naturalmente produce el espectáculo que acabamos de describir, estuvimos vacilando si abandonar el redondel; pero en el deber de cronistas, y con el corazon, como se dice vulgarmente, metido en un puño, seguimos en la plaza hasta la conclusion.

«La lluvia arreciaba cuando se presentó *Mayoral*, que así traia en la filiacion el séptimo, del Saltillo, negro meano, cornicorto y de regular trapío. No habia hecho más que recibir el primer rejonazo, cuando saltó la barrera, agarrando en ella al hermano del famoso picador de toros conocido por el *Francés*, de cuyas resultas ha sufrido la noche última un fuerte acceso del hígado, encontrándose al amanecer de hoy de bastante gravedad.»

¡De modo que la muerte horrible del infeliz torero no impidió se siguiese lidiando el toro homicida para diversion del respetable público; y muerto aquel, sacóse todavía otro toro, que era el último, como se hubieran sacado otros y otros, si el lance, en vez de pasar al fin de la fiesta, hubiese pasado al principio de ella! ¡De suerte que allí hay *el deber* de no suspender la diversion del pueblo por más que á causa de ella muera un hombre, como hay *el deber* en el cronista de seguir contemplándola para podérsela describir luego con abigarrados colores al suscritor y abrirle el apetito con las emociones del espectáculo! ¡Y todo esto *á pesar del disgusto que naturalmente ocasionan sucesos de esta índole!* ¡Vea usted! No horror, no estremecimiento, no indignacion; no más que natural disgusto! ¡Al fin, como el que produce en un teatro el mal desempeño de una pieza por un mal cantante! ¡Y ahí tienen Vds. el séptimo toro, que, por no ser menos, manda herido otro diestro á la enfermería, que aseguran lo está de suma gravedad!

Díganme Vds. En medio de todo, ¿qué es aquí lo más espantoso: la diversion que acaba de mandar un hermano nuestro al sepulcro y otro á las puertas de él; ó el cinismo del público que lo contempla y permanece impávido exigiendo la continuacion de la fiesta; ó la crueldad de la ley sin entrañas que lo consiente; ó el buen humor del feliz revistero que da cuenta de él? Escojan Vds. Para mí todos son peores.

Entre tanto un desdichado pagó con la vida su *celo heróico por divertirnos*; una viuda y un hijo recordarán la fiesta de Pentecostes de este año (1876) como el dia para ellos más lúgubre de la vida... ¿qué quereis? ¡El pueblo se divierte! Y el odioso circo seguirá llenándose, no obstante, cada domin-

go, y seguirémos nosotros llamándonos, sin vergüenza ni remordimiento, cultos, y civilizados, y humanitarios, y no sabemos cuántas otras mentiras!

XV.

Y ¿qué decís de tantos otros medios de divertirse con que tropieza uno por esas calles y plazas, y de que andan llenos por ahí periódicos y carteles?

Que poco me resta ya que decir de ellos, pasada revista al teatro, sala de baile y plaza de toros, á las que pueden reducirse todas las demás.

Porque si quisiésemos hablar de ciertas tertulias que se llaman de confianza, ¿qué podríamos decir de ellas que no hayamos ya indicado de los bailes de sociedad? Tales reuniones íntimas no suelen distinguirse de los bailes públicos más que por la denominacion y por ser más reducido el número de personas que á ellas concurren, no por ser estas más escogidas, ni la misma intimidad menos peligrosa. Antes el mismo carácter familiar y doméstico que se les quiere conservar es causa de que se guarden en ellas menos precauciones, y ande más suelto en ellas el diablo tentador.

De los famosos *cuadros al vivo,* que tan de moda han sido, nada ó casi nada hemos de decir, porque el asunto da ya bastante de si, para que le ocurran á cualquiera por sí solas las reflexiones que nosotros pudiéramos sugerirle. Estuvo en lo cierto quien los llamó espectáculos de carnes al vivo. Nosotros lo consideraríamos buenamente como una cierta especie de prostitucion, ni más ni menos, sin que valgan en contra razones artísticas ó cualquier otro paliativo.

Ni saldrian mejor parados de nuestra crítica la mayor parte de los que se llaman espectáculos de baile, es decir, bailes en que no se va á bailar, sino á mirar como se baila.

Todo lo que allí se ve, trajes, grupos y actitudes es contrario á las nociones más rudimentarias de la moral cristiana. No puede, pues, excusarlo ni lo brillante de la decoracion, ni lo sorprendente de la tramoya, ni lo precioso de la música. Una palabra al oido.—¿Os prestariais, señores empresarios, á suprimir de tal baile á la mujer ó siquiera á la mujer semi-desnuda?—¡Hombre! si precisamente...—Basta, pues; no hablemos más del asunto.

El espíritu de especulacion ha puesto en boga hoy dia cierta clase de exposiciones, contra las cuales debe protestar en todos tiempos la conciencia cristiana. Tales son las que muy frecuentemente se anuncian de anatomía y de historia natural. Cuando á la exhibicion de tales inmundicias presidiera únicamente el espíritu científico, fueran laudables; pero entonces su sitio es la academia de medicina, y su público *exclusivo* deben ser los individuos de la correspondiente Facultad. Pero hacer de tales objetos pura industria, abrir la puerta de tales sitios á todo ciudadano, hombre ó mujer, chico ó grande, que se presente con media peseta para pagar la entrada, podrá ser un negocio, pero es altamente inmoral, es hacerse cómplice de la corrupcion del pueblo en grande escala. Debieran prohibirlo las leyes, si fuesen dignas de tal nombre y de la mision que tienen en la sociedad cristiana. Lo mismo debemos decir de las exposiciones de ciertos objetos históricos, con verdad ó mentira atribuidos á la Inquisicion (?), que hemos visto anunciada hace poco en Barcelona, y de algunas colecciones de figuras de cera.

Los reñideros de gallos y perros, diversion que de algunos años acá nos ha venido del extranjero, no nos parecen lo más propios para suavizar las costumbres, infundir hábitos de dulzura en el corazon del pueblo y templar su dureza é innata ferocidad. No está muy distante de ser cruel con los hombres el que lo es con los animales, ni causará gran terror ver correr la sangre humana á quien se haya familiarizado en el circo con el espectáculo de la de animales inofensivos. Harta fiereza hay en las costumbres, harto nos han endurecido nuestras infaustas revoluciones, para que acabemos de ahogar todo sentimiento de piedad natural presenciando por via de pasatiempo rabias, destrozo de miembros, agonías.

¿Qué dirémos de la inhumana explotacion de que son víctimas ciertas desdichadas criaturas á quienes se ve recorrer nuestras calles entreteniendo al pueblo con ejercicios gimnásticos, danzas obscenas, cantos impíos ó impúdicos, etc.? Nuestro siglo ha ideado sociedades protectoras de animales; no hemos visto empero entre nuestros filántropos quien plantease la cuestion de los saltimbanquis callejeros. El pobre pueblo alarga compasivamente una moneda al dueño cruel de aquellas criaturas que le enternecen, no pensando que la tal moneda es un estímulo más para que siga abusando de ellas el avariento empresario. Más valiera abrumarle con el desprecio público, ya que la ley, á cuya sombra ejerce su industria, no permite apostrofarle con los dictados de bárbaro y asesino. Aquellas extenuadas criaturas, flores tempranamente ajadas por la corrupcion y por los malos tratamientos; aquel niño y aquella niña que bailan descocadamente el can-can al són del organillo, ó dan el salto mortal, de la mañana á la noche, en nuestras encrucijadas, ó chapurrean *vivas* á Garibaldi y *mueras* á Pio IX acompañándose con sus desafinados violin ó arpa, esconden ¡ay! en sus corazones terribles misterios de dolor y de precoz inmoralidad, cuya sola idea debiera hacernos estremecer. No, no hagamos objeto de cruel diversion los sufrimientos y la perversion moral de estas infelices criaturas.

Debemos en suma considerar como inmoral y anticristiana toda diversion pública ó privada, civilizada ó grosera, de la cual salgan mal parados, ó el pudor cristiano, ó la caridad á nuestros semejantes, ó el respeto á nuestra fe. Teniendo en cuenta este criterio, resolveréis fácilmente y sin vacilar cuantas preguntas se os hicieren ó cuantos escrúpulos os ocurran sobre todas las diversiones habidas y por haber. Más claro. La diversion debe obedecer á las mismas leyes que todo lo demás para poder ser calificada de buena; y sólo cuando puede notoriamente ser calificada de buena debemos considerarla lícita. No por ser diversion debe tener ella carta blanca ó manga ancha para ser más libre ó menos escrupulosa. Al revés; por ser diversion, es decir, por no ser de suyo cosa necesaria, sino de pura frivolidad y pasatiempo, debe estar más ajustada á los preceptos de lo justo y de lo razonable.

XVI.

En definitiva: hemos de renunciar á toda diversion y meternos á Cartujos ó Trapenses para mayor seguridad: ¿no es esto, eh?

Asi me interpelan alarmados una porcion de lectores, á quienes la razon ha obligado á conceder cada una de mis premisas, pero á cuya delicadeza se hace duro aceptar la consecuencia. Pues qué, amigos mios, les diria yo; si es cierto que las diversiones que os he descrito no son cristianas, y si es cierto que nuestra civilizacion apenas conoce otras, ¿creeis que me va á espantar el que con buena lógica deduzca uno de vosotros: Luego no puedo yo, católico, divertirme? No, por cierto. Quédese eso allá para los pobrecitos doctrinarios (los hay así en moral como en política), que profesan con gran firmeza, dicen ellos, los principios, reservándose luego limitar á la medida de sus conveniencias la aplicacion de ellos. Admito, pues, buenamente la consecuencia que tan bien derivada sacais de mis antecedentes. Sí, señor, no debeis ni podeis divertiros como se divierte hoy la gente del siglo. Ni debeis, ni podeis. A eso quise llegar, á eso hubiera llegado; esa es la conclusion práctica de mi sermon. Réstame sólo explicarla.

Me ocurre para ello un observacion que oiréis como paradoja ó locura, pero que no por esto dejará de pareceros muy exacta á poco que discurrais sobre ella. Es la siguiente. No es lo malo divertirse; lo malo es que para divertirse se necesiten diversiones. ¿Os reís? Reid lo que querais, pero seguid escuchando. En otro lugar de esta obrita he comparado las diversiones á los juguetes de los niños. Pues bien; haciendo ahora hincapié en lo mismo, y sirviéndome de la misma comparacion, afirmo que lo sensible, lo de mal síntoma, es que el niño para ser feliz necesite juguetes, y que el mundo

para divertirse necesite diversiones. Voy á explicarme, y me comprenderéis.

¿Habeis observado lo que acontece con el muchacho sano, robusto y correton que al salir de la escuela se lanza como un cohete á la plaza, al campo ó al jardin, y salta y brinca y se desahoga en alegres gritos y francas risotadas, y sube á los árboles, y apedrea á los pájaros, y goza como ellos del aire, de la luz, del cielo, de las flores y de las aguas? Preguntadle si se divierte; no sé si os responderá, segun le traen atareado aquella manzana y aquel zoquete de pan que su madre le dió para merendar; pero miradle á la cara, védsela rolliza y fresca, saltarines los ojuelos, serena y desarrugada la frente, desbordándose de sus labios la sonrisa; nada más habréis de menester para adivinar que realmente si hay goce que llene todo el corazon y embriague todos los sentidos, es el que posee entonces aquella criatura.

Volved ahora los ojos á aquel otro que en lujoso y alfombrado gabinete, al pié de confortable chimenea, sobre mullidos almohadones, rodeado de todos los mimos y halagos de la opulencia, esparcidos aquí y allí á su rededor cachivaches mil que para entretenerle ha traido de la tienda el cariño maternal, cuenta largas y enojosas las horas de una existencia endeble, devorada por languidez mortal y precozmente gastada. Todos los objetos á cual más raros y curiosos que ofrece en sus aparadores la moderna quincallería, no bastan á contentarle sino unas breves horas. El dije traido hoy de la tienda y esperado y recibido con febril ansiedad, esle ya viejo mañana, y pára intacto y sin deslustrar entre los trastos de la boardilla. Necesita el infeliz una sorpresa cada dia, y áun ¡oh dolor! la presteza con que mueren en su boca las forzadas sonrisas que tales sorpresas le arrancan, muestran claramente que la satisfaccion aquella fué más aparente que real; no llegó al corazon.

Puede que hayais ya adivinado al través de estas comparaciones el fondo de mi idea. Niño que sin juguetes de la tienda sabe jugar y divertirse, es niño sano, corazon no gastado, alma feliz. Niño á quien no logran tener satisfecho todas las chucherías del aparador, á quien no alegra ni el sol ni el aire· que necesita cada dia nueva invencion de caballitos y muñe,

cas para pasar distraido unas horas y sin librarse con eso de sufrir otras muchas de tédio, languidez y malhumor insoportable... ¡pobre niño! roidas tendrá las entrañas por escondida enfermedad; gastado tendrá el corazon por vejez prematura: infeliz criatura á quien todas las diversiones no pueden divertir.

Tal me parece el mundo actual, amigos mios; niño ya viejo á quien la civilizacion se empeña en distraerle el tédio á fuerza de juguetes y frivolidades, y siempre sin conseguirlo. Mal síntoma por cierto. Nunca, nunca en los siglos cristianos se viera esa prodigalidad con que el mundo ofrece hoy á los suyos diversion y pasatiempo, y esa hambre siempre nueva que ellos no consiguen hartar áun dedicando á la diversion y al pasatiempo casi toda su existencia. Nunca, nunca se viera que llegase á constituir para el hombre una necesidad verdadera el juguete, es decir, la diversion artificial y postiza, en términos de que nada le satisface sino eso, y áun eso no le satisface si no se le da con una variedad vertiginosa, y áun asi sólo le alegra unos momentos el rostro, ó le enciende un instante la sangre, ó le conmueve los nervios, pero... no le llena el corazon. Nunca, nunca se vieron hasta tal punto pospuestos los goces del hogar al ruido del salon; el espectáculo de la naturaleza verdadera á la ilusion fingida de las tablas; la amenidad de las campiñas naturales á los *campos de recreo*, raquiticos y mezquinos artefactos del hombre; los encantos de la amistad y del compañerismo al trato corruptor, ceremonioso y afectado de lo que se llama y no es la sociedad. Diriase, y es verdad, que en todo se ha preferido lo fingido á lo real, lo artificial á lo nativo, lo postizo á lo espontáneo. Y diriase en consecuencia, y seria tambien verdad, que siglo que para divertirse necesita de tantas diversiones es siglo muy desventurado en sus adentros, aunque todo parezca sonreirle de fuera.

Comprenderéis ahora lo que con tanta extrañeza vuestra he llamado «divertirse sin diversiones.» Y tengo para mí que éste es el único género de verdadera diversion. Así como dijo el otro que queria más dignidad que dignidades, y más honor que honores, así os aseguro yo, amigos mios, que deseo más diversion que diversiones. Aquí como en otros muchos

casos sucede que dice más el singular que el plural, aunque rabie la gramática. Lo repito: diversion, si; diversiones, no. Oidme todavía un poco más y llevadlo en paciencia, porque me despido del asunto.

¡Qué hermosa es la amistad! ¡Qué grata la conversacion de dos almas que se comprenden y se aman, y mútuamente se estimulan al bien y á los generosos proyectos y á las levantadas resoluciones! Hé aqui una diversion que no suele hallarse en las diversiones.

¡Qué dulces los placeres domésticos! Dénme un acompañado hogar en invierno y un verde emparrado en verano, y en verano y en invierno el suave calor de la familia, la santa autoridad de los ancianos y la regocijada travesura de los pequeñuelos, y reniego de todos los casinos habidos y por haber. Hé aqui otra diversion que tampoco se halla en las diversiones.

¡Qué admirable es el espectáculo de la naturaleza! El sol con sus magníficas puestas y alboradas; la tierra cambiando de traje á la vuelta de cada estacion; las montañas convidando á levantar al cielo el espíritu, ó los valles inclinándole á recogerse en tranquilas meditaciones; los rios con su eterno andar y las peñas con su inmovilidad misteriosa; las aves con su música no aprendida; las flores con sus matices y perfumes... ¡qué teatro! ¡qué escenas! La mejor decoracion del mejor escenógrafo cansa al público si se la sacan algunas noches seguida. La de la naturaleza es nueva aún despues de seis mil años de pintada por la mano de Dios. Otra diversion por la que dejaria yo todas las diversiones.

Y así discurriendo, buscad siempre los elevados goces del alma más bien que los de los sentidos; los naturales más bien que los artificiales; lo que llena de serena alegría el corazon, no lo que aturde y marea la cabeza. Saboread tal diversion, y de fijo os darán asco muy luego las diversiones que hoy os seducen y enamoran. Pues qué, me diréis, ¿podríamos pasarnos nosotros sin el teatro y el salon, y los demás sitios sin los cuales ni concebimos posible la existencia? Y qué, os replicaré yo, ¿acaso es infeliz, es desventurada la mayor parte del género humano que carece de tales esparcimientos? ¿Y acaso sois felices vosotros con ellos?

¡Desdichados! ¡os he podido leer el corazon, porque mil veces me lo habeis abierto mostrándome toda su negrura! Todos los refinamientos de vuestra sensualidad, todo el brillo de vuestros espectáculos, todo el esplendor de vuestros dorados salones no os dan durante cinco minutos siquiera el regocijo y paz interior que disfrutan casi á todas horas mil y mil hermanos vuestros que ni de oidas conocen el espectáculo y que pasan por delante de él sin sentir siquiera la tentacion de poner en su recinto los piés. ¡Infelices que necesitais siempre ruido, mucho ruido de fuera, para no oir el gemido desgarrador que resuena allá dentro en el fondo de vuestro corazon, en medio de vuestras diversiones vacío y desolado!

Vivir quiero conmigo,
Gozar quiero del bien que debo al cielo.
A solas, sin testigo,
Libre de amor, de celo,
De odio, de esperanza, de recelo.

¡Este entendia la diversion propia de la grandeza del alma humana! A bien que Fr. Luis de Leon nunca pasó de ser un buen fraile reaccionario. ¿Qué tiene que ver con él la ilustracion del dia?

Basta, lector; y si en tan prolija materia pude abusar de tu benignidad y parecerte duro é intransigente, lee y reflexiona. Tal vez un dia me dés la razon.



Constantes en nuestro propósito de publicar bajo el título general de PROPAGANDA CATÓLICA todos los trabajos del Director de la *Revista popular*, hasta ahora desparramados en multitud de libritos y hojas sueltas, tenemos en venta el tomo II, al mismo precio que el primero ó sea á 16 reales en rústica, 24 en percalina con planchas doradas y 30 con la misma encuadernacion y canto dorado.

Los libritos que contiene este segundo tomò se venden sueltos á los precios siguientes:

La Chimenea y el campanario.	70	cént.	de real.
¿Qué hay sobre el Espiritismo!.	70	»	»
Ricos y pobres.	50	»	»
¿Qué falta hacen los frailes?	60	»	»
A una señora... y á muchas.	30	»	»
El culto de María.	30	»	»
Nimiedades católicas.	40	»	»
¡Pobres espiritistas!	60	»	»
Los malos periódicos.	30	»	»
El dinero de los católicos.	1'00	»	»
La voz de la Cuaresma..	40	»	»
El *Padre nuestro*.	60	»	»
Los desheredados.	30	»	»
El protestantismo, de donde viene y á donde va.. .	80	»	»
Cosas del dia.	70	»	»
¿Para qué sirven las monjas?	70	»	»
Bien ¿y qué?	60	»	»
Las diversiones y la moral.	1'50	»	»

Por cada diez ejemplares que se tomen de estas obritas de un mismo título se dan dos gratis y veinte por cada cien.

Dirigirse á D. Miguel Casals, Pino, 5, Barcelona.

Tomo III (en preparacion).

Contendrá un *Año Sacro* ó lecturas y ejercicios para todas las festividades principales del calendario cristiano.